

CLIVE CUSSLER

CYCLOPS



Lectulandia

Un multimillonario desaparece en el Caribe mientras busca el tesoro del naufragado buque Cyclops...

El presidente de EE.UU. recibe una misteriosa propuesta de pacto de amistad por parte de Fidel Castro...

En la Luna, un grupo de científicos norteamericanos desarrolla un proyecto de alto secreto...

¿Guardan alguna relación entre sí estas situaciones, en principio, tan dispares?

En todo caso, Dirk Pitt, incorregible aventurero, se encargará de desvelar el misterio. Pero antes tendrá que sobrevivir a un accidente aéreo, a las torturas que le infligen los soviéticos y a una peligrosa travesía por un mar embravecido.

Lectulandia

Clive Cussler

Cyclops

(Dirk Pitt - 08)

ePUB v1.0

Nordal 12.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Cyclops*
Clive Cussler, 1986
Traducción: José Ferrer Aleu
Diseño/retoque portada: Nordal

Editor original: Nordal (v1.0)
ePub base v2.0

*A los ochocientos americanos
que se perdieron con el Leopoldville
en la víspera de Navidad de 1944
cerca de Cherburgo, Francia.
Olvidados por muchos, recordados por pocos.*

PRÓLOGO

9 de marzo de 1918 - Mar Caribe

Al *Cyclops* le quedaba menos de una hora de vida. Dentro de cuarenta y ocho minutos se convertiría en una tumba para sus 309 pasajeros y tripulantes; una tragedia imprevista y no anunciada por ominosas premoniciones, y de la que parecían burlarse un mar vacío y un cielo claro como el cristal. Incluso las gaviotas que habían seguido su estela durante la última semana volaban y se cernían con lánguida indiferencia, embotado su fino instinto por el buen tiempo.

Soplaba una ligera brisa del sudeste que apenas hacía ondear la bandera americana en la popa. A las tres y media de la mañana, la mayoría de tripulantes que no estaban de servicio y de pasajeros estaban durmiendo. Unos pocos incapaces de conciliar el sueño bajo el calor opresivo de los vientos alisios, se hallaban en la cubierta superior, apoyados en la barandilla y observando cómo la proa del barco silbaba y se alzaba sobre las encrespadas olas. Parecía que había mar de fondo debajo de la suave superficie, y que se acumulaban fuerzas poderosas en lo profundo del mar.

Dentro de la caseta del timón del *Cyclops*, el teniente John Church miraba ensimismado a través de una de las grandes portillas circulares. Tenía el turno desde la medianoche hasta las cuatro de la mañana y lo único que podía hacer era mantenerse despierto. Advirtió vagamente la altura creciente de las olas, pero mientras se mantuviesen separadas y no demasiado encrespadas, no veía razón para reducir la velocidad.

Empujado por una corriente favorable, el sobrecargado barco carbonero navegaba a solamente nueve nudos. Sus máquinas necesitaban urgentemente ser reparadas y ahora sólo funcionaba la de babor. Poco después de zarpar de Río de Janeiro, la de estribor se había averiado y el jefe de máquinas había informado de que no podría repararse hasta que llegasen a puerto, en Baltimore.

El teniente Church había ascendido a fuerza de trabajo hasta el grado que desempeñaba. Era un hombre delgado, de cabellos prematuramente grises, pues le faltaban unos meses para cumplir los treinta. Había sido destinado a muchos barcos diferentes y había dado cuatro veces la vuelta al mundo. Pero el *Cyclops* era la embarcación más extraña con que se había encontrado en sus doce años en la Marina. Éste era su primer viaje en este barco de ocho años y no habían dejado de ocurrirle accidentes desacostumbrados.

Al salir del puerto de origen, un marinero que había caído por encima de la borda fue hecho trizas por la hélice de babor. Después se produjo una colisión con el crucero *Raleigh*, que causó pequeños daños a las dos naves. En el calabozo viajaban

cinco presos. Uno de ellos, condenado por el brutal asesinato de un compañero, estaba siendo transportado a la prisión naval de Portsmouth, New Hampshire. Al salir del puerto de Río, el barco estuvo a punto de chocar con un arrecife, y cuando el segundo comandante acusó al capitán de poner en peligro la nave al alterar su rumbo, fue arrestado y confinado en su camarote. Por último, había una tripulación descontenta, una máquina de estribor *con* muchos problemas y un capitán que bebía hasta olvidarse de todo. Cuando Church sumó todos estos desgraciados incidentes, tuvo la impresión de que estaban montando guardia contra un desastre que no podía dejar de producirse.

Sus tenebrosos pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de unas fuertes pisadas a su espalda. Se volvió y se puso en tensión al entrar el capitán por la puerta de la caseta.

El capitán de corbeta George Worley parecía un personaje salido de *La isla del Tesoro*. Lo único que le faltaba era un parche en un ojo y una pata de palo. Era un hombre como un toro. Casi no tenía cuello y su enorme cabeza parecía salir directamente de los hombros. Las manos que pendían junto a sus costados eran las más grandes que jamás había visto Church. Eran tan largas y gruesas como un volumen de una enciclopedia. Nunca había sido respetuoso con las ordenanzas de la Marina; el uniforme de Worley a bordo solía componerse de zapatillas, sombrero hongo y calzoncillos largos. Church no había visto nunca al capitán en uniforme de gala, salvo cuando el *Cyclops* estaba en algún puerto y Worley desembarcaba para asuntos oficiales.

Con un gruñido como saludo, Worley se acercó y golpeó el barómetro con uno de sus gruesos nudillos. Observó la aguja y asintió con la cabeza.

—No está mal —dijo, con ligero acento alemán—. Parece que hará buen tiempo durante las próximas veinticuatro horas. Con un poco de suerte será una navegación tranquila, al menos hasta que las pasemos moradas al cruzar por delante del cabo Hatteras.

—Todos los barcos lo pasan mal en el cabo Hatteras —dijo secamente Church.

Worley entró en el cuarto de mapas y miró la línea trazada a lápiz que mostraba el rumbo y la posición aproximada del *Cyclops*.

—Altere el rumbo cinco grados al norte —dijo al volver a la caseta del timón—. Borearemos el Great Bahama Bank.

—Estamos ya a veinte millas al oeste del canal principal —dijo Church.

—Tengo mis razones para evitar las rutas marítimas —dijo bruscamente Worley.

Church hizo una seña con la cabeza al timonel, y el *Cyclops* viró. La ligera alteración hizo que las olas chocaran contra la amura de babor, y cambió el movimiento del barco. Empezó a balancearse pesadamente.

—No me gusta el aspecto del mar —dijo Church—. El oleaje empieza a hacerse

un poco fuerte.

—No es extraño en estas aguas —replicó Worley—. Nos estamos acercando a la zona en que la corriente Ecuatorial del Norte se encuentra con la corriente del Golfo. A veces he visto la superficie tan lisa como un lago seco del desierto, y otras, con olas de siete metros de altura; pero son olas largas y suaves que se deslizan por debajo de la quilla.

Church iba a decir algo, pero calló, escuchando. Un ruido de metal rozando contra metal resonó en la caseta del timón. Worley actuó como si no hubiese oído nada, pero Church se dirigió hacia el mamparo de atrás y miró la larga cubierta de carga del *Cyclops*.

Éste había sido un barco grande en su época, con ciento ochenta metros de eslora y veinte de manga. Construido en Filadelfia en 1910, había operado en el Servicio Auxiliar Naval de la Flota del Atlántico. Sus siete cavernosas bodegas podían contener 10.500 toneladas de carbón, pero esta vez transportaba 11.000 de manganeso. El casco aparecía hundido en el agua a más de un pie por encima de la línea de máxima carga. En opinión de Church, iba peligrosamente sobrecargado.

Al mirar hacia la popa, Church pudo ver las veinticuatro grúas para el carbón irguiéndose en la oscuridad, con sus gigantescos cubos asegurados contra el mal tiempo. Pero también vio algo más.

La cubierta de en medio parecía subir y bajar al unísono con las olas cuando éstas pasaban por debajo de la quilla.

—Dios mío —murmuró—, el casco se está doblando.

Worley no se molestó en mirar.

—No debe preocuparle, hijo mío. Está acostumbrado a un poco de tensión.

—Nunca había visto combarse de esta manera un barco —insistió Church.

Worley se dejó caer en un gran sillón de mimbre que tenía en el puente y apoyó los pies en la bitácora.

—Hijo mío, no debe temer por el viejo *Cyclops*. Surcará los mares mucho después de que usted y yo nos hayamos ido.

La aprensión de Church no menguó con la despreocupación del capitán Worley. Por el contrario, aumentaron sus malos presentimientos.

Después de ser sustituido por un compañero oficial para el siguiente turno de guardia, abandonó el puente y se detuvo en el cuarto de la radio para tomar una taza de café con el operador de servicio. Sparks («Chispa»), como eran llamados todos los radiotelegrafistas a bordo de cualquier barco, levantó la mirada al oírle entrar.

—Buenos días, teniente.

—¿Alguna noticia interesante de los barcos cercanos?

Sparks levantó el auricular de una oreja.

—¿Perdón?

Church repitió la pregunta.

—Sólo un par de radiotelegrafistas de dos barcos mercantes cantando jugadas de ajedrez.

—Debería usted intervenir en la partida para librarse de esta monotonía.

—Yo sólo juego a las damas —dijo Sparks.

—¿A qué distancia están esos dos mercantes?

—Sus señales son bastante débiles... Deben estar por lo menos a cien millas de aquí.

Church se acercó a una silla y apoyó los brazos y el mentón en el respaldo.

—Llámeles y pregunte el estado del mar en el lugar donde se encuentran.

Sparks encogió tristemente los hombros.

—No puedo hacerlo.

—¿No funciona su transmisor?

—Tan bien como una puta de dieciséis años en La Habana.

—No comprendo.

—Orden del capitán Worley —respondió Sparks—. Cuando salimos de Río, me llamó a su camarote y me dijo que no transmitiese ningún mensaje sin orden directa suya antes de que atraquemos en Baltimore.

—¿Le dio alguna razón?

—No, señor.

—¡Qué raro!

—Yo sospecho que tiene algo que ver con aquel personaje que tomamos como pasajero en Río.

—¿El cónsul general?

—Recibí la orden inmediatamente después de que él subiera a bordo...

Sparks se interrumpió y apretó los auriculares a sus oídos. Entonces empezó a garrapatear un mensaje en un bloc. Al cabo de unos momentos se volvió, ceñudo el semblante.

—Una señal de socorro.

Church se levantó.

—¿Cuál es la posición?

—Veinte millas al sudeste de Anguilla Cays.

Church hizo un cálculo mental.

—Esto les sitúa a unas cincuenta millas de nuestra proa. ¿Qué más?

—Nombre del barco, *Crogan Castle*. Proa desfondada. La superestructura gravemente dañada. Está haciendo agua. Pide un auxilio inmediato.

—¿La proa desfondada? —repitió Church, en un tono de perplejidad—. ¿A causa de qué?

—No lo han dicho, teniente.

Church miró hacia la puerta.

—Informaré al capitán. Diga al *Crogan Castle* que vamos allá a todo vapor.

El semblante de Sparks tomó un aire afligido.

—Por favor, señor, no puedo hacerlo.

—¡Hágalo! —ordenó el teniente Church—. Yo asumo toda la responsabilidad.

Se volvió y corrió por el pasillo y subió la escalerilla de la caseta del timón. Worley estaba todavía sentado en el sillón de mimbre, meciéndose al compás del balanceo del barco. Tenía las gafas casi en la punta de la nariz y estaba leyendo una sobada revista *Liberty*.

—Sparks ha recibido un SOS —anunció Church—. A menos de cincuenta millas. Le ordené que respondiese a la llamada y dijese que cambiamos de rumbo para ayudarles.

Worley abrió mucho los ojos, se levantó de un salto del sillón y agarró de los brazos al sorprendido Church.

—¿Está usted loco? —rugió—. ¿Quién diablos le ha dado autoridad para contradecir mis órdenes?

Church sintió un fuerte dolor en los brazos. La presión de aquellas manazas que apretaban como tenazas pareció que iba a convertir sus bíceps en pulpa.

—Dios mío, capitán, no podemos abandonar a otro barco en peligro.

—¡Podemos hacerlo, si yo lo digo!

Church se quedó pasmado ante el arrebató del capitán Worley. Podía ver sus ojos enrojecidos y desenfocados, y oler el aliento que apestaba a whisky.

—Es una norma básica del mar —insistió Church—. Debemos auxiliarles.

—¿Se están hundiendo?

—El mensaje decía «haciendo agua».

Worley empujó a Church.

—Y ahora lo dice usted. Dejemos que esos bastardos manejen las bombas hasta que cualquier barco que no sea el *Cyclops* les salve el pellejo.

El timonel y el oficial de guardia les miraron en sorprendido silencio, mientras Church y Worley se enfrentaban sin pestañear, con la atmósfera de la caseta del timón cargada de tensión. Todas las desavenencias que había habido entre ellos en las últimas semanas se pusieron de pronto de manifiesto.

El oficial de guardia hizo un movimiento como para intervenir. Worley volvió la cabeza y gruñó:

—Aténgase a lo suyo y preste atención al timón.

Church se frotó los magullados brazos y miró al capitán echando chispas por los ojos.

—Protesto por su negativa a responder un SOS e insisto en que se haga constar en el cuaderno de bitácora.

—Le advierto...

—También deseo que conste que ordenó usted al radiotelegrafista que no transmitiese ningún mensaje.

—Se ha pasado usted de la raya, caballero —Worley hablaba fríamente, comprimidos los labios en una fina línea, bañado el rostro en sudor—. Considérese arrestado y confinado en su camarote.

—Arreste a unos cuantos oficiales más —saltó Church, perdiendo el control—, y tendrá que manejar usted solo este barco maldito.

De pronto, antes de que Worley pudiese replicar, el *Cyclops* se hundió en un profundo seno entre dos olas. El instinto, agudizado por años en el mar, hizo que todos los que estaban en la caseta del timón se agarraran automáticamente al objeto seguro más próximo para mantener el equilibrio. Las planchas del casco crujieron bajo la tensión, y pudieron oír ruidos como de algo que se rompía.

—¡Dios mío! —murmuró el timonel, con la voz teñida por el pánico.

—¡Silencio! —gruñó Worley al enderezarse el *Cyclops*—. Este barco ha navegado en mares peores que éste.

Una idea espantosa se abrió paso en la mente de Church.

—El *Crogan Castle*, el barco que radió el SOS, dijo que tenía la proa desfondada, y maltrecha la superestructura.

Worley le miró fijamente.

—¿Y qué?

—¿No se da cuenta? Debe haber sido golpeado por una ola gigantesca como ésta.

—Está hablando como un loco. Vaya a su camarote, caballero. No quiero volver a verle la cara hasta que lleguemos a puerto.

Church vaciló, apretando los puños. Después, lentamente, aflojó las manos al darse cuenta de que toda ulterior discusión con Worley sería una pérdida de tiempo. Se volvió sin añadir palabra y salió de la caseta del timón.

Al pisar la cubierta, miró fijamente por encima de la proa. El mar parecía engañosamente tranquilo. Las olas era ahora de tres metros y no llegaba agua a la cubierta. Se dirigió a popa y vio que las tuberías de vapor que hacían funcionar los tornos y el equipo auxiliar estaban raspando los bordes mientras el barco subía y bajaba al impulso de las largas y lentas olas.

Entonces bajó a las bodegas e inspeccionó dos de ellas, dirigiendo la luz de su linterna a los fuertes puntales instalados para que la carga de manganeso se mantuviese en su sitio. Chirriaban y crujían bajo la tensión, pero parecían firmes y seguros. No vio señales de que se escapasen granos de mineral a causa del movimiento del barco.

Sin embargo, se sentía inquieto, y estaba cansado. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no encaminarse a su cómodo camarote y cerrar complacidamente los

ojos a la triste serie de problemas con que se enfrentaba el barco. Iría a inspeccionar la sala de máquinas y vería si había entrado agua en la sentina. Una inspección que resultó negativa y pareció confirmar la fe de Worley en el *Cyclops*.

Cuando se dirigía por un pasillo hacia el cuarto de oficiales para tomar una taza de café, se abrió la puerta de un camarote y el cónsul general americano en Brasil, Alfred Gottschalk, titubeó en el umbral mientras hablaba con alguien que permanecía en el interior de la habitación. Church miró por encima del hombro de Gottschalk y vio al médico del barco inclinado sobre un hombre que yacía en una litera. El rostro del paciente era de piel amarillenta y tenía aspecto de cansancio, un rostro bastante joven que se contradecía con la espesa melena blanca que poblaba su cabeza. El hombre mantenía los ojos abiertos, los cuales reflejaban una mezcla de miedo y sufrimiento y un círculo de penalidades; eran unos ojos que habían visto demasiado. La escena era una extraña circunstancia más para añadir a la travesía del *Cyclops*.

Como oficial de cubierta antes de que el barco zarpase de Río de Janeiro, Church había observado la llegada al muelle de una caravana de automóviles. El cónsul general se había apeado del coche oficial conducido por un chófer y había dirigido la carga de sus baúles y maletas. Después había mirado hacia arriba, captando todos los detalles de *Cyclops*, desde la poco elegante proa recta hasta la graciosa curva de su popa en forma de copa de champaña. A pesar de su cuerpo bajo, redondo y casi cónico, irradiaba el aire indefinible de las personas acostumbradas a ejercer una gran autoridad. Llevaba los cabellos rubios y plateados excesivamente cortos, al estilo prusiano. Sus estrechas cejas eran casi iguales que el recortado bigote.

El segundo vehículo de la caravana era una ambulancia. Church observó cómo una persona tendida en una camilla era sacada de aquélla y transportada a bordo, pero no pudo descubrir sus facciones debido a la gruesa mosquitera que le cubría la cara. Aunque la persona que iba en la camilla formaba evidentemente parte de su séquito, Gottschalk le prestó poca atención, dirigiéndola en cambio al camión Mack que iba en retaguardia.

Miró ansiosamente mientras una gran caja oblonga era izada por una de las grúas del barco y depositada en el primer compartimiento de carga. Como a una señal convenida, Worley apareció y supervisó personalmente el cierre de la escotilla. Entonces saludó a Gottschalk y le acompañó a su camarote. Casi inmediatamente, soltaron amarras y el barco se dirigió hacia la entrada del puerto.

Gottschalk se volvió y advirtió que Church estaba de pie en el pasillo. Salió del camarote y cerró la puerta a su espalda, entrecerrando recelosamente los párpados.

—¿Puedo ayudarle en algo, teniente...?

—Church, señor. Estaba terminando una inspección del barco y me dirigía al cuarto de oficiales para tomar una taza de café. ¿Me haría el honor de acompañarme?

Una débil expresión de alivio se pintó en el semblante del cónsul general, y éste

sonrió.

—Con mucho gusto. Nunca puedo dormir más de unas pocas horas seguidas. Esto vuelve loca a mi esposa.

—¿Se ha quedado ella en Río esta vez?

—No; la envié anteriormente a nuestra casa de Maryland. Yo tenía que terminar mi misión en Brasil. Espero pasar el resto de mi servicio en el Departamento de Estado, en Washington.

Church pensó que Gottschalk parecía excesivamente nervioso. No paraba de mirar arriba y abajo en el pasillo y se enjugaba constantemente la pequeña boca con un pañuelo de lino. Asió a Church de un brazo.

—Antes de que tomemos café, ¿sería usted tan amable, teniente, de acompañarme a la bodega donde está el equipaje?

Church le miró fijamente.

—Sí, señor, si usted lo desea.

—Gracias —dijo Gottschalk—. Necesito algo de uno de mis baúles.

Si Church creyó que era una petición desacostumbrada, no lo dijo; se limitó a asentir con la cabeza y echó a andar hacia la proa del barco, con el pequeño y gordo cónsul general pisándole los talones. Caminaron sobre la cubierta a lo largo del pasadizo que llevaba de las camaretas de popa al castillo de proa, pasando por debajo de la superestructura del puente, suspendido sobre puntales de acero que parecían zancos. La luz colgada entre los dos mástiles de proa que constituían un soporte del esquelético enrejado que conectaba las grúas para la carga de carbón proyectaba un extraño resplandor que era reflejado por la misteriosa radiación de las olas que se acercaban.

Deteniéndose junto a una escotilla, Church corrió los pestillos e hizo ademán a Gottschalk para que le siguiese por una escalerilla, iluminándola con su linterna. Cuando llegaron al fondo de la bodega de equipajes, Church encontró el interruptor y encendió las lámparas del techo, que iluminaron la zona con un resplandor amarillo irreal.

Gottschalk pasó por el lado de Church y se encaminó directamente a la caja, asegurada por cadenas cuyos últimos eslabones estaban sujetos con candados a unas armellas fijas en el suelo. Estuvo allí durante unos momentos, contemplándola con una expresión reverente en el semblante y pensando en otro lugar, en otros tiempos.

Church observó de cerca la caja por primera vez. No había ninguna señal en los lados de dura madera. Calculó que mediría unos tres metros de longitud por uno de profundidad y uno y medio de anchura. No podía calcular el peso, pero sabía que el contenido era pesado. Recordaba cómo se había tensado el cable al subirla a bordo. La curiosidad pudo más que su fingida indiferencia.

—¿Puedo preguntarle qué hay en el interior?

Gottschalk siguió mirando la caja.

—Una pieza arqueológica destinada a un museo —contestó vagamente.

—Debe ser muy valiosa —insinuó Church.

Gottschalk no respondió. Algo en el borde de la tapa le había llamado la atención. Se caló un par de gafas para leer y miró a través de los cristales. Le temblaron las manos y se puso rígido.

—¡Ha sido abierta! —jadeó.

—No es posible —dijo Church—. La tapa está tan fuertemente asegurada con cadenas que los eslabones habrán mellado sus bordes.

—Pero mire aquí —dijo el otro, señalando—. Puede ver las marcas de la palanca con que fue forzada la tapa.

—Probablemente, estas señales se produjeron al ser cerrada la caja.

—No estaban aquí cuando yo la comprobé hace dos días —dijo firmemente Gottschalk—. Alguien de su tripulación ha manipulado esto.

—Su preocupación es vana. ¿Qué tripulante podría interesarse en un objeto viejo que al menos debe pesar dos toneladas? Además, ¿quién, aparte de usted, tiene la llave de los candados?

Gottschalk se hincó de rodillas y tiró de uno de los candados. Éste se desprendió y le quedó en la mano. En vez de acero, había sido tallado en madera. Ahora pareció aterrorizado. Se levantó despacio, como hipnotizado, miró furiosamente a su alrededor y pronunció una palabra:

—Zanona.

Fue como el principio de una pesadilla. Los sesenta segundos siguientes fueron horribles. El asesinato del cónsul general se cometió con tanta rapidez que Church se quedó como petrificado, sin comprender lo que estaban viendo sus ojos.

Una figura saltó desde la sombra sobre la caja. Vestía el uniforme de marinero de la Armada, pero las características raciales de sus cabellos negros, gruesos y lisos, de los pómulos salientes, de los ojos extremadamente oscuros e inexpresivos, eran innegables.

Sin hacer el menor ruido, el indio sudamericano hundió algo parecido a una lanza en el pecho de Gottschalk, hasta que la punta sobresalió un palmo del cuerpo, por debajo del omóplato. El cónsul general no cayó inmediatamente. Volvió lentamente la cabeza y miró a Church, desorbitados los ojos que ya no veían. Trató de decir algo, pero no pudo articular una palabra; solamente se oyó una especie de tos horrible, gutural, que tiñó de rojo sus labios y su barbilla. Cuando empezaba a caer, el indio apoyó un pie en su pecho y arrancó la lanza.

Church no había visto nunca al asesino. El indio no pertenecía a la tripulación del *Cyclops* y sólo podía ser un polizón. No había malignidad en el moreno semblante, ni cólera ni odio, sólo una expresión inescrutable de total indiferencia. Agarró la lanza

casi negligentemente y saltó sin ruido de la caja.

Church se apercibió del ataque. Esquivó hábilmente la lanzada y arrojó la linterna contra la cara del indio. Se oyó un ruido sordo cuando el tubo de metal chocó contra la mandíbula derecha y rompió el hueso, haciendo saltar varios dientes. Entonces descargó un puñetazo que alcanzó al indio en el cuello. La lanza cayó al suelo y Church agarró el asta de madera y la levantó sobre la cabeza.

De pronto, todo lo que había dentro del compartimiento de equipajes pareció volverse loco, y Church tuvo que hacer un gran esfuerzo para conservar el equilibrio, puesto que el suelo se inclinó casi sesenta grados. De algún modo pudo mantenerse en pie y corrió, impulsado por la gravedad, hasta el inclinado mamparo de proa. El cuerpo inerte del indio rodó detrás de él y se paró a sus pies. Entonces observó aterrorizado e impotente cómo la caja, no retenida por los candados, se deslizaba sobre el suelo, aplastando al indio y sujetando las piernas de Church contra la pared de acero. El impacto hizo que la tapa se abriese a medias, revelando el contenido de la caja.

Church miró aturdido a su interior. La increíble visión que captaron sus ojos a la luz vacilante de las lámparas de! techo fue la última imagen que se grabó en su mente durante los pocos segundos que lo separaban de la muerte.

En la caseta del timón, el capitán Worley era testigo de algo aún más espantoso. Fue como si el *Cyclops* hubiese caído de pronto en un agujero insondable. La proa se hundió en un seno enorme entre dos olas y la popa se levantó en el aire hasta que las hélices salieron del agua. A través de la oscuridad, las luces vaporosas del *Cyclops* se reflejaron en una pared negra y movediza que se elevó tapando las estrellas.

En el fondo de las bodegas de carga, sonó un terrible estruendo parecido al de un terremoto, haciendo que todo el barco se estremeciese desde la proa hasta la popa. Worley no tuvo tiempo de dar la voz de alarma que pasó un instante por su mente. Los puntales habían cedido y el manganoso suelto aumentaba el impulso hacia abajo del *Cyclops*.

El timonel contempló a través del ojo de buey, con mudo asombro, cómo aquella enorme pared, de la altura de una casa de diez pisos, se abalanzaba rugiendo contra ellos con la rapidez de un alud. La cima estaba encrespada a medias, y había un hueco debajo de ella. Un millón de toneladas de agua chocó furiosamente contra la proa del buque, inundándola completamente y cubriendo también la superestructura. Las puertas del puente se rompieron y el agua penetró en la caseta del timón. Worley se agarró al pasamanos, paralizada la mente e incapaz de imaginar lo inevitable.

La ola pasó por encima del barco. Toda la sección de proa se retorció al partirse los baos de acero y combarse la quilla. Las remachadas planchas del casco se desprendieron como si fuesen de papel. El *Cyclops* se hundió más bajo la enorme presión de la ola. Las hélices se sumergieron de nuevo en el agua y ayudaron a

impulsar el barco hacia las profundidades que le esperaban. El *Cyclops* no podía volver atrás.

Siguió bajando, bajando, hasta que el destrozado casco y las personas aprisionadas en él cayeron sobre la removida arena del fondo del mar, y sólo una bandada de asombradas gaviotas fueron testigos de su funesto destino.

PRIMERA PARTE
El Prosperteer

10 de octubre de 1989 - Key West, Florida

El dirigible pendía inmóvil en el aire tropical, equilibrado y tranquilo, como un pez suspendido en un acuario. Su proa golpeaba ligeramente el mástil amarillo de amarre al balancearse delicadamente sobre una sola rueda de aterrizaje. Era una vieja aeronave de aspecto cansado; su piel antaño de plata se había arrugado, había perdido el color y estaba salpicada de numerosos parches. La barquilla de mando que pendía debajo de su panza tenía aspecto de embarcación antigua, y sus ventanillas de cristal estaban amarillas por los años. Sólo sus motores Wright Whirlwind de 200 caballos parecían nuevos, al haber sido cuidadosamente restaurados y devueltos a sus primitivas condiciones.

A diferencia de sus hermanos más jóvenes que sobrevolaban los estadios de fútbol, su cubierta impermeable al gas era de aluminio con juntas remachadas, en vez de poliéster revestido de caucho, y era sostenida por doce armazones circulares como el dorso de un pez. En forma de cigarro, tenía cincuenta metros de longitud y contenía siete mil quinientos metros cúbicos de helio y, si no soplaban vientos contrarios sobre su redondeada proa, podía navegar entre las nubes a sesenta y dos millas por hora. Su denominación original había sido ZMC-2, Zeppelin Metal Ciad Number Two, y había sido construido en Detroit y entregado a la Marina de los Estados Unidos en 1929— A diferencia de la mayoría de los dirigibles, que tenían cuatro grandes aletas estabilizadoras, éste llevaba ocho aletas pequeñas en la afilada cola. Muy avanzado en su época, había prestado grandes y seguros servicios hasta 1942, en que había sido desmantelado y olvidado.

Durante cuarenta y siete años, el ZMC-2 languideció en un hangar de una base aérea naval abandonada cerca de Key West, Florida. En 1988, la propiedad fue vendida por el Gobierno a un grupo financiero presidido por un acaudalado editor, Raymond LeBaron, que pretendía convertirla en un lugar de vacaciones.

Recién llegado de la sede de su corporación en Chicago, para inspeccionar la nueva adquisición, LeBaron tropezó, en la base naval, con los polvorientos y deteriorados restos del ZMC-2 y aquello le intrigó. Cargándolo a los gastos de promoción, hizo montar de nuevo la vieja nave más ligera que el aire y reconstruir los motores, y la llamó *Prosperteer*, por el nombre de la revista comercial que era la base de su imperio financiero, pintando aquel nombre con grandes letras rojas en el lado de la cubierta.

LeBaron aprendió a gobernar el *Prosperteer*, dominando el humor inconstante de la aeronave y los constantes reajustes requeridos para sostener un vuelo regular bajo la caprichosa naturaleza del viento. No había un piloto automático que le ahorrara el

trabajo de bajar la proa contra una súbita ráfaga y levantarla cuando amainaba el viento. La fuerza de sustentación casi neutral variaba en gran manera con la atmósfera. Los residuos de una ligera lluvia podían añadir un peso de cientos de kilos a la vasta superficie del dirigible, reduciendo su capacidad de elevación, mientras que un viento seco que soplase desde el noroeste obligaba al piloto a luchar contra la insistencia de la aeronave por elevarse a una altura contraproducente.

LeBaron disfrutaba con este desafío. El regocijo de adivinar el comportamiento de la antigua bolsa de gas y combatir sus antojos aerodinámicos superaba en mucho las satisfacciones que experimentaba al pilotar uno de los cinco aviones a reacción propiedad de su corporación. Aprovechaba todas las oportunidades que tenía de abandonar la sala de juntas para viajar a Key West y dar una vuelta sobre las islas del Caribe. El *Prosperteer* se convirtió muy pronto en un espectáculo familiar encima de las Bahamas. Un indígena que trabajaba en un campo de caña de azúcar contempló el dirigible y lo describió espontáneamente como «un cerdito que corría hacia atrás».

Sin embargo, LeBaron, como la mayoría de los empresarios de la élite del poder, tenía una mente inquieta y sentía el impulso incoercible de buscar nuevos proyectos. Después de casi un año, su interés en el viejo dirigible empezó a desvanecerse.

Entonces, una noche, conoció en un bar de la zona portuaria a una vieja rata de muelle llamado Buck Caesar, que dirigía una empresa de recuperación de objetos en el mar, con la grandilocuente denominación de «Exotic Artifact Ventures, Inc.».

Durante una conversación, mientras tomaban varias rondas de ron con hielo, Buck Caesar pronunció la palabra mágica que ha enloquecido a la mente humana desde hace más de cinco mil años y que ha causado probablemente más daños que la mitad de las guerras: *tesoro*.

Después de escuchar a Caesar contando historias sobre galeones españoles hundidos en las aguas del Caribe, con sus cargamentos de oro y plata mezclados con el coral, incluso un astuto financiero con el agudo sentido de los negocios como era LeBaron se dejó convencer. Con un apretón de manos, constituyeron una sociedad.

Entonces renació el interés de LeBaron en el *Prosperteer*. El dirigible podía ser una plataforma perfecta para descubrir lugares de posibles naufragios desde el aire. Los aeroplanos volaban demasiado rápido para una observación aérea, mientras que los helicópteros tenían un tiempo limitado de vuelo y agitaban la superficie del agua con el viento de sus hélices. El dirigible podía permanecer dos días en el aire y volar a marcha lenta. Desde una altura de cien metros, el perfil de un objeto confeccionado por el hombre podía ser detectado por unos ojos agudos a treinta metros de profundidad en un mar claro y en calma.

Estaba despuntando la aurora sobre los estrechos de Florida cuando el personal de tierra, compuesto de diez hombres, se reunió alrededor del *Prosperteer* y empezó una inspección previa al vuelo. El sol naciente iluminó la enorme cubierta revestida de

rocío, dándole el iridiscente aspecto de una burbuja de jabón. El dirigible estaba en el centro de una pista de hormigón en cuyas grietas crecía la hierba. Una ligera brisa soplaba desde los estrechos y la aeronave giró alrededor del mástil de amarre hasta tocarlo con la redonda proa.

Casi todos los miembros del personal de tierra eran jóvenes de piel tostada, e iban vestidos de cualquier manera, con shorts o trajes de baño o pantalones de algodón. Apenas si prestaron atención al largo Cadillac que rodó por la pista y se detuvo junto al gran camión que servía de taller de reparación del dirigible, de oficina del jefe de personal y de cuarto de comunicaciones.

El chófer abrió la portezuela y LeBaron se apeó del asiento de atrás, seguido de Buck Caesar, que se dirigió inmediatamente a la barquilla del dirigible con un rollo de cartas marinas debajo del brazo. LeBaron, muy elegante y al parecer lleno de salud a sus sesenta y cinco años, dejaba a todos pequeños con su estatura cercana a los dos metros. Sus ojos tenían un color de roble claro; llevaba bien peinados los cabellos grises, y tenía la mirada lejana y preocupada del hombre cuyos pensamientos estaban a varias horas en el futuro.

Se inclinó y dijo unas pocas palabras a una atractiva mujer que iba dentro del coche. La besó ligeramente en la mejilla, cerró la portezuela y echó a andar en dirección al *Prosperteer*.

El jefe del personal de tierra, un hombre de aire competente y que llevaba una immaculada chaqueta blanca, se acercó y estrechó la mano que le tendía LeBaron.

—Los depósitos de carburante están llenos, señor LeBaron. Se han hecho todas las comprobaciones necesarias para emprender el vuelo.

—¿Cómo está la fuerza de sustentación?

—Tendrá que calcular una carga adicional de doscientos cincuenta kilos debido a la humedad.

LeBaron asintió reflexivamente con la cabeza.

—Se aligerará con el calor del día.

—Los controles deberían responder mejor. Los cables elevadores presentaban señales de herrumbre; por consiguiente, los hice cambiar.

—¿Cuál es la previsión del tiempo?

—Nubes bajas dispersas durante la mayor parte del día. Pocas probabilidades de lluvia. Se encontrarán con un viento del sudeste que soplará de frente a cinco millas por hora en el trayecto de ida.

—Y un viento de cola en el trayecto de vuelta. Prefiero esto.

—¿La misma frecuencia de radio que en el último viaje?

—Sí, informaremos cada media hora de nuestra posición y condiciones, empleando los términos normales de comunicación. Si descubrimos algo prometedor, lo transmitiremos en clave.

El jefe del personal de tierra asintió con la cabeza.

—Comprendido.

Sin añadir palabra, LeBaron subió la escalerilla de la góndola y ocupó el asiento del piloto. Su copiloto, Joe Cavilla, un individuo de sesenta años, agrio y de ojos tristes, que raras veces abría la boca salvo para bostezar o estornudar, se reunió con él. Su familia había inmigrado a los Estados Unidos desde el Brasil, cuando él tenía dieciséis años, y Joe se había incorporado a la Marina, pilotando dirigibles hasta que la última unidad de esta clase fue formalmente licenciada en 1964. Cavilla se había presentado un día e impresionado a LeBaron por su experiencia en aeronaves más ligeras que el aire, y éste le había contratado.

El tercer miembro de la tripulación era Buck Caesar. Su cara de hombre maduro, de tez curtida, sonreía constantemente, pero su mirada era astuta y su cuerpo eran tan firme como el de un boxeador. Estaba sentado a una mesita, con el torso inclinado, contemplando sus cartas y trazando una serie de cuadrados cerca de un sector del canal de las Bahamas.

Un humo azul brotó de los tubos de escape al poner LeBaron en marcha los motores. El personal de tierra desató cierto número de sacos de lona conteniendo lastre y que habían sido arrojados desde la barquilla. Uno de aquellos hombres, el «cazador de mariposas», levantó un largo palo con una manga de aire en su extremo, para que LeBaron pudiese observar la dirección exacta del viento.

LeBaron hizo una señal con la mano al jefe del personal de tierra. Un calzo de madera fue retirado de la rueda de aterrizaje, se soltó la ligadura de la proa al mástil, y los hombres que sostenían las cuerdas de proa se echaron a un lado y las soltaron. Cuando la aeronave quedó libre y se hubo apartado del mástil, LeBaron aceleró e hizo girar la gran rueda del timón contigua a su asiento. El *Prosperter* levantó su morro de ópera bufa en un ángulo de cincuenta grados y, lentamente, se elevó en el cielo.

El personal de tierra observó hasta que la gran aeronave se perdió gradualmente de vista sobre las aguas verdeazules de los estrechos. Después volvieron brevemente su interés a la limusina y a la vaga forma femenina de detrás del cristal sombreado de la ventanilla.

Jessie LeBaron compartía la pasión de su marido por las aventuras al aire libre, pero era una mujer metódica, que prefería organizar fiestas de caridad y sesiones para recaudar fondos en campañas políticas, en vez de perder el tiempo a la caza de un tesoro dudoso. Vibrante y llena de vitalidad, con una boca que tenía un repertorio de una docena de sonrisas diferentes, tenía cincuenta años y medio, pero parecía estar más cerca de los treinta y siete. Jessie era ligeramente entrada en carnes, pero firme; su tez tenía una suavidad cremosa, y había permitido que sus cabellos se volvieran naturalmente grisáceos. Los ojos eran grandes y oscuros, y no tenían la mirada vacía

que suele dejar la cirugía plástica.

Cuando ya no pudo ver el dirigible, Jessie habló por el intercomunicador del automóvil.

—Angelo, tenga la bondad de volver al hotel.

El chófer, un cubano moreno con la cara de facciones tan duras como las grabadas en los sellos de correos, se llevó dos dedos a la visera de la gorra y asintió con la cabeza.

El personal de tierra del dirigible observó cómo daba la vuelta el largo Cadillac y pasaba por la desierta puerta de entrada de la antigua base naval. Entonces, alguien sacó una pelota de balonvolea. Rápidamente trazaron las líneas del campo y montaron una red. Después de formar los bandos, empezaron a golpear la pelota de un lado a otro para combatir el tedio de la espera.

Dentro del camión con aire acondicionado, el jefe del personal y un radiotelegrafista recibían y anotaban los mensajes del dirigible. LeBaron transmitía religiosamente cada treinta minutos, sin variar nunca más de unos pocos segundos, describiendo su posición aproximada, todos los cambios del tiempo y los barcos que navegaban debajo de ellos.

Entonces, a las dos y media de la tarde, cesaron los mensajes. El radiotelegrafista trató de comunicarse con el *Prosperteer*, pero no hubo respuesta. Llegaron y pasaron las cinco y continuó el silencio. Fuera, el personal de tierra dejó cansadamente de jugar y se agrupó alrededor de la puerta del compartimiento de radio, mientras crecía la inquietud en el interior. A las seis, sin ninguna señal del dirigible sobre el mar, el jefe del personal llamó a la Guardia de Costas.

Lo que nadie sabía, ni posiblemente sospechaba, era que Raymond LeBaron y sus amigos a bordo del *Prosperteer* se habían desvanecido en un misterio que iba mucho más allá de la mera caza de un tesoro.

Diez días más tarde, el presidente de los Estados Unidos contemplaba pensativamente el paisaje a través de la ventanilla de su limusina y tamborileaba con los dedos sobre una rodilla. Sus ojos no veían las fincas pintorescas de las tierras de Potomac, Maryland. Apenas se daba cuenta de cómo brillaba el sol sobre la piel de los caballos de pura raza que vagaban por los ondulados pastizales. Las imágenes que se reflejaban en su mente giraban alrededor de los extraños acontecimientos que lo habían llevado literalmente a la Casa Blanca.

Como vicepresidente, fue elevado al cargo más alto de la nación cuando su predecesor se vio obligado a dimitir después de confesar que padecía una enfermedad mental. Afortunadamente, los medios de comunicación no emprendieron una investigación a gran escala. Desde luego, hubo las entrevistas de rutina con ayudantes de la Casa Blanca, líderes del Congreso y famosos psiquiatras, pero no apareció nada que oliese a intriga o a conspiración. El ex presidente abandonó Washington y se retiró a su casa de campo en Nuevo México, todavía respetado y compadecido por el público, y la verdad quedó guardada en la mente de muy pocos.

El nuevo jefe del ejecutivo era un hombre enérgico que medía un poco más de un metro ochenta y pesaba sus buenos cien kilos. Tenía cuadrada la mandíbula inferior, duras las facciones y una frente casi siempre arrugada en un fruncimiento reflexivo; pero sus ojos intensamente grises podían ser engañosamente límpidos. Los cabellos de plata estaban siempre perfectamente cortados, con raya en el lado derecho, al estilo tradicional de los banqueros de Kansas.

No era guapo o llamativo a los ojos del público, pero tenía un estilo y un encanto que lo hacían atractivo. Aunque era político profesional, consideraba al Gobierno, tal vez ingenuamente, como un equipo, con él como entrenador que dirigía el juego. Muy apreciado como instigador y agitador, se rodeaba de un gabinete y un personal de hombres y mujeres que se esforzaban en trabajar en armonía con el Congreso, en vez de reclutar una pandilla de compinches más preocupados de fortalecer su base de poder personal.

Sus pensamientos se centraron poco a poco en el paisaje cuando el conductor del Servicio Secreto redujo la marcha, salió de la River Road North y cruzó la gran puerta de piedra flanqueada de una verja pintada de blanco. Un guardia uniformado y un agente del Servicio Secreto que llevaba las gafas negras de ritual y traje de hombre de negocios salieron de la caseta del guarda. Miraron hacia el interior del coche y asintieron con la cabeza al reconocer a su ocupante. El agente habló por un pequeño transmisor de radio sujeto a su muñeca como un reloj.

—El jefe está en camino.

El automóvil rodó por el paseo circular bordeado de árboles del Congressional

Country Club, dejando atrás las pistas de tenis a la izquierda, llenas de curiosas esposas de los socios, y se detuvo al pie del pórtico del club.

Elmer Hoskins, el encargado de recibirle, se adelantó y abrió la portezuela de atrás.

—Parece que hará un buen día para el golf, señor presidente.

—Mi juego no podría ser peor si el campo estuviese cubierto de nieve —dijo sonriendo el presidente.

—Ya quisiera yo poder llegar a poco más de ochenta golpes.

—También yo —dijo el presidente, siguiendo a Hoskins por el lado de la casa del club y bajando a las dependencias del profesor—. He añadido cinco golpes a mi puntuación desde que me hice cargo del Salón Oval.

—Sin embargo, no está mal para alguien que sólo juega una vez a la semana.

—Esto y el hecho de que cada vez me resulta más difícil prestar atención al juego.

El profesor del club apareció y le estrechó la mano.

—Reggie tiene sus palos y le está esperando en el *tee* del primer hoyo.

El presidente asintió con la cabeza y subieron a un pequeño vehículo que les llevó por un sendero que rodeaba un gran estanque y conducía a uno de los más largos campos de golf de la nación. Reggie Salazar, un hispano bajito y nervudo, estaba apoyado en una gran bolsa de cuero llena de palos de golf que le llegaban al pecho.

El aspecto de Salazar era engañoso. Como un borriquito de las montañas andinas, podía cargar con una bolsa de veinticinco kilos de palos de golf a lo largo de dieciocho agujeros sin jadear ni verter una gota de sudor. Cuando tenía solamente trece años, había llevado en brazos a su madre enferma y a su hermanita de tres años colgada sobre la espalda, a través de la frontera de Baja California hasta San Diego, a treinta millas. Después de la amnistía otorgada a los inmigrantes ilegales en 1985, trabajó en los campos de golf, convirtiéndose en un buen caddy en las competiciones de profesionales. Era un genio en aprender el ritmo de un campo; afirmaba que era como si le hablase y escogía infaliblemente el palo adecuado para un golpe difícil. Reggie Salazar era también un hombre de gran agudeza y un filósofo, y prodigaba los proverbios de una manera que habría dado envidia a Casey Stengel. El presidente lo había llevado consigo en un torneo entre miembros del Congreso, hacía cinco años, y se habían hecho buenos amigos.

Salazar vestía siempre como un trabajador del campo: pantalón vaquero, camisa a cuadros, botas de militar y sombrero de paja y ala ancha de ranchero. Era su marca de fábrica.

—*Saludos*, señor presidente —lo saludó en inglés de la frontera, brillándole los ojos de color café—. ¿Prefiere caminar o ir en el cochecito?

El presidente estrechó la mano que le tendía Salazar.

—Me conviene hacer un poco de ejercicio; por lo tanto, caminaremos un rato y tal vez iremos en coche en los nueve últimos hoyos.

Dio el primer golpe y lanzó una pelota alta y con ligero efecto que se detuvo a ciento ochenta metros cuesta arriba y cerca del borde de la calle. Mientras caminaba desde el *tee*, los problemas de gobernar el país se fueron apartando de su mente y empezó a pensar en el próximo golpe.

Jugó en silencio hasta que, con un golpe corto, metió la pelota en el hoyo y consiguió un par. Después descansó y tendió el palo a Salazar.

—Bueno, Reggie, ¿alguna sugerencia sobre mis tratos con el Capitolio?

—Demasiadas hormigas negras —respondió Salazar, con una sonrisa elástica.

—¿Hormigas negras?

—Todos visten trajes oscuros y corren como locos. Lo único que hacen es llevar papeles y darle a la lengua. Yo dictaría una ley disponiendo que los miembros del Congreso sólo pudiesen reunirse en años alternos. De esta manera, causarían menos problemas.

El presidente se echó a reír.

—Sé de al menos doscientos millones de votantes que aplaudirían tu idea.

Siguieron caminando por el campo, seguidos a discreta distancia por dos agentes del Servicio Secreto en un cochecito de golf, mientras al menos otra docena rondaba por el campo. La conversación continuó animada, mientras el juego del presidente se desarrollaba bien. Después de recoger la pelota del hoyo del noveno *green*, su cuenta registraba treinta y nueve golpes. Lo consideró un pequeño triunfo.

—Vamos a tomarnos un descanso antes de atacar los nueve últimos —dijo el presidente—. Voy a celebrarlo con una cerveza. ¿Quieres acompañarme?

—No, gracias, señor. Emplearé el tiempo para limpiar de hierbas y de polvo sus palos.

El presidente le tendió el *butter*.

—Como quieras. Pero insisto en que bebas algo conmigo cuando terminemos con el hoyo decimoctavo.

El rostro de Salazar resplandeció como un faro.

—Será un honor, señor presidente —dijo, y trotó hacia la bolsa de caddy.

Veinte minutos más tarde, después de responder a una llamada de su jefe de personal y beber una botella de Coors, el presidente salió de la casa del club y se reunió con Salazar, que estaba acurrucado en un cochecito de golf en el décimo *tee*, con el ala ancha de su sombrero de paja bajada sobre la frente. Sus manos, relajadas, agarraban el volante y llevaban ahora un par de guantes de cuero.

—Bueno, veamos si puedo bajar de los ochenta —dijo el presidente, con los ojos brillantes por la esperanza de conseguir un buen resultado.

Salazar no dijo nada y le dio simplemente un *driver*.

El presidente tomó el palo y lo miró, perplejo.

—Es un agujero corto. ¿No crees que sería suficiente un número tres?

Mirando al suelo, con el sombrero ocultando su expresión, Salazar sacudió en silencio la cabeza.

—*Tú* eres el maestro —dijo amablemente el presidente.

Se acercó a la pelota, cerró los dedos sobre el palo, lo levantó hacia atrás y lo descargó hábilmente, pero la pelota siguió un trayecto bastante raro. Pasó por encima de la calle y aterrizó a considerable distancia, más allá del *green*.

Una expresión de perplejidad se pintó en la cara del presidente al regresar al *tee* y subir al cochecito eléctrico.

—Es la primera vez que me has dado un palo equivocado.

El caddy no respondió. Apretó el pedal de la batería y dirigió el vehículo hacia el décimo *green*. Al llegar a la mitad de la calle, se inclinó hacia adelante y colocó un pequeño paquete en el tablero, precisamente delante del presidente.

—¿Has traído un bocadillo por si tienes hambre? —preguntó, campechano, el presidente.

—No, señor; es una bomba.

El presidente frunció un poco el entrecejo, con irritación.

—La broma no tiene gracia, Reggie...

Se interrumpió de pronto al ver que se levantaba el sombrero de paja y descubrir los ojos azules de un completo desconocido.

3

—Tenga la bondad de mantener los brazos en su posición actual —dijo el desconocido con naturalidad—. Conozco la señal con la mano que le dijeron que hiciese a los del Servicio Secreto si creía que su vida estaba en peligro.

El presidente permaneció sentado como un tronco, incrédulo, más curioso que asustado. No confiaba en encontrar las palabras adecuadas si era el primero en hablar. Sus ojos no se apartaban del paquete.

—Es una estupidez —dijo al fin—. No vivirá para disfrutarlo.

—Esto no es un asesinato. No sufrirá ningún daño si sigue mis instrucciones. ¿De acuerdo?

—Tiene usted muchas agallas, míster.

El desconocido hizo caso omiso de la observación y siguió hablando en el tono de un maestro de escuela que recitara las normas de conducta a sus alumnos.

—La bomba es capaz de destrozarse cualquier cuerpo que se encuentre dentro de un radio de veinte metros. Si intenta usted avisar a sus guardaespaldas, la haré estallar con un control electrónico que llevo sujeto a la muñeca. Por favor, continúe jugando al golf como si no ocurriese nada extraordinario.

Detuvo el vehículo a varios metros de la pelota, se apeó sobre la hierba y miró con cautela a los agentes del Servicio Secreto, comprobando que parecían más interesados en escrutar los bosques de los alrededores. Entonces buscó en la bolsa y sacó un palo del seis.

—Es evidente que no sabe nada de golf —dijo el presidente, ligeramente complacido por poder adquirir cierto control—. Esto requiere un *chip*. Déme un palo del nueve.

El intruso obedeció y se quedó plantado a un lado mientras el presidente lanzaba la pelota al *green* y la empujaba después hasta el hoyo. Cuando arrancaron hacia el *tee* siguiente, estudió al hombre que se sentaba a su lado.

Los pocos cabellos grises que podían verse debajo del sombrero de paja, y las patas de gallo, revelaban una edad próxima a los sesenta años. El cuerpo era delgado, casi frágil; las caderas, estrechas, y su aspecto parecido al de Reggie Salazar, salvo que era un poco más alto. Las facciones eran estrechas y vagamente escandinavas. La voz era educada; los modales fríos y los hombros cuadrados sugerían una persona acostumbrada a hacer uso de la autoridad; sin embargo, no había indicios de crueldad o de maldad.

—Tengo la loca impresión —dijo tranquilamente el presidente— de que ha preparado esta intrusión para apuntarse un tanto.

—No tan loca. Es usted muy astuto, pero no podía esperar menos de un hombre tan poderoso.

—¿Quién diablos es usted?

—Mientras conversamos puede llamarme Joe. Y le ahorraré muchas preguntas sobre el objeto de todo esto cuando llegemos al *tee*. Allí hay un cuarto de aseo. — Hizo una pausa y sacó una carpeta de debajo de la camisa, empujándola sobre el asiento hacia el presidente—. Entre en él y lea rápidamente el contenido. No tarde más de ocho minutos. Si pasara de este tiempo, podría despertar sospechas en sus guardaespaldas. No hace falta que le diga las consecuencias.

El cochecito eléctrico redujo la marcha y se detuvo. Sin decir palabra, el presidente entró en el lavabo, se sentó en el water y empezó a leer. Exactamente ocho minutos más tarde, salió y su cara era una máscara de perplejidad.

—¿Qué broma insensata es ésta?

—No es ninguna broma.

—No comprendo por qué ha llevado las cosas a este extremo para obligarme a leer una historieta de ciencia-ficción.

—No es ficción.

—Entonces tiene que ser alguna clase de engaño.

—La Jersey Colony existe —dijo pacientemente Joe.

—Sí, y también la Atlántida.

Joe sonrió irónicamente.

—Acaba usted de ingresar en un club muy exclusivo. Es el segundo presidente que ha sido informado del proyecto. Ahora le sugiero que dé el primer golpe y le describiré el panorama mientras sigue usted jugando. No será una descripción completa porque tenemos poco tiempo. Además, no es necesario que conozca algunos detalles.

—Ante todo, tengo que hacerle una pregunta. Lo menos que puede hacer es contestarla.

—Está bien.

—¿Qué ha sido de Reggie Salazar?

—Está durmiendo profundamente en la caseta de los caddies.

—Que Dios lo ampare si miente.

—¿Qué palo? —preguntó tranquilamente Joe.

—Para un golpe corto. Déme un cuatro.

El presidente golpeó mecánicamente la pelota, pero ésta voló recta, dio en el suelo y rodó hasta tres metros del hoyo. Arrojó el palo a Joe y se sentó pesadamente en el vehículo, esperando.

—Bien, veamos... —empezó a decir Joe, mientras aceleraba hacia el *green*—. En 1963, sólo dos meses antes de su muerte, el presidente Kennedy se reunió en su casa de Hyannis Port con un grupo de nueve hombres que le propusieron un proyecto secretísimo para ser desarrollado a la sombra del programa para colocar un hombre

en el espacio. Formaban un «círculo privado» de brillantes y jóvenes científicos, grandes hombres de negocios, ingenieros y políticos, que habían logrado éxitos extraordinarios en sus respectivos campos. A Kennedy le gustó la idea y llegó al extremo de crear una agencia del Gobierno que actuaba como fachada para invertir dinero federal en la que había de llamarse en clave Jersey Colony. El capital fue completado por los hombres de negocios, que establecieron un fondo que igualó al del Gobierno hasta el último dólar. Para las investigaciones, se utilizaron edificios ya existentes, generalmente viejos almacenes, desparramados en todo el país. Así se ahorraron millones en el costo inicial y se evitaron preguntas de los curiosos sobre la nueva construcción de un gran centro de estudios.

—¿Cómo se mantuvo secreta la operación? —preguntó el presidente—. Tenía que haber filtraciones.

Joe se encogió de hombros.

—Una técnica sencilla. Los equipos de investigación tenían sus propios proyectos predilectos. Cada cual trabajaba en un lugar diferente. El antiguo sistema de hacer que una mano no sepa lo que hace la otra. La quincalla se encargaba a pequeños fabricantes. Algo elemental. Lo difícil era coordinar los esfuerzos ante las narices de la NASA sin que su gente no supiese lo que estaba pasando. Así, se enviaron falsos oficiales a los centros espaciales de Cabo Cañaveral y Houston, y también uno al Pentágono para impedir investigaciones enojosas.

—¿Me está usted diciendo que el Departamento de Defensa no sabe nada de esto? Joe sonrió.

—Esto fue lo más fácil. Un miembro del «círculo privado» era un alto oficial de Estado Mayor, cuyo nombre no le interesa. No fue problema para él enterrar otra misión en el laberinto del Pentágono.

Joe se interrumpió cuando echaron a andar detrás de la pelota. El presidente dio otro golpe como un sonámbulo. Volvió al cochecito y miró fijamente a Joe.

—Parece imposible que pudiesen vendarse completamente los ojos a la NASA.

—También uno de los directores clave de la Administración del Espacio pertenecía al «círculo privado». Preveía también que una base permanente con infinitas oportunidades era preferible a unos pocos viajes temporales de naves tripuladas a la superficie lunar. Pero se daba cuenta de que la NASA no podía realizar al mismo tiempo dos programas tan complicados y caros, por lo que se hizo miembro de la Jersey Colony. El proyecto se mantuvo en secreto para que no hubiese interferencias del Poder Ejecutivo, del Congreso o de los militares. Tal como se desarrollaron las cosas, fue una sabia decisión.

—Y la conclusión es que los Estados Unidos tienen una sólida base en la Luna.

Joe asintió solemnemente.

—Sí, señor presidente, es exactamente esto.

El presidente no acababa de comprender del todo la enormidad de la idea.

—Es increíble que un proyecto tan vasto pudiese realizarse detrás de una cortina impenetrable de secreto, desconocido y no descubierto durante veintiséis años:

Joe miró fijamente la calle.

—Tardaría un mes en describir los problemas, los obstáculos y las tragedias que hubo que superar; los adelantos científicos y de ingeniería requeridos por un proceso de reducción de hidrógeno para hacer agua, para fabricar un aparato de extracción de oxígeno, y construir una planta de generación de energía cuya turbina es accionada por nitrógeno líquido; para la acumulación de materiales y equipos lanzados a una órbita determinada por una agencia espacial particular patrocinada por el «círculo privado»; para la construcción de un vehículo de transporte lunar que enlazara la órbita terrestre con la Jersey Colony.

—¿Y todo se hizo ante las narices de todos los encargados de nuestro programa espacial?

—Los que se anunciaban como complicados satélites de comunicación eran piezas disfrazadas del vehículo de transferencia lunar y, en cada una de ellas, viajaba un hombre en una cápsula interna. No entraré en los diez años de planificación ni en la enorme complejidad de la cooperación para reunir aquellas piezas en uno de nuestros abandonados laboratorios espaciales, que fue empleado como base para el montaje del vehículo. Ni en la hazaña que supuso la invención de un motor eléctrico solar ligero y eficaz, que empleaba oxígeno como medio de propulsión. Pero la tarea fue realizada con éxito.

Joe se interrumpió para que el presidente pudiese dar otro golpe.

—Entonces todo fue cuestión de recoger los sistemas y suministros vitales ya puestos en órbita, y transportarlos, en realidad remolcarlos, hasta el lugar predeterminado en la Luna. Incluso un viejo laboratorio soviético en órbita y toda pieza útil de chatarra espacial fueron llevados a la Jersey Colony. Desde el principio fue una operación sin alharacas, el viaje de unos pioneros desde su casa en la Tierra, el paso más importante de la evolución desde que el primer pez pasó a la tierra hace más de trescientos millones de años. Pero por Dios que lo hicimos. Mientras nosotros estamos hablando aquí, diez hombres viven y trabajan en un medio hostil a quinientos mil kilómetros de distancia.

Mientras Joe hablaba, sus ojos adquirieron una expresión mesiánica. Después, su visión volvió a ser normal y contempló su reloj.

—Será mejor que nos demos prisa, antes de que el Servicio Secreto se pregunte por qué nos retrasamos. En todo caso, esto es lo esencial. Trataré de responder a sus preguntas mientras juega.

El presidente le miró, pasmado.

—¡Jesús! —gruñó—. No creo que pueda asimilar todo esto.

—Mis disculpas por decirle tantas cosas en tan poco tiempo —dijo rápidamente Joe—. Pero era necesario.

—¿En qué lugar exacto de la Luna está Jersey Colony?

—Después de estudiar las fotografías de las sondas Lunar Orbiter y de las misiones Apolo, detectamos un geiser de vapor en una región volcánica del hemisferio sur del lado oculto de la Luna. Un examen más a fondo mostró que había allí una gran caverna, refugio perfecto para emplazar la instalación inicial.

—¿Ha dicho que hay diez hombres allá arriba?

—Sí.

—¿Y cómo hacen los turnos, las sustituciones?

—No hay turnos.

—Dios mío, esto significa que el primitivo equipo que montó el transporte lunar lleva seis años en el espacio.

—Cierto —reconoció Joe—. Uno murió y se incorporaron otros siete cuando se amplió la base.

—¿Y sus familias?

—Todos son solteros, todos conocían y aceptaron las penalidades y los riesgos.

—Ha dicho que yo soy solamente el segundo presidente que se entera del proyecto, ¿no?

—Correcto.

—No permitir que el jefe ejecutivo de la nación conozca el proyecto es un insulto a su cargo.

Los ojos azules de Joe se oscurecieron todavía más; miró al presidente con severa malicia.

—Los presidentes son animales políticos. Los votos son más preciosos para ellos que los tesoros. Nixon hubiese podido emplear la Jersey Colony como una cortina de humo para eludir el escándalo de Watergate. Lo propio cabría decir de Cáster y el fiasco de los rehenes en Irán. Reagan lo habría aprovechado para glorificar su imagen y echárselo en cara a los rusos. Todavía es más deplorable la idea de lo que haría el Congreso con el proyecto; las políticas partidistas entrarían en juego, y se iniciarían interminables debates sobre si el dinero sería mejor empleado en defensa o en alimentar a los pobres. Yo amo a mi país, señor presidente, y me considero más patriota que la mayoría, pero ya no tengo fe en el Gobierno.

—Se apoderaron de dinero de los contribuyentes.

—Que será devuelto con intereses en beneficios científicos. Pero no olvide que personas particulares y sus corporaciones aportaron la mitad del dinero y, debo añadir, que lo hicieron sin el menor propósito de beneficio o ganancia personal. Los contratistas de defensa y del espacio no pueden alardear de esto.

El presidente no lo discutió. Depositó en silencio la pelota en un *tee* y lanzó la

bola hacia el decimoctavo *green*.

—Si desconfía usted tanto de los presidentes —dijo agriamente—, ¿por qué ha caído del cielo para contarme todo esto *a mí*?

—Podemos tener un problema. —Joe tomó una fotografía del fondo de la carpeta y se la mostró—. A través de nuestras relaciones, hemos obtenido esta foto tomada desde uno de los aviones de la Air Force que hacen vuelos de reconocimiento sobre Cuba.

El presidente comprendió que no debía preguntar cómo había llegado a las manos de Joe.

—¿Por qué me la muestra?

—Por favor, estudie la zona entre la costa norte de la isla y los Florida Keys.

El presidente sacó unas gafas del bolsillo de la camisa y observó la imagen de la foto.

—Parece el dirigible *Goodyear*.

—No; es el *Prosperteer*, una vieja aeronave perteneciente a Raymond LeBaron.

—Creía que se había perdido en el Caribe hace dos semanas.

—Diez días para ser exactos, junto con el dirigible y dos tripulantes.

—Entonces, esta foto fue tomada antes de que desapareciese.

—No; la película fue traída del avión hace solamente ocho horas.

—Entonces LeBaron debe estar vivo.

—Quisiera creerlo así, pero todos los intentos de comunicar por radio con el *Prosperteer* han quedado sin respuesta.

—¿Qué relación tiene LeBaron con la Jersey Colony?

—Era miembro del «círculo privado».

El presidente se acercó a Joe.

—Y usted, ¿es uno de los nueve hombres que concibieron el proyecto?

Joe no respondió. No hacía falta. El presidente, al contemplarle fijamente, estuvo seguro de ello.

Satisfecho, se echó atrás en su asiento.

—Está bien, ¿cuál es su problema?

—Dentro de diez días, los soviets lanzarán al espacio su más reciente vehículo pesado, con un módulo lunar tripulado, seis veces mayor y más pesado que el empleado por nuestros astronautas durante el programa Apolo. Usted conoce los detalles, por los informes secretos de la CÍA.

—Sí, me han informado de su misión lunar —convino el presidente.

—Y sabe también que, en los dos últimos años, han puesto tres sondas no tripuladas en órbita de la Luna, para descubrir y fotografiar lugares adecuados para el alunizaje. La tercera y última se estrelló contra la superficie de la Luna. La segunda sufrió una avería en el motor y estalló el depósito de carburante. En cambio, la

primera sonda funcionó bien, al menos al principio. Dio doce vueltas alrededor de la Luna. Entonces, algo funcionó mal. Después de volver a la órbita alrededor de la Tierra y antes de volver a entrar en la atmósfera, desobedeció de pronto todas las órdenes que le eran enviadas desde tierra. Durante los siguientes dieciocho meses, los controladores soviéticos del espacio intentaron recobrar intacta la nave. Si fueron o no capaces de recoger sus datos visuales, no tenemos manera de saberlo. Por último consiguieron disparar los retropropulsores. Pero en vez de en Siberia, su sonda lunar, el Selenos 4, cayó al mar Caribe.

—¿Qué tiene esto que ver con LeBaron?

—Fue a buscar la sonda lunar soviética.

Una expresión de duda se pintó en el semblante del presidente.

—Según los informes de la CÍA, los rusos recobraron la nave espacial en aguas profundas frente a la costa de Cuba.

—Una cortina de humo. Incluso montaron un gran espectáculo sobre la recuperación de la nave, pero en realidad no pudieron encontrarla.

—¿Y creen ustedes saber dónde se encuentra?

—Tenemos un lugar señalado, sí.

—¿Por qué quieren quitarles a los rusos unas pocas fotografías de la Luna? Hay miles de fotos a disposición de cualquiera que desee estudiarlas.

—Todas aquellas fotos fueron tomadas antes de que se estableciese Jersey Colony. Las nuevas inspecciones de los rusos revelarán sin duda su situación.

—¿Qué mal puede hacernos esto?

—Creo que, si el Kremlin descubre la verdad, la primera misión de la URSS en la Luna será atacar, capturar nuestra colonia y emplearla para sus propios fines.

—No lo creo. El Kremlin expondría todo su programa espacial a represalias por nuestra parte.

—Olvida usted, señor presidente, que nuestro proyecto lunar está envuelto en el mayor secreto. Nadie puede acusar a los rusos de apoderarse de algo que no se sabe que existe.

—Está usted dando palos a ciegas —dijo el presidente.

La mirada de Joe se endureció.

—No importa. Nuestros astronautas fueron los primeros en pisar la superficie lunar. Nosotros fuimos los primeros en colonizarla. La Luna pertenece a los Estados Unidos y debemos luchar contra cualquier intrusión.

—No estamos en el siglo catorce —dijo, impresionado, el presidente—. No podemos empuñar las armas e impedir que los soviets o quien sea lleguen a la Luna. Además, las Naciones Unidas declararon que ningún país tenía jurisdicción sobre la Luna y los planetas.

—¿Haría caso el Kremlin de la política de las Naciones Unidas si estuviesen en

nuestro lugar? Creo que no. —Joe se torció en su asiento y sacó un palo de la bolsa—. El decimoctavo *green*. Su último hoyo, señor presidente.

El presidente, confuso, estudió el terreno del *green* y dio un golpe corto de siete metros.

—Podría detenerles —dijo fríamente.

—¿Cómo? La NASA no tiene material para enviar una compañía de marines a la superficie lunar. Gracias a la improvisación de usted y de sus predecesores, sus esfuerzos se concentran en la estación espacial orbital.

—No puedo permitir que inicien ustedes una guerra en el espacio que podría repercutir en la Tierra.

—Tiene las manos atadas.

—Podrían equivocarse en lo que respecta a los rusos.

—Esperemos que sea así —dijo Joe—. Pero sospecho que pueden haber matado ya a Raymond LeBaron.

—¿Y es por esto por lo que me ha hecho estas confianzas?

—Si ocurre lo peor, al menos le habremos puesto al corriente de la situación y podrá preparar su estrategia para el follón que se va a armar.

—¿Y si hiciese que mis guardaespaldas le detuviesen como un loco asesino y descubriese lo de Jersey Colony?

—Deténgame, y Reggie Salazar morirá. Descubra el proyecto, y todas las intrigas entre bastidores, las puñaladas por la espalda, los fraudes y las mentiras y, sí, las muertes que se causaron para lograr lo que se ha conseguido, todo será expuesto delante de su puerta, empezando por el día en que prestó juramento como senador. Lo echarán de la Casa Blanca con más desprestigio que Nixon, suponiendo, desde luego, que viva hasta entonces.

—¿Me está amenazando con un chantaje? —Hasta ahora, el presidente había dominado su indignación, pero ahora estaba bufando de cólera—. La vida de Salazar sería un precio pequeño para preservar la integridad de la presidencia.

—Dos semanas, y después podrá anunciar al mundo la existencia de Jersey Colony. Entre toques de trompetas y redoble de tambores, podrá representar el papel de gran héroe político. Dos semanas, y podrá dar pruebas de la más grande hazaña política de este siglo.

—¿Por qué entonces, después de tanto tiempo?

—Porque es cuando tenemos programado que el equipo original abandone Jersey Colony y regrese a la Tierra con todo lo conseguido en dos decenios de investigación espacial: informes sobre sondeos meteorológicos y lunares; resultados científicos de mil experimentos biológicos, químicos y atmosféricos; innumerables fotografías y kilómetros de cintas de vídeo sobre el primer establecimiento humano de una civilización planetaria. La primera fase del proyecto ha quedado terminada. El sueño

del «círculo privado» se ha hecho realidad. Jersey Colony pertenece ahora al pueblo americano.

El presidente jugó reflexivamente con su palo. Después preguntó:

—¿Quién es usted?

—Escudriñe en su memoria. Nos conocimos hace muchos años.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Concertaré otra reunión cuando lo crea necesario.

Joe levantó la bolsa de los palos y echó a andar por el estrecho sendero hacia la casa del club. Entonces se detuvo y volvió atrás.

—A propósito, le he dicho una mentira. Eso no es una bomba, sino un regalo del «círculo privado»: una caja nueva de pelotas de golf.

El presidente le miró, contrariado.

—Váyase al diablo, Joe.

—Ah, otra cosa... Lo felicito.

—¿Me felicita?

Joe le tendió el tanteador.

—He tomado nota de su juego. Han sido setenta y nueve golpes.

La reluciente tabla de vela surcaba las picadas aguas con la graciosa elegancia de una flecha a través de la niebla. Su forma delicadamente curvilínea era agradable a la vista y eficaz para alcanzar grandes velocidades sobre las olas. Tal vez siguiendo el sistema más sencillo de la navegación a vela, el casco había sido construido con polietileno sobre una base de espuma de plástico rígida para darle ligereza y elasticidad. Una pequeña aleta sobresalía por debajo de la popa para un control lateral, mientras que una orza situada cerca de la mitad de la tabla evitaba que fuese arrastrada de lado por el viento.

Una vela triangular, teñida de púrpura y con una ancha raya de color turquesa, se ceñía a un mástil de aluminio montado sobre una rótula. Una botavara hacía girar la vela en el mástil y era manejada por unas manos largas y delgadas, de piel áspera y callosa.

Dirk Pitt estaba cansado, más cansado de lo que su aturdida mente podía aceptar. Los músculos de los brazos y de las piernas le pesaban como si estuviesen revestidos de plomo, y el dolor de la espalda y de los hombros aumentaba a cada maniobra que hacía con la tabla. Al menos por tercera vez en la última hora, venció el imperioso deseo de poner rumbo a la playa más próxima y tumbarse sobre la arena.

A través de la mirilla de la vela, observó la boya de color naranja que señalaba la última bordada a barlovento de la maratoniana regata de treinta millas alrededor de Biscayne Bay hasta el faro del cabo Florida, en Key Biscayne. Cuidadosamente, eligió la posición para virar alrededor de la boya. Decidiendo ponerse a la capa, la maniobra más elegante en *windsurf*, navegó entre el intenso oleaje, cargó el peso sobre la popa y dirigió la proa hacia el nuevo rumbo. Después, agarrando el mástil con una mano, hizo girar el aparejo a barlovento, cambió la posición de los pies y soltó la botavara con la otra mano. A continuación puso la ondeante vela contra el viento y agarró la botavara en el instante preciso. Impulsada por una fresca brisa del norte, de veinte nudos, la tabla surcó el mar agitado y pronto alcanzó una velocidad de casi treinta nudos.

Pitt se sorprendió un poco al ver que, entre cuarenta y un competidores, la mayoría de ellos al menos quince años más jóvenes que él, ocupaba el tercer lugar, a solo veinte metros de los que iban en cabeza.

Las velas multicolores de la flota de windsurfers centelleaban sobre el agua verdeazul como un prisma enloquecido. La meta del faro estaba ahora a la vista. Pitt observó atentamente la tabla que le precedía, esperando el momento adecuado para atacar. Pero antes de que intentase adelantarle, su adversario calculó mal una ola y cayó. Ahora Pitt era el segundo, cuando sólo faltaba media milla.

Entonces, una oscura sombra amenazadora en un cielo sin nubes pasó por encima

de él, y oyó el ruido de los tubos de escape de los motores de la aeronave impulsada por hélices encima de su cabeza y ligeramente a su izquierda. Miró hacia arriba y abrió mucho los ojos, incrédulo.

A no más de cien metros, ocultando el sol como en un eclipse, un dirigible descendía del cielo, apuntando con su enorme proa a la flota de tablas de vela. Parecía moverse fuera de control. Sus dos motores hacían girar las hélices a poca velocidad, pero era empujado en el aire por la fuerte brisa. Los que navegaban en las tablas observaron impotentes cómo el gigantesco intruso se cruzaba en su camino.

La barquilla chocó con la cresta de una ola y el dirigible rebotó en el aire, levantándose un par de metros por encima del agua delante de la tabla que iba en cabeza. Incapaz de volverse a tiempo, el joven que la tripulaba, que no tendría más de diecisiete años, se arrojó al agua un instante antes de que el mástil y la vela fuesen hechos trizas por la hélice de estribor del dirigible.

Pitt viró bruscamente e imprimió a su tabla un rumbo paralelo a la temible aeronave. Por el rabillo del ojo vio el nombre, *Prosperteer*, en grandes letras rojas sobre el costado. La puerta de la barquilla estaba abierta, pero no pudo percibir movimiento alguno en el interior. Gritó, pero su voz se perdió en el ruido de los motores y el zumbido del viento. La torpe aeronave se deslizó sobre el mar como si tuviese vida propia.

De pronto, Pitt sintió el escalofrío de la catástrofe en la región lumbar. El *Prosperteer* se dirigía hacia la playa, a sólo un cuarto de milla de distancia, apuntando directamente a la amplia terraza del Sonesta Beach Hotel. Aunque el impacto de una aeronave más ligera que el aire contra una estructura sólida causaría pocos daños, era espantosamente seguro que, al romperse los depósitos de carburante, éste se inflamaría y se vertería en las habitaciones de los adormilados huéspedes, o caería sobre los que estaban comiendo en el patio.

Haciendo caso omiso a los mareantes gases de escape, Pitt dirigió su tabla de manera que cruzase por debajo del redondo morro del dirigible. La barquilla chocó contra una ola y una de las hélices le lanzó una rociada de agua salada a los ojos. Su visión se enturbió momentáneamente y poco le faltó para perder el equilibrio. Se agachó y enderezó su pequeña embarcación mientras se reducía la distancia que le separaba del dirigible.

Las multitudes que tomaban baños de sol gesticularon ante la extraña visión del monstruo que se acercaba rápidamente en la playa del hotel.

Pitt tenía que calcular exactamente el tiempo; no habría una segunda oportunidad. Si fallaba, lo más probable era que su cuerpo fuese hecho pedazos por las hélices. Empezaba a sentirse mareado. Estaba agotando sus fuerzas. Sintió que sus músculos tardaban más en responder a las órdenes de su cerebro. Cobró ánimo al comprobar que había logrado que su tabla pasara por debajo del morro del dirigible.

Entonces saltó.

Se agarró a una de las cuerdas de proa del *Prosperteer*; pero sus manos resbalaron sobre la mojada superficie, arañándose la piel de los dedos y las palmas. Desesperadamente, pasó una pierna alrededor de la cuerda y aguantó con la poca energía que le quedaba. Su peso tiró hacia abajo de la proa del dirigible y Pitt quedó sumergido debajo de la superficie del mar. Trepó por la cuerda hasta sacar la cabeza del agua. Aspiró afanosamente el aire y escupió agua de mar. Su perseguidor se había convertido en su cautivo. El peso del cuerpo de Pitt no era suficiente para detener aquel monstruo del aire, ni mucho menos para contrarrestar el impulso del viento. Estaba a punto de soltar su insegura presa, cuando tocó fondo con los pies. El dirigible lo arrastró sobre la rompiente, y Pitt tuvo la impresión de hallarse en una montaña rusa. Entonces fue lanzado sobre la cálida arena de la playa. Miró hacia arriba y vio que el dique del hotel estaba a menos de treinta metros de distancia.

¡Dios mío!, pensó, ya está: dentro de pocos segundos, el *Prosperteer* se estrellará contra el hotel y posiblemente estallará. Y había algo más. Las hélices se romperían con el impacto y sus fragmentos de metal caerían sobre la pasmada multitud con la fuerza de una mortífera bomba de metralla.

—¡Por el amor de Dios, ayúdenme! —gritó Pitt.

Las numerosas personas que se hallaban en la playa estaban como petrificadas, boquiabiertas, estupefactas e infantilmente fascinadas por el extraño espectáculo. De pronto, dos muchachas y un chico corrieron y agarraron una de las dos cuerdas. Después acudió un bañista, seguido de una mujer entrada en años y robusta. Por último, se rompió el hechizo y veinte mirones se adelantaron y sujetaron las cuerdas que se arrastraban. Fue como si una tribu de indígenas medio desnudos entablase un combate contra un enloquecido brontosaurio.

Pies descalzos se hincaron en la arena, trazando surcos en ella cuando los arrastró la terca mole que se cernía sobre sus cabezas. El tirón sobre las cuerdas de proa hizo que la nave girase sobre sí misma y que la cola con aletas describiese un arco de 180 grados y apuntase al hotel, y la rueda de debajo de la barquilla rozó los arbustos de encima del rompeolas, y las hélices se libraron por pulgadas de dar contra el hormigón, tronchando hojas y ramas.

Una fuerte ráfaga de viento sopló desde el mar, empujando al *Prosperteer* sobre la terraza, aplastando sombrillas y mesas y dirigiendo la popa hacia el quinto piso del hotel... Varias cuerdas fueron arrancadas de las manos que las sostenían y una ola de impotencia barrió la playa. La batalla parecía perdida.

Pitt se puso en pío y corrió a tropezones hasta una palmera próxima. En un último y desesperado esfuerzo, enrolló su cuerda al esbelto tronco, rezando fervientemente para que no se rompiese con la tensión.

La cuerda resistió y se tensó. La palmera de veinte metros de altura tembló, osciló

y se dobló durante varios segundos. La muchedumbre contuvo el aliento. Después, con angustiosa lentitud, el árbol se enderezó gradualmente hasta volver a su anterior posición. Las superficiales raíces se mantuvieron firmes y el dirigible se detuvo, con sus aletas a menos de dos metros de la pared oriental del hotel.

Doscientas personas aclamaron y empezaron a aplaudir. Las mujeres saltaron y rieron, mientras los hombres gritaban y levantaban las manos con los pulgares hacia arriba. Ningún equipo triunfador había recibido jamás una ovación más espontánea. Aparecieron los guardias de seguridad del hotel y mantuvieron a los mirones imprudentes lejos de las hélices, que seguían girando.

Pitt se quedó plantado allí, con el mojado cuerpo cubierto de arena recobrando el aliento, empezando a sentir el dolor en las manos quemadas por la cuerda. Mirando fijamente al *Prosperteer*, tuvo su primera visión clara de la aeronave y le fascinó su diseño anticuado. Evidentemente, era más viejo que los modernos dirigibles Goodyear.

Se abrió paso entre las desparramadas mesas y sillas de la terraza y subió a la barquilla. Los tripulantes estaban todavía sujetos por los cinturones a sus asientos, inmóviles, mudos. Pitt se inclinó sobre el piloto, encontró los interruptores del encendido y los cerró. Los motores sonaron suavemente un par de veces y quedaron en silencio al dar las hélices una última vuelta y detenerse.

Ahora el silencio fue sepulcral.

Pitt hizo una mueca y observó el interior de la barquilla. No había señales de daños, los instrumentos y los controles parecían estar en orden. Pero fueron los aparatos electrónicos los que le sorprendieron. Gradiómetros para detectar el hierro, un sonar y un instrumento para registrar el fondo del mar; todo lo necesario para una búsqueda subacuática.

Pitt no se daba cuenta de las muchas caras que atisbaban desde la puerta abierta de la barquilla, ni oía los aullidos intermitentes de las sirenas que se acercaban. Se sentía aislado y momentáneamente desorientado. La cálida y húmeda atmósfera tenía una irrealidad morbosa y flotaba en el aire el mareante olor a putrefacción humana.

Uno de los tripulantes estaba reclinado sobre una mesita, con la cabeza apoyada sobre los brazos como si durmiese. Su ropa estaba húmeda y manchada. Pitt lo sacudió ligeramente por un hombro. No había firmeza en la carne. Estaba blanda y pulposa. Sintió un frío que le puso la piel de gallina y, sin embargo, el sudor chorreaba por todo su cuerpo.

Volvió la atención a las horribles apariciones sentadas ante los controles. Sus caras estaban cubiertas de moscas, y la descomposición borraba todo rastro de vida. La piel se desprendía de la carne como ampollas o quemaduras reventadas. Los mentones pendían flácidos de las bocas abiertas, y los labios y las lenguas estaban hinchados y resecos. Los ojos estaban abiertos, mirando a ninguna parte, con los

globos opacos y nublados. Las manos se apoyaban todavía en los controles y las uñas se habían vuelto azules. Sin enzimas que las controlasen, las bacterias habían formado gases que hinchaban grotescamente los vientres. El aire húmedo y la elevada temperatura de los trópicos aceleraban en gran manera el proceso de putrefacción.

Los cadáveres descompuestos en el interior del *Prosperteer* parecían venir de una tumba ignorada, una tripulación macabra de un dirigible-osario en una fantástica misión.

El cadáver desnudo de una negra adulta yacía sobre una mesa de reconocimiento bajo las fuertes luces de la sala de autopsias. La conservación era excelente; no había señales visibles de violencia. Para el experto, el grado de *rigor mortis* indicaba que había muerto hacía menos de siete horas. Su edad parecía estar entre los veinticinco y los treinta años. Aquel cuerpo podía haber atraído un día las miradas masculinas, pero ahora estaba desnutrido, consumido y estragado por diez años de consumo de drogas.

Al forense de Dade County, doctor Calvin Rooney, no le gustaba demasiado tener que hacer esta autopsia. Había bastantes muertes en Miami para tener ocupado a su personal durante las veinticuatro horas del día, y él prefería emplear su tiempo en las autopsias más dramáticas y desconcertantes. Una sobredosis de droga tenía poco interés para él. Pero esta mujer había sido encontrada tirada en el jardín de un comisario del condado y, por eso, habría resultado inadecuado encargarla a un médico de tercera categoría.

Llevando una bata azul, porque detestaba las acostumbradas batas blancas, Rooney, nacido en Florida, veterano del Ejército de los Estados Unidos y graduado en la Facultad de Medicina de Harvard, introdujo una casete nueva en un magnetófono portátil y empezó a comentar secamente las condiciones generales del cadáver.

Tomó un bisturí y se inclinó para hacer la disección, empezando a unas pulgadas por debajo del mentón y rajando en dirección al pubis. De pronto, interrumpió la incisión sobre la cavidad torácica y se inclinó más, para observar a través de los gruesos cristales de unas gafas con montura de concha. Durante los quince minutos siguientes, extrajo y estudió el corazón, mientras recitaba un monólogo ininterrumpido al magnetófono.

Rooney estaba haciendo una última observación cuando el sheriff Tyler Sweat entró en la sala de autopsias. Era un hombre de aire pensativo, de mediana estatura y hombros ligeramente redondeados, con una mezcla de melancolía y resolución brutal en el semblante. Serio, metódico y astuto, era muy respetado por los hombres y mujeres que trabajaban para él.

Dirigió una mirada inexpresiva al cadáver rajado y saludó con la cabeza a Rooney.

—¿Otro trozo de carne?

—La mujer del jardín del comisario —respondió Rooney.

—¿Otra víctima de la droga?

—No hemos tenido tanta suerte. Más trabajo para homicidios. Fue asesinada. Encontré tres pinchazos en el corazón.

—¿Con un punzón para romper hielo?

—Según todos los indicios.

Sweat miró al patólogo bajito y medio calvo, cuyo aspecto bonachón parecía más propio de un párroco.

—No hay quien pueda engañarle, doctor.

—¿Qué es lo que trae al terror de los malvados al palacio del forense? —preguntó amablemente Rooney—. ¿Está visitando los barrios bajos?

—No; una identificación de personas importantes. Quisiera que estuviese usted presente.

—Los cuerpos encontrados en el dirigible —dedujo Rooney. Sweat asintió con la cabeza.

—La señora de LeBaron está aquí para ver los restos.

—Yo no lo recomendaría. El cadáver de su marido tiene un aspecto demasiado desagradable para quien no se enfrenta diariamente con la muerte.

—Traté de convencerla de que la identificación de sus efectos sería legalmente suficiente; pero ella insistió. Incluso ha traído a un auxiliar del gobernador para allanar el camino.

—¿Dónde están?

—En la oficina del depósito, esperando.

—Y la prensa, ¿qué?

—Todo un regimiento de reporteros de la televisión y los periódicos, corriendo de un lado a otro como locos. He ordenado a mis agentes que les mantengan en el vestíbulo.

—El mundo tiene cosas muy extrañas —dijo Rooney, en uno de sus momentos filosóficos—. El famoso Raymond LeBaron merece grandes titulares en primera página, mientras que a esa pobre infeliz no le dedican más que un par de líneas junto a los anuncios por palabras. —Entonces suspiró, se quitó la bata y la arrojó sobre una silla—. Acabemos con esto, tengo otras dos autopsias esta tarde.

Mientras hablaba, se desencadenó una tormenta tropical y el ruido de los truenos retumbó en las paredes. Rooney se puso una chaqueta deportiva y se arregló la corbata. Echaron a andar; Sweat contemplaba pensativamente el dibujo de la alfombra del pasillo.

—¿Alguna idea sobre la causa de la muerte de LeBaron? —preguntó el sheriff.

—Es demasiado pronto para saberlo. Los resultados del laboratorio no han sido concluyentes. Quiero hacer algunas pruebas más. Hay demasiadas cosas que no coinciden. No me importa confesar que este caso es un enigma.

—¿Alguna presunción?

—Nada que me atreviese a poner por escrito. El problema es la increíble rapidez de la descomposición. Raras veces he visto desintegrarse tan de prisa los tejidos, salvo tal vez en una ocasión, en 1974.

Antes de que Sweat pudiese sondear la memoria de Rooney, llegaron a la oficina

del depósito y entraron. El ayudante del gobernador, un tipo de aspecto desagradable que vestía un traje con chaleco, se levantó de un salto. Incluso antes de que abriese la boca, Rooney lo clasificó como un pelmazo.

—¿Podríamos despachar esto a toda prisa, sheriff? La señora LeBaron está muy afligida y quisiera volver a su hotel lo antes posible.

—Le doy mi más sentido pésame —dijo el sheriff—. Pero no hace falta que recuerde a un funcionario público que hay ciertas leyes que hemos de cumplir.

—Y no hace falta que yo le recuerde que el gobernador espera que su departamento la trate con la máxima cortesía para aliviar su dolor.

Rooney se maravilló de la paciencia de Sweat. El sheriff se limitó a pasar junto al ayudante como lo habría hecho para evitar un cubo de basura en una acera.

—Éste es nuestro forense jefe, el doctor Rooney. Asistirá a la identificación.

Jessie LeBaron no parecía en modo alguno afligida. Estaba sentada en un sillón de plástico de color naranja, serena, fría, erguida la cabeza. Y sin embargo, Rooney advirtió una fragilidad que era compensada por la disciplina y el valor. Estaba acostumbrado a asistir a la identificación de cadáveres por los parientes. Había pasado por este mal trago cientos de veces en su carrera y habló instintivamente en tono suave y con amables modales.

—Señora LeBaron, comprendo lo que está usted pasando y haré que esto sea lo menos doloroso posible. Pero antes quiero dejar bien claro que la simple identificación de los efectos encontrados en los cadáveres bastará para cumplir las leyes federales y del condado. Segundo: cualquier característica física que pueda recordar, como cicatrices, prótesis dentales, fracturas de huesos o incisiones quirúrgicas, serán de gran ayuda para mi propia identificación. Y tercero: le suplico respetuosamente que no vea los restos. Aunque las facciones son todavía reconocibles, la descomposición está muy avanzada. Creo que preferiría recordar al señor LeBaron como era en vida a como aparece ahora en un depósito de cadáveres.

—Gracias, doctor Rooney —dijo Jessie—. Le agradezco su preocupación. Pero debo asegurarme de que mi marido está realmente muerto.

Rooney asintió con la cabeza, contrariado, y luego señaló una mesa donde había varias prendas de vestir, carteras, relojes de pulsera y otros artículos personales.

—¿Ha identificado los efectos del señor LeBaron?

—Sí, los he examinado.

—¿Y está convencida de que le pertenecían?

—No puede haber duda sobre la cartera y su contenido. El reloj es un regalo que le hice en nuestro primer aniversario.

Rooney se acercó a la mesa y tomó el reloj.

—Un Cartier de oro con cadena haciendo juego y números en cifras romanas que... ¿acierto al decir que son diamantes?

—Sí, una forma rara de diamante negro. Era la piedra que correspondía a su mes de nacimiento.

—Abril, según creo.

Ella asintió con la cabeza.

—Aparte de los efectos personales de su marido, señora LeBaron, ¿reconoce algo que perteneciese a Buck Caesar o a Joseph Cavilla?

—Los relojes no, pero estoy segura de que las prendas de vestir son las que llevaban Buck y Joe la última vez que les vi.

—Nuestros investigadores no pueden encontrar parientes próximos de Caesar y Cavilla —dijo Sweat—. Nos sería de gran ayuda si pudiese indicarnos qué prendas de vestir eran de cada uno de ellos.

Jessie LeBaron vaciló por primera vez.

—No estoy segura... Creo que los shorts y la camisa floreada son de Buck. Las otras cosas pertenecieron probablemente a Joe Cavilla. —Hizo una pausa—. ¿Puedo ver ahora el cuerpo de mi marido?

—¿No puedo hacerla cambiar de idea? —preguntó Rooney en tono compasivo.

—No; debo insistir.

—Será mejor que haga lo que dice la señora LeBaron —dijo el ayudante del gobernador, que ni siquiera había tenido la delicadeza de decir su nombre.

Rooney miró a Sweat y se encogió resignadamente de hombros.

—Si tiene la bondad de seguirme... Los restos se conservan en la cámara frigorífica.

Todos le siguieron, obedientes, hasta una puerta maciza con una ventanilla al nivel de los ojos, y permanecieron en silencio mientras él corría un pesado cerrojo. Brotó aire frío al abrirse la puerta, y Jessie se estremeció involuntariamente cuando Rooney les invitó a entrar. Apareció un empleado del depósito que les condujo a una de las puertas cuadradas a lo largo de la pared. La abrió, tiró de una camilla de acero inoxidable con ruedas y se apartó a un lado.

Rooney asió una punta de la sábana que cubría el cadáver y vaciló. Ésta era la única parte de su trabajo que aborrecía. Las reacciones al ver al muerto solían pertenecer a una de cuatro categorías de personas: los que vomitaban, los que se desmayaban, los que sufrían un ataque de histerismo. Pero era la cuarta categoría la que intrigaba a Rooney. Los que permanecían como petrificados y no mostraban emoción alguna. Habría dado un mes de su salario por saber los pensamientos que pasaban por sus mentes.

Levantó la sábana.

El ayudante del gobernador echó una mirada, emitió un patético gruñido y se desmayó en brazos del sheriff. Los terribles efectos de la descomposición se manifestaron en todo su horror.

A Rooney le pasmó la reacción de Jessie. Miró larga y fijamente aquella cosa grotesca que se pudría sobre la camilla. Contuvo el aliento y todo su cuerpo se puso rígido. Después levantó los ojos, sin pestañear y habló con voz tranquila y controlada.

—¡Eso no es mi marido!

—¿Está segura? —preguntó suavemente Rooney.

—Véalo usted mismo —dijo ella llanamente—. La línea de los cabellos no es la de él. Tampoco la estructura ósea. Raymond tenía la cara angulosa. Ésa es más redonda.

—La descomposición de la carne deforma las facciones —explicó Rooney.

—Por favor, observe los dientes.

Rooney bajó la mirada.

—¿Qué hay de particular en ellos?

—Tienen fundas de plata.

—No comprendo.

—Mi marido llevaba fundas de oro.

No podía discutir con ella a este respecto, pensó Rooney. Un hombre acaudalado como Raymond LeBaron no habría aceptado una prótesis dental barata.

—Pero la ropa, el reloj..., usted los ha identificado como suyos.

—¡Me importa un bledo lo que haya dicho! —gritó ella—. Esa cosa asquerosa no es el cadáver de Raymond LeBaron.

Rooney se quedó pasmado por su furia. Atolondrado y sin saber qué decir, la vio salir, frenética, de la habitación. El sheriff confió el blandengue ayudante al empleado del depósito y se volvió al forense.

—¿Qué diablos piensa usted de esto?

Rooney sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—Yo supongo que ha sufrido una terrible impresión. Ésta ha sido demasiado fuerte, y ha empezado a delirar. Usted sabe mejor que yo que la mayoría de la gente se niega a aceptar la muerte de un ser amado. Ella ha cerrado su mente y se ha negado a aceptar la verdad.

—No estaba delirando.

Sweat le miró.

—¿Cómo lo llamaría usted?

—Yo diría que ha representado una magnífica comedia.

—¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

—El reloj de pulsera —respondió Rooney—. Un miembro de mi equipo trabajó un tiempo de noche en una joyería para pagarse los estudios en la Facultad de Medicina. Lo descubrió en seguida. El costoso reloj Cartier que la señora LeBaron regaló a su marido en su aniversario de boda es falso, es una de esas imitaciones

baratas que se fabrican ilegalmente en Taiwán o en México.

—¿Por qué una mujer que puede firmar cheques de un millón de dólares tendría que regalar una imitación barata a su marido?

—Raymond LeBaron no era tonto en lo tocante a estilo y a buen gusto. Debí darse cuenta de lo que era en realidad. Será mejor que nos hagamos esta pregunta: ¿por qué aceptó llevarlo?

—Entonces, ¿cree usted que ha representado una comedia y ha mentido sobre la identidad del cadáver?

—Mi instinto me dice que se había preparado para lo que esperaba encontrar —respondió Rooney—. Y llegaría al extremo de apostar mi Mercedes nuevo a que la investigación genética, el dictamen sobre la dentadura y los resultados del análisis por los laboratorios del FBI de los restos de huellas digitales que pude tomar y les envié, demostrarán que ella tiene razón. —Se volvió y contempló el cadáver—. *No es Raymond LeBaron el que yace sobre esta camilla.*

6

El teniente detective Harry Victor, distinguido investigador del Departamento de Policía de Dade County, se retrepó en un sillón giratorio y estudió varias fotografías tomadas en el interior de la cabina de mandos del *Prosperteer*. Al cabo de unos minutos, levantó las gafas sin montura sobre la frente, rematada por un postizo de cabellos rubios, y se frotó los ojos.

Victor era un hombre ordenado; todo estaba en su sitio, cuidadosamente clasificado por orden alfabético y numerado, y era el único policía en la historia del Departamento que disfrutaba realmente redactando informes. Mientras la mayoría de los hombres miraban retransmisiones deportivas en la televisión los fines de semana o descansaban junto a la piscina de un lugar de vacaciones, leyendo las novelas policíacas de Rex Burns, Victor revisaba los expedientes sobre casos no resueltos. Obstinado, prefería atar cabos sueltos a obtener una condena.

El caso del *Prosperteer* era diferente de todos los que había visto en dieciocho años de servicio en la Policía. Tres hombres muertos cayendo del cielo en un dirigible antiguo no requerían exactamente una investigación policíaca de rutina. No existían pistas. Los tres cuerpos que se hallaban en el depósito de cadáveres no presentaban ninguna indicación de dónde habían estado escondidos durante una semana y media.

Bajó las gafas y empezaba a observar de nuevo las fotografías cuando sonó el teléfono que tenía sobre la mesa. Levantó el aparato y dijo pensativamente:

—¿Sí?

—Aquí hay un testigo que quiere hablarle sobre una declaración —respondió la recepcionista.

—Hágale pasar —dijo Victor.

Cerró la carpeta que contenía las fotografías y la dejó sobre la mesa de metal, cuya superficie estaba completamente limpia, salvo por un pequeño rótulo con su nombre y el teléfono. Sostuvo el auricular junto al oído, como si recibiese una llamada, y se volvió a un lado, mirando a través de la espaciosa oficina de Homicidios y manteniendo los ojos enfocados de soslayo hacia la puerta que daba al pasillo.

Una recepcionista uniformada apareció en el umbral y señaló en la dirección de Victor. Un hombre alto saludó con la cabeza, pasó junto a la mujer y se acercó. Victor le indicó un sillón al otro lado de la mesa y empezó a hablar por el teléfono desconectado. Era un viejo truco en sus interrogatorios, porque le permitía observar al testigo o al sospechoso durante un minuto entero, y retratarle mentalmente. Más importante aún, era una oportunidad para observar hábitos y peculiaridades que podían ser empleados más tarde para lograr una posición de ventaja.

El hombre sentado delante de Victor tenía unos treinta y siete o treinta y ocho

años, aproximadamente un metro noventa de estatura y noventa kilos de peso, cabellos negros ligeramente ondulados y sin el menor indicio de gris. La piel estaba tostada por su exposición al sol durante todo el año. Las cejas eran negras y bastante pobladas. La nariz, recta y estrecha; los labios, firmes, con las comisuras inclinadas hacia arriba en una ligera pero fija sonrisa. Llevaba una chaqueta deportiva de color azul claro, pantalón blanco y camisa polo de un amarillo pálido y con el cuello desabrochado. Todo de buen gusto, sencillo y no demasiado caro, comprado probablemente en Saks y no en una tienda de lujo. No fumaba, pues no se veía el bulto de la cajetilla en la chaqueta o en la camisa. Tenía los brazos cruzados, indicando tranquilidad e indiferencia, y las manos eran estrechas, largas y curtidas. No llevaba anillos ni otras joyas, sino solamente un viejo reloj sumergible de esfera naranja y con muñequera de acero inoxidable.

No era un tipo común. Los otros que se habían sentado en aquel sillón se ponían nerviosos al cabo de un rato. Algunos disimulaban su nerviosismo con una actitud arrogante, y la mayoría miraba a su alrededor, a través de las ventanas, los cuadros que pendían de las paredes y a los otros oficiales que trabajaban en sus despachos, y cambiaban de posición, cruzando y descruzando las piernas. Por primera vez en mucho tiempo, Victor se sintió incomodo y en desventaja. Su rutina le había fallado, su comedia perdió rápidamente eficacia.

El visitante no estaba turbado en absoluto. Miraba a Victor con distraído interés a través de unos ojos verdes opalinos que poseían una cualidad magnética. Parecían pasar a través del detective y, al no encontrar nada de interés, examinar la pintura de la pared de detrás de éste. Después miró el teléfono.

—La mayoría de los departamentos de policía emplean el Sistema de Comunicaciones Horizon —dijo en tono llano—. Si quiere usted hablar con alguien, le sugiero que apriete el botón correspondiente.

Victor miró hacia abajo. Uno de los cuatro botones estaba encendido, pero no apretado.

—Es usted muy astuto, señor...

—Pitt, Dirk Pitt. Si es usted el teniente Victor, teníamos una cita.

—Soy Victor. —Se interrumpió para colgar el teléfono—. Usted fue la primera persona que entró en la cabina de mandos del dirigible *Prosperteer*, ¿no?

—Cierto.

—Gracias por venir, especialmente tan temprano y en domingo. Agradeceré su colaboración para aclarar unas cuantas cuestiones.

—No hay de qué. ¿Tardaremos mucho?

—Veinte minutos, tal vez media hora. ¿Tiene que ir a alguna parte?

—Tengo que tomar un avión para Washington dentro de dos horas.

Victor asintió con la cabeza.

—Tendrá tiempo de sobra. —Abrió un cajón y sacó un magnetófono portátil—. Vayamos a un sitio más reservado.

Condujo a Pitt por un largo pasillo hacia un pequeño cuarto de interrogatorios. El interior era espartano; solamente una mesa, dos sillas y un cenicero. Victor se sentó e introdujo una cassette nueva en el magnetófono.

—¿Le importa que registre nuestra conversación? Tomando notas, soy terrible. Ninguna de las secretarias es capaz de descifrar mi escritura.

Pitt se encogió cortésmente de hombros.

Victor puso la máquina en el centro de la mesa y apretó el botón rojo.

—¿Su nombre?

—Dirk Pitt.

—¿Inicial intermedia?

—E, de Eric.

—¿Dirección?

—266 Airport Place, Washington, D.C. 2001.

—¿Un teléfono al que pueda llamarle?

Pitt dio a Victor el número de teléfono de su oficina.

—¿Profesión?

—Director de proyectos especiales de la Agencia Marítima y Submarina Nacional (NUMA).

—¿Quiere describir lo que ocurrió la tarde del sábado 20 de octubre?

Pitt contó a Victor cómo había visto el dirigible fuera de control durante la regata maratón de windsurfing; la loca carrera aferrado a la cuerda de amarre, y la captura a pocos metros de un posible desastre. Terminó con su entrada en la barquilla.

—¿Tocó algo?

—Solamente los interruptores de encendido y de las baterías. Y apoyé la mano en el hombro del cadáver sentado a la mesa ante el navegante.

—¿Nada más?

—El único otro sitio donde pude dejar una huella digital fue la escalerilla de embarque.

—Y en el respaldo del asiento del copiloto —dijo Victor, con una irónica sonrisa—. E, indudablemente, en los interruptores.

—Veo que se han dado prisa. La próxima vez me pondré guantes de cirujano.

—El FBI se mostró muy diligente.

—Admiro su eficacia.

—¿Se llevó usted algo?

Pitt miró fijamente a Victor.

—No.

—¿Pudo entrar alguien más y llevarse algún objeto?

Pitt sacudió la cabeza.

—Cuando yo me marché, los guardias de seguridad del hotel cerraron la barquilla. La primera persona que entró después fue un oficial de policía uniformado.

—Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Pagué a uno de los empleados del hotel para que fuese a buscar mi tabla a vela. Tenía una pequeña furgoneta y tuvo la amabilidad de llevármela a la casa donde me hospedaba con unos amigos.

—¿En Miami?

—Coral Gables.

—¿Puedo preguntarle qué estaban haciendo en la ciudad?

—Terminé un proyecto de exploración en el mar para la NUMA y decidí tomarme una semana de vacaciones.

—¿Reconoció a alguno de los cadáveres?

—Ni por asomo. No habría podido identificar a mi propio padre en aquellas condiciones.

—¿Alguna idea de quiénes podían ser?

—Presumo que uno de ellos era Raymond LeBaron.

—¿Se enteró de la desaparición del *Prosperteer*?

—Los medios de comunicación se ocuparon de ello en detalle. Solamente un recluso en un lugar remoto pudo no haberse enterado.

—¿Tiene alguna teoría sobre dónde permanecieron el dirigible y su tripulación ocultos durante diez días?

—No tengo la menor pista.

—¿Ni siquiera una idea extravagante? —insistió Victor.

—Podría ser un truco colosal de publicidad, una campaña de prensa para promover el imperio editorial de LeBaron.

Victor le miró con interés.

—Prosiga.

—O tal vez un plan ingenioso para jugar con las acciones del conglomerado Raymond LeBaron. Vende grandes paquetes de acciones antes de desaparecer y compra cuando los precios caen en picado. Y vende de nuevo cuando suben al conocerse su resurrección.

—¿Cómo explica sus muertes?

—La intriga fracasó.

—¿Por qué?

—Pregúntelo al instructor.

—Se lo pregunto a usted.

—Probablemente comieron pescado en malas condiciones en la isla desierta donde se escondieron —dijo Pitt, cansándose del juego—. ¿Cómo puedo saberlo? Si

quiere un argumento, contrate a un guionista.

El interés se extinguió en la mirada de Victor. Se retrepó en su silla y suspiró, desalentado.

—Por un momento pensé que podría decirme algo, alguna sorpresa que pudiese sacarnos, a mí y al departamento, del atolladero. Pero su teoría ha quedado en nada, como todas las demás.

—No me sorprende en absoluto —dijo Pitt, con una sonrisa de indiferencia.

—¿Cómo pudo parar los motores a los pocos segundos de entrar en la cabina de mandos? —preguntó Victor, recobrando el hilo del interrogatorio.

—Después de pilotar veinte aviones diferentes durante mi servicio en las Fuerzas Aéreas y en la vida civil, sabía dónde tenía que mirar.

Victor pareció satisfecho.

—Otra pregunta, señor Pitt. Cuando vio por primera vez el dirigible, ¿de qué dirección venía?

—Del nordeste, empujado por el viento.

Victor alargó una mano y cerró el magnetófono.

—Creo que esto es suficiente. ¿Podré hablar con usted si le llamo a su oficina durante el día?

—Si no estoy allí, mi secretaria sabrá dónde encontrarme.

—Gracias por su ayuda.

—Temo que le servirá de poco —dijo Pitt.

—Tenemos que tirar de todos los hilos. Las presiones son grandes, ya que LeBaron era un personaje. Y éste es el caso más misterioso con que jamás se haya tropezado el departamento.

—No le envidio su trabajo. —Pitt miró su reloj y se levantó—. Será mejor que vaya en seguida al aeropuerto.

Victor se puso en pie y le tendió la mano sobre la mesa.

—Si sueña en alguna otra intriga, señor Pitt, tenga la bondad de llamarme. Siempre me interesan las buenas fantasías.

Pitt se detuvo en el umbral y se volvió, con una expresión de zorruno en su semblante.

—¿Quiere una pista, teniente? Fíjese en ésta. Los dirigibles necesitan helio para elevarse. Una antigualla como el *Prosperteer* debió necesitar siete mil metros cúbicos de gas para despegar. Al cabo de una semana, habría perdido el gas suficiente como para no poder mantenerse en el aire. ¿Me sigue?

—Depende de adonde quiera ir a parar.

—El dirigible no podía aparecer en Miami, a menos que una tripulación experta y con los materiales necesarios lo hubiese inflado cuarenta y ocho horas antes.

Victor tenía el aire de un hombre antes del bautismo.

—¿Qué está sugiriendo?

—Que busque una estación de servicio complaciente en el vecindario, capaz de bombear siete mil metros cúbicos de helio.

Y Pitt salió del pasillo y desapareció.

—Odio las embarcaciones —gruñó Rooney—. No sé nadar, no puedo flotar y me mareo mirando por la ventanilla de una lavadora.

El sheriff Sweat le tendió un Martini doble.

—Tome, esto le curará de su obsesión.

Rooney miró tristemente las aguas de la bahía y bebió la mitad de su vaso.

—Espero que no saldrá a altamar.

—No, será solamente un viaje de placer alrededor de la bahía.

Sweat se agachó para entrar en la cabina de proa de su resplandeciente barca blanca de pesca y puso en marcha el motor. El turbo Diesel de 260 caballos se animó. Los tubos de escape rugieron en la popa y la cubierta tembló bajo sus pies. Entonces recogió los cables anclados y apartó la barca del muelle, navegando en un laberinto de yates anclados en Biscayne Bay.

Cuando la proa rebasó las boyas del canal, Rooney necesitaba una segunda copa.

—¿Dónde guarda el tónico?

—Abajo, en el camarote de delante. Sírvase usted mismo. Hay hielo en el casco metálico de buzo.

Cuando volvió Rooney, preguntó:

—¿A qué viene todo esto, Tyier? Hoy es domingo. No me habrá sacado de mi palco en medio de un buen partido de fútbol para mostrarme Miami Beach desde el agua.

—La verdad es que oí decir que había terminado su dictamen sobre los cadáveres del dirigible, la noche pasada.

—A las tres de esta mañana, para ser exacto.

—Pensé que tal vez querría decirme algo.

—Por el amor de Dios, Tyler, ¿tan urgente es que no pudo esperar hasta mañana por la mañana?

—Hace aproximadamente una hora, recibí una llamada telefónica de un federal, desde Washington. —Sweat se interrumpió para reducir un poco la velocidad—. Dijo que era una agencia de información de la que yo no había oído hablar jamás. No le aburriré contándole sus agresivas palabras. Nunca he podido entender por qué piensan todos los del Norte que pueden deslumbrar a los muchachos del Sur. La cuestión es que pidió que entreguemos los cadáveres del dirigible a las autoridades federales.

—¿A qué autoridades federales?

—No quiso nombrarlas. Su respuesta no pudo ser más vaga cuando se lo pregunté.

Rooney se sintió de pronto sumamente interesado.

—¿Dio alguna indicación de por qué quería los cadáveres?

—Afirmó que era un asunto secreto.

—Usted se negó, naturalmente.

—Le dije que lo pensaría.

El giro que tomaban las cosas, combinado con la ginebra, hizo que Rooney se olvidase de su miedo al agua. Empezó a fijarse en la esbelta línea de la embarcación de fibra de vidrio. Era la segunda oficina del sheriff Sweat, ocasionalmente puesta en servicio como embarcación auxiliar de la policía, pero empleada con más frecuencia para distraer a funcionarios del condado o del Estado en excursiones de pesca de fin de semana.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rooney.

—¿Quién?

—La barca.

—Oh, la *Southern Comfort*. Tiene treinta y cinco pies de eslora y navega a quince nudos. Fue construida en Australia por una empresa denominada Stebercraft.

—Volviendo al caso de LeBaron —dijo Rooney, sorbiendo su Martini—, ¿va a darse por vencido?

—Tentado estoy de hacerlo —dijo sonriendo Sweat—. Homicidios no ha encontrado todavía una sola pista. Los medios de comunicación lo están convirtiendo en un espectáculo circense. Todo el mundo, desde el gobernador para abajo, me está apretando las clavijas. Y para colmo, existe todavía la probabilidad de que el crimen no se hubiese cometido en territorio de mi jurisdicción. Pues sí, estoy tentado de cargarle el muerto a Washington. Sólo que soy lo bastante terco como para pensar que podemos encontrar nosotros la solución de este lío.

—Está bien, ¿qué quiere de mí?

El sheriff se volvió del timón y le miró fijamente.

—Quiero que me diga lo que ha escrito en su dictamen.

—Lo que he descubierto ha aumentado el enigma.

Una barquita de vela con cuatro adolescentes pasó por delante de su proa; Sweat redujo la marcha y la dejó pasar.

—Dígame lo que es.

—Empecemos al revés; por el final y sigamos hacia atrás. ¿Le parece bien?

—Adelante.

—Esto me sacó de quicio al principio. Sobre todo porque no lo esperaba. Tuve un caso parecido hace quince años. El cadáver de una mujer fue descubierto sentado en el jardín de su casa. Su marido declaró que habían estado bebiendo la noche anterior y que él se había ido a la cama solo, pensando que ella le seguiría. Cuando se despertó por la mañana y la buscó, la encontró sentada donde la había dejado; sólo que ahora estaba muerta. Tenía todo el aspecto de una muerte natural, no había

señales de violencia ni rastros de veneno, solamente una cantidad importante de alcohol. Los órganos parecían estar bastante sanos. No había indicios de enfermedades o dolencias anteriores. Para una mujer de cuarenta años, tenía el cuerpo de una joven de veinte. Me puso en un aprieto. Después empezaron a juntarse las piezas del rompecabezas. La lividez cadavérica, decoloración de la piel causada por el efecto de la gravedad sobre la sangre, es generalmente purpúrea. Su lividez era la de un rosa de cereza, cosa que indicaba una muerte por intoxicación de cianuro o de monóxido de carbono o por hipotermia. También descubrí una hemorragia en el páncreas. A través de un proceso de eliminación, descarté las dos primeras hipótesis. El último clavo del ataúd fue el trabajo del marido. La prueba no era exactamente irrefutable, pero fue suficiente para que el juez condenase al marido a cincuenta años de prisión.

—¿En qué trabajaba el marido? —preguntó Sweat.

—Conducía un camión de una empresa de productos congelados. El plan era perfecto. La atiborró de alcohol hasta que perdió el conocimiento. La metió en el camión, que siempre traía a casa por la noche y los fines de semana; puso en marcha la refrigeración y esperó a que ella se endureciese. Cuando la pobre mujer hubo expirado, volvió a ponerla en la silla del jardín y se fue a la cama.

Sweat le miró sin comprender.

—No me estará diciendo que los cadáveres encontrados en el dirigible eran de hombres que murieron congelados.

—Exactamente eso.

—¿No estará equivocado?

—En una escala de certidumbre de uno a diez, puedo prometerle un ocho.

—¿Se da cuenta de cómo suena esto?

—Supongo que a locura.

—¿Desaparecen tres hombres en el Caribe, a una temperatura de treinta grados, y mueren por congelación? —preguntó Sweat, a nadie en particular—. Nunca conseguiremos probarlo, doctor. No, si no encontramos un camión de productos congelados.

—En todo caso, no tenemos nada en que apoyarnos.

—¿Qué quiere decir?

—Ha llegado el informe del FBI. La identificación de Jessie LeBaron ha pesado mucho. No es su marido el que está en el depósito de cadáveres. Los otros dos tampoco son Buck Caesar ni Joseph Cavilla.

—Dios mío, ¿y qué más? —gimió Sweat—. ¿Quiénes son?

—Sus huellas dactilares no figuran en los archivos del FBI. Lo más probable es que fuesen extranjeros.

—¿Encontró algo que pueda dar una pista sobre su identidad?

—Puedo decirle su estatura y su peso. Puedo mostrarle radiografías de sus dientes y de antiguas fracturas de huesos. El estado del hígado sugirió que los tres eran fuertes bebedores. Los pulmones revelaron que eran fumadores, y los dientes y las puntas de los dedos, que fumaban cigarrillos sin filtro. También eran comilones. Su última comida fue de pan moreno y zanahorias. Dos de ellos tenían poco más de treinta años. El otro, cuarenta o algo más. Sus condiciones físicas eran superiores a lo normal. Aparte de esto, puedo decirle muy poco que pueda contribuir a su identificación.

—Ya es algo, para empezar.

—Pero todavía nos enfrentamos con la desaparición de LeBaron y Caesar y Cavilla.

Antes de que Sweat pudiese replicar, una voz femenina sonó ronca en la radio de la barca. Sweat respondió y, siguiendo instrucciones, puso otro canal.

—Disculpe la interrupción —dijo a Rooney—. Acabo de recibir una llamada de urgencia desde tierra.

Rooney asintió con la cabeza, se dirigió al camarote de proa y se sirvió otra copa. Un calor delicioso circuló por su cuerpo. Esperó unos momentos. Cuando volvió a subir a la cubierta y a la caseta del timón, Sweat estaba colgando el teléfono y tenía el rostro enrojecido por la cólera.

—¡Malditos bastardos! —silbó.

—¿Cuál es el problema?

—Se los han llevado —dijo Sweat, golpeando el timón con el puño—. Los malditos federales entraron en el depósito y se llevaron los cadáveres del dirigible.

—Pero hay que seguir el procedimiento legal —protestó Rooney.

—Seis hombres de paisano y dos agentes federales se presentaron con los papeles necesarios, metieron los cadáveres en tres cajas de aluminio llenas de hielo y se los llevaron en un helicóptero de la Marina de los Estados Unidos.

—¿Cuándo ha sido esto?

—Hace menos de diez minutos. Harry Victor, el principal investigador del caso, dice que también desvalijaron la mesa de su oficina en Homicidios, cuando estaba en el retrete, y se llevaron lo que quisieron de su archivo.

—¿Y mi dictamen de autopsia?

—Se lo llevaron también.

La ginebra había puesto a Rooney en un estado eufórico.

—Bueno, tómeselo bien. Les han sacado del atolladero, a usted y al departamento.

La cólera de Sweat se fue aplacando lentamente.

—No puedo negar que me han hecho un favor, pero son sus métodos los que me joden.

—Hay un pequeño consuelo —murmuró Rooney. Empezaba a costarle mantenerse en pie—. El Tío Sam no se lo ha llevado todo.

—¿Como qué?

—Omití algo en mi dictamen. Un resultado de laboratorio que se prestaba demasiado a controversias para consignarlo por escrito, que era demasiado estrafalario para mencionarlo como no fuese en una casa solitaria.

—¿De qué está hablando? —preguntó Sweat.

—De la causa de la muerte.

—Dijo usted hipotermia.

—Cierto, pero me dejé la parte mejor. Mire, olvidé consignar la fecha de la muerte.

El lenguaje de Rooney empezaba a ser estropajoso.

—Sólo pudo producirse dentro de los últimos días.

—¡Oh, no! A esos pobres hombres se les congelaron las tripas hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Hace uno o dos años.

El sheriff Sweat se quedó mirando fijamente a Rooney, con incredulidad. Pero el forense siguió sonriendo, como una hiena. Y todavía sonreía cuando se dobló sobre la borda y vomitó.

La casa de Dirk Pitt no estaba en una calle de un barrio elegante ni en un alto edificio con vistas a las enmarañadas copas de los árboles de Washington. No tenía jardín ni vecinos con niños llorones y perros ladrones. Su casa no era una casa, sino un viejo hangar situado junto al Aeropuerto Internacional de la capital.

Desde fuera, parecía desierto. El edificio estaba rodeado de hierbajos y sus paredes eran de hierro ondulado, deterioradas por la acción del tiempo y sin pintar. El único indicio que sugería remotamente la posibilidad de algún ocupante era una hilera de ventanas debajo del borde del techo abovedado. Aunque estaban sucias y cubiertas de polvo, ninguna estaba rota, como suelen estarlo las de un almacén abandonado.

Pitt dio las gracias al empleado del aeropuerto que le había traído en coche desde la zona terminal. Mirando a su alrededor, para asegurarse de no ser observado, sacó un pequeño transmisor del bolsillo de su chaqueta y dio una serie de órdenes que desconectaron los sistemas de alarma y abrieron una puerta lateral que parecía no haber girado sobre sus goznes en treinta años.

Entró y pisó un suelo liso de hormigón en el que había casi tres docenas de resplandecientes automóviles clásicos, un aeroplano antiguo y un vagón de ferrocarril de principios de siglo. Se detuvo y contempló amorosamente el chasis de un Talbot-Lago francés deportivo que estaba en una fase temprana de reconstrucción. El coche había sido casi totalmente destruido en una explosión, y él estaba resuelto a restaurar los retorcidos restos y darles su anterior belleza y su antigua elegancia.

Subió la maleta y la bolsa de mano por la escalera de caracol de su apartamento, instalado contra la pared del fondo del hangar. Su reloj marcaba las dos y cuarto de la tarde, pero, corporal y mentalmente, tenía la impresión de que era cerca de la medianoche. Después de deshacer su equipaje, decidió pasar un par de horas trabajando en el Talbot-Lago y tomar una ducha después. Se había puesto ya el mono cuando un fuerte timbrado resonó en el hangar. Sacó un teléfono inalámbrico de un bolsillo.

—Diga.

—El señor Pitt, por favor —dijo una voz femenina.

—Yo mismo.

—Un momento.

Después de esperar casi dos minutos, Pitt cortó la comunicación y empezó a reconstruir el delco del Talbot. Pasaron otros cinco minutos antes de que volviese a sonar el timbre. Abrió la comunicación y no dijo nada.

—¿Está todavía ahí, señor? —preguntó la misma voz.

—Sí —respondió Pitt con indiferencia, sujetando el teléfono entre el hombro y la

oreja mientras seguía trabajando con las manos.

—Soy Sandra Cabot, la secretaria personal de la señora Jessie LeBaron. ¿Estoy hablando con Dirk Pitt?

A Pitt le disgustaban las personas que no podían hacer personalmente sus llamadas telefónicas.

—Así es.

—La señora LeBaron desea entrevistarse con usted. ¿Puede venir a verla a las cuatro?

—Se está pasando, ¿no?

—¿Cómo dice?

—Lo siento, señorita Cabot, pero tengo que cuidar a un coche enfermo. Tal vez si la señora LeBaron pasara por mi casa, podríamos hablar.

—Temo que esto no es posible. Celebra un cóctel formal a una hora más avanzada de la tarde, y asistirá el Secretario de Estado. No puede salir de aquí.

—Entonces, será otro día.

Hubo un helado silencio; después, se oyó la voz de la señorita Cabot:

—No lo entiende.

—Tiene razón, no lo entiendo.

—¿No le dice nada el nombre LeBaron?

—No más que Shagnasty, Quagmire o Smith —mintió maliciosamente Pitt.

Ella pareció desconcertada durante un momento.

—El señor LeBaron...

—Dejémonos de juegos —le interrumpió Pitt—. Conozco perfectamente la fama de Raymond LeBaron. Y ahorraremos tiempo si le digo que nada tengo que añadir al misterio que rodea su desaparición y su muerte. Dígale a la señora LeBaron que le doy mi más sentido pésame. Es cuanto puedo ofrecerle.

La Cabot respiró hondo.

—Por favor, señor Pitt, sé que ella agradecería mucho que viniese a verla.

Pitt casi pudo ver que pronunciaba las palabras «por favor» con los dientes apretados.

—Está bien —dijo—. Supongo que podré arreglarme. ¿Cuál es la dirección?

El tono de ella recobró inmediatamente su arrogancia.

—Enviaré el chófer a recogerle.

—Si le da lo mismo, preferiría ir en mi propio coche. Las limusinas me dan claustrofobia.

—Si insiste... —dijo secamente ella—. Encontrará la casa al final de Beacon Drive, en Great Falls States.

—Consultaré el plano de la ciudad.

—A propósito, ¿qué clase de coche tiene?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Para informar al guardián de la puerta.

Pitt vaciló y miró a través del hangar hacia un coche aparcado junto a la puerta principal.

—Un viejo descapotable.

—¿Viejo?

—Sí, de 1951.

—Entonces tenga la bondad de aparcar en la zona destinada a la servidumbre. Está a la derecha subiendo por el paseo.

—¿No le da vergüenza su manera de dar órdenes a la gente?

—No tengo nada de que avergonzarme, señor Pitt. Le esperamos a las cuatro.

—¿Habrán acabado conmigo antes de que lleguen los invitados? —preguntó Pitt, en tono sarcástico—. No quisiera molestar a nadie con la vista de mi viejo cacharro.

—No se preocupe —replicó obstinadamente ella—. La fiesta no empieza hasta las ocho. Adiós.

Cuando Sandra Cabot hubo colgado, Pitt se acercó al convertible y lo miró durante unos momentos. Levantó las tablas de debajo del asiento de atrás y conectó los cables de un cargador de batería. Después volvió al Talbot-Lago y reemprendió su trabajo donde lo había dejado.

Exactamente a las ocho y media, el guardián de la puerta principal de la finca de LeBaron saludó a una joven pareja que llegaba en un Ferrari amarillo, comprobó sus nombres en la lista de invitados y les hizo ademán de que pasaran. Después llegó un Chrysler en el que iban el primer consejero del presidente, Daniel Fawcett, y su esposa.

El guardián estaba inmunizado contra los coches exóticos y sus célebres ocupantes. Levantó las manos sobre la cabeza y se estiró y bostezó. Entonces, sus manos se inmovilizaron en el aire y su boca se cerró de golpe al contemplar el coche más grande que jamás había visto.

Era un verdadero monstruo, que medía más de siete metros desde el parachoques delantero hasta el de atrás, y debía pesar más de tres toneladas. El capó y las puertas eran de un gris de plata, y los guardabarros, de un marrón metálico. Era un descapotable, pero la capota se perdía completamente de vista cuando estaba plegada. Las líneas de la carrocería eran delicadas y elegantes en extremo, un ejemplo de la imaculada artesanía raras veces igualada.

—¡Menudo coche! —dijo al fin el guardián—. ¿Qué es?

—Un Daimler —respondió Pitt.

—Parece inglés.

—Lo es.

El guardián sacudió la cabeza, admirado, y miró la lista de invitados.

—Su nombre, por favor.

—Pitt.

—No lo encuentro en la lista. ¿Tiene usted invitación?

—La señora LeBaron y yo teníamos una cita a hora más temprana.

El guardián entró en la caseta y consultó un bloc.

—Sí, señor, su cita era para las cuatro.

—Cuando telefoneé para decir que se me había hecho tarde, la señora dijo que me uniese a la fiesta.

—Bueno, ya que ella le esperaba —dijo el guardián, todavía absorto en el Daimler—, creo que todo está en orden. Que se divierta.

Pitt asintió con la cabeza para darle las gracias y el enorme automóvil subió sin ruido por el serpenteante paseo hasta la residencia de LeBaron. El edificio principal estaba emplazado en un montículo que dominaba una pista de tenis y una piscina. La arquitectura era la corriente en aquel sector: una casa de estilo colonial, de tres pisos, de ladrillo, con una serie de columnas blancas sosteniendo el techo de un largo porche frontal, y con las alas extendiéndose a ambos lados. A la derecha, un bosquecillo de pinos ocultaba una cochera y un garaje debajo de ella, y Pitt presumió que eran las dependencias de la servidumbre. En el lado opuesto y a la izquierda de la mansión, había un gran edificio acristalado, iluminado por arañas que pendían del techo. Plantas y arbustos exóticos florecían alrededor de veinte o más mesas, mientras una orquestina tocaba en un tablado detrás de una cascada. Pitt se quedó impresionado. Era el perfecto escenario de fiesta para una animada velada en octubre. Raymond LeBaron era famoso por su originalidad. Pitt detuvo el Daimler delante de la entrada del invernadero, donde un criado con librea, encargado del aparcamiento, se quedó mirando con la pasmada expresión de un carpintero ante una secoya.

Mientras salía de detrás del volante y se arreglaba la chaqueta del smoking, Pitt advirtió que empezaba a formarse detrás de la pared transparente un grupo de personas que señalaba el coche y gesticulaban. Dio instrucciones al criado sobre el cambio de marchas y entró por la puerta cristalera. La orquesta estaba tocando temas de John Barry. Una mujer elegantemente vestida, a la última moda, recibía detrás de la entrada a los invitados.

No le cupo duda de que era Jessie LeBaron, Porte frío, encarnación de la gracia y del estilo, prueba viviente de que las mujeres pueden ser hermosas después de los cincuenta años. Llevaba una brillante túnica verde y plata, adornada con abalorios, sobre una falda larga y ceñida de terciopelo.

Pitt se acercó y le hizo una breve reverencia.

—Buenas noches —dijo, con su sonrisa más seductora.

—¿Qué es ese coche tan sensacional? —preguntó Jessie, mirando a través de la puerta de cristales.

—Un Daimler con motor de ocho cilindros y carrocería Hooper.

Ella sonrió amablemente y le tendió la mano.

—Gracias por venir, señor... —Vaciló, mirándole con curiosidad—. Discúlpeme, pero no lo recuerdo.

—Es que nunca nos habíamos visto —dijo él, admirando la voz gutural y casi ronca de aquella mujer, que tenía además un matiz sensual—. Me llamo Pitt. Dirk Pitt.

Los ojos oscuros de Jessie miraron a Pitt de un modo peculiar.

—Llega con cuatro horas y media de retraso, señor Pitt. ¿Se ha demorado por algún accidente?

—No he sufrido ningún accidente, señora LeBaron. Calculé minuciosamente el momento de mi llegada.

—No fue invitado a la fiesta —dijo suavemente ella—. Por consiguiente, tendrá que marcharse.

—Es una lástima —dijo tristemente Pitt—. Raras veces tengo ocasión de lucir mi smoking.

La cólera se pintó en el semblante de Jessie. Se volvió a una mujer muy estirada y de gruesas gafas que estaba en pie, un poco detrás de ella, y que Pitt presumió que era su secretaria, Sandra Cabot.

—Busque a Angelo y dígame que acompañe a este caballero.

Los ojos verdes de Pitt brillaron maliciosamente.

—Parece que tengo el don de despertar mala voluntad. ¿Quiere que me vaya de forma pacífica o que provoque una escena desagradable?

—Creo que pacíficamente es lo mejor.

—Entonces, ¿por qué me pidió que viniese a verla?

—Para un asunto referente a mi marido.

—Yo no lo conocía en absoluto. Nada puedo decirle sobre su muerte que usted no sepa ya.

—Raymond no ha muerto —dijo rotundamente ella.

—Entonces lo fingió muy bien cuando le vi en el dirigible.

—No era él.

Pitt la miró escépticamente y no dijo nada.

—No me cree, ¿verdad?

—En realidad, me da lo mismo.

—Esperaba que me ayudaría.

—Tiene usted una manera muy extraña de pedir favores.

—Ésta es una cena formal de una asociación benéfica, señor Pitt. Estaría usted fuera de lugar. Ya fijaremos una hora para vernos mañana.

Pitt decidió que no valía la pena encolerizarse.

—¿Qué estaba haciendo su marido cuando desapareció? —preguntó de pronto.

—Buscaba el tesoro de El Dorado —respondió ella, mirando nerviosamente a su alrededor y a los invitados—. Creía que se había hundido con un barco llamado *Cyclops*.

Antes de que Pitt pudiese hacer ningún comentario, volvió Cabot con Angelo, el chófer cubano.

—Adiós, señor Pitt —dijo Jessie, despidiéndole y volviéndose para saludar a una pareja de recién llegados.

Pitt se encogió de hombros y ofreció el brazo a Angelo.

—Demos a esto un aire oficial. Écheme. —Se volvió hacia Jessie—. Una última cosa, señora LeBaron. No me gusta que me traten desconsideradamente. No se moleste en llamarme de nuevo; jamás.

Entonces dejó que Angelo le acompañase fuera del invernadero y hasta el paseo donde estaba esperando el Daimler. Jessie se quedó mirando hasta que el gran automóvil desapareció en la noche. Después se reunió con sus invitados.

Douglas Oates, el secretario de Estado, interrumpió la conversación que sostenía con el consejero presidencial Daniel Fawcett, al verla acercarse.

—Una fiesta espléndida, Jessie.

—Ciertamente —corroboró Fawcett—. Nadie en Washington podría preparar mejor un banquete.

Los ojos de Jessie resplandecieron y sus labios gordezuelos se curvaron en una cálida sonrisa.

—Gracias, caballeros.

Oates señaló con la cabeza hacia la puerta.

—¿He estado viendo visiones, o han echado a la calle a Dirk Pitt?

Jessie miró a Oates, sin comprender.

—¿Le conoce? —preguntó, sorprendida.

—Desde luego. Pitt es el número dos de la NUMA. Es el hombre que puso a flote el *Titanic* para el Departamento de Defensa.

—Y salvó la vida al presidente en Louisiana —añadió Fawcett.

Jessie palideció visiblemente.

—No tenía la menor idea.

—Espero que no le habrá encolerizado —dijo Oates.

—Tal vez *he sido* un poco grosera —reconoció ella.

—¿No está interesada en hacer sondeos en busca de petróleo en el mar, al sur de San Diego?

—Sí. Los estudios geológicos indican que hay allí un vasto campo sin explotar. Una de nuestras compañías tiene una opción para adquirir los derechos de sondeo. ¿Por qué lo pregunta?

—¿No sabe quién preside el comité del Senado sobre explotación del petróleo en tierras de dominio público?

—Claro, es...

La voz de Jessie se extinguió, y desapareció su aplomo.

—El padre de Dirk —terminó Oates—. El senador George Pitt, de California. Sin su respaldo y el beneplácito de la NUMA sobre cuestiones de medio ambiente, me parece difícil que consiga los derechos de sondeo.

—Parece —dijo irónicamente Fawcett— que la opción de su compañía ha dejado de existir.

Treinta minutos más tarde, Pitt metió el Daimler en su plaza de aparcamiento delante del alto edificio encristalado donde se hallaba la sede de la NUMA. Firmó en el registro de seguridad y tomó el ascensor hasta la décima planta. Cuando se abrieron las puertas, salió a un vasto laberinto electrónico, que comprendía la red de comunicaciones y de información de la agencia de la Marina.

Hiram Yaeger miró desde detrás de una mesa en forma de herradura, cuya superficie quedaba oculta debajo de un revoltijo de «hardware» de ordenador, y sonrió.

—Hola, Dirk. ¿Vestido de etiqueta, y no tienes adonde ir?

—La anfitriona decidió que era una persona *non grata* y me echó a la calle.

—¿La conozco?

Ahora rué Pitt quien sonrió. Miró a Yaeger. El mago de los ordenadores era un vivo recuerdo de los días hippies de principios de los setenta. Llevaba los cabellos rubios largos y atados en cola de caballo, y la barba de enmarañados rizos sin recortar. Su uniforme de trabajo y de juego era una chaqueta Levi's y unos pantalones remetidos en toscas botas de cowboy.

—No puedo imaginarme a Jessie LeBaron y tú moviéndoos en los mismos círculos sociales —dijo Pitt.

Yaeger lanzó un grave silbido.

—¿Te echó a patadas un matón de Jessie LeBaron? Hombre, eres una especie de héroe de los oprimidos.

—¿Estás de humor para una excavación?

—¿Sobre ella?

—Sobre él.

—¿Su marido? ¿El que desapareció?

—Raymond LeBaron.

—¿Otra operación al margen de lo habitual?

—Llámalo como quieras.

—Dirk —dijo Yaeger, mirando por encima de sus anticuadas gafas—, eres un bastardo entremetido, pero te aprecio. Me contrataron para construir una red informática de primera clase y llenar un archivo sobre ciencia e historia marítimas, pero cada vez que me descuido compares tú, queriendo que emplee mis creaciones para propósitos oscuros. ¿Por qué lo aguanto? Te diré la razón. La ratería fluye más de prisa por mis venas que por las tuyas. Y ahora dime, ¿tengo que cavar muy hondo?

—Hasta su pasado más remoto. De dónde vino. Cuál fue la base económica de su imperio.

—Raymond LeBaron era muy reservado en lo tocante a su vida privada. Debió

borrar las pistas.

—Lo comprendo, pero no será la primera vez que sacas un esqueleto del armario.

Yaeger asintió reflexivamente con la cabeza.

—Sí, la familia Bougainville de navieros, hace unos meses. Una linda travesura, si quieres llamarlo así.

—Otra cosa.

—Dime cuál.

—Un barco llamado *Cyclops*. ¿Podrías averiguar su historia?

—Desde luego. ¿Algo más?

—Creo que esto será suficiente —respondió Pitt.

Yaeger le miró fijamente.

—¿De qué se trata esta vez, viejo amigo? No puedo creer que vayas detrás de los LeBaron porque te echaron de una fiesta de sociedad. Fíjate en mí; me han echado de los lugares más sórdidos de la ciudad. Y lo acepto.

Pitt se echó a reír.

—No se trata de ninguna venganza. Simple curiosidad. Jessie LeBaron dijo algo que me chocó sobre la desaparición de su marido.

—Lo leí en el *Washington Post*. Había un párrafo que te mencionaba como el héroe del día, por haber salvado el dirigible de LeBaron con tu truco de la cuerda y la palmera. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ella afirmó que su marido no estaba entre los muertos que encontré en la cabina de mandos.

Yaeger guardó un momento de silencio, con expresión perpleja.

—No tiene sentido —dijo—. Si el viejo LeBaron se elevó en aquella bolsa de gas, lo lógico es que estuviese todavía en ella cuando reapareció.

—No, según su desconsolada esposa.

—¿Crees que persigue algún objetivo, financiero o por cuestión de algún seguro?

—Tal vez sí, tal vez no. Pero existe la posibilidad de que se pida a la NUMA que contribuya a la investigación, ya que el misterio se produjo sobre el mar.

—Y nosotros estaremos ya en la primera base.

—Algo así.

—¿Y qué tiene que ver el *Cyclops* con esto?

—Ella me dijo que LeBaron lo estaba buscando cuando desapareció.

Yaeger se levantó de su silla.

—Está bien, pongamos manos a la obra. Mientras yo trazo un programa de investigación, estudia tú lo que tenemos sobre el barco en nuestros archivos.

Condujo a Pitt a un pequeño salón de proyecciones, con un gran monitor montado en la pared del fondo, y le hizo señas para que se sentase detrás de una consola donde había un teclado de ordenador. Después se inclinó sobre Pitt y pulsó una serie de

teclas.

—Instalamos un nuevo sistema la semana pasada. La terminal está conectada con un sintetizador de voces.

—¿Un ordenador parlante? —dijo Pitt.

—Sí, puede asimilar más de diez mil órdenes verbales, dar la respuesta adecuada y, en realidad, seguir una conversación. La voz suena un poco extraña, parecida a la de Hal, el ordenador gigante de la película *2001*. Pero uno se acostumbra a ello. Le llamamos «Esperanza».

—¿«Esperanza»?

—Sí, porque *esperamos* que nos dé las respuestas adecuadas.

—Es curioso.

—Si necesitas ayuda, estaré en la terminal principal. No tienes más que descolgar el teléfono y marcar cuatro-siete.

Pitt miró la pantalla. Era de un gris azulado. Tomó cautelosamente un micrófono y habló por él.

—Esperanza, me llamo Dirk. ¿Estás dispuesta a realizar una búsqueda para mí?

Se sintió como un idiota. Aquello era como hablar a un árbol y esperar que respondiese.

—Hola, Dirk —respondió una voz vagamente femenina que sonó como si saliese de una armónica—. Estoy a su disposición.

Pitt respiró hondo y se lanzó de cabeza.

—Esperanza, quisiera que me hablaras de un barco llamado *Cyclops*.

Hubo una pausa de cinco segundos; después, dijo el ordenador:

—Tendrá que concretar más. Mis discos de memoria contienen datos referentes a cinco barcos diferentes llamados *Cyclops*.

—Es el único que llevaba un tesoro a bordo.

—Lo siento, pero no consta ningún tesoro en sus manifiestos.

¿*Lo siento*? Pitt todavía no podía creer que estaba conversando con una máquina.

—Si puedo hacer una breve digresión, Esperanza, te diré que eres un ordenador muy inteligente y muy simpático.

—Gracias por el cumplido, Dirk. Por si le interesa, también puedo producir efectos de sonido, imitar animales, cantar, aunque no demasiado bien, y pronunciar «supercalifragilísticoexpialidoso», aunque no he sido programada para dar su definición exacta. ¿Quiere que la pronuncie al revés?

Pitt se echó a reír.

—Otro día. Volviendo al *Cyclops*, el que me interesa se hundió probablemente en el Caribe.

—Esto reduce el número a dos. Un pequeño vapor que encalló en Montego Bay, Jamaica, el 5 de mayo de 1968, y un carbonero de la Marina de los Estados Unidos,

que se perdió sin dejar rastro, entre el 5 y el 10 de marzo de 1918.

Raymond LeBaron no hubiese volado en busca de un barco encallado, sólo veinte años atrás, en un puerto de mucho tráfico, razonó Pitt. Entonces recordó el carbonero de la Marina. Su pérdida fue considerada como uno de los grandes misterios del mítico Triángulo de las Bermudas.

—Hablemos del barco carbonero —dijo Pitt.

—Si quiere que imprima los datos para usted, Dirk, pulse el botón de control de su teclado y las letras PT. También, si observa la pantalla, puedo proyectar todas las fotos disponibles.

Pitt siguió las instrucciones y la máquina empezó a funcionar. Fiel a su palabra, Esperanza proyectó una imagen del *Cyclops* anclado en un puerto anónimo.

Aunque el casco era estrecho, con su anticuada proa recta y su popa en graciosa curva de copa de champaña, su superestructura tenía el aspecto de un juego de construcción de un niño que se hubiese vuelto loco. Un laberinto de grúas, unidas por una telaraña de cables y sujetas con altos soportes, se alzaba en mitad de la cubierta como un bosque muerto. Una larga camareta se alzaba en la parte de popa del barco, sobre la sala de máquinas, rematado el techo por dos chimeneas gemelas y varios altos ventiladores. En la parte de proa, la caseta del timón se levantaba sobre la cubierta como un tocador de cuatro patas, perforada por una hilera de ojos de buey y abierta por debajo. Dos altos mástiles con un travesaño surgían de un puente que habría podido pasar por una meta de rugby. En conjunto, parecía un barco tosco, un patito feo que no había llegado a convertirse en cisne.

También había en él algo misterioso. Al principio, Pitt no pudo dar con ello, pero después lo comprendió de pronto: extrañamente, no se veía ningún tripulante sobre cubierta. Era como si el barco hubiese sido abandonado.

Pitt se volvió y observó la impresión de los datos de la nave:

Botadura: 7 mayo 1910 por William Cramp & Sons Shipbuilders, Filadelfia.

Tonelaje: 19.360 de desplazamiento. Eslora: 180 metros (en realidad más largo que los buques de guerra de su tiempo). Manga: 20 metros. Calado: 9 metros 30 centímetros.

Velocidad: 15 nudos (3 nudos más veloz que los barcos Liberty de la Segunda Guerra Mundial). Armamento: Cuatro cañones de 4 pulgadas. Tripulación: 246. Capitán: G. W. Worley, Servicio Auxiliar Naval.

Pitt observó que Worley había sido capitán del *Cyclops* desde que entró en servicio hasta que desapareció. Se retrepó en su silla, reflexionando mientras estudiaba la imagen del barco.

—¿Tienes otras fotografías de él? —preguntó a Esperanza.

—Tres desde el mismo ángulo, una de la popa y cuatro de la tripulación.

—Echemos un vistazo a la tripulación.

La pantalla se oscureció un momento y pronto apareció la imagen de un hombre, de pie junto a la barandilla de un barco y asiendo de la mano a una niña pequeña.

—El capitán Worley con su hija —explicó Esperanza.

Era un hombrón de cabellos ralos, bigote recortado y manos grandes, que llevaba traje oscuro, corbata casualmente torcida y zapatos relucientes, y miraba fijamente a la cámara que congeló su imagen setenta y cinco años atrás. La niña que estaba a su lado era rubia, llevaba un vestido hasta las rodillas y un sombrero, y sujetaba lo que parecía ser una muñeca muy rígida y en forma de botella.

—Su verdadero nombre era Johann Wichman —dijo Esperanza sin que nadie se lo preguntase—. Nació en Alemania y entró ilegalmente en los Estados Unidos saltando de un barco mercante en San Francisco durante el año 1878. Se ignora cómo falsificó sus documentos. Mientras estuvo al mando del *Cyclops*, vivió en Norfolk, Virginia, con su esposa y su hija.

—¿Alguna posibilidad de que trabajase para los alemanes en 1918?

—No se demostró nada. ¿Quiere ver los informes de la investigación naval sobre la tragedia?

—Imprímelos. Los estudiaré más tarde.

—La foto siguiente es la del teniente David Forbes, segundo comandante —dijo Esperanza.

La cámara había captado a Forbes en uniforme de gala, de pie junto a lo que Pitt presumió que era un turismo Cadillac de 1916. Tenía cara de galgo, nariz larga y estrecha, y los ojos pálidos, aunque no podía determinarse su color en la fotografía en blanco y negro. Iba pulcramente afeitado y tenía las cejas arqueadas y los dientes ligeramente salientes.

—¿Qué clase de hombre era? —preguntó Pitt.

—Su historial en la Marina era intachable hasta que Worley le arrestó por insubordinación.

—¿Motivo?

—El capitán Worley alteró la ruta que había fijado el teniente Forbes y casi naufragó al entrar en Río. Cuando Forbes le pidió explicaciones, Worley se enfureció y le arrestó.

—¿Estaba Forbes todavía arrestado durante el último viaje?

—Sí.

—¿Quién es el siguiente?

—El teniente John Church, segundo oficial.

La foto mostraba a un hombre bajito y de aspecto casi endeble, vestido de paisano y sentado a la mesa de un restaurante. Su cara tenía el aire cansado del agricultor después de una larga jornada en el campo; sin embargo, sus ojos oscuros parecían indicar un carácter humorístico. Los cabellos grises, sobre una alta frente, estaban

peinados hacia atrás sobre unas orejas pequeñas.

—Parece mayor que los otros —observó Pitt.

—En realidad, sólo tenía veintinueve años —dijo Esperanza—. Ingresó en la Marina a los dieciséis y ascendió gracias a su trabajo.

—¿Tuvo problemas con Worley?

—No consta en su historial.

La última fotografía era de dos hombres en actitud de firmes ante un tribunal. No había señal de temor en sus semblantes; más bien parecían hoscos y desafidores. El de la izquierda era alto y esbelto, de brazos musculosos. El otro tenía la corpulencia de un oso pardo.

—Esta fotografía fue tomada durante el consejo de guerra contra el maquinista de primera James Coker y el maquinista de segunda Barney DeVoe por el asesinato del maquinista de tercera Osear Stewart. Los tres estaban destinados a bordo del crucero de los Estados Unidos *Pittsburgh*. Coker, que es el de la izquierda, fue condenado a muerte en la horca, sentencia que se ejecutó en Brasil. DeVoe, el de la derecha, fue condenado a una pena de cincuenta a noventa y nueve años de prisión, en la cárcel naval de Portsmouth, New Hampshire.

—¿Cuál es su relación con el *Cyclops*? —preguntó Pitt.

—El *Pittsburgh* estaba en Río de Janeiro cuando se cometió el asesinato. Cuando el capitán Worley llegó a puerto, recibió instrucciones de transportar a DeVoe y otros cuatro presos que había en el calabozo del *Cyclops* a los Estados Unidos.

—Y estuvieron a bordo hasta el final.

—Sí.

—¿No hay otras fotos de la tripulación?

—Probablemente las habrá en álbumes de familia y en otros sitios privados, pero éstas son las únicas que tengo en mi biblioteca.

—Cuéntame los sucesos que precedieron a la desaparición.

—¿De palabra o por escrito?

—¿Puedes escribirlo y hablar al mismo tiempo?

—Lo siento, pero sólo puedo hacer una cosa tras otra. ¿Con qué prefiere que empiece?

—De palabra.

—Está bien. Déme un momento para recopilar datos.

—Pitt empezaba a sentirse soñoliento. Había sido un día muy largo. Aprovechó la pausa para telefonar a Yaeger y pedirle una taza de café.

—¿Cómo te va con Esperanza?

—Casi empiezo a creer que es real —respondió Pitt.

—Con tal que no empieces a fantasear sobre su cuerpo inexistente...

—Todavía no he llegado a este estado.

—Sé que conocerla es amarla.

—¿Qué tal te va a ti con LeBaron?

—Lo que me temía —dijo Yaeger—. Borró el rastro de una gran parte de su pasado. No hay nada sobre su personalidad, sino solamente estadísticas, hasta el momento en que se convirtió en el número uno de Wall Street.

—¿Algo interesante?

—En realidad, no. Procedía de una familia bastante rica. Su padre poseía una cadena de ferreterías. Me parece que Raymond y su padre no se llevaron bien. En ninguna de las biografías que publicaron los periódicos después de convertirse en magnate financiero se hace la menor mención de su familia.

—¿Has averiguado cómo empezó a ganar dinero en cantidad?

—No hay muchos datos al respecto. Él y un socio que se llamaba Kronberg tuvieron una compañía de rescates marítimos a mediados de los años cincuenta. Parece que fueron tirando durante unos pocos años, hasta que quebraron. Dos años más tarde, Raymond lanzó su periódico.

—El *Prosperteer*.

—Exacto.

—¿Hay alguna mención de quién le prestó apoyo?

—Ninguna —respondió Yaeger—. A propósito, Jessie es su segunda esposa. La primera se llamaba Hillary. Murió hace pocos años. No hay datos sobre ella.

—Sigue buscando.

Pitt colgó cuando Esperanza le dijo:

—Tengo los datos del último viaje del *Cyclops*.

—Oigámoslos.

—Zarpó de Río de Janeiro el 16 de febrero de 1918, con rumbo a Baltimore, Maryland. Iban a bordo su tripulación regular de 15 oficiales y 231 marineros, 57 hombres del crucero *Pittsburgh*, que eran enviados a la base naval de Norfolk para un nuevo destino, 5 presos, incluido DeVoe, y el cónsul general de los Estados Unidos en Río, Alfred L. Morean Gottschalk, que regresaba a Washington. El cargamento era de 11.000 toneladas de manganeso. «Después de una breve escala en el puerto de Bahía para recoger correspondencia, el barco hizo una nueva escala, ésta no prevista, al entrar en Carlisle Bay, en la isla de Barbados, y anclar en ella. Aquí cargó Worley más, carbón y provisiones, que dijo que eran necesarios para continuar el viaje a Baltimore; pero más tarde se consideró que el cargamento había sido excesivo. Cuando el barco se hubo perdido en el mar, el cónsul norteamericano en Barbados informó sobre ciertos rumores sospechosos acerca de la poco habitual acción de Worley, de extraños sucesos a bordo y de un posible motín. La última vez que fueron vistos el *Cyclops* y los hombres que iban a bordo fue el 4 de marzo de 1918, cuando zarpó de Barbados.

—¿No hubo ningún otro contacto? —preguntó Pitt.

—Veinticuatro horas más tarde, un carguero que transportaba madera, llamado *Crogan Castle*, informó de que su proa fue rota por una enorme ola. Sus peticiones de auxilio por radio fueron contestadas por el *Cyclops*. Las últimas palabras radiadas por éste fueron su número y este mensaje: «Estamos a cincuenta millas al sur y acudimos a todo vapor.»

—¿Nada más?

—Esto es todo.

—¿Dio el *Crogan Castle* su posición?

—Sí, veintitrés grados treinta minutos de latitud norte por setenta y nueve grados veintiún minutos de longitud oeste, lo cual le situaba a unas veinte millas al sudeste de un banco de arrecifes llamado Anguilla Keys.

—¿Se perdió también el *Crogan Castle*?

—No; según los datos, pudo llegar a La Habana.

—¿Se encontró algún resto del naufragio del *Cyclops*?

—La Marina efectuó una búsqueda en un amplio sector y no encontró nada.

Pitt vaciló cuando Yaeger entró en la sala de proyecciones y dejó una taza de café junto a la consola, retirándose en silencio. Tomó unos sorbos y pidió a Esperanza que volviese a mostrarle la foto del *Cyclops*. El barco se materializó en la pantalla del monitor y él lo contempló reflexivamente.

Descolgó el teléfono, marcó un número y esperó. El reloj digital de la consola marcaba las once cincuenta y cinco, pero la voz que le respondió pareció animada y alegre.

—¡Dirk! —exclamó el doctor Raphael O'Meara—. ¿Qué diablos sucede? Me has pillado en un buen momento; esta mañana acabo de regresar de una excavación en Costa Rica.

—¿Has encontrado otro camión de tuestos?

—El más rico escondrijo de arte precolombino descubierto hasta la fecha. Unas piezas sorprendentes, algunas de las cuales se remontan a trescientos años antes de Cristo.

—Lástima que no puedas quedártelas.

—Todos mis hallazgos van a parar al Museo Nacional de Costa Rica.

—Eres muy generoso, Raphael.

—Yo no las regalo, Dirk. Los gobiernos de los países donde hago mis hallazgos se los quedan como parte del patrimonio nacional. Pero no quiero aburrir a un vejstorio como tú. ¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Necesito que me cuentes lo que sepas sobre un tesoro.

—Desde luego —dijo O'Meara, en tono ahora más serio—, sabes que tesoro es una palabra prohibida para un arqueólogo serio.

—Todos tenemos nuestros fallos —dijo Pitt—. ¿Podemos tomar una copa juntos?

—¿Ahora? ¿Sabes la hora que es?

—Sé que eres un pájaro nocturno. Tranquilízate. Podría ser en algún lugar cerca de tu casa.

—¿Qué te parece el Old Angler's Inn de MacArthur Boulevard? Digamos dentro de media hora.

—Me parece bien.

—¿Puedes decirme cuál es el tesoro que te interesa?

—Aquel en que sueña todo el mundo.

—¡Oh! ¿Y cuál es?

—Te lo diré cuando nos veamos.

Pitt colgó y contempló el *Cyclops*. Tenía un aire misterioso y solitario. No pudo dejar de preguntarse qué secretos se habría llevado a su tumba submarina.

—¿Puedo proporcionarle más datos? — preguntó Esperanza, interrumpiendo su morbosos ensueño—. ¿O desea que termine?

—Creo que podemos dejarlo —respondió Pitt—. Gracias, Esperanza. Quisiera poder darte un beso.

—Gracias por el cumplido, Dirk. Pero no soy fisiológicamente capaz de recibir besos.

—Pero seguiré queriéndote.

—Estoy a su servicio siempre que quiera.

Pitt se echó a reír.

—Buenas noches, Esperanza.

—Buenas noches, Dirk.

Ojalá fuese real, pensó éste, con un suspiro soñador.

—Jack Daniel's a palo seco —dijo alegremente Raphael O'Meara—. Y que sea doble. Es el mejor medicamento que conozco para despejar la mente.

—¿Cuánto tiempo has estado en Costa Rica? —preguntó Pitt.

—Tres meses. Y no ha parado de llover un solo día.

—Ginebra Bombay con hielo —dijo Pitt a la camarera.

—Conque has ingresado en las codiciosas filas de los barrenderos del mar —dijo O'Meara, a través de la espesa barba que cubría su cara de la nariz para abajo—. Dirk Pitt, buscador de tesoros. Nunca me lo habría imaginado.

—Mi interés es puramente académico.

—Claro, esto es lo que dicen todos. Sigue mi consejo y olvídalo. La caza de tesoros sumergidos ha costado más dinero de lo que valen los que han sido encontrados. Puedo contar con los dedos de una mano el número de descubrimientos que han dado beneficios en los últimos ocho años. La aventura, la excitación y la riqueza no son más que un mito, un sueño de drogado.

—Estoy de acuerdo.

O'Meara frunció las hirsutas cejas.

—Entonces, ¿qué quieres saber?

—¿Sabes quién es Raymond LeBaron?

—¿El rico y emprendedor Raymond, el genio financiero que edita *Prosperteer*?

—El mismo. Desapareció hace un par de semanas cuando volaba en un dirigible cerca de las Bahamas.

—¿Cómo podría desaparecer una persona en un dirigible?

—De alguna manera, él lo consiguió. Tienes que haber oído o leído algo acerca de esto.

O'Meara sacudió la cabeza.

—No he mirado la televisión ni leído un periódico desde hace noventa días.

Les sirvieron las bebidas y Pitt expuso brevemente las extrañas circunstancias que rodeaban el misterio. La gente se iba marchando y se quedaron casi solos en bar.

—Y tú crees que LeBaron volaba en una vieja bolsa de gas buscando un barco naufragado y cargado hasta los topes del rico mineral.

—Según su esposa Jessie, sí.

—¿Cuál era el barco?

—El *Cyclops*.

—Sé lo del *Cyclops*. Era un barco carbonero de la Armada que se perdió hace setenta y un años. No recuerdo que se dijese que llevaba riquezas a bordo.

—Por lo visto, LeBaron creía que sí.

—¿Qué clase de tesoro?

—El Dorado.

—Lo dirás en broma.

—Sólo repito lo que me han dicho.

O'Meara guardó silencio durante un largo rato y sus ojos adquirieron una expresión remota.

—*El hombre dorado* —dijo al fin—. El nombre que daban los españoles a un hombre de oro. La leyenda (algunos dicen que es una maldición) ha inflamado las imaginaciones durante cuatrocientos cincuenta años.

—¿Hay algo de verdad en ello? —preguntó Pitt.

—Todas las leyendas se fundan en hechos, pero ésta, a semejanza de todas las demás, ha sido desvirtuada y embellecida hasta convertirla en un cuento de hadas. El Dorado ha inspirado la más larga y tenaz búsqueda del tesoro que se recuerde. Miles de hombres han muerto tratando de encontrarlo.

—Dime cómo nació la historia.

Les sirvieron otro Jack Daniel's y otra ginebra Bombay. Pitt se rió cuando O'Meara bebió primero el vaso de agua. Después el arqueólogo se puso cómodo y recordó tiempos pasados.

—Los conquistadores españoles fueron los primeros que oyeron hablar de un hombre dorado que gobernaba un reino increíblemente rico, en alguna parte de las selvas montañosas al este de los Andes. Según rumores, vivía en una ciudad secreta construida con oro, de calles pavimentadas de esmeraldas, y guardada por un aguerrido ejército de bellas Amazonas. Hacía que Oz pareciese un barrio bajo. Una enorme exageración, desde luego. Pero en realidad había varios El Dorado: una larga estirpe de reyes que adoraban a un dios demonio que vivía en el lago Guatavita, en Colombia. Cuando un nuevo monarca asumía el mando del imperio tribal, su cuerpo era untado con goma resinosa y cubierto después de polvo de oro, convirtiéndose así en el hombre dorado. Entonces era colocado en una balsa ceremonial, cargada de oro y piedras preciosas, y conducido a remo hasta el centro del lago, donde arrojaba aquellas riquezas al agua, como ofrenda al dios, cuyo nombre no recuerdo.

—¿Se recuperó el tesoro?

—Se hicieron numerosos intentos de rastrear el lago, pero todos fracasaron. En 1965, el Gobierno de Colombia declaró Guatavita zona de interés cultural y prohibió toda operación de rastreo. Una lástima, teniendo en cuenta que la riqueza del fondo del lago se calcula entre cien y trescientos millones de dólares.

—¿Y la ciudad de oro?

—Nunca fue encontrada —dijo O'Meara, haciendo una seña a la camarera para que trajese otra ronda—. Muchos la buscaron y muchos murieron. Nikolaus Federmann, Ambrosius Dalfinger, Sebastián de Belalcázar, Gonzalo y Hernán Jiménez de Quesada, todos buscaron El Dorado, pero sólo encontraron la maldición.

Lo propio le ocurrió a sir Walter Raleigh. Después de su segunda expedición inútil, el rey Jaime puso literalmente la cabeza sobre el tajo. La fabulosa ciudad de El Dorado y el tesoro más grande de todos continuaron perdidos.

—Volvamos un momento atrás —dijo Pitt—. El tesoro del fondo del lago no está perdido.

—Se encontraron piezas sueltas —explicó O'Meara—. El segundo tesoro, el premio gordo, el más grande de todos, permanece oculto hasta nuestros días. Tal vez con dos excepciones, ningún forastero puso jamás los ojos en él. La única descripción que tenemos procede de un monje que vino de la selva a una colonia española del río Orinoco, en 1675. Una semana más tarde, antes de morir, dijo que había formado parte de una expedición portuguesa que buscaba minas de diamantes. Afirmó que habían encontrado una ciudad abandonada, rodeada de altos peñascos y guardada por una tribu llamada zanona. Los zanones no eran tan amistosos como fingían, sino que eran caníbales que envenenaban a los portugueses y se los comían. Sólo el monje consiguió escapar. Describió grandes templos y edificios, extrañas inscripciones y el legendario tesoro que envió a la tumba a tantos buscadores.

—Un verdadero hombre de oro —insinuó Pitt—. Una estatua.

—Caliente —dijo O'Meara—. Caliente, pero te has equivocado de sexo.

—¿De sexo?

—*La mujer dorada*, la mujer de oro —respondió O'Meara—. Más comúnmente conocida por *La Dorada*. Ya lo ves, el nombre se aplicó primero a un hombre y a una ceremonia; más tarde a una ciudad, y por último a un imperio. Con los años, se convirtió en un término para designar un lugar donde podían encontrarse riquezas en el suelo. Como en tantas descripciones aborrecidas por las feministas, el mito masculino se hizo genérico, mientras que el femenino fue olvidado. ¿Quieres otra copa?

—No, gracias; iré alargando ésta.

O'Meara pidió otro Jack Daniel's.

—En todo caso, ya conoces la historia del Taj Mahal. Un caudillo mogol levantó la lujosa tumba como un monumento a su esposa. Lo propio cabe decir de un rey sudamericano precolombino. Su nombre no consta, pero, según la leyenda, su esposa fue la más amada de los cientos de mujeres de su corte. Entonces ocurrió un fenómeno extraño en el cielo, Probablemente un eclipse o el cometa Halley. Y los sacerdotes le exigieron que la sacrificase para apaciguar a los irritados dioses. La vida era dura en aquellos tiempos. Por consiguiente, la mataron y le arrancaron el corazón en una complicada ceremonia.

—Yo creía que eran sólo los aztecas los que arrancaban el corazón de sus víctimas.

—Los aztecas no tenían el monopolio de los sacrificios humanos. Lo notable fue

que el rey llamó a sus artesanos y les ordenó que construyesen una estatua de ella, a fin de poder convertirla en una diosa.

—¿Todo esto lo contó el monje?

—Con todo detalle, si hay que creer su historia. Es un desnudo de casi un metro ochenta de altura, sobre un pedestal de cuarzo rosa. Su cuerpo es de oro macizo. Debe pesar al menos una tonelada. Encajado en el pecho, donde debería estar el corazón, hay un gran rubí, que se considera de peso próximo a los mil doscientos quilates.

—Yo no soy experto —dijo Pitt—, pero sé que el rubí es la piedra preciosa más valiosa, y que los treinta quilates son muy raros. Mil doscientos quilates es algo increíble.

—Pues todavía no has oído la mitad —prosiguió O'Meara—. La cabeza de la estatua es una gigantesca esmeralda tallada, de un verde azulado y sin mácula. No puedo imaginarme el peso en quilates, pero tendría que ser de unos quince kilos.

—Probablemente veinte, si incluyes los cabellos.

—¿Cuál es la esmeralda más grande que se conoce?

Pitt pensó un momento.

—Seguro que no pesa más de cinco kilos.

—¿Te la imaginas bajo la luz de los focos en el salón principal del Museo de Historia Natural de Washington? —dijo O'Meara, con aire soñador.

—Sólo puedo preguntarme su valor actual en el mercado.

—Podrías decir que es incalculable.

—¿Hubo otro hombre que vio la estatua? —preguntó Pitt.

—El coronel Ralph Morehouse Sigler, un auténtico ejemplar de la vieja escuela de exploradores. Ingeniero del Ejército inglés, viajó por todo el Imperio, trazando fronteras y construyendo fuertes en toda el África y en la India. También era un buen geólogo y pasaba el tiempo libre haciendo prospecciones. O tuvo mucha suerte o estaba realmente muy capacitado, pues descubrió un extenso depósito de cromo en África del Sur y varias vetas de piedras preciosas en Indochina. Se hizo rico, pero no tuvo tiempo de disfrutarlo. El Kaiser entró en Francia y a él le enviaron al frente occidental a construir fortificaciones.

—Entonces no debió venir a América del Sur hasta después de la guerra.

—No; en el verano de 1916, desembarcó en Georgetown, en la que era entonces Guayana Inglesa. Parece que algún personaje del Tesoro británico concibió la brillante idea de enviar expediciones alrededor del mundo para encontrar y explotar minas de oro con las que financiar la guerra. Sigler fue llamado del frente y enviado al interior de América del Sur.

—¿Crees que conocía la historia del monje? —preguntó Pitt.

—Nada en sus diarios u otros documentos indica que creyese en una ciudad

perdida. Aquel hombre no era un ilusionado buscador de tesoros. Buscaba minerales en crudo. Los artefactos históricos nunca le habían interesado. ¿Tienes hambre, Dirk?

—Ahora que lo pienso, sí. Me has estafado la cena.

—Hace rato que ha pasado la hora de cenar; pero, si lo pedimos con cortesía, estoy seguro de que en la cocina podrán prepararnos algún tentempié.

O'Meara llamó a la camarera y, después de exponer su caso, la persuadió de que les sirviera una fuente de gambas con salsa cóctel.

—Me vendrán muy bien —dijo Pitt.

—Yo estaría comiendo de esos diablillos durante todo el día —convino O'Meara—. Y ahora, ¿dónde estábamos?

—Sigler estaba a punto de encontrar La Dorada.

—Ah, sí. Después de formar un grupo de veinte hombres, en su mayoría soldados británicos, Sigler se introdujo en la selva inexplorada. Durante meses, nada se supo de ellos. Los ingleses empezaron a presentir un desastre y enviaron varias patrullas en su busca, pero no encontraron rastro de los desaparecidos. Por fin, casi dos años más tarde, una expedición americana, que estudiaba el terreno para instalar una vía férrea, tropezó con Sigler a quinientas millas al nordeste de Río de Janeiro. Estaba solo; era el único superviviente.

—Parece una distancia increíble desde la Guayana Inglesa.

—Casi dos mil millas de su punto de partida, a vuelo de pájaro.

—¿En qué condiciones estaba?

—Más muerto que vivo, según los ingenieros que le encontraron. Llevaron a Sigler a un pueblo donde había un pequeño hospital y enviaron un mensaje al Consulado de los Estados Unidos más próximo. Unas semanas más tarde llegó un equipo de socorro de Río.

—¿Americanos o ingleses?

—Aquí hay una cosa rara —respondió O'Meara—. El Consulado británico declaró que nunca se le había notificado la reaparición de Sigler. Según rumores, el propio cónsul general americano se presentó para interrogarle. Pasara lo que pasase, Sigler se perdió de vista. Se cuenta que escapó del hospital y volvió a meterse en la selva.

—No parece lógico que volviese la espalda a la civilización después de estar dos años en el infierno —dijo Pitt.

O'Meara se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo?

—¿Hizo Sigler algún relato de su expedición antes de desaparecer? —preguntó Pitt.

—Estuvo delirando casi todo el tiempo. Algunos testigos dijeron después que farfullaba diciendo que había encontrado una gran ciudad rodeada de escarpados

peñascos e invadida por la selva. Su descripción coincidía en muchas cosas con la del monje portugués. También dibujó un tosco esbozo de la mujer de oro, el cual fue conservado por una enfermera y está ahora en la Biblioteca Nacional de Brasil. Yo le eché un vistazo mientras hacía estudios para otro proyecto. El objeto real debe ser algo pasmoso.

—Así pues, permanece enterrada en la selva.

—Aquí está el quid de la cuestión —suspiró O'Meara—. Sigler declaró que él y sus hombres habían robado la estatua y la habían arrastrado durante veinte millas hasta un río, luchando con los indios zanonas durante todo el trayecto. Cuando construyeron una almadía, subieron La Dorada a bordo y se apartaron de la orilla, sólo quedaban tres de los expedicionarios. Más tarde, uno murió de sus lesiones y el otro se perdió en unos rápidos del río.

Pitt estaba fascinado por lo que le contaba O'Meara, pero le costaba mantener los ojos abiertos.

—La cuestión que se plantea es: ¿dónde guardó Sigler la mujer de oro?

—Ojalá lo supiese —respondió O'Meara.

—¿No dio ninguna pista?

—La enfermera creyó que había dicho que la almadía se había partido y la estatua se había hundido en el río a pocos centenares de metros de donde había sido él encontrado. Pero no te hagas ilusiones. Estaba diciendo tonterías. Los buscadores de tesoros han estado arrastrando detectores de metal en aquel río durante años, sin encontrar nada.

Pitt hizo girar los cubitos de hielo en su vaso. Sabía, *sabía* lo que les había ocurrido a Ralph Morehouse Sigler y a La Dorada.

—El cónsul general americano —dijo lentamente—, ¿fue la última persona que vio vivo a Sigler?

—Aquí el rompecabezas se vuelve un poco confuso, pero, por lo que se sabe, la respuesta es: sí.

—Deja que vea si puedo juntar las piezas. Esto ocurrió entre enero y febrero de 1918, ¿no es cierto?

O'Meara asintió con la cabeza y después dirigió a Pitt una mirada extraña.

—Y el cónsul general que murió en el *Cyclops* unas semanas más tarde se llamaba Alfred Gottschalk, ¿no?

—¿Sabes esto? —dijo O'Meara, dibujando en su rostro una expresión de incompreensión.

—Gottschalk se enteró probablemente de la misión de Sigler por medio de su colega en el Consulado británico. Cuando recibió de los que proyectaban la vía férrea el mensaje de que Sigler estaba vivo, se guardó la noticia y se dirigió al interior, esperando entrevistarse con el explorador, anticiparse a los ingleses y dar cualquier

información valiosa a su propio Gobierno. Lo que descubrió debió dar al traste con la poca moral que le quedaba. Gottschalk decidió apoderarse del tesoro en su provecho.

«Encontró la estatua de oro, la sacó del río y la transportó, junto con Sigler, a Río de Janeiro. Borró su pista comprando a todos los que podían hablar de Sigler y, si mi presunción es correcta, matando a los hombres que le ayudaron a recobrar la estatua. Después, valiéndose de su influencia en la Marina, introdujo la estatua y a Sigler clandestinamente en el *Cyclops*. El barco naufragó y el secreto se hundió con él.

Los ojos de O'Meara reflejaron curiosidad e interés.

—Pero *esto* —dijo— no puedes saberlo.

—¿Por qué otra razón podía LeBaron estar buscando lo que creía que era La Dorada?

—Has planteado muy bien la cuestión —confesó O'Meara—. Pero has dejado la puerta abierta a una pregunta difícil de contestar. ¿Por qué no mató Gottschalk a Sigler después de encontrar la estatua? ¿Por qué respetó la vida del inglés?

—Elemental. La fiebre del oro consumía al cónsul general. Quería La Dorada, pero también la ciudad de esmeralda. Sigler era la única persona viva que conocía su emplazamiento y podía llevarle hasta ella.

—Me gusta tu manera de razonar, Dirk. Tu fantástica teoría se merece otro trago.

—Demasiado tarde; han cerrado el bar. Creo que todos están deseando que nos marchemos para poder irse a la cama.

O'Meara fingió una expresión alicaída.

—El estilo de vida primitivo tiene una gran ventaja. No hay reloj, ni hay toque de queda. —Apuró su copa—. Bueno, ¿cuáles son tus planes?

—Nada especialmente complicado —dijo sonriendo Pitt—. Voy a encontrar el *Cyclops*.

El presidente se levantaba temprano; se despertaba a eso de las seis de la mañana y hacía gimnasia durante media hora, antes de ducharse y tomar un desayuno frugal. En una vuelta ritual a los días que siguieron a su luna de miel, bajaba con cuidado de la cama y se vestía sin hacer ruido, mientras su esposa seguía durmiendo. Ésta se acostaba tarde y por nada del mundo se habría levantado antes de las siete y media.

Se puso un traje deportivo y después tomó una pequeña cartera de cuero de un armario del cuarto de estar contiguo. Después de dar a su esposa un beso cariñoso en la mejilla, bajó por la escalera de atrás al gimnasio de la Casa Blanca, debajo de la terraza oeste.

La espaciosa estancia, que contenía muy diversos aparatos de gimnasia, estaba desierta, salvo por un hombre gordo que yacía de espaldas levantando pesas. Cada vez que las levantaba gemía como una mujer dando a luz. Brotaba sudor de su cabeza redonda, cubierta de espesos cabellos de color marfil, cortados al cepillo. La panza era enorme y vellosa, y los brazos y las piernas parecían nudosas ramas de un árbol. Tenía el aspecto de un luchador de feria muy lejos de la flor de su juventud.

—Buenos días, Ira —dijo el presidente—. Me alegro de que hayas podido venir.

El gordo dejó la barra de las pesas en un par de ganchos, se levantó del banco y estrechó la mano del presidente.

—Me alegro de verte, Vince.

El presidente sonrió. Nada de reverencias ni de dar el tratamiento de «señor presidente». El duro y estoico Ira Hagen, musitó. El valiente y viejo agente secreto no se inclinaba ante nadie.

—Espero que no te importe que nos encontremos aquí.

Hagen lanzó una ronca risotada que resonó en las paredes del gimnasio.

—He recibido órdenes en lugares peores.

—¿Cómo marcha el negocio del restaurante?

—Rinde buenos beneficios desde que dejamos la cocina refinada y nos dedicamos a la sencilla comida americana. El costo de la materia prima nos estaba comiendo vivos. Veinte entradas con salsas caras y hierbas eran demasiado. Ahora nos especializamos en sólo cinco platos: jamón, pollo, cazuela de pescado, estofado y empanada de carne.

—No está mal —dijo el presidente—. Yo no he comido una buena empanada de carne desde que era pequeño.

—A nuestros clientes les encanta, especialmente desde que tenemos un buen servicio y un buen ambiente íntimo. Todos mis camareros visten de smoking, hay velas en las mesas, la decoración es excelente y los platos se presentan a la manera europea. Y lo mejor es que los clientes comen más deprisa y las mesas se llenan

varias veces.

—Y con la comida no ganas nada, pero sacas un buen provecho del vino y los licores, ¿eh?

—Vince, eres estupendo. No me importa lo que diga de ti la prensa. Cuando seas un viejo ex político, llámame y montaremos juntos una cadena de bares —dijo Hagen riendo.

—¿Echas de menos la investigación criminal, Ira?

—Algunas veces.

—Eras el mejor agente secreto que tuvo jamás el Departamento de Justicia —dijo el presidente—, hasta que murió Martha.

—Investigar para el Gobierno ya no parece tener importancia. Además, yo tenía tres hijas a las que educar y las exigencias del trabajo me tenían alejado de casa durante semanas seguidas.

—¿Están bien las chicas?

—Muy bien. Como sabes, tus tres sobrinas son felices en sus matrimonios y me han dado cinco nietos.

—Lástima que Martha no pudiese verlos. De mis cuatro hermanas y dos hermanos, era mi predilecta.

—No me has hecho venir aquí desde Denver en un reactor de la Fuerza Aérea sólo para hablarme de los viejos tiempos —dijo Hagen—. ¿Qué sucede?

—¿Has perdido tu olfato?

—¿Te has olvidado tú de montar en bicicleta?

Ahora fue el presidente quien se echó a reír.

—A preguntas necias...

—Los reflejos son un poco más lentos, pero la materia gris sigue rindiendo al ciento por ciento.

El presidente le arrojó la cartera.

—Empápate de esto, mientras yo hago un par de kilómetros en la cinta sinfín.

Hagen se enjugó la sudorosa frente con una toalla y se sentó en la bicicleta fija, amenazando con romperla por su corpulencia. Abrió la cartera de cuero y no interrumpió la lectura de su contenido hasta que el presidente caminó un par de kilómetros.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó al fin el presidente. Hagen se encogió de hombros y siguió leyendo. —Sería un magnífico argumento para un serial televisado. Fondos que no se saben de dónde vienen, un velo de secreto impenetrable, actividades encubiertas en gran escala, una base lunar desconocida. El material que habría entusiasmado a H. G. Wells.

—¿Te imaginas que es una broma pesada?

—Digamos que quiero creer que lo es. ¿Qué contribuyente entusiasta no lo

creería? Hace que nuestro servicio de información parezca compuesto de mutantes sordos y ciegos. Pero si es una broma, ¿cuál es el motivo?

—Salvo que sea un gran plan para estafar al Gobierno, no se me ocurre ninguno.

—Deja que acabe de leer. Esta última parte está escrita a mano.

—Es lo que recuerdo de lo que se dijo en el campo de golf. Disculpa las patas de mosca, pero es que nunca aprendí a escribir a máquina.

Hagen le dirigió una mirada interrogadora.

—¿No has hablado de esto a nadie, ni siquiera a tu consejo de seguridad?

—Tal vez soy paranoico, pero ese tal Joe pasó a través del cordón de mi Servicio Secreto como entra una zorra en un gallinero. Y afirmó que miembros del «círculo privado» están muy bien situados en la NASA y en el Pentágono. Es lógico pensar que se han infiltrado también en las agencias de información y en el personal de la Casa Blanca.

Hagen estudió el informe del presidente sobre la reunión en el campo de golf, retrocediendo en ocasiones para comprobar lo referente a la Jersey Colony. Por último, levantó su cuerpo de la bicicleta, se sentó en un banco y miró al presidente.

—Esta ampliación de un hombre sentado a tu lado en un carrito de golf, ¿es de una fotografía de Joe?

—Sí. Cuando volvíamos a la casa del club, vi a un reportero del *Washington Post* que había estado fotografiando mi juego con una lente telescópica. Le pedí que me hiciese el favor de enviarme una ampliación a la Casa Blanca, para poder regalarla con mi autógrafo al caddy.

—Buena idea. —Hagen estudió atentamente la fotografía y después la dejó a un lado—. ¿Qué quieres que haga, Vince?

—Averigua los nombres del «círculo privado».

—¿Nada más? ¿Ninguna información o prueba sobre el proyecto de Jersey Colony?

—Cuando sepa quiénes son —dijo el presidente, con voz fría—, serán detenidos e interrogados. Entonces sabré hasta dónde llegan sus tentáculos.

—Si quieres saber mi opinión, te diré que daría una medalla a cada uno de esos tipos.

—Tal vez lo haga —respondió el presidente, con una fría sonrisa—. Pero no sin antes impedir que emprendan una sangrienta batalla por la posesión de la Luna.

—Por consiguiente, esto representa una situación esencialmente peliaguda. No puedes confiar en nadie y me contratas para que sea tu agente secreto privado en el campo.

—Sí.

—¿Qué plazo me das?

—La nave espacial rusa tiene que aterrizar en la Luna dentro de nueve días.

Tengo que aprovechar todas las horas de que disponga para evitar una lucha entre sus cosmonautas y nuestros colonos lunares que podría derivar en un conflicto espacial que nadie podría detener. Hay que convencer al «círculo privado» de que se retire. Tengo que tenerlos bajo control, Ira, al menos veinticuatro horas antes de que los rusos alunicen.

—Ocho días no son muchos para encontrar a nueve hombres.

El presidente encogió los hombros en ademán de resignación.

—Sé que no será fácil.

—Un certificado diciendo que soy tu cuñado no será suficiente para que pueda sortear las barreras legales y burocráticas. Necesitaré una buena cobertura.

—Lo dejo en tus manos. Una habilitación Alfa Dos debería abrirte la mayoría de las puertas.

—No está mal —dijo Hagen—. El vicepresidente sólo tiene una Tres.

—Te daré el número de una línea de teléfono secreta. Infórmame de día o de noche. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—¿Alguna pregunta?

—Raymond LeBaron, ¿está vivo o muerto?

—No se sabe. Su esposa se negó a identificar como suyo el cadáver encontrado en el dirigible. Hizo bien. Entonces pedí al director del FBI, Sam Emmett, que se hiciese cargo de los restos que se hallaban en Dade County, Florida. Ahora están siendo examinados en el Walter Reed Army Hospital.

—¿Puedo ver el dictamen del forense del condado?

El presidente sacudió la cabeza con admiración.

—Nunca se te escapa nada, ¿verdad, Ira?

—Evidentemente, tiene que existir.

—Cuidaré de que recibas una copia.

—Y los resultados del laboratorio del Walter Reed.

—También eso.

Hagen guardó los documentos en la cartera, pero no la foto del campo de golf. Estudió las imágenes quizá por cuarta vez.

—Desde luego, te das cuenta de que es posible que Raymond LeBaron no sea encontrado jamás.

—He considerado esta posibilidad.

—Nueve pequeños indios. Y después ocho... y después siete.

—¿Siete?

Hagen puso la foto delante de los ojos del presidente.

—¿No lo reconoces?

—Francamente, no. Pero él dijo que nos habíamos conocido hace muchos años.

—De nuestro equipo de béisbol del Instituto. Tú jugabas de primera base. Yo jugaba en la izquierda, y Leonard Hudson, de catcher.

—¡Hudson! —exclamó el presidente con incredulidad—. ¿Joe es Leo Hudson? Pero Leo era un muchacho gordo. Pesaba al menos cien kilos.

—Se volvió loco por las cuestiones de salud. Perdió treinta kilos y se hizo corredor de maratón. Tú nunca apreciaste mucho a tus compañeros de clase. Yo todavía les sigo la pista. ¿No te acuerdas? Leo era el cerebro del Instituto. Ganó toda clase de premios por sus proyectos científicos. Más tarde se graduó con honores en Stanford y llegó a ser director del Laboratorio Nacional de Física Harvey Pattenden, en Oregón. Inventó cohetes y sistemas espaciales antes de que nadie más trabajase en este campo.

—Tráele, Ira. Hudson es la clave para llegar a los otros.

—Necesitaré una pala.

—¿Quieres decir que está enterrado?

—Muerto y enterrado.

—¿Cuándo?

—En 1965. Un avión ligero se estrelló en el río Columbia.

—Entonces, ¿quién es Joe?

—Leonard Hudson.

—Pero tú dijiste...

—Su cuerpo no fue encontrado nunca. Muy conveniente, ¿en?

—Simuló su muerte —dijo el presidente, sorprendido por la revelación—. El hijo de perra simuló su muerte para poder desaparecer y dedicarse al proyecto de Jersey Colony.

—Una brillante idea, si lo pensamos bien. Nadie ante quien responder. Ninguna posibilidad de ser relacionado con un programa clandestino. Representar el personaje que más le conviniera. Una persona no existente puede conseguir mucho más que el contribuyente común, cuyo nombre, señas y malos hábitos están registrados en mil ordenadores.

Se hizo un silencio; después, el presidente dijo gravemente:

—Encuétralo, Ira. Encuentra a Leonard Hudson y tráemelo antes de que se desencadenen todas las fuerzas del infierno.

El secretario de Estado Douglas Oates examinó a través de sus gafas de lectura la última hoja de una carta de treinta páginas. Estudió atentamente la estructura de cada párrafo, tratando de leer entre líneas. Por fin levantó la cabeza y miró al subsecretario, Victor Wykoff.

—Me parece auténtica.

—Nuestros expertos sobre la materia creen lo mismo —dijo Wykoff—. La semántica, la prolijidad incoherente, las frases sin conexión, todo sigue la pauta

acostumbrada.

—No se puede negar que parece de Fidel —dijo pausadamente Oates—. Sin embargo, el tono de la carta me preocupa. Casi da la impresión de una súplica.

—No lo creo. Parece más bien que está tratando de hacer hincapié en el máximo secreto, en un tono saludablemente apremiante.

—Las consecuencias de su proposición son asombrosas.

—Mi personal le ha estudiado desde todos los puntos de vista —dijo Wykoff—. Castro no tiene nada que ganar con gastarnos una broma pesada.

—Ha dicho que empleó un procedimiento muy tortuoso para hacer llegar el documento a nuestras manos.

Wykoff asintió con la cabeza.

—Aunque parezca una locura, los dos correos que lo entregaron en nuestra oficina de Miami afirman que pasaron de Cuba a los Estados Unidos a bordo de un dirigible.

Las montañas desnudas y las sombrías crestas de los cráteres de la Luna se aparecieron a Anastas Rykov cuando miró a través de las lentes gemelas de un estereoscopio. Ante los ojos del geofísico soviético, el desolado paisaje lunar se desarrolló en tres dimensiones y vivido color. Tomados desde una altura de cincuenta kilómetros, los detalles eran sorprendentemente claros. Piedrecitas solitarias de menos de una pulgada se distinguían perfectamente.

Rykov yacía boca abajo sobre una colchoneta, estudiando el montaje fotográfico que se desarrollaba lentamente en el estereoscopio en dos anchas cintas. El proceso era parecido al de un director de cine realizando una película, aunque más cómodo. Tenía la mano apoyada en una pequeña unidad de control que podía detener las cintas y ampliar la zona que quisiera estudiar.

Las imágenes habían sido recibidas de aparatos perfeccionados de una nave espacial rusa que había circunnavegado la Luna. Dispositivos parecidos a espejos reflejaban la superficie lunar en un prisma que la descomponía en longitudes de onda espectrales en 263 diferentes tonos de gris: a partir del negro en 263 hasta el blanco en cero. Después, el ordenador de la nave espacial los convertía en una serie de elementos fotográficos en una cinta de alta densidad. Después de recibir los datos de la nave espacial en órbita, se imprimía la imagen en blanco y negro sobre un negativo, por medio de un láser, y se filtraba con longitudes de onda azul, roja y verde. Entonces se acentuaba el color por ordenador en dos hojas continuas de papel fotográfico que se superponía para la interpretación estereoscópica.

Rykov se levantó las gafas y se frotó los ojos enrojecidos. Consultó su reloj de pulsera. Faltaban tres minutos para medianoche. Había estado analizando los picachos y los valles de la Luna durante nueve días y nueve noches, sólo dormitando un poco de vez en cuando. Volvió a calarse las gafas y se pasó ambas manos por la espesa mata de grasientos cabellos negros, dándose tristemente cuenta de que no se había bañado ni cambiado de ropa desde el comienzo del proyecto.

Venció su agotamiento y volvió a su trabajo, examinando una pequeña zona de origen volcánico en el lado oculto de la Luna. Solamente quedaban cinco centímetros de rollo fotográfico cuando cesó misteriosamente la imagen. Sus superiores no le habían informado de la causa de aquella súbita interrupción, pero presumió que había sido por mal funcionamiento del aparato explorador.

La superficie aparecía arrugada y llena de hoyos, como una piel picada de viruelas bajo una fuerte lente de aumento, y su color parecía más castaño que gris. El continuo bombardeo de meteoritos a lo largo de las eras había producido cráteres dentro de los cráteres y cicatrices cruzando cicatrices anteriores.

A Rykov casi le pasó por alto. Sus ojos advirtieron algo extraño pero su fatigada

mente no llegó a captar del todo la señal. Fatigosamente, hizo retroceder la imagen y amplió el borde de una empinada cresta que se elevaba desde el fondo de un pequeño cráter. Tres objetos diminutos aparecieron en la imagen.

Lo que vio era increíble. Rykov se apartó del estereoscopio y respiró hondo, para despejar la niebla que invadía su cerebro. Después miró de nuevo.

Todavía estaban allí, pero uno de los objetos era una roca. Los otros dos eran figuras humanas.

Rykov se quedó pasmado por lo que veía. Después empezaron a temblarle las manos y sintió como un nudo en el estómago. Estremecido, se levantó de la colchoneta, se dirigió a una mesa y abrió una libreta que contenía los números privados de teléfono del Mando Espacial Militar Soviético. Se equivocó dos veces antes de conectar con el número correcto.

Una voz enturbiada por el vodka le respondió:

—¿Qué pasa?

—¿El general Maxim Yasenin?

—Sí, ¿quién es?

—Usted no me conoce. Me llamo Anastas Rykov. Soy geofísico del Proyecto Lunar Cosmos.

El jefe de las misiones espaciales militares soviéticas no trató de disimular su irritación por la intrusión de Rykov.

—¿Por qué diablos me llama a esta hora de la noche?

Rykov se dio perfecta cuenta de que se estaba pasando de la raya, pero no vaciló.

—Mientras analizaba imágenes tomadas por el Selenos 4, he encontrado algo que es increíble. Pensé que debía informarle a usted directamente.

—¿Está usted borracho, Rykov?

—No, general. Cansado, pero absolutamente sobrio.

—A menos que esté completamente loco, debe saber que ha cometido una falta grave al saltarse a sus superiores.

—Esto es demasiado importante para comunicarlo a alguien de menos autoridad que usted.

—Duerma y no será tan impertinente por la mañana —dijo Yasenin—. Le haré un favor y olvidaré este asunto. Buenas noches.

—¡Espere! —gritó Rykov, prescindiendo de toda cautela—. Si no atiende mi llamada, no tendré más remedio que comunicar lo que he descubierto a Vladimir Polevoi.

La declaración de Rykov fue recibida con un helado silencio. Por último, dijo Yasenin:

—¿Qué le hace creer que el jefe de seguridad del Estado va a escuchar a un loco?

—Cuando él compruebe mi historial, verá que soy un miembro respetable del

Partido y un científico que está muy lejos de estar loco.

—¿Eh? —dijo Yassenin, ahora más curioso que irritado. Decidió hacer que Rykov concretase más—. Está bien. Le escucho. ¿Qué es eso tan vital para los intereses de la Madre Rusia que no puede seguir los canales establecidos?

Rykov habló pausadamente.

—Tengo pruebas de que hay alguien en la Luna.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, el general Yassenin entró en el laboratorio de análisis fotográfico del Centro Geofísico Espacial. Alto, corpulento y de cara colorada, llevaba un arrugado uniforme lleno de condecoraciones. Sus cabellos eran grises; sus ojos, firmes y duros. Avanzó sin ruido, como acechando a una presa.

—¿Es usted Rykov? —preguntó, sin preámbulos.

—Sí —dijo simplemente Rykov, pero con firmeza.

Se miraron un momento, sin que ninguno de los dos tendiese la mano al otro. Por último, Rykov carraspeó y señaló el estereoscopio.

—Por aquí, general —dijo—. Tenga la bondad de tumbarse en la colchoneta de cuero y mirar por el ocular.

Al colocarse Yassenin sobre el fotomontaje, preguntó:

—¿Qué debo buscar?

—Enfoque la pequeña zona que he marcado con un círculo —respondió Rykov.

El general ajustó la lente a su visión y miró hacia abajo, impasible el semblante. Al cabo de un minuto levantó extrañado la cabeza y volvió a inclinarse sobre el estereoscopio. Por fin se levantó despacio y miró a Rykov, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿No es un truco fotográfico? —preguntó tontamente.

—No, general. Lo que ha visto es real. Dos figuras humanas, vistiendo trajes espaciales, están apuntando a Selenos 4 con alguna clase de aparato.

La mente de Yassenin no podía aceptar como cierto lo que sus ojos le decían que era verdad.

—No es imposible. ¿De dónde vienen?

Rykov encogió los hombros.

—No lo sé. Si no son astronautas de los Estados Unidos, sólo pueden ser extraterrestres.

—Yo no creo en cuentos de hadas.

—Pero, ¿cómo podían los americanos lanzar hombres a la Luna sin que se enterasen los medios de comunicación o nuestro servicio secreto?

—Suponga que dejaron hombres y material allí durante el programa Apolo. Esto sería posible.

—Su último alunizaje conocido fue en 1972, con el Apolo 17 —le recordó Rykov—. Ningún ser humano podría sobrevivir en las duras condiciones lunares durante

diecisiete años, sin recibir suministros.

—No puedo pensar en nadie más —insistió Yassenin.

Volvió al estereoscopio y estudió atentamente las figuras humanas que estaban en el cráter. La luz del sol venía de la derecha, proyectando sus sombras hacia la izquierda. Los trajes eran blancos, y pudo distinguir las viseras de un verde oscuro de los cascos. Éstos tenían una forma que le era desconocida. Yassenin pudo observar claramente unas pisadas que se perdían en la sombra negra como el carbón proyectado por el borde del cráter.

—Sé lo que está buscando, general —dijo Rykov—, pero ya he examinado el suelo del cráter y no he encontrado rastro de su nave espacial.

—Tal vez descendieron desde la cima.

—La pared tiene más de mil pies y está cortada a pico.

—No puedo explicármelo —reconoció Yassenin, a media voz.

—Por favor, observe atentamente el aparato que sostienen ambos, apuntando al Selenos 4. Parece una gran cámara fotográfica con un teleobjetivo sumamente largo.

—No —dijo Yassenin—. Ahora ha pisado usted mi terreno. No es una cámara, sino un arma.

—¿Un láser?

—Nada tan avanzado. Me parece que es un sistema de misil manual tierra-aire, de manufactura americana. Un Lariat tipo 40, diría yo. Es guiado electrónicamente y tiene un alcance de diez millas en la Tierra, probablemente mucho más en la rarificada atmósfera de la Luna. Las fuerzas de la OTAN lo pusieron en condiciones de funcionamiento hace unos seis años. Vea en qué para su teoría de los extraterrestres.

Rykov se quedó estupefacto.

—Cada kilogramo de peso es precioso en un vuelo espacial. ¿Por qué llevar algo tan pesado e inútil como un lanzador de cohetes?

—Los hombres del cráter tenían un objetivo. Lo emplearon contra el Selenos 4.

Rykov reflexionó un momento.

—Esto explicaría por qué el dispositivo explorador dejó de funcionar un minuto más tarde. Estaba averiado...

—Alcanzado por un cohete —terminó Yassenin.

—Tuvimos suerte de que emitiese los datos antes de estrellarse —explicó Rykov.

—Lástima que la tripulación fuese menos afortunada.

Rykov miró al general, inseguro de haberle oído bien.

—El Selenos 4 no iba tripulado.

Yassenin sacó una fina pitillera de oro de su guerrera, cogió un cigarrillo y lo encendió con un encendedor fijado en aquélla. Después la guardó de nuevo en un bolsillo del pecho.

—Sí, desde luego, el Selenos 4 *no* llevaba tripulación —afirmó el general.

—Pero usted ha dicho...

—No he dicho nada —dijo Yasenin, sonriendo fríamente.

El mensaje era claro. Rykov apreciaba demasiado su posición para insistir en el tema. Asintió con la cabeza.

—¿Quiere usted un informe sobre lo que hemos visto aquí esta noche? —preguntó Rykov.

—El original, sin sacar ninguna copia, debe estar sobre mi mesa antes de las diez de la mañana. Y, Rykov, es necesario que le recuerde que debe considerar esto como un secreto de Estado de máxima prioridad.

—No hablaré de ello a nadie, salvo a usted, general.

—Muy bien. Podrá llevarse parte del honor de esto.

Rykov no iba a dejar de respirar esperando la recompensa, pero no pudo reprimir una impresión de orgullo por su trabajo.

Yasenin volvió al estereoscopio, atraído por la imagen de los intrusos en la Luna.

—Conque han empezado las fabulosas guerras estelares —murmuró para sí—. Y los americanos han dado el primer golpe.

Pitt rechazó toda idea de almorzar y desenvolvió uno de los paquetes de cereales y fruta que guardaba en su mesa. Colocó el envoltorio sobre una papelera para que cayesen en ella las migajas, y mantuvo fija la atención en una gran carta náutica extendida sobre la mesa. La tendencia de la carta a enroscarse era contrarrestada con un bloc y dos libros sobre naufragios históricos que estaban abiertos en los capítulos correspondientes al *Cyclops*. La carta abarcaba una gran zona del Old Bahama Channel, flanqueada al sur por el archipiélago de Camagüey, un grupo de islas desparramadas frente a la costa de Cuba, y las aguas poco profundas del Great Bahama Bank al norte. En el ángulo superior izquierdo de la carta estaba el Cay Sal Bank, cuya punta sudeste incluía los Anguilla Cays.

Se echó atrás en su silla y tomó un puñado de cereales. Después se inclinó de nuevo sobre la carta, afiló un lápiz y tomó un par de compases de punta seca. Colocando las puntas fijas de los compases sobre la escala impresa al pie de la carta, midió veinte millas náuticas y marcó cuidadosamente con una punta de lápiz la distancia desde la punta de los Anguilla Cays. Después, trazó un corto arco a cincuenta millas al sudeste. Rotuló el punto de arriba con las palabras *Crogan Castle* y el arco inferior con la de *Cyclops* y un signo de interrogación.

En alguna parte por encima del arco es donde se hundió el *Cyclops*, razonó. Presunción lógica dadas la posición del barco maderero al pedir auxilio y la distancia del *Cyclops* expresada en la respuesta.

El único problema era que la pieza del rompecabezas correspondiente a Raymond LeBaron no se acoplaba.

Dada su experiencia en la búsqueda de barcos naufragados, Pitt estaba convencido de que LeBaron había realizado cien veces el mismo ejercicio, aunque fijándose más en las corrientes, y conocido las condiciones atmosféricas en el día del naufragio y la velocidad proyectada del carbonero de la Marina. Pero la conclusión era siempre la misma. El *Cyclops* debió de hundirse en medio del canal bajo 260 brazas de agua o sea a más de 1.460 metros. Una profundidad demasiado grande para que el barco fuera visible, salvo para los peces.

Pitt se retrepó en su silla y contempló fijamente las marcas en la carta. A menos que LeBaron hubiese conseguido una información que nadie más conocía, ¿qué estaba buscando? Ciertamente, no el *Cyclops*, y ciertamente, no desde un dirigible. Una exploración desde la superficie o desde un submarino habría sido más adecuada.

Además, la primera zona de exploración estaba solamente a veinte millas de Cuba. Un lugar muy incómodo para volar en una lenta bolsa de gas. Las lanchas cañoneras de Castro habrían levantado la veda ante una presa tan fácil.

Estaba sentado, sumido en sus reflexiones, mordisqueando cereales y buscando

en el plan de Raymond LeBaron algún detalle que se le hubiese escapado, cuando sonó el intercomunicador sobre su mesa. Apretó un botón:

—¿Sí?

—Sandecker. ¿Puede venir a mi despacho?

—Dentro de cinco minutos, almirante.

—Procure que sean dos.

El almirante James Sandecker era el director de la Agencia Marítima y Submarina Nacional. De poco menos de sesenta años, era un hombre de baja estatura, cuerpo delgado y enjuto, pero duro como el acero. Los cabellos lisos y la barba eran de un rojo fuerte. Fanático de la buena forma física, seguía un régimen estricto de ejercicio. Su carrera naval se distinguía más por la tenacidad y la eficacia que por la táctica de combate. Y aunque no era popular en los círculos sociales de Washington, los políticos le respetaban por su integridad y sus facultades de organizador.

El almirante saludó a Pitt cuando éste entró en su despacho con un breve asentimiento con la cabeza, y después señaló a una mujer que estaba sentada en un sillón de cuero al otro lado de la habitación.

—Dirk, creo que ya conoce a la señora Jessie LeBaron.

Ella levantó la mirada y sonrió, pero era una sonrisa zalamera. Pitt se inclinó ligeramente y le estrechó la mano.

—Lo siento —dijo con indiferencia—, pero preferiría olvidar cómo conocí a la señora LeBaron.

Sandecker frunció el entrecejo.

—¿Hay algo que yo ignore?

—Fue culpa mía —dijo Jessie, mirando a Pitt a los ojos verdes y gélidos—. Fui muy descortés con el señor Pitt la noche pasada., Espero que acepte mis disculpas y olvide mis malos modales.

—No tiene que ser tan ceremoniosa, señora LeBaron. Como somos viejos conocidos no me dará un berrinche si me llama Dirk. En cuanto a perdonarla, ¿cuánto va a costarme?

—Mi intención era contratar *sus* servicios —respondió ella, haciendo caso omiso de la pulla.

Pitt dirigió a Sandecker una mirada de perplejidad.

—Es extraño, pues tenía la rara impresión de que yo trabajaba para la NUMA.

—El almirante Sandecker ha tenido la amabilidad de acceder a darle unos días libres; siempre, desde luego, que usted acepte —dijo ella.

—¿Para hacer qué?

—Buscar a mi marido.

—No hay trato.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Tengo otros planes.

—No quiere trabajar para mí porque soy una mujer. ¿Es eso?

—El sexo no influye para nada en mi decisión. Digamos que no quiero trabajar para alguien a quien no puedo respetar.

Se hizo un silencio embarazoso. Pitt miró al almirante. Éste tenía los labios torcidos en una mueca, pero sus ojos centelleaban ostensiblemente. El viejo bastardo la está gozando, pensó Pitt.

—Me ha juzgado mal, Dirk.

Jessie se había puesto colorada y parecía confusa, pero sus ojos eran duros como el cristal.

—Por favor —dijo Sandecker, levantando ambas manos—. Firmemos una tregua. Sugiero que los dos se reúnan una tarde y discutan el asunto durante la cena.

Pitt y Jessie se miraron largamente. Después, la boca de Pitt se distendió en una amplia y contagiosa sonrisa.

—Por mi parte, de acuerdo, siempre que pague yo la cena.

Jessie tuvo que sonreír también, a su pesar.

—Permítame que tenga un poco de amor propio. ¿Pagamos a medias?

—Está bien.

—Ahora podemos ir al grano —dijo Sandecker, en su tono práctico—. Antes de que entrase usted, Dirk, estábamos discutiendo teorías sobre la desaparición del señor LeBaron.

Pitt miró a Jessie.

—¿No tiene usted la menor duda de que los cadáveres que se encontraron en el dirigible no eran los del señor LeBaron y sus acompañantes?

Jessie sacudió la cabeza.

—No.

—Yo les vi. Era difícil identificarlos.

—El cadáver que estaba en el depósito era más musculoso que Raymond —explicó Jessie—. También llevaba un reloj de pulsera Cartier de imitación. Una de esas copias baratas que fabrican en Taiwán. Yo había regalado a mi marido un costoso reloj auténtico en nuestro primer aniversario de boda.

—Yo he hecho unas cuantas llamadas por mi cuenta —añadió Sandecker—. El forense de Miami confirmó el juicio de Jessie. Las características físicas de los cadáveres no coincidían con las de los tres hombres que tripulaban el *Prosperteer*.

Pitt miró de Sandecker a Jessie LeBaron, dándose cuenta de que se estaba metiendo en algo que habría querido evitar: los embrollos sentimentales que complicaban cualquier proyecto que dependiese de una sólida investigación, un montaje práctico y una organización perfecta.

—Los cuerpos y la ropa cambiados —dijo Pitt—. Joyas auténticas sustituidas por

otras falsas. ¿Se ha formado alguna idea sobre los motivos, señora LeBaron?

—No sé qué pensar.

—¿Sabía que, entre el tiempo en que desapareció el dirigible y el de su reaparición en Key Biscayne, hubo que volver a hinchar con helio las bolsas de gas?

Ella abrió el bolso, sacó un Kleenex y se enjugó deliciosamente la nariz, para hacer algo con las manos.

—Cuando la policía devolvió el *Prosperteer*, el jefe del personal de tierra de mi marido lo inspeccionó minuciosamente. Tengo su informe, si quiere verlo. Es usted muy perspicaz. Descubrió que las bolsas de gas habían sido rellenas. Pero no con helio, sino con hidrógeno.

Pitt la miró, sorprendido.

—¿Con hidrógeno? Éste no ha sido empleado en los dirigibles desde que se incendió el *Hindenburg*.

—No se preocupe —dijo Sandecker—. Las bolsas de gas del *Prosperteer* han sido nuevamente llenadas de helio.

—¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó cautelosamente Pitt.

Sandecker le dirigió una dura mirada.

—Tengo entendido que quiere ir en busca del *Cyclops*.

—No es ningún secreto —respondió Pitt.

—Tendría que hacerlo cuando dispusiera de tiempo y sin personal ni equipo de la NUMA. El Congreso me despellejaría si se enterasen de que he autorizado la busca de un tesoro con fondos del Gobierno.

—Lo sé.

—¿Quiere prestar oídos a otra proposición?

—Le escucho.

—No quiero andarme con rodeos para decirle que me prestará un gran servicio si considera confidencial esta conversación. Si sale a la luz, soy hombre al agua, pero esto es mi problema, ¿no es cierto?

—Si usted lo dice, sí.

—Usted había sido designado para dirigir una exploración del fondo del mar de Bering, cerca de las Aleutianas, el mes próximo. Haré que le substituya Jack Harris, que está trabajando en minas en aguas profundas. Para evitar preguntas o investigaciones ulteriores o jaleos burocráticos, cortaremos sus relaciones con la NUMA. A partir de ahora, estará de permiso hasta que encuentre a Raymond LeBaron.

—Hasta que encuentre a Raymond LeBaron —repitió sarcásticamente Pitt—. Un bonito regalo. La pista se ha enfriado en dos semanas y se enfría más a cada hora que pasa. No tenemos motivos, ni indicios, ni clave alguna para saber por qué desapareció, quién le hizo desaparecer, y cómo. Imposible es decir poco.

—¿Quiere al menos intentarlo? —preguntó Sandecker.

Pitt contempló el entablado de teca del suelo del despacho del almirante, viendo un mar tropical a dos mil millas de distancia. Le disgustaba intervenir en un enigma sin poder intuir al menos una solución aproximada. Sabía que Sandecker estaba convencido de que aceptaría el desafío. Perseguir una cosa desconocida más allá del horizonte era un señuelo que Pitt nunca podía resistir.

—Si me encargo de esto, necesitaré el mejor equipo científico de la NUMA y una embarcación exploradora de primera clase. Recursos y una influencia política que me respalde. Y apoyo militar en caso de conflicto.

—Tengo las manos atadas, Dirk. No puedo ofrecerle nada.

—¿Qué?

—Ya se lo he dicho. La situación exige que la búsqueda se realice con todo el secreto que sea posible. Tendrá que hacerla sin apoyo de la NUMA.

—¿Pero sabe usted lo que está diciendo? —preguntó Pitt—. ¿Espera que yo, un hombre trabajando solo, logre lo que la mitad de la Marina, la Fuerza Aérea y la Guardia Costera no han podido conseguir? ¡Caray! Fueron incapaces de encontrar una aeronave de cincuenta metros de longitud, hasta que se presentó por sí sola. ¿Qué se presume que voy a emplear yo? ¿Una canoa y una varita de zahorí?

—La idea —explicó pacientemente Sandecker— es que siga la última ruta conocida de LeBaron en el *Prosperteer*.

Pitt se dejó caer despacio en el sofá del despacho.

—Es el plan más descabellado que he oído en mi vida —dijo, con incredulidad. Se volvió a Jessie—. ¿Está usted de acuerdo con esto?

—Yo haré todo lo que sea necesario para encontrar a mi marido —dijo serenamente ella.

—Es una majadería —dijo gravemente Pitt. Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro, cruzando y descruzando las manos—. ¿Y por qué tanto secreto? Su marido era un hombre importante, una celebridad, confidente de los ricos y famosos, íntimamente relacionado con altos funcionarios del Gobierno, un gurú financiero para los ejecutivos de las grandes corporaciones. En nombre de Dios, ¿por qué soy yo el único hombre del país que puede ir en su busca?

—Dirk —dijo suavemente Sandecker—, el imperio financiero de Raymond LeBaron afecta a cientos de miles de personas. Precisamente ahora, está en una situación ambigua, porque él figura todavía en la lista de desaparecidos. No puede demostrarse que esté vivo ni que esté muerto. El Gobierno ha suspendido la búsqueda, porque se han gastado más de cinco millones de dólares en equipos militares de rescate, sin que se haya averiguado nada, sin que se haya encontrado un indicio de dónde pudo desaparecer. Los congresistas atentos al presupuesto rugirán pidiendo cabelleras si se gasta más dinero del Gobierno en otro esfuerzo inútil.

—¿Y qué me dice del sector privado y de los asociados comerciales del propio LeBaron?

—Muchos magnates de los negocios respetaban a LeBaron, pero la mayoría de ellos fueron zaheridos por éste en alguna ocasión en sus editoriales. No se gastarían un centavo ni se apartarían ni un paso de su camino para buscarle. En cuanto a los hombres que le rodean, tienen más que ganar con su muerte.

—Lo mismo que Jessie, aquí presente —dijo Pitt, mirándola.

Ella sonrió débilmente.

—No puedo negarlo. Pero la mayor parte de su fortuna irá a parar a obras de caridad y a otros miembros de la familia. Sin embargo, me corresponde una importante herencia.

—Usted debe tener un yate, señora LeBaron. ¿Por qué no reúne un equipo de investigadores por su cuenta y buscan a su marido?

—Hay razones, Dirk, que me impiden realizar una acción así, que tendría gran publicidad. Unas razones que a usted no le incumben. El almirante y yo creemos que hay una posibilidad, aunque sea remota, de que tres personas puedan repetir sin ruido el vuelo del *Prosperteer* en las mismas condiciones y descubrir lo que le ocurrió a Raymond.

—¿Por qué tomarnos este trabajo? —preguntó Pitt—. Todas las islas y arrecifes en el radio que podía alcanzar el dirigible fueron examinados en la investigación inicial. Yo sólo podría hacer la misma ruta.

—Pudo pasarles algo por alto.

—¿Tal vez Cuba?

Sandecker sacudió la cabeza.

—Castro habría denunciado que LeBaron había volado sobre territorio cubano siguiendo instrucciones de la CÍA y habría pregonado la captura del dirigible. No; tiene que haber otra respuesta.

Pitt se dirigió a la ventana del rincón y contempló con nostalgia una flota de pequeños veleros que celebraban una regata en el río Anacostia. Las velas blancas resplandecían sobre el agua verde oscura mientras se dirigían a las boyas.

—¿Cómo sabremos dónde concentrar nuestra atención? —preguntó, sin volverse—. Tenemos ante nosotros una zona a investigar de mil kilómetros cuadrados. Tardaríamos semanas en cubrirla eficazmente.

—Yo tengo todas las cartas y notas de mi marido —dijo Jessie.

—¿Las dejó él antes de partir?

—No; fueron encontradas en el dirigible.

Pitt observó en silencio los veleros, con los brazos cruzados sobre el pecho. Trataba de sondear los motivos, de penetrar en la intriga, de buscar garantías. Trataba de distinguir todo esto y ordenarlo en su mente.

—¿Cuándo partimos? —preguntó al fin.

—Mañana al amanecer —respondió Sandecker.

—¿Insisten todavía los dos en que yo dirija la expedición?

—Así es —dijo llanamente Jessie.

—Quiero dos hombres experimentados para formar mi tripulación. Ambos pertenecientes a la NUMA. Es condición indispensable

La cara de Sandecker se nubló.

—Ya le he explicado...

—Ha conseguido la Luna, almirante, y ahora pide Marte. Hace demasiado tiempo que somos amigos para que no sepa que nunca trabajo sobre bases equívocas. Dé también permiso para ausentarse a los dos hombres que necesito. Hágalo como mejor le parezca.

Sandecker no estaba irritado. Ni siquiera contrariado. Si había un hombre en el país capaz de realizar lo inconcebible, éste era Pitt. El almirante no tenía más cartas que jugar; por consiguiente se rindió.

—Está bien —dijo a media voz—. Los tendrá.

—Hay otra cosa.

—¿Y es? —preguntó Sandecker.

Pitt se volvió, con una fría sonrisa. Miró de Jessie al almirante. Después se encogió de hombros y dijo:

—No he pilotado nunca un dirigible.

—Me parece que está usted tramando algo a mis espaldas —dijo Sam Emmett, jefe del Federal Bureau of Investigation, que no tenía pelos en la lengua.

El presidente le miró por encima de su mesa en el Salón Oval y sonrió con benevolencia.

—Tiene usted toda la razón, Sam; estoy haciendo exactamente eso.

—Su franqueza le honra.

—No se incomode, Sam. Esto no quiere decir en modo alguno que esté descontento de usted o del FBI.

—Entonces, ¿por qué no puede decirme de qué se trata? —preguntó Emmett, dominado por su indignación.

—En primer lugar, es sobre un asunto de política extranjera.

—¿Ha sido consultado Martin Brogan, de la CÍA?

—No se le ha dicho nada a Martin. Le doy mi palabra.

—¿Y en segundo lugar?

El presidente no estaba dispuesto a dejarse presionar.

—Eso es asunto mío.

Emmett se puso tenso.

—Si el presidente desea mi dimisión...

—No deseo nada de eso —le interrumpió el presidente—. Usted es el hombre más capacitado para dirigir el FBI. Ha realizado un magnífico trabajo, y yo he sido siempre uno de sus más firmes apoyos. Sin embargo, si quiere hacer los bártulos y marcharse a casa, porque cree que su vanidad ha sido ofendida, es muy libre de hacerlo. Me demostrará que le había juzgado mal.

—Pero si usted no confía...

—Espere un momento, Sam. No digamos nada de lo que podamos arrepentimos mañana. No estoy poniendo en tela de juicio su lealtad ni su integridad. Nadie va a herirle por la espalda. No estamos hablando de crímenes ni de espionaje. Este asunto no concierne directamente al FBI ni a ninguna de las agencias de información. Lo cierto es que es usted quien debe confiar en mí, al menos durante la próxima semana. ¿Lo hará?

El amor propio de Emmett se apaciguó temporalmente. Se encogió de hombros y dijo:

—Usted gana, señor presidente. Dejemos las cosas como están. Haré lo que usted diga.

El presidente suspiró profundamente.

—Le prometo que no le defraudaré, Sam.

—Se lo agradezco.

—Bien. Ahora empecemos por el principio. ¿Qué han descubierto sobre los cadáveres de Florida?

La expresión de incomodidad se borró del semblante de Emmett, que se relajó visiblemente. Abrió su cartera y entregó al presidente una carpeta de cuero.

—Aquí hay un informe detallado del laboratorio de patología del Walter Reed. Su examen fue muy valioso y nos sirvió para la identificación de los cuerpos.

El presidente le miró, sorprendido.

—¿Los han identificado?

—Fue el análisis de la pasta *borscht* lo que nos dio la pista.

—¿*Borscht*?

—¿Recuerda que el forense de Dade County determinó como causa de la muerte la hipotermia, o congelación?

—Sí.

—Bueno, la pasta *borscht* es un excelente complemento de la dieta de los cosmonautas rusos. Los tres cadáveres tenían lleno el estómago de esta sustancia.

—¿Me está diciendo que Raymond LeBaron y sus acompañantes fueron cambiados por tres cosmonautas soviéticos muertos?

Emmett asintió con la cabeza.

—Incluso pudimos saber su nombre, gracias a un desertor, un antiguo médico que trabajó en el programa espacial ruso. Los había examinado en varias ocasiones.

—¿Cuándo desertó?

—Se pasó a nuestro bando en agosto del 87.

—Hace un poco más de dos años.

—Exacto —reconoció Emmett—. Los nombres de los cosmonautas encontrados en el dirigible de LeBaron son: Sergei Zochenko, Alexander Yudenich e Ivan Ronsky. Yudenich era un novato, pero Zochenko y Ronsky eran ambos veteranos, con dos viajes espaciales cada uno.

—Daría mi salario de un año por saber cómo fueron a parar a aquel maldito dirigible.

—Por desgracia, no averiguamos nada concerniente a esta parte del misterio. En este momento, los únicos rusos que circunnavegan la Tierra son cuatro cosmonautas a bordo de la estación espacial Salyut 9. Pero los de la NASA, que siguen su vuelo, dicen que gozan todos ellos de buena salud.

El presidente asintió con la cabeza.

—Esto elimina a cualquier cosmonauta soviético en vuelo espacial y nos deja solamente a los que estaban en tierra.

—Esto es lo más extraño —siguió diciendo Emmett—. Según los patólogos forenses del hospital Walter Reed, los tres hombres a quienes examinaron murieron congelados probablemente cuando estaban en el espacio.

El presidente arqueó las cejas.

—¿Pueden demostrarlo?

—No, pero dicen que varios factores apuntan en esta dirección, empezando por la pasta *borscht* y el análisis de otros alimentos condensamos que se sabe que consumen los soviéticos durante los viajes espaciales. También encontraron señales fisiológicas evidentes de que aquellos hombres habían respirado aire con una elevada proporción de oxígeno y pasado un tiempo considerable en estado de ingravidez.

—No sería la primera vez que los soviéticos han lanzado hombres al espacio y no han podido recuperarlos. Podrían haber estado allá arriba durante años y caído a la Tierra hace unas pocas semanas al reducirse su órbita.

—Yo sólo conozco dos casos en que los soviéticos sufrieron accidentes fatales —dijo Emmett—. El cosmonauta cuya nave se enredó con los hilos del paracaídas y se estrelló en Siberia a ochocientos kilómetros por hora. Y tres tripulantes de un Soyuz que murieron al escaparse el oxígeno por una ventanilla defectuosa.

—Ésas son las catástrofes que no pudieron encubrir —dijo el presidente—. La CÍA ha registrado al menos treinta muertes de cosmonautas desde que empezaron sus misiones espaciales, Nueve de ellos están todavía allá arriba rodando en el espacio. Nosotros no podemos anunciarlo, porque restaría eficacia a nuestras fuentes de información.

—Lo sabemos, pero ellos no saben que lo sabemos.

—Exactamente.

—Lo cual nos lleva de nuevo a los tres cosmonautas que yacen aquí, en Washington —dijo Emmett, sujetando la cartera sobre sus rodillas.

—Y a un montón de preguntas, empezando por ésta: ¿de dónde vinieron?

—Yo hice algunas averiguaciones en el Centro de Defensa Aeroespacial. Sus técnicos dicen que las únicas naves espaciales que han lanzado los rusos, lo bastante grandes para ser tripuladas, además de sus estaciones en órbita, son las sondas lunares Selenos.

Al oír la palabra «lunares», algo centelleó en la mente del presidente.

—¿Qué me dice de las sondas Selenos?

—Se lanzaron tres y ninguna regresó. Los de Defensa pensaron que era muy raro que los soviéticos fallasen tres veces seguidas en vuelos en órbita de la Luna.

—¿Cree que eran tripuladas?

—Ciertamente —dijo Emmett—. Los soviéticos son maestros en el engaño. Como ha sugerido usted, casi nunca confiesan un fracaso en el espacio. Y mantener secretas las operaciones para un próximo alunizaje era estrictamente normal en ellos.

—Bien. Si aceptamos la teoría de que los tres cuerpos procedían de una de las naves espaciales Selenos, ¿dónde aterrizó ésta? Ciertamente no por su rumbo acostumbrado, de regreso a la Tierra, sobre las estepas de Kazakhstán.

—Yo presumo que sería en algún lugar de o alrededor de Cuba.

—Cuba —el presidente pronunció despacio las dos sílabas. Después sacudió la cabeza—. Los rusos no permitirían jamás que sus héroes nacionales, vivos o muertos, fuesen empleados para algún fantástico plan secreto.

—Tal vez no lo saben.

El presidente miró a Emmett.

—¿Que no lo saben?

—Digamos, como hipótesis, que su nave espacial funcionó mal y cayó en o cerca de Cuba. Aproximadamente al mismo tiempo, aparecen Raymond LeBaron y su dirigible buscando un barco que llevaba un tesoro, y son capturados. Entonces, por alguna razón desconocida, los cubanos cambian a LeBaron y sus compañeros por los cadáveres de los cosmonautas y envían el dirigible hacia Florida.

—¿Se da cuenta de lo ridículo que parece todo esto?

Emmett se echó a reír.

—Desde luego, pero considerando lo que sabemos, es lo mejor que podemos imaginar.

El presidente se echó atrás en su sillón y contempló el adornado techo.

—Mire, puede que haya dado con un filón.

Una expresión perpleja se pintó en el semblante de Emmett.

—¿Cómo es eso?

—Consideremos el asunto. Supongamos, sólo supongamos, que Fidel Castro está tratando de decirnos algo.

—Elegió una manera muy rara de enviarnos una señal.

El presidente tomó una pluma y empezó a garabatear en un bloc.

—A Fidel nunca le han gustado las sutilezas diplomáticas.

—¿Quiere que continúe la investigación? —preguntó Emmett.

—No —respondió rotundamente el presidente.

—¿Insiste en mantener a oscuras al FBI?

—No es un asunto interior de competencia del Departamento de Justicia, Sam. Le agradezco su ayuda, pero ya la ha llevado lo más lejos que podía.

Emmett cerró su carpeta y se puso en pie.

—¿Puedo hacerle una pregunta delicada?

—Hágala.

—Ahora que hemos establecido la posibilidad, por remota que sea, de un secuestro de Raymond LeBaron por cubanos, ¿por qué se guarda la información el presidente de los Estados Unidos y prohíbe que sus agencias investigadoras sigan la pista?

—Una buena pregunta, Sam. Tal vez dentro de pocos días sabremos ambos la respuesta.

Momentos después de haber salido Emmett del Salón Oval, el presidente se volvió en su sillón giratorio y miró por la ventana. Tenía la boca seca y el sudor empapaba sus axilas. Le había asaltado el presentimiento de que había una relación entre la Jersey Colony y el desastre de la sonda lunar soviética.

Ira Hagen detuvo su coche alquilado ante la puerta de seguridad y mostró un documento de identidad oficial. El guardia hizo una llamada telefónica al centro de visitantes del Laboratorio Nacional de Física Harvey Pattendon y después indicó a Hagen que podía pasar.

Éste subió por el paseo y encontró un espacio vacío en una amplia zona de aparcamiento llena de coches. En el jardín que rodeaba el laboratorio había bosquecillos de pinos y rocas musgosas plantadas en medio de ondulados montículos herbosos. El edificio era típico de los centros tecnológicos que habían crecido como hongos en todo el país. Arquitectura contemporánea, con mucho cristal y paredes de ladrillo de esquinas redondeadas.

Una atractiva recepcionista, sentada detrás de una mesa en forma de herradura, levantó la cabeza y sonrió al verle entrar en el vestíbulo.

—¿En qué puedo servirle?

—Soy Thomas Judge y deseo ver al doctor Mooney.

Ella cumplió una vez más la rutina del teléfono y asintió con la cabeza.

—Sí, señor Judge. Tenga la bondad de entrar en el centro de seguridad, a mi espalda. Ellos le acompañarán desde allí.

—Antes de entrar, ¿me puede indicar dónde está el lavabo, por favor?

—Desde luego —dijo ella, señalando—. La puerta de la derecha, debajo del mural.

Hagen le dio las gracias y pasó por debajo de una enorme pintura de una nave espacial futurista volando entre dos planetas de un verdeazul espectral. Entró en un excusado, cerró la puerta y se sentó en el water. Abriendo una cartera, sacó un bloc de papel amarillo oficial y lo abrió por la mitad. Después, escribiendo en la parte de arriba del dorso de una hoja, tomó una serie de enigmáticas notas y dibujó unos esquemas sobre los sistemas de seguridad que había observado desde que había entrado en el edificio. Un buen agente secreto no pondría nunca nada por escrito, pero Hagen podía permitírselo, sabiendo que el presidente saldría fiador de él si era descubierto.

Pocos minutos más tarde, salió del lavabo y entró en una habitación encristalada donde había cuatro guardias uniformados, que observaban una serie de veinte pantallas de televisión instaladas en una misma pared. Uno de los guardias se levantó de una consola y se acercó a la ventanilla.

—¿Señor?

—Tengo una cita con el doctor Mooney.

El guardia repasó una lista de visitantes.

—Sí, señor; usted debe ser Thomas Judge. Por favor, ¿puede mostrarme algún

documento de identidad?

Hagen le mostró su permiso de conducir y su tarjeta de identidad. Entonces, el guardia le pidió cortésmente que abriese la cartera. Después de un rápido examen, le indicó en silencio que cerrase la cartera, le pidió que firmase en una hoja de «entrada y salida» y le dio una tarjeta de plástico para que la prendiese en el bolsillo superior de su chaqueta.

—El despacho del doctor Mooney está al fondo de aquel pasillo.

Ya en el corredor, Hagen se detuvo para ponerse las gafas y mirar dos placas de bronce que había en la pared. Cada una de ellas tenía el perfil en relieve de un hombre. Una estaba dedicada al Dr. Harvey Pattenden, fundador del laboratorio, y daba una breve descripción de sus logros en el campo de la física. Pero fue la otra placa la que intrigó a Hagen. Decía así:

A la memoria del Dr. Leonard Hudson

1926-1965

Su genio creador inspiró

a todos los que le siguieron.

No muy original, pensó Hagen. Pero tenía que reconocer el mérito de Hudson al representar el papel de muerto hasta en el último detalle.

Entró en la antesala y sonrió afectuosamente a la secretaria, una afectada mujer entrada en años que vestía un traje azul marino de corte varonil.

—Señor Judge —dijo—, tenga la bondad de entrar. El doctor Mooney le está esperando.

—Gracias.

Eral J. Mooney tenía treinta y seis años, más joven de lo que había presumido Hagen al estudiar una ficha con el historial del doctor. Sus antecedentes se parecían extraordinariamente a los de Hudson; la misma inteligencia brillante, las mismas brillantes calificaciones académicas, incluso la misma universidad. Un muchacho gordo que había adelgazado y se había convertido en director del Laboratorio Pattenden. Tenía los ojos verdes bajo las tupidas cejas y sobre un bigote a lo Pancho Villa. Descuidadamente vestido con un suéter blanco y unos pantalones vaqueros azules, parecía estar muy lejos del rigor intelectual.

Salió de detrás de la mesa, llena de papeles, libretas y botellas vacías de Pepsi y estrechó la mano de Hagen.

—Siéntese, señor Judge, y dígame en qué puedo servirle.

Hagen se sentó en una silla y dijo:

—Como ya le indiqué por teléfono, pertenezco a la Oficina General de Cuentas, y una comisión del Congreso nos ha pedido que revisemos sus sistemas de contabilidad y sus gastos de investigación.

—¿Quién ha sido el congresista que ha hecho la petición?

—El senador Henry Kaltenbach.

—Espero que no crea que el Laboratorio Pattenden está comprometido en algún fraude —dijo Mooney, a la defensiva.

—En absoluto. Pero ya conoce la fama que tiene el senador de perseguidor del mal empleo de fondos del Gobierno. Su caza de brujas fue una buena propaganda en su campaña electoral. Confidencialmente, le diré que muchos de nosotros quisiéramos que se cayese en un pozo y dejase de enviarnos a perseguir fantasmas. Sin embargo, debo reconocer, para ser justo con el senador, que *hemos* encontrado discrepancias en otros depósitos de cerebros.

Mooney se apresuró a corregirle.

—Preferimos considerarnos un centro de investigación.

—Desde luego. De todos modos, sólo inspeccionamos algunas partidas al azar.

—Debe comprender que nuestro trabajo es sumamente secreto.

—El diseño de cohetes nucleares y de armas nucleares perfeccionadas cuyo poder se centra en estrechas radiaciones que viajan a la velocidad de la luz y pueden destruir objetivos en el espacio exterior.

Mooney miró curiosamente a Hagen.

—Está usted muy bien informado. Hagen se encogió de hombros.

—Es una descripción muy general que me hizo mi superior.

Yo soy contable, doctor, no físico. Mi mente no puede funcionar en el campo de las cosas abstractas. En el Instituto, me catearon en cálculo. Sus secretos no corren peligro. Mi trabajo es ayudar a que el contribuyente vea recompensado su dinero con los programas sufragados por el Gobierno.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con su interventor y con empleados de administración. También con el personal que cuida de los registros financieros. Mi equipo de inspección llegará de Washington dentro de dos semanas. Me agradecería que pudiéramos hablar en algún lugar reservado, preferiblemente cerca de donde se guardan los registros.

—Tendrá toda nuestra colaboración. Naturalmente, deberé tener garantías de seguridad en lo que respecta a usted y a su equipo.

—Naturalmente.

—Le acompañaré y le presentaré a nuestro personal de intervención y contabilidad.

—Otra cosa —dijo Hagen—. ¿Permiten horas extraordinarias?

Mooney sonrió.

—A diferencia de los oficinistas que trabajan de nueve a cinco, los físicos y los ingenieros no tenemos un horario fijo. Muchos de nosotros trabajamos todo el día.

Con frecuencia, yo lo he hecho treinta horas seguidas. También ayuda a escalonar el tiempo en nuestros ordenadores.

—¿Sería posible que hiciese una pequeña comprobación preliminar desde ahora hasta, digamos, las diez de esta noche?

—No creo que haya nada que lo impida —dijo amablemente Mooney—. Tenemos una cafetería abierta toda la noche en la planta baja, por si quiere tomar un bocado. Y siempre encontrará un guardia que le indique las direcciones.

—Y que me mantenga lejos de las zonas secretas —dijo Hagen, echándose a reír.

—Estoy seguro de que conoce las normas de seguridad.

—Cierto —reconoció Hagen—. Sería rico si tuviese diez centavos por cada hora que he pasado haciendo auditorías en diferentes departamentos del Pentágono.

—Si quiere acompañarme... —dijo Mooney, dirigiéndose a la puerta.

—Sólo por curiosidad —dijo Hagen, sin levantarse de la silla—. He oído hablar de Harvey Pattenden. Creo que trabajó con Robert Goodard.

—Sí, el doctor Pattenden inventó varios de nuestros primeros cohetes.

—Pero no conozco a Leonard Hudson.

—Un hombre muy brillante —dijo Mooney—. Fue el precursor: diseñó la mayoría de nuestras naves espaciales años antes de que fuesen construidas y enviadas. Si no hubiese muerto en la flor de su juventud, es imposible saber lo que habría logrado.

—¿Cómo murió?

—En un accidente de una avioneta. Volaba para asistir a un seminario en Seattle con el doctor Gunnar Eriksen cuando su avión estalló en el aire y cayó al río Columbia.

—¿Quién era Eriksen?

—Un gran pensador. Tal vez el más brillante astrofísico que haya producido nunca el país.

Un ligero timbre de alarma sonó en la mente de Hagen.

—¿Tenía alguna especialización concreta?

—Sí, la morfología sinóptica geolunar para una población industrializada.

—¿Podría traducírmelo?

—Desde luego —Mooney se echó a reír—. Eriksen estaba obsesionado por la idea de establecer una colonia en la Luna.

Al mismo tiempo, las dos de la mañana hora de Moscú, cuatro hombres estaban agrupados alrededor de una chimenea que calentaba un saloncito en el interior del Kremlin. La habitación estaba débilmente iluminada, y el ambiente, cargado. El humo de los cigarrillos se mezclaba con el de un solo cigarro.

El presidente soviético, Georgi Antonov, contemplaba pensativamente las ondulantes llamas. Después de una cena ligera, se había quitado la chaqueta y la había sustituido por un viejo suéter de pescador. Se había descalzado, conservando los calcetines, y apoyaba los pies en una otomana bordada.

Vladimir Polevoi, jefe del Comité de Seguridad del Estado, y Sergei Kornilov, jefe del programa espacial soviético, vestían trajes oscuros de lana, hechos a medida en Londres, mientras el general Yasin lucía su uniforme lleno de medallas.

Polevoi dejó el informe y las fotografías sobre una mesa baja y sacudió, perplejo, la cabeza.

—No sé cómo pudieron hacer esto en el más absoluto secreto.

—Un adelanto tan extraordinario parece inconcebible —convino Kornilov—. Yo no lo creeré hasta que vea más pruebas.

—La prueba evidente está en las fotografías —dijo Yasin—. El informe de Rykov no deja lugar a dudas. Estudien los detalles. Las dos figuras plantadas en la Luna son reales. No es una ilusión proyectada por las sombras o creada por un defecto del sistema de exploración. Existen.

—Los trajes espaciales son distintos de los empleados por los astronautas americanos —replicó Kornilov—. Los cascos son también diferentes.

—No discutiré sobre minucias —dijo Yasin—. Pero el arma que llevan en las manos es inconfundible. Puedo identificarla sin la menor duda como un lanzador de misiles tierra-aire, de fabricación americana.

—Entonces, ¿dónde está su nave espacial? —insistió Kornilov—. ¿Dónde está su vehículo lunar? No pudieron materializarse sin venir de ninguna parte.

—Comparto sus dudas —dijo Polevoi—. Es absolutamente imposible que los americanos pusiesen hombres y suministros en la Luna sin que se enterase nuestra red de información. Nuestras estaciones de seguimiento habrían detectado cualquier movimiento extraño en el espacio.

—Todavía más extraño —dijo Antonov— es por qué no han anunciado nunca los americanos una hazaña tan extraordinaria. ¿Qué ganan con mantenerla en secreto?

Kornilov asintió ligeramente con la cabeza.

—Mayor razón para poner en tela de juicio el informe de Rykov.

—Olvidan ustedes un hecho importante —dijo Yasin en tono pausado—. El Selenos 4 desapareció inmediatamente después de grabar las figuras en las

fotografías. Yo digo que nuestra sonda espacial fue dañada por el fuego del cohete que penetró en el casco, anuló la presión de la cápsula y mató a nuestros cosmonautas.

Polevoi le miró, sorprendido.

—¿Qué cosmonautas?

Yasenin y Kornilov intercambiaron miradas perplejas.

—Hay algunas cosas que ni siquiera son conocidas por la KGB —dijo el general.

Polevoi miró fijamente a Kornilov.

—¿Selenos 4 era una sonda tripulada?

—Lo mismo que Selenos 5 y 6. Cada nave llevaba tres hombres a bordo.

Se volvió a Antonov, que fumaba tranquilamente un cigarro habano.

—¿Lo sabía usted?

Antonov asintió con la cabeza.

—Sí, me informaron. Pero debe recordar, Vladimir, que no todos los asuntos referentes al espacio son de incumbencia de la seguridad del Estado.

—Ninguno de ustedes dudó ni un instante en acudir a mí cuando su preciosa sonda lunar cayó y desapareció en las Indias Occidentales —dijo, irritado, Polevoi.

—Una circunstancia imprevista —explicó pacientemente Yasenin—. Después de su viaje a la Luna, no pudo establecerse control para el regreso de Selenos 4 a la atmósfera. Los ingenieros de nuestro mando espacial la dieron por perdida como sonda lunar. Después de estar en órbita casi un año y medio, se hizo otro intento para establecer el control. Esta vez los sistemas de guía respondieron, pero la maniobra de regreso tuvo solamente un éxito parcial. Selenos 4 cayó a diez mil millas de su zona de aterrizaje. Era imperativo mantener secretas las muertes de nuestros héroes cosmonautas. Naturalmente, se requirieron los servicios de la KGB.

—¿Cuántos son en total los cosmonautas perdidos? —preguntó Polevoi.

—Hay que hacer sacrificios para asegurar el destino soviético —murmuró filosóficamente Antonov.

—Y encubrir los fallos de nuestro programa espacial —dijo Polevoi.

—No discutamos —dijo Antonov—. Selenos 4 prestó un gran servicio antes de caer en el mar Caribe.

—Donde todavía no ha sido encontrado —añadió Polevoi.

—Cierto —dijo Yasenin—. Pero obtuvimos los datos de la superficie lunar. Ése era el objetivo principal de la misión.

—¿Cree usted que los sistemas americanos de vigilancia espacial siguieron su descenso y señalaron el lugar de su caída? Si se propusieron rescatar Selenos 4, deben tenerlo ya oculto en sitio seguro.

—Desde luego que siguieron la trayectoria de descenso —dijo Yasenin—. Pero sus analistas del servicio de información no tenían motivos para creer que Selenos 4

fuese algo más que una sonda espacial científica, programada para caer en aguas cubanas.

—Hay un fallo en su cuidadosa argumentación —dijo Polevoi—. Las fuerzas de rescate de los Estados Unidos realizaron una búsqueda exhaustiva por aire y por mar del desaparecido capitalista Raymond LeBaron en la misma zona general donde sólo pocos días antes había caído Selenos 4. Tengo la fuerte sospecha de que esta búsqueda es un pretexto para encontrar y recoger nuestra nave espacial.

—He leído su informe y su análisis sobre la desaparición de LeBaron —dijo Kornilov—. No estoy de acuerdo con su conclusión. No he visto en parte alguna que realizasen una búsqueda submarina. La misión de rescate fue pronto abandonada. LeBaron y sus compañeros todavía figuran como desaparecidos en la prensa americana y se presume que están muertos. Aquel suceso fue pura coincidencia.

—Entonces, todos estamos de acuerdo en que Selenos 4 y sus cosmonautas yacen en alguna parte del fondo del mar —Antonov hizo una pausa para expeler un anillo de humo—. La cuestión con que nos enfrentamos ahora es: ¿reconocemos la probabilidad de que los americanos hayan establecido una base en la Luna? Y si es así, ¿qué tenemos que hacer?

—Yo creo que la probabilidad existe —aseguró Yasenín, con convicción.

—No podemos ignorar la posibilidad —concedió Polevoi.

Antonov miró fijamente a Kornilov.

—¿Qué dice usted, Sergei?

—Selenos 8, nuestra primera nave lunar tripulada que debe alunizar, tiene fijado su lanzamiento para dentro de siete días —respondió lentamente Kornilov—. No podemos anular la misión, como hicimos cuando se nos adelantaron los americanos con su programa Apolo. Como nuestros líderes no consideraron glorioso que fuésemos la segunda nación que pusiera hombres en la Luna, metimos el rabo entre las patas y abandonamos. Fue un gran error colocar la ideología política por encima de los logros científicos. Ahora tenemos un vehículo pesado capaz de colocar toda una estación espacial, con una tripulación de ocho hombres, sobre suelo lunar. Los beneficios, en términos de propaganda y de ventajas militares, son inconmensurables. Si nuestra meta última es conseguir una ventaja permanente en el espacio y llegar antes que los americanos a Marte, debemos seguir adelante. Propongo programar los sistemas de guía de Selenos 8 de manera que alunice a poca distancia del lugar donde se hallaban los astronautas en el cráter, y que nuestros hombres los eliminen.

—Estoy totalmente de acuerdo con Kornilov —dijo Yasenín—. Los hechos hablan por sí solos. Los americanos han emprendido activamente una agresión imperialista en el espacio. Las fotografías que hemos estudiado demuestran que han destruido ya una de nuestras naves espaciales y asesinado a su tripulación. Y estoy convencido de que los cosmonautas de Selenos 5 y 6 tuvieron el mismo fin. Los

americanos han extendido sus planes imperialistas hasta la Luna, para reclamarla como propia. La prueba es inequívoca. Nuestros cosmonautas serán atacados y asesinados cuando intenten plantar la estrella roja en suelo lunar.

Hubo una prolongada pausa. Nadie decía lo que pensaba.

Polevoi fue el primero en romper el pensativo silencio.

—Así, usted y Kornilov proponen que atacemos primero.

—Sí —dijo acaloradamente Yasenín—. Sería algo caído del cielo. Capturando la base lunar americana y su tecnología científica intacta, adelantaremos en diez años nuestro propio programa espacial.

—La Casa Blanca montaría seguramente una campaña de propaganda y nos condenaría ante los ojos del mundo como hizo con el incidente del vuelo KAL 007 —protestó Polevoi.

—No dirán nada —le aseguró Yasenín—. ¿Cómo podrían anunciar la captura de algo que no se sabe que exista?

—El general tiene razón —dijo Antonov.

—Dése cuenta de que podríamos ser culpables de desencadenar una guerra en el espacio —advirtió Polevoi.

—Los Estados Unidos han atacado primero. Nuestro sagrado deber es tomar represalias —Yasenín se volvió a Antonov—. Pero es usted quien ha de decidir.

El presidente de la Unión Soviética volvió a contemplar el fuego. Después dejó el cigarro habano en un cenicero y observó con asombro sus manos temblorosas. Su cara, ordinariamente colorada, tenía ahora un color gris. El presagio no podía ser más claro. Los demonios eran superiores en número a las fuerzas del bien. Una vez se emprendiese la acción, ésta se desarrollaría sin que él pudiese controlarla. Sin embargo, no podía permitir que el país fuese abofeteado por los imperialistas. Por fin se volvió a los reunidos en el salón y asintió cansadamente con la cabeza.

—Sea todo por la Madre Rusia y por el Partido —dijo solemnemente—. Armen a los cosmonautas y ordénenles que ataquen a los americanos.

Después de presentarse al doctor Mooney y de otras ocho presentaciones y tres aburridas conversaciones, Hagen estaba sentado en una pequeña oficina tecleando febrilmente en una calculadora. Los científicos prefieren los ordenadores, y los ingenieros, las calculadoras digitales; pero los contables siguen el estilo Victoriano. Todavía prefieren las máquinas calculadoras tradicionales con botones del tamaño del pulgar y cintas de papel donde se imprimen los totales.

El interventor era un censor jurado de cuentas, graduado en Ciencias Empresariales en la Universidad de Texas, y ex hombre de la Marina. Y tenía sus títulos y las fotografías de los barcos en que había servido colgados de los paneles de roble de la pared, para demostrarlo. Hagen había detectado cierta inquietud en los ojos de aquel hombre, pero no más de lo que había esperado de un director financiero que tenía a un auditor del Gobierno husmeando en su territorio privado.

Pero no había recelado ni vacilado cuando Hagen le había pedido comprobar el registro de llamadas telefónicas de los últimos tres años. Aunque su experiencia contable en el Departamento de Justicia se había limitado a fotografiar libros de contabilidad en plena noche, conocía bastante la jerga para expresarse en ella. Cualquiera que se hubiese asomado a la oficina en que se hallaba y visto cómo garrapateaba notas y examinaba atentamente la cinta de la máquina calculadora habría pensado que era un viejo profesional.

Los números en la cinta eran exactamente esto: números. Pero las notas que tomaba consistían en un metódico diagrama del emplazamiento y los ángulos visuales de las cámaras de TV de seguridad instaladas entre aquella oficina y la de Mooney. También escribió dos nombres y añadió varias anotaciones al lado de cada uno. El primero era Raymond LeBaron y el segundo Leonard Hudson. Pero ahora tenía un tercero: Gunnar Eriksen.

Estaba seguro de que Eriksen había simulado su muerte lo mismo que Hudson y se había alejado del mundo de los vivos para trabajar en el proyecto de la Jersey Colony. También sabía que Hudson y Eriksen no habrían cortado por entero sus lazos con el Laboratorio Pattenden. Sus instalaciones y su personal eficiente de jóvenes científicos eran demasiado importantes para prescindir de ellos. Tenía que haber un canal subterráneo con el «círculo privado».

Los registros telefónicos de una institución donde había tres mil empleados llenaban varias cajas de cartón. El control era muy severo. Todos los que empleaban el teléfono para llamadas oficiales o personales tenían que llevar un diario de sus llamadas. Hagen no estaba dispuesto a examinarlos todos. Esta labor habría requerido semanas. Solamente le interesaban los asientos en las agendas mensuales de Mooney, en especial las que se referían a comunicaciones a larga distancia.

Hagen no era físico, ni tan preciso como algunos conocidos suyos que tenían un don especial para detectar cualquier irregularidad, pero sí que tenía un instinto especial para encontrar cosas ocultas, que raras veces le fallaba.

Copió seis números a los que había llamado Mooney más de una vez en los últimos noventa días. Dos de estos números correspondían a llamadas personales, y cuatro eran oficiales. Las probabilidades eran remotas. Sin embargo, era la única manera de encontrar una pista que condujese a otro miembro del «círculo privado».

Siguiendo las normas, descolgó el teléfono y llamó a la centralita del Laboratorio Pattenden, pidiendo línea abierta y prometiendo anotar todas sus llamadas. Era tarde y la mayoría de los números de la lista resultaron corresponder a teléfonos del Medio Oeste o de la Costa Este. Su horario llevaba dos o tres horas de adelanto y probablemente las oficinas estarían cerradas; pero de todos modos empezó tercamente a llamar.

—Centennial Supply —anunció una voz masculina en tono cansado.

—Hola, ¿hay alguien ahí esta noche?

—La oficina está cerrada. Éste es el servicio donde recibimos encargos durante las veinticuatro horas del día.

—Me llamo Judge y estoy a las órdenes del Gobierno Federal —dijo Hagen, empleando su falsa identidad para el caso de que el teléfono estuviese intervenido—. Estamos realizando una auditoria del Laboratorio de Física Pattenden, en Bend, Oregón.

—Tendrá que llamar mañana, cuando abran las oficinas.

—Sí, lo haré. Pero, ¿puede decirme exactamente qué clase de negocios realiza Centennial Supply?

—Suministramos elementos especializados de electrónica para sistemas de registro.

—¿Con qué fines?

—Principalmente de negocios. Vídeos para grabar reuniones importantes, experimentos de laboratorio, sistemas de seguridad. Y material audio para las secretarías. Cosas así, ya sabe.

—¿Cuántos empleados tiene?

—Una docena.

—Muchísimas gracias —dijo Hagen—. Me ha sido de gran ayuda. Ah, otra pregunta. ¿Reciben muchos pedidos de Pattenden?

—En realidad, no. Cada par de meses nos piden una pieza para poner al día o modificar sus sistemas de vídeo.

—Gracias de nuevo. Adiós.

Hagen borró aquel número y probó de nuevo. Sus dos llamadas siguientes fueron respondidas por un ordenador automático. Uno correspondía a un laboratorio químico

de la Universidad Brandéis, de Waltham, y el otro a una oficina no identificada de la Fundación Nacional para la Ciencia, de Washington. Anotó este último para llamar de nuevo por la mañana, y probó un número personal.

—Diga.

Hagen miró el nombre en el diario de Mooney.

—¿Doctor Donald Fremont?

—Sí.

Hagen siguió la rutina de siempre.

—¿Qué desea usted saber, señor Judge?

La voz de Fremont parecía la de un anciano.

—Estoy haciendo una comprobación sobre llamadas telefónicas a larga distancia. ¿Le ha llamado alguien de Pattenden durante los tres últimos meses? —preguntó Hagen, mirando las fechas de las llamadas y haciéndose el tonto.

—Pues sí, el doctor Earl Mooney. Fue alumno mío en Stanford. Yo me jubilé hace cinco años, pero todavía estamos en contacto.

—¿Tuvo también, por casualidad, un alumno llamado Leonard Hudson?

—Leonard Hudson —repitió el hombre, como tratando de recordar—. Le vi en un par de ocasiones. Pero no estuvo en mi clase. Era de una época anterior a la mía, de antes de que yo ejerciese en Stanford. Cuando él estudiaba allí, yo estaba enseñando en la USC.

—Gracias, doctor. No le molestaré más.

—De nada. Siempre a su disposición.

Tachó el cuarto número. El nombre siguiente del diario era el de un tal Anson Jones. Probó de nuevo, sabiendo que la cosa no sería fácil y que, para acertar, necesitaría una buena dosis de suerte.

—Diga.

—Señor Jones, soy Judge.

—¿Quién?

—Thomas Judge. Trabajo para el Gobierno Federal y estamos haciendo una auditoria en el Laboratorio de Física Pattenden.

—El nombre de Pattenden me es desconocido. Debe de haberse equivocado de número.

—¿Le dice algo el nombre del doctor Earl Mooney?

—Nunca le había oído nombrar.

—Ha llamado tres veces a su número durante los últimos dos meses.

—Debe ser un error de la compañía telefónica.

—Pero usted es Anson Jones, prefijo tres cero tres, número cinco cuatro siete...

—Se equivoca de nombre y de número.

—Antes de que cuelgue, tengo un mensaje para usted.

—¿Qué mensaje?

Hagen hizo una pausa y después dijo:

—Dígale a Leo que Gunner quiere que pague el avión. ¿Lo ha entendido?

Se hizo un silencio en el otro extremo de la línea, y después:

—Es una broma estúpida, ¿no?

—Adiós, señor Jones.

Aquello olía mal.

Llamó a un sexto número, para salvar las apariencias. Le respondió un contestador automático de una agencia de cambio y bolsa. Nada.

Entusiasmo; esto era lo que sentía. Y se entusiasmó todavía más al resumir sus notas. Mooney no era uno de los del «círculo privado», pero estaba relacionado con él; era un subordinado a las órdenes del alto mando.

Marcó un número de Chicago y esperó. Después de cuatro llamadas, contestó una voz suave de mujer:

—Drake Hotel.

—Me llamo Thomas Judge y quiero reservar una habitación para mañana por la noche.

—Un momento; le pongo con reservas.

Hagen repitió su petición de reserva al encargado. Cuando éste le pidió el número de su tarjeta de crédito para reservarle la habitación, dio el número de teléfono de Anson Jones a la inversa.

—Queda hecha la reserva, señor.

—Gracias.

¿Qué hora era? Una mirada a su reloj le dijo que faltaban ocho minutos para la medianoche. Cerró la cartera y la introdujo debajo de su abrigo. Sacó un encendedor de un bolsillo y extrajo sus piezas interiores. A continuación, sacó de una raja en el faldón del abrigo una fina varilla de metal con un espejo en un extremo.

Se acercó a la puerta. Sujetando la cartera entre las rodillas, se detuvo a poca distancia del umbral, enfocó el espejito arriba y abajo del pasillo. No había nadie. Volvió el espejo hasta que reflejó el monitor de televisión en el extremo del corredor. Entonces colocó el encendedor de manera que saliese ligeramente del marco de la puerta y apretó la palanca.

En el cuarto de seguridad de detrás del vestíbulo principal, la pantalla de uno de los televisores quedó de pronto en blanco. El guardia que estaba en la consola empezó a comprobar rápidamente los circuitos.

—Tengo un problema con el número doce —anunció.

Su supervisor se levantó de una mesa, se acercó y observó el monitor.

—Una interferencia. Los científicos del laboratorio de electro-física deben de haber vuelto a las andadas.

De pronto cesó la interferencia y seguidamente se produjo en otro monitor.

—Esto es curioso —dijo el supervisor—. Nunca había visto que se produjesen en serie.

Al cabo de unos segundos, la pantalla volvió a funcionar, mostrando solamente un corredor vacío. Los guardias de seguridad se miraron y se encogieron de hombros.

En cuanto hubo entrado y cerrado la puerta del despacho de Mooney, Hagen apagó el aparatito eléctrico que había causado las interferencias. Se acercó sin ruido a la ventana y corrió las cortinas. Se puso un par de finos guantes de plástico y encendió la luz del techo.

Hagen era maestro en la técnica de registrar una habitación. Prescindió de lo evidente: cajones, archivos, libretas de direcciones y números de teléfono. Fue directamente a una librería y encontró lo que buscaba en menos de siete minutos.

Mooney podía ser uno de los físicos más eminentes de la nación, pero había sido como un libro abierto para Hagen. La pequeña libreta estaba oculta dentro de un libro titulado *Celestial Mechantes in True Perspective*, de Horace DeLiso. El contenido estaba en una clave que empleaba ecuaciones. Era griego para Hagen, pero no se dejó engañar sobre su significación. Normalmente habría fotografiado las páginas y dejado la libreta en su sitio; pero esta vez se la metió simplemente en el bolsillo, comprendiendo que no hubiese podido hacer descifrar a tiempo el texto.

Los guardias estaban todavía atareados con los monitores cuando Judge se acercó al mostrador.

—¿Quieren que firme el comprobante de salida? —dijo, con una sonrisa.

El jefe de seguridad se acercó a él, con una expresión interrogadora en el semblante.

—¿Viene usted de administración?

—Sí.

—No le hemos visto en la pantalla de seguridad.

—No sé —dijo inconscientemente Hagen—. Salí por la puerta y recorrí los pasillos hasta llegar aquí. Es cuanto puedo decirle.

—¿Ha visto a alguien? ¿Algo desacomunado?

—No he visto a nadie. Pero las luces vacilaron y se apagaron un par de veces.

El guardia asintió con la cabeza.

—Interferencias eléctricas del laboratorio de electrofísica. Es lo que me había imaginado.

Hagen firmó y salió a la noche sin nubes, tarareando una tonadilla.

SEGUNDA PARTE
El Cyclops

25 de octubre de 1989 - Key West, Florida

Pitt yacía boca arriba sobre el fresco hormigón de la pista, mirando hacia arriba al *Prosperteer*. El sol emergía del horizonte envolviendo lentamente la vieja aeronave en un manto de luz anaranjada. El dirigible parecía algo irreal, o al menos así lo imaginaba Pitt; era como un fantasma de aluminio que no sabía de fijo adonde ir.

Pitt había estado despierto casi todo el tiempo durante el vuelo desde Washington hasta Key West, mirando las cartas de Buck Caesar del Old Bahama Channel y resiguiendo la ruta cuidadosamente marcada del vuelo de Raymond LeBaron. Cerró los ojos tratando de hacerse una clara imagen de los vagabundeos espectrales del *Prosperteer*.

A menos que las bolsas de gas del interior del dirigible hubiesen sido repostadas desde un barco, cosa sumamente improbable, la única respuesta a las andanzas de Raymond LeBaron estaba en Cuba.

Algo hurgaba en su mente, una idea que volvía aunque él, inconscientemente, se esforzaba por apartarla, una pieza del cuadro que se hizo más clara cuando Pitt empezó a fijarse en ella. Y de pronto, cristalizó.

El vuelo para seguir la pista de LeBaron tenía otro objeto.

Pero la conclusión racional y lógica era todavía como un vago perfil en medio de una niebla espesa. La cuestión era tratar de fijarla en un plan. Y estaba pensando en qué dirección le convenía explorar, cuando sintió que una sombra se proyectaba encima de él.

—Bueno, bueno —dijo una voz conocida—, parece que Blancanieves ha vuelto a morder la manzana.

—O eso, o está hibernando —dijo otra voz que Pitt reconoció.

Abrió los ojos, resguardándolos del sol con una mano, y vio a un par de sonrientes individuos que le estaban mirando desde arriba. El más bajo de los dos, un hombre musculoso, de pecho abombado, cabellos negros y rizados y con el aire de quien gusta de comer ladrillos para desayunar, era el viejo amigo de Pitt y subdirector de proyectos de la NUMA, Al Giordino.

Giordino alargó un brazo, agarró la mano que le tendía Pitt y le puso en pie con la misma facilidad con que un encargado de la limpieza recoge un bote vacío de cerveza del césped de un parque.

—La hora de la partida es dentro de veinte minutos.

—¿Ha llegado ya nuestro anónimo piloto? —preguntó Pitt.

El otro hombre, un poco más alto y mucho más delgado que Giordino, sacudió la cabeza.

—No ha dado señales de vida.

Rudí Gunn tenía unos ojos azules que eran amplificadas por los gruesos cristales de sus gafas. Tenía el aspecto de un contable desnutrido que hiciese horas extras para comprarse un reloj de oro. Pero la impresión era engañosa. Gunn era supervisor de los proyectos oceanográficos de la NUMA. Mientras el almirante Sandecker combatía encarnizadamente con el Congreso y la burocracia federal, Gunn cuidaba de la labor cotidiana de la agencia. Para Pitt, el hecho de haber obtenido de Sandecker la ayuda de Gunn y Giordino había sido una gran victoria.

—Si queremos partir a la misma hora que LeBaron, tendremos que apañarnos solos —dijo despreocupadamente Giordino.

—Creo que podremos arreglarnos —dijo Pitt—. ¿Has estudiado los manuales de vuelo?

Giordino asintió con la cabeza.

—Se necesitan cincuenta horas de instrucción y de vuelo para conseguir el permiso. El control básico no es difícil, pero el arte de mantener estable este escroto neumático en una brisa fuerte requiere práctica.

Pitt no pudo dejar de sonreír ante la caprichosa descripción de Giordino.

—¿Ha sido cargado el equipo?

—Cargado y asegurado —le dijo Gunn.

—Entonces supongo que debemos partir.

Cuando se acercaban al *Prosperteer*, el jefe del personal de tierra de LeBaron descendió la escalerilla de la cabina de control. Dijo unas pocas palabras a uno de sus hombres y después saludó amablemente a Pitt y a sus compañeros.

—Está todo dispuesto, caballeros.

—¿Hasta que punto son parecidas las condiciones atmosféricas de este viaje a las del anterior? —preguntó Pitt.

—El señor LeBaron volaba contra un viento de cinco millas por hora que soplaba del sudeste. Ustedes lo encontrarán de ocho, por lo que tendrán que compensar la diferencia. Hay un huracán de final de temporada que se acerca a las islas Turks y Caicos. Los meteorólogos le han dado el nombre de Evita, porque es una pequeña ráfaga de un diámetro de no más de sesenta millas. Las previsiones señalan que girará hacia el norte en dirección a las Carolinas. Si dan la vuelta no más tarde de las catorce horas, la brisa exterior de Evita debería proporcionarles un buen viento de cola para empujarles a casa.

—¿Y si no?

—Si no, ¿qué?

—Si no damos la vuelta a las catorce horas.

El jefe del personal sonrió débilmente.

—No les recomiendo que se dejen pillar por una tormenta tropical con vientos de

cincuenta nudos, al menos en una aeronave que tiene sesenta años.

—Es un buen argumento —confesó Pitt.

—Teniendo en cuenta el viento de frente —dijo Gunn—, no llegaremos a la zona de busca hasta las 10.30. Esto no nos deja mucho tiempo para buscar.

—Sí —dijo Giordino—, pero la ruta conocida de LeBaron debería llevarnos directamente a la meta.

—Una meta grande —murmuró Pitt, a nadie en particular—.demasiado grande.

Los tres hombres de la NUMA estaban a punto de subir a bordo cuando el automóvil de LeBaron se detuvo junto al dirigible. Angelo se apeó y abrió cortésmente la portezuela del otro lado. Jessie bajó del coche y se acercó; tenía un aspecto exótico, con un traje de safari y los cabellos recogidos con un brillante pañuelo, al estilo de los años treinta. Llevaba una bolsa de viaje de ante.

—¿Está todo listo? —dijo animadamente, pasando por su lado y empezando a subir ágilmente la escalerilla.

Gunn dirigió una hosca mirada a Pitt.

—No nos dijiste que íbamos a ir de picnic.

—Tampoco me lo habían dicho a mí —dijo Pitt, mirando a Jessie, que se había vuelto al llegar a la puerta.

—La culpa es mía —dijo Jessie—. Olvidé mencionar que soy su piloto.

Giordino y Gunn pusieron una cara como si se hubiesen tragado un calamar vivo. La cara de Pitt tomó una expresión divertida.

—Lo dirá en broma —dijo.

—Raymond me enseñó a pilotar el *Prosperteer* —dijo ella—. He manejado más de ochenta horas los controles y tengo licencia.

—Lo dirá en broma —repitió Pitt empezando a intrigarse.

Giordino no le vio la gracia.

—¿Sabe también sumergirse, señora LeBaron?

—¿Con escafandra autónoma? También tengo licencia.

—No podemos llevar a una mujer —dijo resueltamente Gunn.

—Por favor, señora LeBaron —suplicó el jefe del personal de tierra—. No sabemos lo que le ocurrió a su marido. El vuelo puede ser peligroso.

—Usaremos el mismo plan de comunicación que en el vuelo de Raymond —dijo ella, sin prestar atención a la advertencia—. Si encontramos algo interesante, lo transmitiremos en palabras normales. Esta vez no habrá claves.

—Esto es ridículo —saltó Gunn.

Pitt se encogió de hombros.

—Pues, no lo sé. Yo voto por ella.

—¡No lo dirás en serio!

—¿Por qué no? —replicó Pitt, con una sardónica sonrisa—. Yo creo firmemente

en la igualdad de derechos. Ella tiene tanto derecho a matarse como nosotros.

El personal de tierra permaneció silencioso, como si estuviese ante un féretro, siguiendo con la mirada al viejo dirigible que se elevaba bajo los rayos del sol naciente. De pronto, la aeronave empezó a caer. Todos contuvieron el aliento cuando la rueda de aterrizaje rozó la cresta de una ola. Entonces rebotó lentamente y luchó por elevarse.

—Arriba, pequeño, ¡arriba! —murmuró ansiosamente alguien.

El *Prosperteer* se elevó a sacudidas, unos pocos metros cada vez, hasta que por fin se niveló a una altura segura. Los hombres de tierra observaron inmóviles hasta que el dirigible se convirtió en una pequeña mancha oscura sobre el horizonte. Y siguieron allí cuando se hubo perdido de vista, instintivamente silenciosos, sintiendo miedo en el fondo de sus corazones. Hoy no habría partido de balonvolea. Subieron todos al camión de mantenimiento, sobrecargando el sistema de acondicionamiento de aire y apiñándose alrededor de la radio.

El primer mensaje llegó a las siete. Pitt explicó el motivo de la accidentada elevación. Jessie no había compensado lo bastante la falta de fuerza de sustentación ocasionada por el peso de Giordino y Gunn a bordo.

Desde entonces hasta las catorce, Pitt mantuvo abierta la frecuencia y sostuvo un diálogo fluido, comparando sus observaciones con las que habían sido transmitidas durante el vuelo de LeBaron.

El jefe del personal de tierra levantó el micrófono.

—*Prosperteer*, aquí la casa de la Abuela. Cambio.

—Adelante, Abuela.

—Puede darme su última posición satélite V1KOR.

—Roger. Lectura VIKOR H3608 por T8090.

El jefe comprobó rápidamente la posición en una carta.

—*Prosperteer*, parece que van bien. Les sitúa a cinco millas al sur de Guinchos Cay, en el Bahama Bank. Cambio.

—Yo leo lo mismo, Abuela.

—¿Cómo están los vientos?

—A juzgar por las crestas de las olas, yo diría que han subido a fuerza 6 en la escala de Beaufort.

—Escuche, *Prosperteer*. La Guardia Costera ha emitido un nuevo boletín sobre Evita. Ha doblado la velocidad y girado hacia el este. Hay alarma de huracán en todas las Bahamas del sur. Si sigue el curso actual, llegará a la costa oriental de Cuba esta tarde. Repito: Evita ha girado al este y avanza en su dirección. Den por acabado su trabajo y vuelvan rápidamente a casa.

—Lo haremos, Abuela. Ponemos rumbo a los Cayos.

Pitt guardó silencio durante la media hora siguiente. A las catorce treinta y cinco,

el jefe del personal de tierra llamó de nuevo:

—Responda, *Prosperteer*. Aquí la casa de la Abuela. ¿Me reciben?

Nada.

El aire sofocante del interior del camión pareció enfriarse súbitamente, cuando la aprensión y el miedo asaltaron al personal. Los segundos se hicieron eternos, convirtiéndose en minutos, mientras el jefe trataba desesperadamente de comunicar con el dirigible.

Pero el *Prosperteer* no respondía.

El jefe del personal de tierra soltó el micrófono y salió del camión, pasando entre sus pasmados hombres. Corrió hacia el coche aparcado y abrió febrilmente una portezuela de atrás.

—¡Han desaparecido! Les hemos perdido, ¡como la última vez!

El hombre que estaba sentado a solas en el asiento de atrás se limitó a asentir con la cabeza.

—Continúe intentando establecer comunicación con ellos —dijo pausadamente.

Mientras el hombre volvía corriendo a la radio, el almirante James Sandecker descolgó un teléfono de un compartimento disimulado e hizo una llamada.

—Señor presidente.

—Diga, almirante.

—Han desaparecido.

—Comprendido. He dado instrucciones al almirante Clyde Monfort de la Fuerza Conjunta del Caribe. Ha puesto ya en estado de alerta a barcos y aviones alrededor de las Bahamas. En cuanto colguemos, le ordenaré que inicie una operación de búsqueda y salvamento.

—Por favor, dígame a Montfort que se dé prisa. También me han informado de que el *Prosperteer* desapareció en un lugar donde se preveía un huracán.

—Vuelva a Washington, almirante, y no se preocupe. Su gente y la señora LeBaron serán encontrados y recogidos dentro de pocas horas.

—Trataré de compartir su optimismo, señor presidente. Muchas gracias.

Si había una doctrina en la que creía Sandecker de todo corazón era: «No te fíes nunca de la palabra de un político.» Hizo otra llamada desde su automóvil.

—Aquí el almirante James Sandecker. Quisiera hablar con el almirante Monfort.

—En seguida, señor.

—Jim, ¿eres tú?

—Hola, Clyde. Me alegro de oír tu voz.

—Caray, hace casi dos años que no nos hemos visto. ¿Qué se te ofrece?

—Dime una cosa, Clyde. ¿Te han dado la voz de alerta para una misión de salvamento en las Bahamas?

—¿Dónde has oído tal cosa?

—Rumores.

—Para mí es una noticia. La mayor parte de nuestras fuerzas del Caribe están tomando parte de unas maniobras anfibas de desembarco en Jamaica.

—¿En Jamaica?

—Un pequeño ejercicio para desentumecer los músculos y exhibir nuestra capacidad militar a los soviéticos y a los cubanos. Hace que Castro se sienta desconcertado, temiendo que vamos a invadir su isla el día menos pensado.

—¿Vamos a hacerlo?

—¿Para qué? Cuba es la mejor campaña publicitaria de que disponemos para demostrar el tremendo fracaso económico del comunismo. Además, es mejor que sean los soviéticos y no nosotros quienes tiren un millón de dólares diarios en el retrete de Castro.

—¿No has recibido ninguna orden de no perder de vista a un dirigible que emprendió un vuelo desde los Cayos esta mañana?

Se hizo un ominoso silencio en el otro extremo de la línea.

—Probablemente no debería decirte esto, Jim, pero recibí una orden verbal concerniente al dirigible. Me dijeron que mantuviese nuestros barcos y nuestros aviones lejos de los Bahama Banks y que interfiriese todas las comunicaciones procedentes de aquella zona.

—Esta orden, ¿venía directamente de la Casa Blanca?

—No abuses de tu suerte, Jim.

—Gracias por haberme hablado claro, Clyde.

—Siempre a tu disposición. Tenemos que vernos la próxima vez que yo esté en Washington.

—Lo espero con ilusión.

Sandecker colgó el teléfono, con el semblante enrojecido y echando chispas por los ojos.

—Que Dios les ayude —murmuró, apretando los dientes—. Nos la han pegado a todos.

La cara suave y de pómulos salientes de Jessie estaba tensa por el esfuerzo de luchar contra las ráfagas de viento y lluvia que zarandeaban el dirigible. Se le estaban entumeciendo los brazos y las muñecas de tanto manejar las válvulas y el timón de inclinación. Con el peso añadido de la lluvia, era casi imposible mantener en equilibrio y al nivel adecuado la oscilante aeronave. Empezaba a sentir la fría caricia del miedo.

—Tendremos que dirigirnos a la tierra más próxima —dijo, con voz insegura—. No podré mantenerlo mucho más tiempo en el aire, con esta tormenta.

Pitt la miró.

—La tierra más próxima es Cuba.

—Vale más la cárcel que la muerte.

—Todavía no —replicó Pitt desde su asiento, a la derecha y un poco detrás de ella—. Aguante un poco más. El viento nos empujará hacia Key West.

—Con la radio estropeada, no sabrán dónde buscarnos si tenemos que caer al mar.

—Hubiese debido pensar en esto antes de derramar café en el transmisor y provocar un cortocircuito.

Ella le miró. Dios mío, pensó, es para volverse loca. Él estaba mirando por la ventanilla de estribor, contemplando tranquilamente el mar con unos gemelos. Giordino estaba observando por el lado de babor, mientras Gunn leía los datos de la computadora VIKOR de navegación y marcaba su rumbo en una carta. Con frecuencia, Gunn observaba también las marcas de la aguja del gradiómetro Schonstedt, un instrumento para detectar el hierro por mediación de la intensidad magnética. Parecía como si aquellos tres hombres no tuviesen la menor preocupación en el mundo.

—¿No han oído lo que he dicho? —preguntó, desesperada, ella.

—Lo hemos oído —respondió Pitt.

—No puedo dominarlo con este viento. Es demasiado pesado. Tenemos que echar lastre o aterrizar.

—El último saco de lastre fue arrojado hace una hora.

—Entonces tiren esa chatarra que subieron a bordo —ordenó ella, señalando una montañita de cajas de aluminio fijadas en el suelo.

—Lo siento. Esta chatarra, como usted la llama, puede sernos muy útil.

—Pero estamos perdiendo altura.

—Haga todo lo que pueda.

Jessie señaló a través del parabrisas.

—Esa isla a estribor es Cayo Santa María. La tierra de más allá es Cuba. Voy a poner rumbo al sur y probar suerte con los cubanos.

Pitt se volvió, con una mirada resuelta en sus ojos verdes.

—Fue usted quien quiso intervenir en esta misión —dijo rudamente—. Quería ser un tripulante más. Ahora aguante.

—Emplee la cabeza, Pitt —saltó ella—. Si esperamos otra media hora, el huracán nos hará pedazos.

—Creo que he encontrado algo —gritó Giordino.

Pitt se levantó y pasó al lado de babor.

—¿En qué dirección?

Giordino señaló.

—Acabamos de pasar por encima. A unos doscientos metros a popa.

—Y es grande —dijo Gunn excitado—. La aguja del detector se sale de la escala.

—Gire a babor —ordenó Pitt a Jessie—. Llévenos por donde hemos venido.

Jessie no discutió. Contagiada súbitamente del entusiasmo del descubrimiento, sintió que desaparecía su cansancio. Aceleró y viró a babor, aprovechando el viento para invertir el rumbo. Una ráfaga azotó la cubierta de aluminio, haciendo que el dirigible se estremeciese y oscilase la barquilla. Después amainó la corriente de aire y el vuelo fue más suave a partir del momento en que las ocho aletas de la cola dieron la vuelta y el viento sopló desde la popa.

El interior de la cabina de mandos quedó en silencio como la cripta de una catedral. Gunn desenrolló la cuerda de la unidad sensible del gradiómetro hasta que pendió a ciento cincuenta metros de la panza del dirigible y rozó las crestas de las olas. Entonces volvió su atención al registro y esperó a que la aguja marcara una raya horizontal en el papel. Pronto empezó a oscilar arriba y abajo.

—Nos estamos acercando —anunció Gunn.

Giordino y Pitt, haciendo caso omiso del viento, se asomaron a las ventanillas. El mar estaba agitado y saltaba espuma de las crestas de las olas, dificultando la visión de las transparentes profundidades. Jessie las estaba pasando moradas, luchando con los mandos, tratando de reducir las violentas sacudidas y el balanceo del dirigible, que se comportaba como una ballena tratando de remontar los rápidos del río Colorado.

—¡Ya lo tengo! —gritó de pronto Pitt—. Yace en dirección de norte a sur, a unos cien metros a estribor.

Giordino pasó al otro lado de la cabina de mandos y miró hacia abajo.

—Sí, también yo lo veo.

—¿Podéis distinguir si lleva grúas? —preguntó Gunn.

—El perfil es claro, pero no puedo distinguir los detalles. Yo diría que está a unos veinticinco metros de la superficie.

—Más bien a treinta —dijo Pitt.

—¿Es el *Cyclops*? —preguntó ansiosamente Jessie.

—Demasiado pronto para saberlo. —Se volvió a Gunn—. Marca la posición que indica el VIKOR.

—Posición marcada —dijo Gunn.

Pitt se dirigió a Jessie.

—Muy bien, piloto, hagamos otra pasada. Y esta vez, como tendremos el viento en contra, trate de acercarse al objetivo.

—¿Por qué no me pide que convierta plomo en oro? —replicó ella.

Pitt se le acercó y la besó ligeramente en la mejilla.

—Lo está haciendo estupendamente. Aguante un poco más y la sustituiré en los mandos.

—No adopte ese aire protector —dijo malhumoradamente ella, pero sus ojos tenían una expresión cálida y desaparecieron las arrugas provocadas por la tensión alrededor de sus labios—. Dígame solamente dónde tengo que parar el autobús.

Muy voluntariosa, pensó Pitt. Por primera vez, sintió envidia de Raymond LeBaron. Se volvió y apoyó una mano en el hombro de Gunn.

—Emplea el clinómetro y mira si puedes obtener la medida aproximada de sus dimensiones.

Gunn asintió con la cabeza.

—Así lo haré.

—Si es el *Cyclops* —dijo Giordino con entusiasmo—, habrás hecho un cálculo magnífico.

—Mucha suerte mezclada con un poco de percepción —admitió Pitt—. Esto y el hecho de que Raymond LeBaron y Buck Caesar nos encaminaron hacia la meta. El enigma es por qué se encuentra el *Cyclops* fuera de la ruta corriente de navegación.

Giordino sacudió la cabeza.

—Probablemente nunca lo sabremos.

—Volvemos sobre el objetivo —informó Jessie.

Gunn midió la distancia con el clinómetro y después miró a través del ocular, midiendo la longitud del oscuro objeto sumergido. Consiguió mantener fijo el instrumento, mientras Jessie luchaba denodadamente contra el viento.

—No hay manera de medir exactamente la manga, porque es imposible verlo: el barco yace de costado —dijo, estudiando las calibraciones.

—¿Y la eslora? —preguntó Pitt.

—Entre ciento setenta y ciento noventa metros.

—No está mal —dijo Pitt, visiblemente aliviado—. El *Cyclops* tenía ciento ochenta metros de eslora.

—Si bajásemos un poco más, podría conseguir medidas más exactas —dijo Gunn.

—Otra vez, Jessie —gritó Pitt.

—Creo que será imposible —dijo ella, levantando una mano de los mandos y señalando más allá de la ventanilla de delante—. Tenemos un comité de bienvenida.

Su expresión parecía tranquila, casi demasiado tranquila, mientras los hombres observaban con cierta fascinación cómo aparecía un helicóptero entre las nubes, treinta metros por encima del dirigible. Durante unos segundos, pareció suspendido allí inmóvil en el cielo, como un halcón acechando a una paloma. Después aumentó de tamaño al acercarse y volar paralelamente al *Prosperter*. Gracias a los gemelos, pudieron ver claramente las caras hoscas de los pilotos y dos pares de manos que empuñaban armas automáticas asomando en la puerta lateral abierta.

—Han traído amigos —dijo brevemente Gunn.

Estaba apuntando sus gemelos a una lancha cañonera cubana que surcaba las olas a unas cuatro millas de distancia, levantando grandes surtidores de espuma.

Giordino no dijo nada. Arrancó las cintas que sujetaban las cajas y empezó a arrojar su contenido al suelo, con toda la rapidez que le permitían sus manos. Gunn se unió a él mientras Pitt empezaba a montar una pantalla de extraño aspecto.

—Nos están mostrando un letrero en inglés —anunció Jessie.

—¿Qué dice? —preguntó Pitt, sin mirar hacia arriba.

—«Sígannos y no empleen la radio» —leyó ella en voz alta—. ¿Qué tengo que hacer?

—Evidentemente, no podemos usar la radio; por lo tanto, sonría y salúdeles con la mano. Esperemos que no disparen, si ven que es una mujer.

—Yo no confiaría en eso —gruñó Giordino.

—Y manténgase sobre el barco hundido —añadió Pitt.

A Jessie no le gustó lo que estaba pasando dentro de la cabina de mandos. Su cara palideció ostensiblemente. Dijo:

—Será mejor que hagamos lo que ellos quieren.

—Que se vayan al diablo —dijo fríamente Pitt.

Desabrochó el cinturón de seguridad de Jessie y la apartó de los mandos. Giordino levantó un par de botellas de aire y Pitt pasó rápidamente las correas por encima de los hombros de ella. Gunn le tendió una máscara, unas aletas y un chaleco.

—Rápido —ordenó—. Póngase esto.

Ella estaba perpleja.

—¿Qué están haciendo?

—Creí que lo sabía —dijo Pitt—. Vamos a nadar un poco.

—¿Qué?

Los negros ojos de gitana estaban ahora muy abiertos, menos de alarma que de asombro.

—No hay tiempo para que el abogado defensor presente el pliego de descargo —dijo tranquilamente Pitt—. Llámelo un plan descabellado para salvar la vida y no

insista. Ahora haga lo que le han dicho y tiéndase en el suelo detrás de la pantalla.

Giordino miró dubitativamente la pantalla de una pulgada de grueso.

—Esperemos que sirva para algo. No quisiera estar aquí si una bala le da a una botella de aire.

—No tengas miedo —replicó Pitt, mientras los tres se ponían apresuradamente su equipo de inmersión—. Es de un plástico muy resistente. Garantizado para detener hasta un proyectil de veinte milímetros.

Al no manejar nadie los mandos, el dirigible se desplazó hacia un lado bajo una nueva ráfaga de viento y se inclinó hacia abajo. Todos se echaron instintivamente al suelo y trataron de agarrarse a alguna parte. Las cajas que habían contenido el equipo se desperdigaron por el suelo y se estrellaron contra los asientos de los pilotos.

No hubo vacilación ni ulteriores intentos de comunicación.

El comandante cubano del helicóptero, creyendo que el súbito y errático movimiento del dirigible significaba que trataba de escapar, ordenó a sus hombres que abrieran fuego. Una lluvia de balas alcanzó el lado de estribor del *Prosperteer* desde no más de treinta metros de distancia. La cabina de mandos quedó inmediatamente hecha trizas. Los viejos cristales amarillentos de las ventanillas saltaron en añicos que se desparramaron sobre el suelo. Los mandos y el panel de instrumentos quedaron convertidos en chatarra retorcida, llenando la destrozada cabina de humo producido por los cortocircuitos.

Pitt yacía de bruces sobre Jessie, cubierto por Gunn y Giordino, escuchando cómo los proyectiles con punta de acero repicaban contra la pantalla a prueba de balas. Entonces los tiradores del helicóptero cambiaron la puntería y dispararon contra los motores. Las capotas de aluminio fueron arrancadas y trituradas por aquel fuego devastador, hasta que se desprendieron y fueron arrastradas por la corriente de aire. Los motores tosieron y callaron, destrozadas las culatas, escupiendo aceite entre nubes de humo negro.

—¡Los depósitos de carburante! —gritó Jessie entre el ensordecedor estruendo—. ¡Estallarán!

—Esto es lo que menos debe preocuparnos —le gritó Pitt al oído—. Los cubanos no emplean balas incendiarias y los depósitos están hechos de una goma de neopreno que se cierra por sí sola.

Giordino se arrastró hacia el destrozado y revuelto montón de cajas de equipo y encontró lo que le pareció a Jessie una especie de contenedor tubular. Lo empujó delante de él en el fuertemente inclinado suelo.

—¿Necesitas ayuda? —aulló Pitt.

—Si Rudi puede sujetarme las piernas...

Su voz se extinguió. Gunn no necesitaba que le diesen instrucciones. Apoyó los pies en un mamparo y agarró con fuerza las rodillas de Giordino.

El dirigible estaba ahora totalmente fuera de control, muerto en el aire, con el morro apuntando al mar en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Ya no le quedaba fuerza de sustentación y empezó a descender del cielo mientras los cubanos rociaban de balas la abultada e indefensa envoltura. Las aletas estabilizadoras apuntaban todavía a las nubes, pero el viejo *Prosperteer* estaba a las puertas de la muerte.

No moriría solo.

Giordino abrió el tubo, sacó un lanzador de mistes M-72 y lo cargó con un cohete de 66 milímetros. Lentamente, moviéndose con gran cautela, apoyó aquella arma que parecía un bazooka en el marco de la ventanilla rota y apuntó.

Los asombrados hombres de la lancha cañonera, a menos de una milla de distancia, vieron cómo parecía desintegrarse el helicóptero en un enorme hongo de fuego. El ruido de la explosión sacudió el aire como un trueno, seguido de una lluvia de retorcidos metales al rojo que silbaron y despidieron vapor al tocar el agua.

El dirigible todavía estaba suspendido allí, girando lentamente sobre su eje. El helio brotaba a chorros de las rajadas del casco. Los soportes circulares del interior empezaron a romperse como palos secos. Lanzando su último suspiro, el *Prosperteer* se dobló sobre sí mismo, rompiéndose como una cascara de huevo, y cayó sobre las hirvientes y espumosas olas.

Toda aquella furiosa devastación ocurrió rápidamente. En menos de veinte segundos, ambos motores fueron arrancados de sus soportes, y los que sostenían la cabina de mandos se rompieron con chasquidos de mal agüero. Como un frágil juguete arrojado a la acera por un niño destructor, los remaches estallaron y la estructura interior chirrió al desintegrarse.

La cabina de mandos siguió hundiéndose y el agua penetró por las rotas ventanillas. Era como si una mano gigantesca apretase al dirigible hacia abajo hasta hacerle desaparecer en lo profundo. Entonces se desprendió la barquilla y cayó como una hoja muerta, arrastrando una confusa maraña de alambres y cables. Los restos de la cubierta de duraluminio siguieron después, aleteando locamente como un murciélago borracho.

Una bandada de peces de cola amarilla escapó debajo de aquella masa que se hundía, un instante antes de chocar contra el fondo y levantar nubes de fina arena.

Entonces todo quedó en sepulcral silencio, roto solamente por el suave gorgoteo del aire de las botellas.

Sobre la agitada superficie, los pasmados tripulantes de la lancha cañonera empezaron a recorrer el lugar del accidente, buscando algún superviviente. Pero sólo encontraron grandes manchas de carburante y de aceite.

El viento del huracán que se acercaba aumentó hasta fuerza 8. Las olas alcanzaron una altura de seis metros, haciendo imposible continuar la búsqueda. El capitán de la lancha no tuvo más remedio que cambiar de rumbo y dirigirse a un

puerto seguro de Cuba, dejando atrás un mar turbulento y maligno.

La nube opaca de limo que cubría los destrozados restos del *Prosperiteer* fue arrastrada lentamente por una débil corriente profunda. Pitt se levantó sobre las manos y las rodillas y miró a su alrededor, en lo que había sido la cabina de mandos. Gunn estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda en un combado mamparo. Su tobillo izquierdo se había hinchado hasta tomar la forma de un coco, pero aspiró aire de la boquilla y levantó una mano, haciendo una V con los dedos.

Giordino se puso en pie con un esfuerzo y se apretó suavemente el lado derecho del pecho. Un tobillo roto y probablemente unas cuantas costillas fracturadas entre los dos, pensó Pitt. Podría haber sido peor. Se inclinó sobre Jessie y le levantó la cabeza. Sus ojos parecían estar en blanco a través del cristal de la máscara, pero el suave silbido del regulador y el movimiento del pecho indicaban que la respiración era normal, aunque un poco rápida. Pasó los dedos sobre sus brazos y sus piernas y no encontró señales de fractura. Salvo una erupción de manchas negras y azules, que aumentarían en las próximas veinticuatro horas, parecía estar en buen estado. Como para tranquilizarse, Jessie alargó una mano y le apretó con fuerza el brazo.

Pitt, satisfecho, volvió la atención a su propia persona. Todas las articulaciones funcionaban debidamente, lo mismo que los músculos, y no parecía haberse dislocado nada. Sin embargo, no había salido ileso. Un purpúreo chichón estaba creciendo en su frente, y advirtió una extraña sensación de rigidez en el cuello. Combatió esta incomodidad con el consuelo de que nadie parecía estar sangrando. Habían escapado a la muerte por un pelo, y esto era ya bastante para un día. Lo menos que podían esperar era que no les atacasen los tiburones.

Pitt centró la atención en el problema inmediato: salir de la cabina de mandos. La puerta se había atrancado, lo cual no era extraño después de los golpes que había recibido. Se sentó en el suelo, agarró con ambas manos el combado marco y golpeó con los pies. Decir golpeó es una exageración. La presión del agua restaba empuje a sus piernas. Tuvo la impresión de que estaba tratando de hacer saltar el fondo de un enorme tarro de cola. Al sexto intento, cuando los talones y los dedos de los pies ya no podían aguantar más, el cerrojo cedió y la puerta se abrió lentamente hacia afuera.

Giordino fue el primero en salir, envuelta la cabeza en el torbellino de burbujas de su regulador de la respiración. Alargó los brazos hacia adentro, clavó los pies en la arena, se apercibió para resistir el dolor del pecho que estaba seguro de que sentiría, y dio un fuerte tirón. Con Pitt y Gunn empujando desde dentro, un voluminoso paquete pasó difícilmente por la puerta y cayó al suelo. Después, ocho depósitos de acero, conteniendo tres metros cúbicos de aire, pasaron a las manos expectantes de Giordino.

Dentro de la maltrecha cabina de mandos, Jessie luchaba por adaptar sus oídos a

la presión del agua. La sangre zumbaba en su cabeza y sentía en ella un fuerte dolor que borraba la impresión de la caída. Se tapó la nariz y resopló furiosamente. Al quinto intento, se destaparon al fin sus oídos, y el alivio que sintió fue tan maravilloso que las lágrimas acudieron a sus ojos. Apretó los dientes sobre la boquilla y se llenó de aire los pulmones. Qué delicioso sería despertarse en su propia cama, pensó. Algo tocó su mano. Era otra mano, firme y de piel curtida. Levantó la mirada y vio los ojos de Pitt mirándola fijamente a través del cristal de la máscara; parecían fruncidos en una sonrisa. Él le indicó con la cabeza que le siguiese.

La condujo afuera, en el vasto y líquido vacío. Ella miró hacia arriba, observando las burbujas sibilantes que ascendían en remolinos hacia la agitada superficie. A pesar de la turbulencia de ésta, había en el fondo una visibilidad de casi sesenta metros y podía ver claramente y en toda su longitud el armazón de la aeronave yaciendo a poca distancia de la cabina de mandos. Gunn y Giordino se habían perdido de vista.

Pitt le hizo ademán de que esperase junto a los depósitos de aire y el extraño paquete. Observó la brújula que llevaba en la muñeca izquierda y se alejó nadando en aquella bruma azul. Jessie se tambaleó, ingrávida, sintiendo en la cabeza una ligera impresión de narcosis por nitrógeno. La invadió una abrumadora sensación de soledad, pero se desvaneció rápidamente al ver a Pitt que volvía. Éste le hizo señal de que le siguiese y, después, se volvió y empezó a nadar despacio. Pataleando para vencer la resistencia del agua, Jessie no tardó en alcanzarle.

El fondo de arena blanca del mar fue sustituido por bancos de coral habitados por una gran variedad de peces de extrañas formas. Sus brillantes colores naturales eran amortiguados hasta convertirse en un gris suave, por la absorción de las partículas de agua que filtraban el rojo, el naranja y el amarillo, dejando pasar únicamente el verde y el azul. Nadaron agitando las aletas y manteniéndose a sólo una braza por encima de la fantástica y exóticamente moldeada jungla submarina, observados con curiosidad por un tropel de pequeños angelotes, orbes y peces trompeta. La divertida escena recordó a Pitt los niños que observaban los grandes globos en forma de personajes de historietas que desfilan por Broadway el Día de Acción de Gracias.

De pronto, Jessie clavó los dedos en la pierna de Pitt y señaló hacia arriba. Allí, nadando perezosamente, a sólo veinte pies de distancia, había una bandada de barracudas. Debía haber dos centenares de ellas y ninguna medía menos de un metro de largo. Se volvieron al unísono y empezaron a dar vueltas alrededor de los submarinistas con muestras de curiosidad en sus redondos ojos. Después decidieron por lo visto que no valía la pena perder el tiempo, por Pitt y Jessie, por lo que se alejaron en un abrir y cerrar de ojos y se perdieron de vista.

Cuando Pitt se volvió, vio cómo aparecía Rudi Gunn, saliendo de la cortina azul. Gunn se detuvo y les hizo señas de que se acercasen a toda prisa. Entonces hizo con los dedos la señal de la victoria.

El significado estaba claro. Gunn movió vigorosamente una de las aletas y ascendió rápidamente en diagonal hasta encontrarse a unos diez metros por encima del banco de coral. Pitt y Jessie le siguieron inmediatamente.

Habían nadado casi cien metros cuando Gunn se detuvo de pronto, invirtiendo el cuerpo en posición vertical, y alargó una mano, con un dedo ligeramente doblado, señalando como una Parca.

Como un castillo encantado surgiendo entre la niebla de un pantano de Yorkshire, la forma fantástica del *Cyclops* se manifestó en la acuática penumbra, nefasta y siniestra, como si una fuerza indescriptible alentase en sus entrañas.

Pitt había visto muchos barcos naufragados y había sido el primero en inspeccionar el *Titanic*, pero al contemplar ahora el perdido y legendario buque fantasma, le asaltó un temor casi supersticioso. El hecho de que fuera la tumba de más de trescientos hombres aumentaba su maligna aureola.

El barco hundido yacía sobre el costado de babor con una inclinación de unos veinticinco grados, con la proa apuntando hacia el norte. No tenía el aspecto de algo destinado a descansar en el fondo del mar, y la madre naturaleza había tendido sobre el intruso de acero un velo de sedimentos y organismos marinos.

El casco y la superestructura estaban cubiertos de toda clase de productos del mar: esponjas, lapas, anémonas floridas, plumosos helechos marinos y largas algas que oscilaban graciosamente con la corriente como brazos de bailarinas. Salvo por la deformada proa y tres grúas desprendidas, el barco estaba sorprendentemente intacto.

Encontraron a Giordino muy atareado raspando las adherencias de un pequeño sector debajo de la barandilla de popa. Se volvió cuando ellos se acercaron y les mostró el fruto de su trabajo. Había dejado al descubierto las letras en relieve del nombre *Cyclops*.

Pitt miró la esfera naranja de su reloj sumergible Doxa. Le parecía una eternidad el tiempo transcurrido desde que el dirigible había caído, pero sólo habían pasado nueve minutos desde el momento en que habían salido nadando de la cabina de mandos. Era imperativo que conservasen el aire. Todavía tenían que registrar el barco y reservar las botellas de recambio para la descompresión. El margen de seguridad sería peligrosamente estrecho.

Comprobó el indicador de aire de Jessie y la miró a los ojos. Parecían claros y brillantes. Ella respiraba lenta y rítmicamente. Levantó el dedo pulgar y le hizo un guiño de coquetería. Por lo visto había olvidado de momento el peligro de muerte que habían corrido en el *Prosperteer*.

Pitt respondió a su guiño. Ahora la está gozando, pensó.

Empleando señales con las manos para comunicarse, se desplegaron los cuatro en línea encima de la popa y empezaron a recorrer el barco. Las puertas de la camareta alta de popa se habían podrido y el suelo de teca estaba fuertemente carcomido. Todas las superficies llanas estaban revestidas de sedimentos que daban la impresión de una mortaja polvorienta.

El asta de la bandera estaba desnuda; la enseña de los Estados Unidos se había desintegrado hacía tiempo. Los dos cañones de popa apuntaban hacia atrás, mudos y abandonados. Las chimeneas gemelas se alzaban como centinelas sobre los restos de ventiladores, norays y barandillas, y todavía pendían enroscados cables de las grúas. Como en un barrio de chabolas, cada pieza arruinada ofrecía refugio a los erizos de

mar, cangrejos y otras criaturas marinas.

Pitt sabía, por haber estudiado un diagrama del interior del *Cyclops*, que buscar en la sección de popa era una pérdida de tiempo. Las chimeneas se alzaban sobre la sala de máquinas y las dependencias de la tripulación. Si tenían que encontrar la estatua de La Dorada, lo más probable era que estuviese en el compartimiento de carga mixta, debajo del puente y del castillo de proa. Hizo ademán a los otros para que siguiesen en aquella dirección.

Nadaron despacio y prudentemente a lo largo de la pasarela que se extendía sobre las escotillas del carbón, rodeando los grandes cubos de carga y pasando por debajo de las herrumbrosas grúas que parecían alargarse desesperadamente en busca de los rayos refractados por la superficie. Era evidente que el *Cyclops* había sufrido una muerte rápida y violenta. Los restos de las barcas salvavidas estaban fijados en sus pescantes y la superestructura parecía haber sido aplastada por un puño monstruoso.

El extraño puente rectangular tomó lentamente forma en la penumbra verdeazul. Los dos pilares de sustentación del lado de estribor se habían doblado pero la inclinación del casco a babor había compensado el ángulo. En contraste con el resto del barco, el puente permanecía en un plano perfectamente horizontal.

La oscuridad al otro lado de la puerta de la caseta del timón parecía ominosa. Pitt encendió su linterna y penetró lentamente en el interior, teniendo cuidado de no levantar el limo del suelo con sus aletas. Una luz muy débil se filtraba a través de los sucios ojos de buey del mamparo anterior. Limpió de lodo el cristal que cubría el reloj del barco. Las deslustradas saetas se habían inmovilizado en las 12,21. También examinó el gran pedestal donde se hallaba la brújula. El interior era todavía impermeable y la aguja flotaba libre en queroseno, apuntando fielmente al norte magnético. Pitt observó que el barco estaba orientado a 340 grados. En el lado opuesto al de la brújula, cubiertos por una colonia de esponjas que adquirieron un vivo color rojo bajo la luz de la linterna de Pitt, había dos objetos parecidos a postes que se elevaban del suelo y se abrían en abanico en la cima. Pitt, curioso, limpió el de babor y apareció una superficie de cristal a través de la cual pudo difícilmente leer las palabras a toda velocidad, MEDIANA, LENTA, MUY LENTA, STOP y PAREN MÁQUINAS. Era el telégrafo del puente con la sala de máquinas. Advirtió que la saeta metálica apuntaba a toda velocidad. Limpió el cristal del telégrafo de estribor. La aguja señalaba paren máquinas.

Jessie estaba a unos tres metros detrás de Pitt cuando soltó un grito confuso que hizo que a él se le erizasen los cabellos de la nuca. Giró en redondo, pensando que tal vez se la llevaba un tiburón, pero ella estaba señalando frenéticamente un par de cosas que sobresalían del limo.

Dos cráneos humanos, cubiertos de lodo hasta las fosas nasales, miraban a través de las cuencas vacías. Dieron a Pitt la deconcertante impresión de que le estaban

observando. Los huesos de otro tripulante estaban apoyados en la base del timón, con un brazo esquelético introducido todavía entre los radios de la rueda. Pitt se preguntó si alguno de aquellos lastimosos restos podían ser los del capitán Worley.

No había nada más que ver, por lo que Pitt condujo a Jessie fuera de la caseta del timón y por una escalera hacia los camarotes de los tripulantes y los pasajeros. Casi al mismo tiempo, Gunn y Giordino desaparecieron por una escotilla que conducía a una pequeña bodega de carga.

La capa de limo era más fina en esta parte del barco; no más de una pulgada de grueso. La escalera llevaba a un largo pasillo con compartimientos a ambos lados. En cada uno de ellos había literas, lavabos de porcelana, efectos personales desparramados y los restos esqueléticos de sus ocupantes. Pitt perdió pronto la cuenta de los muertos. Se detuvo y añadió aire a su compensador de flotación para mantener equilibrado el cuerpo en posición horizontal. El más ligero contacto de sus aletas levantaría grandes nubes de limo cegador.

Pitt dio una palmada en el hombro de Jessie y enfocó su linterna a un pequeño lavabo con una bañera y dos retretes. Le hizo un ademán interrogador. Ella sonrió y le dio una respuesta cómica pero negativa.

Pitt golpeó casualmente con su linterna una tubería instalada a lo largo del techo y aquella se apagó momentáneamente. La súbita oscuridad fue tan total y sofocante como si les hubiesen metido en un ataúd y cerrado la tapa. Pitt no tenía deseos de permanecer rodeado de oscuridad eterna dentro de la tumba del *Cyclops*, y volvió a encender rápidamente la linterna, revelando una colonia de esponjas de vivos colores rojo y amarillo aferradas a los mamparos del pasillo.

Pronto se evidenció que no encontrarían indicios de La Dorada aquí. Retrocedieron por aquel pasillo de la muerte y subieron de nuevo al castillo de proa. Giordino les estaba esperando y señaló una escotilla que estaba medio abierta. Pitt se deslizó por ella, haciendo chocar sus botellas de aire con el marco, y descendió por una escalera en pésimo estado.

Nadó en lo que parecía ser una bodega destinada a equipajes, serpenteando alrededor de los revueltos escombros en dirección a la luz irreal de la linterna de Gunn. Pasó por encima de un montón de huesos y de un cráneo que tenía la boca abierta en lo que se imaginó Pitt que era un horripilante grito de terror.

Encontró a Gunn examinando atentamente el podrido interior de una caja grande. Los horribles restos esqueléticos de dos hombres estaban embutidos entre la caja y un mamparo.

Por un breve instante, el corazón de Pitt palpitó de excitación y de esperanza, seguro de que habían encontrado el más inestimable tesoro de los mares. Entonces Gunn levantó la cabeza y vio Pitt una amarga desilusión pintada en sus ojos.

La caja estaba vacía.

Desengañados, siguieron registrando la bodega y encontraron algo sorprendente. Yaciendo en las oscuras sombras como un muñeco de goma, había un traje de buzo. Los brazos estaban extendidos, y los pies, calzados con unas botas pesadas al estilo de las de Frankenstein. Unos enmohecidos casco y peto de metal cubrían la cabeza y el cuello. Enroscado a un lado, como una serpiente muerta y gris, estaba el cordón umbilical que contenía el tubo de aire y el cable salvavidas. Estaban cortados a unos dos metros del casco.

La capa de limo sobre el traje de buzo indicaba que yacía allí desde hacía muchos años. Pitt tomó el cuchillo que llevaba sujeto a la pantorrilla derecha y lo empleó para soltar la visera del casco. Ésta cedió lentamente al principio y después se soltó lo bastante para que pudiese arrancarla con los dedos. Entonces dirigió la luz de la linterna al interior del casco. Protegida de los estragos de la destructiva vida marina por el traje de goma y las válvulas de seguridad del casco, la cabeza conservaba todavía cabellos y restos de carne.

Pitt y sus compañeros no eran los primeros en explorar los espantosos secretos del *Cyclops*. Alguien se les había anticipado y se había llevado el tesoro de La Dorada.

Pitt consultó su viejo reloj Doxa y calculó las paradas para descompresión. Añadió un minuto a cada una de ellas, como margen de mayor seguridad para eliminar las burbujas de gas de la sangre y los tejidos y evitar la enfermedad de los buzos.

Después de abandonar el *Cyclops*, habían cambiado las botellas de aire casi vacías por las de reserva y empezado su lenta ascensión a la superficie. A unos metros de distancia, Gunn y Giordino añadieron aire a sus compensadores de flotación para mantenerse a la profundidad debida mientras manejaban el engorroso paquete.

Debajo de ellos, en la penumbra marina, el *Cyclops* yacía desolado y condenado al olvido. Antes de que pasaran otros diez años, sus enmohecidos costados empezarían a combarse hacia dentro y, un siglo más tarde, el fondo del este mar inquieto cubriría los lastimosos restos con una mortaja de limo, dejando solamente unos cuantos trozos incrustados de coral para marcar su tumba.

Encima de ellos, la superficie era como un torbellino de azogue. En la siguiente parada de descompresión, empezaron a sentir el impulso aplastante de las enormes olas y se esforzaron en permanecer juntos en el vacío. Ni pensar en quedarse a una profundidad de seis metros. Su provisión de aire estaba casi agotada y sólo la muerte por ahogamiento les esperaba en las profundidades. No tenían más remedio que subir a la superficie y arrostrar la tempestad.

Jessie parecía tranquila, impertérrita. Pitt se dio cuenta de que no sospechaba el peligro que correrían en la superficie. Sólo pensaba en ver de nuevo el cielo.

Pitt miró el reloj por última vez y señaló hacia arriba con el pulgar. Empezaron a subir al unísono, agarrada Jessie a la pierna de Pitt, y cargando Gunn y Giordino con el paquete. Aumentó la luz y, cuando Pitt miró hacia arriba, se sorprendió al ver un remolino de espuma a pocos metros sobre su cabeza.

Emergió en un seno entre dos olas y fue levantado por una enorme e inclinada pared verde que lo lanzó hacia la cresta como si fuese un juguete en una bañera. El viento zumbó en sus oídos y la espuma del mar le azotó las mejillas. Se quitó la máscara y pestañeó. El cielo del este estaba cubierto de nubes turbulentas, negras como el carbón, mientras ellos flotaban en el mar verdegris. La rapidez con que se acercaba la tormenta era extraordinaria. Parecía saltar de un horizonte al otro.

Jessie apareció de pronto al lado de Pitt y miró con ojos muy abiertos aquellas negras nubes que se abatían sobre ellos. Escupió la boquilla.

—¿Qué es?

—El huracán —gritó Pitt entre aullidos del viento—. Viene más deprisa de lo que nadie se había imaginado.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó ella.

—Suelta tu cinturón de lastre y despréndete de las botellas de aire —dijo él.

No necesitó decir nada a los otros. Habían tirado ya su equipo y estaban abriendo el paquete. Las nubes se extendieron en lo alto y los cuatro se vieron sumergidos en un mundo crepuscular desprovisto de todo color. Estaban aturridos por la violenta exhibición de fuerza atmosférica. El viento redobló de pronto su velocidad llenando el aire de espuma arrancada de las crestas de las olas.

De pronto, el paquete que habían izado con tanto esfuerzo de la barquilla del *Prosperteer* se abrió y se convirtió en un bote hinchable, provisto de un motor fuera borda de veinte caballos, envuelto en una cubierta hermética de plástico. Giordino rodó sobre el costado, seguido de Gunn, y ambos rasgaron frenéticamente la cubierta del motor. Los furiosos vientos apartaron pronto el bote de Pitt y Jessie. La distancia empezó a aumentar con alarmante rapidez.

—¡El ancla! —gritó Pitt—. ¡Arrojad el ancla!

Gunn apenas si oyó a Pitt entre el aullido del viento. Levantó un saco de lona de forma cónica, mantenido abierto por un aro de hierro y lo deslizó sobre el costado del bote. Después lo abrió con una cuerda que sujetó fuertemente a la proa. Con la resistencia del ancla, el bote giró de cara al viento y se alejó más despacio.

Mientras Giordino trajinaba con el motor, Gunn arrojó una cuerda a Pitt, y éste la ató debajo de los brazos de Jessie. Mientras ésta era remolcada hacia el bote, Pitt nadó tras ella, rompiendo las olas sobre su cabeza. La máscara le fue arrancada y el agua salada le azotó los ojos. Redobló su esfuerzo cuando vio que la corriente se estaba llevando el bote más deprisa de lo que él podía nadar.

Giordino metió los musculosos brazos en el agua, agarró las muñecas de Jessie y la izó con la misma facilidad que si hubiese sido una lubina. Pitt frunció los párpados hasta casi cerrarlos del todo. Sintió, más que vio, caer la cuerda sobre su hombro. Podía distinguir a duras penas la cara sonriente de Giordino asomada sobre el costado del bote, mientras tiraba de la cuerda con sus manazas. Después, yació en el fondo del oscilante bote, jadeando y pestañeando para quitarse la sal de los ojos.

—Otro minuto y no habrías podido alcanzar la cuerda —gritó Giordino.

—El tiempo vuela cuando uno se divierte —le gritó Pitt.

Giordino puso los ojos en blanco al oír la jactanciosa respuesta de Pitt y volvió a trabajar en el motor.

El peligro inmediato que les amenazaba era ahora diferente. Hasta que pudiesen arrancar el motor para que les diese cierto grado de estabilidad, una ola grande podía hacerles volcar. Pitt y Gunn arrojaron bolsas de lastre, con lo que redujeron temporalmente la amenaza.

La fuerza del viento era infernal. Tiraba de sus cabellos y de sus cuerpos, y la espuma parecía tan abrasiva sobre su piel como la arena lanzada por un barreno. El pequeño bote hinchable se doblaba bajo la tensión del mar enfurecido y se balanceaba

en manos del vendaval, pero, de algún modo, se resistía a volcar.

Pitt se arrodilló sobre el suelo de caucho endurecido, agarrando la cuerda con una mano y volvió la espalda al viento. Después extendió el brazo izquierdo. Era un antiguo truco de marinero que siempre daba resultado en el hemisferio septentrional. La mano izquierda señalaría hacia el centro de la tormenta.

Estaban ligeramente fuera del centro, consideró. No tendría el respiro de la relativa calma del ojo del huracán. El rumbo de éste estaba a más de cuarenta millas al noroeste. Todavía no había llegado lo peor.

Una ola cayó sobre ellos, y después, otra; dos en rápida sucesión que habrían roto el casco de una embarcación mayor y más rígida. Pero el duro y pequeño bote neumático se sacudió el agua y volvió a la superficie como una foca juguetona. Todos consiguieron agarrarse fuerte y nadie se cayó por la borda.

Por fin Giordino señaló que había puesto en marcha el motor. Nadie podía oírlo sobre el aullido del viento. Rápidamente, Pitt y Gunn izaron el ancla y las bolsas de lastre.

Pitt hizo bocina con una mano y gritó al oído de Giordino:

—¡Navega a favor de la tormenta!

Desviarse en un rumbo lateral era imposible. Las fuerzas combinadas del viento y el agua volcarían el bote. Poner proa a la tormenta significaría una derrota segura a la que no podrían sobrevivir. Su única esperanza era navegar en el sentido de menos resistencia.

Giordino asintió hoscamente y aceleró. El bote se inclinó de lado al virar en un seno de las olas y adentrarse en un mar que se había vuelto completamente blanco con la espuma de la estela. Todos se aplastaron contra el suelo, a excepción de Giordino. Éste siguió sentado, con la cuerda de salvamento enrollada en un brazo y agarrando el timón del motor fuera borda con la mano libre.

El día declinaba lentamente y al cabo de una hora sería de noche. El aire era cálido y sofocante, haciendo difícil la respiración. La pared casi sólida de agua azotada por el viento reducía la visibilidad a menos de trescientos metros. Pitt pidió la máscara a Gunn y levantó la cabeza encima de la proa. Era como estar debajo de las cataratas del Niágara, mirando hacia arriba.

Giordino sintió una helada desesperación cuando el huracán desencadenó toda su furia a su alrededor. Que hubiesen sobrevivido hasta ahora era casi un milagro. Estaba luchando contra el mar turbulento con una especie de frenesí contenido, esforzándose desesperadamente en evitar que su endeble oasis fuese sumergido por una ola. Cambiaba constantemente la marcha, tratando de navegar justo detrás de las imponentes crestas, mirando cautelosamente por encima del hombro, a cada momento, el seno que se abría detrás de la popa en seis metros de profundidad.

Giordino sabía que el fin estaba cerca, ciertamente a no más de una hora si tenían

suerte. Sería fácil hacer girar el bote contra la tormenta y acabar de una vez. Lanzó una rápida mirada a los otros y vio una amplia sonrisa de ánimo en los labios de Pitt. Si el que había sido su amigo durante casi treinta años sentía cerca la muerte, no daba el menor indicio de ello. Pitt agitó vivamente una mano y volvió a mirar por encima de la proa. Giordino no pudo dejar de preguntarse qué estaría mirando.

Pitt estaba estudiando las olas. Éstas eran cada vez más altas y más empinadas. Calculó la distancia entre las crestas y pensó que se estaban acercando como las filas de una formación militar que redujese la marcha.

El fondo se estaba acercando. El oleaje los estaba lanzando a aguas menos profundas.

Pitt aguzó la mirada para penetrar la caótica pared de agua. Poco a poco, como en el revelado de una fotografía en blanco y negro, oscuras imágenes empezaron a tomar forma. La primera que concibió su mente fue la de unos dientes manchados, molares ennegrecidos y frotados por una pasta blanca. La imagen se concretó en unas rocas oscuras, con las olas rompiendo contra ellas en fuertes y continuas explosiones de blanco. Observó cómo se elevaba el agua hacia el cielo al chocar la resaca con una nueva ola. Entonces, al calmarse momentáneamente el oleaje, descubrió un bajo arrecife que se extendía paralelamente a las rocas que formaban una muralla natural delante de una ancha playa. Tenía que ser la isla cubana de Cayo Santa María, pensó.

Nada le costó a Pitt imaginar las probabilidades de la nueva pesadilla: cuerpos hechos trizas en el arrecife de coral o aplastados contra las melladas rocas. Enjugó la sal del cristal de la máscara y miró de nuevo. Entonces lo vio: una posibilidad entre mil de sobrevivir a aquel caos.

Giordino lo había visto también: se trataba de un pequeño canal entre las rocas. Puso proa en aquella dirección, sabiendo que le sería más fácil enhebrar una aguja dentro de una lavadora en funcionamiento.

En los treinta segundos siguientes, el motor fuera borda y la tormenta les hicieron avanzar cien metros. El mar hervía con una sucia espuma sobre el arrecife y la velocidad del viento aumentó, mientras los surtidores de espuma y la oscuridad hacían casi imposible la visión. La cara de Jessie palideció y su cuerpo se puso rígido. Su mirada se cruzó un instante con la de Pitt, temerosa pero confiada. Él le rodeó la cintura con un brazo y apretó con fuerza.

Una ola grande les alcanzó como un alud. La hélice del fuera borda giró más deprisa al levantarse fuera del agua, pero su zumbido de protesta fue ahogado por el ruido ensordecedor de la rompiente. Gunn abrió la boca para gritar una advertencia, pero no brotó de ella ningún sonido. La ola se encorvó sobre el bote y cayó con fantástica fuerza. Arrancó la cuerda del brazo de Gunn, y Pitt vio que éste daba vueltas en el aire como una cometa a la que se le ha roto el cordel.

El bote fue lanzado sobre el arrecife y sumergido en espuma. El coral rasgó el

tejido de caucho y abrió las cámaras de aire; una serie de navajas de afeitar no habrían podido hacerlo con más eficacia. El grueso fondo del bote se deslizó vertiginosamente. Durante varios momentos estuvieron completamente sumergidos. Después, al fin, el fiel y pequeño bote neumático salió a la superficie y se encontraron fuera del acantilado con sólo cincuenta metros de mar abierto separándoles de las melladas rocas, que se erguían negras y mojadas.

Gunn emergió a pocos metros de distancia, jadeando para recobrar el aliento. Pitt alargó un brazo, lo agarró por el tirante del compensador de flotación, y lo izó a bordo. El auxilio le había llegado en el momento preciso. La ola siguiente rugió sobre el arrecife como una manada de animales enloquecidos tratando de escapar del incendio de un bosque.

Giordino continuó tercamente aferrado al motor, que seguía funcionando con la poca fuerza que podían darle sus pistones. No había que ser vidente para saber que la débil embarcación se estaba haciendo pedazos. Sólo la sostenía el aire todavía atrapado en sus cámaras.

Estaban casi al alcance del canal entre las rocas cuando les alcanzó la ola. El seno que la precedía la empujó por la base haciendo que doblase su altura. Su velocidad aumentó al precipitarse hacia la costa rocosa.

Pitt miró hacia arriba. Los amenazadores picos se erguían ante ellos, con el agua hirviendo alrededor de sus cimientos como en una caldera. El bote fue empujado por la ola y, durante un breve instante, Pitt creyó que podría pasar por encima del pico antes de que aquella rompiese. Pero se encorvó de pronto y se estrelló contra las rocas con el estruendo de un trueno, lanzando al maltrecho bote y a sus ocupantes al aire, en medio del torbellino.

Pitt oyó gritar a Jessie a lo lejos. Su aturdida mente lo percibió a duras penas, y se esforzó en responder, pero entonces todo se hizo confuso. El bote cayó con tal fuerza que el motor se desprendió de su soporte y fue lanzado a la playa.

Pitt no recordó nada después de esto. Se abrió un remolino negro y fue engullido por él.

El hombre que era la fuerza impulsora de la Jersey Colony estaba tumbado en un diván de la oficina dentro de la disimulada jefatura del proyecto. Cerró los ojos y reflexionó sobre su encuentro con el presidente en el campo de golf.

Leonard Hudson sabía muy bien que el presidente no se estaría quieto esperando pacientemente otro contacto por sorpresa. El jefe del ejecutivo era un hombre de empuje que no dejaba nada a la suerte. Aunque las fuentes de Hudson dentro de la Casa Blanca y las agencias de información no comunicaban ningún indicio de que fuese a procederse a una investigación, estaba seguro de que el presidente estudiaba una manera de penetrar en el secreto que envolvía al «círculo privado».

Casi podía sentir que se estaba tendiendo una red.

Su secretaria llamó suavemente a la puerta y la abrió.

—Disculpe que le moleste, pero el señor Steinmetz está en la pantalla y desea hablar con usted.

—Iré en seguida.

Hudson puso orden a sus pensamientos mientras se ataba los cordones de los zapatos. A la manera de un ordenador, archivaba un problema y planteaba otro. No le gustaba tener que pelear con Steinmetz, aunque éste *estuviese* a un cuarto de millón de millas de distancia.

Eli Steinmetz era un ingeniero que superaba los obstáculos inventando una solución mecánica y construyéndola después con sus propias manos. Su talento para la improvisación era la razón de que Hudson le hubiese elegido como jefe de la Jersey Colony. Graduado con honores en Caltech, en el MIT, había supervisado la construcción de proyectos en la mitad de los países del mundo, incluida Rusia.

Cuando el «círculo privado» le propuso construir el primer habitáculo humano en suelo lunar, Steinmetz había tardado casi una semana en decidirse, mientras su mente debatía el impresionante concepto y la asombrosa logística de semejante proyecto. Por último aceptó, pero con condiciones.

Él y sólo él elegiría, las personas que tenían que vivir en la Luna. No habría pilotos ni astronautas famosos residentes allí. Todo vuelo espacial sería dirigido por un control de tierra o por ordenadores. Solamente se incluirían hombres cuya especial competencia fuese vital para la construcción de la base. Además de Steinmetz, los tres primeros en establecer la colonia serían ingenieros solares y estructurales. Meses más tarde, se les reunieron un doctor biólogo, un ingeniero geoquímico y un horticultor. Otros científicos y técnicos les siguieron a medida que se creyeron necesarias sus dotes especiales.

Al principio, Steinmetz había sido considerado demasiado viejo. Tenía cincuenta y tres años cuando puso los pies en la Luna, y ahora tenía cincuenta y nueve. Pero

Hudson y los otros miembros del «círculo privado» valoraban la experiencia más que la edad y nunca lamentaron su elección.

Ahora Hudson miró a Steinmetz en la pantalla de vídeo y vio que el hombre estaba sosteniendo una botella con una etiqueta dibujada a mano. A diferencia de los otros colonos, Steinmetz no llevaba barba y se afeitaba la cabeza. Tenía la piel morena y los ojos negros. Era un judío americano de la quinta generación, pero habría pasado inadvertido en una mezquita musulmana.

—¿Qué te parece esto? —dijo Steinmetz—. Chateáu Lunar Chardonnay, 1989. No exactamente añejo. Sólo tuvimos uvas suficientes para hacer cuatro botellas. Hubiésemos debido permitir que las vides del invernadero madurasen otro año, pero nos impacientamos.

—Veo que incluso has hecho una botella para ti —observó Hudson.

—Sí, nuestra planta química piloto está ahora en pleno funcionamiento. Hemos aumentado nuestra producción hasta el punto de que podemos convertir casi dos toneladas de materiales del suelo lunar en noventa y cinco kilos de metal bastardo o doscientos treinta kilos de vidrio en quince días.

Steinmetz parecía estar sentado a una larga mesa plana en el centro de una pequeña cueva. Llevaba una fina camisa de algodón y unos shorts deportivos.

—Pareces estar muy fresco y cómodo —dijo Hudson.

—Dimos prioridad a esto cuando alunizamos —dijo Steinmetz, sonriendo—. ¿Te acuerdas?

—Sellar la entrada de la caverna y presurizar su interior de manera que pudieseis trabajar en una atmósfera confortable sin el engorro de los trajes espaciales.

—Después de llevar aquellos malditos trajes durante ocho meses, no puedes imaginarte el alivio que fue volver a llevar ropa normal.

—Murphy ha observado minuciosamente vuestra temperatura y dice que las paredes de la caverna están aumentando su grado de absorción de calor. Sugiere que enviéis un hombre fuera de ahí y que baje el ángulo de los colectores solares en medio grado.

—Cuidaré de ello.

Hudson hizo una pausa.

—Ahora ya falta poco, Eli.

—¿Ha cambiado mucho la Tierra desde que me marché?

—Todo está igual; sólo que hay más contaminación, más tráfico, más gente.

Steinmetz se echó a reír.

—¿Estás tratando de convencerme para otro período de servicio, Leo?

—Ni soñarlo. Cuando caigas del cielo, vas a ser el hombre más famoso desde los días de Lindbergh.

—Haré que todos nuestros documentos sean empaquetados y cargados en el

vehículo de transferencia lunar veinticuatro horas antes de la partida.

—Espero que no pensarás descorchar tu vino lunar durante el viaje de vuelta a casa.

—No; celebraremos nuestra fiesta de despedida con tiempo suficiente para eliminar todo residuo alcohólico.

Hudson había tratado de andarse con rodeos, pero decidió que era mejor ir directamente al grano.

—Tendréis que enfrentaros con los rusos poco antes de partir —dijo, con voz monótona.

—Ya hemos pasado por eso —replicó con tono firme Steinmetz—. No hay motivos para creer que alunicen a menos de dos mil kilómetros de la Jersey Colony.

—Entonces, buscadles y destruidles. Tenéis las armas y el equipo necesarios para esta expedición. Sus científicos irán desarmados. Lo último que se imaginan es un ataque por parte de hombres que ya están en la Luna.

—Los muchachos y yo defenderemos de buen grado nuestra casa, pero no vamos a salir y matar a hombres desarmados que no sospechan ninguna amenaza.

—Escúchame, Eli —suplicó Hudson—. Existe una amenaza, una amenaza muy grave. Si los soviéticos descubren de algún modo la existencia de la Jersey Colony, pueden ir directamente a ella. Si tú y tu gente volvéis a la Tierra menos de veinticuatro horas después de que alunicen los cosmonautas, la colonia estará desierta y todo lo que hay en ella será una presa fácil.

—Lo comprendo igual que tú —dijo rudamente Steinmetz—, y lo aborrezco todavía más. Pero lo malo es que no podemos demorar nuestra partida. Hemos llegado al límite y lo hemos sobrepasado. No puedo ordenar a estos hombres que continúen aquí otros seis meses o un año, o hasta que tus amigos puedan enviar otra nave que nos lleve desde el espacio a un suave aterrizaje en nuestro mundo. Culpa a la mala suerte y a los rusos, que dejaron filtrar la noticia de su plan de alunizaje cuando era demasiado tarde para que alterásemos nuestro vuelo de regreso.

—La Luna nos pertenece por derecho de posesión —arguyó irritado Hudson—. Hombres de los Estados Unidos fueron los primeros en andar sobre su suelo, y nosotros fuimos los primeros en colonizar la Luna. Por el amor de Dios, Eli, no la entregues a un puñado de ladrones comunistas.

—Maldita sea, Leo, hay bastante Luna para todo el mundo. Además, esto no es exactamente el Jardín del Edén. Fuera de esta caverna la diferencia entre las temperaturas diurnas y las nocturnas pueden llegar a ser de hasta doscientos cincuenta grados Celsius. Dudo de que ni siquiera un casino de juego resultase atractivo aquí. Mira, aunque los cosmonautas cayesen dentro de nuestra colonia, no encontrarían una buena fuente de información. Todos los datos que hemos acumulado los llevaremos con nosotros a la Tierra. Y lo que dejemos atrás podemos destruirlo.

—No seas imbécil. ¿Por qué destruir lo que puede ser utilizado por los próximos colonos, unos colonos permanentes que necesitarán todas las facilidades que puedan conseguir?

Steinmetz pudo ver, en la pantalla, el rostro enrojecido de Hudson a trescientos cincuenta y seis mil kilómetros de distancia.

—Mi posición es clara, Leo. Defenderemos Jersey Colony en caso necesario, pero no esperes que matemos a cosmonautas inocentes. Una cosa es disparar contra una sonda espacial no tripulada y otra muy distinta asesinar a otro ser humano por llegar a un suelo que tiene perfecto derecho a pisar.

Hubo un tenso silencio después de esta declaración, pero Hudson no había esperado menos de Steinmetz. Éste no era cobarde, sino todo lo contrario. Hudson había oído hablar de sus muchas peleas y riñas. Podía ser derribado, pero cuando se levantaba y hervía de furor, podía luchar como diez demonios encarnados.

Los que narraban sus hazañas habían perdido la cuenta de los clientes de tabernas a quienes había vapuleado. Hudson rompió el silencio.

—¿Y si los cosmonautas soviéticos alunizan dentro de un radio de cincuenta kilómetros? ¿Crearás entonces que quieren ocupar Jersey Colony?

Steinmetz rebulló en su silla de piedra, reacio a someterse.

—Tendremos que esperar a verlo.

—Nadie ganó una batalla poniéndose a la defensiva —le amonestó Hudson—. Si alunizan a poca distancia y dan muestras de querer avanzar sobre la colonia, ¿aceptarás un compromiso y atacarás?

Steinmetz inclinó la afeitada cabeza.

—Ya que insistes en ponerme entre la espada y la pared, no me dejas alternativa.

—En esto se juega demasiado —dijo Hudson—. Desde luego, no puede elegir.

La niebla se despejó en el cerebro de Pitt y, uno a uno, sus sentidos volvieron a la vida como luces de un tablero electrónico. Se esforzó en abrir los ojos y fijarlos en el objeto más próximo. Durante medio minuto contempló la piel arrugada de su mano izquierda y, después, la esfera naranja de su reloj sumergible, como si fuese la primera vez que la viese.

A la débil luz del crepúsculo, las saetas fluorescentes marcaban las seis y treinta y cuatro. Sólo habían pasado dos horas desde que habían escapado de la arruinada cabina de control. Más bien parecía una eternidad, y todo era irreal.

El viento seguía aullando, viniendo del mar con la velocidad de un tren expreso, y la espuma de las olas combinada con la lluvia le azotaba la espalda. Trató de incorporarse sobre las manos y las rodillas, pero tuvo la impresión de que sus piernas estaban sujetadas por cemento. Se volvió y miró hacia abajo. Estaban medio enterradas en la arena por la acción excavadora del reflujo.

Pitt yació allí unos momentos más, recobrando fuerzas, como un pecio arrojado a la playa. Las rocas se alzaban a ambos lados de él, como casas flanqueando un callejón. Su primera idea realmente consciente fue que Giordino había conseguido pasar a través del ojo de aguja en la barrera rocosa.

Entonces, entre los aullidos del viento, pudo oír que Jessie llamaba débilmente. Sacó las piernas y se puso de rodillas, balanceándose bajo el vendaval, escupiendo el agua salada que se había introducido en su nariz, en su boca y en su garganta.

Medio a rastras, medio andando a tropezones sobre la pegajosa arena, encontró a Jessie sentada, aturdida, con los cabellos lacios sobre los hombros, y la cabeza de Gunn descansando en su falda. Le miró con ojos absortos que se abrieron de pronto con inmenso alivio.

—Oh, gracias a Dios —murmuró, y la tormenta ahogó sus palabras.

Pitt le rodeó los hombros con los brazos y le dio un apretón tranquilizador. Después volvió su atención a Gunn.

Estaba medio inconsciente. El tobillo roto se había hinchado como una pelota de fútbol. Tenía una fea herida en la cabeza, por encima de la línea de los cabellos, y arañazos en todo el cuerpo producidos por el coral, pero estaba vivo y su respiración era honda y regular.

Pitt hizo pantalla con la mano y observó la playa. Giordino no aparecía por ninguna parte. Al principio, Pitt se negó a creerlo. Transcurrieron los segundos y permaneció como paralizado, inclinando el cuerpo contra el viento, mirando desesperadamente a través de la torrencial oscuridad. Vio un destello anaranjado en la curva de una ola que acababa de romper, e inmediatamente lo reconoció como los restos del bote hinchable. Era presa de la resaca, que lo llevaba mar adentro, para ser

empujado de nuevo por la ola siguiente.

Pitt entró en el agua hasta las caderas, olvidando las olas que rompían a su alrededor. Buceó debajo de la maltrecha embarcación y extendió las manos, tanteando a un lado y otro como un ciego. Sus dedos sólo encontraban tela desgarrada. Impulsado por una profunda necesidad de estar absolutamente seguro, empujó el bote hacia la playa.

Una ola grande le pilló desprevenido y le golpeó la espalda. De alguna manera, consiguió mantenerse en pie y arrastrar el bote hasta aguas poco profundas. Al disolverse y alejarse la capa de espuma, vio un par de piernas que salían de debajo del arruinado bote. La impresión, la incredulidad y una fantástica resistencia a aceptar la muerte de Giordino pasaron por su mente. Frenéticamente, olvidando la fuerza del huracán, acabó de rasgar los restos del bote hinchable y vio que el cuerpo de Giordino flotaba de pie, con la cabeza metida dentro de una cámara de flotación. Pitt sintió primero esperanza y después un optimismo que le sacudió como un puñetazo en el estómago.

Giordino podía estar todavía vivo.

Pitt arrancó el revestimiento interior y se inclinó sobre la cara de Giordino, temiendo en lo más hondo que estuviese azul y sin vida. Pero tenía color y respiraba entrecortada y superficialmente; pero respiraba. El pequeño y musculoso italiano había sobrevivido increíblemente gracias al aire encerrado en la cámara de flotación.

Pitt se sintió súbitamente agotado hasta la médula de los huesos. Agotado emocional y físicamente. Se tambaleó cuando una ráfaga de viento trató de derribarle. Sólo la firme resolución de salvar a todos le mantuvo en pie. Poco a poco, con la rigidez impuesta por miles de cortes y contusiones, pasó los brazos por debajo de Giordino y cargó con él. El peso muerto de los ochenta y cinco kilos de Giordino parecía una tonelada.

Gunn había vuelto en sí y estaba acurrucado junto a Jessie. Miró interrogadoramente a Pitt, que estaba luchando contra el viento bajo el cuerpo inerte de Giordino.

—Tenemos que encontrar un sitio donde resguardarnos —gritó Pitt, con voz enronquecida por el agua salada—. ¿Puedes andar?

—Yo le ayudaré —gritó Jessie, en respuesta.

Ciñó con ambos brazos la cintura de Gunn, afirmó los pies en la arena y lo levantó.

Jadeando por el peso de su carga, Pitt se dirigió a una hilera de palmeras que flanqueaban la playa. Cada seis o siete metros miraba hacia atrás. Jessie, de alguna manera, había conservado su máscara, de modo que era la única que podía mantener los ojos abiertos y ver claramente delante de ellos. Sostenía casi la mitad del peso de Gunn, mientras éste cojeaba a su lado, cerrados los ojos contra la punzante arena y

arrastrando el pie hinchado.

Llegaron hasta los árboles, pero éstos no les resguardaron del huracán. El vendaval doblaba las copas de las palmeras hasta casi tocar el suelo, y sus hojas se desgarraban como papel en una máquina trituradora. Algunos cocos eran arrancados de sus racimos y caían con la velocidad y la peligrosidad de proyectiles de cañón. Uno de ellos rozó el hombro de Pitt, rasgando su piel desnuda. Era como si corriesen por la tierra de nadie en un campo de batalla.

Pitt mantenía la cabeza gacha e inclinada a un lado, observando el suelo directamente delante de él. De pronto se encontró delante una cerca de cadenas. Jessie y Gunn llegaron junto a él y se detuvieron. Pitt miró a derecha e izquierda, pero no vio ninguna abertura y estaba rematada por alambre espinoso inclinado en un fuerte ángulo. Pitt vio también un pequeño aislador de porcelana y comprendió que las cadenas estaban electrizadas.

—¿Hacia donde iremos? —gritó Jessie.

—Guíanos tú —le gritó Pitt al oído—. Ya apenas veo nada.

Ella señaló con la cabeza hacia la izquierda y echó a andar, con Gunn cojeando a su lado. Avanzaron tambaleándose, azotados a cada paso por la fuerza implacable del viento.

Diez minutos más tarde, habían avanzado solamente cincuenta metros. Pitt no podía aguantar mucho más. Tenía los brazos entumecidos y casi no podía sostener a Giordino. Cerró los ojos y empezó a contar los pasos a ciegas, rozando la verja con el hombro para andar en línea recta, convencido de que el huracán tenía que haber cortado la corriente eléctrica.

Oyó que Jessie gritaba algo y entreabrió un ojo. Ella señalaba enérgicamente hacia delante. Pitt se puso de rodillas, tendió delicadamente el cuerpo de Giordino en el suelo y miró más allá de Jessie. Una palmera había sido arrancada de raíz por el furioso viento y arrojada al aire como una monstruosa jabalina, y el árbol había caído sobre la cerca, aplastándola contra la arena.

Con espantosa rapidez, cerró la noche y el cielo se volvió negro como el carbón. Pasaron a ciegas sobre la aplastada valla, como zánganos aturcidos, impulsados por el instinto y por una disciplina interior que les prohibía tumbarse en el suelo y darse por vencidos. Jessie llevaba la delantera, cojeando. Pitt había cargado a Giordino sobre sus hombros y asía con una mano la pretina del pantalón de baño de Gunn, no tanto para apoyarse como para no separarse de él.

Cien metros, otros cien, y, de pronto, Gunn y Jessie parecieron hundirse como si se los tragase la tierra. Pitt soltó a Gunn y cayó hacia atrás, gruñendo cuando todo el peso de Giordino le aplastó el pecho e hizo que se escapara todo el aire de sus pulmones. Después logró salir de debajo de Giordino y alargó una mano en la oscuridad hasta que encontró un vacío.

Jessie y Gunn habían caído por una abrupta pendiente de tres metros a un camino que discurría en el fondo. Pudo distinguir vagamente sus formas amontonadas allá abajo.

—¿Os habéis hecho daño?

—Estábamos ya tan doloridos que no sabríamos decirlo.

La voz de Gunn era amortiguada por el vendaval, pero no tanto como para que Pitt no advirtiese que brotaba de entre unos dientes apretados.

—¿Jessie?

—Estoy bien..., me parece.

—¿Puedes echarme una mano con Giordino?

—Lo intentaré.

—Bájalo —dijo Gunn—. Ya nos arreglaremos.

Pitt arrastró el cuerpo flaccido de Giordino hasta el borde de la pendiente y le bajó sosteniéndole de los brazos. Los otros le sujetaron las piernas hasta que Pitt pudo deslizarse junto a ellos y aguantar la mayor parte del peso. Una vez tendido Giordino cómodamente en el suelo, Pitt miró a su alrededor y examinó el terreno.

El profundo camino constituía un refugio contra la fuerza del viento. La tempestad de arena había cesado y Pitt pudo al fin abrir los ojos. El camino estaba cubierto de conchas aplastadas y apretadas y parecía ser poco utilizado. No se veía ninguna luz en parte alguna, lo cual no era de extrañar, habida cuenta de que todos los habitantes del sector debían de haber evacuado la zona próxima a la costa antes de que llegase con toda su fuerza el huracán.

Tanto Jessie como Gunn estaban casi agotados; su respiración era entrecortada y jadeante. Pitt se dio cuenta de que también él respiraba deprisa y fatigosamente, y de que su corazón latía como un motor a pleno rendimiento. Exhaustos y maltrechos como estaban, todavía parecía un paraíso yacer detrás de una barrera que reducía a la mitad la fuerza del vendaval, pensó Pitt.

Dos minutos más tarde, Giordino empezó a gemir. Le incorporaron despacio y miró a su alrededor, sin ver nada.

—Jesús, qué oscuro está todo —murmuró para sí, mientras su mente salía a rastras de una niebla espesa.

Pitt se arrodilló a su lado y dijo:

—Bienvenido al país de los muertos que andan.

Giordino levantó la mano y tocó la cara de Pitt en la oscuridad.

—¿Dirk?

—En carne y hueso.

—¿Y Jessie y Rudi?

—Los dos están aquí.

—¿Dónde es aquí?

—Más o menos a una milla de la playa. —Pitt no se tomó el trabajo de explicarle cómo habían sobrevivido en la rompiente ni cómo habían llegado a aquel camino. Habría tiempo para esto—. ¿Dónde te has lastimado?

—En todo el cuerpo. Siento como si me ardiese la caja torácica. Creo que me he dislocado el hombro izquierdo; una pierna me duele como si tuviese descoyuntada la rodilla, y siento unos latidos infernales en la base del cráneo, junto al cuello. —Lanzó un juramento—. ¡Maldita sea, lo eché todo a perder! Creí que podríamos pasar entre las rocas. Perdonad mi fracaso.

—¿Me creerías si te dijese que todos seríamos pasto de los peces de no haber sido por ti? —Pitt sonrió y después palpó suavemente la rodilla de Giordino, sacando la conclusión de que tenía un ligamento roto. Después prestó atención al hombro—. No puedo hacerte nada en las costillas, la rodilla ni la cabeza, pero tienes el hombro dislocado, y, si quieres, creo que te lo puedo volver a poner en su sitio.

—Esto me recuerda lo que me hacías cuando jugábamos a fútbol en el Instituto. El médico del equipo se ponía furioso. Decía que debías dejar que lo hiciese él.

—Porque era un sádico —dijo Pitt, agarrando el brazo de Giordino—. ¿Preparado?

—Adelante, arráncame el brazo.

Pitt dio un tirón y el hueso volvió a su sitio con un chasquido perfectamente audible. Giordino lanzó un gemido que se convirtió inmediatamente en un suspiro de alivio. Pitt buscó en la oscuridad, por el lado del camino, hasta que encontró una rama gruesa que había sido arrancada de un pequeño pino, y se la dio a Gunn para que la emplease como cayado, en vez de una muleta. Jessie asió a Gunn de un brazo para que mantuviese el equilibrio, mientras Pitt levantaba a Giordino sobre su pierna sana y le sujetaba con un brazo alrededor de la cintura.

Esta vez fue Pitt quien tomó la delantera, lanzando mentalmente una moneda al aire y caminando hacia la derecha, sin separarse de la alta pared para resguardarse de los continuos ataques de la tormenta. Ahora la marcha era más fácil. No había una gruesa capa de arena donde se hundiesen sus pies, ni árboles caídos con los que pudiesen tropezar, ni siquiera el tormento de la lluvia impulsada por el viento, pues la alta pared hacía que pasara sobre sus cabezas. Sólo veían el camino que se adentraba en la turbulenta oscuridad.

Al cabo de una hora, Pitt calculó que habrían caminado más o menos un kilómetro. Estaba a punto de decir que se detuviesen para descansar, cuando Giordino se irguió de pronto y se detuvo tan inesperadamente que perdió el apoyo de Pitt y cayó al suelo.

—¡Barbacoa! —gritó—. ¿No lo oléis? Alguien está asando carne de buey.

Pitt husmeó el aire. El aroma era débil pero inconfundible. Levantó a Giordino y siguió adelante. El olor a carne asada sobre carbón se hizo más fuerte a cada paso. Al

cabo de unos cincuenta metros encontraron una maciza puerta de hierro cuyos barrotes habían sido forjados en forma de delfines. Una pared coronada por vidrios rotos se extendía a ambos lados y, en uno de éstos, se hallaba la caseta del guarda. Como era de esperar, con el tiempo que hacía, no había nadie en ella.

La verja, de más de cuatro metros de altura, se erguía hacia el cielo de ébano y estaba cerrada, pero las puertas exterior e interior de la caseta del guarda estaban abiertas, y las cruzaron.

A poca distancia de allí, el camino terminaba en un paseo circular que pasaba delante de lo que, en la tormentosa oscuridad, parecía ser un montículo, pero que, al acercarse ellos, se convirtió en una estructura parecida a un castillo cuyos tejado y tres costados estaban recubiertos de tierra arenosa y protegidos con palmitos y arbustos propios del lugar. Solamente la fachada del edificio permanecía descubierta, desnuda y sin ventanas y con sólo una enorme puerta de caoba artísticamente tallada con peces de tamaño natural.

—Me recuerda un templo egipcio enterrado —dijo Gunn.

—Si no fuese por la puerta adornada —dijo Pitt—, yo diría que es una especie de depósito de pertrechos militares.

Jessie les sacó de su error.

—Una casa acondicionada. La tierra es un aislante ideal de las temperaturas y la humedad. Es el principio que se empleaba en las casas de la primitiva pradera americana. Yo conozco a un arquitecto especializado en diseñarlas.

—Parece deshabitada —observó Giordino.

Pitt probó el pomo de la puerta. La puerta cedió. Pitt empujó y abrió. El olor a comida llegó de alguna parte del oscuro interior.

—No huele a deshabitada —dijo Pitt.

El vestíbulo estaba pavimentado con baldosas de dibujo español e iluminado por varias velas grandes colocadas en un alto candelero. Las paredes eran de bloques tallados de piedra negra de lava y la única decoración era una horrible pintura de un hombre ensartado en los colmillos de un monstruo marino en forma de serpiente. Entraron y Pitt cerró la puerta a sus espaldas.

Por alguna extraña razón, el aullido de la tempestad y la fatigosa respiración de los intrusos parecían aumentar el silencio mortal de la casa.

—¿Hay alguien aquí? —gritó Pitt.

Repitió otras dos veces la pregunta, pero la única respuesta fue un silencio misterioso. Un oscuro corredor les atraía, pero Pitt vaciló. Percibió otro olor. A humo de tabaco. Más fuerte que el gas casi letal producido por los cigarros del almirante Sandecker. Pitt no era experto en la materia, pero sabía que los cigarros caros apestaban más que los baratos. Sospechó que el humo procedía de un habano de alta calidad.

Se volvió a los otros.

—¿Qué opináis?

—¿Tenemos otra alternativa? —preguntó, aturdido, Giordino.

—Dos —respondió Pitt—. Podemos salir de aquí mientras podamos, y desafiar al huracán. Después, cuando empiece a amainar, podemos tratar de robar una barca y volver a Florida...

—O entregarnos a los cubanos —le interrumpió Gunn.

—Así está la cosa.

Jessie sacudió la cabeza y le miró con ojos tiernos.

—No podemos volver atrás —dijo pausadamente y sin sombra de miedo—. La tormenta puede tardar días en amainar y ninguno de nosotros está en condiciones de sobrevivir cuatro horas más. Yo propongo que corramos el riesgo con el Gobierno de Castro. Lo peor que puede hacernos es meternos en la cárcel hasta que el Departamento de Estado negocie nuestra liberación.

Pitt miró a Gunn.

—¿Qué dices tú, Rudi?

—Estamos destrozados, Dirk. Lo que dice Jessie es lógico.

—¿Y tú qué opinas, Al?

Giordino se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, amigo, volveré nadando a los Estados Unidos. —Y Pitt supo que lo decía en serio—. Pero la verdad es que no podemos aguantar mucho más. Lamento decirlo, pero creo que deberíamos arrojar la toalla.

Pitt les miró y pensó que no habría podido tener un equipo mejor para enfrentarse a una situación desagradable, y no hacía falta ser vidente para saber que las cosas iban a ser ciertamente muy desagradables.

—Está bien —dijo, con una triste sonrisa—. Vamos a interrumpirles la fiesta.

Echaron a andar por el pasillo y pronto pasaron por debajo de un arco que se abría a un vasto cuarto de estar decorado con antigüedades españolas. Tapices gigantes pendían de las paredes, representando galeones que navegaban en mares crepusculares o eran arrojados implacablemente contra los arrecifes por furiosas tormentas. El mobiliario tenía un aire náutico; la habitación estaba iluminada por antiguas linternas de barco, de cobre y cristal coloreado. La chimenea resplandecía con un fuego que calentaba la habitación hasta una temperatura de invernadero.

No se veía un alma en parte alguna.

—Horrible —murmuró Jessie—. Nuestro anfitrión tiene un gusto espantoso para la decoración.

Pitt levantó una mano, pidiéndole silencio.

—Voces —dijo suavemente—. Vienen de aquel otro arco, entre las dos armaduras.

Pasaron a otro corredor, que estaba débilmente iluminado por candelabros a intervalos de diez pies. El ruido de risas y palabras confusas, de voces tanto masculinas como femeninas, se hizo más fuerte. Una luz se filtraba por debajo de una cortina, delante de ellos. Esperaron un segundo y, después, corrieron la cortina a un lado y entraron.

Se encontraron en un largo comedor ocupado por casi cuarenta personas, que interrumpieron sus conversaciones y se quedaron mirando a Pitt y a sus acompañantes con la pasmada expresión de un grupo de campesinos en su primer encuentro con extraterrestres.

Las mujeres vestían elegantes trajes de noche, mientras que la mitad de los hombres iban de smoking y la otra mitad vestía uniforme militar. Varios criados que servían la mesa se quedaron petrificados como personajes de una película súbitamente encallada. El pasmado silencio era tan espeso como una manta de lana. Parecía una escena tomada de un melodrama de Hollywood de principio de los años treinta.

Pitt se dio cuenta de que él y sus amigos debían tener un aspecto muy extraño. Empapados en agua, con la ropa sucia y hecha jirones, contusa y rasgada la piel, con huesos rotos y músculos distendidos. Con los cabellos pegados a la cabeza, debían parecer ratas ahogadas y lanzadas a la orilla de un río contaminado.

Pitt miró a Gunn y dijo:

—¿Cómo se dice «Perdonen la intromisión» en español?

—No tengo la menor idea. Sólo estudié francés en el colegio.

Entonces vio Pitt que la mayoría de los hombres de uniforme eran altos oficiales soviéticos. Sólo uno parecía ser cubano.

Jessie estaba en su elemento. A Pitt le pareció majestuosa, incluso con su vestido de safari hecho jirones.

—Alguno de ustedes, caballeros, ¿quiere ofrecerle una silla a una dama? —preguntó ella.

Antes de que recibiese respuesta, diez hombres con metralletas rusas entraron en la habitación y les rodearon, impávidos como esfinges y apuntando con sus armas a los cuatro. Tenían los ojos helados y los labios apretados. Pitt se dio perfecta cuenta de que habían sido adiestrados para matar cuando se lo ordenasen.

Giordino, parecía un hombre atropellado por un camión de basura, se irguió fatigosamente en toda su estatura y miró atrás.

—¿Viste alguna vez tantas caras sonrientes? —preguntó con naturalidad.

—No —dijo Pitt, iniciando una malévola sonrisa—. No desde Little Big Horn.

Jessie no les oyó. Como en trance, se abrió paso entre los guardias y se detuvo cerca de la cabecera de la mesa, mirando a un hombre alto y de cabellos grises, vestido de etiqueta, que la miró a su vez con asombro e incredulidad.

Ella se echó atrás los mojados y revueltos cabellos y adoptó una sofisticada actitud felina. Después, dijo en voz suave y autoritaria.

—Por favor, Raymond, sirve a tu esposa un vaso de vino.

Hagen viajó veinticinco kilómetros al este de Colorado Springs por la Autopista 94, hasta Enoch Road. Entonces torció a la derecha y llegó a la entrada principal del Centro Unificado de Operaciones Espaciales.

Había costado dos mil millones de dólares, ocupaba una superficie de doscientas cincuenta hectáreas y el personal se componía de cinco mil hombres, entre militares y paisanos. Controlaba todos los vuelos de vehículos y transbordadores espaciales, así como los programas de escucha de satélites. Toda una comunidad aeroespacial crecía alrededor del Centro, cubriendo cientos de hectáreas con zonas residenciales, instalaciones científicas e industriales, plantas manufactureras y de alta tecnología, y pistas de prueba para la Fuerza Aérea. En menos de diez años, la que había sido una tierra de pastos, habitada por pequeñas manadas de ganado, se había convertido en la «Capital Espacial del Mundo».

Hagen mostró su tarjeta de identificación de seguridad, condujo hacia el aparcamiento y se detuvo delante de una entrada lateral del enorme edificio. No se apeó del coche, sino que abrió su cartera y sacó su gastado bloc de notas. Lo abrió por una página donde había tres nombres y añadió un cuarto.

Raymond LeBaron...Paradero desconocido.

Leonard Hudson...ídem.

Gunnar Eriksen...ídem.

General Clark Fisher...Colorado Springs.

La llamada de Hagen al Drake Hotel, desde el laboratorio Pattenden, había alertado a su viejo amigo del FBI, que había localizado el número de Anson Jones como el de un teléfono secreto de la residencia de un oficial de la Base Peterson de la Fuerza Aérea, en las afueras de Colorado Springs. La casa estaba ocupada por el general de cuatro estrellas Clark Fisher, jefe del Mando Espacial Militar Conjunto.

Haciéndose pasar por inspector de la campaña contra insectos nocivos, Hagen había podido recorrer la casa con permiso de la esposa del general. Afortunadamente para él, ésta lo consideró como llovido del cielo para poder quejarse de un ejército de arañas que habían invadido su vivienda. Él la escuchó atentamente y le prometió combatir los insectos con todas las armas de que disponía. Después, mientras ella trajinaba con la cocinera, probando una nueva receta de gambas salteadas con albaricoques, Hagen registró el despacho del general.

Su búsqueda reveló solamente que Fisher daba mucha importancia a la seguridad. Hagen no encontró nada en los cajones, los archivos o lugares ocultos que pudiesen resultar interesantes para un agente soviético o para él mismo. Decidió esperar a que el general diese por terminada su jornada de trabajo y registrar entonces su despacho en el Centro Espacial. Al salir por la puerta de atrás, la señora Fisher estaba hablando

por teléfono y se limitó a despedirle con un ademán. Hagen se detuvo un momento y oyó que le decía al general que, cuando volviese a casa, hiciese una parada para comprar una botella de jerez.

Hagen guardó el bloc en la cartera y sacó de ésta una lata de Coca Cola sin calorías y un grueso bocadillo de salami con pepinillos cortados, envuelto en un papel encerado y con el nombre del establecimiento impreso en ambos lados. La temperatura de Colorado había refrescado considerablemente después de ponerse el sol detrás de las montañas Rocosas. La sombra de Pike's Peak se extendió sobre los llanos, cubriendo con su oscuro velo el paisaje.

Hagen no advirtió la belleza escénica que se desplegaba ante él a través del parabrisas. Le inquietaba demasiado el hecho de no tener un firme control sobre ningún miembro del «círculo privado». Tres de los nombres de su lista permanecían ocultos, Dios sabía dónde, y al cuarto debía considerarlo inocente mientras no se probase lo contrario. Solamente un número de teléfono y su instinto le hacían sospechar que Fisher intervenía en la conspiración de Jersey Colony. Tenía que estar absolutamente seguro, y, más importante aún, necesitaba desesperadamente una pista que le condujese al hombre siguiente.

Hagen interrumpió sus reflexiones al fijar la mirada en el espejo retrovisor. Un hombre con uniforme azul de oficial salía por la puerta lateral, que mantenía abierta un sargento de cinco galones, o comoquiera que llamase la Fuerza Aérea a sus suboficiales en aquellos días. El oficial era alto, de constitución atlética, llevaba cuatro estrellas en las hombreras y era muy apuesto, al estilo Gregory Peck. El sargento le acompañó hasta un coche azul de la Fuerza Aérea y abrió rápidamente la portezuela de atrás.

Algo en aquella escena disparó un resorte en la mano de Hagen. Se irguió en su asiento y se volvió para mirar osadamente por la ventanilla. Fisher se estaba inclinando para entrar en la parte de atrás de su automóvil y sostenía una cartera. Era esto lo que le había llamado la atención. No sostenía la cartera por el asa como hubiese parecido normal. Fisher la agarraba como una pelota de rugby, debajo del brazo y contra el costado del pecho.

Hagen no tuvo reparo en cambiar el plan que había proyectado cuidadosamente. Improvisó en el acto, olvidando rápidamente el registro del despacho de Fisher. Si su súbita inspiración no daba resultado, siempre podría volver atrás. Puso en marcha el motor y cruzó la zona de aparcamiento detrás del coche del general.

El chófer de Fisher llegó a la encrucijada y giró hacia la Autopista 94 con el semáforo en ámbar. Hagen se detuvo, hasta que menguó el tráfico. Entonces cruzó en rojo y aceleró hasta acercarse lo bastante al automóvil azul de la Fuerza Aérea como para distinguir la cara del chófer a través del espejo retrovisor. Mantuvo esta posición, para ver si se producía algún contacto visual. No se produjo ninguno. El

sargento no era receloso y no comprobaba si le seguían. Hagen presumió con razón que aquel hombre no había sido instruido sobre tácticas defensivas contra un posible ataque terrorista.

Después de una ligera curva de la autopista, aparecieron las luces de un centro comercial. Hagen miró su velocímetro. El sargento viajaba a cinco millas por debajo de la velocidad máxima autorizada. Hagen cambió de carril y lo adelantó. Aceleró ligeramente y después redujo la marcha para entrar en la desviación que conducía al centro comercial, apostando a que en una de las tiendas venderían licores y a que el general Fisher no habría olvidado el encargo de su esposa de que comprase una botella de jerez.

El coche de la Fuerza Aérea pasó de largo.

—¡Maldición! —murmuró Hagen.

Entonces se le ocurrió pensar que cualquier militar de servicio habría comprado el licor en la cantina de su base, donde lo vendían mucho más barato que en las tiendas.

Fue detenido unos segundos por una mujer que trataba de salir marcha atrás de su plaza en el parking. Cuando al fin pudo pasar, salió de nuevo a gran velocidad a la carretera. Afortunadamente, el coche de Fisher se había encontrado con un semáforo en rojo en el primer cruce y Hagen pudo alcanzarlo y adelantarlo de nuevo.

Pisó el acelerador a fondo, tratando de aumentar lo más posible la distancia entre los dos vehículos. Al cabo de dos kilómetros, giró hacia la estrecha carretera que conducía a la puerta principal de la Base Peterson de las Fuerzas Aéreas. Mostró su tarjeta de identificación al policía militar que permanecía rígido junto a la puerta, llevando un casco blanco, un pañuelo de seda del mismo color y una funda negra de cuero que contenía un revólver con culata de nácar.

—¿Dónde está la cantina? —preguntó Hagen. El policía señaló y dijo:

—Recto hasta la segunda señal de stop. Entonces gire a la izquierda hacia el depósito de agua. Un gran edificio gris. No puede dejar de verlo.

Hagen le dio las gracias y arrancó en el momento en que el coche de Fisher se detenía detrás de él y era inmediatamente autorizado para cruzar la puerta. Tomándose tiempo, se mantuvo dentro del límite de velocidad de la base y entró en el parking de la cantina con sólo veinte metros de ventaja sobre Fisher. Se detuvo entre un Jeep Wagoneer y una camioneta Dodge con una caravana que ocultaba casi por entero a su coche. Salió de detrás del volante, apagando las luces pero conservando el motor en marcha.

El automóvil del general se había detenido, y Hagen se le acercó pausadamente y en línea recta, preguntándose si Fisher se apearía para comprar el jerez o enviaría al sargento a cumplir el encargo.

Hagen sonrió para sí. Hubiese debido saberlo. Desde luego, el general envió al sargento.

Hagen llegó al automóvil casi en el mismo momento en que el sargento entraba en la cantina. Miró rápidamente a su alrededor, para ver si alguna persona que estuviera esperando en un coche aparcado miraba casualmente en su dirección o si un comprador pasaba empujando un carrito cerca de allí. El viejo tópico «No hay moros en la costa» pasó por su mente.

Sin la menor vacilación ni pérdida de tiempo, Hagen sacó una pesada porra de goma de un bolsillo especial debajo de una manga de su cazadora, abrió la portezuela de atrás del automóvil y describió un breve arco con el brazo. Nada de saludos ni de conversación trivial. La porra alcanzó a Fisher exactamente en el mentón.

Hagen arrancó la cartera de encima de las rodillas del general, cerró la portezuela y volvió con naturalidad a su coche.

Desde el principio hasta el fin, la acción no había durado más de cuatro segundos.

Mientras se alejaba de la cantina en dirección a la puerta principal, calculó mentalmente el tiempo. Fisher estaría inconsciente durante treinta minutos o tal vez una hora. El sargento tardaría de cuatro a seis minutos en encontrar el jerez, pagarlo y volver al coche. Otros cinco minutos antes de que diese la señal de alarma, siempre que el sargento se diese cuenta de que el general estaba sin sentido en el asiento de atrás.

Hagen se sintió satisfecho de sí mismo. Habría cruzado la puerta principal y estaría a medio camino del aeropuerto de Colorado Springs antes de que la policía militar se enterase de lo que había ocurrido.

Una nevada prematura empezó a caer sobre el sur de Colorado poco después de la medianoche. Al principio la nieve se derretía al tocar el suelo, pero pronto se formó una capa de hielo sobre la que empezó a cuajar. Más hacia el este, los vientos arreciaron y las patrullas de carreteras de Colorado cerraron las carreteras regionales más estrechas debido a las condiciones atmosféricas.

Dentro de un pequeño reactor Lear aparcado en el extremo de la terminal, Hagen se sentó a una mesa y estudió el contenido de la cartera del general Fisher. La mayor parte era material secreto que tenía que ver con las operaciones cotidianas del centro espacial. Un legajo de papeles se refería al vuelo de la nave espacial *Gettysburg*, que había sido lanzada hacía sólo dos días de la Base Vandenberg de la Fuerza Aérea, en California. Le divirtió encontrar, en uno de los compartimentos de la cartera, una revista pornográfica. Pero la pieza más importante era una libreta encuadernada en cuero negro y que contenía un total de treinta y nueve nombres y números de teléfono. Ninguna dirección y ninguna nota; solamente los nombres y los números, divididos en tres secciones. En la primera, había catorce; en la segunda, diecisiete, y en la tercera, ocho.

Ninguno de ellos llamó la atención a Hagen. Posiblemente no eran más que amigos o compañeros de Fisher. Miró la tercera lista, cuando el cansancio hacía que

su visión se tornase confusa.

De pronto, el primer nombre cobró relieve. No el apellido, sino el nombre.

Sorprendido, contrariado de que se le hubiese pasado por alto algo tan sencillo, una clave tan evidente que a nadie habría engañado, copió la lista en su bloc y completó tres de los nombres añadiendo el apellido correcto.

Gunnar Monroe/Eriksen

Irwin Dupuy

Leonard Murphy/Hudson

Daniel Klein

Steve Larson

Ray Sampson/LeBaron

Dean Beagle

Clyde Ward

Ocho nombres en vez de nueve... Finalmente, Hagen sacudió la cabeza, sorprendido de la lentitud con que había captado el hecho evidente de que habría sido inverosímil que el general Clark Fisher hubiese incluido su propio nombre en una lista de teléfonos.

Casi había llegado a la meta, pero su entusiasmo era mitigado por la fatiga; no había dormido en veintidós horas. La arriesgada empresa de robar la cartera del general Fisher había producido resultados inesperados. En vez de una pista, tenía cinco, todos los restantes miembros del «círculo privado». Ahora lo único que tenía que hacer era comprobar los primeros nombres con los números de teléfono, y el éxito sería completo.

Pero todo esto no eran más que ilusiones. Había cometido un error de aficionado al mencionar al general Clark Fisher, alias Anson Jones, por teléfono desde el Laboratorio Pattenden. Le había parecido que era una astuta maniobra encaminada a inducir a los conspiradores a cometer una equivocación y darle una oportunidad. Pero ahora se daba cuenta de que no era más que engreimiento mezclado con una buena dosis de estupidez.

Fisher pondría sobre aviso al «círculo privado», si no lo había hecho ya, pero ahora nada podía hacer Hagen. El daño estaba hecho. No tenía más remedio que lanzarse de cabeza.

Estaba mirando a lo lejos cuando el piloto del avión entró en el compartimiento principal de la cabina.

—Disculpe que le interrumpa, señor Hagen, pero se espera que arrecie la nevada. La torre de control acaba de informarme de que van a cerrar el aeropuerto. Si no emprendemos ahora el vuelo, tal vez no podremos hacerlo hasta mañana por la tarde.

Hagen asintió con la cabeza.

—Sería una tontería quedarnos aquí.

—¿Quiere darme el punto de destino?

Hubo una breve pausa mientras Hagen miraba sus notas escritas a mano en el bloc. Decidió dejar a Hudson para el final. Además, Eriksen, Hudson y Daniel Klein o quienquiera que fuese, todos tenían el mismo prefijo en el teléfono. Reconoció el prefijo detrás del nombre de Clyde Ward y se decidió por éste, simplemente porque se hallaba a sólo unos pocos cientos de millas al sur de Colorado Springs.

—Albuquerque —dijo al fin.

—Sí, señor —respondió el piloto—. Si se abrocha el cinturón, despegaremos dentro de cinco minutos.

En cuanto hubo desaparecido el piloto en la cabina de mandos, Hagen se quitó los shorts y se tumbó en una blanda litera. Estaba profundamente dormido antes de que las ruedas del avión se elevasen de la pista cubierta de nieve.

El miedo que inspiraba Dan Fawcett, jefe de personal del presidente, dentro de la Casa Blanca, era enorme. La suya era una de las posiciones de más poder en Washington. Era el guardián del sanctasanctórum. Virtualmente, todos los documentos o memorándums enviados al presidente pasaban por sus manos. Y nadie, ni siquiera los miembros del Gabinete y los líderes del Congreso, podía entrar en el Salón Oval sin la aprobación de Fawcett.

Nunca había nadie, fuese de rango inferior o superior, que se negase a aceptar un no como respuesta. Por consiguiente, no supo cómo reaccionar al mirar desde su mesa los ojos ardientes de indignación del almirante Sandecker. Fawcett no recordaba haber visto a un hombre tan encolerizado y tuvo la impresión de que el almirante estaba poniendo en juego todo su sentido de la disciplina para dominar su ira.

—Lo siento, almirante —dijo Fawcett—, pero la agenda del presidente está llena. No tengo manera de hacerle pasar.

—Lo hará —dijo Sandecker con labios apretados.

—Es imposible —replicó Fawcett con firmeza.

Sandecker apoyó lenta y sacrilegamente los brazos y las manos sobre los papeles desparramados en la mesa de Fawcett y se inclinó hasta que sólo unos centímetros separaron sus narices.

—Dígale a ese hijo de perra —gruñó— que acaba de matar a tres de mis mejores amigos. Y a menos que me dé una buena razón de por qué lo ha hecho, voy a salir de aquí, celebrar una conferencia de prensa y revelar tantos secretos sucios que su preciosa administración quedará marcada durante el resto de su mandato. ¿Lo comprende, Dan?

Fawcett permaneció sentado, sin que su cólera reciente pudiera dominar su espanto.

—Con ello sólo destruiría su carrera. ¿Qué ganaría?

—Creo que no me ha entendido. Se lo repetiré. El presidente es responsable de la muerte de tres de mis más queridos amigos. Usted conoce a uno de ellos. Se llama Dirk Pitt. De no haber sido por Pitt, el presidente estaría descansando en el fondo del mar en vez de estar sentado en la Casa Blanca. Ahora quiero saber por qué ha tenido que morir Pitt. Y si me cuesta mi carrera como jefe de la NUMA, es problema mío.

La cara de Sandecker estaba tan cerca de la de Fawcett que éste habría jurado que la barba roja del almirante tenía vida propia.

—¿Ha muerto Pitt? —dijo tontamente—. No lo sabía...

—Dígale al presidente que estoy aquí —le interrumpió Sandecker, en tono acerado—. Me recibirá.

La noticia había sido tan inesperada que Dan Fawcett estaba desconcertado.

—Informaré al presidente de lo de Pitt —dijo, hablando muy despacio.

—No hace falta. Sé que lo sabe. Tenemos las mismas fuentes de información.

—Necesito tiempo para averiguar lo que ha ocurrido —dijo Fawcett.

—No tiene tiempo —dijo fríamente Sandecker—. La ley sobre energía nuclear que propone el presidente tiene que ser votada mañana por el Senado. Imagínese lo que podría ocurrir si se informase al senador George Pitt que el presidente ha tenido que ver con el asesinato de su hijo. No hace falta que le describa lo que pasará cuando el senador deje de apoyar la política presidencial y empiece a oponerse a ella.

Fawcett era lo bastante listo para reconocer desde lejos una emboscada. Se echó atrás en su sillón, cruzó las manos y las contempló durante unos momentos. Después se levantó y se dirigió al pasillo.

—Venga conmigo, almirante. El presidente está reunido con el secretario de Defensa, Jess Simmons. Pero deben de estar a punto de terminar.

Sandecker esperó fuera del Salón Oval, mientras Fawcett entraba, pedía disculpas y murmuraba unas palabras al presidente. Dos minutos más tarde, salió Jess Simmons y cambió un saludo amistoso con el almirante; Fawcett salió detrás de él e hizo una seña a Sandecker para que entrase.

El presidente salió de detrás de su mesa y estrechó la mano de Sandecker. Su rostro era inexpresivo; su actitud, natural y tranquila, y sus ojos inteligentes se fijaron en la mirada ardiente de su visitante.

Se volvió Fawcett.

—Disculpenos, Dan. Quisiera hablar a solas con el almirante Sandecker.

Fawcett salió sin decir palabra y cerró la puerta a su espalda.

El presidente señaló un sillón y sonrió.

—¿Por qué no nos sentamos y descansamos un poco?

—Prefiero estar de pie —dijo secamente Sandecker.

—Como usted guste. —El presidente se sentó en un mullido sillón y cruzó las piernas—. Siento lo de Pitt y los demás —dijo, sin preámbulos—. Nadie quería que esto sucediese.

—¿Puedo preguntar, respetuosamente, qué diablos está pasando?

—Dígame una cosa, almirante. ¿Me creería si le dijese que, cuando pedí su colaboración para enviar una tripulación en el dirigible, pretendía algo más que la simple búsqueda de una persona desaparecida?

—Sólo si hubiese una razón sólida para confirmarlo.

—¿Y creería también que, además de buscar a su marido, la señora LeBaron formaba parte de un complicado plan para establecer una línea directa de comunicación entre Fidel Castro y yo?

Sandecker miró fijamente al presidente, dominando momentáneamente su cólera. Al almirante no le impresionaba en absoluto el jefe de la nación. Había visto llegar y

marcharse a demasiados presidentes, y conocido bien sus flaquezas humanas. No habría colocado a ninguno de ellos sobre un pedestal.

—No, señor presidente, no puedo creerlo —dijo, en tono sarcástico—. Si la memoria no me engaña, tiene usted un secretario de Estado muy hábil en Douglas Oates, respaldado por un Departamento de Estado que ocasionalmente se muestra eficaz. Yo diría que están en mejores condiciones para comunicar con Castro a través de los canales diplomáticos existentes.

El presidente sonrió irónicamente.

—Hay veces en que las negociaciones entre países hostiles deben desviarse de los caminos de la diplomacia. Supongo que en esto está de acuerdo.

—Sí.

—Usted no se mete en política, ni en asuntos de Estado, ni en fiestas de sociedad de Washington, ni en camarillas, ¿verdad, almirante?

—Cierto.

—Pero si yo le diese una orden, la obedecería.

—Sí, señor —respondió Sandecker, sin vacilar—. A menos, naturalmente, que fuese ilegal, inmoral o anticonstitucional.

El presidente reflexionó un momento. Después asintió con la cabeza y alargó una mano hacia un sillón.

—Por favor, almirante. Tengo el tiempo limitado, pero le explicaré brevemente lo que pasa. —Hizo una pausa hasta que Sandecker se hubo sentado—, Veamos... Hace cinco días, un documento secreto escrito por Fidel Castro pasó disimuladamente desde La Habana a nuestro Departamento de Estado. En el fondo, era una proposición para allanar el camino a unas relaciones positivas y constructivas entre Cuba y los Estados Unidos.

—¿Qué tiene esto de sorprendente? —preguntó Sandecker—. Ha estado buscando establecer mejores lazos desde que el presidente Reagan le echó a patadas de Granada.

—Cierto —convino el presidente—. Hasta ahora, el único acuerdo al que hemos llegado en la mesa de negociaciones ha sido el de elevar los cupos de inmigración para disidentes cubanos que vengan a Norteamérica. Sin embargo, esto va mucho más allá. Castro quiere que le ayudemos a sacudirse el yugo de Rusia.

Sandecker le miró con escepticismo.

—El odio de Castro contra los Estados Unidos es una obsesión. ¿Por qué diablos está haciendo todavía maniobras para el caso de una invasión? Y los rusos no dejarán que les echen de allí. Cuba representa su única cabeza de puente en el hemisferio occidental. Y si, en un momento de locura, le retirasen su apoyo, la isla se hundiría en un caos económico. Cuba no puede mantenerse por sí sola en pie; no tiene recursos para ello. Yo no daría crédito a Fidel, aunque el propio Cristo le aplaudiese.

—Es un hombre voluble —convino el presidente—, pero no menosprecie sus intenciones. Los soviéticos están enterrados en su propio caos económico. La paranoia del Kremlin contra el mundo exterior ha hecho que su presupuesto militar alcance alturas astronómicas que ya no pueden soportar. El nivel de vida de sus ciudadanos es el peor de todas las naciones industrializadas. Sus cultivos agrícolas, sus objetivos industriales, sus exportaciones de petróleo, están por los suelos. Han perdido los medios de seguir extrayendo una ayuda masiva de los países del bloque del Este. Y en la situación de Cuba, los rusos han llegado a un punto donde exigen más de lo que ofrecen. Los días de las ayudas de mil millones de dólares, de los préstamos benévolos, del suministro de armas baratas, han quedado atrás. Se acabaron los regalos.

Sandecker sacudió la cabeza.

—Aun así, si yo estuviera en el lugar de Castro, lo consideraría un mal regalo. Es imposible que el Congreso apruebe subvenciones de miles de millones de dólares para Cuba, y los doce millones de habitantes de la isla difícilmente pueden vivir sin artículos de importación.

El presidente miró el reloj de encima de la repisa de la chimenea.

—Dispongo solamente de otro par de minutos. En todo caso, lo que más teme Castro no es el caos económico ni una contrarrevolución, sino el lento y continuo aumento de la influencia soviética en todos los rincones de su Gobierno. Los hombres de Moscú pican un poco aquí, roban un poco allá, esperando con paciencia el momento oportuno para hacer las maniobras adecuadas para dominar el Gobierno y controlar los recursos del país. Hasta ahora no se ha dado cuenta Castro de que sus amigos del Kremlin están intentando segarle la hierba bajo los pies para apoderarse de Cuba. Su hermano, Raúl, se quedó pasmado cuando se enteró de la grave infiltración de su cuerpo de oficiales por compatriotas que eran ahora fieles a la Unión Soviética.

—Me parece sorprendente. Los cubanos detestan a los rusos. Sus puntos de vista sobre la vida son antagónicos.

—Cierto que Cuba no pretendió nunca convertirse en instrumento del Kremlin, pero, desde la revolución, miles de jóvenes cubanos han estudiado en universidades rusas. Muchos, en vez de volver a casa para trabajar en un empleo determinado por el Estado, un empleo que pueden aborrecer o que les puede llevar a un callejón sin salida, se dejaron influir por las sutiles ofertas rusas de prestigio y de dinero. Los astutos, que colocaron su futuro por encima del patriotismo, renunciaron en secreto a Castro y juraron fidelidad a la Unión Soviética. Y hay que decir esto en honor de los rusos. Cumplen sus promesas. Y empleando su influencia sobre el Gobierno cubano, elevaron a sus nuevos subditos a posiciones de poder.

—Castro es todavía venerado por el pueblo cubano —dijo Sandecker—. Dudo de

que los cubanos se quedaran con los brazos cruzados, viéndole totalmente sometido a Moscú.

La expresión del presidente se hizo grave.

—La verdadera amenaza es que los rusos asesinen a los hermanos Castro y culpen de ello a la CÍA. Algo bastante fácil, ya que es sabido que la Agencia hizo varios atentados contra su vida en los años sesenta.

—Y el Kremlin tendría las puertas abiertas para instalar un gobierno títere.

El presidente asintió con la cabeza.

—Lo cual nos lleva a su proposición de un pacto entre Cuba y los Estados Unidos. Castro no quiere alarmar a los rusos y que estos actúen antes de que hayamos accedido a respaldar su juego para echarles del Caribe. Desgraciadamente, después de hacer el gambito de apertura, ha hecho oídos sordos a mis respuestas y a las de Doug Oates.

—Parece la antigua rutina del palo y la zanahoria para abrir el apetito.

—Así lo creo yo también.

—¿Y cómo encajan los LeBaron en todo esto?

—Se vieron metidos en ello —dijo el presidente con un toque de ironía—. Ya conoce la historia. Raymond LeBaron voló en su antiguo dirigible en busca de un barco del tesoro. En realidad, tenía otro proyecto en la cabeza, pero esto no le interesa a la NUMA ni a usted personalmente. Quiso el destino que Raúl Castro estuviese inspeccionando las defensas fuera de La Habana cuando LeBaron fue localizado por sus sistemas de detección en la costa. Entonces se le ocurrió pensar que el contacto podía resultar útil. Por consiguiente, ordenó a sus fuerzas de vigilancia que interceptasen el dirigible y lo escoltasen hasta un aeródromo próximo a la ciudad de Cárdenas.

—Puedo adivinar el resto —dijo Sandecker—. Los cubanos inflaron el dirigible y ocultaron a bordo un mensajero que llevaba el documento entre los Estados Unidos y Cuba, y lo soltaron, imaginándose que los vientos dominantes lo empujarían hacia los Estados Unidos.

—Algo así —reconoció sonriendo el presidente—. Pero no confiaron en los vientos variables. Un íntimo amigo de Fidel y un piloto subieron a bordo llevando el documento. Condujeron el dirigible hacia Miami, saltaron al agua a pocas millas de la costa y fueron recogidos por un yate que esperaba.

—Me gustaría saber de dónde vinieron los tres cadáveres de la cabina de mandos —dijo Sandecker.

—Fue un alarde melodramático de Castro para demostrar sus buenas intenciones, en el que no he tenido tiempo de reflexionar a fondo.

—¿No han recelado los rusos?

—Todavía no. Su sentimiento de superioridad ante los cubanos les impide ver

algo que revele el ingenio latino.

—Así pues, Raymond LeBaron está vivo y coleando en algún lugar de Cuba.

El presidente abrió los brazos.

—Sólo puedo presumir que ésta es, en efecto, su situación.

Según las fuentes de información de la CÍA, el servicio secreto soviético pidió interrogar a LeBaron. Los cubanos accedieron y, desde entonces, nadie ha vuelto a verlo.

—¿No va usted a tratar al menos de negociar el rescate de LeBaron? —preguntó Sandecker.

—La situación es ya lo bastante delicada como para que tengamos que meterle a él en el juego. Cuando podamos firmar el pacto con Cuba, no me cabe duda de que Castro se encargará de la custodia de LeBaron, en vez de los rusos, y nos lo devolverá.

El presidente hizo una pausa y miró al reloj de encima de la chimenea.

—Voy a llegar tarde a una conferencia con los encargados de los presupuestos. — Se levantó y se dirigió a la puerta. Entonces se volvió a Sandecker—. Se lo diré en pocas palabras. Jessie LeBaron fue informada de la situación y se aprendió de memoria nuestra respuesta a Castro. El plan era hacer que el dirigible regresara con un LeBaron a bordo. Una señal a Castro de que mi respuesta era enviada de la misma manera en que había enviado él su proposición. Pero algo salió mal. Usted se ha cruzado con Jess Simmons al entrar. Él me ha informado sobre las fotos tomadas por nuestro servicio de reconocimiento aéreo. En vez de detener al dirigible y escoltarlo a Cárdenas, el helicóptero cubano disparó contra él. Entonces, por alguna razón desconocida, el helicóptero estalló, y éste y el dirigible cayeron al mar. Debe comprender, almirante, que no puedo enviar fuerzas de rescate, debido a la delicada naturaleza de la misión. Siento realmente lo de Pitt. Tenía con él una deuda que nunca podré pagar. Sólo podemos rezar para que él, Jessie LeBaron y sus otros amigos hayan de algún modo podido sobrevivir.

—Nadie podría sobrevivir a un accidente aéreo en medio de un huracán —dijo Sandecker, con mordacidad—. Tendrá que perdonarme, señor presidente, si le digo que incluso Mickey Mouse habría podido proyectar mejor la operación.

Una expresión dolida se pintó en la cara del presidente. Fue a decir algo, pero lo pensó mejor y abrió la puerta.

—Lo siento, almirante, pero llegaré tarde a la conferencia.

El presidente no dijo más, salió del Salón Oval y dejó plantado allí a Sandecker, confuso y solo.

El núcleo del huracán Evita rodeó la isla y giró hacia el nordeste y el golfo de México. El viento redujo su velocidad a cuarenta nudos, pero habrían de transcurrir otros dos días para que fuese sustituido por el suave alisio del sur.

Cayo Santa María parecía vacío de toda vida, animal o humana. Diez años antes, en un momento de generosa camaradería, Fidel Castro había donado la isla a sus aliados comunistas en un gesto de buena voluntad. Entonces dio una bofetada a la Casa Blanca al proclamar que era un territorio de la URSS.

Los nativos fueron trasladados en secreto pero por la fuerza a la isla grande, y unidades de ingenieros del GRU (Glavnoye Razvedyvatelnoye Upravleniye, o Primer Directorio de Información del Estado Mayor General Soviético), rama militar de la KGB, vinieron y empezaron a construir una instalación subterránea secreta. Trabajando en etapas y solamente al amparo de la oscuridad, dieron poco a poco forma al complejo debajo de la arena y las palmeras. Aviones espías de la CÍA examinaron la isla, pero no detectaron instalaciones defensivas ni envío de materiales por mar o por aire. Las ampliaciones fotográficas sólo mostraron unos pocos caminos en mal estado que al parecer no llevaban a ninguna parte. La isla fue estudiada rutinariamente, pero nada se descubrió que indicase una amenaza a la seguridad de los Estados Unidos.

En alguna parte del subsuelo de la isla azotada por el viento, Pitt se despertó en una pequeña habitación estéril, sobre una cama con un colchón de plumas y bajo una luz fluorescente que estaba continuamente encendida. No podía recordar si había dormido alguna vez sobre un colchón de plumas, pero lo encontró muy cómodo y tomó mentalmente nota de buscar uno igual, si volvía algún día a Washington.

Aparte de las magulladuras, las articulaciones doloridas y unas ligeras punzadas en la cabeza, se sentía bastante bien. Yació allí y contempló el techo pintado de gris, mientras recordaba lo acaecido la noche pasada: el descubrimiento por Jessie de su marido; los guardias que les escoltaron, a él, a Giordino y a Gunn, a una enfermería donde una doctora rusa, con una figura parecida a un bolo, curó sus lesiones; una comida de cordero estofado en un comedor que Pitt valoró muy por debajo de los restaurantes para camioneros del este de Texas, y, finalmente, su encierro en una habitación con un retrete y una jofaina, una cama y un pequeño armario de madera.

Deslizándose las manos por debajo de la sábana, exploró su cuerpo. A excepción de varios metros de vendas y esparadrapo, estaba desnudo. Le maravilló la obsesión de la feúcha doctora por los vendajes. Sacó los pies descalzos y los apoyó en el suelo de hormigón, y permaneció sentado allí, pensando en lo que tenía que hacer. Una exigencia de la vejiga le recordó que todavía era humano, por lo que se dirigió al retrete, deseando poder tomar una taza de café. Ellos, fueran quienes fuesen, le

habían dejado su reloj Doxa. Las saetas marcaban las once y cincuenta y cinco. Como nunca había dormido más de nueve horas seguidas en su vida, presumió con razón que eran de la mañana.

Un minuto más tarde, se inclinó sobre la jofaina y se lavó la cara con agua fría. La única toalla era áspera y apenas si absorbía la humedad. Se dirigió al armario, lo abrió y encontró una camisa y unos pantalones caqui en una percha, y un par de sandalias. Antes de vestirse, se quitó varias vendas de las heridas que empezaban a cicatrizar y flexionó los músculos, gozando de la recobrada libertad de movimientos. Después de vestirse, probó la pesada puerta de hierro. Estaba cerrada con llave, por lo que golpeó la gruesa plancha de metal, produciendo un ruido hueco que resonó en las paredes de hormigón.

Un muchacho que parecía no tener más de diecinueve años y llevaba uniforme soviético de faena, abrió la puerta y se echó atrás, apuntando una pistola no más grande que un martillo corriente al estómago de Pitt. Señaló un largo pasillo a la izquierda y Pitt siguió la indicación. Pasaron por delante de otras puertas de hierro y Pitt se preguntó si Gunn y Giordino estarían detrás de alguna de ellas.

Se detuvieron ante un ascensor cuya puerta fue abierta por otro guardia. Entraron en él y Pitt sintió una ligera presión en las plantas de los pies al elevarse la cabina. Miró el indicador de encima de la puerta y advirtió que había luces para cinco plantas. Una instalación muy grande, pensó. El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas automáticas.

Pitt y su guardián salieron a una habitación alfombrada y de techo abovedado. Las dos paredes laterales tenían estanterías llenas de cientos de libros. La mayoría de ellos eran en inglés y muchos correspondían a los más famosos escritores americanos actuales. Un gran mapa de América del Norte cubría toda la pared del fondo. Pitt pensó que aquella habitación parecía un estudio particular. Había una grande y antigua mesa tallada cubierta de mármol y llena de números actuales del *Washington Post*, el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y *USA Today*. Sobre otras mesas colocadas a ambos lados de la puerta, había montones de revistas técnicas, entre ellas *Computer Technology*, *Science Digest* y el *Air Force Journal*. La alfombra era de color granate, muy gruesa, y sobre ella descansaban seis sillones de cuero verde colocados a espacios regulares.

Manteniendo su silencio, el guardián volvió a entrar en el ascensor y dejó a Pitt solo en la habitación vacía.

Debe de haber llegado el momento de observar al mono, murmuró para sí. No se molestó en buscar la lente de la cámara de vídeo en las paredes. Estaba seguro de que se hallaba oculta en alguna parte de la habitación, registrando sus acciones. Resolvió provocar una reacción, se tambaleó un momento como si estuviese borracho, puso los ojos en blanco y se derrumbó sobre la alfombra.

Al cabo de quince segundos, se abrió una puerta secreta, cuyos bordes coincidían perfectamente con líneas de latitud y longitud del mapa gigantesco de la pared, y entró en la habitación un hombre bajito que vestía un elegante uniforme soviético cortado a la medida. Se arrodilló y miró los ojos entreabiertos de Pitt.

—¿Puede oírme? —preguntó en inglés.

—Sí —murmuró Pitt.

El ruso se dirigió a una mesa y vertió algo de una botella de cristal en un vaso haciendo juego. Volvió y levantó la cabeza de Pitt.

—Beba esto —le ordenó.

—¿Qué es?

—Coñac Courvoisier, seco y fuerte —le respondió el oficial ruso, con perfecto acento americano—. Es bueno para su dolencia.

—Prefiero el Rémy Martin, más suave y aromático —dijo Pitt, levantando el vaso—. A su salud.

Sorbió el coñac hasta que no quedó nada en el vaso; entonces se puso en pie, buscó un sillón y se sentó.

El oficial sonrió, divertido.

—Parece haberse recobrado muy pronto, señor...

—Snodgrass, Elmer Snodgrass, de Moline, Illinois.

—Un bonito nombre del Medio Oeste —dijo el ruso, sentándose detrás de la mesa—. Yo soy Peter Velikov.

—El general Velikov, si la memoria de las insignias militares rusas no me engaña.

—No le engaña —reconoció Velikov—. ¿Quiere otro coñac?

Pitt sacudió la cabeza y estudió al hombre sentado al otro lado de la mesa. Calculó que no mediría más de un metro setenta de estatura, que pesaría unos sesenta y cinco kilos y que tendría menos de cincuenta años. Tenía un aire amistoso y tranquilizador, pero Pitt percibió una frialdad disimulada. Sus cabellos cortos eran negros, con sólo un toque de gris en las patillas, y tenía entradas sobre la frente. Sus ojos eran tan azules como un lago alpino, y la cara de piel blanca parecía esculpida más al estilo clásico romano que al eslavo. Vístele con una toga y pon en su cabeza una corona de laurel, pensó Pitt, y Velikov podría servir de modelo para un busto en mármol de Julio César.

—Espero no molestarle si le hago unas pocas preguntas —dijo cortésmente Velikov.

—En absoluto. No tengo citas urgentes para el resto del día. Mi tiempo es suyo.

Una expresión helada se manifestó un instante en los ojos de Velikov, pero se desvaneció rápidamente.

—Supongamos que me dice cómo ha llegado a Cayo Santa María.

Pitt extendió las manos en ademán de impotencia.

—No quiero hacerle perder tiempo. Será mejor que confiese. Soy presidente de la CÍA. Mi consejo de dirección y yo pensamos que sería una buena propaganda alquilar un dirigible y arrojar cupones para papel higiénico en toda Cuba. Tengo entendido que aquí escasea mucho. Desgraciadamente, los cubanos no comprendieron nuestra estratagema de mercado y nos derribaron.

El general dirigió una mirada tolerante pero irritada a Pitt. Se caló unas gafas y abrió una carpeta sobre su mesa.

—Veo por su historial, señor Pitt..., Dirk Pitt, si no lo leo mal..., que es usted una persona muy ingeniosa.

—¿Dice también que soy un embustero patológico?

—No; pero creo que tiene usted una historia fascinante. Es una lástima que no esté de nuestra parte.

—Vamos, general, ¿qué posibilidades podría tener un no conformista en Moscú?

—Temo que muy pocas.

—Le felicito por su sinceridad.

—¿Por qué no me dice la verdad?

—Sólo si está dispuesto a creerla.

—¿Quiere decir que no podría?

—No, si comparte la manía comunista de ver un complot de la CÍA a cada paso.

—Parece que no tiene en mucha estima a la Unión Soviética.

—Dígame una sola cosa que haya hecho su gente en los últimos setenta años que haya merecido el aplauso de la humanidad. Lo más desconcertante es cómo no se han dado cuenta nunca los rusos de que son el hazmerreír del mundo. Su imperio es la broma más patética de la Historia. El siglo veintiuno está a la vuelta de la esquina y su Gobierno actúa como si nunca hubiese dado un paso adelante desde los años treinta.

Velikov no parpadeó siquiera, pero Pitt observó que su cara se ponía ligeramente colorada. Saltaba a la vista que el general no estaba acostumbrado a recibir lecciones de un hombre al que consideraba como un enemigo del Estado. Estudió a Pitt con la inconfundible mirada de un juez que tuviese la vida de un asesino convicto en la balanza. Después, su expresión se hizo reflexiva.

—Haré que sus comentarios lleguen a conocimiento del Politburó —dijo secamente—. Y ahora, si ha terminado su discurso, señor Pitt, me gustaría saber cómo llegaron hasta aquí.

Pitt señaló con la cabeza la botella.

—Creo que ahora tomaría ese coñac.

—Sírvese usted mismo.

Pitt llenó su vaso hasta la mitad y volvió al sillón.

—Lo que voy a contarle es la pura verdad. Quiero que comprenda que no tengo

motivos para mentir. Que yo sepa, no estoy en modo alguno involucrado en ninguna misión secreta de mi Gobierno. ¿Me comprende hasta ahora, general?

—Sí.

—¿Está funcionando su magnetófono oculto?

—Sí.

Entonces Pitt explicó, con todo detalle, su descubrimiento del dirigible incontrolado, su encuentro con Jessie LeBaron en el despacho del almirante Sandecker, el último vuelo del *Prosperteer* y, finalmente, cómo se habían salvado por los pelos del huracán, pero sin mencionar que Giordino había derribado el helicóptero, ni que habían descubierto el *Cyclops* al sumergirse.

Velikov no levantó la mirada cuando Pitt dejó de hablar.

Hojeó el legajo sin cambiar en absoluto de expresión. El general actuaba como si su mente se hallase a años luz de distancia y no hubiese oído una palabra.

Pitt podía jugar también al mismo juego. Asió su vaso de coñac y se levantó del sillón. Tomando un número del *Washington Post*, observó con ligera sorpresa que llevaba la fecha de aquel mismo día.

—Deben tener un sistema de correo muy eficaz —dijo.

—¿Perdón?

—Digo que sus periódicos hace sólo unas horas que han salido a la calle.

—Cinco horas, para ser exactos.

El coñac calentaba agradablemente el estómago de Pitt. Su situación no le pareció tan apurada después de la tercera copa. Pasó al ataque.

—¿Por qué retienen a Raymond LeBaron? —preguntó.

—De momento, es un invitado de la casa.

—Esto no explica por qué se ha mantenido en secreto desde hace dos semanas el hecho de que sigue vivo.

—No tengo que darle ninguna explicación, señor Pitt.

—¿Cómo es que se ofrecen a LeBaron banquetes de *gourmet*, en traje de etiqueta, mientras se nos obliga a mis amigos y a mí a comer y vestirnos como presos comunes?

—Porque es esto precisamente lo que son, señor Pitt, presos comunes. El señor LeBaron es un hombre muy rico y poderoso, y los diálogos con él son muy instructivos. Ustedes, por el contrario, son un estorbo. ¿Satisface esto su curiosidad?

—No me satisface en absoluto —dijo bostezando Pitt.

—¿Cómo destruyeron el helicóptero de patrulla? —preguntó súbitamente Velikov.

—Le arrojamos los zapatos —respondió, malhumorado, Pitt—. ¿Qué otra cosa podían hacer cuatro paisanos, uno de ellos una mujer, que volaban en una bolsa de gas de cuarenta años de antigüedad?

—Los helicópteros no estallan en el aire sin una razón.

—Tal vez fue alcanzado por un rayo.

—Entonces, señor Pitt, si su misión tenía simplemente por objeto averiguar la causa de la desaparición del señor LeBaron y la búsqueda de un tesoro, ¿cómo explica el relato del capitán del buque patrulla, que afirmó que la cabina de mandos estaba tan acribillada a tiros que nadie podía haber sobrevivido, y que surgió un rayo de luz del dirigible un instante antes de que estallase el helicóptero, y que una búsqueda exhaustiva en el lugar del accidente no descubrió rastros de ningún superviviente? Sin embargo, todos ustedes aparecen como por arte de magia en esta isla, en medio de un huracán, cuando las patrullas de seguridad se habían resguardado del viento. Muy oportuno, ¿no le parece?

—¿Cómo lo interpreta usted?

—O la aeronave estaba dirigida por control remoto u otros tripulantes fueron muertos por los tiradores que iban en el helicóptero. Ustedes y la señora LeBaron fueron traídos cerca de la playa por un submarino y, durante el desembarco, fueron arrojados contra las rocas y sufrieron lesiones.

—Tiene usted mucha imaginación, general, pero no da en el blanco. Sólo la parte de nuestra llegada a tierra es correcta. Y ha olvidado el factor más importante: el móvil. ¿Por qué tendrían cuatro náufragos desarmados que atacar lo que, sea lo que fuere, tienen ustedes aquí?

—Todavía no tengo la respuesta —dijo Velikov, con una benévola sonrisa.

—Pero quiere tenerla.

—Yo nunca me doy por vencido, señor Pitt. Su historia, aunque ingeniosa, no se tiene en pie. —Apretó un botón del intercomunicador de encima de la mesa—. Pronto volveremos a hablar.

—¿Cuándo podemos esperar que se pongan en contacto con nuestro Gobierno, para que éste pueda iniciar las gestiones para nuestra liberación?

Velikov dirigió a Pitt una mirada bonachona.

—Le pido disculpas. Olvidé mencionar que su Gobierno ha sido informado hace solamente una hora.

—¿De nuestro accidente?

—No; de su muerte.

Durante un largo instante, Pitt no comprendió. Después, poco a poco, empezó a hacerse la luz en su cerebro. Apretó las mandíbulas y traspasó a Velikov con la mirada.

—Hable claro, general.

—Muy sencillo —dijo Velikov, en un tono tan amistoso como si estuviese pasando un rato con el cartero—. Sea por accidente o deliberadamente, han venido ustedes a dar con nuestra instalación militar más secreta fuera de la Unión Soviética.

No podemos permitir que salgan de aquí. Cuando yo conozca los verdaderos hechos, tendrán ustedes que morir.

Entregándose a su pasatiempo predilecto, que era comer, Hagen dedicó una hora a disfrutar de un almuerzo mexicano a base de enchiladas con un huevo, seguidas de sopaipillas, y todo ello regado con tequila. Pagó la cuenta, salió del restaurante y se dirigió en coche a la dirección atribuida a Clyde Ward. Su informador en la compañía de teléfonos había averiguado que el número consignado en la libreta negra del general Fisher correspondía a un teléfono público instalado en un puesto de gasolina. Comprobó la hora. Dentro de seis minutos, su piloto llamaría a aquel número desde el reactor aparcado.

Encontró la gasolinera en una zona industrial próxima a la estación del ferrocarril. Era de autoservicio y en ella se vendía una marca desconocida. Se detuvo junto a un surtidor cuya pintura roja estaba cubierta de mugre e insertó la boquilla en el depósito de carburante del coche, evitando cuidadosamente mirar hacia el teléfono instalado en el interior de la gasolinera.

Poco después de aterrizar en el aeropuerto de Albuquerque, había alquilado un coche y había sacado treinta litros de gasolina del depósito, para que su parada en la estación pareciese justificada. El aire que quedó dentro del depósito gorgoteó cuando él enroscó la tapa y dejó la manguera en su sitio. Entró en la oficina y estaba manoseando su cartera cuando empezó a sonar el teléfono colgado de la pared.

El único empleado de servicio, que estaba reparando un neumático pinchado, se enjugó las manos con un trapo y descolgó el auricular. Hagen escuchó.

—Mel's Service... ¿Quién...? Aquí no hay ningún Clyde... Sí, estoy seguro. Tiene el número equivocado... Sí, el número es éste pero yo llevo seis años trabajando aquí y no he conocido a ningún Clyde.

Colgó, se dirigió a la caja registradora y sonrió a Hagen.

—¿Cuánta ha puesto?

—Treinta y ocho litros. Trece dólares con cincuenta y siete centavos.

Mientras el empleado buscaba el cambio de un billete de veinte, Hagen resiguió con la mirada la estación. No pudo dejar de admirar lo bien que se había montado el escenario; porque era precisamente esto, un escenario. Los suelos de la oficina y de la sección de lubricantes no habían visto una bayeta en varios años. Pendían telerañas del techo; las herramientas tenían más herrumbre que aceite, y las palmas de las manos y las uñas del empleado estaban grasientas. Pero fue el sistema de vigilancia lo que le asombró. Sus ojos adiestrados descubrieron cables eléctricos sutilmente disimulados y que no correspondían al servicio corriente de la estación. Sintió más que vio los micrófonos y cámaras ocultos.

—¿Podría hacerme un favor? —preguntó al empleado al recibir el cambio.

—¿Qué desea?

—El motor hace un ruido extraño. ¿Podría echarle una mirada y decirme qué es lo que le pasa?

—Claro, ¿por qué no? No tengo mucho más que hacer.

Hagen observó el peinado de aquel hombre y dudó de que sus cabellos hubiesen sido tocados alguna vez por un peluquero. También advirtió un pequeño bulto en la pernera del pantalón, en la cara externa de la pantorrilla derecha, justo por encima del tobillo.

Hagen había aparcado el coche al lado del segundo surtidor de gasolina, el más alejado del edificio de la estación. Puso el motor en marcha y abrió el cierre del capó. El empleado apoyó un pie en el parachoques delantero y miró por encima del radiador.

—No oigo nada.

—Venga a este lado —dijo Hagen—. Desde aquí se oye más fuerte.

Ahora estaba de pie, de espaldas a la calle, resguardado de cualquier observación electrónica por los surtidores, el coche y su capó levantado.

Cuando el empleado se inclinó sobre el guardabarros y acercó la cabeza al motor, Hagen sacó un arma de una funda colgada en el cinturón, detrás de la espalda, y metió el cañón entre las nalgas del hombre.

—Es un Magnum 357, con cañón de dos pulgadas y media, lo que le está apuntando al culo, y está cargado con balas blindadas. ¿Lo entiende?

El hombre se puso tenso, pero no dio muestras de miedo.

—Sí, le he entendido, amigo.

—¿Y sabe lo que puede hacer una bala blindada disparada a quemarropa?

—Sé lo que es una bala blindada.

—Bien, entonces sabe que haría un bonito agujero desde su culo hasta su cerebro si apretase el gatillo.

—¿Qué es lo que pretende, amigo?

—¿Qué ha sido de su vulgar acento simulado? —preguntó Hagen.

—Viene y se va.

Hagen alargó la mano libre y sacó una pequeña pistola Beretta del 38 de debajo de la pernera del empicado.

—Bueno, *amigo*, ¿dónde puedo encontrar a Clyde?

—No sé quién es.

Hagen apretó el cañón del revólver con tanta fuerza en la base del espinazo de aquel hombre que el tejido del fondillo del pantalón se desgarró y el empleado gritó de dolor.

—¿Para quién trabaja usted? —jadeó.

—Para el «círculo privado» —respondió Hagen.

—No puede ser.

Hagen empujó hacia arriba con el cañón del revólver. La cara del empleado se crispó, y gimió al sentir un horrible dolor en la parte inferior de su cuerpo.

—¿Quién es Clyde? —preguntó Hagen.

—Clyde Booth.

—No le oigo, amigo.

—Se llama Clyde Booth.

—Dígame cómo es.

—Se presume que es una especie de genio. Inventa y fabrica aparatos científicos que se emplean en el espacio. Sistemas secretos para el Gobierno. Yo no sé exactamente lo que son; sólo soy miembro del personal de seguridad.

—¿Dónde se encuentra?

—La fábrica está a diez millas al oeste de Santa Fe. La llaman QB-Tech.

—¿Qué quiere decir QB?

—Quarter Back —respondió el empleado—. Booth fue jugador de fútbol de primera categoría en el Estado de Arizona.

—¿Sabía que yo vendría aquí?

—Nos dijeron que estuviésemos alerta si llegaba un hombre gordo.

—¿Cuántos otros están apostados alrededor de la gasolinera? —preguntó Hagen.

—Tres. Uno está calle abajo, en el camión de remolque; otro, en el tejado del almacén de detrás de la estación de servicio, y el tercero en la camioneta roja aparcada junto al bar restaurante contiguo.

—¿Por qué no se han movido?

—Solamente teníamos orden de seguirle.

Hagen aflojó la presión y volvió a guardar el revólver en la funda. Después extrajo los proyectiles de la pistola del empleado, los arrojó al suelo y los empujó con el pie debajo del coche.

—Está bien —dijo Hagen—. Ahora camine, sin correr, y vuelva al interior de la gasolinera.

Antes de que el empleado hubiese cruzado la mitad de la calzada que conducía al edificio, Hagen había doblado la esquina a una manzana de distancia. Dio otros cuatro rápidos rodeos para eludir el camión y la camioneta, y rodó a toda velocidad hacia el aeropuerto.

Leonard Hudson salió del ascensor en el que había descendido al corazón de la sede de Jersey Colony. Llevaba un paraguas que chorreaba por la lluvia y una cartera de fantasía, reluciente y de color nogal.

No miró a derecha ni a izquierda, y correspondió a los saludos de su personal con un breve ademán. Hudson no era nervioso, ni solía inquietarse, pero estaba preocupado. Los informes procedentes de otros miembros del «círculo privado» anunciaban peligro. Alguien estaba siguiendo metódicamente la pista de cada uno de ellos. Un forastero había abierto una brecha en sus bien estudiadas operaciones de camuflaje.

Ahora, todo el esfuerzo de la base lunar (el ingenio, la planificación, las vidas, el dinero y la fuerza humana empleados en la Jersey Colony) estaba en peligro por culpa de un intruso desconocido.

Entró en su vasto pero austero despacho y encontró a Gunnar Eriksen, que le estaba esperando.

Eriksen estaba sentado en un sofá, sorbiendo una taza de café caliente y fumando en una pipa curva. Su cara redonda y sin arrugas tenía una expresión sombría, y sus ojos, un brillo benigno. Vestía con sencillez pero con pulcritud; llevaba una chaqueta deportiva de cachemir, un suéter marrón con cuello en V, y pantalón de lana haciendo juego. No habría parecido fuera de lugar vendiendo Jaguars o Ferraris.

—¿Hablaste con Fisher y Booth? —dijo Hudson, colgando el paraguas y dejando la cartera al lado de la mesa.

—En efecto.

—¿Alguna idea de quién puede ser?

—Ninguna.

—Es extraño que nunca deja huellas dactilares —dijo Hudson, sentándose en el sofá con Eriksen y sirviéndose una taza de café de una cafetera de cristal.

Eriksen lanzó una bocanada de humo al techo.

—Todavía es más extraño que todas las imágenes que tenemos de él en vídeo sean confusas.

—Debe de llevar alguna clase de aparato electrónico para borrarlas.

—Evidentemente, no es un investigador privado corriente —murmuró Eriksen—, sino un profesional de primera categoría y bien respaldado.

—Sabe adonde tiene que ir, muestra documentos de identidad correctos y acreditaciones de Seguridad. La historia que contó a Mooney, haciéndose pasar por un inspector de la Oficina General de Cuentas, fue excelente. Incluso yo la habría creído.

—¿Qué datos has podido conseguir sobre él?

—Solamente una serie de descripciones que no concuerdan en absoluto, salvo en su volumen. Todos dicen que es un hombre gordo.

—Podría ser que el presidente nos hiciese seguir por una agencia de información.

—Si fuese así —dijo Hudson, en tono de duda—, nos enfrentaríamos con un ejército de agentes camuflados. Parece que este hombre trabaja solo.

—¿Has considerado la posibilidad de que el presidente haya contratado en secreto a un agente que nada tenga que ver con el Gobierno? —preguntó Eriksen.

—Pensé en esto, pero no acaba de convencerme. Nuestro amigo de la Casa Blanca está atrapado en el Salón Oval. Todo el que entra o sale de él queda perfectamente identificado. Desde luego, existe una línea privada del presidente, pero no creo que pudiese encargarse por teléfono esta clase de misión.

—Interesante —dijo Eriksen—. El gordo empezó sus investigaciones en el lugar donde concebimos la idea de la Jersey Colony.

—Es verdad —convino Hudson—. Registró el despacho de Earl Mooney en el Laboratorio Pattenden y averiguó una llamada telefónica al general Fisher; incluso hizo alguna observación sobre que tú querías que yo pagase el aeroplano.

—Una evidente referencia a nuestras supuestas muertes —dijo reflexivamente Eriksen—. Esto significa que nos ha relacionado.

—Entonces apareció en Colorado, dejó sin sentido a Fisher y le robó una libreta con los nombres y los números de teléfono de las personas más importantes del proyecto Jersey Colony, incluidos los del «círculo privado». Entonces debió ver la trampa que le tendimos para seguirle la pista desde Nuevo México, y escapó. Tuvimos una pequeña oportunidad cuando uno de nuestros hombres, que estaba vigilando el aeropuerto de Albuquerque, vio que un hombre gordo llegaba en un reactor particular y volvía a marcharse al cabo de dos horas.

—Debió de alquilar un coche y mostrar algún documento de identidad.

Hudson sacudió la cabeza.

—Nada que nos sea útil. Mostró un permiso de conducir y una carta de crédito a nombre de un tal George Goodfly, de Nueva Orleans, que no existe.

Eriksen sacudió la ceniza de la pipa en un platito de cristal.

—No me extraña que no fuese a Santa Fe y tratase de descubrir la operación de Clyde Booth.

—Yo creo que sólo está buscando datos.

—Pero, ¿quién le paga? ¿Los rusos?

—Ciertamente, no la KGB —dijo Hudson—. Ésta no envía mensajes sutiles por teléfono ni vuela por el país en un reactor particular. No; este hombre se mueve muy deprisa. Yo diría que tiene una fecha tope muy próxima.

Eriksen miró fijamente su taza de café.

—La misión lunar soviética tiene previsto el alunizaje para dentro de cinco días.

Ésta tiene que ser su fecha tope.

—Creo que puedes tener razón.

Eriksen le miró a los ojos.

—¿Te das cuenta de que el poder que está detrás de ese intruso sólo puede ser el del presidente? —dijo a media voz.

Hudson asintió despacio con la cabeza.

—Cerré los ojos a esta posibilidad —dijo, con voz remota—. Quería creer que respaldaría la seguridad de Jersey Colony contra la penetración rusa.

—Según lo que me dijiste de vuestra conversación, no estaba dispuesto a permitir una batalla en la Luna entre nuestros hombres y los cosmonautas soviéticos. Ni le gustaría nada saber que Steinmetz ha destruido ya tres naves espaciales de los soviéticos.

—Lo que me preocupa —dijo Hudson— es que, si aceptamos la interferencia del presidente, ¿por qué, contando con tantos medios, tiene que enviar a un hombre solo?

—Porque, cuando vio que Jersey Colony era una realidad, se dio cuenta de que nuestros partidarios siguen todos sus movimientos, y presumió, con razón, que pondríamos muchos obstáculos en nuestra pista para desviarle de ella. El presidente es listo. Contrató a un lobo solitario que se ha infiltrado dentro de nuestras murallas antes de que nos hayamos dado cuenta de lo que sucedía.

—Todavía podemos estar a tiempo de enviarle hacia una pista falsa.

—Demasiado tarde. El Gordo tiene la libreta de Fisher —dijo Eriksen—. Sabe quiénes somos y dónde encontrarnos. Es realmente peligroso. Empezó por la cola y ahora se está acercando a la cabeza. Cuando el Gordo entre por esta puerta, Leo, seguro que el presidente actuará para impedir cualquier enfrentamiento entre los cosmonautas soviéticos y nuestra gente de la Jersey Colony.

—¿Estás sugiriendo que eliminemos al Gordo?

—No —respondió Eriksen—. Es mejor que no nos enemistemos con el presidente. Solamente le tendremos a buen recaudo durante unos pocos días.

—Me pregunto dónde aparecerá la próxima vez —dijo reflexivamente Hudson.

Eriksen volvió a llenar metódicamente su pipa.

—Empezó su caza de brujas en Oregón; de allí pasó a Colorado y después a Nuevo México. Yo tengo la impresión de que su próxima parada será en Texas, en la oficina de nuestro hombre de la NASA en Houston.

Hudson marcó un número en el teléfono de encima de la mesa.

—Lástima que yo no pueda estar allí cuando ese bastardo caiga en la trampa.

Pitt pasó las dos horas siguientes yaciendo boca arriba en la cama, escuchando el ruido de puertas metálicas que se abrían y cerraban y las pisadas que oía fuera de su celda. El joven guardián le entregó el almuerzo y esperó mientras Pitt comía, asegurándose de que no faltaba ningún cubierto cuando salió. Esta vez parecía de mejor humor y no iba armado. También dejó la puerta abierta durante la comida, dando a Pitt una oportunidad de estudiar la cerradura.

Éste se sorprendió al ver que era una cerradura de golpe corriente, en vez de un mecanismo de seguridad o con un buen cerrojo. Su celda no había sido destinada a servir de cárcel. Más bien parecía adecuada para una despensa.

Pitt revolvió con una cuchara un plato de maloliente pescado cocido y lo rehusó, más interesado en ver cómo se cerraba la puerta que en comer una bazofia que sabía que era el primer paso de un plan psicológico para debilitar sus defensas mentales. El guardia salió y cerró la puerta de hierro. Pitt aguzó el oído y captó un solo y decisivo chasquido después del golpe.

Se arrodilló y examinó de cerca la rendija entre la puerta y el marco. No tenía más de medio centímetro. Después registró la celda, buscando un objeto lo bastante delgado para poder deslizado en la cerradura y recorrer el pestillo.

El catre que soportaba el colchón de plumas era de madera ensamblada. No había en él nada metálico ni delgado y duro. Los grifos y los caños del lavabo eran de cerámica y las tuberías de debajo de éste y del retrete no tenían nada que pudiese moldear con las manos. Tuvo más suerte con el armario. Una de las charnelas le serviría, pero no podía sacar la espiga con las uñas.

Estaba reflexionando sobre este problema cuando se abrió la puerta y el guardia se plantó en el umbral. Durante un momento, recorrió cautelosamente la celda con la mirada. Después, bruscamente, hizo un ademán a Pitt de que saliese, le condujo por un laberinto de grises pasillos de hormigón y se detuvo al fin delante de una puerta marcada con el número 6.

Pitt fue introducido bruscamente en una pequeña habitación que parecía una caja y en la que flotaba un olor nauseabundo. El suelo era de cemento y había un sumidero en el centro. Las paredes estaban pintadas de un color rojo ominoso que casaba con las manchas que las salpicaban. La única iluminación procedía de una triste bombilla amarilla que pendía del techo por un cordón. Era la habitación más deprimente que jamás hubiese visto.

El único mueble era una silla de madera mellada. Pero Pitt centró su atención en el hombre que estaba sentado en ella. Los ojos de éste, que le miraron a su vez, eran tan inexpresivos como cubitos de hielo. Pitt no podía saber la estatura del desconocido, pero su pecho y sus hombros eran tan musculosos que parecían

deformes, indicando que aquel hombre había pasado miles de horas de sudor y esfuerzo desarrollando su cuerpo. Llevaba la cabeza completamente afeitada, y la cara habría podido considerarse casi hermosa, de no haber sido por la narizota que contrastaba lamentablemente con las demás facciones. Su único indumento era un par de botas de goma y unos shorts tropicales. A excepción del bigote a lo Bismarck, aquella cara pareció extrañamente familiar a Pitt.

Sin levantar la cabeza, el hombre empezó a leer la lista de delitos de que Pitt era acusado. Empezaba por la violación del espacio aéreo cubano, el derribo de un helicóptero, el asesinato de su tripulación, la labor como agente de la CÍA y la entrada ilegal en el país. Las acusaciones se sucedieron hasta que terminaron al fin con la entrada no autorizada en una zona militar prohibida. Todo ello en correcto inglés americano, con un ligero acento del Oeste.

—¿Qué responde?

—Culpable como el que más.

Una mano enorme le tendió una hoja de papel y una pluma.

—Tenga la bondad de firmar la confesión.

Pitt tomó la pluma y firmó el documento apoyándolo sobre una pared y sin leerlo.

El interrogador observó atentamente la firma.

—Creo que ha cometido un error.

—¿Cuál?

—Usted no se llama Benedict Arnold.

Pitt chascó los dedos.

—Caramba, tiene razón. Esto fue la semana pasada. Esta semana soy Millard Fillmore.

—Muy divertido...

—Como el general Velikov ha informado ya de mi muerte a las autoridades americanas —dijo seriamente Pitt—, no veo la utilidad de una confesión. Me parece que es como inyectarle penicilina a un esqueleto. ¿De qué puede servir?

—Un seguro contra un incidente, un medio de propaganda, incluso un elemento para reforzar una posición negociadora —respondió amablemente el inquisidor—. Puede haber muchas razones. —Hizo una pausa y leyó algo en un legajo que tenía sobre la mesa—. Veo, por el expediente que me ha pasado el general Velikov, que usted dirigió una operación de salvamento del *Empress of Ireland*, que naufragó en el río Saint Lawrence.

—Correcto.

—Creo que yo intervine en la misma operación.

Pitt le miró fijamente. Había algo familiar en él, pero no podía concretarlo. Sacudió la cabeza.

—No recuerdo que trabajase usted en mi equipo. ¿Cómo se llama?

—Foss Gly —dijo lentamente el otro—. Trabajé con los canadienses para desbaratar sus operaciones.

Pitt se acordó repentinamente de un remolcador amarrado en un muelle de Rimouski, Quebec. Él había salvado la vida de un agente secreto británico golpeando a Gly en la cabeza con una llave inglesa. También recordó con gran alivio que Gly había estado vuelto de espaldas y no le había visto acercarse.

—Entonces, nunca nos encontramos cara a cara —dijo tranquilamente Pitt.

Observó a Gly, por si éste daba alguna señal de reconocerle; pero el hombre no pestañeó.

—Probablemente no.

—Está muy lejos de su país.

Gly encogió los anchos hombros.

—Yo trabajo para quienes me pagan buenos dólares por mis servicios especiales.

—En este caso, la máquina del dinero escupe rublos.

—Convertidos en oro —añadió Gly. Suspiró, fue a ponerse en pie y se estiró. La piel estaba tan tirante y las venas eran tan pronunciadas que le daban un aspecto grotesco. Acabó de levantarse de la silla y miró hacia arriba, pues su afeitado cráneo estaba a la altura de la barbilla de Pitt—. Me gustaría continuar esta conversación sobre los tiempos pasados, señor Pitt, pero tengo que hacerle varias preguntas y ha de firmar su confesión.

—Comentaré todos los temas que le interesen cuando esté seguro de que los LeBaron y mis amigos no sufrirán daño alguno.

Gly no replicó; solamente le miró con una expresión lindante en indiferencia.

Pitt previó un golpe y puso el cuerpo en tensión para aguantarlo. Pero Gly no colaboró. En vez de aquello, alargó despacio una mano y agarró a Pitt por la base del cuello, por la parte blanda del hombro. Al principio la presión fue ligera, una apretón, pero después se acentuó gradualmente hasta que el dolor se hizo insoportable.

Pitt agarró la muñeca de Gly con ambas manos y trató de librarse de aquella garra de acero, pero igual habría podido tratar de arrancar de raíz un roble de siete metros. Apretó los dientes hasta que pensó que iban a romperse. Vagamente, a través del fuego que ardía en su cerebro, pudo oír la voz de Gly.

—Está bien, Pitt, no tiene por qué soportar esto. Dígame simplemente quién le ordenó desembarcar en esta isla y por qué. No hace falta que sufra, a menos que sea un masoquista profesional. Créame si le digo que no le gustaría la experiencia. Diga al general lo que éste quiere saber. Lo que está ocultando, sea lo que fuere, no cambiará el curso de la Historia. No dependerán miles de vidas de ello. ¿Por qué sentir que su cuerpo es destrozado día tras día hasta tener todos los huesos aplastados, rotas todas las articulaciones, reducidos sus tendones a la consistencia de puré de patata? Porque esto es exactamente lo que le ocurrirá si no colabora. ¿Lo ha

entendido?

La terrible angustia menguó cuando Gly aflojó su presa. Pitt se tambaleó y miró a su verdugo con los ojos medio cerrados, mientras se frotaba con una mano la fea moradura que se extendía por su hombro. Se dio cuenta de que dijera lo que dijese, verdadero o inventado, nunca sería aceptado. La tortura continuaría en forma interminable hasta que cediesen sus recursos físicos y perdiese el conocimiento.

—¿Le dan un vale por cada confesión? —preguntó Dirk cortésmente.

—Yo no trabajo a comisión —dijo humorísticamente Gly.

—Usted gana —dijo sencillamente Pitt—. Aguanto mal el dolor. ¿Qué quiere que confiese? ¿Un intento de asesinar a Fidel Castro o una intriga para convertir a los consejeros rusos en demócratas?

—Solamente la verdad, señor Pitt.

—Ya se la he dicho al general Velikov.

—Tengo la grabación de sus palabras.

—Entonces sabe que la señora LeBaron, Al Giordino, Rudi Gunn y yo tratábamos de encontrar la clave de la desaparición de Raymond LeBaron, mientras buscábamos un barco naufragado del que se decía que contenía un tesoro. ¿Qué hay de siniestro en esto?

—El general Velikov cree que era un pretexto para una misión más secreta.

—¿Por ejemplo?

—Un intento de comunicar con los Castro.

—Ridículo es la primera palabra que acude a mi mente. Tiene que haber maneras más fáciles para que nuestros gobernantes negocien entre ellos.

—Gunn nos lo ha contado todo —dijo Gly—. Usted debía dirigir la operación para extraviarse en aguas cubanas, donde habrían sido capturados con un guardacostas y escoltados a la isla. Una vez allí, entregarían información vital referente a las negociaciones secretas entre los Estados Unidos y Cuba.

Pitt estaba ahora auténticamente perplejo. Todo esto era griego para él.

—Éste es el cuento chino más estúpido que he oído en mi vida.

—Entonces, ¿por qué iban armados y pudieron destruir el helicóptero cubano?

—No llevábamos armas —mintió Pitt—. El helicóptero estalló de pronto delante de nosotros. No puedo darle la razón.

—Entonces, explíqueme por qué no pudo el guardacostas cubano encontrar algún superviviente en el lugar de la catástrofe.

—Nosotros estábamos en el agua. La oscuridad era muy intensa y el mar estaba alborotado. No nos localizaron.

—Y sin embargo, fueron capaces de nadar seis millas en pleno huracán, manteniéndose juntos los cuatro y llegando ilesos a Cayo Santa María. ¿Cómo es posible?

—Pura suerte, supongo.

—Ahora es usted quien está contando un cuento chino, ¿eh?

Pitt no tuvo oportunidad de responder. Sin la menor advertencia, Gly le descargó un puñetazo en el costado, cerca del riñon izquierdo.

El dolor y la súbita compresión estallaron al mismo tiempo dentro de él. Al hundirse en el negro pozo de la inconsciencia, tendió una mano a Jessie, pero ésta se echó a reír y no hizo el menor movimiento para asirlo.

Una voz grave y resonante le decía algo casi al oído. Las palabras eran vagas y distantes. Un ejército de escorpiones treparon sobre el borde de la cama y empezaron a clavar los aguijones venenosos en su costado. Abrió los ojos. La brillante luz fluorescente le cegó, y volvió a cerrarlos. Sintió que tenía la cara mojada, pensó que debía de estar nadando y abrió los brazos. Entonces, aquella voz habló más claramente.

—Esté tranquilo, amigo. No hago más que rociarle la cara.

Pítt volvió a abrir los ojos y vio la cara de un hombre entrado en años, de cabellos grises, ojos amables y preocupados, y rostro afectuoso y distinguido. Cuando sus miradas se encontraron, sonrió.

—¿Le duele mucho?

—Bastante.

—¿Quiere un poco de agua?

—Sí, por favor.

Cuando el hombre se irguió, casi tocó el techo con los cabellos. Sacó una taza de una pequeña bolsa de lona y la llenó en el lavabo.

Pítt se sujetó el costado y se incorporó muy despacio hasta quedar sentado. Se sentía fatal y se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. ¿Desde cuándo no había comido? Su atontada mente no podía recordarlo. Aceptó el agua, agradecido, y la engulló de golpe. Después miró a su bienhechor.

—El viejo, rico y temerario Raymond, supongo.

LeBaron sonrió forzosamente.

—Unos calificativos que no me gustan demasiado.

—No es usted fácil de definir.

—Mi esposa me ha dicho que usted le salvó la vida. Quiero darle las gracias.

—Según el general Velikov, la salvación ha sido nada más que temporal.

La sonrisa de LeBaron se desvaneció.

—¿Qué le dijo?

—Dijo textualmente: «Todos tienen que morir».

—¿Le dio alguna razón?

—Me dijo que habíamos ido a caer en la más secreta instalación militar soviética.

Una mirada reflexiva se pintó en los ojos de LeBaron. Después dijo:

—Velikov mintió. En principio, esto se montó para recoger datos de transmisiones en onda corta procedentes de los Estados Unidos, pero el rápido desarrollo de los satélites de escucha hizo que quedara anticuado antes de terminarse.

—¿Cómo lo sabe?

—Me permitieron recorrer la isla. Algo inverosímil si la zona hubiese sido tan

secreta. No he visto indicios de equipos sofisticados de comunicaciones, ni antenas en parte alguna. También me hice amigo de varios visitantes cubanos que dejaron escapar retazos de información. La mejor comparación que puedo hacer es que este lugar es como un retiro de hombres de negocios, un refugio al que vienen ejecutivos de importantes compañías a discutir y proyectar su estrategia comercial para el año próximo. Sólo que aquí, los oficiales soviéticos y cubanos de alto rango se reúnen para discutir temas militares y políticos.

A Pitt le costaba concentrarse. El riñón izquierdo le dolía terriblemente y se sentía amodorrado. Tambaleándose, se acercó al retrete. Su orina estaba teñida de sangre, pero no mucho, y no creyó que la lesión fuese grave.

—Será mejor que no continuemos esta conversación —dijo Pitt—. Probablemente hay algún micrófono oculto en mi celda.

LeBaron sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. Esta parte del recinto no fue construida con grandes medidas de seguridad, porque no hay salida. Es como el antiguo penal francés de la isla del Diablo; es imposible escapar. La isla de Cuba está a más de veinte millas de distancia. Los tiburones abundan en estas aguas y las corrientes llevan mar adentro. En la otra dirección, la tierra más próxima está en las Bahamas, a ciento diez millas al nordeste. Si está pensando en escapar, mi consejo es que lo olvide.

Pitt volvió cuidadosamente a su cama.

—¿Ha visto a los otros?

—Sí.

—¿Cómo están?

—Giordino y Gunn están juntos en una habitación a diez metros pasillo abajo. Debido a sus lesiones, se han librado de una visita a la habitación número seis. Hasta ahora, han sido muy bien tratados.

—¿Y Jessie?

La cara de LeBaron se puso ligeramente tensa.

—El general Velikov ha tenido la amabilidad de reservarnos una de las habitaciones para invitados ilustres. Incluso nos está permitido comer con los oficiales.

—Me alegra saber que los dos se han librado de una visita a la habitación número seis.

—Sí, Jessie y yo hemos tenido suerte; nos tratan de una manera bastante humana.

El tono de LeBaron parecía poco convincente; hablaba con monotonía. No había brillo en sus ojos. No era el hombre que se había hecho famoso por sus audaces y caprichosas aventuras y por sus chocantes fracasos dentro y fuera del mundo de los negocios. Parecía carecer completamente del prodigioso dinamismo que había hecho que su consejo fuese buscado por los financieros y los líderes del mundo entero. A

Pitt le dio la impresión de un agricultor arruinado y expulsado de sus tierras por un banquero nada escrupuloso.

—¿Y qué ha sido de Buck Caesar y de Joe Cavilla? —preguntó Pitt.

LeBaron se encogió tristemente de hombros.

—Buck eludió la vigilancia de sus guardianes durante un período de ejercicio al aire libre y trató de huir a nado y empleando el tronco de una palmera caída como balsa. Su cuerpo, o lo que quedaba de éste después de haberse cebado los tiburones en él, fue arrojado a la playa tres días más tarde. En cuanto a Joe, después de varias sesiones en la habitación número seis, entró en coma y murió. Muy lamentable. No había razón para que no colaborase con el general Velikov.

—¿No se ha entrevistado usted con Foss Gly?

—No; me he ahorrado esta experiencia. No sé por qué. Tal vez el general Velikov cree que soy demasiado valioso como instrumento para una negociación.

—Por esto me eligió a mí —dijo tristemente Pitt.

—Quisiera poder ayudarle, pero el general Velikov desoyó todas mis súplicas para salvar a Joe. Se muestra igualmente frío en el caso de usted.

Pitt se preguntó por qué sería que LeBaron se refería siempre a Velikov con el respeto debido al rango militar del ruso.

—No comprendo estos interrogatorios tan brutales. ¿Qué podían ganar matando a Cavilla? ¿Qué esperan obtener de mí?

—La verdad —dijo simplemente LeBaron.

Pitt le dirigió una aguda mirada.

—Por lo que yo sé, la verdad es que usted y su equipo salieron en busca del *Cyclops* y desaparecieron. Su esposa y todos nosotros salimos, una vez se hubo recobrado el dirigible, con la esperanza de poder averiguar lo que le había sucedido a usted. Dígame si esto suena a falso.

LeBaron se enjugó con la manga el sudor que había empezado a brotar de su frente.

—Es inútil que discuta conmigo, Dirk, pues no soy yo el que no cree en usted. La mentalidad rusa ve una mentira detrás de cada palabra.

—Usted ha hablado con Jessie. Seguramente ésta le habrá explicado cómo encontramos el *Cyclops* y cómo llegamos a esta isla.

LeBaron se estremeció visiblemente cuando Pitt mencionó el *Cyclops*. De pronto pareció retroceder ante Pitt. Recogió su bolsa de lona y se dirigió a la puerta. Ésta se abrió casi inmediatamente y LeBaron salió.

Foss Gly estaba esperando cuando entró LeBaron en la habitación número seis. Estaba sentado allí, como un diablo pensativo, como una máquina humana de matar, inmune al sufrimiento y a la muerte. Olía a carne podrida.

LeBaron estaba temblando y le tendió en silencio la bolsa de lona. Gly hurgó en

su interior, sacó un pequeño magnetófono y rebobinó la cinta. Escuchó durante unos segundos para convencerse de que las voces sonaban claras.

—¿Confió en usted? —preguntó Gly.

—Sí; no intentó ocultarme nada.

—¿Trabaja para la CÍA?

—No lo creo. Su llegada a esta isla fue puramente accidental.

Gly salió de detrás de la mesa y agarró la piel suelta del lado de la cintura de LeBaron, apretándola y retorciéndola en el mismo movimiento. El editor desorbitó los ojos y jadeó al sentir el angustioso dolor en todo su cuerpo. Poco a poco, cayó de rodillas sobre el hormigón.

Gly se agachó hasta que sus ojos helados y malignos estuvieron a pocas pulgadas de los de LeBaron.

—No juegue conmigo, gusano —dijo en tono amenazador—, o su dulce esposa será la próxima que lo pagará con la mutilación de su cuerpo.

Ira Hagen trazó un círculo alrededor de Hudson y Eriksen y decidió prescindir de Houston. No había necesidad de hacer el viaje. El ordenador a bordo de su reactor le dijo todo lo que necesitaba saber. El número de teléfono de Texas en la libreta negra del general Fisher conducía a la oficina del director de Operaciones de Vuelo de la NASA, Irwin Mitchell, alias Irwin Dupuy. Una comprobación de otro nombre de la lista, Steve Larson, puso de manifiesto que era Steve Busche, director del Centro de Estudios de Vuelo de la NASA en California.

Nueve pequeños indios, y quedaron cuatro...

La lista de Hagen del «círculo privado» decía ahora:

Raymond LeBaron... Últimamente en Cuba.

General Mark Fisher... Colorado Springs.

Clyde Booth...Albuquerque.

Irwin Mitchell...Houston.

Steve Busche...California.

Dean Beagle (?)...Filadelfia. (Identidad y paradero no demostrados).

Daniel Klein (?)...Washington, D.C. (ídem).

Leonard Hudson...Maryland. (Paradero no demostrado).

Gunnar Eriksen...Maryland. (ídem).

Sólo faltaban sesenta y seis horas para que terminase el plazo. Había tenido informado de sus proyectos al presidente y le había advertido que el tiempo sería muy justo para sus investigaciones. El presidente estaba reuniendo ya un equipo de confianza para aprehender a los miembros del «círculo privado» y transportarlos a un lugar que todavía no había especificado. El as de triunfo de Hagen era la proximidad de los tres últimos nombres de la lista. Apostaba a que no andarían lejos el uno de los otros.

Hagen varió su rutina y no perdió tiempo en alquilar un coche cuando su avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Filadelfia. Su piloto había encargado un Lincoln, que estaba esperando cuando Hagen bajó la escalerilla. Durante el viaje de cuarenta kilómetros junto al río Schuylkill hasta Valley Forge State Park, trabajó en su informe al presidente y formuló un plan para acelerar el descubrimiento de Hudson y Eriksen, cuyo número de teléfono común resultó ser de una línea desconectada en una casa vacía cerca de Washington.

Cerró la cartera cuando el coche cruzó el parque donde había acampado el ejército de George Washington durante el invierno de 1777-1778. Muchos de los árboles conservaban aún sus hojas doradas y las onduladas colinas tenían todavía que volverse pardas. El conductor entró en una carretera que serpenteaba en un monte que dominaba el parque. La ruta estaba flanqueada a ambos lados por viejos muros de

piedra.

La histórica Horse and Artillery Inn había sido contruida en 1790 como parada de diligencias y venta para los viajeros coloniales, y estaba rodeada de prados de césped y de árboles que daban sombra. Era un pintoresco edificio de tres plantas, con un majestuoso porche y postigos pintados de azul. La posada era un ejemplo auténtico de la primitiva arquitectura rural a base de piedra caliza y tenía una placa que la acreditaba como inscrita en el Registro Nacional de Edificios Históricos.

Hagen se apeó del automóvil, subió los peldaños del porche amueblado con anticuadas mecedoras y entró en un vestíbulo lleno de muebles antiguos apiñados alrededor de una acogedora chimenea donde chisporroteaba un leño. En el comedor, fue conducido a una mesa por una muchacha que vestía un traje colonial.

—¿Está Dean? —preguntó como al azar.

—Sí, señor —respondió vivamente la doncella—. El senador está en la cocina. ¿Desea usted verle?

—Si pudiese dedicarme unos minutos, le quedaría muy agradecido.

—¿Quiere entretanto ver la carta?

Hagen examinó la carta y vio que la lista de antiguos platos americanos era muy tentadora. Pero en realidad, su mente estaba lejos de la comida. ¿Era posible, pensó, que Dean Beagle fuese el senador Dean Porter, que había presidido antaño el poderoso Comité de Relaciones Extranjeras y había perdido por poco en las elecciones primarias presidenciales ante George McGovern? Miembro del Senado durante casi tres décadas, Porter había dejado una marca indeleble en la política americana antes de retirarse hacía ahora dos años.

Un hombre calvo, de setenta y siete o setenta y ocho años, cruzó la puerta de batiente de la cocina, enjugándose las manos con el borde de un delantal. Un personaje sencillo, con cara de abuelo. Se detuvo junto a la mesa de Hagen y le miró inexpresivamente.

—¿Deseaba verme? —preguntó.

Hagen se puso en pie.

—¿Senador Porter?

—Sí.

—Me llamo Ira Hagen. Yo también exploto restaurantes especializados en platos americanos, pero no tan buenos como los suyos.

—Leo me dijo que tal vez llamaría usted a mi puerta —dijo sin rodeos Porter.

—Siéntese, por favor.

—¿Se quedará a comer, señor Hagen?

—Pensaba hacerlo.

—Entonces permítame que le ofrezca una botella de vino del país a cuenta de la casa.

—Muchas gracias.

Porter llamó a la camarera y le dio la orden. Después se volvió de nuevo a Hagen y le miró fijamente a los ojos.

—¿A cuántos de nosotros ha seguido la pista?

—Usted es el sexto —respondió Hagen.

—Ha hecho bien en no ir a Houston. Leo había dispuesto un comité de recepción que le estaba esperando.

—¿Ha sido usted miembro del «círculo privado» desde el principio, senador?

—Ingresé en 1964 y contribuí a montar la financiación secreta.

—Le felicito por su excelente labor.

—Supongo que trabaja usted para el presidente.

—Correcto.

—¿Qué quiere hacer él con nosotros?

—En definitiva, rendirles los honores que se merecen. Pero su preocupación principal es impedir que su gente en la Luna desencadene una guerra.

Porter calló cuando la camarera trajo una botella de vino blanco frío. La descorchó hábilmente y vertió vino en su vaso. Tomó un buen sorbo, lo paladeó y asintió con la cabeza.

—Muy bueno.

Después llenó el vaso de Hagen.

—Hace quince años, señor Hagen, nuestro Gobierno cometió un estúpido error y convirtió nuestra tecnología espacial en un juego de niños que fue anunciado como un «apretón de manos en el espacio». Si lo recuerda, fue una aventura conjunta a la que se dio gran publicidad entre programas espaciales americanos y rusos, en la que nuestros astronautas del Apolo se encontrarían y reunirían con los cosmonautas del Soyuz en órbita. Yo fui contrario a ello desde el principio, pero el acontecimiento se produjo durante los años de distensión y mi voz fue solamente un clamor en el desierto. Entonces no confiaba en los rusos, y tampoco me fío ahora de ellos. Todo su programa espacial estaba montado sobre la propaganda política y conseguía pocos logros técnicos. Nosotros expusimos a los rusos la tecnología americana, que estaba veinte años más adelantada que la suya. Después de todo este tiempo, los cacharros espaciales soviéticos siguen siendo una porquería en relación con todo lo que nosotros hemos creado. Entonces malgastamos cuatrocientos millones de dólares en una revelación científica. El hecho de que besáramos el culo a los rusos mientras ellos zurraban el nuestro sólo confirma el dicho de Barnum, de que «cada minuto nace un tonto». Decidí no permitir que aquello ocurriese de nuevo. Por esto no permaneceré inmóvil, ni dejaré que los rusos nos roben los frutos de la Jersey Colony. Si ellos fuesen técnicamente superiores a nosotros, estoy seguro de que nos cerrarían el camino de la Luna.

—Entonces, está usted de acuerdo con Leo en que los primeros rusos que pongan el pie en la Luna deben ser eliminados.

—Harán todo lo que esté en su poder para apoderarse, como lluvia caída del cielo, de todos nuestros avances científicos en la base lunar. Enfréntese con la realidad, señor Hagen. No habrá visto a ningún agente secreto nuestro que robe alta tecnología rusa y la traiga de contrabando a Occidente. Los soviéticos tienen que valerse de nuestros progresos, porque son demasiado estúpidos y miopes para su propia tecnología.

—No tiene en muy alta estima a los rusos —dijo Hagen.

—Cuando el Kremlin decida construir un mundo mejor, en vez de dividirlo y dominarlo, puede que yo cambie de idea.

—¿Me ayudará a encontrar a Leo?

—No —dijo simplemente el senador.

—Lo menos que puede hacer el «círculo privado» es escuchar los argumentos del presidente.

—¿Es para esto para lo que le ha enviado?

—Esperaba que pudiese encontrarlos a todos ustedes mientras estemos aún a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—Antes de cuatro días, los primeros cosmonautas soviéticos alunizarán. Si su gente de la Jersey Colony los mata, su Gobierno puede sentirse autorizado para derribar un satélite americano o el laboratorio espacial.

El senador miró a Hagen, y sus ojos eran fríos como el hielo.

—Una conjetura muy interesante. Sospecho que tendremos que esperar a ver lo que pasa, ¿no?

Pitt empleó la hebilla de la cinta de su reloj como destornillador para sacar los tornillos que sujetaban los goznes del armario. Entonces deslizó la parte plana de una charnela entre el pestillo y el marco de la puerta. Se ajustaba casi perfectamente. Ahora, lo único que tenía que hacer era esperar que viniese el guardia a traerle la cena.

Bostezó y se tendió en la cama, pensando en Raymond LeBaron. La imagen que tenía del famoso magnate del negocio editorial se había deteriorado mucho. LeBaron no daba la medida de su reputación. Tenía el aspecto de un hombre asustado. Ni una sola vez citó a Jessie, a Al o a Rudi. Seguramente le habrían dado algún mensaje de ánimo. Había algo muy turbio en las acciones de LeBaron.

Se sentó en la cama al oír que se abría la puerta. El guardia entró, sosteniendo una bandeja en una mano. La tendió a Pitt, que la puso sobre su regazo.

— ¿Qué exquisitez me ha traído esta tarde? —preguntó alegremente Pitt.

El guardián torció desagradablemente los labios y se encogió de hombros con indiferencia. Pitt no podía censurarle por ello. La bandeja contenía un panecillo amazacotado e insípido y un tazón de estofado de pollo que no podía oler peor.

Pitt tenía hambre, pero, sobre todo, necesitaba comer para conservar las fuerzas. Engulló a duras penas aquella bazofia, consiguiendo de alguna manera no vomitar. Por último, devolvió la bandeja al guardián, el cual la tomó en silencio, salió al corredor y tiró de la puerta.

Pitt saltó de la cama, se puso de rodillas y deslizó una de las charnelas del armario entre el pestillo y la jamba de la puerta, impidiendo que aquél acabase de cerrarse. Casi simultáneamente, apretó el hombro contra la puerta y la golpeó por el segundo gozne para imitar el chasquido del pestillo.

En cuanto oyó que las pisadas del guardián se extinguían en el pasillo, abrió ligeramente la puerta, arrancó un trozo de esparadrapo del vendaje que cubría un corte en el brazo, y lo pegó al tirador del pestillo para mantener la puerta abierta.

Quitándose las sandalias y guardándolas debajo del cinto, entornó la puerta, fijó un cabello en la rendija y, sin hacer ruido, se deslizó por el corredor desierto, apretando el cuerpo contra la pared. No vio señales de guardias ni de aparatos de seguridad.

Su objetivo era encontrar a sus amigos y urdir un pían para escapar, pero, cuando había andado veinte metros, descubrió una estrecha y circular salida de emergencia, con una escalera que subía y se perdía en la oscuridad. Decidió ver adonde llevaba. La subida pareció interminable y Pitt se dio cuenta de que debía de haber dejado atrás todas las plantas subterráneas. Por fin, al levantar los brazos, tocó una trampa de madera sobre su cabeza. Apoyó la espalda contra ella y ejerció una lenta presión. La

trampa crujió con fuerza al levantarse.

Pitt respiró hondo y se quedó inmóvil. Transcurrieron cinco minutos y no ocurrió nada, nadie gritó, y cuando al fin levantó lo bastante la trampa, vio el suelo de hormigón de un garaje en el que había varios vehículos militares y de transporte. El local era grande, de veinte por treinta metros y tal vez cinco de altura, y el techo estaba sostenido por una serie de viguetas de acero. El aparcamiento estaba a oscuras, pero en el fondo había una oficina brillantemente iluminada. Dos rusos que vestían uniforme militar estaban sentados a una mesa jugando al ajedrez.

Pitt salió de donde estaba, se deslizó detrás de los vehículos aparcados, se agachó al pasar por delante de las ventanas de la oficina y siguió hasta llegar a la puerta de entrada. Llegar tan lejos desde su celda le había parecido sumamente fácil, pero el obstáculo surgió donde menos lo esperaba. La puerta tenía una cerradura eléctrica. No podía activarla sin poner sobre aviso a los jugadores de ajedrez.

Resguardándose en la sombra, resiguió las paredes buscando otra entrada. Pero sabía que era una causa perdida. Si este edificio estaba al nivel del suelo, se hallaría probablemente disimulado bajo un montículo, con la puerta grande para los vehículos como único medio de entrada y salida.

Dio una vuelta completa al garaje y volvió al lugar donde había empezado. Desanimado, estaba a punto de darse por vencido cuando miró hacia arriba y vio un respiradero en el techo. Parecía lo bastante ancho para poder pasar por él.

Subió sin hacer ruido encima de un camión, levantó los brazos y se encaramó en una de las vigas. Después avanzó sobre ella unos diez metros, hasta llegar al respiradero, y salió por éste al exterior. La corriente de aire fresco y húmedo era estimulante. Calculó que el viento que había sucedido al huracán tenía solamente una velocidad de unas veinte millas por hora. El cielo estaba sólo parcialmente cubierto y había una media luna que permitía distinguir vagamente objetos a cien pies de distancia.

Ahora su problema era salvar el alto muro de la cerca. La caseta del guardia, junto a la verja, estaría ocupada, por lo que no tendría manera de repetir la entrada que había hecho dos noches atrás.

Al fin, la suerte vino en su ayuda una vez más. Caminó a lo largo de un pequeño canal de desagüe que pasaba por debajo del muro. Avanzó agachado, pero le cortó el paso una reja de hierro. Afortunadamente, los barrotes estaban tan oxidados por el aire salino tropical que pudo doblarlos con facilidad.

Tres minutos más tarde, había salido del recinto y corría entre las palmeras que flanqueaban el estropeado camino. No había señales de guardias ni de cámaras electrónicas de vigilancia, y los achaparrados arbustos contribuían a ocultar su silueta del resplandor de la arena. Corrió en diagonal hacia la playa, hasta que se encontró con la valla electrificada.

Finalmente, llegó a la parte dañada por el huracán. Había sido reparada, pero supo que era el lugar correcto, porque la palmera que había causado el daño yacía cerca de allí. Se puso de rodillas y empezó a cavar la arena con las manos, debajo de la valla. Cuando más hondo cavaba, más arena caía al fondo desde los lados. Por esto pasó casi una hora antes de que pudiese hacer un hueco lo bastante profundo para deslizarse sobre la espalda hasta el otro lado.

Le dolían el hombro y el riñón y sudaba como una esponja empapada. Trató de volver al lugar donde habían llegado entre las rocas. El paisaje no parecía el mismo bajo la pálida luz de la luna, aunque, por haber tenido entonces los ojos casi cerrados, no podía recordar cómo era cuando habían llegado allí azotados por el huracán.

Pitt caminó arriba y abajo por la playa, buscando entre las formaciones rocosas, y a punto estaba de darse por vencido cuando vio que la luz de la luna se reflejaba en un objeto sobre la arena. Alargó las manos y tocó el depósito de carburante del motor fuera borda del bote hinchable. El vastago y la hélice estaban enterrados en la arena a unos diez metros de la línea marcada por la marea alta. Apartó la húmeda arena hasta que pudo extraer el motor. Después se lo cargó a la espalda y echó a andar por la playa, alejándose del recinto de los rusos.

No sabía adonde iba ni dónde iba a esconder el motor. Sus pies se hundían en la arena y la carga de treinta kilos dificultaba todavía más su marcha. Tenía que pararse a descansar cada pocos centenares de metros.

Había caminado dos o tres kilómetros cuando encontró una calle cubierta de hierbajos que discurría entre varias hileras de casas desiertas y ruinosas. La mayoría de ellas eran poco más que chozas y se agrupaban alrededor de una pequeña laguna. Debía de haber sido un pueblo de pescadores, pensó Pitt. No podía saber que era uno de los poblados cuyos vecinos habían sido echados de allí y trasladados a tierra más firme durante la ocupación soviética.

Dejó con alivio el motor en el suelo y empezó a registrar las casas. Las paredes y los techos eran de chapa de hierro ondulada y de tablas. Quedaban muy pocos muebles. Encontró una barca varada en la playa, pero en seguida perdió toda esperanza de poder utilizarla. El casco estaba podrido.

Pitt consideró la posibilidad de construir una balsa, pero necesitaría demasiado tiempo y no podía correr el riesgo de ensamblar las piezas de madera, con la doble dificultad de trabajar a oscuras y sin herramientas. El resultado no ofrecía muchas garantías en un mar agitado.

La esfera luminosa de su reloj marcaba la una y media. Si quería encontrar a Giordino y a Gunn y hablar con ellos, tenía que darse prisa. Se preguntó cómo podría hacerse con carburante para el fueraborda, pero ahora no tenía tiempo de buscar la solución. Calculó que tardaría al menos una hora en volver a su celda.

Encontró una vieja bañera de hierro junto a una barraca derrumbada. Dejó el

motor fuera borda en el suelo y volvió la bañera boca abajo encima de él. Después arrojó encima de ella unos neumáticos y un colchón medio podrido y desanduvo su camino, teniendo buen cuidado de borrar sus pisadas con una hoja de palmera hasta que se hubo alejado unos veinticinco metros.

La vuelta fue más fácil que la ida. Lo único que tuvo que recordar fue enderezar los barrotes del canal de desagüe. Se preguntó por qué no estaría llena aquella instalación isleña de guardias de seguridad, pero entonces se acordó de que la zona era constantemente sobrevolada por aviones espías americanos, cuyas cámaras tenían la extraordinaria facultad de sacar fotografías en las que podía leerse el nombre de una pelota de golf a pesar de haber sido tomadas desde treinta mil metros de altura.

Los soviéticos debían haber pensado que, más que una fuerte seguridad, era mejor dar al lugar el aspecto de una isla abandonada y sin vida. Los disidentes cubanos que huían del régimen de Castro no se detendrían en ella y cualquier comando de exiliados cubanos la pasaría por alto si se dirigía a la isla principal. Como nadie desembarcaría ni saldría de allí, los rusos no tenían nada que guardar.

Pitt bajó a través del respiradero y cruzó sin ruido el garaje en dirección a la salida. El pasillo seguía desierto. Observó la puerta y vio que el cabello seguía en su sitio.

Su plan era buscar a Gunn y a Giordino. Pero no quería abusar de su suerte. Aunque su encierro no era muy severo, siempre existía el problema de un descubrimiento casual. Si Pitt era sorprendido ahora fuera de su celda, sería el fin. Si Velikov y Gly no le habían ejecutado todavía era porque creían tenerle a buen recaudo.

Decidió que tenía que arriesgarse. Tal vez no tendría otra oportunidad. Los ruidos resonaban mucho en el pasillo de hormigón. Si no tenía que alejarse demasiado, tendría tiempo sobrado de volver a su celda si oía pisadas.

La habitación contigua a la suya era un depósito de pinturas. La registró durante unos minutos pero no encontró nada útil. Al otro lado del pasillo, había dos habitaciones vacías. La tercera contenía artículos de fontanería. Entonces abrió otra puerta y se encontró con las caras sorprendidas de Gunn y Giordino. Entró rápidamente, cuidando de que no se cerrase el pestillo.

—¡Dirk! —gritó Giordino.

—No levantes la voz —murmuró Pitt.

—Me alegro de verte, amigo.

—¿Habéis comprobado que no haya micros en esta habitación? —preguntó Pitt.

—Lo hicimos apenas nos metieron en ella —respondió Gunn—. No hay nada.

Entonces vio Pitt las feas moraduras alrededor de los ojos de Giordino.

—Ya veo que has estado con Foss Gly en la habitación número seis.

—Sostuvimos una conversación muy interesante. Aunque él llevó la voz cantante.

Pitt miró a Gunn, pero no vio ninguna señal.

—¿Y tú?

—Es demasiado listo para levantarme la tapa de los sesos —dijo Gunn, con una agria sonrisa. Señaló su tobillo fracturado. La escayola había desaparecido—. Le resulta más práctico retorcerme el pie.

—¿Y Jessie?

Gunn y Giordino intercambiaron una mirada triste.

—Tememos lo peor —dijo Gunn—. Al y yo oímos unos gritos de mujer al salir del ascensor por la tarde.

—Veníamos de que nos interrogara ese untuoso bastardo de Vetikov.

—Es su sistema —explicó Pitt—. El general emplea el guante de seda y después te entrega a Gly, para que emplee su puño de hierro. —Paseó irritado por la pequeña habitación—. Tenemos que encontrar a Jessie y salir de aquí, cueste lo que cueste.

—¿Cómo? —preguntó Giordino—. LeBaron nos ha visitado y nos ha dicho que es imposible escapar de la isla.

—Yo no confío más en el rico y arrojado Raymond que en la posibilidad de destruir este edificio —dijo rápidamente Pitt—. Creo que Gly le ha convertido en gelatina.

—Me parece que tienes razón.

Gunn se volvió de lado en su litera, acariciándose el tobillo roto.

—¿Cómo piensas salir de la isla?

—He encontrado y escondido el motor fuera borda, para el caso de que pueda robar una barca.

—¿Qué? —Giordino miró a Pitt con incredulidad—. ¿Saliste de aquí?

—No ha sido exactamente un paseo agradable —respondió Pitt—. Pero he descubierto una manera de escapar hacia la playa.

—Robar una barca es imposible —dijo rotundamente Gunn.

—Entonces, sabes algo que yo no sé.

—Mis nociones de ruso me han servido de algo. He escuchado conversaciones entre los guardianes. También pude ver unos pocos fragmentos de los papeles que tiene Velikov en su despacho. Una información bastante interesante es que la isla es abastecida de noche por un submarino.

—¿Por qué buscarse tantas complicaciones? —murmuró Giordino—. A mí me parece que un transporte por barco sería más eficaz.

—Esto requeriría operaciones de desembarco que podrían ser vistas desde el aire —le explicó Gunn—. Sea lo que fuere lo que sucede aquí, quieren llevarlo en el más absoluto secreto.

—Estoy de acuerdo con esto —dijo Pitt—. Los rusos se han tomado mucho trabajo para que la isla parezca desierta.

—No es de extrañar que se impresionasen cuando entramos por la puerta principal —dijo Giordino, reflexivamente—. Esto explica los interrogatorios y las torturas.

—Tanta mayor razón para que procuremos salir de aquí y salvar nuestras vidas.

—Y avisar a nuestras agencias de información —añadió Gunn.

—¿Cuándo piensas largarte? —preguntó Giordino.

—Mañana por la noche, inmediatamente después de que el guardia traiga la cena.

Gunn dirigió a Pitt una larga y dura mirada.

—Tendrás que irte solo, Dirk.

—Llegamos juntos, y juntos nos marcharemos.

Giordino sacudió la cabeza.

—No podrías llevarnos a Jessie y a nosotros dos sobre la espalda.

—Tiene razón —dijo Gunn—. Al y yo no estamos en condiciones de caminar ni veinte metros, aunque sea arrastrándonos. Es mejor que nos quedemos a correr el riesgo de dar al traste con tus posibilidades. Llévate a los LeBaron y salid nadando, por todos los demonios, hacia los Estados Unidos.

—No puedo confiar en Raymond LeBaron. Estoy seguro de que nos delataría. Mintió como un condenado al declarar que la isla no es más que un retiro para hombres de negocios.

Gunn sacudió la cabeza, con incredulidad.

—¿Quién oyó jamás hablar de un lugar de retiro para militares que torturan a sus invitados?

—Olvídate de LeBaron —dijo Giordino, resplandeciendo de cólera sus ojos—. Pero, por el amor de Dios, salva a Jessie antes de que la mate ese hijo de perra de Gly.

Pitt se quedó confuso.

—No puedo marcharme de aquí y dejaros a los dos en manos del destino.

—Si no lo haces —dijo gravemente Gunn—, tú morirás también, y no quedará nadie con vida para contar lo que sucede aquí.

El ambiente era de tristeza, aunque mitigada por la larga distancia en el tiempo. No más de cien personas se habían reunido para la ceremonia, a esa temprana hora. A pesar de la presencia del presidente, sólo un canal de televisión había enviado un equipo. La pequeña concurrencia guardaba silencio en un rincón apartado de Rock Creek Park, escuchando el final del breve discurso del presidente.

—... Y así nos hemos reunido esta mañana para rendir un tardío tributo a los ochocientos americanos que murieron cuando el buque de transporte de tropas, el *Leopoldville*, fue torpedeado frente al puerto de Cherburgo, Francia, la víspera de Navidad de 1944.

Nunca se había negado a una tragedia de guerra un honor tan merecido. Nunca se ha ignorado tan completamente una tragedia semejante.

Hizo una pausa y señaló hacia una estatua cubierta. Entonces se retiró el paño, revelando la figura solitaria de un soldado en actitud valiente y expresión resuelta, llevando un capote militar, y todo el equipo de campaña y un fusil M-1 colgado de un hombro. Había una dignidad dolorosa en aquella estatua en bronce y de tamaño natural de un combatiente, realzada por una ola que lamía sus tobillos.

Después de un minuto de aplausos, el presidente, que había servido en Corea como teniente de una compañía de artillería del Marine Corps, empezó a estrechar las manos de supervivientes del *Leopoldville* y de otros veteranos de la Panther División. Cuando se dirigía al automóvil de la Casa Blanca, se puso rígido de pronto al estrechar la mano del décimo hombre de la fila.

—Un discurso muy conmovedor, señor presidente —dijo una voz conocida—. ¿Podría hablar con usted en privado?

Los labios de Leonard Hudson se dilataron en una irónica sonrisa. No se parecía en nada al caddy Reggie Salazar. Sus cabellos eran espesos y grises, lo mismo que la barba mefistofélica. Llevaba un suéter con cuello de tortuga debajo de la chaqueta de tweed.

Los pantalones de franela eran de color café y los zapatos ingleses de cuero estaban impecablemente lustrados. Parecía salido de un anuncio de coñac de la revista *Town amp; Country*.

El presidente se volvió y habló a un agente del Servicio Secreto que estaba a menos de medio metro de su codo.

—Este hombre me acompañará hasta la Casa Blanca.

—Un gran honor, señor —dijo Hudson.

El presidente le miró fijamente durante un instante y decidió llevar adelante el juego. Su cara se iluminó con una amistosa sonrisa.

—No puedo perderme la oportunidad de recordar anécdotas de la guerra con un

viejo compañero, ¿verdad, *Joe*?

La caravana presidencial entró en Massachusetts, haciendo centellear sus luces rojas y sonar las sirenas por encima del ruido del tráfico en la hora punta. Los dos hombres guardaron silencio durante un par de minutos. Por fin Hudson dio el primer paso.

—¿Recuerda usted dónde nos conocimos?

—No —mintió el presidente—, Su cara no me parece en modo alguno conocida.

—Supongo que tiene que ver a tanta gente...

—Francamente, tengo cosas más importantes en las que pensar.

Leonard Hudson hizo caso omiso de la aparente hostilidad del presidente.

—¿Como meterme en la cárcel?

—Una cloaca me parecería un sitio más adecuado.

—Usted no es la araña, señor presidente, y yo no soy la mosca. Puede parecer que me he metido en una trampa, en este caso un coche rodeado de un ejército de guardaespaldas del Servicio Secreto, pero mi salida en paz y tranquilidad está garantizada.

—¿Otra vez el viejo truco de la bomba simulada?

—Ahora es diferente. Un explosivo de plástico está sujeto debajo de una mesa en un restaurante de cuatro tenedores de la ciudad. Hace exactamente ocho minutos que el senador Adrián Gorman y el secretario de Estado, Douglas Oates, se han sentado a aquella mesa para desayunar juntos.

—Es un farol.

—Tal vez sí, pero si no lo es, mi captura difícilmente valdría la carnicería que se produciría en el interior de un restaurante lleno a rebosar.

—¿Qué quiere esta vez?

—Retire a su sabueso.

—Hable claro, por el amor de Dios.

—Quíteme a Ira Hagen de encima mientras todavía pueda respirar.

—¿Quién?

—Ira Hagen, un viejo condiscípulo suyo que trabajó en el Departamento de Justicia.

El presidente miró a través de la ventanilla, como tratando de recordar.

—Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que hablé con Ira.

—No hace falta que mienta, señor presidente. Usted le contrató para que descubriese el «círculo privado».

—¿Qué? —El presidente fingió una auténtica sorpresa. Después se echó a reír—. Olvida usted quién soy. Me bastaría una llamada telefónica para que todo el FBI, la CÍA y al menos otras cinco agencias de información se les echasen encima.

—Entonces, ¿por qué no lo ha hecho?

—Porque he preguntado a mis consejeros científicos y a algunas personas muy respetadas que participan en nuestro programa espacial. Y todos están de acuerdo. La Jersey Colony es un castillo en el aire. Se expresa usted muy bien, Joe, pero no es más que un farsante que vende alucinaciones.

Hudson se desconcertó.

—Juro por Dios que Jersey Colony es una realidad.

—Sí, está a medio camino entre Oz y Shangri-lá.

—Créame, Vince, cuando nuestros primeros colonos regresen de la Luna, la noticia inflamará la imaginación del mundo.

El presidente hizo caso omiso del descarado empleo de su nombre de pila.

—Lo que le gustaría realmente es que anunciase una batalla simulada con los rusos por el dominio de la Luna. ¿Qué es lo que pretende? ¿Es usted un agente de publicidad de Hollywood que trata de promocionar una película espacial, o se ha escapado de una clínica mental?

Hudson no pudo reprimir su cólera.

—¡Idiota! —gritó—. No puede volver la espalda a la más grande hazaña científica de la historia.

—Fíjese en lo que voy a hacer. —El presidente descolgó el teléfono del coche—. Roger, detenga el automóvil. Mi invitado va a apearse.

Al otro lado del cristal, el chófer del Servicio Secreto levantó una mano del volante en señal de comprensión. Después informó de la orden del presidente a los otros vehículos. Un momento más tarde, la caravana entró en una tranquila calle residencial y se detuvo junto a la acera.

El presidente alargó una mano y abrió la portezuela.

—Final de trayecto, Joe. No sé qué piensa hacer con Ira Hagen, pero si me entero de su muerte, seré el primero en declarar en el juicio que usted le amenazó. Es decir, si no le han ejecutado ya por cometer un asesinato en masa en un restaurante.

Irritado y confuso, Hudson bajó despacio del automóvil. Vaciló antes de acabar de hacerlo.

—Está cometiendo un terrible error —dijo, en tono acusador.

—No será la primera vez —dijo el presidente, dando por terminada la conversación.

El presidente se retrepó en su asiento y sonrió con aire satisfecho. Una magnífica representación, pensó. Hudson estaba perplejo y construía barricadas donde no debía. Aplazar una semana la inauguración del monumento al *Leopoldville* había sido una astuta maniobra. Tal vez una molestia para los veteranos que habían acudido, pero muy conveniente para un viejo fantasma como Hagen.

Hudson se quedó plantado en la hermosa avenida, contemplando cómo se alejaba la caravana y se perdía de vista al doblar la primera esquina. Estaba confuso y

desorientado.

—¡Maldito y estúpido burócrata! —gritó, presa de la más absoluta frustración.

Una mujer que paseaba un perro por la acera le dirigió una mirada de disgusto.

Una camioneta Ford sin distintivos redujo la marcha y se detuvo, y Hudson subió a ella. Había en su interior unas sillas tapizadas de cuero, alrededor de una pulida mesa de secoya. Dos hombres, impecablemente vestidos con trajes de calle, le miraron con expectación mientras él se sentaba cansadamente en una de las sillas.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó uno de ellos.

—El estúpido bastardo me echó de su automóvil —dijo desesperado Hudson—. Dice que no ha visto a Ira Hagen en muchos años, y pareció importarle un bledo que le matásemos y volásemos el restaurante.

—No me sorprende —dijo un hombre de mirada intensa, cara cuadrada y colorada, y nariz de cóndor—. Es un tipo pragmático como el infierno.

Gunnar Eriksen tenía una pipa apagada entre los labios.

—¿Qué más? —preguntó.

—Dijo que creía que la Jersey Colony era una broma —contestó Hudson.

—¿Te reconoció?

—Creo que no. Siguió llamándome Joe.

—Pudo ser una comedia.

—Se mostró muy convincente.

Eriksen se volvió al otro hombre.

—¿Cómo lo interpretas tú?

—Hagen es un enigma. He vigilado de cerca al presidente y no he descubierto ningún contacto entre ellos.

—¿No puede ser que Hagen haya sido contratado por uno de los directores de las agencias de información? —preguntó Eriksen.

—Por lo menos, seguro que no por canales ordinarios. La única reunión que celebró el presidente con algún miembro de los servicios de información fue para recibir un informe de Sam Emmett, del FBI. No pude ver este informe, pero estaba relacionado con los tres cadáveres encontrados en el dirigible de LeBaron. Aparte de esto, no ha hecho nada.

—No; estoy seguro de que ha hecho algo. —La voz de Hudson era tranquila pero rotunda—. Temo que hemos menospreciado su astucia.

—¿En qué sentido?

—Sabía que yo volvería a ponerme en contacto con él y le pediría que nos quitase a Hagen de encima.

—¿Qué te ha hecho sacar esta conclusión? —preguntó Nariz de Cóndor.

—Hagen —respondió Hudson—. Ningún buen agente secreto llama la atención sobre sí mismo. Y Hagen era uno de los mejores. Debía tener buenas razones para

anunciar su presencia con aquella llamada telefónica al general Fisher y su pequeña charla cara a cara con el senador Porter.

—Pero, ¿por qué quería el presidente forzarnos la mano, si no nos exigió ni pidió nada? —preguntó Eriksen.

Hudson sacudió la cabeza.

—Esto es lo que me alarma, Gunnar. No acierto a ver qué tenemos que ganar con ello.

Inadvertida en el intenso tráfico, una vieja y polvorienta caravana con matrícula de Georgia se mantenía a una discreta distancia detrás de la camioneta. En su interior, Ira Hagen se sentó a una mesita, con unos auriculares y un micrófono sujetos a la cabeza, y descorchó una botella de Martin Ray Cabernet Sauvignon. Dejó la botella abierta, mientras ajustaba el botón de sonido de un receptor de onda corta conectado a un magnetófono.

Después levantó los auriculares, dejando al descubierto una oreja.

—Se está desvaneciendo el sonido. Acérquese un poco.

El conductor, que llevaba una revuelta barba postiza y una gorra de béisbol de los Atlanta Braves, respondió sin mirar atrás:

—Tuve que frenar cuando un taxi me cortó el paso. Recuperaré la distancia en la próxima manzana.

—No los pierda de vista hasta que aparquen.

—¿De qué se trata? ¿Tráfico de drogas?

—Nada tan exótico —respondió Hagen—. Se sospecha que están enzarzados en una partida de poker mientras viajan.

—¡Vaya una cosa! —gruñó el conductor, sin advertir la pulla.

—El juego es todavía ilegal.

—También lo es la prostitución, y es mucho más divertido.

—Mantenga los ojos fijos en la camioneta —dijo Hagen, en tono oficial—. Y no deje que se alejen a más de una manzana.

La radio crepitó.

—T-bone, aquí Porterhouse.

—Le oigo, Porterhouse.

—Podemos ver a Sirloin, pero preferiríamos volar más bajo. Si se mezclase con algún otro vehículo de color parecido debajo de los árboles o detrás de un edificio, podríamos perderlo.

Hagen se volvió y miró por la ventanilla de atrás de la caravana hacia el helicóptero.

—¿A qué altura está?

—El límite para los aviones en esta parte de la ciudad es de cuatrocientos metros. Pero no es éste el único problema. Sirloin se dirige hacia el paseo del Capitolio. No

podemos sobrevolar aquella zona.

—Continúa, Porterhouse. Conseguiré que con ustedes hagan una excepción.

Hagen hizo una llamada por el teléfono del coche y volvió a comunicar con el piloto del helicóptero en menos de un minuto.

—Soy T-bone, Porterhouse. Puede volar a cualquier altura sobre la ciudad, mientras no ponga vidas en peligro. ¿Entendido?

—Hombre, debe usted tener mucha influencia.

—Mi jefe conoce a mucha gente importante. No pierda de vista a Sirloin.

Ira Hagen levantó la tapa de una costosa cesta de picnic de Abercrombie amp; Fitch y abrió una lata de foiegras. Después escanció el vino y volvió a escuchar por los auriculares.

No había duda de que Leonard Hudson era uno de los hombres que iban en la camioneta. Y Gunnar Eriksen era mencionado por su nombre de pila. Pero la identidad del tercer hombre seguía siendo el misterio.

El factor desconocido sacaba de quicio a Hagen. Ocho hombres del «círculo privado» le eran conocidos, pero el noveno estaba todavía oculto en las tinieblas. Los hombres de la camioneta se dirigían... ¿adonde? ¿Qué clase de instalación albergaba a la sede de! proyecto de Jersey Colony? Un nombre tonto, Jersey Colony. ¿Cuál era su significado? ¿Guardaba alguna relación con el Estado de New Jersey? Tenía que haber algo que pudiese explicar la causa de que ninguna información sobre el establecimiento de la base lunar hubiese llegado a conocimiento de algún alto funcionario del Gobierno. Alguien con más poder que Hudson o Eriksen tenía que ser la clave. Tal vez el último nombre de la lista del «círculo privado».

—Aquí Portehouse. Sirloin se dirige al nordeste por la Rhode Island Avenue.

—Tomo nota —respondió Hagen.

Extendió un mapa del Distrito de Columbia sobre la mesa y desdobló otro de Maryland. Empezó a trazar una línea con lápiz rojo, extendiéndola al pasar desde el Distrito a Prince George's County. Rhode Island Avenue se convirtió en la Autopista 1 y giró hacia el norte en dirección a Baltimore.

—¿Tiene alguna idea de adonde van? —preguntó el conductor.

—Ninguna —respondió Hagen—. A menos que... —murmuró para sí.

La Universidad de Maryland. A menos de veinte kilómetros del centro de Washington, Era natural que Hudson y Eriksen se mantuviesen cerca de una institución académica para aprovechar sus medios de investigación.

Hagen habló por el micro:

—Porterhouse, aguce la vista. Es posible que Sirloin se dirija a la Universidad.

—Comprendido, T-bone.

Cinco minutos más tarde, la camioneta salió de la autopista y cruzó la pequeña ciudad de College Park. Después de aproximadamente dos kilómetros, se metió en un

importante centro comercial, en cuyos dos extremos había unos conocidos almacenes. El parking estaba lleno de coches de compradores. Cesó toda conversación en el interior de la camioneta, y esto pilló desprevenido a Hagen.

—¡Maldición! —juró.

—Porterhouse —dijo la voz del piloto del helicóptero.

—Le oigo.

—Sirloin acaba de detenerse debajo de un gran cobertizo delante de la entrada principal. No tengo contacto visual con él.

—Espere a que aparezca de nuevo —ordenó Hagen—, y sígale. —Se levantó de la mesa y se puso detrás del conductor—. Péguese a él.

—No puedo. Hay al menos seis coches entre él y yo.

—¿Se ha apeado alguien y entrado en los almacenes?

—Es difícil saberlo, con tanto gentío. Pero me pareció que dos o tal vez tres cabezas se asomaban de la camioneta.

—¿Pudo ver bien el tipo al que recogieron en la ciudad? —preguntó Hagen.

—Cabellos y barba grises. Delgado, de más o menos un metro setenta y cinco de estatura. Suéter con cuello de tortuga, chaqueta de tweed y pantalón marrón. Sí, le reconocería.

—Dé la vuelta a la zona de aparcamiento y mire si le ve. Es posible que él y sus compinches cambien de automóvil. Yo voy a entrar en el centro comercial.

—Sirloin se mueve —anunció el piloto del helicóptero.

—Sígale, Porterhouse —dijo Hagen—. Yo estaré fuera del aire durante un rato.

—Entendido.

Hagen saltó de la caravana y corrió entre la multitud de compradores y entró en el centro comercial. Era como buscar tres agujas en un pajar. Sabía el aspecto que tenía Hudson y había conseguido fotografías de Gunnar Eriksen, pero uno de ellos o los dos podían estar todavía dentro de la camioneta.

Corrió frenéticamente de una tienda a otra, observando las caras, estudiando cada cabeza masculina que sobresalía de la multitud de compradoras femeninas. ¿Por qué tenía que ser un fin de semana?, pensó. Otro día cualquiera, y a una hora tan temprana, habría podido disparar allí un cañón sin alcanzar a nadie. Después de casi una hora de búsqueda infructuosa, salió al exterior e hizo una seña a la caravana para que se detuviera.

—¿Los ha localizado? —preguntó, aunque sabía de antemano la respuesta.

El conductor sacudió la cabeza.

—Se tarda casi diez minutos en dar toda la vuelta. El tráfico es demasiado denso y la gente conduce como autómatas cuando están buscando aparcamiento. Sus sospechosos pueden haber encontrado fácilmente otra salida y haberse largado por ella, mientras yo estaba en el otro lado del edificio.

Hagen descargó un puñetazo de frustración contra la caravana. Había llegado tan cerca, tan endiabladamente cerca, sólo para fracasar en el último momento.

Pitt resolvió el problema de poder dormir sin el constante resplandor de la lámpara fluorescente por el sencillo procedimiento de subirse encima del armario y desconectar los tubos. No se despertó hasta que el guardián le trajo el desayuno. Se sentía relajado y empezó a comer las espesas gachas como si fuesen su plato predilecto. El guardia pareció perplejo al encontrarse con que la lámpara estaba apagada, pero Pitt se limitó a extender las manos en un ademán de ignorancia y de impotencia, y terminó las gachas.

Dos horas más tarde fue llevado al despacho del general Velikov. Allí fue sometido a la acostumbrada espera interminable encaminada a quebrantar sus barreras emocionales. Pero, Dios mío, ¡qué ingenuos eran los rusos! Siguió el juego, paseando arriba y abajo como si estuviese muy nervioso.

Las próximas veinticuatro horas serían, por lo menos, críticas. Confiaba en que podría escapar de nuevo del recinto, pero no podía prever qué nuevos obstáculos se levantarían a su paso, ni si sería capaz de hacer un esfuerzo físico después de otra entrevista con Foss Gly.

Pero no había un aplazamiento, no podía volver atrás. De alguna manera, tenía que salir esta noche de la isla.

Por fin entró Velikov en la habitación y observó a Pitt durante varios segundos antes de dirigirse a él. Había una ostensible frialdad en el general, una dureza inconfundible en su mirada. Señaló con la cabeza una silla de madera que no había estado en la habitación durante la última entrevista, invitando a Pitt a sentarse en ella. Cuando habló, lo hizo en tono amenazador.

—¿Firmará una confesión auténtica de que es un espía?

—Si esto le complace...

—No se pase de listo conmigo, señor Pitt.

Pitt no pudo contener su ira, que se sobrepuso a su sentido común.

—No soporto a los salvajes que torturan a las mujeres.

Velikov arqueó las cejas.

—Explíquese.

Pitt repitió las palabras de Gunn y de Giordino como si fuesen suyas.

—El ruido resuena en los pasillos de hormigón. He oído los gritos de Jessie LeBaron.

—¿De veras? —Velikov se alisó los cabellos con una mano—. Me parece que debería ver las ventajas de colaborar conmigo. Si me dice la verdad, creo que podré encontrar la manera de aliviar las incomodidades de sus amigos.

—Usted sabe la verdad. Por eso ha llegado a un callejón sin salida. Cuatro personas le han contado historias idénticas. ¿No le parece esto raro a un inquisidor

profesional como usted? Cuatro personas que han sido físicamente torturadas en sesiones separadas y que han dado las mismas respuestas a las mismas preguntas. La falta absoluta de profundidad de la mentalidad rusa sólo puede compararse con su fosilizada afición a las confesiones. Si yo firmase una confesión de espionaje, me pediría otra de crímenes cometidos contra su precioso Estado, seguida de otra de escupir en la vía pública. Su táctica es tan vulgar como su arquitectura y sus recetas de cocina. Cada exigencia va seguida de otra. ¿La verdad? Usted no aceptaría la verdad aunque saliese del suelo y le mordiese las pelotas.

Velikov permaneció sentado en silencio, mirando a Pitt con el desprecio que sólo un esclavo puede mostrar por un mogol.

—Le pido de nuevo que colabore.

—Yo no soy más que un ingeniero marino. No conozco ningún secreto militar.

—Lo único que me interesa saber es lo que le dijeron sus superiores sobre esta isla y cómo consiguieron llegar hasta aquí.

—¿Y qué ganaría con ello? Usted dijo claramente que mis amigos y yo teníamos que morir.

—Tal vez podríamos aplazar esta decisión.

—Lo mismo da. Ya le hemos dicho todo lo que sabemos. Velikov tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Todavía sostiene que vinieron a parar a Cayo Santa María por pura casualidad?

—Así es.

—¿Y espera que crea que, de todas las islas y playas de Cuba, vino a parar la señora LeBaron precisamente al lugar exacto, y debo añadir que sin saberlo de antemano, donde estaba residiendo su marido?

—Francamente, también a mí me costaría creerlo. Pero esto es exactamente lo que ocurrió.

Velikov miró fijamente a Pitt, pero pareció percibir una sinceridad que se negaba a reconocer.

—Tengo todo el tiempo del mundo, señor Pitt. Estoy convencido de que usted posee información vital. Volveremos a hablar cuando se muestre menos arrogante.

Pulsó un botón de encima de la mesa para llamar al guardia. Había una sonrisa en su semblante, pero no era de satisfacción, ni en modo alguno de placer. En todo caso, era una sonrisa triste.

—Debe disculparme por ser tan brusco —dijo Foss Gly—. La experiencia me ha enseñado que lo inesperado produce resultados más eficaces que lo que ya se espera.

No se había pronunciado una palabra cuando Pitt entró en la habitación número seis. Sólo había dado un paso en el interior cuando Gly, que estaba plantado detrás de la puerta medio abierta, le golpeó en la espalda justo por encima del riñón. Pitt lanzó

un grito de angustia y casi perdió el conocimiento, pero de algún modo consiguió mantenerse en pie.

—Bueno, señor Pitt, ahora que me presta atención, tal vez deseará decirme algo.

—¿Le ha dicho alguien alguna vez que es un psicópata? —murmuró Pitt, entre los labios apretados.

Vio llegar el puño, lo esperaba, y se echó atrás al recibir el puñetazo, chocó de espaldas contra una pared y se dejó caer al suelo, fingiéndose inconsciente. Percibió el sabor de la sangre en su boca y sintió que se entumecía el lado izquierdo de su cara. Mantuvo los ojos cerrados y yació inmóvil. Tenía que tantear a aquel monstruo sádico, valorar cuándo y dónde recibiría el próximo golpe. No podría impedir aquella brutalidad. Su único objetivo era resistir el interrogatorio sin sufrir una lesión que lo dejase inválido.

Gly se dirigió a un sucio lavabo, llenó un cubo de agua y lo vertió sobre Pitt.

—Vamos, señor Pitt. Si sé juzgar a los hombres, usted puede aguantar mejor un puñetazo.

Pitt se incorporó sobre las manos y las rodillas, escupió sangre sobre el suelo de cemento y gimió de una manera convincente, casi lastimera.

—No puedo decirle más de lo que ya le he dicho —farfulló.

Gly lo levantó como si fuese un niño pequeño y lo dejó caer sobre una silla. Por el raballo del ojo, Pitt vio el puño derecho de Gly que se le venía encima en un gancho terrible. Encajó el golpe lo mejor que pudo, recibéndolo justo por encima del pómulo y debajo de la sien. Durante unos segundos, resistió el fuerte dolor y después fingió desmayarse de nuevo.

Otro cubo de agua y otra vez los mismos gemidos. Gly se agachó hasta que su cara quedó al nivel de la de Pitt.

—¿Para quién trabaja?

Pitt levantó las manos y se sujetó la dolorida cabeza.

—Fui contratado por Jessie LeBaron para descubrir lo que había sido de su esposo.

—Desembarcaron de un submarino.

—Salimos de los Florida Keys en un dirigible.

—Su objetivo al venir aquí era recoger información sobre los cambios en el poder en Cuba.

Pitt arrugó la frente, confuso.

—¿Cambios en el poder? No sé de qué me está hablando.

Esta vez Gly golpeó a Pitt en la boca del estómago, dejándole sin resuello. Después se sentó tranquilamente y esperó la reacción.

Pitt se puso rígido mientras trataba de recobrar el aliento. Tenía la impresión de que su corazón se había parado. Podía percibir el sabor de la bilis en su garganta,

sentir cómo brotaba el sudor de su frente, y parecía que unas manos le estrujasen los pulmones. Las paredes de la habitación oscilaron delante de sus ojos. Le pareció que Gly le sonreía maliciosamente desde el extremo de un largo túnel.

—¿Qué le ordenaron que hiciese cuando llegase a Cayo Santa María?

—No me ordenaron nada —jadeó Pitt.

Gly se irguió y se acercó para golpear de nuevo. Pitt se puso en pie como un borracho, se tambaleó un momento y empezó a caer de nuevo, doblando la cabeza a un lado. Ahora le había tomado la medida a Gly. Había encontrado un punto flaco. Como la mayoría de los sádicos, Foss Gly era en el fondo un cobarde. Flaquearía y perdería su aplomo en una lucha en igualdad de condiciones.

Gly echó el cuerpo atrás para golpear, pero de pronto se quedó paralizado por el asombro. Levantando un puño desde el suelo y haciendo girar el hombro, Pitt lanzó un derechazo con toda la fuerza que le quedaba. Alcanzó a Gly en la nariz, aplastándole el cartílago y rompiéndole el hueso. Después siguió con dos puñetazos y un gancho de izquierda al cuerpo. Pero igual habría podido golpear la esquina del Empire State Building.

Cualquier otro hombre se habría caído de espaldas. Gly retrocedió unos pasos, tambaleándose, pero se quedó plantado y el furor enrojeció poco a poco su cara. Brotaba sangre de su nariz, pero no parecía advertirlo. Levantó un puño y lo sacudió.

—Te mataré por esto —dijo.

—Si puedes —replicó hoscamente Pitt.

Agarró la silla y se la arrojó. Gly la lanzó simplemente a un lado con el brazo. Pitt advirtió la dirección de su mirada y se dio cuenta de que la fuerza bruta podría más que toda su rapidez.

Gly arrancó el lavabo de la pared, desprendiéndolo literalmente de las cañerías, y lo levantó sobre la cabeza. Avanzó tres pasos y lo arrojó en la dirección de Pitt. Éste saltó a un lado y se agachó en un solo movimiento convulsivo. Mientras el lavabo volaba hacia él, como una caja fuerte cayendo de un alto edificio, comprendió que su reacción se había producido una fracción de segundo demasiado tarde. Levantó instintivamente las manos, en un intento desesperado por detener aquella masa volante de hierro y de porcelana.

La salvación de Pitt vino de la puerta. Un canto del lavabo fue a chocar contra la cerradura, haciendo saltar el pestillo. La puerta se abrió de golpe y Pitt cayó hacia atrás en el pasillo, a los pies del sorprendido guardián. Un lacerante dolor en la ingle y en el brazo derecho igualó el que ya sentía en el costado y en la cabeza. Pálido el semblante, invadido por oleadas de náuseas, luchó por conservar el conocimiento y se puso en pie, apoyándose con las manos en la pared.

Gly arrancó el lavabo del umbral donde había quedado atrapado y dirigió a Pitt una mirada que sólo podía calificarse de asesina.

—Eres hombre muerto, Pitt. Vas a morir despacio, muy lentamente, y suplicarás que ponga fin a tu agonía. La próxima vez que nos veamos, te romperé todos los huesos del cuerpo y te arrancaré el corazón.

No había miedo en los ojos de Pitt. El dolor se estaba mitigando, para ser sustituido por el entusiasmo. Había sobrevivido. Estaba dolorido, pero tenía libre el camino.

—La próxima vez que nos veamos —dijo en tono vengador— vendré armado de un palo.

Pitt se quedó dormido después de que el guardia le ayudase a volver a su celda. Cuando se despertó, habían pasado tres horas. Yació allí durante varios minutos, hasta que, poco a poco, su mente volvió a funcionar con normalidad. Su cuerpo y su cara eran un mar infinito de contusiones, pero no tenía ningún hueso roto. Había sobrevivido.

Se sentó en la cama y puso los pies en el suelo, esperando unos momentos a que se le pasara el mareo. Después se puso en pie y empezó a hacer ejercicios para desentumecer los miembros. Sentía una gran debilidad, pero se esforzó en dominarla y continuó su gimnasia hasta que los músculos y las articulaciones fueron recobrando su flexibilidad.

El guardia llegó con la cena y se marchó, y Pitt volvió a sujetar hábilmente el pestillo, maniobra que había perfeccionado para no fracasar en el último momento. Esperó y, al no oír pisadas ni voces, salió al pasillo.

El tiempo era precioso. Tenía que hacer muchas cosas y disponía de pocas horas de oscuridad para ello. Hubiese querido despedirse de Giordino y de Gunn, pero cada minuto que pasara en el edificio reduciría sus posibilidades de éxito. Lo más importante era encontrar a Jessie y llevarla con él.

Ella estaba detrás de la quinta puerta que abrió, tendida sobre el suelo de hormigón con sólo una sucia manta debajo de ella. Su cuerpo desnudo parecía completamente ileso, pero su cara, antes tan adorable, estaba grotescamente hinchada y llena de cardenales. Gly había puesto hábilmente en práctica toda su maldad, humillando su virtud y estropeando el bien más valioso de una mujer hermosa: su cara.

Pitt se agachó y le hizo reclinar la cabeza en sus brazos, con expresión cariñosa, pero loca la mirada de furor. Le consumía el afán de venganza. Un afán enloquecido de venganza mucho más fuerte que cuanto había experimentado hasta entonces. Apretó los dientes y sacudió ligeramente a Jessie para despertarla.

—Jessie. Jessie, ¿puedes oírme?

Ella abrió los labios temblorosos y le miró fijamente.

—Dirk —gimió—, ¿eres tú?

—Sí, y voy a sacarte de aquí.

—Sacarme..., ¿cómo?

—He encontrado la manera de escapar de este edificio.

—Pero la isla... Raymond dijo que es imposible escapar de esta isla.

—He escondido el motor fuera borda del bote neumático. Si puedo construir una pequeña balsa...

—¡No! —murmuró enérgicamente ella.

Quiso incorporarse, mientras una expresión reflexiva se pintaba en la máscara hinchada que era su rostro. Él la sujetó suavemente de los hombros para impedirselo.

—No te muevas —dijo.

—Debes marcharte solo —dijo ella.

—No voy a dejarte así.

Ella sacudió débilmente la cabeza.

—No. Ello solamente aumentaría las probabilidades de que te sorprendiesen.

—Perdona —dijo llanamente Pitt—. Quieras o no, vendrás conmigo.

—No lo comprendes —suplicó Jessie—. Tú eres nuestra única esperanza de salvación. Si puedes volver a los Estados Unidos y decirle al presidente lo que ocurre aquí, Velikov tendrá que mantenernos vivos.

—¿Qué tiene que ver el presidente con esto?

—Más de lo que te imaginas.

—Entonces, Velikov tenía razón. Hay una conspiración.

—No pierdas el tiempo con suposiciones. Vete, por favor. Si te salvas, puedes salvarnos a todos.

Pitt sintió una enorme admiración por Jessie. Ahora parecía una muñeca deshecha, estropeada e inútil, pero se dio cuenta de que su belleza exterior era superada por otra interior, de valentía y resolución. Se inclinó y la besó ligeramente en los hinchados y partidos labios.

—Lo conseguiré —dijo confiadamente—. Prométeme que aguantarás hasta que yo vuelva.

Ella trató de sonreír, pero su boca no pudo obedecerla.

—No seas tonto. No puedes volver a Cuba.

—Ya lo verás.

—Que tengas suerte —murmuró suavemente ella—. Perdóname por haber estropeado tu vida.

Pitt sonrió, pero las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Esto es lo que nos gusta a los hombres de las mujeres. Nunca dejan que nos aburramos.

La besó de nuevo, esta vez en la frente, y se volvió, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños de rabia.

A Pitt le dolieron los brazos al subir por la escalera de emergencia y, cuando llegó arriba, descansó un minuto antes de levantar la trampa y agacharse en la oscuridad del garaje. Los dos soldados seguían todavía jugando al ajedrez. Parecía ser una rutina nocturna para pasar las aburridas horas de guardia. Raras veces se molestaban en mirar los vehículos aparcados fuera de su oficina, No había motivos para esperar conflictos. Probablemente eran mecánicos, no guardias de seguridad, pensó Pitt.

Reconoció la zona del garaje: bancos de trabajo, instalaciones de engrase,

depósitos de gasolina y de accesorios, camiones, y equipo de construcción. Los camiones tenían latas de veinticinco litros de gasolina de repuesto. Pitt los golpeó ligeramente hasta que encontró uno que estaba lleno. Los demás estaban llenos sólo hasta la mitad o menos. Buscó en uno de los bancos hasta que encontró un tubo de goma que empleó para trasegar gasolina del depósito de un camión a una de las latas. Dos latas, con un total de cincuenta litros, era todo lo que podía llevar. El problema era ahora hacerlas pasar por el respiradero del techo.

Pitt tomó una cuerda de remolque que pendía de una pared y ató dos extremos a las asas de las latas de gasolina. Sujutando la cuerda por la mitad, subió a las viguetas de soporte. Poco a poco, observando a los mecánicos para asegurarse de que continuaban enfrascados en su juego, izó las latas, una a una, hasta el techo y las hizo pasar antes que él por el respiradero.

Dos minutos más tarde, las transportó a través del patio y hasta el canal de desagüe que pasaba por debajo del muro de cerca. Rápidamente, separó los barrotes y salió al exterior.

El cielo estaba claro y la media luna flotaba en un mar de estrellas. Sólo se oía el susurro del viento, y el aire nocturno era fresco. Esperó fervientemente que el mar estuviese en calma.

Por ninguna razón particular, fue esta vez por el lado opuesto del camino. La marcha era lenta, las pesadas latas hicieron pronto que sintiese como si sus brazos se estuviesen descoyuntando. Sus pies se hundían en la blanda arena, y tenía que pararse cada doscientos metros para recobrar aliento y esperar a que se mitigase el dolor de las manos y los brazos.

Pitt tropezó y cayó en el borde de un ancho claro rodeado de un bosquecillo espeso de palmeras, tan espeso que los troncos casi se tocaban los unos a los otros. Alargó las manos y palpó a su alrededor. Tocó una red metálica que se hundía en la arena y era casi invisible.

Impulsado por la curiosidad, dejó las latas de gasolina y se arrastró cautelosamente alrededor del borde del claro. La red metálica se alzaba a sólo cinco centímetros del suelo y se extendía a través de todo el diámetro. El centro de éste se hundía hasta convertirse en una concavidad parecida a un cuenco. Pasó las manos por los troncos de las palmeras que circundaban el borde.

Eran imitaciones. Los troncos y las hojas estaban hechos con tubos de aluminio cubiertos de plástico en un camuflaje realista. Había más de cincuenta palmeras, pintadas de manera que engañasen a los aviones espías americanos y a sus potentes cámaras.

El cuenco era una gigantesca antena de radio y televisión, en forma de plato, y las palmeras simuladas eran brazos hidráulicos que la levantaban y bajaban. Pitt se quedó pasmado por la significación de lo que accidentalmente había descubierto. Ahora

sabía que, encerrado debajo de la arena de la isla, había un vasto centro de comunicaciones.

Pero, exactamente, ¿para qué fin?

No tenía tiempo para reflexionar. Pero estaba más resuelto que nunca a alcanzar la libertad. Siguió andando entre las sombras. El pueblo estaba más lejos de lo que parecía recordar. Estaba empapado en sudor y jadeaba de fatiga cuando al fin llegó al patio donde había ocultado el motor fuera borda debajo de la bañera. Aliviado, soltó las latas de gasolina, se tendió en el suelo sobre el viejo colchón y durmió una hora.

Aunque no podía perder tiempo, aquel breve descanso le hizo recobrar considerablemente su energía. También le aclaró la mente. Cristalizó en ella una idea tan increíblemente sencilla que no podía creer que no se le hubiese ocurrido antes.

Llevó las latas de gasolina hasta la laguna. Después volvió en busca del motor fuera borda. Buscando entre los montones de desperdicios, encontró una tabla que no estaba podrida. El último trabajo era el más difícil. Pero la necesidad aguza la inteligencia, se dijo Pitt.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, había arrastrado la vieja bañera desde el lugar donde descansaba en el patio y a lo largo del camino hasta la orilla del mar.

Empleando la tabla como yugo, sujetó el motor fuera borda detrás de la bañera. Después limpió el filtro de la gasolina y sopló en las cañerías. Un trozo de latón doblado en cono le sirvió de embudo para llenar el depósito del fuera borda. Aplicando el pulgar en el agujero, podría emplearlo también para achicar agua. Su última acción, antes de cerrar el orificio de desagüe, fue hacer saltar con una barra de hierro las cuatro patas de la bañera.

Tiró doce veces de la cuerda antes de que el motor chisporroteara, tosiese y se pusiese en marcha. Empujó la bañera hacia aguas más profundas hasta que flotó en ellas. Entonces se metió dentro. El lastre de su cuerpo y de las dos latas de gasolina le dieron una estabilidad sorprendente. Hizo bajar la hélice dentro del agua y embragó.

La extraña embarcación se adentró lentamente en la laguna en dirección al canal principal. Un rayo de luna mostró que el mar estaba en calma, que las olas no superaban el medio metro de altura. Pitt concentró su atención en la rompiente. Tenía que pasar a través de las olas que rompían y alejarse lo más posible de la isla antes de que saliese el sol.

Redujo la velocidad, calculando el tiempo que mediaba entre las olas y contándolas. Nueve olas grandes rompieron una tras otra, dejando un amplio seno entre ellas y la décima. Pitt apretó el acelerador a fondo y se instaló en la popa de la bañera. La ola siguiente fue baja y rompió inmediatamente delante de él. Recibió en la proa el impacto de la hirviente espuma, y pasó. La bañera se tambaleó; después, la hélice mordió el agua y la bañera salvó la cresta de la ola siguiente antes de que se encorvase.

Pitt lanzó un fuerte grito al sentirse libre. Había pasado lo peor. Sabía que ahora sólo podía ser descubierto por pura casualidad. La bañera era demasiado pequeña para ser captada por el radar. Aflojó la marcha para no perjudicar el motor y ahorrar gasolina. Metiendo una mano en el agua, calculó que su velocidad sería de unos cuatro nudos. Si seguía así, estaría fuera de aguas cubanas por la mañana.

Miró al cielo, se orientó, eligió una estrella para guiarse y puso rumbo hacia el canal de las Bahamas.

TERCERA PARTE

Selenos 8

30 de octubre de 1989 - Kazakhstán, URSS

Con una bola de fuego más brillante que el sol siberiano, el Selenos 8 se elevó en el frío cielo azul, llevando la estación lunar tripulada, de ciento diez toneladas. El supercohetes y los cuatro motores auxiliares de propulsión, que generaban un impulso de siete mil toneladas, proyectaban una cola flamígera de color amarillo anaranjado, de trescientos metros de longitud y cien de anchura. Un humo blanco envolvió la plataforma de lanzamiento y el ruido de los motores hizo temblar los cristales en veinte kilómetros a la redonda. Al principio, se elevó tan majestuosamente que casi parecía no moverse. Después adquirió velocidad y perforó ruidosamente el cielo.

El presidente soviético, Antonov, observó el lanzamiento desde un bunker de cristal blindado, a través de unos grandes gemelos montados sobre un trípode. Sergei Kornilov y el general Yasenin estaban a su lado, escuchando atentamente las comunicaciones entre los cosmonautas y el centro de control espacial.

—Una visión alentadora —murmuró Antonov, pasmado.

—Un lanzamiento de libro de texto —dijo Kornilov—. Alcanzarán la velocidad de escape dentro de cuatro minutos.

—¿Va todo bien?

—Sí, camarada presidente. Todos los sistemas funcionan normalmente. Y siguen exactamente el rumbo previsto.

Antonov miró la larga lengua de fuego hasta que al fin se desvaneció. Sólo entonces suspiró y se apartó de los gemelos.

—Bueno, señores, este espectacular viaje espacial debería hacer que los ojos del mundo dejaran de fijarse en el vuelo de la lanzadera americana hacia su nueva estación orbital.

Yasenin asintió con la cabeza y apoyó una mano en el hombro de Kornilov.

—Le felicito, Sergei. Ha arrebatado el triunfo a los yanquis a favor de la Unión Soviética.

—No hay mérito alguno por mi parte —dijo Kornilov—. Debido a la mecánica orbital, nuestra ventana de lanzamiento lunar estuvo abierta, ventajosamente para nosotros, varias horas antes del lanzamiento que ellos tenían proyectado.

Antonov contempló el cielo, como hipnotizado.

—Supongo que el servicio de información americano no se habrá enterado de que nuestros cosmonautas no son lo que parecen.

—Un engaño perfecto —dijo francamente Yasenin—. El cambio de cinco científicos por soldados especialmente instruidos se realizó sin tropiezos poco antes del lanzamiento.

—Espero que podamos decir lo mismo del programa de emergencia para substituir el equipo científico por armas —dijo Kornilov—. Los sabios cuyos experimentos fueron cancelados estuvieron a punto de causar un motín. Y los ingenieros, a quienes se ordenó que modificasen el interior de la estación para acomodarlo a los nuevos factores de peso y a las necesidades de almacenamiento de armas, se irritaron porque no se les dijo la razón de estos cambios en el último momento. Seguro que se filtrará la noticia de su enojo.

—Esto no debe quitarle el sueño —dijo, riendo, Yasenin—. Las autoridades americanas del espacio no sospecharán nada hasta que se interrumpan las comunicaciones con su preciosa base lunar.

—¿Quién está al mando de nuestro equipo de asalto? —preguntó Antonov.

—El comandante Grigory Leuchenko. Un experto en guerra de guerrillas. El comandante logró muchas victorias contra los rebeldes de Afganistán. Respondo personalmente de él, como soldado fiel y excepcional.

Antonov asintió reflexivamente con la cabeza.

—Una buena elección, general. Aunque sin duda encontrará la superficie de la Luna un poco diferente de la de Afganistán.

—Es indudable que el comandante Leuchenko realizará con éxito la operación.

—Olvida a los astronautas americanos, general —dijo Kornilov.

—¿Y bien?

—Las fotografías demuestran que también ellos tienen armas. Rezo para que no sean fanáticos capaces de luchar a sangre y fuego por defender sus instalaciones.

Yasenin sonrió con indulgencia.

—¿Reza, Sergei? ¿A quién? Ciertamente, no a ningún dios. Éste no ayudará a los americanos en cuanto Leuchenko y sus hombres inicien su ataque. El resultado está decidido de antemano. Los científicos nada pueden contra soldados profesionales, adiestrados para matar.

—No les menosprecie. Es cuanto tenía que decir.

—¡Basta! —Gritó Antonov—. No quiero oír más frases derrotistas. El comandante Leuchenko tiene la doble ventaja de la sorpresa y de la superioridad en armamento. Dentro de menos de sesenta horas empezará la verdadera batalla por el espacio. Y no creo que la Unión Soviética la pierda.

En Moscú, Vladimir Polevoi estaba sentado a su mesa de la sede de la KGB en la plaza Dzerzhinski, leyendo un informe del general Velikov. No levantó la mirada cuando Lyev Maisky entró en la habitación y se sentó aunque nadie le hubiera invitado a hacerlo. La cara de Maisky era vulgar, inexpresiva y unidimensional, lo mismo que su personalidad. Era el jefe delegado de Polevoi al frente del Primer Directorio, la rama de operaciones en el extranjero de la KGB. Las relaciones de Maisky con Polevoi eran limitadas, pero los dos se completaban perfectamente.

Por último, Polevoi miró fijamente a Maisky.

—Quisiera que me diese una explicación.

—La presencia de los LeBaron fue un accidente imprevisto —dijo concisamente Maisky.

—La de la señora LeBaron y sus compañeros buscadores de tesoros, tal vez sí; pero ciertamente, no la de su marido. ¿Por qué lo tomó Velikov de los cubanos?

—El general pensó que Raymond LeBaron podía ser un instrumento útil en las negociaciones con el Departamento de Estado de los Estados Unidos cuando los Castro sean eliminados.

—Sus buenas intenciones nos han metido en un juego peligroso —dijo Polevoi.

—Velikov me ha asegurado que LeBaron está sometido a una estricta seguridad y que le da información falsa.

—Sin embargo, todavía existe una pequeña posibilidad de que LeBaron descubra la verdadera función de Cayo Santa María.

—En tal caso, sería simplemente eliminado.

—¿Y Jessie LeBaron?

—Pienso, personalmente, que ella y sus amigos nos serán muy útiles para atribuir a la CÍA nuestro proyectado desastre.

—¿Han descubierto Velikov o nuestros agentes residentes en Washington algún plan del servicio secreto americano para infiltrarse en la isla?

—No —respondió Maisky—. Una investigación sobre los tripulantes del dirigible demostró que ninguno de ellos tiene actualmente lazos con la CÍA o con los militares.

—No quiero fallos —dijo firmemente Polevoi—. Estamos demasiado cerca del triunfo. Transmita mis palabras a Velikov.

—Será informado.

Llamaron a la puerta y entró la secretaria de Polevoi. Sin decir palabra, le tendió un papel y salió de la estancia.

De pronto, la ira enrojeció la cara de Polevoi.

—¡Maldición! Habla de amenazas, y éstas se convierten en realidad.

—¿Señor?

—Un mensaje urgente de Velikov. Uno de los prisioneros ha escapado.

Maisky hizo un nervioso movimiento con las manos.

—Es imposible. No hay embarcaciones en Cayo Santa María, y si es lo bastante estúpido para huir a nado, se ahogará o será comido por los tiburones. Sea quien fuere, no irá lejos.

—Se llama Dirk Pitt, y, según Velikov, es el más peligroso del grupo.

—Peligroso o no...

Polevoi le impuso silencio con un ademán y empezó a pasear sobre la alfombra, mostrando una profunda agitación en el semblante.

—No podemos permitir que ocurra lo inesperado. El tiempo límite para nuestra empresa en Cuba debe ser adelantado una semana.

Maisky sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo.

—Los barcos no llegarían a tiempo a La Habana. Además, no podemos cambiar las fechas de la celebración. Fidel y todos los miembros de alto rango de su Gobierno estarán preparados para los discursos. El mecanismo de la explosión está ya en movimiento. Es imposible cambiar el tiempo. Ron y Cola debe ser cancelada o hay que continuar como estaba previsto.

Polevoi cruzó y descruzó las manos, con el nerviosismo de la indecisión.

—Ron y Cola, un nombre estúpido para una operación de esta magnitud.

—Otro motivo para seguir adelante. Nuestro programa de desinformación ha empezado ya a difundir rumores sobre un complot de la CÍA para desestabilizar Cuba. La frase «Ron y Cola» es evidentemente americana. Ningún Gobierno extranjero sospechará que ha sido inventada en Moscú.

Polevoi asintió con un encogimiento de hombros.

—Muy bien, pero no quiero pensar en las consecuencias, si ese tal Pitt sobrevive milagrosamente y consigue volver a los Estados Unidos.

—Ya está muerto —declaró rotundamente Maisky—. Estoy seguro de ello.

El presidente se asomó a la oficina de Daniel Fawcett y agitó una mano.

—No se levante. Sólo quería que supiese que voy a subir para almorzar con mi esposa.

—No olvide que tenemos una reunión con los jefes de información y con Doug Oates dentro de cuarenta y cinco minutos —le recordó Fawcett.

—Prometo ser puntual.

El presidente se volvió y tomó el ascensor para subir a sus habitaciones de la segunda planta de la Casa Blanca. Ira Hagen lo estaba esperando en la suite Lincoln.

—Pareces cansado, Ira.

Hagen sonrió.

—Voy atrasado de sueño.

—¿Cuál es la situación?

—He descubierto la identidad de los nueve miembros del «círculo privado». Siete de ellos están localizados con toda precisión. Solamente Leonard Hudson y Gunnar Eriksen permanecen fuera de la red.

—¿No les habéis seguido la pista desde el centro comercial?

—Las cosas no salieron bien.

—La estación lunar soviética fue lanzada hace ocho horas —dijo el presidente—. No puedo esperar más. Esta tarde daré la orden de detener a todos los miembros del «círculo privado» que podamos.

—¿Al Ejército o al FBI?

—A ninguno de los dos. Un viejo amigo de la Marina cuidará de ello. Le he dado ya tu lista de nombres y direcciones. —El presidente hizo una pausa y miró fijamente a Hagen—. Dijiste que habías descubierto la identidad de los nueve hombres, Ira, pero en tu informe sólo constan ocho.

Hagen pareció reacio, pero metió una mano debajo de su chaqueta y sacó una hoja de papel doblada.

—Me había reservado el nombre del último hombre hasta estar completamente seguro. Un analizador de voces confirmó mis sospechas.

El presidente tomó el papel de manos de Hagen, lo desdobló y leyó el nombre escrito a mano. Se quitó las gafas y limpió cansadamente los cristales como si no pudiese dar crédito a sus ojos. Después se metió al papel en un bolsillo.

—Supongo que siempre lo he sabido, pero no podía creer en su complicidad.

—No los juzgues con dureza, Vince. Estos hombres son patriotas, no traidores. Su único delito es el silencio. Toma el caso de Hudson y Eriksen. Simulando estar muertos todos estos años. Piensa en la angustia que esto habrá causado a sus amigos y a sus familiares. La nación nunca podrá compensarles de sus sacrificios ni

comprender del todo el alcance de su hazaña.

—¿Me estás echando un sermón, Ira?

—Sí, señor.

El presidente se dio cuenta de pronto de la lucha interior de Hagen. Comprendió que el corazón de su amigo no estaba en la confrontación final. La lealtad de Hagen se balanceaba sobre el filo de una navaja.

—Me ocultas algo, Ira.

—No te mentaré, Vince.

—Tú sabes donde se esconden Hudson y Eriksen.

—Digamos que tengo una sólida presunción.

—¿Puedo confiar en que los traerás?

—Sí.

—Eres un buen explorador, Ira.

—¿Dónde y cuándo quieres que te los entregue?

—En Camp David —respondió el presidente—. Mañana, a las ocho de la mañana.

—Allí estaremos.

—No puedo incluirte a ti, Ira.

—Es lo que deberías hacer, Vince. Puedes llamarlo una forma de pago. Me debes que pueda presenciar el final.

El presidente consideró la petición.

—Tienes razón. Es lo menos que puedo hacer.

Martin Brogan, director de la CÍA, Sam Emmett, del FBI, y el secretario de Estado Douglas Oates se pusieron en pie cuando el presidente entró en la sala de conferencias, con Dan Fawcett pisándole los talones.

—Tengan la bondad de sentarse, caballeros —dijo sonriendo el presidente.

Hubo unos pocos minutos de charla insustancial hasta que entró Alan Mercier, el consejero de seguridad nacional.

—Lamento llegar con retraso —dijo, sentándose rápidamente—. Ni siquiera he tenido tiempo de pensar una buena excusa.

—Un hombre sincero —dijo riendo Brogan—. Lamentable.

El presidente puso una pluma sobre un bloc de notas.

—¿Cómo está la cuestión del pacto con Cuba? —preguntó mirando a Oates.

—Hasta que no podamos iniciar un diálogo secreto con Castro, la situación seguirá siendo la misma.

—¿Hay alguna posibilidad, por remota que sea, de que Jessie LeBaron haya podido transmitir nuestra última respuesta?

Brogan sacudió la cabeza.

—Creo que es muy dudoso que haya establecido contacto. Nuestras fuentes de

información no han sabido nada desde que el dirigible fue derribado. Todo el mundo cree que está muerta.

—¿Alguna palabra de Castro?

—Ninguna.

—¿Qué se sabe del Kremlin?

—La lucha interna entre Castro y Antonov está a punto de estallar en campo abierto —dijo Mercier—. Nuestros infiltrados en el Ministerio de Guerra cubano dicen que Castro va a sacar sus tropas de Afganistán.

—No hay más que hablar —dijo Fawcett—. Antonov no permanecerá con los brazos cruzados, dejando que esto ocurra.

Emmett se inclinó hacia adelante y cruzó las manos sobre la mesa.

—Todo se remonta a cuatro años atrás, cuando Castro suplicó no tener que hacer ni siquiera un pago a cuenta de los diez mil millones de dólares que debe a la Unión Soviética, por préstamos constantemente «renovados» desde los años sesenta. Dijo hallarse en un aprieto económico y tuvo que doblegarse cuando Antonov le pidió que enviase tropas a luchar en Afganistán. Y no fueron unas pocas compañías, sino casi veinte mil hombres.

—¿Cuántas bajas calcula la CÍA que han tenido? —preguntó el presidente, volviéndose a Brogan.

—Aproximadamente mil seiscientos muertos, dos mil heridos y más de quinientos desaparecidos.

—Dios mío, eso es más de un veinte por ciento.

—Otra razón para que el pueblo cubano deteste a los rusos —siguió diciendo Brogan—. Castro es como un hombre que se está ahogando entre un bote de remos que hace agua y cuyos ocupantes le apuntan con armas de fuego y un yate de lujo cuyos pasajeros están agitando botellas de champaña. Si le arrojamos una cuerda, la tripulación del Kremlin la acribillará a balazos.

—En realidad, están pensando en acribillarle de todos modos —añadió Emmett.

—¿Tenemos alguna idea de cómo o cuándo se realizará el asesinato? —preguntó el presidente.

Brogan rebulló inquieto en su sillón.

—Nuestros informadores no han podido averiguarlo.

—Su secreto sobre el tema es más hermético de lo que había visto jamás —dijo Mercier—. Nuestros ordenadores no han podido descifrar ningún dato sobre la operación detectada por nuestros sistemas de escucha espacial. Solamente unos pocos detalles que no pueden darnos una idea concreta de sus planes.

—¿Sabe quién se encarga de ello? —insistió el presidente.

—El general Peter Velikov, del GRU, considerado como un brujo en la infiltración y manipulación de los gobiernos del Tercer Mundo. Él fue el artífice del

golpe de Estado en Nigeria hace dos años. Afortunadamente, el Gobierno marxista que instauró duró muy poco.

—¿Opera fuera de La Habana?

—Se mueve en un secreto total —respondió Brogan—. La imagen perfecta del hombre que no está en ninguna parte. Velikov no ha sido visto en público desde hace cuatro años. Estamos absolutamente seguros de que está dirigiendo el espectáculo desde algún lugar escondido.

Los ojos del presidente parecieron nublarse.

—Lo único que tenemos aquí es una vaga teoría de que el Kremlin proyecta asesinar a Fidel y a Raúl Castro, echarnos la culpa a nosotros y, después, apoderarse del Gobierno empleando comparsas cubanos que reciben órdenes directas de Moscú. Bueno, caballeros, yo no puedo actuar a base de suposiciones. Necesito hechos.

—Es una presunción fundada en hechos conocidos —explicó enérgicamente Brogan—. Tenemos los nombres de los cubanos que están a sueldo de los soviéticos, esperando desde la barrera el momento de asumir el poder. Nuestra información confirma plenamente la intención del Kremlin de eliminar a los Castro. La CÍA es la perfecta cabeza de turco, porque el pueblo cubano no ha olvidado la bahía de Cochinos ni las torpes intrigas de la Agencia para el asesinato de Fidel Castro por la mafia durante la Administración Kennedy. Le aseguro, señor presidente, que he dado máxima prioridad a este asunto. Sesenta agentes de todos los niveles, dentro y fuera de Cuba, están concentrando sus esfuerzos en penetrar la muralla de secreto de Velikov.

—Y sin embargo, no podemos conseguir un diálogo abierto con Castro para ayudarnos mutuamente.

—No, señor —dijo Oates—. Él se niega a establecer cualquier contacto por canales oficiales.

—¿No se da cuenta de que se le puede estar acabando el tiempo? —preguntó el presidente.

—Está deambulando en un vacío —respondió Oates—. Por una parte, se siente seguro al saber que la inmensa mayoría de los cubanos le idolatran. Pocos líderes nacionales pueden contar con el respeto y el afecto que por él siente su pueblo. Y por otra parte, no puede comprender plenamente la gravedad de la amenaza soviética contra su vida y su régimen.

—Así pues —dijo gravemente el presidente—, lo que quieren decirme es que, a menos de que podamos conseguir una importante hazaña en el campo de la información o meter en el escondrijo de Castro a alguien que pueda hacerle atenerse a razones, sólo podemos permanecer sentados y observar cómo se hunde Cuba bajo un total dominio soviético.

—Sí, señor presidente —dijo Brogan—. Eso es exactamente lo que le estamos

diciendo.

Hagen estaba dando un paseo por la avenida del centro comercial, mirando de vez en cuando las mercancías expuestas en las tiendas. El olor a cacahuets tostados le recordó que tenía hambre, se detuvo ante un carrito pintado de alegres colores y compró una bolsa de pistachos.

Para descansar los pies unos minutos, se sentó en un sofá de una tienda de electrodomésticos y observó una pared en la que había veinte televisores, sintonizados todos ellos en el mismo canal. Las imágenes mostraban una reposición de la transmisión efectuada una hora antes del momento en que la nave espacial *Gettysburg* se había elevado desde California. Más de trescientas personas habían sido lanzadas al espacio desde el primer vuelo realizado en 1981 y, exceptuando los medios de comunicación, nadie prestaba ya mucha atención a estos sucesos.

Hagen paseó después arriba y abajo, deteniéndose para mirar a través de un gran escaparate a un disc-jockey que ponía discos para una emisora de radio situada en el paseo. Se cruzaba con una multitud de compradores, pero centraba su atención en los pocos hombres que allí había. La mayoría parecía estar en el descanso para el almuerzo. Miraban los escaparates y, generalmente, compraban lo primero que veían, a diferencia de las mujeres, que preferían seguir buscando con la vana esperanza de encontrar algo mejor a un precio más barato.

Se fijó en dos hombres que comían bocadillos de pescado en un restaurante de platos preparados. No llevaban bolsas de la compra, ni vestían como dependientes. Su estilo informal recordaba más bien al del doctor Mooney, del laboratorio Pattenden.

Hagen les siguió a unos grandes almacenes. Bajaron por la escalera mecánica hasta el sótano, cruzaron la sección de ventas y entraron en un pasillo de detrás marcado con un rótulo que decía: «Sólo empleados».

Un timbre de alarma sonó dentro de la cabeza de Hagen. Volvió junto a un mostrador donde había montones de sábanas, se quitó la chaqueta y se puso un lápiz en la oreja. Entonces esperó a que el dependiente estuviese ocupado con una clienta, tomó un montón de sábanas y se dirigió de nuevo al pasillo.

Tres puertas conducían a locales de depósito; dos, a salitas de descanso, y otra estaba marcada con un rótulo de «Peligro - Alto Voltaje». Empujó esta última puerta y entró. Un sorprendido guardia de seguridad, sentado a una mesa, levantó la mirada.

—¡Eh, usted no puede...

Fue todo lo que pudo decir antes de que Hagen le arrojase las sábanas a la cara y le descargase un golpe de karate a un lado del cuello. Había otros dos guardias de seguridad detrás de una segunda puerta, y Hagen les derribó a los dos en menos de cuatro segundos. Se agachó y miró a su alrededor, previendo otro peligro.

Cien pares de ojos le miraron con asombro.

Hagen se hallaba en una habitación que parecía extenderse hasta el infinito. Estaba llena de gente, de oficinas, de equipos de informática y de comunicaciones. Durante un largo segundo, se quedó pasmado por las dimensiones de todo aquello. Después dio un paso al frente, agarró de los brazos a una aterrorizada secretaria y la levantó de su silla.

—¡Leonard Hudson! —gritó—. ¿Dónde puedo encontrarle?

El miedo se pintó en los ojos de ella. Incluyó la cabeza hacia la derecha.

—El... el despacho de la p... puerta azul —balbució.

—Muchas gracias —dijo él, con una amplia sonrisa.

Soltó a la chica y cruzó rápidamente el local en silencio. Tenía un rictus malévolamente en el semblante, como desafiando a quien pretendiese cerrarle el paso.

Nadie lo intentó. La muchedumbre se partió como las aguas del mar Rojo en el pasillo principal.

Cuando llegó a la puerta azul, Hagen se detuvo y se volvió, observando el centro de cerebros y comunicaciones del programa Jersey Colony. Tenía que admirar a Hudson. Era un camuflaje muy hábil. Excavado durante la construcción del centro comercial, aquel lugar habría llamado poco o nada la atención. Los científicos, los ingenieros y las secretarías podían entrar y salir entre la multitud, y sus coches se confundían con otros cientos en la zona de aparcamiento. La estación de radio era también genial. ¿Quién habría sospechado que transmitían y recibían mensajes de la Luna, mientras emitían los discos del «hit parade» para la comunidad universitaria circundante?

Hagen empujó la puerta y entró en lo que parecía ser una cabina de control de unos estudios.

Hudson y Eriksen estaban sentados de espaldas a él, mirando una gran pantalla de vídeo donde se veía la cara y la cabeza afeitada de un hombre que se interrumpió en mitad de una frase y dijo:

—¿Quién está detrás de ustedes?

Hudson miró por encima del hombro.

—Hola, Ira. —La voz era tan helada como la mirada—. Me estaba preguntando cuándo comparecerías.

—Entra —dijo Eriksen, en tono igualmente helado—. Llegas justo a tiempo para hablar con nuestro hombre de la Luna.

Pitt había salido de aguas cubanas y estaba en la ruta que seguían los barcos en el canal de las Bahamas. Pero su suerte se estaba agotando. Ninguno de los buques que pasaron por allí le descubrió. Un gran petrolero con pabellón panameño pasó a no más de una milla de distancia. Él se irguió lo más que pudo sin volcar la bañera y agitó la camisa, pero su pequeña embarcación pasó inadvertida a los tripulantes.

Que un oficial de guardia en el puente enfocase sus gemelos al lugar exacto y en el momento preciso en que la bañera se elevase sobre la cresta de una ola, antes de caer de nuevo en un seno y perderse de vista, era una posibilidad por la que no hubiese apostado ningún jugador profesional. Pitt comprendió la amarga verdad: era un objetivo demasiado pequeño.

Los movimientos de Pitt se estaban volviendo mecánicos. Tenía entumecidas las piernas después de balancearse en la exigua bañera durante casi veinte horas, y el constante roce de las nalgas contra la dura superficie le había levantado ampollas dolorosas. El sol tropical caía sobre él, pero tenía la piel curtida y las quemaduras por los rayos solares eran el menor de sus problemas.

El mar permanecía en calma, pero todavía tenía que esforzarse continuamente en mantener la bañera en la dirección del oleaje y achicar el agua al mismo tiempo. Había vertido las últimas gotas de gasolina en el motor fuera borda, y llenado después las latas con agua de mar para que le sirviesen de lastre.

Otros quince o veinte minutos era lo más que podía esperar que siguiese funcionando el motor antes de pararse por falta de gasolina. Después, todo habría terminado. Sin control, la bañera no tardaría en llenarse de agua y hundirse.

Empezó a fallarle la mente; no había dormido en treinta y seis horas. Se esforzó en permanecer despierto, manejando el timón y achicando agua con los brazos cansados y las manos arrugadas. Durante horas interminables sus ojos escrutaron el horizonte, sin ver nada que viajase en dirección a su pequeño sector de mar. Algunos tiburones habían chocado contra el fondo de la lenta bañera, y uno de ellos cometió el error de acercarse demasiado a la hélice y ésta le cortó la aleta. Pitt les observaba con aire indiferente. Pensó tontamente en ofrecerles un banquete abriendo la boca y ahogándose, pero se dio cuenta de que era una idea estúpida y la borró de su mente.

El viento empezó a soplar con más fuerza. Cayó un chaparrón y depositó un par de centímetros de agua en la bañera. El agua no era muy limpia, pero sí mejor que nada. La recogió con las manos y engulló unos cuantos sorbos, y se sintió aliviado.

Miró el reluciente horizonte, hacia el oeste. Dentro de una hora sería de noche. Su último rayo de esperanza se desvanecía con el sol poniente. Aunque de alguna manera se mantuviese a flote, nadie lo vería en la oscuridad.

Había pecado de imprevisión, pensó. Hubiese tenido que robar una linterna.

De pronto, el motor fuera borda tosió y arrancó de nuevo. Pitt redujo el gas lo más que se atrevió, sabiendo que solamente retrasaba un minuto o dos lo inevitable.

Luchó contra la depresión moral e hizo acopio de valor para seguir achicando agua hasta que sus brazos no le obedeciesen o hasta que una ola cayese de costado sobre la bañera a la deriva y la inundase. Vacío una de las latas de gasolina que había llenado con agua de mar. Cuando se hundiese la bañera, pensó, la emplearía como flotador. Mientras pudiese mover un músculo, no iba a darse por vencido.

El fiel y pequeño motor fuera borda volvió a toser una vez, dos veces, y al fin se paró. Después de haber estado oyendo el ruido del tubo de escape durante toda la noche anterior, Pitt se sintió como sofocado por el súbito silencio. Permaneció sentado allí, en la pequeña y fatídica embarcación, sobre un mar vasto e indiferente y bajo un cielo claro y sin nubes.

Consiguió mantenerla a flote durante otra hora, a la luz del crepúsculo. Estaba tan fatigado, tan agotado físicamente, que no advirtió un pequeño movimiento en el agua a quinientos metros de distancia.

El capitán de fragata Kermit Fulton se apartó del periscopio, con una expresión interrogadora en el semblante. Miró a través del cuarto de control del submarino *Denver* a su segundo oficial.

—¿Algún contacto en nuestros sensores?

El segundo oficial habló por uno de los teléfonos del cuarto de control.

—Nada en el radar, capitán. El sonar ha registrado un pequeño contacto, pero lo ha perdido hace cosa de un minuto.

—¿Qué deducen de ello?

La respuesta tardaba en llegar, por lo que el capitán repitió la pregunta.

—El encargado del sonar dice que parecía un pequeño motor fuera borda, de no más de veinte caballos de potencia.

—Aquí pasa algo muy raro —dijo Fulton—. Quiero comprobar lo que es. Reduzcan la velocidad a un tercio y viren cinco grados a babor.

Apretó de nuevo la frente contra el ocular del periscopio y puso el aumento al máximo. Poco a poco, con aire de perplejidad, se echó atrás.

—Dé la orden de salir a la superficie.

—¿Ha visto algo? —preguntó el segundo oficial.

El capitán asintió con la cajpeza, en silencio.

Todos los que estaban en el cuarto de control miraron con curiosidad a Fulton. El segundo oficial tomó la iniciativa.

—¿Quiere decirnos de qué se trata, capitán?

—Llevo veintitrés años en el mar —dijo Fulton— y creía que lo había visto casi todo. Pero que me aspen si no hay un hombre allí, a casi cien millas de la tierra más próxima, flotando en una bañera.

Desde la desaparición del dirigible, el almirante Sandecker había salido raras veces de su despacho. Se enterró en un trabajo que pronto perdió todo significado. Sus padres, aunque muy ancianos, vivían todavía, lo mismo que su hermano y su hermana. Sandecker no había experimentado nunca realmente una tragedia personal.

Durante sus años en la Marina, estuvo absorto en su trabajo. Tenía poco tiempo para establecer relaciones profundas con una mujer, y contaba con pocos buenos amigos, la mayoría de ellos marinos como él. Construyó una muralla a su alrededor, entre superiores y subordinados, y se mantuvo en el terreno intermedio. Alcanzó el grado de almirante antes de los cincuenta años, pero se sentía anquilosado.

Cuando el Congreso aprobó su nombramiento de jefe de la Agencia Marítima y Submarina Nacional, volvió a la vida. Entabló buena amistad con tres personas inverosímiles, que le miraban con respeto pero le trataban como si estuviesen tomando unas copas en un bar.

Los desafíos a los que había tenido que hacer frente la NUMA les habían unido. Uno de ellos era Al Giordino, un extrovertido que se ofrecía de buen grado para los proyectos más sucios y hurtaba los caros cigarrillos de Sandecker. Otro era Rudi Gunn, resuelto siempre a hacer las cosas a la perfección, experto en programas de organización y que no habría podido hacerse un enemigo aunque lo hubiese intentado. Y el otro era Pitt, que había contribuido más que nadie a reanimar el espíritu creador de Sandecker. Pronto fueron como padre e hijo.

La actitud liberal de Pitt ante la vida y su ingenio sarcástico le seguían como la cola a un cometa. No podía entrar en una habitación sin animar el ambiente. Sandecker trató ahora, sin conseguirlo, de borrar los recuerdos, de desprenderse del pasado. Se retrepó en el sillón, detrás de la mesa, y cerró los ojos y se dejó dominar por el dolor. Perder a los tres de golpe era algo que escapaba a su comprensión.

Mientras estaba pensando en Pitt, se encendió la luz y sonó débilmente el timbre de su teléfono privado. Se frotó brevemente las sienes y levantó el auricular.

—¿Sí?

—Jim, ¿eres tú? Un amigo común del Pentágono me ha dicho tu número privado.

—Discúlpeme. Estaba distraído. No reconozco la voz.

—Soy Clyde. Clyde Monfort.

Sandecker se puso tenso.

—¿Qué sucede, Clyde?

—Acabo de recibir un mensaje de nuestros submarinos que regresan de maniobras de desembarco en Jamaica.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto?

—El capitán de un submarino informa de que ha recogido a un naufrago hace no

más de veinte minutos. No es exactamente normal que nuestras fuerzas submarinas nucleares acepten desconocidos a bordo, pero este hombre afirmó que trabajaba para ti y se puso bastante violento cuando el capitán se negó a permitirle que enviase un mensaje.

—¡Pitt!

—Has acertado —respondió Monfort—. Éste es el nombre que dio. Dirk Pitt. ¿Cómo lo has sabido?

—¡Gracias a Dios!

—¿Es auténtico?

—Sí, sí, lo es —dijo Sandecker con impaciencia—. ¿Y qué hay de los otros?

—No hay otros. Pitt estaba solo en una bañera.

—Repite esto.

—El capitán jura que era una bañera con un motor fuera borda.

Como conocía a Pitt, Sandecker no dudó un momento de la veracidad de la historia.

—¿Cuánto tiempo necesitarás para hacer que le recoja un helicóptero y le deje en el aeródromo más próximo para que se traslade a Washington?

—Sabes que esto es imposible, Jim. No puedo hacer que le suelten hasta que el submarino haya atracado en su base de Charleston.

—No cuelgues, Clyde. Llamaré a la Casa Blanca por otra línea y conseguiré la autorización.

—¿Tanta influencia tienes? —preguntó Monfort con incredulidad.

—Para esto y para más.

—¿Puedes decirme de qué se trata, Jim?

—Acepta mi palabra. Es mejor que no te metas en esto.

Se habían reunido en la Casa Blanca para una fiesta en honor del primer ministro de la India, Rajiv Gandhi, que realizaba un viaje de buena voluntad por los Estados Unidos. Actores y líderes sindicales, atletas y multimillonarios, todos intercambiaban sus opiniones y sus diferencias, y se mezclaban como vecinos en un acto social dominical.

Los ex presidentes Ronald Reagan y Jimmy Cárter conversaban y actuaban como si nunca hubiesen salido del Ala Oeste. De pie en un rincón lleno de flores, el secretario de Estado Douglas Oates cambiaba historias de guerra con Henry Kissinger, mientras el quarterback de los Houston Oilers, ganadores de la Superbowl, estaba plantado delante de la chimenea y miraba descaradamente los senos de la locutora de la ABC, Sandra Malone.

El presidente brindó con el primer ministro Gandhi y después le presentó a Charles Murphy, que había sobrevolado recientemente la Antártida en globo. La esposa del presidente se acercó, tomó a su marido del brazo y le condujo hacia la

pista de baile del regio salón.

Un auxiliar de la Casa Blanca captó la mirada de Dan Fawcett y señaló con la cabeza hacia la puerta. Fawcett se acercó a él, le escuchó y después se dirigió al presidente. La cadena de mando funcionaba perfectamente.

—Discúlpeme, señor presidente, pero acaba de llegar un mensajero con una ley aprobada por el Congreso y que tiene usted que firmar antes de la medianoche.

El presidente asintió con la cabeza, en señal de comprensión. No había ninguna ley a firmar. Era una frase en clave que indicaba un mensaje urgente. Se excusó con su esposa, cruzó el pasillo y entró en un pequeño despacho privado. Esperó a que Fawcett cerrase la puerta antes de descolgar el teléfono.

—Aquí el presidente.

—Soy el almirante Sandecker, señor.

—Sí, almirante, ¿qué sucede?

—Tengo al jefe de las Fuerzas Navales del Caribe en otra línea. Acaba de informarme de que uno de mis hombres, que había desaparecido con Jessie LeBaron, ha sido salvado por uno de nuestros submarinos.

—¿Ha sido identificado?

—Es Dirk Pitt.

—Ese hombre debe ser indestructible o muy afortunado —dijo el presidente con un deje de alivio en su voz—. ¿Cuándo podemos tenerle aquí?

—El almirante Clyde Monfort está en la otra línea esperando autorización para un transporte urgente.

—¿Puede ponerme con él?

—Un momento, señor.

Hubo una breve pausa seguida de un chasquido. El presidente dijo:

—Almirante Monfort, ¿me oye?

—Le oigo.

—Soy el presidente. ¿Reconoce mi voz?

—Sí, señor, la reconozco.

—Quiero que Pitt esté en Washington lo antes posible. ¿Entendido?

—Sí, señor presidente. Haré que un reactor de la Marina le deposite en el aeropuerto de la base Andrews de la Fuerza Aérea antes del amanecer.

—Tienda una red de secreto alrededor de este asunto, almirante. Mantenga el submarino en el mar y ponga a los pilotos o a cualquiera que se acerque a menos de cien metros de Pitt bajo confinamiento durante tres días.

Hubo una breve vacilación.

—Sus órdenes serán cumplidas.

—Gracias. Ahora déjeme hablar con el almirante Sandecker.

—Estoy aquí, señor presidente.

—¿Lo ha oído? El almirante Monfort hará que Pitt esté en Andrews antes del amanecer.

—Iré personalmente a recibirle.

—Bien. Llévelo en helicóptero a la sede de la CÍA en Langley. Martin Brogan y representantes míos y del Departamento de Estado estarán esperando para interrogarle.

—Es posible que no pueda arrojar luz sobre nada.

—Probablemente tenga razón —dijo cansadamente el presidente—. Espero demasiado. Creo que siempre he esperado demasiado.

Colgó y suspiró profundamente. Ordenó sus ideas durante un instante y las archivó en un rincón de la mente, para recuperarlas más tarde, técnica que más o menos deprisa llegan a dominar todos los presidentes. Pasar de los problemas a la rutina trivial y volver a los problemas como cuando se enciende y se apaga una luz eran unas exigencias del cargo.

Fawcett sabía interpretar los estados de ánimo del presidente y esperó con paciencia. Por fin dijo:

—Tal vez no sería mala idea que asistiese yo al interrogatorio.

El presidente le miró tristemente.

—Vendrá conmigo a Camp David al salir el sol.

Fawcett le miró perplejo.

—En su agenda no está previsto un viaje a Camp David. Casi toda la mañana está reservada a reuniones con líderes del Congreso para tratar del presupuesto.

—Tendrán que esperar. Mañana tengo que celebrar una conferencia más importante.

—Como jefe de su personal, ¿puedo preguntarle con quién va a conferenciar?

—Con unos hombres que se hacen llamar el «círculo privado».

Fawcett miró al presidente, apretando poco a poco los labios.

—No comprendo.

—Debería comprenderlo, Dan. Usted es uno de ellos.

Antes de que el perplejo Fawcett pudiese replicar, el presidente salió del despacho y se reunió con sus invitados.

La sacudida del aterrizaje despertó a Pitt. Fuera del jet bimotor de la Marina, el cielo estaba todavía oscuro. A través de una pequeña ventana, pudo ver los primeros resplandores anaranjados que precedían al nuevo día.

Las ampollas causadas por el roce con la bañera casi le hacían imposible estar sentado, y había dormido de costado, en una posición violenta. Se sentía pésimamente y tenía sed de algo que no fuese los zumos de fruta que le había obligado a tragar en enormes cantidades el demasiado solícito médico del submarino.

Se preguntó qué haría si volvía un día a encontrarse con Foss Gly. Por muy infernales que fuesen los castigos que creaba en su mente, no le parecían suficientes. La idea del tormento que infligía Gly a Jessie, a Giordino y a Gunn le obsesionaba. Sentía remordimientos por haber escapado.

Se extinguió el zumbido de los motores del reactor y se abrió la puerta. Bajó rígidamente la escalerilla y se rindió en un abrazo con Sandecker. El almirante daba raras veces un apretón de manos, por lo que la inesperada muestra de afecto sorprendió a Pitt.

—Suspongo que lo que dices de que mala hierba nunca muere es verdad —dijo Sandecker con voz ronca.

—Es mejor salvar el pellejo que perderlo —respondió sonriendo Pitt.

Sandecker le asió de un brazo y le condujo a un coche que esperaba.

—Le esperan en la sede de la CÍA en Langley para interrogarle.

Pitt se detuvo de pronto.

—Ellos están vivos —anunció brevemente.

—¿Vivos? —dijo, pasmado, Sandecker—. ¿Todos?

—Prisioneros de los rusos y torturados por un desertor.

La incomprensión se pintó en el rostro de Sandecker.

—¿Estuvieron en Cuba?

—En una de las islas próximas —explicó Pitt—. Tenemos que informar a los rusos de mi rescate lo antes posible, para impedir que...

—Más despacio —le interrumpió Sandecker—. Estoy perdiendo el hilo, Mejor aún, espere a referir toda la historia cuando llegemos a Langley. Supongo que tendrá mucho que contar.

Mientras volaban sobre la ciudad, empezó a llover. Pitt contempló a través del parabrisas de plexiglás las ochenta hectáreas de bosque que rodeaban la vasta estructura de mármol gris y hormigón que era sede del ejército de espías de los Estados Unidos. Desde el aire, parecía desierta; no se veía a nadie en el lugar. Incluso la zona de aparcamiento estaba sólo ocupada en una cuarta parte. La única forma

humana que Pitt pudo distinguir era una estatua del espía más famoso de la nación, Nathan Hale, que había cometido el error de dejarse atrapar y había sido ahorcado.

Dos altos oficiales estaban esperando en la pista para helicópteros, provistos de paraguas. Todos entraron corriendo en el edificio y Pitt y Sandecker fueron introducidos en un gran salón de conferencias. Había allí seis hombres y una mujer. Martin Brogan se acercó, estrechó la mano a Pitt y le presentó a los otros. Pitt les saludó con la cabeza y pronto olvidó sus nombres.

Brogan dijo:

—Creo que ha tenido un viaje muy accidentado.

—No lo recomendaría a los turistas —respondió Pitt.

—¿Puedo ofrecerle algo de comer ó de beber? —dijo amablemente Brogan—. ¿Una taza de café o tal vez un desayuno?

—Me apetecería una cerveza bien fría...

—Desde luego —Brogan levantó el teléfono y dijo algo—. Estará aquí dentro de un minuto.

La sala de conferencias era sencilla en comparación con las de oficinas de empresas comerciales. Las paredes eran de un color beige neutro, lo mismo que la alfombra, y los muebles parecían proceder de una tienda de saldos. No había cuadros ni adornos de clase alguna que la animasen. Una habitación cuya única función era servir de lugar de trabajo.

Ofrecieron una silla a Pitt en un extremo de la mesa, pero rehusó. Sus posaderas no estaban todavía en condiciones de sentarse. Todos los que estaban en la sala le miraban fijamente, y empezó a sentirse como un animal del zoo una tarde de domingo.

Brogan le dirigió una sonrisa franca.

—Tenga la bondad de contarnos desde el principio todo lo que ha oído y observado. Su relato será registrado y transcrito. Después pasaremos a las preguntas y respuestas. ¿Le parece bien?

Llegó la cerveza. Pitt tomó un largo trago, se sintió mejor y empezó a relatar los sucesos, desde que se había elevado en Key West hasta que había visto surgir el submarino del agua a pocos metros de la bañera que se estaba hundiendo. No omitió nada y se tomó todo el tiempo necesario, explicando todos los detalles por triviales que fuesen, que podía recordar. Tardó en ello casi una hora y media, pero los otros le escucharon atentamente sin interrogarle ni interrumpirle. Cuando por fin hubo terminado, descansó cuidadosamente su dolorido cuerpo en una silla y esperó con calma a que todos consultasen sus notas.

Brogan ordenó un breve descanso, mientras traían fotografías aéreas de Cayo Santa María, fichas sobre Velikov y Gly y las copias de la narración. Después de cuarenta minutos de estudio, Brogan inició el interrogatorio.

—Llevaban armas en el dirigible. ¿Por qué?

—Las noticias sobre el naufragio del *Cyclops* indicaban que yacía en aguas cubanas. Pareció adecuado llevar un escudo a prueba de balas y un lanzador de misiles como medidas de protección.

—Desde luego, se da usted cuenta de que su ataque no autorizado contra un helicóptero patrullero cubano estuvo en contra de la política del Gobierno.

Esto lo dijo un hombre que Pitt recordó que trabajaba para el Departamento de Estado.

—Me guié por una ley de rango superior —dijo Pitt, con una irónica sonrisa.

—¿Puedo preguntarle qué ley es ésta?

—Procede del Viejo Oeste; algo que ellos llamaban legítima defensa. Los cubanos dispararon calculo que un millar de proyectiles antes de que Al Giordino volase el helicóptero. Brogan sonrió. Le gustaban los hombres como Pitt.

—Lo que más nos interesa ahora es su descripción de la instalación de los rusos en la isla. Dice que no está vigilada.

—Los únicos guardias que vi a nivel del suelo fueron los que se hallaban en la entrada del recinto. Nadie patrullaba en los caminos o en las playas. La única medida de seguridad era una valla electrificada.

—Esto explica por qué la cámara de infrarrojos no detectó ninguna señal de actividad humana —dijo un analista, examinando las fotos.

—Esto es impropio de los rusos —murmuró otro oficial de la CÍA—. Casi siempre revelan sus bases secretas por la exageración de sus medidas de seguridad.

—Esta vez no —dijo Pitt—. Se han pasado al extremo opuesto y les ha dado resultado. El general Velikov declaró que era la instalación militar más importante fuera de la Unión Soviética. Y creo que nadie de su agencia se dio cuenta de ello hasta ahora.

—Confieso que tal vez nos engañaron —dijo Brogan—. Siempre que lo que nos ha dicho usted sea verdad.

Pitt dirigió una fría mirada a Brogan. Después se levantó, dolorido, de su silla, y se dirigió a la puerta.

—Muy bien, tómelo como usted quiera. Mentí. Gracias por la cerveza.

—¿Puedo preguntarle adonde va?

—A convocar una conferencia de prensa —dijo Pitt, hablando directamente a Brogan—. Estoy perdiendo un tiempo precioso por su causa. Cuanto antes haga pública mi huida y pida la liberación de los LeBaron, Giordino y Gunn, antes se verá obligado Velikov a suspender sus torturas y su ejecución.

Se hizo un impresionante silencio. Ninguno de los que se sentaban a la mesa de conferencias podía creer que Pitt se dispusiese a salir; nadie, salvo Sandecker. Permaneció sentado, sonriendo con aire triunfal.

—Será mejor que se tranquilice, Martin. Se les acaba de ofrecer una información más importante de la que podían imaginar y, si ninguno de los que están en esta habitación es capaz de reconocerlo, les sugiero que se busquen otro trabajo.

Brogan podía ser brusco y ególatra, pero no era tonto. Se levantó rápidamente y detuvo a Pitt en la puerta.

—Perdone a un viejo irlandés que ha salido escaldado más veces de las que puede contar. Treinta años en este oficio y uno se convierte naturalmente en un incrédulo Tomás. Por favor, ayúdenos a juntar las piezas del rompecabezas. Después hablaremos de lo que hay que hacer por sus amigos y los LeBaron.

—Le costará otra cerveza —dijo Pitt.

Brogan y los otros se echaron a reír. Se había roto el hielo, y continuaron las preguntas desde todos los lados de la mesa.

—¿Es éste Velikov? —preguntó un analista, mostrando una fotografía.

—Sí, es el general Peter Velikov. Su inglés con acento americano es literalmente perfecto. Olvidaba decir que tenía mi expediente, incluido una reseña biográfica.

Sandecker miró a Brogan.

—Parece que Sam Emmett tiene un topo en la sección de archivos del FBI.

Brogan sonrió sarcásticamente.

—A Sam no le gustará enterarse de esto.

—Podríamos escribir un libro sobre las hazañas de Velikov —dijo un hombre corpulento, dirigiéndose a Pitt—. Me gustaría que, en otra ocasión, me describiese sus peculiaridades.

—Con mucho gusto —dijo Pitt.

—¿Y es éste Foss Gly, el inquisidor de mano dura?

Pitt miró la segunda fotografía y asintió con la cabeza.

—Su cara es diez años más vieja que cuando se tomó esta foto, pero es él.

—Un mercenario americano, nacido en Arizona —dijo el analista—. ¿Le conocía de antes?

—Sí, le conocí durante el proyecto *Empress of Ireland* para el Tratado Norteamericano. Supongo que lo recuerdan.

Brogan asintió con la cabeza.

—Yo sí —dijo.

—Volviendo a la disposición del edificio —dijo la mujer—, ¿cuántas plantas tiene?

—Según el indicador del ascensor, cinco. Todas bajo tierra.

—¿Tiene idea de las dimensiones?

—Lo único que pude ver fue mi celda, el pasillo, el despacho de Velikov y un garaje. Ah, sí, y la entrada de la residencia, decorada al estilo de un castillo español.

—¿Grosor de las paredes?

—Alrededor de medio metro.

—¿Calidad de la construcción?

—Buena. Ni humedad ni grietas visibles en el hormigón.

—¿Qué clase de vehículos había en el garaje?

—Dos camiones militares. Los demás, dedicados a la construcción: un bulldozer, una excavadora, un recogedor de cerezas.

La mujer levantó la mirada de sus notas.

—Perdón. ¿El último?

—Un recogedor de cerezas —explicó Pitt—. Un camión especial, con una plataforma telescópica para trabajar en las alturas. Los usan los que podan árboles y los operarios de las líneas telefónicas.

—¿Dimensiones aproximadas de la antena parabólica?

—Fue difícil medirla en la oscuridad. Aproximadamente trescientos metros de longitud por doscientos de anchura. Es izada hasta su posición de funcionamiento por brazos hidráulicos camuflados como palmeras.

—¿Maciza o de reja?

—De reja.

—¿Circuitos, cajas de empalmes, repetidores?

—No vi ninguno, lo cual no quiere decir que no estuviesen.

Brogan había seguido estas preguntas sin intervenir. Ahora levantó una mano y miró a un hombre de aspecto estudioso sentado a uno de los lados de la mesa.

—¿Qué deduce de esto, Charlie?

—No hay bastantes detalles técnicos para saber exactamente su objetivo. Pero hay tres posibilidades. Una de ellas es que sea una estación de escucha capaz de interceptar señales telefónicas, de radio y de radar en todos los Estados Unidos. Otra, que sea una poderosa instalación para crear interferencias y que esté allí a la espera de un momento crucial, como un primer golpe nuclear, para ser activada y dar al traste con todas nuestras comunicaciones militares y comerciales. La tercera posibilidad es que tenga capacidad para transmitir informaciones falsas a través de nuestros sistemas de comunicación. Y lo más preocupante es que el tamaño y la complicada disposición de la antena sugiere la capacidad de realizar las tres funciones.

Los músculos de la cara de Brogan se tensaron. El hecho de que semejante operación supersecreta de espionaje se hubiese realizado a menos de doscientas millas de la costa de los Estados Unidos no era exactamente para entusiasmar al director de la Agencia Central de Inteligencia.

—Si ocurre lo peor, ¿qué podemos esperar?

—Temo —respondió Charlie— que podemos esperar un poderoso y electrónicamente avanzado instrumento, capaz de interceptar las comunicaciones por

radio y por teléfono y emplear la tecnología de retraso para que un modernísimo sintetizador computarizado imite las voces de los que llaman y altere las conversaciones. Les sorprendería ver cómo pueden ser manipuladas sus palabras por teléfono sin que su interlocutor advierta el cambio. En realidad, la Agencia de Seguridad Nacional emplea el mismo tipo de equipo a bordo de un barco.

—Así pues, los rusos nos han alcanzado —dijo Brogan.

—Su tecnología es probablemente más tosca que la nuestra, pero parece que han dado un paso adelante y la han mejorado en gran manera.

La mujer miró a Pitt.

—Ha dicho usted que la isla era abastecida mediante submarinos.

—Así me lo dijo Raymond LeBaron —dijo Pitt—. Y en lo poco que vi de la costa no había ningún lugar de amarre.

Sandecker jugueteó con uno de sus cigarros pero no lo encendió. Apuntó con él a Brogan.

—Parece que los soviéticos han recurrido a técnicas desacostumbradas para despistar a sus vigilantes de Cuba, Martin.

—El miedo a ser descubiertos se manifestó durante el interrogatorio —dijo Pitt—. Velikov insistió en que éramos agentes a sueldo de usted.

—En realidad, no puedo censurar por ello a ese bastardo —dijo Brogan—. Su llegada debió sacarle de sus casillas.

—Señor Pitt, ¿podría describir a las personas que estaban cenando cuando llegaron ustedes? —preguntó un hombre con aire de erudito y que llevaba un suéter a cuadros.

—Aproximadamente, diría que eran dieciséis mujeres y dos docenas de hombres.

—¿Ha dicho mujeres?

—Sí.

—¿De qué tipo? —preguntó la única mujer presente en el salón.

Pitt tuvo que preguntar:

—Defina lo de tipo.

—Ya sabe —respondió seriamente ella—. Esposas, bellas damas solteras, o prostitutas.

—Desde luego, no eran prostitutas. La mayoría de ellas vestía uniforme y, probablemente, formaba parte del personal de Velikov. Las que llevaban alianzas parecían ser esposas de los militares o los paisanos cubanos que se hallaban presentes.

—¿En qué diablos estará pensando Velikov? —preguntó Brogan a nadie en particular—. ¿Cubanos con sus esposas en una instalación supersecreta? Esto no tiene sentido. Sandecker miró reflexivamente la mesa.

—Para mí tiene sentido —dijo—, si Velikov está usando Cayo Santa María para

algo más que espionaje electrónico.

—¿Qué insinúa, Jim? —preguntó Brogan. —La isla sería una excelente base de operaciones para derribar el gobierno Castro.

Brogan le miró asombrado.

—¿Cómo se ha enterado usted de esto?

—El presidente me informó —respondió Sandecker, con altanería.

—Ya veo.

Pero estaba claro que Brogan no veía nada.

—Escuchen —dijo Pitt—, me doy cuenta de que todo esto es sumamente importante, pero cada minuto que gastamos con nuestras especulaciones pone a Jessie, a Al y a Rudi mucho más cerca de la muerte. Espero que hagan ustedes todo lo posible para salvarles. Pueden empezar notificando a los rusos que, gracias a mi fuga, están enterados de que los mantienen prisioneros.

La petición de Pitt fue acogida con un extraño silencio. Nadie, salvo Sandecker, le miró. Especialmente la gente de la CÍA evitó su mirada.

—Discúlpeme —dijo fríamente Brogan—, pero creo que no sería una maniobra acertada.

Los ojos de Sandecker brillaron súbitamente de cólera.

—Cuidado con lo que dice, Martin. Sé que está dando vueltas a un plan maquiavélico en su mente. Pero advierta, amigo mío, que tendrá que habérselas conmigo y que no estoy dispuesto a dejar que mis amigos sean arrojados literalmente a los tiburones.

—Nos estamos jugando mucho —dijo Brogan—. Tener a Velikov a oscuras puede ser muy ventajoso.

—¿Y sacrificar varias vidas por un juego de espionaje? —dijo amargamente Pitt—. Ni hablar.

—Espere un momento, por favor —suplicó Brogan—. Estoy de acuerdo en hacer que se filtre el rumor de que sabemos que los LeBaron y su gente de la NUMA están vivos. Después acusaremos a los cubanos de haberlos encarcelado en La Habana.

—¿Cómo podemos esperar que Velikov se trague algo que sabe que es falso?

—No espero que se deje engañar con esto. No es un cretino. Sospechará algo y se preguntará cuánto sabemos acerca de su isla. Es todo lo que puede hacer: plantearse una interrogación. También enturbiaremos las aguas diciendo que nuestra información se basa en pruebas fotográficas que demuestran que su bote hinchable fue arrojado a la isla de Cuba. Esto debería hacer que Velikov aflojase la presión sobre los cautivos y siguiese debatiéndose en la incertidumbre. *La piéce de résistance* será el descubrimiento del cadáver de Pitt por un pescador de las Bahamas.

—¿Qué diablos se propone? —preguntó Sandecker.

—Todavía no lo tengo bien meditado —confesó Brogan—. Pero la idea

fundamental es llevar de nuevo y en secreto a Pitt a la isla.

En cuanto hubo terminado el interrogatorio de Pitt, Brogan volvió a su despacho y descolgó el teléfono. Su llamada tuvo que pasar por los intermediarios de costumbre antes de que el presidente se pusiese al aparato.

—Por favor, hable de prisa, Martin. Estoy a punto de salir para Camp David.

—Hemos terminado de interrogar a Dirk Pitt.

—¿Pudo dar algún dato interesante?

—Nos dio la información que nosotros discutimos.

—¿El cuartel general de Velikov?

—Nos condujo directamente a su madriguera.

—Buen trabajo. Ahora podrán ustedes iniciar una operación de infiltración.

—Creo que sería adecuada una solución más permanente.

—¿Quiere usted decir contrarrestar su amenaza revelando la existencia de la base a la prensa mundial?

—No. Quiero decir ir allá y destruirla.

El presidente tomó un ligero desayuno después de llegar a Camp David. El tiempo era anormalmente cálido; era como un veranillo de propina, y el presidente vestía pantalones de algodón y suéter de manga corta.

Estaba sentado en un gran sillón de orejas, con varias carpetas sobre sus rodillas, y estudiaba las historias personales de los componentes del «círculo privado». Después de leer la última ficha, cerró los ojos, sopesando las alternativas, preguntándose qué diría a los hombres que estaban esperando en el comedor principal del edificio.

Hagen entró en el despacho y guardó silencio hasta que el presidente abrió los ojos.

—Cuando tú quieras, Vince.

El presidente se levantó despacio del sillón.

—Cuanto antes mejor.

Los otros estaban esperando alrededor de la larga mesa del comedor, tal como había dispuesto el presidente. No había ningún guardia presente; no hacían falta. Todos eran hombres honorables que no tenían la menor intención de cometer un crimen. Se pusieron respetuosamente en pie al entrar él en la habitación, pero el presidente les hizo ademán de que se sentaran.

Estaban presentes los ocho: el general Fischer, Booth, Mitchell, Busche, que estaba sentado a un lado de la mesa frente a Eriksen, el senador Porter y Dan Fawcett. Hudson estaba sentado solo en el extremo de la mesa. Solamente faltaba Raymond LeBaron.

Todos vestían con sencillez y estaban cómodamente sentados, como jugadores de golf en un club; relajados, sumamente confiados y sin dar señales de tensión.

—Buenos días, señor presidente —saludó animadamente el senador Porter—. ¿A qué debemos el honor de esta misteriosa convocatoria?

El presidente carraspeó.

—Todos ustedes saben por qué les he hecho venir. Por consiguiente, no nos andemos con rodeos.

—¿No quiere felicitarnos? —preguntó sarcásticamente Clyde Booth.

—Puedo felicitarles o no felicitarles —dijo fríamente el presidente—. Esto dependerá.

—Dependerá, ¿de qué? —preguntó rudamente Gunnar Eriksen.

—Creo que lo que busca el presidente —dijo Hudson— es que permitamos a los rusos reclamar una participación en la Luna.

—Esto y una confesión de asesinato en masa.

Se habían cambiado los papeles. Se quedaron allí sentados, con ojos de besugo en

un congelador, mirando al presidente.

El senador Porter, que pensaba con rapidez, fue el primero en atacar.

—¿Una ejecución a lo gánster o al estilo de *Arsénico por compasión*, vertiendo veneno en el té? Si me permite preguntarlo, señor presidente, ¿de qué demonios está hablando?

—De la pequeña anécdota de nueve cosmonautas soviéticos muertos.

—¿Los que se perdieron durante las primeras misiones Soyuz? —preguntó Dan Fawcett.

—No —respondió el presidente—. Los nueve rusos que fueron muertos en las sondas lunares Selenos.

Hudson agarró el borde de la mesa y miró como si hubiese sido electrocutado.

—Las naves espaciales Selenos no iban tripuladas.

—Esto es lo que querían los rusos que pensara el mundo; pero, en realidad, había tres hombres en cada una de ellas. Tenemos a una de las tripulaciones congeladas en el depósito de cadáveres del hospital Walter Reed, si quieren examinar los restos.

Nadie habría pensado en mirarlo. Se consideraban ciudadanos con sentimientos morales y que trabajaban para su país. Lo último que cualquiera de ellos esperaba ver en un espejo era la imagen de un asesino a sangre fría. Decir que el presidente tenía a sus oyentes en un puño habría sido un eufemismo.

Hagen estaba como fascinado. Todo esto era nuevo para él.

—Si me lo permiten —siguió diciendo el presidente—, mezclaré los hechos con las especulaciones. Para empezar, ustedes y sus colonos en la Luna han realizado una hazaña increíble. Les felicito por su perseverancia y su genio, como lo hará el mundo en las semanas venideras. Sin embargo, han cometido involuntariamente un terrible error que fácilmente podría empañar su logro.

En su celo por hacer ondear la bandera estrellada han prescindido del tratado internacional que rige las actividades en la Luna y que fue ratificado por los Estados Unidos, la Unión Soviética y otros tres países en 1984. Ustedes reclamaron por su cuenta la Luna como posesión soberana y, hablando en metáfora, plantaron un rótulo de «Prohibido el Paso». Y lo confirmaron destruyendo tres sondas lunares soviéticas. Una de ellas, Selenos 4, consiguió volver hacia la Tierra; y estuvo sobrevolando en órbita durante dieciocho meses antes de que se restableciese el control. Los ingenieros espaciales soviéticos trataron de hacerla aterrizar en las estepas de Kazajistán, pero la nave estaba averiada y cayó cerca de Cuba.

Con el pretexto de la busca del tesoro, ustedes enviaron a Raymond LeBaron para que la encontrase antes que los rusos. Había que borrar las huellas delatoras del daño causado por sus colonos. Pero los cubanos se anticiparon a los dos y recobraron la nave espacial hundida. Ustedes no lo han sabido hasta ahora, y los rusos todavía no lo saben. A menos que... —El presidente hizo una pausa después de esta palabra—. A

menos que Raymond LeBaron haya revelado bajo tortura lo que sabe de la Jersey Colony. Sé de fuente fidedigna que los cubanos le capturaron y entregaron al servicio secreto militar soviético, el GRU.

—Raymond no hablará —dijo airadamente Hudson.

—Tal vez no tenga que hacerlo —replicó el presidente—. Hace unas pocas horas que los analistas de información, a quienes pedí que volviesen a examinar las señales espaciales soviéticas recibidas durante las órbitas de regreso de, Selenos 4, han descubierto que sus datos sobre la superficie lunar fueron transmitidos a una estación de seguimiento situado en la isla de Socotra, cerca del Yemen. ¿Comprenden las consecuencias, caballeros?

—Comprendemos lo que quiere decir. —Era el general Fisher quien hablaba en tono reflexivo—. Los soviéticos pueden tener pruebas visuales de la Jersey Colony.

—Sí, y probablemente ataron cabos y pensaron que los que estaban allá arriba tenían algo que ver con los desastres de las Selenos. Pueden estar seguros de que tomarán represalias. Sin llamadas por el teléfono rojo, sin mensajes cursados a través de vías diplomáticas, sin anuncios de la TASS o en *Pravda*. La batalla por la Luna se mantendrá secreta por ambos bandos. En resumen, caballeros, el resultado es que han iniciado ustedes una guerra que puede ser imposible de atajar.

Los hombres sentados alrededor de la mesa estaban impresionados y confusos, perplejos e irritados. Pero solamente estaban irritados a causa de un error de cálculo en un hecho del que no podían tener conocimiento. La horrible verdad tardó varios momentos en registrarse en sus mentes.

—Habla usted de represalias soviéticas, señor presidente —dijo Fawcett—. ¿Tiene alguna idea que confirma esa posibilidad?

—Pónganse ustedes en el lugar de los soviéticos. Estaban informados de los actos de ustedes al menos una semana antes de que fuese lanzada su estación lunar Selenos 8. Si yo fuese el presidente Antonov, habría ordenado que la misión se convirtiese de una exploración científica en una operación militar. Tengo pocas dudas en mi mente de que, cuando Selenos 8 alunice dentro de veinticuatro horas, un equipo especial de comandos soviéticos rodeará y atacará la Jersey Colony. Y ahora díganme. ¿Puede la base defenderse por sí sola?

El general Fisher miró a Hudson; después se volvió al presidente y encogió los hombros.

—No sabría decirlo. Nunca trazamos planes de contingencia para el caso de un ataque armado contra la colonia. Si no recuerdo mal, su único armamento es un par de armas cortas y un lanzador de misiles.

—A propósito, ¿para cuándo estaba proyectado que sus colonos volviesen de la Luna?

—Deberían despegar de allí aproximadamente dentro de treinta y seis horas —

respondió Hudson.

—Tengo curiosidad por saber una cosa —dijo el presidente—. ¿Cómo pretenden volver a través de la atmósfera terrestre? Ciertamente, su vehículo de transporte lunar no tiene capacidad para hacer tal cosa.

Hudson sonrió.

—Volverán al puerto espacial Kennedy, de Cabo Cañaveral, en la lanzadera.

El presidente suspiró.

—La *Gettysburg*. Estúpido de mí por no haberlo pensado. Está ya amarrada en nuestra estación espacial.

—Su tripulación no ha sido todavía advertida —dijo Steve Busche, de la NASA —, pero en cuanto se hayan recobrado de la impresión de ver aparecer súbitamente a los colonos en el vehículo de transporte, estarán más que dispuestos a admitir a unos pasajeros suplementarios.

El presidente hizo una pausa y miró fijamente a los miembros del «círculo privado», con expresión súbitamente triste.

—La cuestión candente con la que todos tenemos que enfrentarnos, caballeros, es si los colonos de Jersey sobrevivirán para emprender el viaje.

—¿De veras espera salirse con la suya? —preguntó Pitt.

El coronel retirado Ramón Kleist, de la Marina de los Estados Unidos, se balanceó sobre los pies y se rascó la espalda con un bastón de petimetre.

—Con tal de que podamos retirarnos como una unidad con nuestras bajas, sí, creo que la misión puede realizarse con éxito.

—Nada tan complicado puede ser perfecto —dijo Pitt—. Destruir la instalación y la antena, además de matar a Velikov y a todo su personal, me parece que es querer abarcar demasiado.

—Su observación ocular y las fotos de nuestros aviones de reconocimiento corroboran las pocas medidas defensivas del lugar.

—¿Cuántos hombres constituirán su equipo? —preguntó Pitt.

—Treinta y uno, incluido usted.

—Los rusos descubrirán sin duda alguna quiénes atacaron su base secreta. Será como dar una patada a un nido de avispas.

—Todo forma parte del plan —dijo ligeramente Kleist.

Kleist estaba tieso como un palo, amenazando romper con el pecho su camisa floreada. Pitt calculó que tendría poco menos de sesenta años. Era un mestizo nacido en la Argentina, único hijo de un ex oficial SS que había huido de Alemania después de la guerra y de la hija de un diplomático liberiano. Enviado a un colegio particular de Nueva York, decidió marcharse de allí y hacer carrera en la Infantería de Marina.

—Yo creía que había un acuerdo tácito entre la CÍA y la KGB: no liquidaremos a sus agentes, mientras ustedes no liquiden a los nuestros.

El coronel dirigió a Pitt una candida mirada.

—¿Quién le ha dado la idea de que seremos nosotros los que haremos el trabajo sucio?

Pitt no respondió; sólo miró a Kleist y esperó.

—La misión será realizada por las Fuerzas Especiales de Seguridad cubanas —explicó el coronel—. Su equivalente a nuestros SEALs. O, si he de ser sincero, exiliados perfectamente adiestrados y vistiendo auténticos uniformes cubanos de campaña. Incluso su ropa interior y sus calcetines serán de los que usan los soldados cubanos. Las armas, los relojes de pulsera y otros artículos serán de fabricación soviética. Y para salvar las apariencias, el desembarco se efectuará desde el lado correspondiente a Cuba.

—Muy ingenioso.

—Tratamos de ser eficientes.

—¿Dirigirá usted la operación?

—No —sonrió Kleist—; soy demasiado viejo para saltar de la rompiente a la

playa. El equipo de asalto estará bajo el mando del comandante Angelo Quintana. Usted se encontrará con él en nuestro campamento de San Salvador. Yo estaré en el TSE.

—Repítalo, por favor.

—Transporte submarino especial —respondió Kleist—. Una embarcación construida expresamente para misiones de esta clase. La mayoría de la gente ignora su existencia. Lo encontrará muy interesante.

—Yo no tengo lo que usted llamaría instrucción de combate.

—Su trabajo será simplemente guiar al equipo hasta el recinto y mostrarle la entrada al garaje por el respiradero. Después volverá a la playa y permanecerá a cubierto hasta que haya terminado la operación.

—¿Hay un horario previsto para la incursión?

Kleist adoptó una expresión afligida.

—Nosotros preferimos llamarlo operación encubierta.

—Lo siento; nunca he leído su manual burocrático sobre semántica.

—Contestando a su pregunta, el desembarco está fijado para las dos de la madrugada, dentro de cuatro días.

—Cuatro días pueden ser demasiados para salvar a mis amigos.

Kleist pareció sinceramente preocupado.

—Estamos trabajando a toda prisa y abreviando lo más posible nuestros ejercicios prácticos. Necesitamos tiempo para cubrir todo posible imprevisto. El plan tiene que ser tan perfecto como puedan hacerlo nuestros programas tácticos por ordenador.

—¿Y si hay un fallo humano en su plan?

Toda expresión amistosa se borró de la cara de Kleist y fue sustituida por una mirada fría y dura.

—Si hay un fallo humano, señor Pitt, será suyo. Salvo una intervención divina, el éxito o el fracaso de esta misión dependerá sobre todo de *usted*.

La gente de la CÍA se mostró muy minuciosa. Pitt fue enviado de un despacho a otro, de una entrevista a otra, con precisión matemática. Los planes para neutralizar Cayo Santa María progresaron con la rapidez de un incendio en la pradera. Su interrogatorio por el coronel Kleist se realizó menos de tres horas después del efectuado por Martin Brogan. Entonces fue cuando se enteró Pitt de que había miles de planes de contingencia para invadir todas las islas del Caribe y todas las naciones de América Central y del Sur. Juegos de guerra computarizados creaban una serie de alternativas. Lo único que tenían que hacer los expertos en operaciones secretas era elegir el programa que fuese más adecuado para el objetivo previsto, y después perfeccionarlo.

Pitt sufrió un reconocimiento físico completo antes de que le permitiesen almorzar. El médico lo declaró apto, lo llenó de vitaminas de gran eficacia y ordenó

que se acostase temprano, antes de que la confusión de su adormilada mente fuese total.

Una mujer alta, de pómulos salientes y cabellos trenzados, que fue designada su cuidadora, lo acompañó a la habitación debida en el momento debido. Se presentó como Alice, sin decir su apellido ni su título. Llevaba un fino traje de color marrón sobre una blusa de blonda. Pitt pensó que era bastante bonita y se preguntó qué aspecto tendría envuelta en sábanas de seda.

—El señor Brogan ha dispuesto que coma usted en el comedor de los dirigentes —dijo, a la manera de un guía—. Tomaremos el ascensor.

De pronto, Pitt recordó algo.

—Quisiera telefonar.

—Lo siento, pero no es posible.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—¿Ha olvidado usted que se le presume muerto? —replicó Alice—. Una llamada telefónica a un amigo o a una amante podría dar al traste con toda la operación.

—Sí, «por la boca muere el pez» —dijo cínicamente Pitt—. Mire, necesito cierta información de un perfecto desconocido. Le daré un nombre falso.

—Lo siento, pero no es posible.

Pitt pensó que aquello parecía un disco de fonógrafo rayado.

—Déme un teléfono o haré algo que no les gustará.

Ella lo miró, curiosa.

—¿Qué?

—Marcharme a casa —dijo simplemente él.

—Por orden del señor Brogan no puede salir de este edificio hasta que emprenda el vuelo a nuestro campamento de San Salvador. Haría que le pusiesen una camisa de fuerza antes de que llegase a la puerta.

Pitt se quedó atrás mientras caminaban por un pasillo. Entonces se volvió de pronto y entró en una antesala cuya puerta no tenía ningún rótulo. Pasó tranquilamente por delante de una sorprendida secretaria y entró en el despacho interior. Un hombre menudo, de cabellos blancos cortados en cepillo y que, con un cigarrillo pendiendo entre sus labios, ponía extrañas marcas en un gráfico, levantó la cabeza con divertida sorpresa.

Pitt le dirigió una cortés sonrisa y dijo:

—Discúlpeme, ¿puedo usar su teléfono?

—Si trabaja usted aquí, sabrá que utilizar un teléfono sin autorización es contrario al reglamento de la Agencia.

—Entonces puedo hacerlo —dijo Pitt—. Yo no trabajo aquí.

—Nunca podrá comunicar con el exterior —dijo el viejo.

—Fíjese bien.

Pitt levantó el teléfono y pidió que le pusieran con el despacho de Martin Brogan. A los pocos segundos, la secretaria particular de Brogan se puso al aparato.

—Me llamo Dirk Pitt. Tenga la bondad de informar al señor Brogan de que, si no puedo emplear un teléfono antes de un minuto, voy a causar un terrible escándalo.

—¿Quién es?

—Ya se lo he dicho.

Pitt era terco. Negándose firmemente a aceptar un no como respuesta, necesitó otros veinte minutos que empleó gritando, maldiciendo y, en general, mostrándose desagradable para que Brogan consintiese en que hiciera una llamada fuera del edificio, pero solamente si Alice estaba presente y registraba la conversación.

Ella le introdujo en un pequeño despacho particular y le mostró el teléfono.

—Tenemos una telefonista a su disposición: déle el número y ella hará la llamada.

—Telefonista, ¿cómo se llama?

—Jennie Murphy —respondió una voz sensual.

—Empezemos con una información de Baltimore, Jennie. Quisiera que preguntase el número de Weehawken Marine Products.

—Un momento. Lo preguntaré.

Jennie obtuvo el número de la operaría de información de Baltimore e hizo la llamada.

Después de explicar su problema a cuatro personas diferentes, Pitt fue puesto al fin en comunicación con el presidente del consejo de administración, título que generalmente se otorgaba a viejos dirigentes de las compañías que eran así apartados de las actividades principales.

—Soy Bob Conde. ¿Qué desea? Pitt miró a Alice y le hizo un guiño.

—Aquí Jack Farmer, señor Conde. Estoy haciendo una investigación arqueológica oficial y he descubierto un viejo casco de buzo en un barco naufragado y pienso que tal vez ustedes podrían identificarlo.

—Procuraré complacerle. Mi abuelo fundó esta empresa hace casi ochenta años. Tenemos un archivo muy completo. ¿Puede darme el número de serie?

—Sí, estaba en una chapa fijada en la parte de adelante del peto. —Pitt cerró los ojos y recordó el casco que llevaba el cadáver encontrado dentro del *Cyclops*—. Decía: «Weehawken Products, Inc., Marca V, Número de Serie 58-67-C.»

—Es el tipo corriente de casco de la Marina —dijo Conde, sin vacilar—. Los hemos estado fabricando desde 1916. Son de cobre con accesorios de bronce. Llevan cuatro cristales herméticamente cerrados.

—¿Lo vendieron a la Marina?

—La mayoría de los pedidos procedían de la Marina. En realidad, todavía siguen haciéndolo. La Marca V, Modelo 1, es todavía popular para ciertos tipos de operaciones submarinas con aire suministrado desde la superficie. Pero este casco fue

vendido a un cliente comercial.

—¿Puedo preguntarle cómo lo sabe?

—Por el número de serie. Cincuenta y ocho es el año en que fue manufacturado. Sesenta y siete es el número producido, y C indica una venta comercial. Dicho en otras palabras, fue el sesenta y sieteavo casco que salió de nuestra fábrica en 1958, y fue vendido a una empresa comercial de salvamento.

—¿Le sería posible encontrar el nombre del comprador?

—Tal vez tardaría media hora. No nos hemos preocupado de registrar las operaciones antiguas en el ordenador. Será mejor que yo le llame cuando lo haya encontrado.

Alice sacudió la cabeza.

—El Gobierno puede pagar el servicio telefónico, señor Conde. Mantendré la comunicación.

—Como usted guste.

Conde cumplió su palabra. Volvió al aparato al cabo de treinta y un minutos.

—Señor Farmer, uno de los contables ha encontrado lo que le interesa.

—Le escucho.

—El casco, junto con un traje de buzo y el tubo de alimentación de aire, fueron vendidos a un particular. Da la casualidad de que yo le conocía. Se llamaba Hans Kronberg. Buzo de la vieja escuela, contrajo la enfermedad de los buzos más veces que ninguno de los que conocí. Hans estaba lisiado, pero esto no le impidió nunca sumergirse.

—¿Sabe lo que fue de él?

—Si no recuerdo mal, compró el equipo para un trabajo de salvamento en algún lugar próximo a Cuba. Se dijo que la enfermedad de los buzos acabó finalmente con él.

—¿No recuerda quién lo contrató?

—No; hace demasiado tiempo —dijo Conde—. Creo que encontró un socio que tenía unos cuantos dólares. El equipo habitual de Hans estaba viejo y gastado. Su traje de buzo debía tener cincuenta remiendos. Vivía al día y apenas ganaba lo bastante para llevar una existencia cómoda. Entonces, vino un día aquí, compró todo el equipo nuevo y pagó en efectivo.

—Le agradezco su ayuda —dijo Pitt.

—No hay de qué. Me alegro de que haya telefoneado. Es muy interesante. ¿Puedo preguntarle dónde encontró su casco?

—Dentro de un viejo barco hundido cerca de las Bahamas.

Conde se imaginó la escena. Guardó silencio durante un momento. Después dijo:

—Así, el viejo Hans no volvió nunca a la superficie. Bueno, supongo que él habría preferido morir de esta manera que en la cama.

—¿Sabe de alguien más que pudiese recordar a Hans?

—En realidad, no. Todos los atrevidos buzos de los viejos tiempos han pasado ahora a mejor vida. La única pista que se me ocurre es la de la viuda de Hans. Todavía me envía tarjetas en Navidad. Vive en una residencia de ancianos.

—¿Sabe el nombre de la residencia o la población donde se encuentra?

—Creo que está en Leesburg, Virginia. Pero no conozco el nombre. Y hablando de nombres, ella se llama Hilda.

—Muchas gracias, señor Conde. Me ha sido de gran ayuda.

—Si viene usted alguna vez a Baltimore, señor Farmer, dése una vuelta por aquí. Tengo tiempo de sobra para hablar de épocas pasadas, desde que mis hijos me apartaron del timón de la empresa.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Pitt—. Adiós.

Pitt cortó la comunicación y llamó a Jennie Murphy. Le pidió que telefonease a todas las residencias de ancianos del sector de Leesburg hasta que encontrase una en la que se albergase Hilda Kronberg.

—¿Qué está buscando? —preguntó Alice. Pitt sonrió.

—Estoy buscando El Dorado.

—Muy gracioso.

—Esto es lo malo de la gente de la CÍA —dijo Pitt—. No saben aceptar una broma.

El camión Ford de reparto subió por el paseo de la Winthrop Manor Nursing Home y se detuvo ante la entrada de servicio. El vehículo estaba pintado de un brillante color azul con dibujos florales en los lados. Unas letras doradas anunciaban la Floristería Mother's.

—Por favor, no se entretenga —dijo Alice, con impaciencia—, Tiene que estar en San Salvador dentro de cuatro horas.

—Haré lo que pueda —dijo Pitt, saltando del camión.

Llevaba uniforme de conductor y un ramo de rosas en la mano.

—Para mí es un misterio cómo ha podido convencer al señor Brogan de que le permitiese esta excursión privada.

Pitt sonrió mientras cerraba la portezuela.

—Un sencillo caso de coacción.

La Winthrop Manor Nursing Home era un lugar idílico para la tercera edad. Tenía un campo de golf de nueve hoyos, una piscina interior climatizada, un elegante comedor y bien cuidados jardines. El edificio principal era más propio de un hotel de cinco estrellas que de una triste casa de reposo.

No era un hogar destartado para viejos pobres, pensó Pitt. Winthrop Manor revelaba un gusto exquisito para ciudadanos maduros y ricos. Y empezó a preguntarse cómo la viuda de un buzo que se ganaba la vida a duras penas podía permitirse vivir con tanto lujo.

Entró por una puerta lateral, se acercó a la mesa de recepción y mostró las flores.

—Traigo esto para la señora Hilda Kronberg.

La recepcionista le miró a la cara y sonrió. Pitt pensó que era bastante atractiva, con sus cabellos de un rojo oscuro, largos y resplandecientes, y sus ojos de un azul grisáceo en una cara estrecha.

—Déjelas sobre el mostrador —dijo suavemente—. Haré que un criado se las lleve.

—Tengo que entregárselas personalmente —dijo Pitt—. Traigo además un mensaje verbal.

Ella asintió y señaló una puerta lateral.

—Probablemente encontrará a la señora Kronberg en la piscina. No espere hallarla en perfecta lucidez, pues tiene altibajos en su percepción de la realidad.

Pitt le dio las gracias y lamentó no poder invitarla a cenar. Cruzó la puerta y descendió por una rampa. La piscina cubierta y rodeada de cristales había sido diseñada como un jardín hawaiano con piedras negras de lava y una cascada.

Después de preguntar a dos ancianas por Hilda Kronberg, la encontró sentada en una silla de ruedas, mirando fijamente el agua y con la mente en otra parte.

—¿Señora Kronberg?

Ella hizo visera con una mano y miró hacia arriba.

—¿Sí?

—Me llamo Dirk Pitt y desearía hacerle unas pocas preguntas.

—¿Has dicho señor Pitt? —preguntó ella con voz suave. Observó su uniforme y las flores—. ¿Por qué quiere hacerme preguntas un muchacho repartidor de flores?

Pitt sonrió al oír la palabra «muchacho» y le tendió las flores.

—Tienen que ver con su difunto marido, Hans.

—¿Está usted con él? —preguntó ella, con recelo.

—No; estoy completamente solo.

Hilda tenía un aspecto enfermizo, estaba delgada y su piel era tan transparente como un papel de seda. Iba muy maquillada y llevaba el pelo hábilmente teñido. Con sus anillos de brillantes habría podido comprar una pequeña flota de Rolls-Royces. Pitt sospechó que tendría quince años menos de los setenta y cinco que aparentaba. Hilda Kronberg era una mujer que esperaba la muerte. Sin embargo, cuando sonrió al oír mencionar el nombre de su marido, sus ojos parecieron sonreír también.

—Parece usted demasiado joven para haber conocido a Hans —dijo.

—El señor Conde, de Weehawken Marine, me habló de él.

—Bob Conde, desde luego. Él y Hans eran viejos compañeros de póquer.

—¿No volvió usted a casarse después de morir él?

—Sí, volví a casarme.

—Sin embargo, todavía usa su apellido.

—Eso es una larga historia que no creo que le interese.

—¿Cuándo vio a Hans por última vez?

—Fue un jueves. Le vi partir en el vapor *Monterrey*, con rumbo a La Habana, el 10 de diciembre de 1958. Hans se hacía siempre castillos en el aire. Él y su socio iban a la busca de un nuevo tesoro. Me prometió que encontrarían oro suficiente para comprarme la casa de mis sueños. Por desgracia, no volvió.

—¿Recuerda quién era su socio?

Sus suaves facciones se endurecieron de pronto.

—¿Qué pretende usted, señor Pitt? ¿A quién representa?

—Soy director de proyectos especiales de la National Underwater Marine Agency —respondió él—. Durante el examen de un barco hundido llamado *Cyclops*, descubrí lo que creo que son los restos de su marido.

—¿Encontró a Hans? —preguntó ella, sorprendida.

—No pude identificarle positivamente, pero la escafandra que llevaba me han dicho que era de él.

—Hans era un buen hombre —dijo tristemente ella—. Tal vez no un buen proveedor, pero vivimos bien los dos..., bueno, hasta que murió.

—Usted me preguntó si yo estaba con *él* —dijo amablemente Pitt.

—Un secreto de familia, señor Pitt. Pero me tratan bien. Él cuida de mí. No tengo queja. Si me he retirado del mundo real, ha sido por mi propia voluntad...

Su voz se extinguió y su mirada se hizo remota.

Pitt tenía que agarrarla antes de que se encerrase en su concha.

—¿Le dijo *él* que Hans fue asesinado?

Hilda pestañeó durante unos instantes y después sacudió en silencio la cabeza.

Pitt se arrodilló a su lado y le asió la mano.

—La cuerda de seguridad y el tubo del aire fueron cortados mientras él trabajaba bajo el agua.

Ella se echó a temblar visiblemente.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque es la verdad, señora Kronberg. Le doy mi palabra. Probablemente, la persona que trabajaba con Hans, fuese quien fuere, lo mató para poder quedarse con su parte del tesoro.

Hilda permaneció sentada, confusa y como en trance, durante casi un minuto.

—Conoce usted lo del tesoro de La Dorada —dijo al fin.

—Sí —respondió Pitt—. Sé cómo fue a parar al *Cyclops*. También sé que Hans y su socio la encontraron.

Hilda empezó a jugar con uno de sus anillos de brillantes.

—En el fondo de mi corazón, siempre sospeché que Ray había matado a Hans.

La impresión retardada se pintó lentamente en la cara de Pitt mientras se hacía la luz en su cerebro. Cautelosamente, jugó su carta al azar.

—¿Cree que Hans fue asesinado por Raymond LeBaron?

Ella asintió con la cabeza.

La inesperada revelación pilló desprevenido a Pitt, que tardó unos momentos en volver al grano.

—¿Fue el tesoro el móvil del crimen? —preguntó suavemente.

—No. El móvil fui yo —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Pitt no replicó; esperó en silencio.

—Cosas que ocurren —empezó a decir ella en un murmullo—. Entonces yo era joven y bonita. ¿Puede usted creer que antaño fui bonita, señor Pitt?

—Todavía lo es, y mucho.

—Creo que necesita gafas, pero gracias por el cumplido.

—También tiene una mente muy despierta.

Ella señaló hacia el edificio principal.

—¿Le han dicho que estaba un poco majareta?

—La recepcionista insinuó que no estaba del todo en sus cabales.

—Una pequeña comedia que me gusta representar. Así todo el mundo hace

conjeturas. —Sus ojos centellearon brevemente y después adquirieron una expresión remota—. Hans era un hombre bueno que tenía diecisiete años más que yo. Mi amor por él estaba mezclado de compasión, debido a su cuerpo lisiado. Llevábamos unos tres años de casados cuando una noche trajo a Raymond a cenar a casa. Los tres nos hicimos pronto buenos amigos, y los hombres formaron una sociedad para recuperar objetos de barcos naufragados y venderlos a anticuarios o coleccionistas. Ray era guapo y apuesto en aquellos días, y no pasó mucho tiempo antes de que tuviésemos una aventura. —Vaciló y miró fijamente a Pitt—. ¿Ha estado alguna vez profundamente enamorado de dos mujeres al mismo tiempo, señor Pitt?

—No he tenido esa experiencia.

—Lo más raro es que no me sentía culpable. Engañar a Hans se convirtió en un juego excitante. No es que yo fuese una persona falsa. Es que nunca había mentido a ningún ser querido y el remordimiento no cabía en mi cabeza. Ahora doy gracias a Dios de que Hans no se enterase antes de morir.

—¿Puede decirme algo sobre el tesoro de La Dorada?

—Después de graduarse en Stanford, Ray pasó un par de años explorando las selvas del Brasil, en busca de oro. Un topógrafo norteamericano fue el primero que le habló de La Dorada. No recuerdo los detalles, pero él había estado seguro de que estaba a bordo del *Cyclops* cuando desapareció. Él y Hans pasaron dos años rastreando las aguas del Caribe con cierto instrumento que detectaba el hierro. Por último, encontraron el barco naufragado. Ray pidió prestado algún dinero a su madre para comprar equipos de buzo y una pequeña embarcación de salvamento. Navegó hacia Cuba para instalar una base de operaciones, mientras Hans terminaba un trabajo en Nueva Jersey.

—¿Recibió usted alguna carta o llamada telefónica de Hans, después de que embarcara en el *Monterrey*?

—Me llamó una vez desde Cuba. Lo único que me dijo fue que Ray y él se dirigirían al lugar del naufragio el día siguiente. Dos semanas más tarde, volvió Ray y me dijo que Hans había muerto de la enfermedad de los buzos y estaba sepultado en el mar.

—¿Y el tesoro?

—Ray lo describió como una enorme estatua de oro —respondió ella—. De alguna manera, la subió a la embarcación de salvamento y la llevó a Cuba.

Pitt se estiró y se arrodilló de nuevo al lado de Hilda.

—Es raro que no trajese la estatua a los Estados Unidos.

—Temía que Brasil, Florida, el Gobierno Federal, otros buscadores de tesoros o arqueólogos marinos confiscaran o reclamasen judicialmente La Dorada y, en definitiva, no dejasen nada para él. Naturalmente, estaba además el fisco. Ray no estaba dispuesto a pagar millones de dólares en impuestos, si podía evitarlo. Por

consiguiente, no habló a nadie, salvo a mí, de su descubrimiento.

—¿Y qué fue del tesoro?

—Ray extrajo el gigantesco rubí que era el corazón de la estatua, lo cortó en pequeños pedazos y lo vendió poco a poco.

—Y ése fue el principio del imperio financiero de LeBaron —dijo Pitt.

—Sí, pero antes de que Ray pudiese cortar la cabeza de esmeralda o fundir el oro, Castro subió al poder y él se vio obligado a esconder la estatua. Nunca me dijo dónde la había escondido.

—Así, La Dorada está todavía oculta en algún lugar de Cuba.

—Estoy segura de que Ray no pudo volver para recobrarla.

—¿Vio al señor LeBaron después de aquello?

—¡Oh, sí! —dijo vivamente ella—. Nos casamos.

—¿Fue usted la primera señora LeBaron? —preguntó asombrado Pitt.

—Durante treinta y tres años.

—Pero, según el Registro, el nombre de su primera esposa era Hillary, y ésta murió hace unos años.

—Ray prefirió Hillary a Hilda cuando se hizo rico. Creía que era más distinguido. Mi muerte fue muy conveniente para él cuando enfermé: divorciarse de una inválida le parecía horrible. Por consiguiente, enterró a Hillary LeBaron, y Hilda Kronberg se consume aquí.

—Esto me parece inhumano y cruel.

—Mi marido era generoso, pero no compasivo. Vivimos dos vidas diferentes. Pero no me importa. Jessie viene a verme de vez en cuando.

—¿Le segunda señora LeBaron?

—Una persona encantadora e inteligente.

—¿Cómo puede estar casada con él, si usted sigue con vida?

Ella sonrió animadamente.

—Fue la única vez que Ray hizo un mal negocio. Los médicos le dijeron que sólo me quedaban unos meses de vida. Pero les engañé a todos y he vivido siete años desde entonces.

—Esto hace que sea bigamo, además de asesino y ladrón.

Hilda no lo discutió.

—Ray es un hombre complicado. Toma más de lo que da.

—Si yo estuviese en su lugar, lo clavaría en la cruz más próxima.

—Demasiado tarde para mí, señor Pitt. —Le miró, con un súbito brillo en los ojos—. Pero usted podría hacer algo en mi lugar.

—Dígame qué.

—Encuentre La Dorada —dijo fervientemente ella—. Encuentre la estatua y désela al mundo. Haga que sea mostrada al público. Esto dolería más a Ray que

perder su revista. Pero, sobre todo, es lo que habría querido Hans.

Pitt le tomó una mano y la estrechó.

—Hilda —dijo suavemente—. Haré todo lo que pueda para que sea así.

Hudson ajustó la luminosidad de la imagen y saludó con la cabeza a la cara que le estaba mirando en la pantalla.

—Eli, aquí hay alguien que quiere hablar contigo.

—Siempre encantado de ver una cara nueva —respondió alegremente Steinmetz.

Otro hombre ocupó el lugar de Hudson debajo de la cámara y monitor de vídeo. Miró fascinado unos momentos antes de hablar.

—¿Está usted realmente en la Luna? —preguntó al fin.

—Ahora se lo mostraré —dijo Steinmetz con una agradable sonrisa. Salió de la pantalla, levantó la cámara portátil de su trípode y enfocó el paisaje lunar a través de una ventanilla de cuarzo... Lamento no poder mostrarle la Tierra, pero estamos en el lado oculto de la bola.

—Le creo.

Steinmetz volvió a colocar la cámara y se colocó de nuevo delante de ella. Se inclinó hacia delante y miró fijamente. Su sonrisa se extinguió poco a poco y sus ojos adoptaron una expresión interrogadora.

—¿Es usted realmente quien creo que es?

—¿Me reconoce?

—Tiene el aspecto y la voz del presidente.

Ahora fue el presidente quien sonrió.

—No estaba seguro de que lo supiese, ya que yo era senador cuando ustedes abandonaron la Tierra, y no creo que lleguen los periódicos al lugar donde reside.

—Cuando la órbita de la Luna alrededor de la Tierra está en la posición adecuada, podemos conectar con la mayoría de los satélites de comunicaciones. Nuestro personal tuvo ocasión de ver, en su período de descanso, la última película de Paul Newman. También devoramos como perros hambrientos los programas de la Red de Noticias por Cable.

—La Jersey Colony es una hazaña increíble. La nación agradecida estará siempre en deuda con ustedes.

—Gracias, señor presidente, aunque ha sido una sorpresa que Leo se fuese de la lengua y anunciase el éxito del proyecto antes de nuestro regreso a la Tierra. No era lo previsto.

—No se ha anunciado públicamente —dijo el presidente, poniéndose serio—. Aparte de usted y de la gente de su colonia, yo soy el único de fuera del «círculo privado» que está enterado de su existencia. Salvo, tal vez, los rusos.

Steinmetz le miró fijamente a través de trescientos mil kilómetros de espacio.

—¿Cómo pueden saber ellos algo de la Jersey Colony?

El presidente hizo una pausa para mirar a Hudson, que estaba de pie fuera del

alcance de la cámara. Hudson sacudió la cabeza.

—Las sondas lunares Selenos —respondió el presidente, omitiendo toda referencia a que estuviesen tripuladas—. Una consiguió enviar sus fotos a la Unión Soviética. Creemos que en ellas aparecía la Jersey Colony. También tenemos motivos para pensar que los rusos sospechan que ustedes destruyeron las sondas desde la superficie lunar.

Una expresión inquieta se pintó en los ojos de Steinmetz.

—¿Cree usted que piensan atacarnos?

—Sí, Eli —dijo el presidente—. Selenos 8, la estación lunar soviética, entró en órbita alrededor de la Luna hace tres horas. Los ordenadores de la NASA indican que pasará por alto un lugar seguro de alunizaje en la cara visible del satélite y se posará en el lado oscuro de la Luna cerca de donde están ustedes. Una operación arriesgada, a menos que tengan un objetivo definido.

—La Jersey Colony.

—En su vehículo de alunizaje viajan siete hombres —siguió diciendo el presidente—. Sólo se requieren dos ingenieros pilotos para dirigir su vuelo. Quedan, pues, cinco para el combate.

—Nosotros somos diez —dijo Steinmetz—. Una proporción de dos a uno no está mal.

—Pero ellos tienen armas poderosas y una buena instrucción. Estos hombres constituyen el equipo más mortífero que han podido enviar los rusos.

—Según usted, un panorama muy negro, señor presidente. ¿Qué quiere que hagamos?

—Han hecho ustedes mucho más de lo que cualquiera de nosotros tenía derecho a esperar. Pero la suerte les ha vuelto la espalda. Destruyan la colonia y salgan de ahí antes de que se derrame sangre. Quiero que usted y su gente regresen sanos y salvos a la Tierra para recibir los honores que se merecen.

—Creo que no se da usted cuenta de todo lo que hemos tenido que hacer para construir esto.

—Por mucho que hayan hecho, sus vidas valen más.

—Hemos vivido seis años jugando con la muerte —dijo lentamente Steinmetz—. Unas cuantas horas más importan poco.

—No lo echen todo a perder en una lucha imposible —arguyó el presidente.

—Disculpe, señor presidente, pero está usted hablando con un hombre que perdió a su padre en un pequeño banco de arena llamado Wake Island. Lo someteré a votación, pero ya sé cuál será el resultado. Mis compañeros tampoco se rajarán y echarán a correr. Nos quedaremos y lucharemos.

El presidente se sintió orgulloso y derrotado al mismo tiempo.

—¿Qué armas tienen ustedes? —preguntó con voz cansada.

—Nuestro arsenal se compone de un lanzador de cohetes usado y al que sólo le queda un proyectil, un fusil M-14 National Match, y una pistola de tiro al blanco del calibre veintidós. Los trajimos para una serie de experimentos sobre la gravedad.

—Están en una enorme inferioridad de condiciones, Eli —dijo apesadumbrado el presidente—. ¿No se da cuenta?

—No, señor. Me niego a abandonar, fundándome en un detalle técnico.

—¿Qué detalle técnico?

—Los rusos son los visitantes.

—¿Y bien?

—Esto hace que nosotros seamos el equipo de casa —dijo humorísticamente Steinmetz—. Y jugar en casa tiene siempre sus ventajas.

—¡Han alunizado! —exclamó Sérgei Kornilov, golpeando con un puño la palma de la otra mano—. ¡Selenos 8 está en la Luna!

Debajo de la sala de observación de los altos personajes, en la planta baja del Centro de Control soviético, los ingenieros y los científicos espaciales estallaron en furiosos aplausos y aclamaciones.

El presidente Antonov levantó una copa de champaña.

—Por la gloria de la Unión Soviética y del Partido.

El brindis fue repetido por las autoridades del Kremlin y por los militares de alta graduación que llenaban la sala.

—Por nuestro primer trampolín en la conquista de Marte —brindó el general Yasenin.

—¡Bravo, bravo! —respondió un coro de voces—. ¡A Marte!

Antonov dejó su copa vacía en una bandeja y se volvió a Yasenin, serio de pronto el semblante.

—¿Cuánto tiempo tardará el comandante Leuchenko en establecer contacto con la base lunar? —preguntó.

—Calculando el tiempo para asegurar los sistemas de la nave espacial, hacer un reconocimiento del terreno y colocar a sus hombres para el ataque, yo diría que cuatro horas.

—¿A qué distancia está el lugar de alunizaje?

—Se programó que Selenos 8 se posara detrás de una hilera de montes bajos a menos de tres kilómetros del sitio donde Selenos 4 detectó a los astronautas —respondió el general.

—Parece muy cerca —dijo Antonov—. Si los americanos siguieron nuestro descenso, Leuchenko habrá perdido toda oportunidad de un ataque por sorpresa.

—Es casi seguro que se han dado cuenta de lo que nos proponemos.

—¿Y no le preocupa?

—La experiencia de Leuchenko y la superioridad en armamento juegan a nuestro

favor, camarada presidente. —La cara de Yasenin tenía la expresión del mánager de boxeo que acaba de enviar al ring a su pugilista para luchar contra un manco.

—Los americanos se encuentran en una situación en que vencer es imposible.

El comandante Grigory Leuchenko estaba tendido sobre el polvo fino y gris de la superficie de la Luna, contemplando el desierto desolado que se extendía bajo un cielo negro como el carbón. Le pareció que el silencioso y misterioso paisaje era parecido al árido desierto de la cuenca de Seistan, en Afganistán. La llanura pedregosa y las onduladas colinas eran poco definidas. Le recordaban un vasto mar de yeso blanco y, sin embargo, le parecía extrañamente familiar.

Dominó las ganas de vomitar. Él y todos sus hombres sufrían náuseas. No habían tenido tiempo de entrenarse para el medio ambiente ingrátido durante el viaje desde la Tierra, ni semanas o meses para adaptarse, como los habían tenido los cosmonautas de las misiones Soyuz. Sólo habían recibido unas pocas horas de instrucción sobre la manera de hacer funcionar los sistemas vitales de sus trajes lunares, una breve conferencia sobre las condiciones que era de esperar que encontrarían en la Luna, y una explicación sobre la situación de la colonia americana.

Sintió, a través del traje lunar, que una mano apretaba su hombro. Habló por el transmisor interno de su casco, sin volverse.

—¿Qué ha descubierto?

El teniente Dmitri Petrov señaló un valle plano que discurría entre las inclinadas paredes de dos cráteres a unos mil metros a la izquierda.

—Huellas de vehículos y pisadas, convergiendo hacia aquella sombra debajo del borde del cráter de la izquierda. Distinguí tres o tal vez cuatro pequeños edificios.

—Invernaderos presurizados —dijo Leuchenko. Colocó unos gemelos en forma de caja sobre un pequeño trípode y ajustó el ancho visor a la parte delantera de su casco—. Parece como si saliese vapor de la falda del cráter. —Hizo una pausa para enfocar mejor las lentes—. Sí, ahora puedo verlo claramente. Hay una entrada en la roca, probablemente hermética y con acceso a la instalación interior. No hay señales de vida. El perímetro exterior parece desierto.

—Podrían estar ocultos para tendernos una emboscada —dijo Petrov.

—Ocultos, ¿dónde? —preguntó Leuchenko, resiguiendo el abierto panorama—. Las rocas desparramadas son demasiado pequeñas para que un hombre se esconda detrás de ellas. No hay grietas en el suelo, ni indicios de obras de defensa. Un astronauta en un voluminoso traje lunar blanco se destacaría como un muñeco de nieve en un campo de ceniza. No, deben de haberse hecho fuertes dentro de la cueva.

—Una imprudente posición defensiva. Mejor para nosotros.

—Pero tienen un lanzador de cohetes.

—Esto es poco eficaz contra hombres desplegados en una formación holgada.

—Cierto, pero nosotros no tenemos dónde resguardarnos y no podemos estar seguros de que no tienen otras armas.

—Un fuego concentrado contra la entrada de la cueva podría obligarles a salir — sugirió Petrov.

—Tenemos orden de no causar daños innecesarios a la instalación —dijo Leuchenko—. Tenemos que entrar...

—¡Algo se está moviendo allí! —gritó Petrov.

Leuchenko miró a través de los gemelos. Un vehículo descubierto y de extraño aspecto había aparecido desde detrás de uno de los invernaderos y avanzaba en su dirección. Una bandera blanca, sujeta a una antena, pendía flaccida en la atmósfera sin aire. Siguió observando hasta que el vehículo se detuvo a cincuenta metros de distancia y una figura se apeó de él.

—Interesante —dijo reflexivamente Leuchenko—. Los americanos quieren parlamentar.

—Puede ser un truco. Un ardid para estudiar nuestra fuerza.

—No lo creo. No establecerían contacto bajo una bandera de tregua si actuaran desde una posición de fuerza. Su servicio secreto y sus sistemas de seguimiento desde la Tierra les habrán avisado de nuestra llegada, y deben darse cuenta de que su armamento es muy inferior al nuestro. Los americanos son capitalistas. Lo consideran todo desde el punto de vista práctico. Si no pueden combatir, intentarán hacer un trato.

—¿Vas a ir a su encuentro? —preguntó Petrov.

—Nada se pierde con hablar. Parece que no va armado. Tal vez pueda convencerles de que me entreguen la colonia intacta a cambio de respetarles la vida.

—Tenemos orden de no hacer prisioneros.

—No lo he olvidado —dijo bruscamente Leuchenko—. Cruzaremos aquel puente cuando hayamos logrado nuestro objetivo. Diga a los hombres que apunten al americano. Si levanto la mano izquierda, déles la orden de disparar.

Entregó su arma automática a Petrov y se puso rápidamente en pie. Su traje lunar y su mochila vital, que contenía un depósito de oxígeno y otro de agua para la refrigeración, añadían noventa kilos al peso de Leuchenko, haciendo un total de casi ciento ochenta kilos terrestres. Pero su peso lunar era solamente de treinta kilos.

Avanzó hacia el vehículo lunar con esa andadura saltarina que se produce cuando uno se mueve bajo la ligera tracción de la fuerza de gravedad de la Luna. Se acercó rápidamente al vehículo y se detuvo a cinco metros de distancia.

El colono lunar americano estaba tranquilamente apoyado en una rueda delantera. Entonces se irguió, hincó una rodilla en el suelo y escribió un número en el polvo de color de plomo.

Leuchenko comprendió y puso su receptor de radio a la frecuencia indicada. Después asintió con la cabeza.

—¿Me oye? —preguntó el americano en ruso, pero con pésimo acento.

—Hablo inglés —respondió Leuchenko.

—Bien. Esto evitará cualquier error de interpretación. Me llamo Eli Steinmetz.

—¿Es el jefe de la base lunar de los Estados Unidos?

—Yo dirijo el proyecto, sí.

—Comandante Grigory Leuchenko, de la Unión Soviética.

Steinmetz se acercó más y se estrecharon rígidamente la mano.

—Parece que tenemos un problema, comandante.

—Un problema que ninguno de los dos puede evitar.

—Ustedes podrían dar media vuelta y volver a su nave en órbita —dijo Steinmetz.

—Tengo órdenes —declaró Leuchenko con firmeza.

—Tiene que atacar y capturar mi colonia.

—Sí.

—¿No hay manera de evitar el derramamiento de sangre?

—Podrían rendirse.

—Muy gracioso —dijo Steinmetz—. Yo iba a proponerle lo mismo.

Leuchenko estaba seguro de que Steinmetz se tiraba un farol, pero la cara que había detrás de la ventanilla de observación teñida de amarillo del casco permanecía invisible. Lo único que Leuchenko podía ver era su propio reflejo.

—Debe darse cuenta de nuestra superioridad numérica.

—En un combate normal, tendrían ustedes las de ganar —convino Steinmetz—. Pero solamente pueden permanecer fuera de su nave nodriza unas pocas horas antes de que tengan que volver a ella y rellenar sus depósitos de oxígeno. Calculo que ya habrán gastado dos.

—Nos queda lo suficiente para realizar nuestro trabajo —dijo confiadamente Leuchenko.

—Debo hacerle una advertencia, comandante. Nosotros tenemos un arma secreta. Usted y sus hombres morirán.

—Un farol bastante burdo, señor Steinmetz. Yo habría esperado algo mejor de un científico americano.

Steinmetz le corrigió:

—Ingeniero; no es lo mismo.

—No me importa lo que sea —dijo Leuchenko, con evidente impaciencia.

Como soldado, no se hallaba en su elemento en negociaciones verbales. Estaba ansioso de entrar en acción.

—Es insensato continuar esta conversación. Lo prudente, por su parte, sería que hiciese salir a sus hombres y nos entregase la instalación. Yo respondo de su seguridad hasta que puedan ser enviados a la Tierra.

—Miente usted, comandante. O sus hombres o los míos tendrán que ser

eliminados. No puede quedar nadie que diga al mundo lo que ha sucedido aquí.

—Se equivoca, señor Steinmetz. Si se rinden, serán tratados equitativamente.

—Lo siento, pero no hay trato.

—Entonces no puede haber cuartel.

—No lo esperaba —dijo Steinmetz, en tono inexorable—. Si atacan, la pérdida de vidas humanas recaerá sobre su conciencia.

Leuchenko se enfureció:

—Como responsable de la muerte de nueve cosmonautas soviéticos, señor Steinmetz, no creo que sea usted la persona más indicada para darme lecciones de humanidad.

Leuchenko no podía estar seguro, pero habría jurado que Steinmetz se había puesto tenso. Sin esperar una réplica, giró sobre sus talones y se alejó. Miró por encima del hombro y vio que Steinmetz permanecía varios segundos plantado allí antes de volver a subir lentamente a su vehículo lunar y regresar a la colonia, levantando una nubécula de polvo gris con las ruedas de atrás.

Leuchenko sonrió para sí. Dos horas más, tal vez tres como máximo, y su misión habría terminado triunfalmente. Cuando se halló de nuevo entre sus hombres, estudió con los gemelos la disposición del rocoso terreno de delante de la base lunar. Finalmente, cuando estuvo convencido de que no había colonos americanos acechando entre las rocas, dio la orden de desplegarse en formación holgada y avanzar. La élite del equipo combatiente soviético inició su avance sin sospechar en absoluto que la ingeniosa trampa que había montado Steinmetz les estaba esperando.

Después de volver a la entrada de la sede subterránea de Jersey Colony, Steinmetz aparcó tranquilamente el vehículo lunar y penetró despacio en el interior. Se tomó tiempo, casi sintiendo la mirada de Leuchenko observando todos sus movimientos. En cuanto se hubo perdido de vista de los rusos, se detuvo en seco en la esclusa de aire y pasó rápidamente por un pequeño túnel lateral que se elevaba gradualmente a través de la vertiente interior del cráter. Al pasar, levantaba nubéculas de polvo que llenaban el estrecho pasadizo, y tenía que limpiar continuamente el cristal del casco para poder ver algo.

Cincuenta pasos y un minuto más tarde, se agachó y se arrastró por una abertura que conducía a una pequeña cornisa camuflada con un gran paño gris que imitaba perfectamente la superficie circundante. Otro personaje uniformado yacía allá boca abajo, observando a través de la mira telescópica de un fusil.

Willie Shea, el geofísico de la colonia, no se dio cuenta de otra presencia hasta que Steinmetz se sentó a su lado.

—Creo que no has causado mucha impresión —dijo, con ligero acento bostoniano—. Los eslavos están a punto de atacar nuestra casa.

Desde su elevado punto de observación, Steinmetz pudo ver claramente cómo avanzaban Leuchenko y sus hombres por el valle. Lo hacían como cazadores detrás de su presa, sin intentar valerse del suelo elevado de las vertientes del cráter. Las piedras sueltas habrían hecho demasiado lenta la marcha. En vez de esto, saltaban en el llano, corriendo en zigzag, arrojándose al suelo cada diez o quince metros y aprovechando todas las rocas y anfractuosidades del terreno. A un tirador experto le habría sido casi imposible acertar a aquellas figuras que oscilaban y se escabullían.

—Dispara un tiro a un par de metros por delante del primer hombre —dijo Steinmetz—. Quiero observar su reacción.

—Si conocen nuestra frecuencia, les revelaremos todos nuestros movimientos —protestó Shea.

—No han tenido tiempo de buscar nuestra frecuencia. Cállate y dispara.

Shea se encogió de hombros dentro del traje lunar, miró a través de la retícula de la mira telescópica y apretó el gatillo. El disparo fue extrañamente silencioso, porque no había aire en la Luna para transmitir ondas sonoras.

Una nubécula de polvo se elevó delante de Leuchenko, que echó inmediatamente cuerpo a tierra. Sus hombres le imitaron y miraron por encima de sus armas automáticas, esperando que siguiesen disparando contra ellos. Pero no ocurrió nada.

—¿Alguien ha visto desde dónde han disparado? —preguntó Leuchenko.

Todas las respuestas fueron negativas.

—Están midiendo la distancia —dijo el sargento Iván Ostrovski. Veterano curtido

en la lucha de Afganistán, no podía creer que estuviese ahora combatiendo en la Luna. Señaló con un dedo afilado el suelo a unos doscientos metros delante de ellos —. ¿Qué le dicen esas rocas de colores, comandante?

Por primera vez advirtió Leuchenko varias rocas desparramadas en una línea irregular a través del valle y pintadas de un vivo color naranja.

—Dudo de que esto tenga algo que ver con nosotros —dijo—. Probablemente las han puesto allí para hacer algún experimento.

—Yo creo que el disparo se hizo de arriba abajo —dijo Petrov. Leuchenko tomó sus gemelos, los puso en el trípode y resiguió cuidadosamente la ladera y la cima del cráter. El sol era de un blanco resplandeciente, pero, sin aire para difundir la luz, un astronauta de pie en la sombra de una formación rocosa habría sido casi invisible.

—No se ve nada —dijo al fin.

—Si están esperando a que cerremos la brecha, es que deben conservar algunas municiones.

—Trescientos metros más adelante sabremos qué clase de recepción nos tienen preparada —murmuró Leuchenko—. En cuanto nos pongamos a cubierto en los invernaderos, no podrán vernos desde la entrada de la cueva. —Se incorporó sobre una rodilla y agitó un brazo—. Desplegaos y manteneos alerta.

Los cinco combatientes soviéticos se pusieron en pie de un salto y se desplegaron. Al llegar a las rocas de color naranja, otro disparo se estrelló en la fina arena delante de ellos, por lo que se arrojaron al suelo, en una línea quebrada de figuras blancas, con los cristales del casco resplandeciendo bajo los intensos rayos del sol.

Solamente un centenar de metros les separaban de los invernaderos, pero las náuseas les restaban energía. Eran luchadores tan duros como el que más, pero tenían que enfrentarse con el mareo del espacio al mismo tiempo que con un medio ambiente desconocido. Leuchenko sabía que podía contar con ellos más allá de los límites de resistencia. Pero si no conseguían entrar en la atmósfera segura de la colonia dentro de la próxima hora, tendría pocas probabilidades de volver a su cápsula de alunizaje antes de que se agotasen los sistemas que eran vitales para ellos. Les dio un minuto de descanso, mientras examinaba de nuevo el terreno que tenía delante.

Leuchenko era experto en oler trampas. Había estado a punto de que lo matasen en tres ocasiones diferentes, en emboscadas tendidas por los rebeldes afganos, y había aprendido el arte de percibir el peligro.

No fue lo que sus ojos podían ver, sino lo que no veían lo que hizo sonar un timbre de alarma en su cabeza. Los dos disparos no concordaban con una táctica impremeditada. Consideró que habían sido deliberados. ¿Una tosca advertencia? No; tenían que significar algo más, especuló. ¿Tal vez una señal?

El traje y el casco que entorpecían sus movimientos le irritaban. Añoraba su

cómodo y eficaz equipo de combate, pero comprendía que no habría podido proteger su cuerpo del calor abrasador y de los rayos cósmicos. Al menos por cuarta vez, la bilis subió a su garganta, y sintió náuseas al obligarse a tragarla.

La situación era infernal, pensó furiosamente. Nada era de su gusto. Sus hombres estaban expuestos en campo abierto. No había recibido información sobre las armas de los americanos, salvo lo que se decía sobre un lanzador de cohetes. Ahora les habían atacado con armas de poco calibre. El único consuelo de Leuchenko era que los colonos parecían emplear un fusil o tal vez incluso una pistola. Si hubiesen poseído una ametralladora, habrían podido derribar a los soviéticos cien metros antes. Y el lanzador de cohetes. ¿Por qué no habían hecho uso de él? ¿A qué estaban esperando?

Lo que más le preocupaba era la ausencia de todo movimiento por parte de los colonos. Los invernaderos y los pequeños módulos de laboratorio alrededor de la entrada de la cueva parecían desiertos.

—A menos que veáis un objeto —ordenó—, no disparéis hasta que lleguemos a cubierto. Entonces nos reagruparemos y atacaremos las dependencias principales.

Leuchenko esperó a que cada uno de sus cuatro hombres indicasen que le habían comprendido, y entonces les dio la señal de avanzar.

El cabo Mikhail Yushchuk estaba a unos treinta metros detrás y a igual distancia del hombre que tenía a su izquierda. Se levantó y empezó a correr agachado. Sólo había dado unos cuantos pasos cuando sintió como un pinchazo en el riñón. Entonces se repitió la dolorosa sensación. Se llevó una mano a la espalda, justo por debajo de la mochila. Su visión empezó a nublarse y su respiración se hizo jadeante mientras su traje presurizado empezaba a deshincharse. Cayó de rodillas y, aturdido, se miró la mano. El guante estaba empapado en sangre que ya humeaba y se coagulaba bajo el calor abrasador del sol.

Yushchuk trató de avisar a Leuchenko, pero le falló la voz. Se derrumbó sobre el polvo gris, reconociendo vagamente una figura en traje espacial que se erguía sobre él con un cuchillo. Entonces perdió el mundo de vista.

Steinmetz presencié la muerte de Yushchuk desde su observatorio y dio una serie de rápidas órdenes por medio del transmisor de su casco.

—Bien, Dawson, tu hombre está a tres metros a la izquierda y a dos metros delante de ti. Gallagher, está a siete metros a tu derecha y avanzando. Calma, calma; va directamente hacia Dawson. Bien, acabad con él.

Observó cómo dos de los colonos se materializaban como por arte de magia y atacaban a uno de los soviéticos que se había retrasado ligeramente en relación con sus camaradas.

—Dos de menos; quedan tres —murmuró Steinmetz para sí.

—Estoy apuntando al hombre que va delante —dijo Shea—. Pero no puedo estar

seguro de acertarle a menos que se detenga un segundo.

—Dispara otra vez, pero ahora más cerca, para que se echen al suelo. Entonces apúntale a él. Si se diese cuenta de lo que pasa, podría derribar a los nuestros antes de que se le acercasen. Líquidale si vuelve la cabeza.

Shea apuntó sigilosamente su M-14 y lanzó otro disparo, que fue a dar a menos de un metro delante de las botas del hombre que iba en cabeza.

—¡Cooper! ¡Snyder! —gritó Steinmetz—. Vuestro hombre está tendido en el suelo siete metros delante de vosotros y a vuestra izquierda. ¡Cargáoslo! —Hizo una pausa para establecer la posición de otro de los rusos que quedaban—. Lo mismo digo a Russell y Perry; a diez metros directamente delante de vosotros. ¡Adelante!

El tercer miembro del equipo de combate soviético nunca supo qué le había golpeado. Murió tratando de pegarse al suelo para ponerse a cubierto. Ocho de los colonos estaban ahora cerrando la tenaza desde la retaguardia de los rusos, que tenían fija la atención en la colonia.

De pronto, Steinmetz se quedó paralizado. El hombre que iba detrás del jefe giró en redondo en el momento en que Russell y Perry se lanzaron sobre él como jugadores de rugby placando a un adversario.

El teniente Petrov vio las sombras convergentes en el momento de ponerse en pie para la carrera final hacia los invernaderos. Se volvió instintivamente, en rápido movimiento giratorio, mientras Russell y Perry se echaban encima de él. Como frío profesional, hubiese debido disparar y derribarles. Pero vaciló una fracción de segundo a causa del asombro. Era como si los americanos hubiesen salido como demonios espectrales de la superficie de la Luna. Consiguió disparar un tiro que dio en el brazo de uno de sus atacantes. Entonces centelleó un cuchillo.

Leuchenko estaba mirando hacia la colonia. No se dio cuenta de lo que ocurría a su espalda hasta que oyó un grito de advertencia de Petrov. Giró en redondo y se quedó como petrificado por el espanto.

Sus cuatro hombres estaban tendidos, sin vida, sobre el suelo lunar. Ocho colonos americanos habían aparecido, saliendo de ninguna parte, y le estaban cercando rápidamente. Una súbita rabia estalló en su interior, y levantó el arma en posición de disparo.

Una bala le dio en el muslo, y se inclinó hacia un lado. Rígido por el súbito dolor, soltó una ráfaga de veinte proyectiles. La mayoría de ellos se perdieron en el desierto lunar, pero dos dieron en el blanco. Uno de los colonos cayó de espaldas y otro se hincó de rodillas agarrándose un hombro.

Entonces otra bala dio en el cuello de Leuchenko. Este apretó el gatillo, escupiendo balas hasta que se agotó el cargador, pero ya sin poder apuntar.

Se derrumbó flaccidamente sobre el suelo.

—¡Malditos americanos! —gritó dentro del casco.

Eran como diablos que no observaban las reglas del juego. Yació boca arriba, mirando las figuras sin rostro que se erguían junto a él.

De pronto, éstas se separaron para dejar paso a otro colono, que se arrodilló al lado de Leuchenko.

—¿Steinmetz? —preguntó débilmente Leuchenko—. ¿Puede oírme?

—Sí, estoy en su frecuencia —respondió Steinmetz—. Puedo oírle.

—Su arma secreta... ¿Cómo ha hecho surgir a sus hombres de la nada?

Steinmetz sabía que dentro de unos segundos estaría hablando con un muerto.

—Una pala corriente —respondió—. Como todos tenemos que llevar trajes lunares presurizados y autosuficientes, fue sencillo enterrar a los hombres en el blando suelo.

—¿Estaban marcados por las rocas de color naranja?

—Sí; desde una plataforma oculta en la vertiente del cráter, yo podía decirles cuando y donde tenían que atacarles por la espalda.

—No quisiera estar enterrado aquí —murmuró Leuchenko—. Diga a mi nación..., dígales que algún día nos lleven a casa.

El fin estaba cerca, pero Steinmetz comprendió.

—Todos irán a casa —dijo—. Lo prometo.

En Rusia, Yasinin se volvió con rostro compungido al presidente Antonov.

—Ya lo ha oído —dijo entre los labios apretados—. Se han ido.

—Se han ido —repitió Antonov—. Fue como si las últimas palabras de Leuchenko sonasen en esta habitación.

—Sus comunicaciones fueron transmitidas directamente por los dos tripulantes del módulo lunar a nuestro centro de comunicaciones espaciales —explicó Kornilov.

Antonov se apartó de la ventana que daba a la sala de control de la misión y se sentó pesadamente en un sillón. A pesar de su corpulencia, parecía encogido y agotado. Se miró las manos y sacudió tristemente la cabeza.

—Defecto de planificación —dijo pausadamente—. Llevamos al comandante Leuchenko y a sus hombres a la muerte y no conseguimos nada.

—No hubo tiempo para proyectar debidamente la misión —dijo Yasinin, convencido.

—Dadas las circunstancias, hicimos todo lo posible —añadió Kornilov—. Todavía nos cabe la gloria de que unos hombres soviéticos han caminado por la Luna.

—El brillo se ha desvanecido ya. —La voz de Antonov era derrotista—. La increíble hazaña de los americanos quitará todo valor propagandístico a nuestro logro.

—Tal vez todavía podamos detenerles —dijo amargamente Yasinin.

Kornilov miró fijamente al general.

—¿Enviando un comando mejor preparado?

—Exactamente.

—Mejor aún, ¿por qué no esperar a que ellos regresen?

Antonov miró a Kornilov con curiosidad.

—¿Qué está sugiriendo?

—He hablado con Vladimir Polevoi. Me ha informado de que el centro de escucha del GRU en Cuba ha interceptado e identificado la voz y las transmisiones en vídeo de la colonia lunar americana a un lugar fuera de Washington. Enviará por correo copias de las comunicaciones. Una de ellas revela que los colonos proyectan regresar a la Tierra.

—¿Van a volver? —preguntó Antonov.

—Sí —respondió Kornilov—. Según Polevoi, piensan enlazar con la estación espacial americana dentro de cuarenta y seis horas y, después, volver al puerto espacial Kennedy, de Cabo Cañaveral, en la lanzadera *Gettysburg*.

El rostro de Antonov se iluminó.

—Entonces, ¿tenemos todavía posibilidad de detenerles?

Yasenin asintió con la cabeza.

—Pueden ser destruidos antes de que lleguen a la estación espacial. Los americanos no se atreverán a tomar represalias cuando les acusemos de los crímenes que han cometido contra nosotros.

—Será mejor reservar el justo castigo como palanca —dijo pensativamente Kornilov.

—¿Qué palanca?

Kornilov sonrió enigmáticamente.

—Los americanos tienen un dicho: «La pelota está en nuestro poder.» Son ellos quienes están a la defensiva. Probablemente, la Casa Blanca y el Departamento de Estado están redactando la respuesta a nuestra esperada protesta. Propongo que prescindamos de la rutina habitual y guardemos silencio. No hagamos el papel de nación víctima. En vez de esto, provoquemos un suceso espectacular.

—¿Qué suceso? —preguntó Antonov, interesado.

—La captura de la gran cantidad de datos que traerán a su regreso los colonos de la Luna.

—¿Por qué medio? —preguntó Yasenin.

Kornilov dejó de sonreír y adoptó una grave expresión.

—Obligaremos al *Gettysburg* a hacer un aterrizaje forzoso en Cuba.

CUARTA PARTE
El *Gettysburg*

3 de noviembre de 1989 - Isla de San Salvador

Pitt se estaba volviendo loco. Los dos días de inactividad eran los más angustiosos que jamás había conocido. Tenía poco que hacer, salvo comer, hacer ejercicio y dormir. Todavía tenían que llamarle para participar en las prácticas de adiestramiento. Maldecía continuamente al coronel Kleist, que soportaba las violentas críticas de Pitt con estoica indiferencia, explicando con paciencia que su equipo de Fuerzas Especiales Cubanas no podía atacar Cayo Santa María hasta que él declarase que estaban en condiciones de hacerlo. Y no estaba dispuesto a adelantarse al tiempo previsto.

Pitt desfogaba su enojo nadando largamente hasta los arrecifes lejanos y trepando a una roca escarpada desde cuya cima se dominaba todo el mar a su alrededor.

San Salvador, la más pequeña de las Bahamas, era conocida por los viejos marineros como la isla de Watling, por el nombre de un bucanero fanático que azotaba a los miembros de su tripulación que no observaban el sábado. También se creía que era la primera isla que había pisado Colón en el Nuevo Mundo. Con su puerto pintoresco y su exuberante interior salpicado de lagos de agua dulce, pocos turistas que observasen su belleza habrían sospechado que contenía un gran complejo de instrucción militar y una instalación de observación de misiles.

La CÍA tenía sus dominios en una playa remota llamada French Bay, en la punta sur de la isla. No había ninguna carretera que enlazase el centro secreto de instrucción con Cockburn Tbnw y el aeropuerto principal. Sólo se podía salir de allí en pequeñas embarcaciones, a través de los arrecifes circundantes, o en helicóptero.

Pitt se levantó poco antes de salir el sol en la mañana de su tercer día en la isla, nadó vigorosamente media milla y regresó después a tierra, sumergiéndose entre las formaciones de coral.

Dos horas más tarde, salió del agua tibia y se tendió en la playa, abrumado por un sentimiento de impotencia mientras contemplaba el mar en dirección a Cuba.

Una sombra se proyectó sobre su cuerpo, y Pitt se incorporó. Un hombre de piel morena estaba plantado junto a él, cómodamente vestido con una holgada camisa de algodón y unos shorts. Sus cabellos lisos y negros como la noche hacían juego con el enorme bigote. Tenía los ojos tristes y la cara arrugada por la larga exposición al viento y al sol y, cuando sonreía, apenas movía los labios.

—¿Señor Pitt?

—Sí.

—No hemos sido presentados, pero soy el comandante Angelo Quintana.

Pitt se puso en pie y se estrecharon la mano.

—Usted es el que dirige la misión.

Quintana asintió con la cabeza.

—El coronel me ha dicho que lo ha estado agobiando mucho.

—Dejé amigos allí que deben de estar luchando por conservar la vida.

—Yo también dejé amigos en Cuba, señor Pitt. Sólo que ellos perdieron su batalla por la vida. Mi hermano y mi padre murieron en la cárcel, simplemente porque un miembro del comité de su barrio, que debía dinero a mi familia, les acusó de actividades contrarrevolucionarias. Comprendo su problema, pero no tiene usted el monopolio del dolor.

Pitt no le dio el pésame. Le pareció que a Quintana no le gustaban las condolencias.

—Mientras crea que todavía hay esperanzas —dijo firmemente—, no voy a dejar de insistir.

Quintana le dirigió una tranquila sonrisa. Le gustaba lo que veía en los ojos de Pitt. Era un hombre en quien podría confiar cuando las cosas se pusiesen difíciles. Un hombre entero, que no conocía la palabra fracaso.

—Conque es usted el que se las arregló para escapar del cuartel general de Velikov.

—Tuve mucha suerte.

—¿Cómo describiría la moral de las tropas que guardan el recinto?

—Si se refiere a su estado mental, diría que estaban aburridos a más no poder. Los rusos no están acostumbrados a la humedad agotadora de los trópicos. Sobre todo, parecían muy lentos.

—¿Cuántos patrullaban en la isla?

—Yo no vi ninguno.

—¿Y en la caseta del guarda de la puerta principal?

—Solamente dos.

—Un hombre astuto, Velikov.

—Deduzco que a usted le parece una buena treta hacer que la isla parezca desierta.

—Es verdad. Yo habría esperado un pequeño ejército de guardias y las acostumbradas medidas de seguridad soviéticas. Pero Velikov no piensa como un ruso. Proyecta como un americano, perfecciona como un japonés y actúa como un alemán. Desde luego, es muy astuto.

—Así lo tengo entendido.

—Creo que le conoció.

—Sostuvimos un par de conversaciones.

—¿Qué impresión le causó?

—Lee el *Wall Street Journal*.

—¿Eso es todo?

—Habla inglés mejor que yo. Lleva las uñas bien cuidadas. Y si ha leído la mitad de los libros y revistas que hay en su biblioteca, sabe más sobre los Estados Unidos y sus contribuyentes que la mitad de los políticos de Washington.

—Usted es probablemente el único occidental en libertad que le ha visto cara a cara.

—No fue muy agradable, puede creerme.

Quintana rascó pensativamente la arena con la punta del pie.

—Dejar una instalación vital tan poco guardada es una invitación a la infiltración.

—No si Velikov sabe que usted se dirige allí —dijo Pitt.

—Está bien; la red de radar cubana y los satélites espías rusos pueden localizar cualquier avión o embarcación dentro de un radio de cincuenta millas. Un lanzamiento en paracaídas o un desembarco serían imposibles. Pero un acercamiento por debajo del agua podría pasar fácilmente inadvertido a sus aparatos de detección. —Quintana hizo una pausa y sonrió—. En su caso, la embarcación era demasiado pequeña para que se manifestase en una pantalla de radar.

—Yo no disponía de yates para navegar en alta mar —dijo irónicamente Pitt. Después se puso serio—. Ha olvidado usted algo.

—¿Qué?

—La inteligencia de Velikov. Usted mismo ha dicho que es muy astuto. No construyó una fortaleza cercada de campos de minas y de búnkers de hormigón por una razón muy simple: no tenía necesidad de ello. Usted y el coronel Kleist son unos terribles optimistas si creen que un submarino o su TSE, o como quiera llamarlo, puede penetrar en su red de seguridad.

Quintana frunció las cejas.

—Prosiga.

—Sensores subacuáticos —explicó Pitt—. Velikov debe de haber rodeado la isla de sensores colocados en el fondo del mar y que pueden detectar el movimiento del casco de un submarino en la masa de agua y la vibración producida por las hélices.

—Nuestro TSE ha sido diseñado para pasar a través de sistemas de este tipo.

—No si los ingenieros navales de Velikov han colocado las unidades sensoras a menos de cien metros las unas de las otras. Nada, salvo una bandada de peces, podría pasar inadvertido por allí. Yo vi los camiones que había en el garaje. En diez minutos Velikov podría poner en la playa una fuerza de seguridad que destruiría a sus hombres antes de que llegasen a tierra firme. Sugiero que usted y Kleist reprogramen sus juegos de guerra electrónicos.

Quintana guardó silencio. Su plan de desembarco minuciosamente concebido empezó a resquebrajarse y hacerse trizas ante sus ojos.

—Nuestros ordenadores hubieran debido pensar en esto —dijo amargamente.

—Ellos no pueden crear lo que no se les enseña —replicó filosóficamente Pitt.

—Desde luego, se dará cuenta de que esto significa que tenemos que cancelar la misión. Sin el elemento sorpresa no existe la menor posibilidad de destruir la instalación y rescatar a la señora LeBaron y a los otros.

—No estoy de acuerdo.

—Se cree usted más listo que los ordenadores de nuestra misión.

—Yo escapé de Cayo Santa María sin que me descubriesen. Puedo introducir a su gente de la misma manera.

—¿Con una flota de bañeras? —dijo sarcásticamente Quintana.

—Se me ocurre una variación más moderna.

Quintana miró reflexivamente a Pitt.

—¿Tiene usted una idea que podría dar resultado?

—Ciertamente, la tengo.

—¿Dentro del tiempo fijado?

—Sí.

—¿Y tendría éxito?

—¿Se sentiría más confiado si suscribiese una póliza de seguro?

Quintana percibió una firme convicción en el tono de Pitt. Se volvió y echó a andar hacia el campamento principal.

—Vamos, señor Pitt. Es hora de que pongamos manos a la obra.

Fidel Castro estaba repantigado en una silla y miraba pensativamente por encima de la popa de un yate de quince metros de eslora. Estaba bien sujeto por los hombros y sus manos enguantadas sostenían flojamente la pesada caña de fibra de vidrio, cuyo hilo se extendía desde un gran carrete hasta la chispeante estela. El cebo destinado a los delfines fue atrapado por una barracuda que pasaba, pero a Castro no pareció importarle. Estaba pensando en otras cosas.

El cuerpo musculoso que antaño le había valido el título de «mejor atleta universitario de Cuba» se había ablandado y engordado con la edad. Los rizados cabellos y la hirsuta barba eran ahora grises, pero el fuego revolucionario seguía ardiendo en sus ojos negros con el mismo brillo que cuando había bajado de las montañas de Sierra Maestra treinta años atrás.

Llevaba solamente una gorra de béisbol, un pantalón de baño, unas zapatillas viejas y unas gafas de sol. La colilla de un habano apagado pendía de la comisura de sus labios. Se volvió y se protegió los ojos de la brillante luz del sol tropical.

—¿Quieres que no siga con el *internacionalismo*? —preguntó sobre el apagado zumbido de los dos motores Diesel—. ¿Que renuncie a nuestra política de extender la influencia de Cuba en el extranjero? ¿Es esto lo que quieres?

Raúl Castro estaba sentado en una tumbona, sosteniendo una botella de cerveza.

—No que renuncies, sino que bajes sin ruido el telón sobre nuestros compromisos en el extranjero.

—Mi hermano, el duro revolucionario. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Los tiempos cambian —dijo simplemente Raúl.

Frío y reservado en público, el hermano menor de Fidel era ingenioso y campechano en privado. Tenía los cabellos negros, lisos y cortos sobre las orejas. Raúl observaba el mundo con sus ojos negros y redondos de duendecillo. Lucía un fino bigote cuyas afiladas puntas terminaban precisamente encima de las comisuras de los labios.

Fidel se enjugó con el dorso de una mano unas pocas gotas de sudor que se habían pegado a sus cejas.

—No puedo ignorar el enorme coste en dinero y en vidas de nuestros soldados. ¿Y qué me dices de nuestros amigos de África y de las Américas? ¿Debo volverles la espalda como a nuestros muertos en Afganistán?

—El precio que pagó Cuba por su intervención en movimientos revolucionarios supera con mucho a las ganancias. Favorecimos a nuestros amigos en Angola y en Etiopía. ¿Qué harán ellos por nosotros en pago de aquello? Ambos sabemos que la respuesta es: nada. Tenemos que reconocer, Fidel, que hemos cometido errores. Yo

seré el primero en reconocer los míos. Pero, por el amor de Dios, reduzcamos nuestras pérdidas y convirtamos Cuba en una gran nación socialista que sea envidia del Tercer Mundo. Conseguiremos mucho más haciendo que sigan nuestro ejemplo que dándoles la sangre de nuestro pueblo.

—Me estás pidiendo que vuelva la espalda a nuestro honor y a nuestros principios.

Raúl hizo rodar la fresca botella sobre su sudorosa frente.

—Seamos francos, Fidel. De los principios ya nos hemos olvidado más de una vez, cuando ha sido en interés de la revolución. Si no cambiamos pronto de rumbo y vigorizamos nuestra economía estancada, el descontento del pueblo puede convertirse en inquietud, a pesar de lo mucho que te quieren.

Fidel escupió la colilla del cigarro por encima de la popa e hizo ademán a un marinero para que le trajese otro.

—Al Congreso de los Estados Unidos le encantaría ver al pueblo volviéndose contra mí.

—El Congreso se preocupa de esto mucho menos que el Kremlin —dijo Raúl—. Dondequiera que mire encuentro un traidor en el bolsillo de Antonov. Ni siquiera puedo ya confiar en mis propios agentes de seguridad.

—Cuando el presidente y yo acordemos y firmemos el pacto entre Cuba y los Estados Unidos, nuestros amigos soviéticos se verán obligados a aflojar sus tentáculos de nuestro cuello.

—¿Cómo puedes llegar a un acuerdo con él, si te niegas a sentarte a negociar?

Fidel hizo una pausa para encender el nuevo cigarro que le había traído el marinero.

—Probablemente, el presidente se ha convencido ya de que mi ofrecimiento de romper nuestros lazos con la Unión Soviética, a cambio de la ayuda económica de los Estados Unidos y de unas relaciones comerciales abiertas, es auténtico. Si parezco demasiado ansioso de celebrar una reunión, pondrán condiciones imposibles. Dejemos que esté en ascuas durante un tiempo. Cuando se dé cuenta de que no me arrastro sobre la estera de la puerta de la Casa Blanca, arriará velas.

—El presidente estará todavía más ansioso de llegar a un acuerdo cuando se entere de la desafortunada intromisión de los compinches de Antonov en nuestro régimen.

Fidel levantó el cigarro para recalcar sus palabras.

—Precisamente por eso he dejado que ocurriese aquello. Jugar con el miedo de los americanos al establecimiento de un gobierno títere de los soviéticos nos beneficiará indudablemente.

Raúl vació la botella de cerveza y la arrojó por encima de la borda.

—Pero no esperes demasiado tiempo, hermano, o nos encontraremos sin trabajo.

—Esto no ocurrirá nunca. —La cara de Fidel se torció en una jactanciosa sonrisa—. Yo soy el pegamento que mantiene de una pieza la revolución. Lo único que tengo que hacer es dirigirme al pueblo y denunciar a los traidores y al complot soviético para socavar nuestra sagrada soberanía. Y entonces tú, como presidente del Consejo de Ministros, anunciarás la ruptura de todos los lazos con el Kremlin. El descontento que pueda haber será sustituido por un regocijo nacional. Con un golpe de hacha habré cortado la importante deuda que tenemos con Moscú y eliminado el embargo comercial de los Estados Unidos.

—Mejor que sea pronto.

—En mi discurso durante las celebraciones del Día de la Educación —replicó Fidel.

Raúl comprobó el calendario de su reloj.

—Dentro de cinco días.

—Una oportunidad perfecta.

—Pero me sentiría más tranquilo si pudiese sondear lo que piensa de tu proposición el presidente.

—Tú te encargarás de ponerte en contacto con la Casa Blanca y convenir una reunión con sus representantes durante las fiestas del Día de la Educación.

—Antes de tu discurso, supongo.

—Desde luego.

—¿No te parece que estás tentando al destino al esperar hasta el último momento?

—Él me sacará las castañas del fuego —dijo Fidel, entre una nube de humo—. Mira las cosas como son. Mi regalo de aquellos tres cosmonautas soviéticos debería haberle demostrado mis buenas intenciones.

Raúl frunció el entrecejo.

—Podría ser que ya nos hubiese enviado su respuesta. Fidel se volvió y le miró airadamente.

—Esto es nuevo para mí.

—No te lo había dicho porque era solamente una suposición —dijo nerviosamente Raúl—. Pero sospecho que el presidente empleó el dirigible de Raymond LeBaron para enviarnos un mensajero a espaldas del servicio secreto soviético.

—¡Dios mío! ¿No fue destruido por uno de nuestros helicópteros de vigilancia?

—Una pifia estúpida —confesó Raúl Castro—. No hubo supervivientes.

La cara de Fidel reflejó confusión.

—Entonces, ¿cómo es que el Departamento de Estado nos acusa de haber capturado a la señora LeBaron y a sus acompañantes?

—No tengo la menor idea.

—¿Por qué no se me informa de estos asuntos?

—El informe te fue enviado, pero, como tantos otros, no lo leíste. Es difícil hablar contigo, hermano, y tu interés por los detalles no es lo que solía ser.

Fidel enroscó furiosamente el hilo y soltó las correas que le sujetaban a la silla.

—Dile al capitán que volvemos a puerto.

—¿Qué pretendes hacer?

Fidel sonrió sin soltar el cigarro.

—Ir a cazar patos.

—¿Ahora? ¿Hoy?

—En cuanto lleguemos a tierra, iré a enterrarme en mi refugio, fuera de La Habana, y tú vendrás conmigo. Permaneceremos recluidos, sin recibir llamadas telefónicas ni celebrar reuniones hasta el Día de la Educación.

—¿Crees que es prudente dejar colgado al presidente y desentendernos de la amenaza interna de los soviéticos?

—¿Qué mal puede haber en ello? Las ruedas de las relaciones extranjeras americanas giran como las de una carreta tirada por bueyes. Con su enviado muerto, sólo puede quedarse de cara a la pared y esperar mi nueva iniciativa. En cuanto a los rusos, todavía no es el momento oportuno para su maniobra. —Golpeó ligeramente el hombro de Raúl—. Anímate, hermanito. ¿Qué puede ocurrir en los próximos cinco días que tú y yo no podamos controlar?

Raúl se lo preguntó vagamente. También se preguntó cómo podía sentirse helado como una tumba bajo el sol abrasador del Caribe.

Poco después de medianoche, el general Velikov se puso rígidamente en pie junto a su mesa cuando se abrieron las puertas del ascensor y Lyev Maisky entró en el despacho.

Velikov le saludó fríamente.

—Camarada Maisky. Es un placer inesperado.

—Camarada general.

—¿Puedo ofrecerle algún refresco?

—Esta humedad es una maldición —respondió Maisky, enjugándose la frente con una mano y observando el sudor en sus dedos—. No me vendría mal un vaso de vodka helado.

Velikov levantó un teléfono y dio una breve orden. Después señaló un sillón.

—Por favor, póngase cómodo.

Maisky se dejó caer pesadamente en un blando sillón de cuero y bostezó debido al largo trayecto en avión.

—Lamento que no haya sido informado de mi llegada, general, pero el camarada Polevoi pensó que era mejor no exponernos a que fuesen interceptadas y descifradas sus nuevas instrucciones por los servicios de escucha de la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana.

Velikov arqueó las cejas como tenía por costumbre y dirigió a Maisky una mirada cautelosa.

—¿Nuevas instrucciones?

—Sí, una operación muy complicada.

—Espero que el jefe de la KGB no me ordene aplazar el proyecto de asesinato de Castro.

—En absoluto. En realidad, me han pedido que le diga que los barcos con el cargamento necesario para la misión llegarán al puerto de La Habana medio día antes de lo previsto.

Velikov asintió satisfecho con la cabeza.

—Así tendremos más tiempo.

—¿Han tenido algún problema? —preguntó Maisky.

—Todo se desarrolla normalmente.

—¿Todo? —repitió Maisky—. Al camarada Polevoi no le gustó la huida de uno de sus prisioneros.

—No tiene que preocuparse. Un pescador encontró el cuerpo del fugitivo en sus redes. El secreto de esta instalación es todavía seguro.

—¿Y qué me dice de los otros? Debe saber que el Departamento de Estado exige a las autoridades cubanas su liberación.

—Un burdo farol —replicó Velikov—. La CÍA no tiene el menor indicio de que los intrusos están todavía vivos. El hecho de que Washington pida su liberación a los cubanos, en vez de a nosotros, demuestra que están disparando a ciegas.

—La cuestión es saber contra qué están disparando. —Maisky hizo una pausa y sacó una pitillera de platino del bolsillo. Encendió un cigarrillo largo y sin filtro y exhaló el humo hacia el techo—. Nada debe retrasar Ron y Cola.

—Castro hablará según lo prometido.

—¿Puede estar seguro de que no cambiará de idea?

—Si la historia se repite, pisamos terreno firme. *El jefe máximo* todavía no ha perdido ninguna oportunidad de pronunciar un discurso.

—Pero puede producirse un accidente, una enfermedad o un huracán.

—Algunas cosas escapan al control humano, pero no pienso fracasar.

Un guardia uniformado apareció con una botella de vodka fría y un vaso sobre una capa de hielo.

—¿Sólo un vaso, general? ¿No beberá conmigo?

—Tal vez un coñac, más tarde.

Velikov esperó pacientemente hasta que Maisky hubo consumido un tercio de la botella. Después se lanzó.

—¿Puedo pedir al delegado del Primer Directorio que me ilustre sobre esta nueva operación?

—Desde luego —dijo amablemente Maisky—. Tiene que emplear todos los medios electrónicos de que dispone para obligar a la nave espacial de los Estados Unidos a aterrizar en territorio cubano.

—¿He oído bien? —preguntó pasmado Velikov.

—El camarada presidente Antonov le ordena que irrumpa en los sensores computerizados de control de la lanzadera espacial *Gettysburg*, entre su regreso a la atmósfera y su acercamiento a Cabo Cañaveral, y la dirija de manera que aterrice en nuestro aeródromo militar de Santa Clara.

Frunciendo desconcertado el entrecejo, Velikov miró a Maisky como si el delegado de la KGB estuviese loco.

—Si me permite decirlo, es el plan más disparatado que haya concebido nunca el Directorio.

—Sin embargo, todo ha sido estudiado por nuestros científicos espaciales —dijo a la ligera Maisky. Apoyó el pie en una gran cartera que traía—. Todos los datos están aquí para la programación de sus ordenadores y el adiestramiento de su personal.

—Mis hombres son ingenieros de comunicaciones. —Velikov parecía perplejo—. No saben nada sobre dinámica del espacio.

—No hace falta que lo sepan. Los ordenadores se encargarán de ello. Lo más importante es que su equipo de la isla tenga capacidad para anular al Centro de Control Espacial de Houston y tomar el mando de la nave.

—¿Cuándo se presume que ha de ocurrir esto?

—Según la NASA, el *Gettysburg* iniciará su reentrada en la atmósfera aproximadamente dentro de veintinueve horas.

Velikov asintió sencillamente con la cabeza. La impresión había pasado rápidamente, y había recobrado el control total, la tranquilidad y la viveza mental del profesional cabal.

—Desde luego, prestaré toda mi colaboración; pero me atrevo a decir que se necesitará algo más que un milagro corriente para realizar lo increíble.

Maisky bebió otro vaso de vodka y rechazó el pesimismo de Velikov con un ademán.

—Hay que tener fe, general, no en los milagros, sino en la inteligencia de los científicos y los ingenieros soviéticos. Esto es lo que pondrá a la nave espacial más adelantada de América en una pista de aterrizaje en Cuba.

Giordino contempló recelosamente el plato que tenía sobre las rodillas.

—Primero nos dan bazofia, y ahora, solomillo y huevos. No me fío de esos bastardos. Probablemente lo han sazonado con arsénico.

—Un truco para levantarnos antes de volver a derribarnos —dijo Gunn, hincando vorazmente los dientes en la carne—. Pero voy a olvidarme de esto.

—Hoy es el tercer día que el verdugo de la habitación número seis nos ha dejado

en paz. Hay algo que huele mal.

—¿Preferirías que te rompiese otra costilla? —murmuró Gunn, entre dos bocados.

Giordino pinchó los huevos con el tenedor y los probó.

—Probablemente nos engordan para la matanza.

—Quiera Dios que hayan dejado también en paz a Jessie.

—A los sádicos como Gly les encanta pegar a las mujeres.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no está nunca Velikov presente durante las actuaciones de Gly?

—Es típico de los rusos dejar que un extranjero haga el trabajo sucio, o tal vez no puede soportar la vista de la sangre. ¿Cómo puedo saberlo?

La puerta se abrió de pronto y Foss Gly entró en la celda. Sus labios gruesos y salientes se abrieron en una sonrisa, y las pupilas de sus ojos eran hondas, negras y vacías.

—¿Les gusta su comida, caballeros?

—Se ha olvidado del vino —dijo desdeñosamente Giordino—. Y el solomillo me gusta más crudo.

Gly se acercó más y, antes de que Giordino pudiese adivinar sus intenciones, descargó el puño en un furioso revés contra su caja torácica.

Giordino jadeó y todo su cuerpo se contrajo en un espasmo convulsivo. Su cara palideció, y sin embargo, increíblemente, esbozó una sonrisa torcida, mientras fluía entre el vello de su barba sin afeitar la sangre que brotaba de donde sus dientes habían mordido el labio inferior.

Gunn se incorporó en su litera sobre un brazo y arrojó el plato de comida contra la cabeza de Gly. Los huevos se estrellaron en la mejilla del verdugo y la carne a medio consumir le dio en la boca.

—Una reacción estúpida —dijo Gly, en un furioso murmullo—. Y lo lamentarás.

Se agachó, agarró el tobillo roto de Gunn y lo torció cruelmente.

Gunn apretó los puños, sus ojos se nublaron de dolor, pero no dijo nada. Gly se echó atrás y se quedó estudiándolo. Parecía fascinado.

—Eres duro, muy duro, para ser tan pequeño.

—Vuelve a tu agujero, babosa —farfulló Giordino, todavía recobrando su aliento.

—Tercos, muy tercos —suspiró cansadamente Gly. Por un breve segundo, sus ojos adquirieron una expresión pensativa; después volvió el negro vacío, frío y maligno como esculpido en una estatua—. Ah, sí, habéis hecho que me distrajesse. He venido a daros noticias de vuestro amigo Dirk Pitt.

—¿Qué ha sido de él?

—Trató de escapar y se ahogó.

—Mientes —dijo Gunn.

—Un pescador de las Bahamas lo encontró. El Consulado americano ha identificado ya el cadáver, o lo que quedaba de él después de haber sido pasto de los tiburones. —Se enjugó el huevo de la cara, agarró el solomillo del plato de Giordino, lo arrojó al suelo y lo aplastó con la bota—. *Bon appétit*, caballeros.

Salió de la celda y cerró la puerta a su espalda.

Giordino y Gunn se miraron en silencio durante largo rato, hasta que se hizo súbitamente la luz en sus cerebros. Entonces sus caras se iluminaron con amplias sonrisas que pronto se convirtieron en carcajadas.

—¡Lo ha conseguido! —gritó Giordino, con un entusiasmo que mitigaba su dolor—. ¡Dirk ha podido volver a casa!

Los experimentos espectaculares de la estación espacial *Columbus* se encontraban en la manufactura de medicamentos exóticos, la obtención de cristales puros para chips semiconductores de ordenador y la observación de los rayos gamma. Pero la actividad corriente de la estación era la reparación de satélites.

Jack Sherman, su comandante, estaba en el módulo cilíndrico de mantenimiento, ayudando a un equipo de ingenieros a sujetar un satélite en su lugar de reparación, cuando una voz sonó en el altavoz central.

—¿Estás disponible, Jack?

—Estoy aquí.

—¿Puedes venir al módulo de mando?

—¿Qué sucede?

—Tenemos algún bromista que se ha introducido en nuestro canal de comunicaciones.

—Pásalo aquí.

—Será mejor que subas.

—Dame un par de minutos.

Asegurado el satélite y cerrada la esclusa de aire, Sherman se quitó el traje presurizado y deslizó las botas en un par de raíles estriados.

Entonces avanzó con lentos movimientos a través del medio ingravido hasta el centro de la estación.

El primer ingeniero de comunicaciones y electrónica asintió con la cabeza al verle acercarse.

—Escucha esto. —Habló por un micrófono montado en un panel de control—. Por favor, identifíquese otra vez.

Hubo una breve pausa, y después:

—*Columbus*, aquí Jersey Colony. Pedimos permiso para atracar en su estación.

El ingeniero se volvió y miró a Sherman.

—¿Qué piensas de esto? Debe ser algún chiflado de la Tierra.

Sherman se inclinó sobre el panel.

—Jersey Colony, o como se llamen, éste es un canal privado de la NASA. Están interfiriendo el canal de comunicaciones espaciales. Déjenlo libre, por favor.

—Imposible —dijo aquella voz extraña—. Nuestro vehículo de transferencia lunar se reunirá con ustedes dentro de dos horas. Sírvase instruirnos sobre los procedimientos de amarre.

—Lunar, ¿qué? —La cara de Sherman se contrajo de enojo—. Control de Houston, ¿lo copias?

—Copiamos —dijo una voz del Centro de Control Espacial de Houston.

—¿Qué deduces de esto?

—Estamos tratando de localizarlo, *Columbus*. Por favor, no se retiren.

—No sé quiénes son ustedes, amigos —gruñó Sherman—, pero se han metido en un buen fregado.

—Me llamo Eli Steinmetz. Por favor, tenga preparada asistencia médica. Llevo dos heridos a bordo.

Sherman descargó un puñetazo sobre el respaldo de la silla del ingeniero.

—Esto es una locura.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Steinmetz.

—Con Jack Sherman, comandante del *Columbus*.

—Lamento esta brusca intrusión, Sherman, pero pensé que debía informarles de nuestra llegada.

Antes de que Sherman pudiese replicar, habló el Control de Houston:

—*Columbus*, las señales no proceden de la Tierra, repito, no proceden de la Tierra. Vienen del espacio, más allá de ustedes.

—Está bien, muchachos, ¿a qué viene esta broma?

Ahora habló el director de Operaciones de Vuelo de la NASA.

—No es una broma. Soy Irwin Mitchell. Prepare a su tripulación para recibir a Steinmetz y sus colonos.

—¿Qué colonos?

—Ya era hora de que apareciese alguien del «círculo privado» —dijo Steinmetz—. Durante un minuto, pensé que tendría que echar la puerta abajo.

—Disculpe, Eli. El presidente creyó que era mejor mantener el secreto hasta que llegasen al *Columbus*.

—¿Tiene alguien la bondad de decirme qué sucede? —preguntó desesperado Sherman.

—Eli se lo explicará cuando se encuentren —respondió Mitchell. Después se dirigió a Steinmetz—. ¿Cómo están los heridos?

—Descansando cómodamente, pero uno de ellos requerirá una operación quirúrgica importante. Tiene una bala alojada cerca de la base del cráneo.

—Ya lo ha oído, Jack —dijo Mitchell—. Ponga sobre aviso a la tripulación de la lanzadera. Tendrán que adelantar su partida.

—Cuidaré de esto —dijo Sherman. Su voz se serenó y el tono era tranquilo, pero era demasiado inteligente para no estar desconcertado—. Pero, ¿de dónde diablos viene esta... esta Jersey Colony?

—¿Me creería si le dijese que de la Luna? —replicó Mitchell.

—No —dijo llanamente Sherman—. No lo creería.

El Salón Theodore Roosevelt, en el ala oeste de la Casa Blanca, fue llamado antaño Salón de los Peces porque contenía acuarios y trofeos de pesca de Franklin

Delano Roosevelt. Durante el mandato de Richard Nixon fue amueblado al estilo reina Ana y Chippendale y empleado para reuniones del alto personal.

Las paredes y la alfombra eran de color ladrillo, en tonos claro y oscuro. Un cuadro de la Declaración de Independencia pendía en la pared este, sobre la repisa de madera tallada de la chimenea. Observando severamente la estancia desde la pared sur, veíase a Teddy Roosevelt montado a caballo, en un retrato pintado en París por Tade Styka. El presidente prefería esta habitación íntima a la más formal Sala del Gabinete para discusiones importantes, en parte porque no había ventanas. Ahora estaba sentado a la cabecera de la mesa de conferencias, garrapateando en un bloc. A su izquierda, se hallaba el secretario de Defensa, Jess Simmons. Después venían el director de la CÍA, Martin Brogan, Dan Fawcett y Leonard Hudson. Douglas Oates, secretario de Estado, se sentaba inmediatamente a su derecha, seguido del consejero de Seguridad Nacional, Alan Mercier, y del general de la Fuerza Aérea, Alian Post, que dirigía el programa espacial militar.

Hudson había pasado más de una hora explicando a los hombres del presidente la historia de la Jersey Colony. Al principio, éstos se quedaron pasmados y guardaron silencio. Después se excitaron mucho y lanzaron una andanada de preguntas a las que respondió Hudson, hasta que el presidente ordenó que les sirviesen el almuerzo en aquella misma habitación.

El indecible asombro fue seguido de entusiastas loanzas a Hudson y su «círculo privado», pero poco a poco se impuso la triste realidad al conocerse el conflicto con los cosmonautas soviéticos.

—Cuando los colonos de Jersey hayan regresado sanos y salvos a Cabo Cañaveral —dijo el presidente—, tal vez podré apaciguar a Antonov ofreciéndole compartir algunos de los numerosos datos obtenidos por Steinmetz y su equipo.

—¿Por qué hemos de regalarles algo? —preguntó Simons—. Ya nos han robado bastante tecnología.

—No niego su latrocinio —replicó el presidente—, pero si nuestras posiciones estuviesen invertidas, no permitiría que se saliesen de rositas después de matar a catorce de nuestros astronautas.

—Yo estoy con usted, señor presidente —dijo el secretario de Estado, Oates—. Pero si ustedes estuviesen realmente en su lugar, ¿qué clase de represalia tomarían?

—Muy sencillo —dijo el general Post—. Si yo fuese Antonov, ordenaría que *Columbus* fuese borrado del cielo.

—Una idea abominable, pero que hemos de tomar en serio —dijo Brogan—. Los líderes soviéticos deben pensar que tienen derecho a destruir la estación y a todos los que están a bordo.

—O la lanzadera y su tripulación —añadió Post.

El presidente miró fijamente al general.

—¿Pueden ser defendidos el *Columbus* y el *Gettysburg*?

Post sacudió ligeramente la cabeza.

—Nuestro sistema de defensa láser rayos X no será eficaz hasta dentro de catorce meses. Mientras estén en el espacio, tanto la estación como la lanzadera serán vulnerables a los satélites asesinos Cosmos 1400 de la Unión Soviética. Sólo podremos proteger con eficacia al *Gettysburg* después de que entre en la atmósfera terrestre.

El presidente se volvió a Brogan.

—¿Qué dice usted, Martin?

—No creo que ataquen el *Columbus*. Se expondrían demasiado a que nosotros tomásemos represalias contra la estación Salyut 10. Yo digo que tratarán de destruir la lanzadera.

Se hizo un silencio helado en el Salón Roosevelt, mientras cada uno de los presentes debatía sus propios pensamientos. Entonces, la cara de Hudson adquirió una expresión inspirada, y golpeó la mesa con su pluma.

—Creo que hemos pasado algo por alto —dijo, en tono flemático.

—¿Qué? —preguntó Fawcett.

—El verdadero objetivo de su ataque contra la Jersey Colony.

Brogan tomó la palabra.

—Salvar su prestigio destruyendo todo rastro de nuestra hazaña en el espacio —dijo.

—No destruir, sino robar —dijo enérgicamente Hudson—. Asesinar a los colonos no era un castigo de ojo por ojo, diente por diente. Jess Simmons dio en el clavo. Según la manera de pensar del Kremlin, lo vital era apoderarse de la base intacta con el fin de aprovecharse de la tecnología, los datos y los resultados de una inversión de miles de millones de dólares y de veinticinco años de trabajo. Éste era su objetivo. La venganza era algo secundario.

—Es una buena teoría —dijo Oates—. Salvo que, con los colonos volviendo a la Tierra, Jersey Colony está a su alcance.

—Empleando nuestro vehículo de transporte lunar, podemos tener otro equipo en el lugar dentro de dos semanas —dijo Hudson.

—Pero tengamos en cuenta a los dos cosmonautas que están todavía en Selenos 8 —dijo Simmons—. ¿Qué va a impedirles bajar y apoderarse de la colonia abandonada?

—Disculpe —respondió Hudson—. Olvidé decirles que Steinmetz transportó a los cinco rusos muertos a la cápsula lunar y los introdujo en ella. Después obligó a los tripulantes supervivientes a elevarse y volver a la Tierra, amenazándoles con hacerles pedazos en la superficie de la Luna con el último cohete de su lanzador.

—El sheriff limpiando la población —dijo Brogan con admiración—. Ardo en

deseos de conocer a ese hombre.

—Pero fue a costa de algo —dijo Hudson, a media voz—. Steinmetz trae dos heridos graves y un cadáver.

—¿Cuál es el nombre del muerto? —preguntó el presidente.

—Doctor Kurt Perry. Un brillante bioquímico.

El presidente se dirigió a Fawcett.

—Tenemos que hacer que reciba los honores debidos.

Hubo una breve pausa y, después, Post llevó de nuevo la discusión a su cauce.

—Está bien; si los soviéticos no pueden apoderarse de la Jersey Colony, ¿qué les queda?

—El *Gettysburg* —respondió Hudson—. Los rusos tienen todavía una posibilidad de apoderarse de un verdadero tesoro en datos científicos.

—¿Secuestrar la lanzadera en el aire? —preguntó sarcásticamente Simmons—. No sabía que tuviesen a Buck Rogers de su parte.

—No le necesitan —replicó Hudson—. Técnicamente, es posible programar una desviación en los sistemas de dirección de vuelo. Se puede engañar a los ordenadores y hacer que envíen una señal equivocada a los aparatos de dirección, a los impulsores y a otros elementos, para controlar el *Gettysburg*. Hay mil maneras diferentes de desviar la lanzadera unos pocos grados de su rumbo. Dependiendo de la distancia a que se encuentre del lugar de aterrizaje, podría ser desviado hasta mil millas del aeródromo espacial Kennedy, de Cabo Cañaveral.

—Pero los pilotos pueden prescindir del sistema automático y aterrizar con control manual —protestó Post.

—No si les engañan y les hacen creer que el Control de Houston está dirigiendo su vuelo de regreso.

—¿Es esto posible? —preguntó el presidente, con incredulidad.

Alan Mercier asintió con la cabeza.

—Es posible, si los soviéticos tienen transmisores locales con capacidad para dominar los aparatos electrónicos internos de la lanzadera e interferir todas las señales del Control de Houston.

El presidente intercambió una mirada lúgubre con Brogan.

—Cayo Santa María —murmuró tristemente Brogan.

—Una isla situada al norte de Cuba y en la que hay una poderosa instalación de transmisiones y de escucha, con los hombres necesarios para hacer el trabajo —explicó el presidente a los demás.

—Tal vez no se habrán enterado de que nuestros colonos han abandonado la colonia —dijo, esperanzado, Fawcett.

—Lo saben —respondió Hudson—. Desde que sus satélites de escucha fueron dirigidos hacia la Jersey Colony, han registrado todas nuestras transmisiones.

—Tendremos que concebir un plan para neutralizar el equipo de la isla —sugirió Post.

Brogan sonrió.

—Sólo que ocurre que hay una operación en marcha.

Post sonrió a su vez.

—Si está proyectando lo que me imagino, me gustaría saber *cuándo*.

—Se dice..., es solamente un rumor, compréndalo, que las fuerzas militares cubanas van a lanzar una misión de ataque y destrucción después de la medianoche de hoy, aunque no se sabe exactamente cuándo.

—¿Y cuál es la hora de la partida de la lanzadera para casa? —preguntó Slan Mercier.

—Las cinco de la madrugada de mañana —respondió Post.

—Esto resuelve la cuestión —dijo el presidente—. Informa al comandante del *Columbus* que retenga al *Gettysburg* en la plataforma de amarre hasta que podamos estar seguros de su regreso a salvo.

Todos los que se hallaban sentados alrededor de la mesa parecieron satisfechos de momento, salvo Hudson. Éste tenía la expresión del muchacho a quien el perrero del distrito acaba de quitar su perrito mimado.

—Sólo desearía —dijo, a nadie en particular— que todo fuese tan sencillo.

Velikov y Maisky se hallaban en una galería, tres plantas por encima del centro de escucha electrónica, contemplando un pequeño ejército de hombres y mujeres que manejaban el complicado equipo receptor electrónico. Veinticuatro horas al día, antenas gigantescas emplazadas en Cuba interceptaban las llamadas telefónicas civiles y las señales de radio militares de los Estados Unidos, transmitiéndolas a Cayo Santa María, donde eran descifradas y analizadas por los ordenadores.

—Una obra realmente soberbia, general —dijo Maisky—. Los informes sobre su instalación han sido demasiado modestos.

—No pasa un día sin que continuemos la expansión —dijo orgullosamente Velikov—. Además tenemos una despensa bien abastecida y un centro de cultura física, con equipo de ejercicios y una sauna. Tenemos incluso un salón de entretenimientos y una barbería.

Maisky contempló dos pantallas, de diez por quince pies, instaladas en paredes diferentes. La de la izquierda contenía representaciones visuales generadas por los ordenadores, mientras que la de la derecha mostraba diversos datos e intrincados gráficos.

—¿Ha descubierto su gente la situación de los colonos de la Luna?

El general asintió con la cabeza y levantó un teléfono. Habló unas cuantas palabras por el micrófono mientras contemplaba al atareado equipo de la planta baja. Un hombre que estaba ante una consola miró hacia arriba y agitó una mano. Entonces las dos pantallas se oscurecieron por un breve instante y volvieron a la vida con una nueva exhibición de datos.

—Un informe detallado —dijo Velikov, señalando la pantalla de la derecha—. Podemos captar casi todo lo que es transmitido entre el Control de Houston y sus astronautas. Como puede ver, el transbordador de los colonos de la Luna atracó hace tres horas en la estación espacial.

Maisky estaba fascinado mientras sus ojos recorrían aquella información. Se resistía a aceptar el hecho de que el servicio secreto americano supiese indudablemente tanto, si no más, sobre los esfuerzos espaciales soviéticos.

—¿Transmiten en clave? —preguntó.

—En ocasiones, cuando se trata de una misión militar; pero generalmente la NASA habla claramente con sus astronautas. Como puede ver en la pantalla de datos, el Centro de Control de Houston ha ordenado al *Gettysburg* que retrase su partida hasta mañana por la mañana.

—Esto no me gusta.

—No veo en ello nada sospechoso. Probablemente, el presidente quiere tener tiempo para organizar una gran campaña de propaganda para anunciar otro triunfo

americano en el espacio.

—O pueden estar enterados de nuestras intenciones.

Maisky guardó entonces silencio, sumido en sus pensamientos. Sus ojos tenían una expresión preocupada, y cruzaba y descruzaba nerviosamente las manos.

Velikov le miró, divertido.

—Si esto trastorna de algún modo sus planes, puedo emplear la frecuencia del Control de Houston y transmitir una orden falsa.

—¿Puede hacer esto?

—Sí.

—¿Simular una orden a la lanzadera, para que abandone la estación espacial y regrese a la Tierra?

—Sí.

—¿Y engañar a los jefes de la estación y de la nave, haciéndoles creer que oyen una voz conocida?

—No advertirán la diferencia. Nuestros sintetizadores computarizados tienen grabaciones de transmisiones más que suficientes para imitar perfectamente la voz, el acento y las peculiaridades verbales de al menos veinte oficiales de la NASA.

—¿Y qué puede impedir que el Control de Houston anule la orden?

—Puedo interferir sus transmisiones hasta que sea demasiado tarde para que detengan la nave. Después, si las instrucciones que nos dieron ustedes de nuestros científicos espaciales son correctas, dominaremos sus sistemas de vuelo y la haremos aterrizar en Santa Clara.

Maisky miró larga y fijamente a Velikov. Después dijo:

—Hágalo.

El presidente estaba profundamente dormido cuando sonó suavemente el teléfono en su mesita de noche. Se volvió y miró la esfera fluorescente de su reloj de pulsera. Era la una y diez minutos de la madrugada. Entonces dijo:

—Hable.

Le respondió la voz de Dan Fawcett.

—Siento despertarle, señor presidente, pero ha ocurrido algo que creo que debe usted saber.

—Le escucho. ¿De qué se trata?

—Acabo de recibir una llamada de Irwin Mitchell, de la NASA. Me ha dicho que el *Gettysburg* ha salido del *Columbus* y está en órbita, preparándose para el regreso.

El presidente se incorporó de golpe, despertando a su esposa que dormía a su lado.

—¿Quién dio la orden? —preguntó.

—Mitchell no lo sabe. Todas las comunicaciones entre Houston y la estación espacial se han interrumpido a causa de una extraña interferencia.

—Entonces, ¿cómo se ha enterado de la partida de la nave?

—El general Fisher ha estado observando el *Columbus*, en el Centro de Operaciones Espaciales de Colorado Springs, desde que Steinmetz salió de Jersey Colony. Las sensibles cámaras del Centro captaron el movimiento cuando el *Gettysburg* abandonó el dique de la estación. Me telefoneó en cuanto le informaron de ello.

El presidente golpeó desesperadamente el colchón.

—¡Maldita sea!

—Me he tomado la libertad de poner sobre aviso a Jess Simmons. Éste ha desplegado ya dos escuadrillas tácticas de la Fuerza Aérea en el aire, para que escolten y protejan la lanzadera en cuanto penetre en la atmósfera.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que el *Gettysburg* aterrice?

—Desde la preparación inicial de descenso hasta el aterrizaje, unas dos horas.

—Los rusos están detrás de esto.

—Ésta es la opinión general —reconoció Fawcett—. Todavía no podemos estar seguros, pero todos los indicios señalan a Cuba como la causante del problema de interferencia de la radio de Houston.

—¿Cuándo debe el equipo especial de Brogan atacar Cayo Santa María?

—A las dos.

—¿Quién lleva el mando?

—Discúlpeme un momento; voy a buscar el nombre en el informe de ayer de la CÍA. —Fawcett no tardó más de treinta segundos en volver—. La misión está dirigida por el coronel de Infantería de Marina Ramón Kleist.

—Conozco el nombre. Kleist recibió una Medalla de Honor del Congreso.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Los hombres de Kleist son dirigidos por Dirk Pitt.

El presidente suspiró casi con tristeza.

—Este hombre ha hecho ya demasiado. ¿Es absolutamente necesaria su presencia?

—Sólo Pitt podría hacerlo —dijo Fawcett.

—¿Podrán destruir a tiempo el centro de interferencias?

—Sinceramente, debo confesar que es una cuestión de cara o cruz.

—Dígale a Jess Simmons que esté en el Salón de Guerra —dijo solemnemente el presidente—. Si algo anda mal, temo que, para que el *Gettysburg* y su valioso cargamento no caigan en manos de los soviéticos, no tendremos más remedio que derribarlo. ¿Me ha entendido, Dan?

—Sí, señor —dijo Fawcett palideciendo repentinamente—. Le transmitiré su mensaje.

—Alto —ordenó Kleist. Comprobó de nuevo los datos del instrumento satélite Navstar y aplicó un par de compases sobre una carta extendida—. Estamos a siete millas al este de Cayo Santa María. Es lo más cerca que podemos llevar el TSE.

El comandante Quintana, que llevaba uniforme de campaña moteado de gris y negro, miró fijamente la marca amarilla en la carta.

—Tardaríamos unos cuarenta minutos en girar hacia el sur y desembarcar desde el lado cubano.

—El viento está en calma y las olas no son de más de medio metro. Otra ventaja es que no hay luna. La noche no puede ser más negra.

—Una noticia tan mala como buena —dijo gravemente Quintana—. Hace que seamos difíciles de ver, pero tampoco podremos ver nosotros las patrullas de guardias, si es que las hay. A mi entender, nuestro principal problema es que no tenemos la situación exacta del recinto. Podemos desembarcar a kilómetros de distancia.

Kleist se volvió y miró a un hombre alto e imponente que se apoyaba en un mamparo. Como Quintana, vestía un traje de campaña especial para la noche. Sus ojos grises y penetrantes se fijaron en los de Kleist.

—¿Todavía no puede señalar exactamente el lugar?

Pitt se irguió, sonrió con su acostumbrada indiferencia y dijo simplemente:

—No.

—No es muy alentador —dijo rudamente Quintana.

—Es posible, pero al menos soy sincero.

Kleist habló con indulgencia.

—Lamentamos, señor Pitt, que las condiciones visuales no fuesen las adecuadas durante su fuga. Pero le agradeceríamos que fuese un poco más concreto.

La sonrisa de Pitt se extinguió.

—Miren, yo llegué a tierra en medio de un huracán y huí en plena noche. Ambas cosas tuvieron lugar en el lado de la isla opuesto a aquel en que se presume que hemos de desembarcar. No medí las distancias, ni arrojé migas de pan al suelo durante mi camino. La tierra era llana, sin colinas ni arroyos que pudiesen servir de puntos de referencia. Sólo palmeras, malezas y arena. La antena estaba a media milla del pueblo. El recinto, al menos una milla más allá. Cuando lleguemos al camino, el recinto estará a la izquierda. Esto es cuanto puedo decirles.

Quintana asintió resignadamente con la cabeza.

—Dadas las circunstancias, no podemos pedir más.

Un tripulante desaliñado, que vestía jeans y camiseta de manga corta, entró por la escotilla en el cuarto de control. Tendió en silencio un mensaje descifrado a Kleist y

se marchó.

—Ojalá no sea una cancelación en el último momento —dijo vivamente Pitt.

—Al contrario —murmuró Kleist—. Todavía nos apremian más.

Releyó el mensaje, con un fruncimiento de cejas en el rostro normalmente impasible. Lo tendió a Quintana, el cual lo leyó y después apretó los labios contrariado antes de pasar el papel a Pitt. Decía así:

NAVE ESPACIAL GETTYSBURG DEJÓ ESTACIÓN Y ESTÁ EN ÓRBITA PREPARANDO REENTRADA. PERDIDO TODO CONTACTO. APARATOS ELECTRÓNICOS DE SU OBJETIVO HAN PENETRADO ORDENADORES DE DIRECCIÓN Y TOMADO EL MANDO. CALCULAMOS QUE DESVIACIÓN RUMBO HARÁ ATERRIZAR NAVE EN CUBA A LAS 0340. RAPIDEZ ES ESENCIAL. CONSECUENCIAS IMPREVISIBLES SI INSTALACIÓN NO ES DESTRUIDA A TIEMPO. SUERTE.

—Son muy amables al avisarnos en el último minuto —dijo hoscamente Pitt—. Faltan menos de dos horas para las tres y cuarenta.

Quintana miró severamente a Kleist.

—¿Pueden realmente los soviéticos hacer una cosa así y salirse con la suya? —dijo.

Kleist no les escuchaba. Volvió a contemplar la carta y trazó una fina línea en lápiz que marcaba el rumbo hacia la costa sur de Cayo Santa María.

—¿Dónde sitúa usted aproximadamente la antena?

Pitt tomó el lápiz y marcó un pequeño punto en la base de la cola de la isla.

—Una suposición, en el mejor de los casos.

—Está bien. Le proveeremos de un pequeño aparato de radio impermeable. Cambiaré la posición en la carta y la programaré en el ordenador Navstar; después les mantendré localizados con su señal y les guiaré.

—Usted no será el único que podrá localizarnos.

—Un pequeño riesgo, pero que nos ahorrará un tiempo valioso. Podrían volar la antena, interrumpiendo así las órdenes dirigidas por radio al *Gettysburg* con mucha más rapidez que si tuviesen que entrar por la fuerza en el recinto y destruir la instalación principal.

—Muy sensato.

—Ya que está de acuerdo —dijo pausadamente Kleist—, sugiero, caballeros, que vayan allá.

El transporte subacuático para fines especiales no se parecía a ningún submarino que Pitt hubiese visto. Tenía un poco más de cien metros de eslora y la forma de un cincel vuelto de lado. La proa horizontal parecida a una cuña estaba unida a un casco casi cuadrado que terminaba bruscamente en una popa en forma de caja. La cubierta era absolutamente lisa, sin salientes.

No había nadie al timón. Era totalmente automático, impulsado por una fuerza nuclear que hacía girar las hélices gemelas o, en caso necesario, accionaba unas bombas que tomaban agua en el impulso hacia delante y la arrojaban sin ruido por aberturas en los costados.

El TSE había sido especialmente diseñado para la CÍA, para operaciones secretas de contrabando de armas, infiltración de agentes camuflados e incursiones de ataque y retirada. Podía navegar hasta seiscientos metros de profundidad a una velocidad de cincuenta nudos, pero también podía remontar una playa, abrir sus puertas y desembarcar una fuerza de doscientos hombres con varios vehículos.

El submarino emergió, con su cubierta plana a sólo medio metro por encima del agua negra. El equipo de exiliados cubanos de Quintana salió por las escotillas y todos empezaron a levantar los Dashers acuáticos que les entregaban desde abajo.

Pitt había conducido un Dasher en un lugar de veraneo de México. Era un vehículo acuático a propulsión, fabricado en Francia para recreo en el mar. Llamada coche deportivo marino, la pequeña y brillante máquina tenía el aspecto de dos torpedos sujetos por los lados. El conductor yacía boca arriba, con una pierna introducida en cada uno de los dos cascos gemelos, y controlaba el movimiento por medio de un volante parecido al de los automóviles. La fuerza procedía de una batería muy potente que podía impulsar la embarcación por medio de chorros de agua a una velocidad de veinte nudos en aguas tranquilas, durante tres horas antes de tener que recargarla.

Cuando Pitt propuso emplearlos para cruzar la red cubana de radar, Kleist se apresuró a negociar un pedido especial con la fábrica y dispuso que fuesen enviados por un transporte de la Fuerza Aérea a San Salvador en quince horas.

El aire de la mañana temprana era cálido y descargó un ligero chaparrón. Cada hombre montó en su Dasher y fue empujado sobre la mojada cubierta hasta el mar. Se habían montado unas luces azules veladas en las popas, de manera que cada hombre pudiese seguir al que iba delante.

Pitt esperó unos momentos y miró en la oscuridad hacia Cayo Santa María, esperando ansiosamente no llegar demasiado tarde para salvar a sus amigos. Una gaviota madrugadora pasó chillando sobre su cabeza, invisible en el turbio cielo.

Quintana le agarró de un brazo.

—Ahora le toca a usted. —Hizo una pausa y miró a través de la penumbra—. ¿Qué diablos es eso?

Pitt levantó un palo en una mano.

—Un bate de béisbol.

—¿Para qué lo necesita? Le dieron un AK-74.

—Es un regalo para un amigo.

Quintana sacudió asombrado la cabeza.

—Partamos. Usted irá delante. Yo iré en retaguardia por si alguien se despista.

Pitt asintió con la cabeza, subió a su Dasher y ajustó un pequeño receptor a uno de sus oídos. Un momento antes de que la tripulación le empujase sobre el lado del TSE, el coronel Kleist se inclinó y le estrechó la mano.

—Condúzcales hasta el objetivo —dijo gravemente.

Pitt le dirigió una ligera sonrisa.

—Es lo que pretendo hacer.

Entonces su Dasher entró en el agua. Él ajustó la palanca a media velocidad y se apartó del submarino. Era inútil que se volviese a comprobar si los otros le seguían. No habría podido verles. La única luz era la de las estrellas, y éstas eran demasiado opacas para resplandecer en el agua.

Aumentó la velocidad y estudió el disco fluorescente de la brújula sujeta a una de sus muñecas. Mantuvo el rumbo hacia el este hasta que oyó la voz de Kleist en su auricular:

—Tuerza a 270 grados.

Pitt hizo la corrección y mantuvo el rumbo durante diez millas, a una velocidad de unos pocos nudos por debajo de la máxima, para permitir que los hombres que iban detrás se acercasen si se desviaban. Estaba seguro de que los delicados sensores subacuáticos captarían el acercamiento del comando, pero confiaba en que los rusos harían caso omiso de las señales en sus instrumentos, atribuyéndolas a una bandada de peces.

Muy lejos, hacia el sur en dirección a Cuba, tal vez a más de cuatro millas de distancia, el faro de una lancha patrullera brilló y barrió el agua como una guadaña, cortando la noche, buscando embarcaciones ilegales. El lejano resplandor les iluminó, pero eran demasiado pequeños y estaban tan cerca del agua que no podían ser vistos a aquella distancia.

Pitt recibió una nueva orden de Kleist y alteró el curso hacia el norte. La noche era oscura como boca de lobo, y sólo podía esperar que los otros treinta hombres se mantuviesen cerca de su popa. Las proas gemelas del Dasher tropezaron con una serie de olas más altas, que le arrojaron espuma a la cara, y sintió el fuerte sabor salino del mar.

La ligera turbulencia producida por el paso del Dasher por el agua hizo que centelleasen brevemente unas motas fosforescentes, como un ejército de luciérnagas, antes de extinguirse en la estela. Pitt empezó al fin a tranquilizarse un poco cuando volvió a oír la voz de Kleist:

—Está a unos doscientos metros de la costa.

Pitt redujo la marcha de su pequeña embarcación y siguió avanzando cautelosamente. Después se detuvo y se dejó llevar por la corriente. Esperó, aguzando la mirada en la oscuridad y escuchando con los nervios en tensión. Transcurrieron

cinco minutos y vio vagamente el perfil de Cayo Santa María ante él, negro y ominoso. Casi no había rompientes en aquel lado de la isla y el suave susurro del agua sobre la playa era el único sonido que podía oír.

Apretó suavemente el pedal y avanzó muy despacio, dispuesto a dar media vuelta y tornar a toda velocidad a alta mar si eran descubiertos. Segundos más tarde, el Dasher chocó sin ruido contra la arena. Inmediatamente, Pitt saltó y arrastró la ligera embarcación sobre la playa hasta unos matorrales, debajo de una hilera de palmeras. Entonces esperó hasta que Quintana y sus hombres surgieron como fantasmas y se agruparon silenciosamente a su alrededor en un apretado nudo, indistintos en la oscuridad y satisfechos todos de pisar de nuevo tierra firme.

Por precaución, Quintana invirtió un tiempo precioso en contar a sus hombres y examinar brevemente su equipo. Cuando quedó satisfecho, se volvió a Pitt y dijo:

—Usted primero, amigo.

Pitt examinó la brújula y echó a andar hacia el interior de la isla, torciendo ligeramente hacia la izquierda. Sostenía el bate de béisbol delante de él, como el bastón de un ciego. A menos de ochenta metros del lugar donde se habían reunido, el extremo del bate tropezó con la cerca electrificada. Se detuvo bruscamente y el hombre que le seguía chocó contra él.

—¡Tranquilo! —susurró Pitt—. Haga correr la voz. Estamos en la alambrada.

Dos hombres provistos de palas se adelantaron y atacaron la blanda arena. En un santiamén habían excavado un hoyo lo bastante grande para que pudiese pasar por él un borrico.

Pitt fue el primero en arrastrarse por allí. Durante un momento, no supo la dirección que debía tomar. Vaciló, husmeando el aire. Después, de pronto, supo exactamente dónde estaba.

—No hemos tenido suerte —murmuró a Quintana—. El edificio está solamente a pocos cientos de metros a nuestra izquierda. La antena está por lo menos a un kilómetro en dirección contraria.

—¿Cómo lo sabe?

—Emplee el olfato. Podrá oler los vapores de escape de los motores Diesel que activan los generadores.

Quintana inhaló profundamente.

—Tienen razón. La brisa trae el olor desde el noroeste.

—¡Y quieren una solución rápida! Sus hombres tardarán más de media hora en llegar a la antena y colocar las cargas.

—Entonces atacaremos el recinto.

—Será mejor hacer ambas cosas. Envíe a sus mejores corredores a volar la antena y el resto de nosotros trataremos de alcanzar el centro de electrónica.

Quintana tardó menos de un segundo en decidirse. Pasó entre las filas y eligió

rápidamente cinco hombres. Volvió con un personaje menudo, cuya cabeza llegaba apenas a los hombros de Pitt.

—Éste es el sargento López. Necesitará instrucciones para llegar a la antena.

Pitt se quitó la brújula de la muñeca y la tendió al sargento. López no hablaba inglés y Quintana tuvo que actuar de intérprete. El pequeño sargento era un buen entendedor. Repitió las instrucciones de Pitt perfectamente, en español. Después López sonrió ampliamente, dio una breve orden a sus hombres y desapareció en la noche.

Pitt y el resto de las fuerzas de Quintana avanzaron a paso ligero. El tiempo empezó a deteriorarse. Las nubes cubrieron las estrellas, y las gotas de lluvia que caían sobre las hojas de las palmeras producían un extraño tamborileo. Los hombres serpenteaban entre los árboles graciosamente encorvados por la furia de los huracanados vientos. Cada pocos metros, alguien tropezaba y caía, pero era ayudado a levantarse por los otros. Pronto se hizo más pesada su respiración y el sudor resbaló por sus cuerpos y empapó sus trajes de campaña. Pitt marcaba un paso rápido, impulsado por la desesperada ilusión de encontrar todavía con vida a Jessie, Giordino y Gunn. Su mente se mantenía al margen de las incomodidades y del creciente agotamiento, al imaginar los tormentos que Foss Gly les habría sin duda infligido. Sus tristes pensamientos se interrumpieron cuando salió de la maleza a la carretera.

Torció a la izquierda en dirección al recinto, sin pretender avanzar a hurtadillas u ocultarse, empleando la lisa superficie para ganar tiempo. La sensación de la tierra bajo sus pies le parecía ahora más familiar. Aflojó el paso y llamó en voz baja a Quintana. Cuando sintió una mano sobre uno de sus hombros, señaló hacia una débil luz apenas visible entre los árboles.

—La casa del guarda junto a la verja.

Quintana dio una palmada en la espalda de Pitt, para decirle que había comprendido, y dio instrucciones en español al hombre que le seguía en la fila. Éste se alejó en dirección a la luz.

Pitt no tuvo que preguntar nada. Sabía que a los guardias de seguridad que vigilaban la verja sólo les quedaban dos minutos de vida.

Se deslizó junto al muro y se metió en el canal de desagüe, sintiéndose enormemente aliviado al descubrir que los barrotes estaban todavía doblados, tal como él los había dejado. Los otros gatearon también por allí y continuaron hasta el respiradero de encima del garaje. Se presumía que Pitt no debía ir más lejos. Las severas órdenes de Kleist habían sido que guiase a las fuerzas del comandante Quintana hasta el respiradero y no siguiese adelante. Tenía que apartarse de los otros, volver solo a la playa donde habían desembarcado y esperar a que los demás se batiesen en retirada.

Kleist hubiese debido sospechar que, al no discutir Pitt la orden, significaba que

no estaba dispuesto a cumplirla; pero el coronel tenía demasiados problemas en su mente para mostrarse receloso. Y el bueno de Pitt, con absoluta naturalidad, había sido modelo de cooperación cuando había trazado un diagrama de la entrada en el edificio.

Antes de que Quintana pudiese alargar una mano para detenerle, Pitt se dejó caer por el respiradero a la vigueta que estaba encima de los vehículos aparcados y desapareció como una sombra por la salida que conducía a las celdas inferiores.

Dave Jurgens, comandante de vuelo del *Gettysburg*, estaba ligeramente perplejo. Compartía el entusiasmo de todos los de la estación espacial ante la inesperada llegada de Steinmetz y sus hombres de la Luna. Y no encontraba nada extraño en la súbita orden de llevar a los colonos a la Tierra en cuanto pudiese ser cargado el material científico en el compartimiento correspondiente de la lanzadera.

Lo que le preocupaba era la brusca orden de Control de Houston de que aterrizase de noche en Cabo Cañaveral. Su petición de esperar unas pocas horas hasta que saliese el sol fue respondida con una fría negativa. No le dieron ninguna explicación de los motivos que habían tenido las autoridades de la NASA para cambiar súbitamente, y por primera vez en casi treinta años, su estricta norma de hacer los aterrizajes de día.

Miró a su copiloto, Cari Burkhart, con veinte años de experiencia en el programa espacial.

—No podremos ver gran cosa de los pantanos de Florida en este aterrizaje.

—Cuando has visto un caimán, los has visto todos —fue la lacónica respuesta de Burkhart.

—¿Están cómodos todos nuestros viajeros?

—Como sardinas en una lata.

—¿Programados los ordenadores para el regreso?

—Están a punto.

Jurgens observó brevemente las tres pantallas de TV en el centro del panel principal. Una daba la condición de todos los sistemas mecánicos, mientras que las otras dos daban datos sobre el control de trayectoria y de dirección. Él y Burkhart empezaron a repasar la lista de procedimientos para salir de órbita y entrar en la atmósfera.

—Cuando ustedes quieran, Houston.

—Muy bien, Don —respondió el control de tierra—. Prepárese para salir de órbita.

—Ojos que no ven, mente que no recuerda —dijo Jurgens—. ¿Ha oído esto?

—No le comprendo, repita.

—Cuando salí de la Tierra, me llamaba Dave.

—Lo siento, Dave.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó Jurgens, despertada su curiosidad.

—Con Merv Foley. ¿No reconoce mis resonantes sonidos vocales?

—Después de todas nuestras brillantes conversaciones, ha olvidado mi nombre. ¡Qué vergüenza!

—Un *lapsus linguae* —dijo la voz familiar de Foley—. ¿Interrumpimos la charla

y volvemos a lo que importa?

—Lo que ustedes digan, Houston. —Jurgens apretó brevemente el botón del intercomunicador—. ¿Listos para volver a casa, señor Steinmetz?

—Todos esperamos con ilusión este viaje —respondió Steinmetz con alegría.

En los compartimientos espartanos de debajo de la cubierta y de la cabina de los pilotos, los especialistas de la lanzadera y los colonos de Jersey ocupaban por entero el espacio disponible. Detrás de ellos, el compartimiento de veinte metros de longitud destinado a la carga estaba lleno en sus dos terceras partes de archivos de datos, muestras geológicas y cajas conteniendo los resultados de más de mil experimentos médicos y químicos: el tesoro acumulado por los colonos y que los científicos tardarían dos decenios en analizar del todo. También estaba allí el cadáver del doctor Kurt Perry.

El *Gettysburg* viajaba por el espacio de espaldas y boca abajo a más de 15.000 nudos por hora. Los pequeños motores a reacción fueron encendidos y sacaron de su órbita a la nave, mientras unos propulsores elevaron el morro del aparato para que el casco aislado pudiese absorber el rozamiento de reentrada en la atmósfera. Sobre Australia, dos motores secundarios se encendieron brevemente para reducir la velocidad en órbita, que era de veinticinco veces la del sonido. Veinte minutos más tarde, entraron en la atmósfera poco antes de llegar sobre Hawai.

Al hacerse más densa la atmósfera, el calor hizo que el casco del *Gettysburg* adquiriese un vivo color anaranjado. Los propulsores perdieron su efectividad y los alerones y el timón empezaron a atrapar el aire más pesado. Los ordenadores controlaban todo el vuelo. Jurgens y Burkhart tenían poco que hacer, salvo observar los datos de TV y los indicadores de sistemas.

De pronto, sonó una nota de advertencia en sus auriculares y se encendió una luz de alarma. Jurgens reaccionó rápidamente, pulsando el teclado de un ordenador para pedir detalles del problema, mientras Burkhart informaba al control de tierra.

—Houston, tenemos una luz de alarma.

—Aquí no vemos nada de eso, *Gettysburg*. Todos los sistemas parecen funcionar perfectamente.

—Pero algo pasa, Houston —insistió Burkhart.

—Sólo puede ser un error de ordenador.

—No. Los tres ordenadores de navegación y de dirección coinciden todos.

—Ya lo tengo —dijo Jurgens—. Estamos sufriendo un error de rumbo.

La voz tranquila del Centro Espacial Johnson replicó:

—No se preocupe, Dave. Siguen el rumbo correcto. ¿Me oye?

—Le oigo, Foley, pero espere un momento a que consulte al ordenador de comprobación.

—Si esto le hace feliz, hágalo. Pero todos los sistemas funcionan perfectamente.

Jurgens hizo una pregunta sobre datos de navegación al ordenador. Menos de treinta segundos más tarde, llamó a Houston.

—Algo anda mal, Merv. Incluso el ordenador de comprobación muestra que nos dirigimos a cuatrocientas millas al sur y cincuenta al este de Cañaverall.

—Confíe en mí, Dave —dijo Foley cansado—. Todas las estaciones de seguimiento muestran que sigue el rumbo debido.

Jurgens miró por la ventanilla de su lado y solamente vio oscuridad debajo. Apagó su radio y se volvió a Burkhart.

—Me importa un bledo lo que dice Houston. Estamos fuera del rumbo previsto. Sólo hay agua debajo de nosotros, cuando deberíamos ver luces en la península de Baja California.

—No lo entiendo —dijo Burkhart, revolviéndose inquieto en su sillón—. ¿Qué pretenderán?

—Estaremos preparados para tomar el control manual. Si no supiese que es imposible, juraría que Houston nos está enviando a Cuba.

—Está viniendo como una cometa a la que se tira de la cuerda —dijo Maisky, con expresión lobuna. Velikov asintió con la cabeza.

—Tres minutos más y el *Gettysburg* ya no podrá volver atrás.

—¿Volver atrás? —repitió Maisky.

—Dar media vuelta y aterrizar en la pista del Centro Especial Kennedy.

Maisky se frotó las palmas con nerviosa anticipación.

—Una nave espacial americana en manos soviéticas. Será la operación secreta más grande del siglo.

—Washington pondrá el grito en el cielo como un pueblo de vírgenes violadas, exigiendo su devolución.

—Le devolveremos su supermáquina de mil millones de dólares. Pero no antes de que nuestros ingenieros del espacio la hayan estudiado minuciosamente.

—Y está además el tesoro de información de sus colonos en la Luna —le recordó Velikov.

—Una hazaña increíble, general. Se habrá ganado usted la Orden de Lenin.

—Todavía no sabemos cómo acabará la cosa, camarada Maisky. No podemos predecir la reacción del presidente.

Maisky se encogió de hombros.

—Tendrá atadas las manos si le ofrecemos negociar. A mi entender, los cubanos son nuestro único problema.

—No se preocupe. El coronel general Kolchak ha colocado una barrera de mil quinientos soldados soviéticos alrededor de la pista de Santa Clara. Y, como nuestros consejeros están al mando de las defensas aéreas de Cuba, la nave espacial tendrá libre el camino para aterrizar.

—Entonces podemos decir que ya está en nuestras manos.

Velikov asintió con la cabeza.

—Creo que podemos decirlo con toda seguridad.

El presidente estaba sentado tras su mesa del Salón Oval envuelto en un albornoz, con la cabeza baja y los codos apoyados en los brazos del sillón. Su semblante macilento denotaba cansancio.

Levantó bruscamente la cabeza y dijo:

—¿Está seguro de que Houston no puede establecer contacto con el *Gettysburg*?

Martin Brogan asintió.

—Así lo afirma Irwin Mitchell, de la NASA. Sus señales son anuladas por una interferencia exterior.

—¿Está Jess Simmons en el Pentágono?

—Tenemos una línea directa con él —respondió Dan Fawcett.

El presidente vaciló y, cuando habló, lo hizo en un murmullo.

—Entonces será mejor que le diga que ordene a los pilotos de los aviones de combate que estén alerta.

Fawcett asintió gravemente con la cabeza y descolgó el teléfono.

—¿Alguna noticia de su gente, Martin?

—Lo último que sabemos es que desembarcaron en la playa —dijo Brogan, desalentado—. Aparte de esto, nada.

El presidente sintió el peso de la desesperación.

—¡Dios mío, estamos atrapados en el limbo!

Sonó uno de los cuatro teléfonos y Fawcett respondió a la llamada.

—Sí, sí, está aquí. Sí, se lo diré. —Volvió a colgar, con expresión sombría—. Era Irwin Mitchell. El *Gettysburg* se ha desviado demasiado hacia el sur para poder aterrizar en Cabo Cañaveral.

—Todavía podría caer en el agua —dijo Brogan, sin entusiasmo.

—Siempre que pueda ser avisado a tiempo —añadió Fawcett.

El presidente sacudió la cabeza.

—Sería inútil. Su velocidad de aterrizaje es de más de trescientos kilómetros por hora. Se haría pedazos.

Los otros guardaron silencio, buscando las palabras adecuadas. El presidente se volvió en su sillón de cara a la ventana, con corazón angustiado.

Al cabo de unos momentos, se volvió de nuevo a los hombres que estaban de pie alrededor de su mesa.

—Que Dios me perdone por firmar la sentencia de muerte de todos esos valientes.

Pitt bajó al sótano y echó a correr por el pasillo a toda velocidad. Hizo girar el tirador y abrió la puerta de la celda de Giordino y Gunn con tanta fuerza que a punto estuvo de arrancarla de sus goznes.

La pequeña habitación estaba vacía.

El ruido le delató. Un guardia dobló la esquina de un pasillo lateral y miró pasmado a Pitt. Esta vacilación de una fracción de segundo le costó cara. Mientras levantaba el cañón de su arma, el bate de béisbol le alcanzó en un lado de la cabeza. Pitt le agarró de la cintura antes de que cayese al suelo y le arrastró al interior de una celda próxima. Le arrojó sobre una cama y, al mirarle a la cara, vio que era el joven ruso que le había acompañado al despacho de Velikov. El muchacho respiraba normalmente, y Pitt pensó que sólo estaba conmocionado.

—Estás de suerte, jovencito. Nunca he disparado contra alguien de menos de veintiún años.

Quintana apareció en el pasillo en el momento en que Pitt cerraba la puerta de la celda y echaba a correr de nuevo. Éste ya no trataba de ocultar su presencia. Habría recibido de buen grado la oportunidad de romperle la cabeza a otro guardia. Llegó a la puerta de la celda de Jessie y le abrió de una patada.

Tampoco ella estaba allí.

Sintió que le embargaba un miedo atroz. Siguió corriendo por los pasillos hasta llegar a la habitación número seis. Nada había en ella, salvo el hedor de las torturas.

El miedo fue sustituido por un frío e incontenible furor. Pitt se convirtió en otra persona, un hombre sin conciencia ni normas morales, incapaz de controlar sus emociones; un hombre para quien el peligro era simplemente una fuerza que había que ignorar. El miedo a la muerte había dejado totalmente de existir.

Quintana alcanzó a Pitt y le agarró de un brazo.

—¡Maldito seas, vuelve a la playa! Conoces las órdenes...

No dijo más. Pitt apoyó el grueso cañón de la AK-74 en la panza de Quintana y le empujó despacio contra la pared. Quintana se había enfrentado muchas veces con la muerte antes de este momento, pero al contemplar la helada expresión de aquel rudo semblante, al ver pintada una indiferencia asesina en aquellos ojos verdes, comprendió que tenía un pie en el ataúd.

Pitt no dijo nada. Retiró el arma, se cargó el bate de béisbol al hombro y se abrió paso entre los hombres de Quintana. De pronto se detuvo y se volvió.

—El ascensor está por ahí —dijo en voz baja.

Quintana hizo ademán a sus hombres de que le siguiesen. Pitt hizo un rápido cálculo mental. Eran veinticinco, incluido él mismo. Corrió hacia el ascensor que subía a las plantas superiores. No aparecieron más guardias en su camino. Los

pasillos estaban desiertos. Si los prisioneros habían muerto, pensó, probablemente Velikov consideraba que era inútil tener más de un guardia en el último sótano.

Llegaron al ascensor, Pitt estaba a punto de apretar el botón cuando los motores empezaron a zumbar. Con un ademán, hizo que todos se pegaran a la pared. Esperaron, escuchando cómo se detenía el ascensor en una de las plantas de arriba, y oyeron un murmullo de voces y una risa apagada. Permanecieron inmóviles y observaron el brillo de la luz interior a través de la rendija de la puerta, mientras el ascensor descendía.

Todo acabó en diez segundos. Se abrió la puerta, salieron dos técnicos en batas blancas y murieron sin el más ligero gemido con un cuchillo clavado en el corazón. A Pitt le sorprendió tanta eficacia. Ninguno de los cubanos mostraba la menor expresión de remordimiento en los ojos.

—Hay que tomar una decisión —dijo Pitt—. Sólo caben diez hombres en el ascensor.

—Solamente faltan catorce minutos para el aterrizaje de la nave espacial —dijo, apremiante, Quintana—. Tenemos que encontrar y destruir la fuente de energía.

—Hay cuatro plantas encima de nosotros. El despacho de Velikov está en la más alta. También están allí las habitaciones particulares. Elija entre las otras tres.

—Como echándolo a cara o cruz.

—No podemos hacer otra cosa —dijo rápidamente Pitt—. Además, estamos demasiado apretados. Mi consejo es que nos dividamos en tres grupos y que cada grupo se encargue de una planta. Así cubriremos más territorio con más rapidez.

—Me parece bien —asintió apresuradamente Quintana—. Hemos llegado aquí sin que nadie haya venido a recibirnos. No esperarán que aparezcan visitantes al mismo tiempo en diferentes zonas.

—Yo iré con los ocho primeros hombres a la planta segunda y bajaré el ascensor para el equipo siguiente, que subirá a la planta tercera, y así sucesivamente.

—No está mal. —Quintana no perdió tiempo en discutir. Eligió rápidamente ocho hombres e hizo que se metieran en el ascensor con Pitt. Cuando iba a cerrarse la puerta, dijo—: ¡Que no te maten, maldito!

La subida pareció eterna. Ninguno de los hombres miraba a los otros a los ojos. Algunos se enjugaban el sudor que goteaba por sus caras. Otros se rascaban, sintiendo picores imaginarios. Todos tenían un dedo en el gatillo.

Al fin se detuvo el ascensor y se abrió la puerta. Los cubanos entraron en una sala de operaciones en la que había casi veinte oficiales soviéticos del GRU y cuatro mujeres vestidas también de uniforme. La mayoría murieron detrás de sus mesas bajo una granizada de balas, con una expresión de pasmada incredulidad. A los pocos segundos, la sala pareció un matadero, con sangre y tejidos desparramados por todas partes.

Pitt no perdió tiempo en ver más. Apretó el botón de la planta 1 y subió solo en el ascensor al despacho de Velikov. Apretando la espalda contra la pared de delante y con el arma en posición de disparar, lanzó una rápida mirada alrededor de la puerta que se abría. Lo que vio en el interior del despacho le produjo una mezcla de recogijo y furia salvaje.

Siete oficiales del GRU estaban sentados en semicírculo, observando fascinados la sádica actuación de Foss Gly. Parecían no oír el sordo ruido de los disparos en la planta inferior, pues, según dedujo Pitt, tenían los sentidos adormecidos por el contenido de varias botellas de vino.

Rudi Gunn yacía en un lado, con la cara casi hecha papilla, tratando desesperadamente, por orgullo, de mantener despectivamente erguida la cabeza. Un oficial apuntaba con una pequeña pistola al sangrante Al Giordino, que estaba atado a una silla metálica. El musculoso y pequeño italiano estaba doblado hacia delante, con la cabeza casi tocando las rodillas y sacudiéndola lentamente de un lado a otro, como para aclarar la visión y librarse del dolor. Uno de los hombres dio una patada a Giordino en el costado, haciéndole caer al suelo con la silla. Raymond LeBaron estaba sentado al lado y un poco detrás de Gly. El que había sido dinámico financiero tenía el aspecto de un hombre convertido en una sombra, con el espíritu arrancado del cuerpo. Los ojos estaban ciegos, la cara era inexpresiva. Gly le había exprimido y retorcido hasta convertirlo en un vegetal.

Jessie LeBaron estaba arrodillada en el centro de la habitación, mirando a Gly con expresión de reto. Le habían cortado muy cortos los cabellos. Sujetaba una manta alrededor de sus hombros. Las piernas y los brazos descubiertos estaban llenos de cardenales y manchas rojas. Parecía estar más allá del sufrimiento, insensible la mente a todo dolor ulterior. A pesar de su lastimoso aspecto, era increíblemente hermosa, con una serenidad y un aplomo extraordinarios.

Foss y los otros hombres se volvieron al oír el ascensor, pero al ver que estaba aparentemente vacío, volvieron a su diversión.

Precisamente cuando la puerta empezaba a cerrarse, Pitt entró en la habitación con una calma helada casi inhumana, con su AK-74 levantado al nivel de los ojos y vomitando fuego.

Su primera ráfaga de tiros alcanzó al hombre que había tirado al suelo a Giordino de una patada. La segunda ráfaga dio en el pecho del condecorado oficial sentado junto a Gunn, haciéndole caer hacia atrás contra una librería. Las tercera y cuarta barrieron a tres hombres sentados en apretado grupo. Después hizo girar el arma, describiendo un arco y apuntando a Foss Gly; pero el corpulento desertor reaccionó más de prisa que los otros.

Gly puso a Jessie en pie y la sostuvo delante de él como un escudo. Pitt se retrasó lo suficiente para que el séptimo ruso que estaba sentado casi a su lado desenfundase

una pistola y disparase al azar.

La bala dio en la recámara del arma de Pitt, la rompió y después rebotó en el techo. Pitt levantó el arma inútil y saltó en el mismo momento en que veía el fogonazo del segundo disparo. Ahora todo pareció desarrollarse en movimiento retardado. Incluso la expresión asustada del ruso al apretar el gatillo por tercera vez. Pero no llegó a disparar. La culata de la AK-74 cortó el aire y se estrelló contra un lado de la cabeza.

Al principio, Pitt pensó que la segunda bala había errado el blanco, pero entonces sintió gotear sangre sobre el cuello desde la oreja izquierda. Permaneció inmóvil allí, presa todavía de furia, mientras Gly arrojaba brutalmente a Jessie sobre la alfombra. Una satánica mueca se pintó en la cara maligna de Gly junto con una expresión de diabólica expectación.

—Has vuelto.

—Muy perspicaz..., para ser un cretino.

—Te prometí una muerte lenta cuando volviésemos a encontrarnos —dijo amenazadoramente Gly—. ¿Lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado —dijo Pitt—. Incluso me he acordado de traer un buen garrote.

Pitt estaba seguro de que Gly quería quitarle la vida con sus manazas. Y sabía que su única ventaja verdadera, además del bate, era un total desconocimiento del miedo. Gly estaba acostumbrado a ver víctimas importantes y desnudas, intimidadas por su fuerza bruta. Los labios de Pitt imitaron la satánica mueca, y empezó a acechar a Gly, observando con fría satisfacción la confusión que se pintaba en los ojos de su adversario.

Pitt se colocó en posición agachada, como en el béisbol, golpeó bajo con el bate y alcanzó a Gly en la rodilla. El golpe rompió la rótula de Gly, que gruñó de dolor, pero no cayó al suelo. Se recobró en un abrir y cerrar los ojos y se lanzó sobre Pitt, recibiendo un golpe en las costillas que le dejó sin aliento y jadeando de angustia. Por un momento permaneció inmóvil, observando cautelosamente a Pitt, tocándose las costillas rotas e inspirando dolorosamente.

Pitt se echó atrás y bajó el bate.

—¿Te dice algo el nombre de Brian Shaw? —preguntó pausadamente.

La torcida mirada de odio se transformó lentamente en expresión de asombro.

—¿El agente británico? ¿Le conocías?

—Hace seis meses le salvé la vida en un remolcador en el río Saint Laurence. ¿Te acuerdas? Tú le estabas matando a golpes cuando llegué por detrás y te di en el cráneo con una llave inglesa.

Pitt se regocijó al ver la mirada salvaje de los ojos de Gly.

—¿Fuiste tú?

—Será la última idea que te lleves al otro mundo —dijo Pitt, sonriendo diabólicamente.

—Es la confesión de un hombre muerto.

No había desprecio ni insolencia en la voz de Gly; sólo un simple convencimiento.

Sin añadir palabra, los dos hombres empezaron a dar vueltas uno alrededor del otro, como un par de lobos; Pitt, con el bate levantado; Gly, arrastrando la pierna lesionada. Un silencio irreal reinó en la estancia. Gunn se esforzó, a pesar de su dolor, en alcanzar la pistola caída, pero Gly advirtió el movimiento por el rabillo del ojo y apartó el arma de una patada. Todavía atado a la silla, Giordino luchaba débilmente contra sus ataduras, en desesperada frustración, mientras Jessie yacía rígida, mirando con fascinación mórbida.

Pitt dio un paso adelante y a punto estaba de descargar el golpe cuando uno de sus pies resbaló en la sangre del ruso muerto. El bate habría alcanzado a Gly en un lado de la cabeza, pero el arco se desvió un palmo. En un movimiento reflejo, Gly levantó el brazo y encajó el golpe con su enorme bíceps.

El palo tembló en las manos de Pitt como si hubiese golpeado el parachoques de un coche. Gly levantó la mano libre, agarró la punta del bate y jadeó como un levantador de pesas. Pitt sujetó el mango con todas sus fuerzas, y fue levantado en el aire como un niño y lanzado a través de la habitación contra una estantería, cayendo al suelo entre un alud de volúmenes encuadernados en piel.

Triste, desesperadamente, Jessie y los otros sabían que Pitt no podía resistir la tremenda colisión. Incluso Gly respiró y se tomó tiempo para acercarse al cuerpo caído en el suelo, con el triunfo resplandeciendo en su cara, con los labios abiertos a la manera de un tiburón, previendo el exterminio inmediato.

Entonces Gly se detuvo y vio con incredulidad que Pitt se levantaba de debajo de una montaña de libros como un jugador de rugby que hubiese sido placado, aturdido y un poco desorientado pero listo para la próxima jugada. Pitt era el único que sabía que los libros habían amortiguado el impacto. El cuerpo le dolía de un modo infernal, pero no había sufrido ninguna lesión grave en los músculos y los huesos. Levantando el bate, se dispuso a recibir al hombre de hierro que avanzaba y descargó la punta roma con toda su fuerza contra aquella cara burlona.

Pero juzgó mal la fuerza diabólica del gigante. Gly dio un paso a un lado y recibió el bate con el puño, apartándolo y aprovechando el impulso de Pitt para cerrar los brazos de hierro alrededor de su espalda. Pitt se retorció violentamente y dio un rodillazo en el bajo vientre de Gly, un golpe salvaje que habría dejado fuera de combate a cualquier otro hombre. Pero no a Gly. Éste lanzó un ligero gemido, pestañeó y aumentó la presión, en un cruel abrazo de oso que acabaría con su vida.

Gly miró sin pestañear los ojos de Pitt desde una distancia de diez centímetros.

No había la menor señal de esfuerzo físico su cara. Su única expresión era de desprecio. Levantó a Pitt en el aire y siguió apretando, previendo el terror convulso que se pintaría en la cara de su víctima momentos antes del fin.

Todo el aire había sido expulsado de los pulmones de Pitt y éste jadeó, tratando de recobrar el aliento. La habitación empezó a hacerse confusa, mientras el dolor del pecho se convertía en angustia terrible. Oyó chillar a Jessie. Giordino gritó algo, pero no pudo distinguir las palabras. A pesar del dolor, su mente permanecía curiosamente despierta y clara. Se negaba a aceptar la muerte y concibió fríamente un plan sencillo para burlarla.

Tenía un brazo libre, mientras que el otro, que todavía agarraba el bate de béisbol, permanecía sujeto por la presa implacable de Gly. El negro telón empezaba a caer sobre sus ojos por última vez, y dándose cuenta de que sólo unos segundos le separaban de la muerte, realizó su última acción desesperada.

Levantó la mano izquierda hasta tenerla al nivel de la cara de Gly e introdujo todo el pulgar en el ojo de éste, apretando hacia dentro a través del cráneo y retrociéndolo para llegar hasta el cerebro.

El pasmo producido por el dolor atroz y por la incredulidad borró la expresión burlona del semblante de Gly. Las crueles facciones se torcieron en una máscara de angustia o, instintivamente, soltó a Pitt y se llevó las manos al ojo, atronando el aire con un terrible grito.

A pesar de la gravísima herida, Gly se mantuvo en pie, dando vueltas por la habitación como un animal enloquecido. Pitt no podía creer que aquel monstruo estuviese todavía vivo; casi llegó a creer que Gly era indestructible..., hasta que un ruido ensordecedor ahogó los gritos de agonía.

Una, dos, tres veces, con un aplomo y una frialdad absolutos, Jessie apretó el gatillo de la pistola que había caído al suelo, apuntando al bajo vientre de Foss Gly. Las balas dieron en el blanco y el hombre se tambaleó y dio unos pasos atrás; después permaneció grotescamente en pie durante unos momentos, como una marioneta sostenida por los hilos. Por último, se derrumbó y se estrelló contra el suelo como un árbol talado de raíz. El único ojo seguía abierto, negro y maligno en la muerte, como lo había sido en vida.

El comandante Gus Hollyman volaba asustado. Piloto de carrera de la Fuerza Aérea, con casi treinta mil horas de vuelo, sentía agudas punzadas de duda, y la duda era uno de los peores enemigos del piloto. La falta de confianza en uno mismo, en su avión o en los hombres de tierra podía resultar mortal.

No podía creer que su misión de derribar la nave espacial *Gettysburg* fuese algo más que un estafalario ejercicio proyectado por algún concienzudo general aficionado a los juegos de guerra rebuscados. Una simulación, se dijo por décima vez; tenía que ser una simulación a la que se pondría fin en el último minuto.

Hollyman contempló las estrellas a través de la cubierta de cristal del avión de combate nocturno F-15E y se preguntó si podría obedecer la orden de destruir la nave espacial y a todos los que iban en ella.

Miró los instrumentos que resplandecían en el panel que tenía delante. Su altitud era de poco más de quince mil metros. Faltaban menos de tres minutos para que se encontrase con la nave espacial en rápido descenso y tuviese que disparar un misil Modoc dirigido por radar. Repasó automáticamente la acción en su mente, esperando que no pasaría de un suceso imaginario.

—¿Todavía nada? —preguntó a su observador de radar, un teniente llamado Regis Murphy, que no paraba de mascar chicle.

—Todavía está fuera de nuestro alcance —respondió Murphy—. Los últimos datos del centro espacial de Colorado sitúan su altitud de órbita en cuarenta kilómetros, velocidad aproximada de nueve mil kilómetros por hora y reduciéndose. Debería llegar a nuestro sector dentro de cinco minutos y cuarenta segundos, a una velocidad de mil ochocientos kilómetros por hora.

Hollyman se volvió y observó el negro cielo a su espalda, percibiendo el débil resplandor de los tubos de escape de los dos aviones que le seguían.

—¿Me oyes, Fox Dos?

—Sí, Fox Uno.

—¿Fox Tres?

—Le oímos.

Una nube de opresión pareció llenar la cabina de Hollyman. Nada de esto tenía sentido, Él no había consagrado su vida a defender a su país, no había pasado años de adiestramiento intensivo, simplemente para tener ahora que derribar una nave espacial desarmada que transportaba inocentes científicos. Tenía que haber algún terrible error.

—Control de Colorado, aquí Fox Uno.

—Diga, Fox Uno.

—Pido permiso para terminar la maniobra. Cambio.

Hubo una larga pausa. Después:

—Comandante Hollyman, soy el general Alian Post. ¿Me oye?

Conque éste era el inteligente general, pensó Hollyman.

—Sí, mi general, le oigo.

—Esto no es una maniobra. Repito: no es una maniobra.

Hollyman no se mordió la lengua.

—¿Se da cuenta de lo que me pide que haga, señor?

—No le pido nada, comandante. Le ordeno que derribe el *Gettysburg* antes de que aterrice en Cuba.

No había habido tiempo para informar de todo a Hollyman cuando se le había ordenado que emprendiese el vuelo. Se quedó pasmado y aturdido ante la súbita revelación de Post.

—Disculpe que le pregunte esto, mi general, pero, ¿actúa usted siguiendo órdenes superiores? Cambio.

—La orden viene directamente del comandante en jefe de la Casa Blanca. ¿Le basta con esto?

—Sí, señor —dijo lentamente Hollyman—. Supongo que sí.

¡Dios mío!, pensó desesperadamente. No había manera de eludir la orden.

—Altura treinta y cinco kilómetros; nueve minutos para el aterrizaje —dijo Burkhart a Jurgens, leyendo los instrumentos—. Tenemos luces a nuestra derecha.

—¿Qué pasa, Houston? —preguntó Jurgens, frunciendo el entrecejo—. ¿Adonde diablos nos llevan?

—Tranquilo —respondió la voz impasible del director de vuelo Foley—. Siguen el rumbo exacto. Les haremos aterrizar.

—El radar y los indicadores de navegación dicen que vamos a aterrizar en el centro de Cuba. Por favor, comprueben.

—No hace falta, *Gettysburg*, están en la fase final.

—No comprendo, Houston. Repito: ¿dónde nos están obligando a aterrizar?

No hubo respuesta.

—Escúchenme —dijo Jurgens, al borde de la desesperación—. Voy a emplear los mandos manuales.

—No, Dave. Deje actuar el mando automático. Todos los sistemas están dispuestos para el aterrizaje.

Jurgens apretó los puños, ahora desesperado.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué están haciendo esto?

No hubo respuesta.

Jurgens miró a Burkhart.

—Pon el freno de velocidad al cero por ciento. Pasamos a TAEM^[1]. Quiero mantener esta nave en el aire hasta que pueda conseguir alguna respuesta clara.

—No harás más que prolongar lo inevitable durante un par de minutos —dijo Burkhart.

—No podemos quedarnos sentados aquí y permitir que esto suceda.

—No depende de nosotros —dijo tristemente Burkhart—. No tenemos otro lugar adonde ir.

El verdadero Merv Foley estaba sentado delante de una consola en el Centro de Control de Houston, furioso e impotente. Su rostro, pálido como la cera, tenía una expresión de incredulidad. Golpeó con el puño el borde de la consola.

—Les estamos perdiendo —dijo, desesperado.

Irwin Mitchell, del «círculo privado», estaba inmediatamente detrás de él.

—Nuestros encargados de las comunicaciones están haciendo todo lo que pueden para establecer contacto.

—¡Demasiado tarde, maldita sea! —gritó Foley—. Están en la última fase de acercamiento. —Se volvió y agarró a Mitchell del brazo—. Por el amor de Dios, Irv, pida al presidente que les deje aterrizar. Entreguen la lanzadera a los rusos; que saquen de ella todo lo que puedan. Pero, por el amor de Dios, no permitan que mueran estos hombres.

Mitchell miró torvamente las pantallas de datos.

—Ésta es la mejor manera —dijo, en tono vago.

—Esos colonos de la Luna... son sus paisanos. Después de todo lo que han logrado, después de años de luchar por conservar la vida en un medio hostil, no pueden simplemente eliminarlos cuando están a punto de volver a casa.

—Usted no conoce a esos hombres. Nunca permitirían que los resultados de sus esfuerzos fuesen a parar a manos de un gobierno hostil. Si yo estuviese allá arriba y Eli Steinmetz aquí abajo, él no vacilaría en hacer añicos el *Gettysburg*.

Foley miró a Mitchell durante un largo instante. Después se volvió y hundió la cabeza entre las manos, abrumado por el dolor.

Jessie levantó la cabeza y miró a Pitt, nublados los ojos castaños y con lágrimas rodando sobre las moraduras de sus mejillas. Ahora estaba temblando, tanto de espanto por los muertos que le rodeaban como de inmenso alivio. Pitt la abrazó, obedeciendo un súbito impulso, sin decir nada, y le quitó delicadamente la pistola de la mano. Después la soltó, cortó rápidamente las ataduras de Giordino, dio un apretón tranquilizador al hombro de Gunn y se acercó al enorme mapa de la pared.

Lo golpeó con los nudillos, calculando su grosor. Entonces se echó atrás y dio una patada al centro del océano índico. El panel oculto cedió, giró sobre sus goznes y chocó contra la pared.

—Volveré en seguida —dijo Pitt, y desapareció en un pasillo.

El interior estaba bien iluminado y alfombrado. Pitt corrió descuidadamente, sosteniendo la pistola delante de él. El corredor tenía aire acondicionado y estaba fresco, pero el sudor brotaba de sus poros con más intensidad que nunca. Se enjugó la frente con una manga, dejando de ver por un breve instante, y a punto estuvo esto de costarle la vida.

En el momento exacto en que llegaba a un pasillo lateral, y como en una escena de una vieja película muda de Mack Sennett, chocó con dos guardias que doblaban la esquina.

Pitt pasó entre ellos, empujándoles hacia los lados; después giró en redondo y se dejó caer al suelo. El factor sorpresa le favoreció. Los guardias no habían esperado encontrar a un enemigo tan cerca del despacho del general Velikov. Pitt lo aprovechó y disparó cuatro veces antes de que los sorprendidos guardias tuviesen oportunidad de hacerlo con sus rifles. Se puso de pie de un salto, mientras estaban todavía cayendo.

Durante dos segundos, tal vez tres (le pareció una hora), contempló las figuras inertes, extrañado de no verse afectado por sus muertes, pero pasmado de que todo hubiese ocurrido tan deprisa. Mental y emocionalmente, estaba agotado; pero físicamente, se sentía razonablemente en forma. Pitt respiró profundamente hasta despejar el cerebro, y después trató de imaginar cuál era el pasillo que conducía al centro electrónico del edificio.

Los pasillos laterales tenían el suelo de hormigón; por consiguiente, siguió avanzando por el que estaba alfombrado. Había recorrido solamente quince metros cuando sus células cerebrales volvieron a funcionar como era debido, y entonces se maldijo por su torpeza al no haber pensado en apoderarse de un rifle de los guardias. Sacó el cargador de la pistola. Estaba vacío; sólo quedaba una bala en la recámara. Borró este error de la mente y siguió adelante.

Fue entonces cuando vio un resplandor delante de él y oyó voces. Aminoró el

paso, se asomó a un portal y observó con la cautela de un ratón al salir de su madriguera.

A dos metros delante de él, vio la baranda de una galería que dominaba una vasta habitación llena de ordenadores y consolas, en limpias hileras y debajo de dos grandes pantallas de datos. Al menos diez técnicos e ingenieros estaban sentados allí manejando aquella serie de aparatos electrónicos, mientras otros cinco o seis conversaban animadamente entre ellos.

Los pocos guardias uniformados presentes estaban agachados en el fondo de la estancia, apuntando sus rifles contra una pesada puerta de acero. Se oyó una ráfaga de tiros en el otro lado, y Pitt supo que Quintana y sus hombres estaban a punto de irrumpir en la habitación. Ahora lamentó amargamente no haberse apoderado de las armas de los muertos. Estaba a punto de correr atrás en su busca, cuando un enorme estruendo llenó la sala, seguido de una lluvia de polvo y de cascotes, mientras la destrozada puerta saltaba de sus goznes en mellados fragmentos.

Antes de que se despejase la nube, los cubanos entraron por la abertura, disparando. Los tres primeros en irrumpir en la estancia cayeron bajo el fuego de los guardias. Entonces los rusos parecieron disolverse ante aquel ataque asesino. El estrépito dentro de la habitación de paredes de hormigón era ensordecedor, pero, aun así, Pitt podía oír los gritos de los heridos. La mayoría de los técnicos se ocultaron debajo de sus consolas. Los que se resistieron fueron despiadadamente derribados.

Pitt se deslizó por la galería, manteniendo la espalda pegada a la pared. Vio a dos hombres a unos diez metros de distancia, contemplando horrorizados la carnicería. Reconoció en uno de ellos al general Velikov y siguió acercándose, acechando a su presa. Solamente había avanzado una corta distancia cuando Velikov se separó de la barandilla de la galería y se volvió. Miró durante un instante a Pitt; después abrió mucho los ojos al reconocerle, y luego, aunque parezca increíble, sonrió. Aquel hombre parecía carecer en absoluto de nervios.

Pitt levantó la pistola y apuntó cuidadosamente.

Velikov se movió con la rapidez de un gato, tirando del otro hombre y colocándolo delante de él una fracción de segundo antes de que el percutor cayese sobre el cartucho.

La bala alcanzó a Lyev Maisky en el pecho. El jefe delegado de la KGB se quedó rígido y permaneció en pie como petrificado de asombro, antes de tambalearse hacia atrás y caer sobre la barandilla al piso inferior.

Pitt, inconscientemente, apretó de nuevo el gatillo; pero la pistola estaba vacía. En un fútil arrebató, la lanzó contra Velikov, el cual la desvió fácilmente con un brazo.

Velikov asintió con la cabeza, con más curiosidad que miedo.

—Es usted un hombre sorprendente, señor Pitt.

Antes de que éste pudiese replicar o dar un paso, el general saltó de lado, cruzó

una puerta abierta y la cerró de golpe. Pitt se arrojó contra la puerta. Pero demasiado tarde. Se cerraba por dentro y Velikov había corrido ya el pestillo. No podría abrirla de una patada. El grueso pestillo estaba firmemente introducido en el marco metálico. Pitt levantó el puño para golpear la puerta, pero lo pensó mejor, giró en redondo y bajó corriendo la escalera que conducía a la planta inferior.

Cruzó la habitación en medio de toda aquella confusión, saltando sobre los cuerpos hasta que llegó junto a Quintana, que estaba vaciando el cargador de su AK-74 contra un banco de ordenadores.

—¡Olvide esto! —le gritó Pitt al oído. Señaló la consola de la radio—. Si sus hombres no han destruido la antena, trataré de establecer contacto con la lanzadera.

Quintana bajó su rifle y le miró.

—Los controles están en ruso. ¿Sabrá manejarlos?

—Se lo diré cuando lo haya probado —dijo Pitt.

Se sentó a la consola de la radio y estudió rápidamente el confuso mar de luces y botones marcados con caracteres cirílicos.

Quintana se inclinó sobre el hombro de Pitt.

—No encontrará a tiempo la frecuencia adecuada.

—¿Es usted católico?

—Sí, ¿por qué?

—Entonces invoque al santo patrón de las almas perdidas y rece para que esta cosa esté todavía en la frecuencia de la lanzadera.

Pitt colocó el pequeño auricular sobre un oído y empezó a apretar botones hasta recibir un tono. Entonces ajustó el micrófono y apretó lo que presumió y esperó fervientemente que fuese el botón de transmisión.

—*Gettysburg*, ¿me oye? Cambio.

Entonces apretó lo que estaba seguro de que era el botón de recepción. Nada.

Probó un segundo y un tercer botón.

—*Gettysburg*, ¿me oye? Cambio.

Pulsó un cuarto botón.

—*Gettysburg. Gettysburg*, conteste por favor —suplicó—. ¿Me oye? Cambio.

Silencio, y entonces:

—Aquí *Gettysburg*. ¿Quién diablos es usted? Cambio.

La súbita respuesta, tan clara y distinta, sorprendió a Pitt, que tardó casi tres segundos en responder.

—Esto no importa, pero soy Dirk Pitt. Por el amor de Dios, *Gettysburg*, desvíe el rumbo. Repito: desvíe el rumbo. Se está dirigiendo a Cuba.

—¡Vaya una novedad! —dijo Jurgens—. Sólo puedo mantener este pájaro en el aire unos minutos más y hacer un aterrizaje forzoso en la pista más próxima. No tenemos alternativa.

Pitt no respondió inmediatamente. Cerró los ojos y trató de pensar. De pronto se hizo una luz en su mente.

—*Gettysburg*, ¿pueden llegar a Miami?

—No. Cambio.

—Pruebe la Estación Aeronaval de Key West. Está en la punta de los Keys.

—Tomamos nota. Nuestros ordenadores muestran que está a ciento diez millas al norte y ligeramente al este de nosotros. Muy dudoso. Cambio.

—Mejor que caiga al agua que en manos de los rusos.

—Esto es fácil de decir. Llevamos más de doce personas a bordo. Cambio.

Pitt discutió un momento con su conciencia, preguntándose si debía o no representar el papel de Dios. Después dijo en tono apremiante:

—*Gesttysburg*, ¡adelante! Diríjase a los Keys.

Él no podía saberlo. Pero Jurgens estaba a punto de tomar la misma decisión.

—¿Por qué no? Sólo podemos perder una nave de mil millones de dólares y nuestras vidas. Mantenga los dedos cruzados.

—Cuando yo cierre, podrá restablecer la comunicación con Houston —dijo Pitt—. Suerte, *Gettysburg*. Que lleguen sanos y salvos a casa. Cierro.

Pitt permaneció sentado allí, agotado. Reinaba un extraño silencio en la arruinada habitación, un silencio solamente intensificado por los graves gemidos de los heridos. Miró a Quintana y sonrió débilmente. Su papel en la función había terminado, pensó vagamente: lo único que le quedaba por hacer era reunir a sus amigos y volver a casa.

Pero entonces se acordó de La Dorada.

El *Gettysburg* ofrecía un buen blanco mientras se deslizaba en silencio a través de la noche. No había ningún resplandor de los tubos de escape de los motores parados, pero estaba iluminado desde la proa hasta la cola por las brillantes luces de navegación. Estaba solamente a quinientos metros por delante y ligeramente por debajo del avión de caza de Hollyman. Éste sabía ahora que nada podía salvar a la lanzadera y a los hombres que iban dentro. Su terrible final se produciría dentro de sólo unos segundos.

Hollyman realizó los movimientos mecánicos previos al ataque. Las señales visuales en el panel de delante y en el parabrisas mostraban la velocidad necesaria y los datos de navegación, junto con las indicaciones referentes a los sistemas de lanzamiento de misiles. Un ordenador digital apuntaba automáticamente a la lanzadera espacial, y él poco tenía que hacer, salvo apretar un botón.

—Control de Colorado, tengo la posición del blanco.

—Bien, Fox Uno. Cuatro minutos para el aterrizaje. Empiece su ataque.

Hollyman estaba atormentado por la indecisión. Sintió una oleada de náuseas que le privó temporalmente de todo movimiento. Su mente estaba atribulada por la plena conciencia del acto terrible que estaba a punto de cometer. Había alimentado la inútil esperanza de que todo aquello fuera un espantoso error y de que el *Gettysburg*, como un reo a punto de ser ejecutado en una vieja película, sería salvado en el último minuto por el indulto del presidente.

La brillante carrera de Hollyman en las Fuerzas Aéreas estaba acabada. A pesar del hecho de que cumplía órdenes, sería siempre señalado como el hombre que había destruido el *Gettysburg* y sus pasajeros en el aire. Y experimentaba un miedo y una cólera como jamás había sentido.

No podía aceptar su mala suerte, ni que el destino le hubiese elegido para el papel de verdugo. Maldijo en voz baja a los políticos que tomaban decisiones militares y que le habían puesto en esta situación.

—Repita, Fox Uno. Su transmisión fue confusa.

—Nada, control. No he dicho nada.

—¿A qué se debe su demora? —preguntó el general Post—. Empiece inmediatamente el ataque.

Hollyman alargó los dedos sobre el botón de fuego.

—Que Dios me perdone —murmuró.

De pronto, los dígitos en su instrumento de seguimiento empezaron a cambiar. Los estudió brevemente, atraído por la curiosidad. Después miró hacia la nave espacial. Parecía oscilar.

—¡Control de Colorado! —gritó por el micrófono—. Aquí Fox Uno. El

Gettysburg ha cambiando de rumbo. ¿Me oyen? El *Gettysburg* ha torcido a la izquierda y se dirige hacia el norte.

—Le oímos, Fox Uno —respondió Post, con ostensible alivio en su voz—. También nosotros hemos registrado el cambio de rumbo. Tome posiciones y manténgase cerca de la lanzadera. Esos hombres van a necesitar todo el apoyo moral que se les pueda prestar.

—Con mucho gusto —dijo entusiasmado Hollyman—. Con mucho gusto.

Un manto de silencio envolvía la sala de control del Centro Espacial Johnson. Ignorantes del drama casi fatal representado por la Fuerza Aérea, el equipo de tierra de cuatro controladores y un grupo creciente de científicos y administradores de la NASA estaban sumidos en un purgatorio de pesimismo. Su red de seguimiento reveló el súbito giro de la lanzadera hacia el norte, pero podía indicar simplemente una vuelta o un giro en S como preparación para el aterrizaje.

Entonces, con sorprendente brusquedad, la voz de Jurgens rompió el silencio.

—Houston, aquí *Gettysburg*. ¿Me oyen? Cambio.

La sala de control estalló en un estruendo de aclamaciones y aplausos. Merv Foley reaccionó rápidamente y respondió:

—Sí, *Gettysburg*. Bienvenido al redil.

—¿Estoy hablando con el verdadero Merv Foley?

—Si somos dos, espero que pillen al otro antes de que firme con mi nombre un montón de cheques.

—Eres Foley, desde luego.

—¿Cuál es su situación, Dave? Cambio.

—¿Me están siguiendo?

—Todos los sistemas han funcionado, salvo las comunicaciones y el control de dirección, desde que salieron de la estación espacial.

—Entonces ya saben que nuestra altitud es de quince mil metros, y la velocidad, de mil seiscientos kilómetros por hora. Vamos a tratar de aterrizar en la Estación Aeronaval de Key West. Cambio.

Foley miró a Irwin Mitchell, tenso el semblante.

Mitchell asintió con la cabeza y dio un golpecito en el hombro de Foley.

—Detengamos cualquier otra maniobra y traigamos a esos muchachos a casa.

—Está a más de seiscientos kilómetros —dijo desesperadamente Foley—. Nos las tenemos con una nave de cien toneladas que desciende tres mil metros por minuto con una inclinación siete veces mayor que la de un avión comercial. Nunca lo conseguiremos.

—Nunca digas nunca —replicó Mitchell—. Ahora diles que ponemos manos a la obra. Y procura parecer animado.

—¿Animado? —Foley tardó unos segundos en sobreponerse y después apretó el

botón de transmisión—. Está bien, Dave, vamos a resolver el problema y traerles a Key West. ¿Están en TAEM? Cambio.

—Sí. Estamos haciendo todo lo posible por conservar la altura. Tendremos que cambiar el sistema normal de acercamiento para extender nuestro alcance. Cambio.

—Comprendido. Todas las unidades aéreas y marítimas de la zona están siendo puestas en estado de alerta.

—No sería mala idea hacer que la Marina supiese que estamos llegando para tomar el desayuno.

—Lo haremos —dijo Foley—. No corte.

Apretó un botón y aparecieron los datos de seguimiento en la pantalla de su consola. El *Gettysburg* descendía a menos de doce mil metros y todavía tenía que volar ciento cincuenta kilómetros.

Mitchell contempló la imagen de la trayectoria en la pantalla gigante de la pared. Se puso el auricular y llamó a Jurgens.

—Dave, soy Irwin Mitchell. Vuelva a la dirección automática. ¿Me ha oído? Cambio.

—Lo he oído. Irv, pero no me gusta.

—Será mejor que los ordenadores dirijan esta fase del acercamiento. Podrá volver al mando manual quince kilómetros antes de aterrizar.

—Bien. Cierro.

Foley miró, expectante, a Mitchell.

—¿Están muy cerca? —fue todo lo que preguntó.

—A un tiro de piedra —dijo Mitchell, respirando hondo.

—¿Podrán conseguirlo?

—Si el viento sigue como ahora, tienen una pequeña posibilidad. Pero si aumenta a veinte nudos, están listos.

No se sentía miedo en la cabina del *Gettysburg*. No había tiempo para esto. Jurgens seguía atentamente la trayectoria de descenso en las pantallas del ordenador. Abría y cerraba los dedos como un pianista antes del concierto, esperando ansiosamente el momento en que tomaría el mando manual para las últimas maniobras del aterrizaje.

—Tenemos un acompañante —dijo Burkhart.

Por primera vez, Jurgens desvió la mirada de los instrumentos y miró por la ventanilla. Pudo distinguir a duras penas un caza F-15 que volaba a su lado a una distancia de unos doscientos metros. Mientras lo observaba, el piloto encendió las luces de navegación e hizo oscilar las alas del aparato. Otros dos aviones en formación siguieron su ejemplo. Jurgens volvió a ajustar la radio a una frecuencia militar.

—¿De dónde vienen, muchachos?

—Estábamos dando una vuelta por el barrio en busca de alguna chica y vimos su máquina volante. ¿Podemos ayudarles? Cambio.

—¿Tienen un cable para remolcarnos? Cambio.

—Se nos han acabado.

—De todos modos, gracias por la compañía.

Jurgens sintió un ligero alivio. Si no llegaban a Key West y tenían que caer al agua, al menos los cazas podrían permanecer en el lugar y guiar a los que viniesen a auxiliarles. Volvió de nuevo a fijar su atención en los indicadores de vuelo y se preguntó distraídamente por qué no le había puesto Houston en comunicación con la Estación Aeronaval de Key West.

—¿Qué diablos es eso de que Key West está cerrado? —gritó Mitchell a un pálido ingeniero que estaba a su lado y sostenía un teléfono. Y sin esperar respuesta, agarró el auricular—. ¿Con quién hablo? —preguntó.

—Soy el capitán de corbeta Redfern.

—¿Se da cuenta de la gravedad de la situación?

—Nos la han explicado, señor, pero nada podemos hacer. Esta tarde una camioneta cisterna ha chocado contra nuestras líneas de energía eléctrica y todo el campo ha quedado inmediatamente a oscuras.

—¿Y sus generadores de emergencia?

—El motor Diesel que los activa funcionó bien durante seis horas y después falló por un problema mecánico. Ahora están trabajando en esto y volverá a funcionar dentro de una hora.

—Demasiado tarde —gritó Mitchell—. El *Gettysburg* llegará dentro de dos minutos. ¿Cómo pueden guiarle en la maniobra de aterrizaje?

—No podemos hacerlo —respondió el capitán—. Todo nuestro equipo está inutilizado.

—Entonces iluminen la pista con los faros de los coches y los camiones, con cualquier cosa de que dispongan.

—Haremos todo lo que podamos, señor; pero no será mucho, con sólo cuatro hombres de servicio a esta hora de la madrugada. Lo siento.

—No es usted el único que lo siente —gruñó Mitchell, y colgó el teléfono de golpe.

—Ahora, ya tendríamos que ver la pista —dijo Burkhart, con inquietud—. Veo las luces de la ciudad de Key West, pero ni señales de la estación aeronaval.

Por primera vez, aparecieron unas gotitas de sudor en la frente de Jurgens.

—Es muy extraño que no nos hayan dicho nada las torres de control.

En aquel momento, oyeron la voz tensa de Mitchell.

—*Gettysburg*, la estación de Key West ha sufrido una avería en la instalación eléctrica. Procurarán iluminar la pista con vehículos. Aconsejamos que se acerque

desde el este y aterrice en dirección oeste. La pista tiene una longitud de dos mil metros. Si la sobrepasan, irán a parar a un parque de recreo. ¿Entendido? Cambio.

—Sí, Control. Entendido.

—Vemos que está a cuatro mil metros, Dave. Velocidad, seiscientos kilómetros por hora. Un minuto y diez segundos, y nueve kilómetros, para el aterrizaje. Tome el mando manual. Cambio.

—Bien, paso al mando manual.

—¿Puede ver la pista?

—Todavía no veo nada.

—Disculpe la interrupción, *Gettysburg*. —Era Hollyman, empleando la frecuencia de la NASA—. Pero creo que mis muchachos y yo podemos hacer de guías a su trineo. Pasaremos delante y alumbraremos el camino.

—Muchas gracias, amiguito —dijo, agradecido, Jurgens.

Observó como los F-15 le adelantaban, bajaban el morro y apuntaban en dirección a Key West. Se pusieron en línea, como jugando a seguir al jefe, y encendieron las luces de aterrizaje. Al principio, los brillantes rayos solamente se reflejaron en el agua; pero después iluminaron unas salinas y luego la pista de la estación aeronaval.

—*Gettysburg*, sólo está a cien metros por debajo del mínimo —dijo Foley.

—Si subo un centímetro más, se calará.

La pista pareció tardar una eternidad en hacerse más ancha. La lanzadera estaba sólo a seis kilómetros, pero parecían cien. Jurgens creyó que podría conseguirlo. Era preciso. Puso en acción a todas las células de su cerebro, para que el *Gettysburg* se mantuviera en el aire.

—Velocidad quinientos kilómetros, altitud seiscientos metros, cinco kilómetros hasta la pista —informó Burkhart, con voz ligeramente ronca.

Jurgens pudo ver ahora las luces de los vehículos de los servicios de socorro y contra incendios. Los cazas volaban sobre él, iluminando la pista de hormigón de dos mil metros de longitud por sesenta de anchura.

La lanzadera descendía rápidamente. Jurgens la retenía lo más que podía. Las luces de aterrizaje brillaron sobre la línea de la costa, a no más de treinta metros debajo de él. Esperó hasta el último segundo y desplegó el tren de aterrizaje. Una maniobra normal de aterrizaje exigía que las ruedas tocasen el suelo a novecientos metros del principio de la pista, pero Jurgens contuvo el aliento, confiando, contra toda esperanza, en alcanzar el hormigón.

La salina fue iluminada por los brillantes rayos y se perdió en la oscuridad. Burkhart se agarró a los brazos del sillón y recitó los números decrecientes:

—Velocidad trescientos cincuenta. Tren de aterrizaje a tres metros... dos... uno, contacto.

Los cuatro gruesos neumáticos del tren de aterrizaje principal chocaron con la dura superficie y protestaron por la súbita fricción lanzando una nube de humo. Una medición ulterior demostraría que Jurgens había tocado el suelo a sólo veinte metros del principio de la pista. Jurgens bajó suavemente el morro de la nave espacial hasta que la rueda delantera estableció contacto con el suelo, y entonces apretó los dos pedales del freno. Cuando detuvo el aparato, todavía le sobraban trescientos metros de pista.

—¡Lo han conseguido! —gritó Hollyman, por radio.

—*Gettysburg* a Control de Houston —dijo Jurgens, con un audible suspiro—. Las ruedas se han detenido.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —gritó Foley.

—Felicitaciones, Dave —añadió Mitcheli—. Nadie habría podido hacerlo mejor.

Burkhart miró a Jurgens y no dijo nada; se limitó a levantar los dos pulgares.

Jurgens permaneció sentado, descargando todavía adrenalina, gozando de un triunfo contra todas las probabilidades. Su fatigada mente empezó a divagar y, sin darse cuenta, empezó a preguntarse quién era Dirk Pitt. Después apretó el botón del intercomunicador.

—Señor Steinmetz.

—¿Sí, comandante?

—Sea bienvenido en su regreso a la Tierra. Estamos en casa.

Pitt echó una rápida mirada a su alrededor y volvió al despacho de Velikov. Todos estaban de rodillas, agrupados alrededor de Raymond LeBaron, que yacía en el suelo. Jessie le asía una mano y le murmuraba algo. Gunn miró hacia arriba al oír acercarse a Pitt y sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó rápidamente Pitt.

—Se puso en pie para ayudarte y recibió la bala que te hirió en la oreja —respondió Giordino.

Antes de arrodillarse, Pitt miró un momento al millonario mortalmente herido. En la ropa que cubría la parte superior del abdomen se extendía una mancha carmesí. Los ojos tenían todavía vida y estaban fijos en el rostro de Jessie. La respiración era rápida y jadeante. Trató de levantar la cabeza para decir algo a Jessie, pero el esfuerzo fue demasiado grande y volvió a reclinarla en el suelo.

Pitt hincó despacio una rodilla al lado de Jessie. Ella se volvió a mirarle y las lágrimas resbalaron por sus pálidas mejillas. Él correspondió brevemente a su mirada, en silencio. No se le ocurría nada que decirle; su mente estaba agotada.

—Raymond trató de salvarte —dijo ella con voz ronca—. Yo sabía que no podrían cambiarle del todo. Al final volvió a ser como antes.

LeBaron tosió; una tos extraña y áspera. Miró a Jessie, turbios los ojos, blanca y exangüe la cara.

—Cuida de Hilda —murmuró—. Lo dejo todo en tus manos.

Antes de que pudiese decir nada más, la habitación retembló con el estruendo de explosiones allá a lo lejos; el equipo de Quintana había empezado a destruir las instalaciones electrónicas en el interior del edificio. Tendrían que marcharse pronto, y no llevarían a Raymond LeBaron con ellos.

Pitt pensó en todos los reportajes de los periódicos y los artículos de las revistas que glorificaban al moribundo que ahora yacía sobre la alfombra como un comerciante de temple de acero que podía levantar o derribar a directivos de corporaciones gigantescas o a políticos de alto nivel en el Gobierno: como un brujo en la manipulación de los mercados financieros del mundo; como un hombre frío y vengativo que había dejado tras de sí los huesos de sus competidores y no había dudado en echar a la calle a miles de sus empleados. Pitt había leído todo esto, pero lo único que veía ahora era un viejo moribundo, una paradoja de la fragilidad humana, que le había robado la esposa a su mejor amigo y después le había matado por un tesoro. Pitt no podía sentir compasión, ni una pizca de emoción, por un hombre semejante.

Ahora el hilo delgado del que pendía la vida de LeBaron estaba a punto de romperse. Pitt se inclinó y acercó los labios a la oreja del viejo potentado.

—La Dorada —murmuró—. ¿Qué hizo con ella?

LeBaron le miró y sus ojos brillaron un instante al pasar por su nublada mente un último recuerdo del pasado. Hizo acopio de fuerzas para responder y su voz fue muy débil. Las palabras brotaron casi en el mismo instante de morir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Giordino.

—No estoy seguro —respondió Pitt, con expresión perpleja—. Fue algo así como «Look on the main sight»^[2].

A los oídos de los cubanos de la isla grande, las detonaciones sonaron como un trueno lejano, y no les prestaron atención. Ninguna erupción volcánica tiñó el horizonte de rojo y naranja; ninguna terrible columna de llamas elevándose en el negro cielo atrajo su curiosidad. El ruido llegó extrañamente sofocado, debido a que el edificio había sido destruido desde el interior. Incluso la tardía destrucción de la gran antena pasó inadvertida.

Pitt ayudó a Jessie a cruzar la playa, seguido de Giordino y de Gunn, que era transportado en una camilla por los cubanos. Quintana se reunió con ellos y prescindió de toda precaución al enfocar a Pitt con los finos rayos de una linterna.

—Debería vendarle la oreja.

—Sobreviviré hasta que llegemos al TSE.

—Tuve que dejar dos hombres atrás, enterrados donde nadie podrá encontrarlos nunca. Pero volvemos más de los que vinimos. Alguien tendrá que llevar a otro en su Dasher. Tú llevarás a la señora LeBaron, Dirk, El señor Gunn puede navegar conmigo. El sargento López puede...

—El sargento puede ir solo —le interrumpió Pitt.

—¿Solo?

—También nosotros dejamos un hombre atrás —dijo Pitt.

Quintana pasó rápidamente el rayo de su linterna sobre los otros.

—¿Raymond LeBaron?

—No vendrá.

Quintana encogió ligeramente los hombros, inclinó la cabeza delante de Jessie y dijo simplemente:

—Lo siento.

Entonces se volvió y empezó a reunir a sus hombres para el viaje de regreso a la embarcación nodriza.

Pitt sostuvo a Jessie junto a él y dijo amablemente:

—Te pidió que cuidases de su primera esposa, Hilda, que todavía vive.

No pudo ver la sorpresa que se pintó en la cara de ella, pero sí sentir que su cuerpo se ponía rígido.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella, con incredulidad.

—La conocí y hablé con ella hace unos días.

Jessie pareció aceptarlo y no le preguntó cómo habría ido a parar a la residencia de ancianos.

—Raymond y yo celebramos la ceremonia y representamos nuestros papeles de marido y mujer. Pero él nunca pudo renunciar completamente a Hilda o divorciarse de ella.

—Un hombre que amaba a dos mujeres.

—De una manera diferente, especial. Era un tigre en los negocios, pero un cordero en la vida del hogar. Raymond se sintió perdido cuando la mente y el cuerpo de Hilda empezaron a deteriorarse. Necesitaba desesperadamente una mujer en la que apoyarse. Empleó su influencia para simular la muerte de Hilda e ingresarla en una residencia bajo el apellido de su primer matrimonio.

—Y entonces entraste tú en escena.

No quería mostrarse frío, pero no estaba afligido.

—Yo ya era parte de su vida —dijo ella, impertérrita—. Yo era uno de los redactores-jefe de *Prosperter*. Raymond y yo nos entendíamos desde hacía años. Nos sentíamos bien juntos. Su proposición fue casi como un negocio, un matrimonio simulado de conveniencia; pero pronto se convirtió en algo más, en mucho más. ¿Lo crees?

—Yo no soy quién para dictar sentencias —respondió Pitt a media voz.

Quintana salió de las sombras y tocó el brazo de Pitt.

—Nos ponemos en marcha. Yo llevaré el receptor de radio e iré delante. —Se acercó a Jessie y su voz se suavizó—. Dentro de una hora estará a salvo. ¿Cree que podrá aguantar un poco más?

—Estaré bien. Gracias por su interés.

Arrastraron los Dashers a través de la playa y los metieron en el agua. Quintana dio la orden y todos montaron y partieron sobre el negro mar. Esta vez Pitt iba en retaguardia, mientras Quintana, con los auriculares calados, se dirigía hacia el TSE guiándose por las instrucciones transmitidas por el coronel Kleist.

Dejaron atrás aquella isla de la muerte. El enorme edificio había quedado reducido a un montón de planchas de hormigón derrumbadas. Los aparatos electrónicos y el adornado mobiliario ardían como el fondo de un volcán en extinción debajo de la arena coralina blanqueada por el sol. La antena gigantesca yacía en mil pedazos retorcidos. Sin ninguna posibilidad de reparación. Al cabo de pocas horas, cientos de soldados rusos, conducidos por agentes del GRU, se arrastrarían sobre las ruinas, buscando entre la arena alguna señal que permitiera identificar a las fuerzas responsables de la destrucción. Pero los únicos indicios que encontrarían en su investigación apuntarían directamente a la mente astuta de Fidel Castro y no a la CÍA.

Pitt mantenía los ojos fijos en la luz azul del Dasher que le precedía. Navegaba ahora contra la marea y la pequeña embarcación cabeceaba y remontaba las crestas

como en una montaña rusa. El peso añadido de Jessie reducía su velocidad, y Pitt apretaba a fondo el acelerador para no quedar rezagado.

Sólo habían viajado cosa de una milla cuando sintió que una de las manos de Jessie se desprendía de su cintura.

—¿Estás bien? —preguntó.

Por toda respuesta sintió el frío cañón de una pistola apoyado en su pecho, justo por debajo de la axila. Bajó muy despacio la cabeza y miró debajo del brazo. Ciertamente, era el negro perfil de una pistola apoyada en su caja torácica; una Makarov de 9 milímetros, y la mano que la sostenía no temblaba.

—Si no es una impertinencia —dijo Pitt, con auténtica sorpresa—, ¿puedo preguntarte en qué estás pensando?

—En un cambio de plan —respondió ella, con voz grave y tensa—. Nuestro trabajo sólo está realizado a medias.

Kleist paseaba por la cubierta del TSE mientras los componentes del equipo de Quintana subían a bordo y los Dashers eran introducidos rápidamente por una gran escotilla y bajados por una rampa hasta el cavernoso compartimiento de carga. Quintana estuvo dando vueltas alrededor del submarino hasta que no quedó nadie en el agua; sólo entonces fue a la cubierta inferior.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó ansiosamente Kleist.

—Como dicen en Broadway, un gran éxito. La destrucción ha sido total. Puede decir a Langley que el GRU ha volado por los aires.

—Buen trabajo —dijo Kleist—. Recibirán una buena recompensa y unas largas vacaciones. Cortesía de Martin Brogan.

—Pitt es quien merece las mayores alabanzas. Nos condujo directamente al salón antes de que los rusos se despertasen. También se dirigió a la radio y avisó a la lanzadera espacial.

—Desgraciadamente, no hay galones para los ayudantes espontáneos —dijo vagamente Kleist. Después preguntó—: ¿Y qué ha sido del general Velikov?

—Se le presume muerto y enterrado bajo los cascotes.

—¿Alguna baja?

—Yo he perdido dos hombres. —Hizo una pausa—. También perdimos a Raymond LeBaron.

—El presidente tendrá un gran disgusto cuando se entere de esta noticia.

—En realidad, fue sobre todo un accidente. Hizo un valeroso pero loco intento de salvar la vida de Pitt, y fue él quien pagó con la suya.

—Así pues, el viejo bastardo ha muerto como un héroe. —Kleist caminó hasta el borde de la cubierta y observó la oscuridad—. ¿Y qué ha sido de Pitt?

—Sufrió una pequeña herida, nada grave.

—¿Y la señora LeBaron?

—Unos pocos días de descanso y algún cosmético para disimular sus moraduras y parecerá como nueva.

Kleist se volvió rápidamente.

—¿Cuándo les vio por última vez?

—Cuando abandonamos la playa. Pitt llevaba a la señora LeBaron con él en su Dasher. Yo navegaba a poca velocidad para que pudiesen seguirnos.

Quintana no pudo verlo, pero los ojos de Kleist se volvieron temerosos, temerosos al darse súbitamente cuenta de que algo andaba terriblemente mal.

—Pitt y la señora LeBaron no han subido a bordo.

—Tienen que haberlo hecho —dijo con inquietud Quintana—. Yo he sido el último en subir.

—Esto no es una explicación —dijo Kleist—. Ellos están todavía ahí fuera, en alguna parte. Y como Pitt no llevaba el receptor de radio en el trayecto de regreso, no podemos guiarle hasta aquí.

Quintana se llevó una mano a la frente.

—Ha sido culpa mía. Yo era el responsable.

—Tal vez sí, tal vez no. Si algo hubiese marchado mal, si su Dasher se hubiese averiado, Pitt habría gritado y usted le habría oído con toda seguridad.

—Tal vez podríamos localizarlos con el radar —sugirió Quintana, esperanzado.

Kleist apretó los puños y se los golpeó.

—Será mejor que nos demos prisa. Quedarnos aquí mucho más tiempo sería un suicidio.

Él y Quintana bajaron rápidamente por la rampa hasta el cuarto de control. El operador del radar estaba sentado delante de una pantalla en blanco. Levantó la cabeza al ver a los dos oficiales que se situaban a su lado, con los semblantes tensos.

—Levante la antena —ordenó Kleist.

—Seremos captados por todas las unidades de radar de la costa cubana —protestó el operador.

—¡Levántela! —repitió vivamente Kleist.

Arriba, una parte de la cubierta se abrió y una antena orientable se desplegó y subió en la punta de un mástil que se elevó casi veinte metros en el aire. Abajo, tres pares de ojos observaron cómo cobraba vida la pantalla.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó el operador.

—Faltan dos de nuestras personas —respondió Quintana.

—Son demasiado pequeños para ser vistos.

—¿Y si aumentamos el alcance por ordenador?

—Podemos probar.

—Adelante.

Al cabo de medio minuto, el operador sacudió la cabeza.

—Nada en dos millas.

—Aumente el alcance a cinco.

—Nada.

—Pase a diez.

El operador prescindió de la pantalla de radar y observó atentamente la imagen ampliada del ordenador.

—Bien, distingo un objeto diminuto que es una posibilidad. Nueve millas al sudoeste, torciendo dos-dos-dos grados.

—Tienen que haberse perdido —murmuró Kleist.

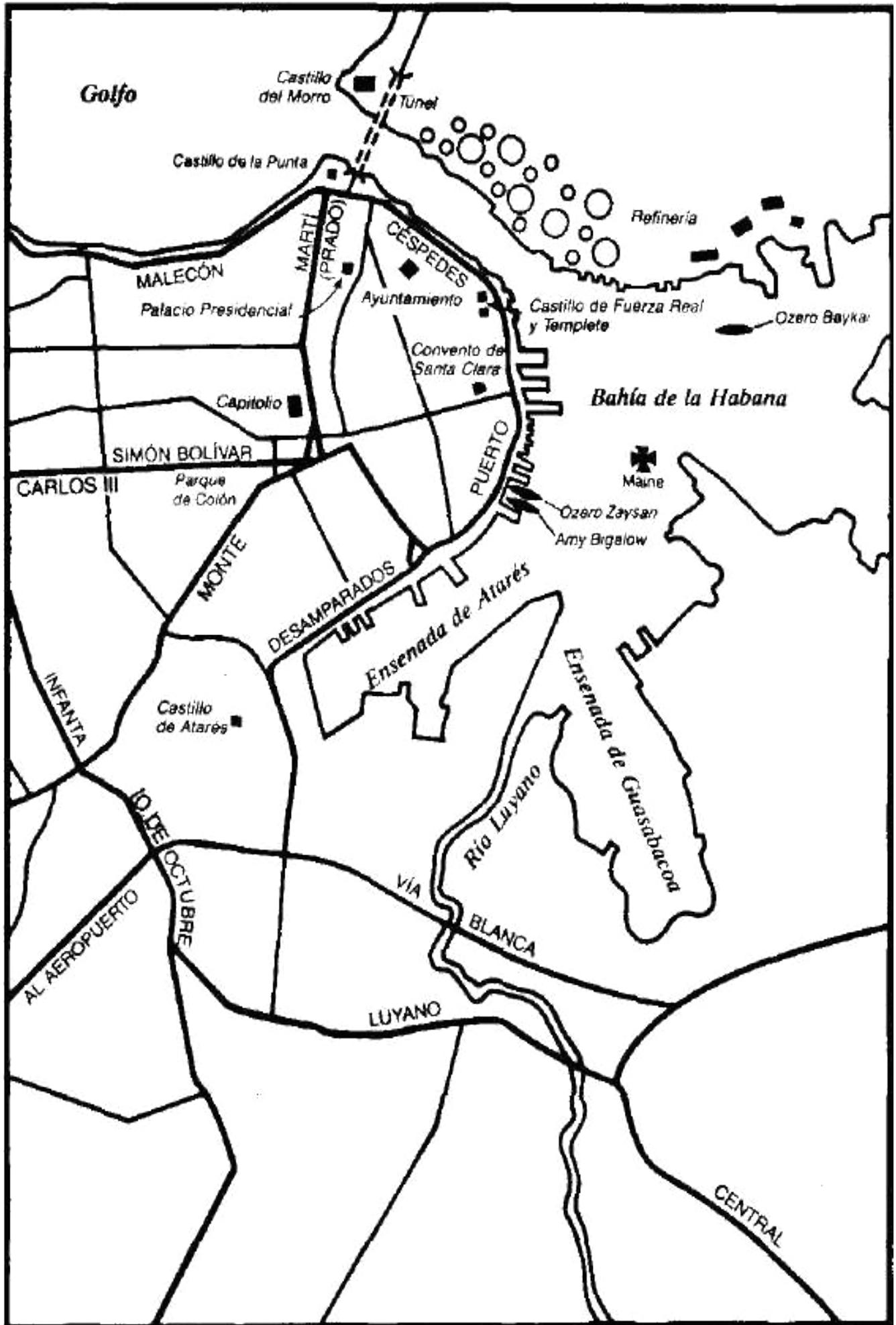
El operador de radar sacudió la cabeza.

—No, a menos que estén ciegos o sean completamente estúpidos. El cielo está claro como el cristal. Hasta un boy scout podría encontrar la Estrella Polar.

Quintana y Kleist se irguieron y se miraron con mudo asombro, incapaces de comprender del todo lo que sabían que era verdad. Kleist fue el primero en hacer la ineludible pregunta.

—¿Por qué? —preguntó, perplejo—. ¿Por qué tienen que ir deliberadamente a Cuba?

QUINTA PARTE
El Amy Bigalow



6 de noviembre de 1989 - Costa Norte de Cuba

Pitt y Jessie esquivaron una lancha patrullera cubana y se hallaban a mil metros de la costa de Cuba cuando acabó de descargarse la batería del Dasher. Quitaron los tapones de los flotadores y se alejaron nadando mientras la pequeña embarcación deportiva se hundía hasta el fondo del mar. Las botas de campaña eran muy ajustadas y dejaban entrar poca agua en su interior; por consiguiente, se las dejaron puestas, conscientes de que serían esenciales cuando pisasen tierra.

El agua era agradablemente tibia y las olas permanecían bajas. La media luna de la mañana temprana se deslizaba sobre el horizonte dos horas antes de que saliese el sol. Bajo aquella luz, Pitt podía fácilmente no perder de vista a Jessie. Ésta tosió como si hubiese tragado un poco de agua, pero parecía nadar sin esfuerzo.

—¿Qué tal nadas de espalda? —preguntó él.

—Bien. —Ella espurrió y escupió durante un momento, y dijo—: quedé tercera en un campeonato escolar del Estado.

—¿Qué Estado?

—Wyoming.

—No sabía que en Wyoming hubiese piscinas.

—Eres muy gracioso.

—La marea nos favorece; debemos darnos prisa antes de que cambie.

—Pronto será de día —dijo ella.

—Mayor motivo para que lleguemos a tierra y busquemos donde refugiarnos.

—¿Qué me dices de los tiburones?

—Nunca desayunan antes de las seis— dijo él, con impaciencia—. Vamos, basta de charla.

Empezaron a nadar de espalda, echando atrás los brazos y pataleando. La marea creciente les empujaba a casi un nudo de velocidad y hacían un buen crono. Jessie era buena nadadora. Seguía el ritmo de Pitt y se mantenía a su lado. Él se maravilló de su resistencia después de todo lo que había tenido que sufrir durante los últimos seis días y la compadeció por los dolores y la fatiga que sabía que estaba padeciendo. Pero no podía permitir ahora que aflojase; no hasta que llegasen a la costa y encontrasen un poco de seguridad.

Ella no le había explicado la razón por la que le obligaba a dirigirse a Cuba, y Pitt no se la había preguntado. No tenía que ser clarividente para saber que ella tenía un propósito definido en su mente, capaz de llevarla hasta la locura. Podía haberla desarmado volcando el Dasher en un rápido viraje al descender de una ola, y estaba bastante seguro de que Jessie no habría apretado el gatillo si él se hubiese negado a

obedecerla.

Pero, para Pitt, era una cosa normal. «Con poco o mucho dinero, es el amor lo que mueve el mundo.» Sólo que él no estaba enamorado; atraído, sí, pero no encalabrinado. La curiosidad pesaba más que cualquier impulso pasional. Nunca podía resistir la tentación de asomarse a la puerta de lo desconocido. Y además estaba el señuelo del tesoro de La Dorada. La pista que le había dado LeBaron era muy vaga, pero la estatua tenía que estar en algún lugar de Cuba. La única pega era que fácilmente podrían matarle.

Pitt se detuvo y se sumergió, tocando fondo a una profundidad que calculó sería de tres metros. Volvió a subir y accidentalmente rozó una de las piernas de Jessie al emerger. Ella chilló, creyendo que era atacada por una criatura grande de aleta triangular, ojos ciegos y una boca que sólo un dentista podría apreciar.

—¡Silencio! —dijo él—. O pondrás sobre aviso a todas las patrullas a millas de distancia.

—¡Dios mío, eras tú! —gruñó ella, asustada.

—Habla bajo —murmuró él a su oído—. El sonido se transmite con mucha claridad sobre el agua. Descansaremos un rato y observaremos por si hay alguna señal de actividad.

Ella no le respondió; le tocó ligeramente un hombro en señal de asentimiento. Patalearon en el agua durante varios minutos, mirando en la oscuridad. La pálida luz de la luna iluminaba suavemente la costa de Cuba, la estrecha franja de arena blanca y las oscuras sombras que se alzaban detrás. A unas dos millas a su derecha pudieron ver luces de coches que circulaban por una carretera próxima a la costa. Cinco millas más allá, un resplandor incandescente revelaba la posición de una pequeña ciudad portuaria.

Pitt no podía detectar ningún indicio de movimiento. Señaló hacia delante y empezó a nadar de nuevo, ahora en braza para poder ver lo que tenía delante. Alturas y formas, ángulos y contornos, se convirtieron en nebulosas siluetas al acercarse ellos. Cincuenta metros más adelante, Pitt bajó los pies y tocó arena. Se levantó y el agua le llegó al pecho.

—Puedes ponerte en pie —dijo en voz baja.

Hubo una pausa momentánea; después, Jessie dijo con voz cansada:

—Gracias a Dios. Los brazos me pesaban como el plomo.

—En cuanto llegemos cerca de la orilla, tiéndete y no te muevas. Yo exploraré los alrededores.

—Ten cuidado, por favor.

—No te preocupes —dijo él, con una amplia sonrisa—. Estoy empezando a pillarle el truco a esto. Es la segunda playa enemiga en la que he desembarcado esta noche.

—¿Es que nunca hablarás en serio?

—Cuando la ocasión lo exija, sí. Como ahora, por ejemplo. Dame la pistola.

Ella vaciló.

—Creo que la he perdido.

—¿Lo crees?

—Cuando nos metimos en el agua...

—La tiraste.

—La tiré —repitió inocentemente ella, contra su voluntad.

—No sabes lo divertido que es trabajar contigo —dijo Pitt, desesperado.

Nadaron en silencio el poco trecho que les quedaba, hasta que las pequeñas olas acabaron de romper y la profundidad del agua fue de unos pocos centímetros. Pitt indicó a Jessie, con un ademán, que no se levantase. Permaneció tendido e inmóvil durante un minuto, y después se levantó súbitamente sin decir palabra, corrió sobre la arena y desapareció en las sombras.

Jessie se esforzó en no adormilarse. Tenía todo el cuerpo entumecido por el cansancio, y se dio cuenta, con alivio, de que el dolor de las magulladuras causadas por las manos de Foss Gly se estaba mitigando. El suave chapoteo del agua contra su cuerpo ligeramente vestido la relajaba como un sedante.

Y entonces se quedó helada, clavando los dedos en la arena mojada y sintiendo el corazón en la garganta.

Uno de los arbustos se había movido. Después, tal vez a unos doce metros de distancia, una forma oscura se destacó de las sombras circundantes y avanzó a lo largo de la playa, exactamente por encima de la línea marcada por el mar.

No era Pitt.

La pálida luz de la luna reveló una figura uniformada y armada de un fusil. Jessie yació paralizada, claramente consciente de su absoluta impotencia. Apretó el cuerpo contra la arena y se deslizó lentamente hacia atrás, entrando en aguas más profundas, centímetro a centímetro.

Se encogió en un vano intento de hacerse más pequeña cuando de pronto la luz de una linterna brilló en la oscuridad y resiguó la playa sobre la rompiente. El centinela cubano dirigía la luz hacia atrás y hacia delante, mientras andaba en su dirección, examinando atentamente el suelo. Con aterrorizada certidumbre, se dio cuenta Jessie de que estaba siguiendo huellas de pisadas. Súbitamente, sintió cólera contra Pitt por dejarla sola y por dejar unas huellas que conducían directamente a ella.

El cubano se acercó a diez metros y habría visto el perfil superior de su cuerpo si se hubiese vuelto un poco en su dirección. El rayo de luz se detuvo y se mantuvo fijo, enfocando las huellas dejadas por Pitt en su carrera a través de la playa. El guardia giró hacia la derecha y se agachó, apuntando con la linterna a los matorrales aledaños. Entonces, inexplicablemente, dio media vuelta a la izquierda y el rayo de

luz alcanzó de lleno a Jessie, cegándola.

Durante un segundo, el cubano se quedó como pasmado; después asió con la mano libre el cañón del fusil ametrallador que llevaba colgado del hombro y apuntó directamente a Jessie. Demasiado aterrorizada para hablar, ella cerró los ojos, como si con esta sencilla acción pudiese librarse del horror y del impacto de las balas.

Oyó un golpe sordo, seguido de un gemido convulsivo. No hubo disparos. Solamente un extraño silencio. Entonces tuvo la impresión de que la luz se había apagado. Abrió los ojos y vio vagamente un par de piernas hundidas hasta el tobillo en el agua, y entre ellas percibió el cuerpo del cubano, tendido sobre la arena.

Pitt alargó los brazos y puso a Jessie suavemente en pie. Le alisó los chorreantes cabellos y dijo:

—Parece que no puedo volver la espalda un minuto sin que te encuentres en dificultades.

—Me creí muerta —dijo ella, y los latidos de su corazón empezaron a calmarse.

—Debes de haber pensado lo mismo al menos una docena de veces desde que salimos de Key West.

—Se tarda un poco en acostumbrarse al miedo a la muerte.

Pitt levantó la linterna del cubano, la encendió haciendo pantalla con la mano y empezó a despojarle de su uniforme.

—Afortunadamente, es un tunante bajito, aproximadamente de tu estatura. Tus pies nadarán probablemente en sus botas, pero es mejor que pequen de grandes que de pequeñas.

—¿Está muerto?

—Sólo tiene un pequeño chichón en la cabeza, producido por una piedra. Volverá en sí dentro de unas horas.

Ella frunció la nariz al tomar el uniforme de campaña que le arrojó Pitt.

—Creo que no se ha bañado nunca.

—Lávalo en el mar y póntelo mojado —dijo vivamente él—. Y de prisa. No es momento de andarse con remilgos. El centinela del puesto siguiente se estará preguntando por qué no se ha presentado. Su relevo y el sargento de guardia no tardarán en llegar.

Cinco minutos después, Jessie llevaba un empapado uniforme de patrullero cubano. Pitt tenía razón; las botas le estaban dos números grandes. Se recogió los mojados cabellos y los cubrió con la gorra. Se volvió y miró a Pitt que salía de entre los árboles y arbustos, llevando el fusil del cubano y una hoja de palmera.

—¿Qué has hecho de él?

—Le he metido entre unos matorrales —dijo Pitt, en tono apremiante.

Señaló a un rayito de luz a un cuarto de milla playa abajo.

—Vienen. No es hora de juegos. Marchémonos de aquí.

La empujó rudamente hacia los árboles y la siguió, caminando de espaldas y borrando las pisadas con la hoja de palmera. Después de casi setenta metros, tiró la hoja y corrieron a través de la jungla, apartándose lo más posible de los guardias y de la playa antes de que amaneciese.

Habían recorrido siete u ocho kilómetros cuando el cielo oriental empezó a pasar del negro al naranja. Apareció un campo de caña de azúcar en la decreciente oscuridad, y pasaron por su borde hasta salir a una carretera pavimentada de dos carriles. No había faros sobre el asfalto en ninguna de ambas direcciones. Caminaron por la orilla, metiéndose en la espesura cada vez que se acercaba un coche o un camión. Pitt advirtió que los pasos de Jessie empezaban a flaquear y que respiraba en rápidos jadeos. Se detuvo, cubrió la linterna con un pañuelo y le iluminó la cara. No necesitaba tener el título de médico para saber que estaba agotada. La asió de la cintura y la empujó hasta que llegaron a un pequeño y escabroso barranco.

—Recobra el aliento. Volveré en seguida.

Pitt se dejó caer hasta el fondo del barranco seco, que seguía un curso quebrado alrededor de una colina sembrada de grandes guijarros y de pinos achaparrados. Pasó por debajo de la carretera por un tubo de hormigón de un metro de diámetro y que daba a unos pastos vallados al otro lado. Volvió a subir a la carretera, tomó en silencio a Jessie de la mano y la condujo, tropezando y resbalando, al pedregoso fondo del barranco. Dirigió el rayo de luz de la linterna al tubo de desagüe.

—La única habitación vacía en la ciudad —dijo, con la voz más animada de que fue capaz, dadas las circunstancias.

No era una suite de lujo, pero había en el fondo curvo unos pocos centímetros de blanda arena y era el refugio más seguro que Pitt había podido encontrar. Si los guardias daban con su pista y la seguían hasta la carretera, sin duda pensarían que la pareja había sido recogida por un coche, según un plan preestablecido.

De algún modo consiguieron encontrar una posición cómoda en el estrecho y oscuro espacio. Pitt dejó el arma y la linterna al alcance de la mano y por fin se relajó.

—Muy bien, señora —dijo, y sus palabras resonaron en la tubería—. Creo que ya es hora de que me digas qué diablos estamos haciendo aquí.

Pero Jessie no le respondió.

Olvidando su uniforme frío, húmedo y mal ajustado, olvidando incluso el dolor de los pies y de las articulaciones, se había acurrucado en posición fetal y dormía profundamente.

—¿Muertos? ¿Todos muertos? —repitió furioso el jefe del Kremlin, Antonov—. ¿Toda la instalación destruida, y ningún superviviente, ninguno en absoluto?

Polevoi asintió tristemente con la cabeza.

—El capitán del submarino que detectó las explosiones y el coronel al mando de las fuerzas de seguridad enviadas a tierra para investigar, informaron que no habían encontrado a nadie vivo. Recogieron el cadáver de mi primer delegado, Lyev Maisky, pero el general Velikov todavía no ha sido encontrado.

—¿Se echaron en falta claves y documentos secretos?

Polevoi no estaba dispuesto a poner la cabeza en el tajo y asumir la responsabilidad de un desastre en los servicios secretos. Se hallaba a un pelo de perder su encumbrada posición y convertirse rápidamente en un burócrata olvidado, encargado de un campo de trabajo.

—Todos los datos secretos fueron destruidos por el personal del general Velikov antes de morir luchando.

Antonov aceptó la mentira.

—La CÍA —dijo reflexivamente—. Ellos están detrás de esta infame provocación.

—Creo que, en este caso, no podemos hacer de la CÍA el chivo expiatorio. Los primeros indicios señalan una operación cubana.

—Imposible —saltó Antonov—. Nuestros amigos en los círculos militares de Castro nos habrían advertido con mucha antelación de cualquier plan para atacar la isla. Además, una operación tan audaz e ingeniosa y de esta magnitud no está al alcance de ningún cerebro latino.

—Tal vez, pero nuestros mejores elementos en el servicio secreto creen que la CÍA no sospechaba ni remotamente la existencia de nuestro centro de comunicaciones en Cayo Santa María. No hemos descubierto al menor indicio de vigilancia. La CÍA es hábil, pero sus hombres no son dioses. No podía en modo alguno proyectar, ensayar y llevar a cabo la incursión en las pocas horas que mediaron entre el momento en que la lanzadera salió de la estación espacial hasta que se desvió de pronto del rumbo a Cuba que nosotros habíamos programado.

—¿Perdimos también la lanzadera?

—Nuestros instrumentos de observación del Centro Espacial Johnson revelaron que había aterrizado a salvo en Key West.

—Con los colonos americanos de la Luna —añadió Antonov.

—Iban a bordo, sí.

Antonov permaneció unos segundos sentado allí, demasiado furioso para reaccionar, apretados los labios, sin pestañear y mirando a ninguna parte.

—¿Cómo lo hicieron? —gruñó al fin—. ¿Cómo salvaron su preciosa lanzadera espacial en el último minuto?

—La suerte de los tontos —dijo Polevoi, siguiendo de nuevo el dogma comunista de echar las culpas a los otros—. Salvaron el pellejo gracias a la tortuosa interferencia de los Castro.

Antonov fijó de pronto la mirada en Polevoi.

—Como me ha recordado a menudo, camarada director, los hermanos Castro no pueden ir al retrete sin que la KGB se entere de cuántas piezas de papel higiénico emplean. Dígame cómo se acostaron de pronto con el presidente de los Estados Unidos sin que sus agentes lo advirtiesen.

Polevoi se había metido involuntariamente en un agujero y ahora salió astutamente de él cambiando de tema.

—La operación Ron y Cola sigue adelante. Pueden habernos birlado la lanzadera espacial y un rico caudal de datos científicos, pero es una pérdida aceptable en comparación con el dominio total de Cuba.

Antonov consideró las palabras de Polevoi y mordió el anzuelo.

—Tengo mis dudas. Si Velikov no dirige la operación, las probabilidades de éxito quedan reducidas a la mitad.

—El general ya no es esencial para Ron y Cola. El plan está concluido en un noventa por ciento. Los barcos entrarán en el puerto de La Habana mañana por la tarde, y el discurso de Castro está previsto para la mañana siguiente. El general Velikov realizó un trabajo espléndido para establecer las bases. Los rumores sobre un nuevo complot de la CÍA para asesinar a Castro han sido ya difundidos en todo el mundo occidental, y hemos preparado pruebas que demuestran la intervención americana. Ahora sólo falta apretar un botón.

—¿Está sobre aviso nuestra gente en La Habana y Santiago?

—Están preparados para actuar y constituir un nuevo Gobierno en cuanto se confirme el asesinato.

—¿Quién será el próximo líder?

—Alicia Cordero.

Antonov se quedó boquiabierto.

—¿Una mujer? ¿Vamos a nombrar a una mujer para que gobierne Cuba después de la muerte de Fidel Castro?

—La candidata perfecta —dijo firmemente Polevoi—. Es secretaria del Comité Central y secretaria del Consejo de Estado. Más importante aún, goza de toda la confianza de Fidel y es idolatrada por el pueblo, por el éxito de sus programas económicos familiares y su fogosa oratoria. Tiene un encanto y un carisma que igualan a los de Castro. Su fidelidad a la Unión Soviética es indiscutible y tendrá todo el apoyo de los militares cubanos.

—Que trabajen para nosotros.

—Que nos pertenecen —le corrigió Polevoi.

—Entonces, estamos comprometidos.

—Sí, camarada presidente.

—¿Y después? —preguntó Antonov.

—Nicaragua, Perú, Chile y, sí, Argentina —dijo Polevoi, entusiasmándose con su tema— Basta de revoluciones turbulentas, basta de sangrientas guerras de guerrilla. Nos infiltraremos en sus gobiernos y los corroeremos sutilmente desde dentro, cuidando de no provocar la hostilidad de los Estados Unidos. Cuando éstos despierten al fin, será demasiado tarde. Las Américas del Sur y Central serán sólidas extensiones de la Unión Soviética.

—¿Y no del Partido? —preguntó Antonov, en tono de reproche—. ¿Olvida usted la gloria de nuestra herencia comunista, Polevoi?

—El Partido es la base sobre la que hay que construir. Pero no podemos continuar encadenados a una arcaica filosofía marxista que ha tardado cien años en demostrar que es irrealizable. Dentro de una década estaremos en el siglo veintiuno. Ha llegado la hora del frío realismo. Citaré sus propias palabras, camarada presidente, cuando dijo: «Preveo una nueva era de socialismo que barrerá del mundo el odiado azote del capitalismo.» Cuba es el primer paso para realizar su sueño de una sociedad mundial dominada por el Kremlin.

—Y Fidel Castro es la barrera en nuestro camino.

—Sí —dijo Polevoi, con una siniestra sonrisa—, pero sólo durante otras cuarenta y ocho horas.

El Air Force One despegó de la base de la Fuerza Aérea en Andrews y giró hacia el sur sobre los históricos montes de Virginia. Temprano por la mañana, el cielo era claro y azul, con sólo unas pocas y desparramadas nubes de tormenta. El coronel de aviación que había pilotado el reactor Boeing bajo tres presidentes, se elevó a once mil metros y dio la hora de llegada a Cabo Cañaveral por el intercomunicador de la cabina.

—¿Vamos a desayunar, caballeros? —preguntó el presidente, señalando hacia un pequeño comedor recientemente instalado en el avión. Su esposa había colgado una lámpara *Tiffany art déco*, produciendo un ambiente informal y relajado—. Nuestra despensa contiene hasta champaña, si a alguien le apetece.

—Yo preferiría una taza de café bien caliente —dijo Martin Brogan.

Se sentó y sacó una carpeta de su cartera antes de deslizar ésta debajo de la mesa.

Dan Fawcett arrimó una silla a su lado, mientras Douglas Oates se sentaba enfrente, junto al presidente. Un sargento de la Fuerza Aérea con chaqueta blanca sirvió zumo de guayaba, bebida predilecta del presidente, y café. Cada cual pidió su desayuno y todos esperaron a que el presidente iniciase la conversación.

—Bueno —dijo éste, sonriendo—, tenemos que hablar de muchas cosas antes de aterrizar en el Cabo y felicitar a todo el mundo. Por consiguiente, empecemos. Dan, infórmenos sobre el estado del *Gettysburg* y de los colonos de la Luna.

—He estado toda la mañana hablando por teléfono con oficiales de la NASA —dijo Fawcett, con evidente excitación en el tono de su voz—: Como todos sabemos, Dave Jurgens pudo aterrizar en Key West por la punta de los pelos. Una notable hazaña. La estación aeronaval ha sido cerrada a todo tráfico aéreo o de tierra. Las puertas y las vallas están fuertemente custodiadas por guardias de Marina. El presidente ha ordenado una reserva temporal absoluta sobre la situación hasta que podamos anunciar la existencia de nuestra nueva base lunar.

—Los reporteros deben de estar chillando como buitres heridos —dijo Oates—, queriendo saber por qué aterrizó el vehículo espacial tan lejos del lugar previsto.

—Por supuesto.

—¿Cuándo piensa usted dar la noticia? —preguntó Brogan.

—Dentro de dos días —respondió el presidente—. Necesitamos tiempo para estudiar las enormes implicaciones e interrogar a Steinmetz y a los suyos, antes de entregarlos a los medios de comunicación.

—Si nos demoramos más —añadió Fawcett—, alguien del cuerpo de prensa de la Casa Blanca se irá de la lengua.

—¿Dónde están ahora los colonos de la Luna?

—Sometidos a pruebas médicas en el Centro Espacial Kennedy —respondió Fawcett—. Fueron sacados en avión de Key West junto con la tripulación de Jurgens poco después de que aterrizase el *Gettysburg*.

Brogan miró a Oates.

—¿Ha dicho algo el Kremlin?

—Hasta ahora ha guardado silencio.

—Será interesante, para variar, ver cómo reaccionan cuando las víctimas son compatriotas suyos.

—Antonov es un perro viejo astuto —dijo el presidente—. Renunciará a una furiosa propaganda acusándonos de asesinar a sus cosmonautas, a cambio de mantener conversaciones secretas en las que pedirá una indemnización consistente en compartir datos científicos.

—¿Se los dará?

—El presidente está moralmente obligado a acceder —dijo Oates.

Brogan pareció horrorizado, lo mismo que Fawcett.

—Esta no es una cuestión política —dijo Brogan con voz grave—. No hay ninguna regla que diga que hemos de revelar secretos vitales para nuestra defensa nacional.

—En esta ocasión, somos nosotros y no los rusos los malos de la película —

protestó Oates—. Estamos a punto de llegar al acuerdo SALT IV para prohibir toda futura instalación de misiles nucleares. Si el presidente hiciese caso omiso de las reclamaciones de Antonov, los negociadores soviéticos harían una de sus famosas escapadas sólo horas antes de firmar el tratado.

—Puede que tenga razón —dijo Fawcett—. Pero ninguno de los relacionados con la Jersey Colony ha estado luchando durante dos decenios para entregarlo todo al Kremlin.

El presidente había seguido la discusión sin interrumpir. Ahora levantó una mano.

—Caballeros, no estoy dispuesto a vender todas las existencias. Pero hay un enorme caudal de información que podemos compartir con los rusos y con el resto del mundo en interés de la humanidad. Descubrimientos médicos y datos geológicos y astronómicos pueden ser difundidos libremente. Pero no se alarmen. No voy a comprometer nuestros programas espaciales y de defensa. Esto permanecerá firmemente en nuestras manos. ¿He hablado claro?

Se hizo un silencio en el pequeño comedor mientras el camarero traía tres humeantes platos de huevos, jamón y pastelillos calientes. Volvió a llenar las tazas de café. En cuanto volvió a la cocina, el presidente suspiró profundamente y miró la mesa delante de Brogan.

—¿No come usted, Martin?

—Generalmente prescindo del desayuno. El almuerzo es mi comida principal.

—No sabe lo que se pierde. Estos pastelillos calientes son ligeros como plumas.

—No, gracias. Seguiré con el café.

—Mientras los demás comemos, ¿por qué no nos informa sobre la operación de Cayo Santa María?

Brogan tomó un sorbo de su taza, abrió la carpeta y resumió su contenido en unas pocas declaraciones concisas.

—Un equipo especial de combate, al mando del coronel Ramón Kleist y dirigido por el comandante Angelo Quintana, desembarcó en la isla a las dos de esta madrugada. A las cuatro y media, las instalaciones de interferencia y escucha por radio, incluida la antena, fueron destruidas, y eliminado todo el personal. La hora no pudo ser más oportuna, pues la última transmisión por radio puso sobre aviso al *Gettysburg* sólo minutos antes de aterrizar en suelo cubano.

—¿Quién dio el aviso? —le interrumpió Fawcett.

Brogan miró por encima de la mesa y sonrió.

—Dijo llamarse Dirk Pitt.

—¡Dios mío, ese hombre está en todas partes! —exclamó el presidente.

—Jessie LeBaron y dos hombres de NUMA del almirante Sandecker fueron rescatados —siguió diciendo Brogan—. Raymond LeBaron resultó muerto.

—¿Se ha confirmado esto? —preguntó el presidente, con expresión solemne.

—Sí, señor, se ha confirmado.

—Una gran desgracia. Merecía nuestro reconocimiento por su contribución a la Jersey Colony.

—Pero la misión fue un gran éxito —dijo pausadamente Brogan—. El comandante Quintana capturó un caudal de material secreto, incluidas las últimas claves soviéticas. Llegó hace solamente una hora. Los analistas de Langley lo están estudiando ahora.

—Tengo que felicitarle —dijo el presidente— Su gente ha realizado una hazaña increíble.

—Debería reservar sus alabanzas, señor presidente, hasta que haya oído toda la historia.

—Está bien, Martin. Prosiga.

—Dirk Pitt y Jessie LeBaron... —Brogan hizo una pausa y encogió desalentado los hombros—. No volvieron a la embarcación nodriza con el comandante Quintana y sus hombres.

—¿Murieron en la isla como Raymond LeBaron?

—No, señor. Partieron con los otros, pero cambiaron de rumbo y se dirigieron a Cuba.

—Cuba —repitió el presidente en voz baja. Miró a Oates y a Fawcett, que le miraron a su vez con incredulidad—. Dios mío, Jessie está tratando todavía de entregar nuestra respuesta a la proposición de pacto entre Cuba y los Estados Unidos.

—¿Podrá establecer contacto con Castro? —preguntó Fawcett.

Brogan sacudió dudosamente la cabeza.

—La isla está llena de fuerzas de seguridad, policías y milicianos que registran minuciosamente las carreteras. Serán detenidos dentro de una hora, si pueden eludir las patrullas en la playa.

—Tal vez Pitt tenga suerte —murmuró esperanzado Fawcett.

—No —dijo gravemente el presidente, con semblante preocupado—. Ese hombre ha gastado ya toda la suerte que tenía.

En un pequeño despacho de la sede de la CÍA en Langley, Bob Thornburg, jefe analista de documentos, estaba sentado con los pies cruzados sobre su mesa y leía un montón de material enviado por avión desde San Salvador. Expelió una bocanada de humo azul de su pipa y tradujo los textos rusos.

Revisó rápidamente tres pliegos y tomó un cuarto. El título le intrigó. La redacción era típicamente americana. Era una acción secreta que llevaba por nombre una mezcla de bebidas. Echó una ojeada al final y, de momento, se quedó pasmado. Después dejó la pipa en un cenicero, quitó los pies de la mesa y leyó el contenido del pliego con más atención, frase por frase, y tomando notas en un bloc amarillo.

Casi dos horas más tarde, Thornburg levantó su teléfono y marcó un número

interior. Le respondió una mujer, y él le preguntó por el director delegado.

—Eileen, soy Bob Thornburg. ¿Puedo hablar con Henry?

—Está comunicando por otra línea.

—Dígale que me llame lo antes posible; es urgente.

—Se lo diré.

Thornburg recogió sus notas y estaba leyendo por quinta vez el pliego cuando el timbre del teléfono le interrumpió. Suspiró y levantó el auricular.

—Bob, soy Henry. ¿Qué pasa?

—¿Podemos vernos en seguida? Acabo de repasar parte de los datos secretos capturados en la operación de Cayo Santa María.

—¿Algo de valor?

—Digamos una bomba.

—¿Puedes indicarme algo?

—Se refiere a Fidel Castro.

—¿Qué diablura se propone ahora?

—Va a morir pasado mañana.

En cuanto Pitt se despertó, miró su reloj. Eran las doce y dieciocho. Se sentía descansado, animado, incluso optimista.

Al pensar en ello, encontró que su estado de ánimo era tristemente divertido. Su futuro no era exactamente brillante. No tenía dinero cubano ni documentos de identidad. Estaba en un país comunista, sin un amigo al que contactar y sin ninguna excusa para estar en él. Y llevaba el uniforme menos adecuado. Tendría suerte si podía pasar el día sin que le matasen como espía.

Alargó una mano y sacudió delicadamente el hombro de Jessie. Después salió del túnel de desagüe, observó cautelosamente la zona y empezó a hacer gimnasia para desentumecer los músculos.

Jessie abrió los ojos y despertó despacio, lánguidamente, de un profundo y voluptuoso sueño, poniendo gradualmente su mundo en perspectiva. Desencogiéndose y estirando los brazos y las piernas como una gata, gimió débilmente al sentir el dolor, pero lo agradeció al ver que espoleaba su mente.

Primero pensó en cosas tontas (en a quién invitaría a su próxima fiesta, en que tenía que proyectar el menú con su cocinero, en que había de recordar al jardinero que podase los setos que flanqueaban los paseos), y entonces empezaron a pasar por su pantalla interior los recuerdos de su marido. Se preguntó cómo podía una mujer trabajar y vivir veinte años con un hombre y no rebelarse contra sus malos humores. Sin embargo, veía mejor que nadie a Raymond LeBaron simplemente como un ser humano, ni mejor ni peor que los demás hombres, y con una mente que podía irradiar compasión, mezquindad, brillantez o crueldad según las necesidades del momento.

Cerró los ojos con fuerza para no pensar en su muerte. Piensa en otra persona o en otra cosa, se dijo. Piensa en cómo sobrevivir durante los próximos días. Piensa en... Dirk Pitt.

Se preguntó quién era éste. ¿Qué clase de hombre? Le miró a través del túnel, mientras él doblaba y desdoblaba su cuerpo, y, por primera vez desde que le había conocido, se sintió sexualmente atraída por él. Era ridículo, se dijo, ya que tenía al menos quince años más que él. Y además, no había mostrado ningún interés por ella como mujer deseable; no se había insinuado en absoluto, ni tratado de flirtear. Decidió que Pitt era un enigma, el tipo de hombre que intrigaba a las mujeres, que las incitaba a un comportamiento licencioso, pero que nunca podría ser poseído o seducido por los ardides femeninos.

Jessie volvió a la realidad cuando Pitt se asomó al túnel y sonrió.

—¿Cómo te sientes?

Ella desvió nerviosamente la mirada.

—Molida, pero dispuesta a afrontar el día.

—Lamento no tener preparado el desayuno —dijo él, y su voz resonó en el tubo—. El servicio deja mucho que desear en estos andurriales.

—Vendería el alma por una taza de café.

—Según un rótulo que he visto a pocos cientos de metros carretera arriba, estamos a diez kilómetros de la próxima población.

—¿Qué hora es?

—La una menos veinte.

—Más de mediodía —dijo Jessie, deslizándose a gatas hacia la luz—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Quédate donde estás.

—¿Por qué?

Él no respondió, pero se volvió y se sentó a su lado. Tomó delicadamente su cara entre las manos y la besó en la boca.

Jessie abrió mucho los ojos y después devolvió afanosamente el beso. Después de un largo momento, él se echó atrás. Ella esperó con expectación, pero Pitt sólo se quedó sentado, mirándola a los ojos.

—Te deseo —dijo Jessie.

—Sí.

—Ahora.

Él la atrajo hacia sí, apretándose contra su cuerpo, y la besó de nuevo. Después se apartó.

—Lo primero es lo primero.

Ella le dirigió una mirada ofendida y curiosa.

—¿Como qué?

—Como el motivo de que me secuestrases para traerme a Cuba.

—Tienes un extraño sentido de la oportunidad.

—Generalmente, tampoco suelo hacer el amor dentro de un tubo de desagüe.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—¿Y si no te lo digo?

Él se echó a reír.

—Nos estrecharemos la mano y nos separaremos.

Durante unos segundos, ella permaneció apoyada en la pared del túnel, considerando lo lejos que podría ir sin él. Probablemente, no más allá de la próxima población, del primer policía receloso o guardia de seguridad con quien se encontrase. Pitt parecía ser un hombre de recursos increíbles. Lo había demostrado en varias ocasiones. No podía dejar de ver el duro hecho de que le necesitaba más que él a ella.

Trató de encontrar las palabras adecuadas, una introducción que tuviese un poco

de sentido. Por último, renunció y dijo bruscamente:

—El presidente me envió para encontrarme con Fidel Castro.

Los profundos ojos verdes de Pitt la observaron con franca curiosidad.

—Un buen comienzo. Me gustaría oír el resto.

Jessie respiró hondo y prosiguió.

Reveló el sincero ofrecimiento de un pacto que había hecho Fidel Castro y su extraña manera de enviarlo de manera que pasara inadvertido a los ojos vigilantes del servicio secreto soviético.

Explicó su reunión secreta con el presidente, después del inesperado retorno del *Prosperter*, y la petición que él le había hecho de que llevase la respuesta repitiendo el vuelo de su marido en el dirigible, una acción encubierta que Fidel Castro habría reconocido.

Confesó el engaño de que se había valido para reclutar a Pitt, a Giordino y a Gunn, y pidió a Pitt que la perdonase por un plan que había fracasado a causa del ataque por sorpresa del helicóptero cubano.

Y por último, describió las crecientes sospechas del general Velikov del verdadero objetivo que se ocultaba detrás del intento de alcanzar a Castro, y su exigencia de respuestas a través de los métodos de tortura de Foss Gly.

Pitt escuchó toda la historia sin hacer comentarios.

Su reacción era lo que ella temía. Temía lo que él diría o haría al saber cómo había abusado de él, mintiéndole y desorientándole, haciendo que sufriese y casi le matasen en varias ocasiones, por una misión de la que él nada sabía. Pensó que tenía derecho a estrangularla.

Sólo se le ocurrió decir:

—Lo siento.

Pitt no la estranguló. Le tendió una mano. Ella la asió, y él la atrajo hacia sí.

—Conque me estuviste engañando durante todo el tiempo —dijo.

Esos ojos verdes, pensó ella. Habría querido sumergirse en ellos.

—No puedo reprocharte que estés furioso.

Él la abrazó unos momentos en silencio.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿No vas a decir algo? —preguntó tímidamente Jessie—. ¿No estás siquiera enfadado?

Él le desabrochó la camisa del uniforme y le acarició ligeramente el pecho.

—Afortunadamente para ti, soy incapaz de guardar rencor.

Entonces hicieron el amor, mientras retumbaba el tráfico en la carretera, encima de ellos.

Jessie se sentía increíblemente tranquila. Esta agradable impresión no la había

abandonado durante la última hora, mientras caminaban sin ocultarse por la orilla de la carretera. Se difundía como un anestésico, amortiguando su miedo y reforzando su confianza. Pitt había aceptado su explicación y convenido en ayudarla en su busca de Castro. Y ahora ella caminaba a su lado, mientras él la guiaba por los campos de Cuba como si fuesen suyos, sintiéndose segura y animada por el resplandor de su intimidad.

Pitt birló unos mangos, una piña y un par de tomates medio maduros. Comieron mientras andaban. Varios vehículos, en su mayoría camiones cargados de caña de azúcar y de cítricos, les adelantaron. De vez en cuando, pasaba un transporte militar llevando milicianos. Jessie se ponía rígida y miraba nerviosamente sus botas de apretados cordones, mientras Pitt levantaba su fusil en el aire y gritaba «¡Saludos, amigos!» en español.

—Menos mal que no pueden oírte claramente —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó él, con fingida indignación.

—Tu español es horrible.

—Siempre me sirvió en las carreras de galgos de Tijuana.

—Pero no aquí. Será mejor que dejes que hable yo.

—¿Crees que tu español es mejor que el mío?

—Puedo hablarlo como un nativo. Y también puedo conversar con fluidez en ruso, en francés y en alemán.

—Continuamente me sorprende tu talento —dijo sinceramente Pitt—. ¿Sabía Velikov que hablabas ruso?

—Si lo hubiese sabido, estaríamos muertos.

Pitt iba a decir algo y, de pronto, señaló hacia adelante. Estaban en una curva y había un coche aparcado en la carretera. Tenía levantado el capó y alguien estaba inclinado sobre el guardabarros, con la cabeza y los hombros invisibles encima del motor.

Jessie vaciló, pero Pitt la asió de una mano y tiró de ella.

—Ocúpate tú de esto —dijo en voz baja—. No tengas miedo. Ambos llevamos uniforme militar y el mío corresponde a una fuerza de asalto distinguida.

—¿Qué diré?

—Lo que te parezca mejor. Puede ser una oportunidad para viajar de balde.

Antes de que ella pudiese protestar, el conductor oyó sus pisadas sobre la grava y se volvió. Era un hombre bajito, cincuentón, de cabellos negros y piel morena. No llevaba camisa y sí, solamente, unos shorts y unas sandalias. Los uniformes militares eran tan corrientes en Cuba que apenas les prestó atención. Les dirigió una amplia sonrisa.

—*Hola.*

—¿Alguna avería en el motor? —preguntó Jessie en español.

—La tercera en lo que va del mes. —Encogió los hombros en señal de impotencia—. Acaba de pararse.

—¿Sabe cuál es el problema?

El hombre levantó un cable corto que se había deteriorado en tres lugares diferentes y apenas se mantenía junto por la funda aislante—. Va de la bobina al delco.

—Tendría que haberlo cambiado por uno nuevo.

Él la miró receloso.

—Los accesorios para coches viejos como éste son imposibles de encontrar. Debería usted saberlo.

Jessie se dio cuenta de su resbalón y, sonriendo dulcemente, decidió aprovecharse del machismo latino.

—No soy más que una mujer. ¿Qué puede saber de mecánica una mujer?

—Ah —dijo sonriendo él—. Pero una mujer muy bonita.

Pitt prestaba poca atención a la conversación. Estaba dando una vuelta alrededor del coche, examinando su línea. Se inclinó sobre la parte delantera y estudió durante un momento el motor. Después se irguió y se echó atrás.

—Un Chevy del cincuenta y siete —dijo en inglés, con admiración—. Un automóvil magnífico. Pregúntale si tiene un cuchillo y un poco de cinta aislante.

Jessie se quedó boquiabierta.

El conductor miró a Pitt con incertidumbre, sin saber lo que tenía que hacer. Después preguntó en mal inglés:

—¿No habla español?

—No, ¿y qué? —tronó Pitt—. ¿No había visto nunca a un irlandés?

—¿Cómo puede un irlandés llevar uniforme cubano?

—Soy el comandante Paddy O'Hara, del Ejército Republicano Irlandés, en funciones de consejero de sus milicias.

La cara del cubano se iluminó como bajo el resplandor de un flash y Pitt se alegró al ver que el hombre había quedado impresionado.

—Herberto Figueroa —dijo éste, tendiéndole la mano—. Yo aprendí inglés hace muchos años; cuando estaban aquí los americanos.

Pitt la estrechó y señaló con la cabeza a Jessie.

—La cabo María López, mi ayudante y guía. También intérprete de mi deficiente español.

Figueroa bajó la cabeza y observó el anillo de casada de Jessie.

—Señora López. —Se volvió a Pitt—. ¿Comprende ella el inglés?

—Un poco —respondió Pitt—. Y ahora, si puede darme un cuchillo y cinta aislante, creo que podré reparar la avería.

—Claro, claro —dijo Figueroa.

Sacó un cortaplumas de la guantera y encontró un pequeño rollo de cinta aislante en un estuche de herramientas que llevaba en el portaequipajes.

Pitt se inclinó sobre el motor, cortó unos trozos de cable sobrante de las bujías y juntó los extremos, hasta que tuvo un alambre que llegaba desde la bobina hasta el delco.

—Bueno, pruebe ahora.

Figuroa hizo girar la llave del encendido y el gran V-8 de cuatro litros tosió una vez, dos veces y, después, zumbó con regularidad.

—¡*Magnífico!* —gritó Figuroa, entusiasmado—. ¿Quieren que les lleve?

—¿Adonde va?

—A La Habana. Vivo allí. El marido de mi hermana murió en Nuevitas. Fui allí para ayudarla a disponer el entierro. Ahora vuelvo a mi casa.

Pitt asintió con la cabeza, mirando a Jessie. Era su día de suerte. Trató de imaginarse la forma de Cuba y calculó, acertadamente, que La Habana debía estar a casi trescientos kilómetros al nordeste a vuelo de pájaro, seguramente unos cuatrocientos por carretera.

Inclinó el asiento delantero para que Jessie subiese al de atrás.

—Le estamos muy agradecidos, Herberto. Mi coche oficial sufrió una pérdida de aceite y el motor se paró unos cuatro kilómetros atrás. Nos dirigíamos a un campo de instrucción del este de La Habana. Si puede dejarnos en el Ministerio de Defensa, cuidaré de que le paguen por la molestia.

Jessie abrió la boca y se quedó mirando a Pitt con una clásica expresión de disgusto. Él comprendió que, mentalmente, le estaba llamando engreído bastardo.

—Su mala suerte ha sido buena para mí —dijo Figuroa, contento ante la perspectiva de ganar unos cuantos pesos extra.

Figuroa levantó gravilla del arcén al salir rápidamente al asfalto, y cambió las marchas hasta que el Chevrolet rodó a unos buenos cien kilómetros por hora. El motor roncaba suavemente, pero la carrocería chirriaba en doce lugares distintos y el humo del tubo de escape se filtraba a través del enmohecido suelo.

Pitt miró la cara de Jessie por el espejo retrovisor. Parecía incómoda y fuera de su elemento. Un coche moderno habría sido más de su gusto. Pitt se estaba divirtiendo de veras. De momento, su afición a los coches antiguos borraba de su mente toda idea de peligro.

—¿Cuántos kilómetros ha hecho en él? —preguntó.

—Más de seiscientos ochenta mil —respondió Figuroa.

—Todavía tiene mucha potencia.

—Si los yanquis levantasen su embargo, podría comprar accesorios nuevos y hacer que siguiese marchando. Pero no puede durar eternamente.

—¿Tiene dificultades en los puestos de control?

—Siempre me dejan pasar sin detenerme.

—Debe tener influencia. ¿Qué hace en La Habana?

Figueroa se echó a reír.

—Soy taxista.

Pitt no trató de disimular una sonrisa. Esto era aún mejor de lo que había esperado. Se retrepó en su asiento y se relajó, disfrutando del paisaje como un turista. Trató de pensar en la vaga indicación de LeBaron sobre el paradero del tesoro de La Dorada, pero su mente estaba nublada por el remordimiento.

Sabía que en algún momento, en algún lugar de la carretera, tendría que quitarle a Figueroa el poco dinero que llevaba y robarle el coche. Esperó que no tuviera que matar al amable hombrecillo en aquella operación.

El presidente volvió a la Casa Blanca desde el Centro Espacial Kennedy y fue directamente al Salón Oval. Después de reunirse en secreto con Steinmetz y los colonos de la Luna y oír los entusiastas informes sobre sus exploraciones, se sentía extraordinariamente animado. Olvidando el sueño, entró solo en su despacho, dispuesto a planificar una nueva serie de operaciones especiales.

Se sentó detrás de la gran mesa y abrió un cajón inferior. Sacó un humefactor, y extrajo de él un gran cigarro. Le quitó el celofán, contempló un momento las apretadas hojas castañas de la cubierta e inhaló el fuerte aroma. Era un Montecristo, el cigarro más fino que fabricaba Cuba y que no podía ser importado en América a causa del embargo de los artículos cubanos.

El presidente confiaba en un antiguo condiscípulo de confianza para que le trajese una caja de contrabando cada dos meses, desde Canadá. Ni siquiera su esposa y sus más íntimos colaboradores conocían este escondrijo. Cortó una punta y encendió cuidadosamente la otra, preguntándose, como siempre, qué alboroto armaría el público si descubría su clandestino y ligeramente ilegal exceso.

Esta noche le importaba un comino. Estaba en plena euforia. La economía se mantenía estable y el Congreso no había aprobado unos fuertes recortes del presupuesto ni una ley de reducción de impuestos. El escenario internacional había entrado en un período de distensión, aunque fuese temporal, y las encuestas sobre la popularidad del presidente mostraban un aumento del cinco por ciento. Y ahora estaba a punto de sacar provecho político de la previsión de sus predecesores, como le había ocurrido a Nixon después del éxito del programa Apolo. La asombrosa hazaña de la colonia lunar significaría el apogeo de su administración.

Su próximo objetivo era fortalecer su imagen en los asuntos de América Latina. Castro había abierto la puerta con su ofrecimiento de un tratado. Ahora, si el presidente podía poner un pie en el umbral antes de que se cerrase de nuevo, tendría una gran oportunidad de neutralizar la influencia marxista en las Américas.

De momento, la perspectiva parecía tenebrosa. Lo más probable era que Pitt y Jessie LeBaron hubiesen sido muertos a tiros o detenidos. Si no lo habían sido, sólo tardaría horas en ocurrir lo inevitable. El único curso de acción era introducir a otra persona en Cuba para establecer contacto con Castro.

Zumbó el intercomunicador.

—¿Sí?

—Lamento molestarle, señor presidente —dijo una telefonista de la Casa Blanca—, pero el señor Brogan acaba de llamar y dice que es urgente que hable con usted.

—Muy bien. Póngame con él.

Se oyó un ligero chasquido y Martin Brogan dijo:

—¿Le he pillado en la cama?

—No, todavía estoy levantado. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar hasta mañana?

—Todavía estoy en Andrews. Mi delegado me estaba esperando con un documento traducido que fue encontrado en Cayo Santa María. Contiene un material muy delicado.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Los rusos van a eliminar a Castro pasado mañana. La operación lleva el nombre en clave de «Ron y Cola». Se explica en detalle cómo los agentes soviéticos se apoderarán del Gobierno cubano.

El presidente observó el humo azul del cigarro habano que se elevaba en volutas hacia el techo.

—Van a hacer su operación antes de lo que nos imaginábamos —dijo reflexivamente—. ¿Cómo pretenden eliminar a Castro?

—Ésta es la parte más espantosa del plan —dijo Brogan—. La rama GRU de la KGB pretende volar la ciudad con él.

—¿La Habana?

—Un buen pedazo de ella.

—Jesús! ¿Está hablando de una bomba nuclear?

—Si he de ser sincero, debo decir que el documento no expresa el medio exacto, pero está claro que alguna clase de ingenio explosivo capaz de arrasar diez kilómetros cuadrados está siendo introducido en el puerto.

La noticia desalentó al hasta ahora animado presidente.

—¿Da el documento el nombre del barco?

—Menciona tres barcos, pero ninguno por su nombre.

—¿Y cuando se pretende provocar la explosión?

—Durante una ceremonia del Día de la Educación. Los rusos cuentan con que Castro se presentará de improviso y pronunciará su acostumbrada arenga de dos horas.

—No puedo creer que Antonov participe en este horror. ¿Por qué no enviar un equipo local de pistoleros que acabe con Fidel Castro? ¿Qué van a ganar quitando la vida a cien mil víctimas inocentes?

—Castro es una figura sagrada para los cubanos —explicó Brogan—. Para nosotros puede ser un comunista de chiste, pero para ellos es un dios venerado. Un sencillo asesinato provocaría una tremenda oleada de odio contra las personas respaldadas por los soviéticos que le sustituirían. Pero una gran catástrofe daría a los nuevos líderes un motivo para pedir la unidad y una causa para incitar al pueblo a cerrar filas detrás del nuevo Gobierno,: sobre todo si se demostrase que los Estados Unidos, y en particular la CÍA, eran los culpables.

—Todavía no puedo concebir un plan tan monstruoso.

—Le aseguro, señor presidente, que todo consta por escrito. —Brogan hizo una pausa para recorrer con la mirada una página del documento—. Lo más extraño es que el escrito es vago en lo tocante a los detalles de la explosión, pero muy concreto al exponer cómo debe realizarse, paso a paso, la campaña de propaganda para culparnos a nosotros. Incluso consigna los nombres de los cómplices de los soviéticos y las posiciones que van a ocupar después de que hayan tomado el poder. Tal vez le interesará saber que Alicia Cordero va a ser la nueva presidenta.

—¡Que Dios nos ampare! Es dos veces más fanática que Fidel.

—En todo caso, los soviéticos saldrán ganando, y nosotros, perdiendo.

El presidente dejó el cigarro en un cenicero y cerró los ojos. Nunca terminan los problemas, murmuró para sí. Cada uno engendra otro. Los triunfos de mi cargo no son muy duraderos. La presión y las frustraciones nunca cesan.

—¿Nuestra Armada puede detener los barcos? —preguntó.

—Según el calendario previsto, dos de ellos habrán atracado ya en La Habana —respondió Brogan—. El tercero debería entrar en el puerto en cualquier momento. Yo tuve la misma idea, pero ya es demasiado tarde.

—Debemos conseguir los nombres de esos barcos.

—He encargado ya a mi gente que compruebe todas las llegadas de barcos al puerto de La Habana. Espero que los hayan identificado dentro de una hora.

—Y precisamente ha elegido Castro estos días para ocultarse —dijo desesperado el presidente.

—Le hemos encontrado.

—¿Dónde?

—En su retiro del campo. Ha roto todo contacto con el mundo exterior. Ni siquiera sus consejeros más íntimos ni los peces gordos soviéticos pueden comunicar con él.

—¿A quién tenemos en nuestro equipo que pueda encontrarse cara a cara con él?

Brogan lanzó un gruñido.

—A nadie.

—Tiene que haber alguien a quien podamos enviar.

—Si Castro estuviese de un humor comunicativo, podría pensar al menos en diez personas que están a nuestro sueldo y que podrían entrar a verle por la puerta principal. Pero no como están ahora las cosas.

El presidente jugueteó con su cigarro, buscando a tientas una inspiración.

—¿En cuántos cubanos puede confiar, en La Habana, que trabajen en los muelles y tengan experiencia marítima?

—Tendría que comprobarlo.

—Una suposición.

—Calculándolo por encima, tal vez quince o veinte.

—Está bien —dijo el presidente—. Reúnales a todos. Haga que de alguna manera suban a bordo de aquellos barcos, y que descubran cuál es el que lleva la bomba.

—Para desactivarla, necesitaremos alguien que sepa lo que se trae entre manos.

—Cruzaremos ese puente cuando sepamos dónde está oculta la bomba.

—Un día y medio no es mucho tiempo —dijo lúgubrementemente Brogan—. Será mejor que concentremos nuestra atención en deshacer el lío que se armará después.

—Lo que tiene usted que hacer es empezar a mover los hilos. Manténgame informado cada dos horas. Haga que todos los agentes que tenemos en Cuba se dediquen a este asunto.

—¿Y si advirtiésemos a Castro?

—Esto me corresponde a mí. Yo cuidaré de ello.

—Que tenga suerte, señor presidente.

—Lo mismo le deseo, Martin.

El presidente colgó el teléfono. Su cigarro se había apagado. Volvió a encenderlo y después descolgó el teléfono de nuevo y llamó a Ira Hagen.

El guardia era joven, no tendría más de dieciséis años, era abnegado y fiel servidor de Fidel Castro y entregado a la vigilancia revolucionaria. Dándose importancia y con arrogancia oficial se acercó a la ventanilla del coche, con el rifle colgado de un hombro, y pidió que le mostrasen los documentos de identidad.

—Tenía que ocurrir —murmuró Pitt en voz baja.

Los guardias de los tres primeros puestos de control habían hecho perezosamente seña a Figueroa de que siguiese su camino, en cuanto les hubo mostrado su permiso de taxista. Eran campesinos que habían elegido la rutina de una carrera militar en vez de un trabajo sin porvenir en los campos o en las fábricas. Y como todos los soldados de todos los países del mundo, encontraban tedioso el servicio de vigilancia y con frecuencia prescindían de toda precaución, salvo cuando se presentaban sus superiores en visita de inspección.

Figueroa tendió su permiso al joven.

—Esto sólo es válido dentro de la ciudad de La Habana. ¿Qué está haciendo en el campo?

—Mi cuñado murió —dijo pacientemente Figueroa—. He ido a su entierro.

El guardia se agachó y miró a través de la ventanilla abierta del conductor.

—¿Quiénes son estos otros?

—¿Está usted ciego? —replicó Figueroa—. Son militares como usted.

—Tengo que buscar a un hombre que lleva un uniforme robado de la milicia. Se sospecha que es un espía imperialista que desembarcó en una playa, a ciento cincuenta kilómetros al este de aquí.

—Porque *ella* lleva uniforme militar —dijo Figueroa, señalando a Jessie en el asiento de atrás—, ¿crees que los imperialistas yanquis están enviando mujeres para invadirnos?

—Quiero ver sus documentos de identidad —insistió el guardia.

Jessie bajó el cristal de la ventanilla de atrás y se asomó.

—Ése es el comandante O'Hara, del Ejército Republicano Irlandés, que ha sido enviado como consejero. Yo soy la cabo López, su ordenanza. Déjanos pasar.

El guardia mantuvo la mirada fija en Pitt.

—Si es comandante, ¿por qué no lleva las insignias de su graduación?

Por primera vez, observó Figueroa que no había insignias en el uniforme de Pitt. Miró fijamente a éste, frunciendo recelosamente el entrecejo.

Pitt había permanecido sentado, sin tomar parte en la conversación. Entonces se volvió poco a poco, miró al guardia a los ojos y le dirigió una amistosa sonrisa. Cuando habló, su voz era suave, pero revelaba una gran autoridad.

—Tome el nombre y la dirección de ese guardia. Deseo que sea recompensado

por su exacto cumplimiento del deber. El general Raúl Castro ha dicho muchas veces que Cuba necesita hombres como éste.

Jessie tradujo estas palabras y esperó, con alivio, mientras el guardia se cuadraba y sonreía.

Entonces, el tono de Pitt se volvió glacial, lo mismo que sus ojos.

—Ahora dígame que nos deje pasar o haré que le envíen como voluntario a Afganistán.

El joven guardia pareció encogerse visiblemente cuando Jessie repitió las palabras de Pitt en español. Estaba perplejo, sin saber lo que tenía que hacer, cuando un automóvil largo y negro llegó y se detuvo detrás del viejo taxi. Pitt lo reconoció como un Zil, automóvil de lujo de siete asientos construido en Rusia para los funcionarios del Gobierno y los militares de alto rango.

El conductor del Zil tocó el Claxon, con impaciencia, y pareció aumentar la indecisión del guardia. Éste volvió y miró suplicante a un compañero, pero éste estaba ocupado con el tráfico que venía en dirección contraria. El chófer de la limusina tocó de nuevo el claxon y gritó por la ventanilla:

—¡Aparta ese coche a un lado y déjanos pasar!

Entonces intervino Figueroa y empezó a gritar a los rusos:

—¡Estúpidos rusos, deteneos y tomad un baño! ¡Puedo olerlos desde aquí!

El conductor soviético abrió su portezuela, saltó de detrás del volante y empujó al guardia a un lado. Tenía la complexión de un bolo, grueso y fornido el cuerpo y pequeña la cabeza. Sus galones indicaban que era sargento. Miró a Figueroa con ojos que brillaban de malicia.

—¡Idiota! —gruñó—. ¡Aparta ese cacharro!

Figueroa sacudió un puño delante de la cara del ruso.

—Me iré cuando ese paisano mío me lo diga.

—Por favor, por favor —suplicó Jessie, sacudiendo de un hombro a Figueroa—. No queremos complicaciones.

—La discreción no es una virtud cubana —murmuró Pitt.

Tenía el fusil entre los brazos, apuntando el ruso, y abrió la portezuela.

Jessie se volvió y miró cautelosamente por la ventanilla de atrás hacia la limusina, justo a tiempo de ver cómo un militar soviético, seguido de dos guardaespaldas armados, se apeaba del asiento de atrás y miraba, sonriendo divertido, la lucha verbal entablada junto al taxi. Jessie abrió la boca y lanzó un grito ahogado.

El general Velikov, con aire cansado y macilento, vistiendo un uniforme de prestado que le sentaba muy mal, se acercó desde detrás del Chevrolet en el momento en que Pitt bajaba del taxi y pasaba por delante de éste, sin que Jessie tuviese tiempo de avisarle.

Velikov tenía puesta toda su atención en su conductor y en Figueroa, y no se fijó

en el que parecía ser otro soldado cubano que salió del otro lado del coche. La discusión se estaba acalorando cuando el general se acercó a los contendientes.

—¿Cuál es el problema? —preguntó, en fluido español.

La respuesta no vino de su chófer, sino de una fuente totalmente inesperada.

—Nada que no podamos arreglar como caballeros —dijo secamente Pitt, en inglés.

Velikov miró fijamente a Pitt durante un largo momento, extinguiéndose la sonrisa divertida en sus labios, inexpresivo el semblante como siempre. La única señal de asombro fue una súbita dureza en sus ojos fríos.

—Somos supervivientes, ¿no es verdad, señor Pitt? —replicó.

—Afortunadamente. Yo diría que tuvimos mucha suerte —respondió Pitt, con voz tranquila.

—Le felicito por su fuga de la isla. ¿Cómo lo consiguió?

—Con una embarcación improvisada. ¿Y usted?

—Un helicóptero oculto cerca de la instalación. Por fortuna, sus amigos no lo descubrieron.

—Un descuido.

Velikov miró por el rabillo del ojo, observando con irritación el aire relajado de sus guardaespaldas.

—¿Por qué ha venido a Cuba?

Pitt apretó el asa del fusil y apoyó el dedo en el gatillo, apuntando al cielo por encima de la cabeza de Velikov.

—¿Por qué me lo pregunta, si tiene por sabido que soy un embustero habitual?

—También sé que sólo miente cuando esto le sirve para algo. No ha venido a Cuba para beber ron y tomar el sol.

—¿Y ahora qué, general?

—Mire a su alrededor, señor Pitt. No puede decirse que esté en una posición de fuerza. Los cubanos no tratan bien a los espías. Haría bien en bajar el arma y colocarse bajo mi protección.

—No, gracias. Ya he estado bajo su protección. Se llamaba Foss Gly. Supongo que le recuerda. Era magnífico golpeando carne con los puños. Me satisface informarle de que ya no ejerce su oficio de verdugo. Una de sus víctimas le disparó donde más duele.

—Mis hombres pueden matarle aquí mismo.

—Es evidente que no comprenden el inglés y no tienen la menor idea de lo que hemos dicho. No trate de alertarles. Esto es lo que los mexicanos llaman un empate. Si tuerce la nariz a un lado, le meteré una bala en la ventana opuesta.

Pitt miró a su alrededor. Tanto el guardia cubano como el conductor soviético estaban escuchando la conversación en inglés sin entender palabra. Jessie estaba

acurrucada en el asiento de atrás del Chevrolet, y sólo el gorro de campaña podía verse por encima del borde inferior de la ventanilla. Los guardias de Velikov permanecían tranquilos, contemplando el paisaje, con las pistolas enfundadas.

—Suba al coche, general. Vendrá con nosotros.

Velikov miró fríamente a Pitt.

—¿Y si me niego?

Pitt le miró a su vez, con inflexible determinación.

—Usted morirá el primero. Después, sus guardaespaldas. Y después, los vigilantes cubanos. Estoy resuelto a matar. Y ellos no. Ahora, por favor...

Los guardaespaldas soviéticos siguieron en su sitio, contemplando con asombro cómo seguía Velikov en silencio la invitación de Pitt y subía a la parte de delante del coche. Velikov se volvió un momento y miró con curiosidad a Jessie.

—¿Señora LeBaron?

—Sí, general.

—¿Va usted con ese loco?

—Así es.

—Pero, ¿por qué?

Figuroa abrió la boca para decir algo, pero Pitt empujó bruscamente a un lado al chófer soviético, agarró fuertemente de un brazo al simpático taxista y lo sacó del coche.

—Usted se quedará aquí, *amigo*. Diga a las autoridades que lo secuestramos y nos llevamos su taxi. —Después pasó el fusil a Jessie a través de la ventanilla y se introdujo detrás del volante—. Si el general mueve un dedo, métele una bala en la cabeza.

Jessie asintió con la cabeza y apoyó el cañón sobre la base del cráneo de Velikov.

Pitt arrancó en primera y aceleró suavemente, como en un paseo de domingo, observando por el espejo retrovisor a los que se habían quedado en el puesto de control. Se alegró al ver que iban confusos de un lado a otro, sin saber qué hacer. Entonces, el chófer y los guardaespaldas de Velikov parecieron darse cuenta al fin de lo que sucedía, corrieron al automóvil negro y emprendieron la caza.

Pitt se detuvo y tomó el fusil de las manos de Jessie. Disparó unos cuantos tiros contra un par de cables de teléfonos que pasaban por unos aisladores en la cima de un poste. Él coche quemaba caucho sobre el asfalto antes de que los extremos de los cables rotos tocasen el suelo.

—Esto debería darnos media hora —dijo.

—La limusina está solamente a cien metros detrás de nosotros y va ganando terreno —dijo Jessie, con voz estridente y temerosa.

—No podría quitárselos de encima —dijo tranquilamente Velikov—. Mi chófer es experto en altas velocidades y el motor tiene una potencia de 425 caballos.

A pesar de la desenvoltura de Pitt y de sus palabras casuales, tenía la fría competencia y el aire inconfundible de las personas que saben lo que se hacen.

Dirigió a Velikov una sonrisa descarada y dijo:

—Los rusos no han inventado ningún coche que pueda alcanzar a un Chevy del cincuenta y siete.

Como para recalcar sus palabras, apretó el acelerador a fondo y el viejo automóvil pareció buscar en lo más hondo de sus gastados órganos una fuerza que no había conocido en treinta años. El grande y estruendoso cacharro todavía funcionaba. Adquirió velocidad, devorando kilómetros en la carretera, y el zumbido regular de sus ocho cilindros indicó que no se andaba con chiquitas.

Pitt concentraba toda su atención en el volante y en estudiar la carretera, incluso desde dos o incluso tres vueltas de distancia. El Zil se aferraba tenazmente a la cortina de humo que salía del tubo de escape del Chevy. Pitt tomó a toda velocidad una serie de curvas cerradas, mientras subían a través de montes boscosos. Estaba rodando al borde del desastre. Los frenos eran terribles y hacían poco más que oler mal y echar humo cuando Pitt apretaba el pedal. Estaban gastados y el metal rozaba contra metal dentro de los tambores.

A ciento cuarenta kilómetros por hora la tracción delantera producía balanceos espantosos. El volante temblaba en manos de Pitt. Los amortiguadores habían desaparecido hacía tiempo y el Chevy se inclinaba peligrosamente en las curvas, con los neumáticos chirriando como pavos salvajes.

Velikov estaba rígido como un palo, mirando fijamente hacia delante, sujetando el tirador de la portezuela con una mano de nudillos blancos, como dispuesto a saltar antes del inevitable accidente.

Jessie estaba francamente aterrorizada y cerraba los ojos mientras el coche patinaba y oscilaba furiosamente a lo largo de la carretera. Apretaba con fuerza las rodillas contra el respaldo del asiento delantero, para no ser lanzada de un lado a otro y mantener firme el fusil con que apuntaba a la cabeza de Velikov.

Si Pitt se daba cuenta de la considerable angustia que causaba a sus pasajeros, no daba señales de ello. Media hora era lo más que podía esperar antes de que los vigilantes cubanos estableciesen contacto con sus superiores e informasen del secuestro del general soviético. Un helicóptero sería la primera señal de que los militares cubanos se le echaban encima y preparaban una trampa. Cuándo y a qué distancia levantarían una barricada en la carretera eran cuestiones de pura conjetura. Un tanque o una pequeña flota de coches blindados aparecerían de pronto detrás de una curva cerrada, y el viaje habría terminado. Solamente la presencia de Velikov impediría una matanza.

El conductor del Zil no era inexperto. Ganaba terreno a Pitt en las curvas, pero lo perdía en las rectas cuando aceleraban el viejo Chevy. Por el rabillo del ojo vio Pitt

un pequeño rótulo que indicaba que se estaban acercando a la ciudad portuaria de Cárdenas. Empezaron a aparecer casas y pequeñas tiendas a los lados de la carretera y aumentó el tráfico.

Miró el velocímetro. La oscilante aguja marcaba más o menos ciento cincuenta kilómetros. Aflojó la marcha hasta la mitad, manteniendo el Zil a distancia al serpentear entre el tráfico tocando con fuerza el claxon. Un guardia hizo un fútil intento de pararle junto a la acera cuando, inclinándose, dio la vuelta a la plaza de Colón y a una alta estatua de bronce del mismo personaje. Afortunadamente, las calles eran anchas y podía esquivar fácilmente a los peatones y a otros vehículos.

La ciudad estaba en las orillas de una bahía circular y poco profunda, y Pitt pensó que, mientras tuviese el mar a su derecha, iría en dirección a La Habana. De alguna manera consiguió mantenerse en la calle principal y, antes de diez minutos, el coche salía volando de la ciudad y entraba de nuevo en el campo.

Durante la veloz carrera por las calles, el Zil había acortado la distancia hasta cincuenta metros. Uno de los guardaespaldas se asomó a la ventanilla y disparó su pistola.

—Nos están disparando —anunció Jessie, en un tono indicador de que estaba emocionalmente agotada.

—No nos apunta a nosotros —replicó Pitt—, sino a los neumáticos.

—Está perdido —dijo Velikov. Eran las primeras palabras que pronunciaba en ochenta kilómetros—. Ríndase. No podrá escapar.

—Me rendiré cuando esté muerto —dijo Pitt con desconcertante aplomo.

No era la respuesta que esperaba Velikov. Si todos los americanos eran como Pitt, pensó, la Unión Soviética las pasaría moradas. Velikov se jactaba de su habilidad en manipular a los hombres, pero era evidente que no haría mella en éste.

Saltaron sobre un hoyo de la carretera y cayeron pesadamente al otro lado. Se rompió el silenciador y el súbito estruendo del tubo de escape fue sorprendente, casi ensordecedor, por su inesperada furia. Los ojos de los pasajeros empezaron a lagrimear a causa del humo, y el interior del coche se convirtió en una sauna al combinarse el calor del vapor con la humedad exterior. El suelo estaba tan caliente que parecía que iba a fundir las suelas de las botas de Pitt. Entre el ruido y el calor, tenía la impresión de que estaba trabajando horas extraordinarias en una sala de calderas.

El Chevy se estaba convirtiendo en una casa de locos mecánica. Los dientes de la transmisión se habían gastado y chirriaban en protesta contra las extremadas revoluciones. Extraños ruidos como de golpes empezaron a sonar en las entrañas del motor. Pero todavía le quedaba fuerza y, con su característico zumbido grave, el Chevy siguió adelante casi como si supiese que sería éste su último viaje.

Pitt había reducido cuidadosa y ligeramente la marcha y permitido que el

conductor ruso se acercase a una distancia de tres coches. Hizo que el Chevy fuese de un lado a otro de la carretera para que el guardaespaldas no pudiese apuntar bien. Después levantó un milímetro el pie del acelerador, hasta que el Zil estuvo a cinco metros del parachoques de atrás del Chevrolet.

Entonces pisó el pedal del freno.

El sargento que conducía el Zil era hábil, pero no lo suficiente. Hizo girar el volante a la izquierda y casi logró su propósito. Pero no había tiempo ni distancia suficientes. El Zil se estrelló contra la parte de atrás del Chevy con un chirrido metálico y un estallido de cristales, aplastando el radiador contra el motor, mientras la cola giraba en redondo en un movimiento de sacacorchos.

El Zil, totalmente fuera de control y convertido en tres toneladas de metal condenado a su propia destrucción, chocó de refilón contra un árbol, salió despedido a través de la carretera y se estrelló contra un autobús averiado y vacío a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora. Una llamarada de color naranja brotó del coche mientras daba locas vueltas de campana durante más de cien metros, antes de detenerse volcado sobre el techo, con las cuatro ruedas girando todavía. Los rusos estaban atrapados en su interior, sin posibilidad de escapar, y las llamas anaranjadas se transformaron en una espesa nube de humo negro.

El fiel y maltrecho Chevy corría aún a trompicones. Vapor y aceite brotaban de debajo del capó, la segunda marcha se había roto con los frenos y el retorcido parachoques de atrás se arrastraba por la carretera dejando una estela de chispas.

El humo atraería a los que les estaban buscando. Se cerraba la red. En el próximo kilómetro, en la próxima curva de la carretera, ésta podría estar bloqueada. Pitt estaba seguro de que, en cualquier momento, aparecería un helicóptero sobre las copas de los árboles que flanqueaban la carretera. Había llegado la hora de desprenderse del coche. Era insensato seguir jugando con la suerte. Como un bandido huyendo de sus perseguidores, tenía que cambiar de caballo.

Redujo la velocidad a sesenta al acercarse a las afueras de la ciudad de Matanzas. Descubrió una fábrica de abonos e introdujo el coche en la zona de aparcamiento. Deteniendo el moribundo Chevy al pie de un gran árbol, miró a su alrededor y, al no ver a nadie, paró el motor. Los chasquidos del metal recalentado y el silbido del vapor sustituyeron al ensordecedor estruendo del tubo de escape.

—¿Cuál es ahora tu plan? —preguntó Jessie, que estaba recobrando su aplomo—. Porque espero que *tendrás* otra carta en la manga.

—No hay pícaro que me gane —dijo Pitt, con una sonrisa tranquilizadora—. Quédate aquí. Si nuestro amigo el general hace el menor movimiento, mátale.

Caminó por el aparcamiento. Era un día laborable y estaba lleno de coches de los trabajadores. El hedor de la fábrica era nauseabundo y llenaba el aire a kilómetros alrededor. Pitt se plantó cerca de la puerta principal mientras una serie de camiones

cargados de sulfato amónico, cloruro potásico y estiércol entraban en la planta, y salían otros tranquilamente por el camino de tierra que llevaba a la carretera. Esperó unos quince minutos hasta que apareció un camión de marca rusa lleno de estiércol y se dirigió a la fábrica. Pitt se plantó en medio de la carretera e hizo señal de que se detuviese.

El conductor iba solo. Miró interrogadoramente desde la cabina. Pitt le hizo ademán de que bajase y señaló enérgicamente debajo del camión. El chófer, curioso, se apeó y se agachó junto a Pitt que estaba mirando atentamente el eje de transmisión. Al no ver nada anormal, se volvió en el mismo instante en que Pitt le descargaba un golpe en la nuca.

Se derrumbó y Pitt se lo cargó al hombro. Subió al inconsciente cubano a la cabina del camión y después subió él rápidamente. El motor estaba en marcha y metió la primera y se dirigió hacia el árbol que ocultaba al Chevrolet de quienes viniesen por el aire.

—¡Todos a bordo! —dijo, saltando de la cabina.

Jessie se echó atrás, asqueada.

—Dios mío, ¿qué hay ahí?

—Por decirlo delicadamente, estiércol.

—¿Espera que me revuelque en esa inmundicia? —preguntó Velikov.

—No solamente que se revuelque —respondió Pitt—, sino que van a enterrarse en ella. —Tomó el fusil de manos de Jessie y pinchó al general, no con mucha suavidad, en los riñones—. Arriba, general, probablemente ha frotado con cieno a muchas víctimas de la KGB. Ahora es su turno.

Velikov lanzó una mirada asesina a Pitt y después subió a la caja del camión. Jessie le siguió de mala gana, mientras Pitt empezaba a despojar de su ropa al conductor. Era de número muy inferior a su talla y tuvo que dejar desabrochada la camisa y abierta la bragueta del pantalón para caber en ellos. Puso rápidamente su uniforme de campaña al cubano y subió a éste a la caja del camión con los otros. Devolvió el fusil a Jessie. Ésta no necesitó instrucciones para apoyar el cañón en la cabeza de Velikov. Pitt encontró una pala en un lado de la cabina y empezó a cubrirles.

Jessie sintió náuseas y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar.

—Creo que no podré aguantarlo.

—Da gracias a Dios de que sea de caballo y de ganado y no de las alcantarillas de la ciudad.

—Esto es fácil de decir, para ti que vas a conducir.

Cuando todos fueron invisibles y apenas si podían respirar, Pitt volvió a la cabina y condujo el camión hacia la carretera. Se detuvo antes de entrar en ella, al ver a tres helicópteros militares volar encima de su cabeza y pasar a toda velocidad un convoy

de soldados armados en la dirección del destrozado Zil.

Esperó y después giró a la izquierda y entró en la carretera. Estaba a punto de llegar a los límites de la ciudad de Matanzas cuando se encontró con un puesto de control donde había un coche blindado y casi cincuenta soldados, todos ellos con aire hosco y resuelto.

Se detuvo y tendió los papeles que había quitado al conductor. Su plan funcionó aún mejor de lo que había imaginado. Los guardias ni siquiera se acercaron al apestoso camión. Hicieron seña de que siguiese adelante, contentos de verle alejarse y felices de respirar de nuevo aire fresco.

Una hora y media más tarde, el sol se había ocultado en occidente y se habían encendido las luces de La Habana. Pitt llegó a la ciudad y subió por la Vía Blanca. Salvo por el aroma del camión, se sintió seguro al pensar que pasaría inadvertido entre el ruidoso y bullicioso tráfico de la hora punta. También le pareció más seguro entrar en la ciudad cuando se había hecho de noche.

Sin pasaporte ni dinero, su único recurso era establecer contacto con la misión americana en la Embajada suiza. Allí podrían quitarle a Jessie de encima y mantenerle oculto hasta que su pasaporte y sus documentos de entrada fuesen enviados por vía diplomática desde Washington. En cuanto se convirtiese en turista oficial, podría tratar de resolver el enigma del tesoro de La Dorada.

Velikov no era ningún problema. Vivo, el general era un enemigo peligroso. Seguiría matando y torturando. Muerto, sólo sería un recuerdo. Pitt decidió matarle de un tiro en un callejón desierto. Cualquiera que fuese lo bastante curioso para investigar atribuiría simplemente el estampido a un petardeo del tubo de escape del camión.

Se metió en una calle estrecha entre dos hileras de almacenes desiertos, cerca de la zona portuaria, y detuvo el vehículo. Dejó el motor en marcha y se dirigió a la parte de atrás del camión. Al subir a él, vio la cabeza y los brazos de Jessie que sobresalían de la carga de estiércol. Manaba sangre de un pequeño corte en la sien y el ojo derecho se estaba hinchando y amoratando. Las únicas señales de Velikov y del conductor cubano eran unos huecos en los lugares donde Pitt les había encerrado.

Habían desaparecido.

Él la ayudó a salir de entre el estiércol y lo limpió de sus mejillas. Ella abrió los ojos y le miró y, al cabo de un momento, sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, lo he echado todo a perder.

—¿Qué ocurrió? —preguntó él.

—El conductor volvió en sí y me atacó. No grité para pedirte auxilio porque tuve miedo de provocar una alarma y de que nos detuviese la policía. Luchamos por el fusil y éste saltó por encima de un lado del camión. Entonces el general me agarró de los brazos y el conductor me golpeó hasta que perdí el conocimiento. —De pronto se

le ocurrió algo y miró furiosamente a su alrededor—: ¿Dónde están ellos?

—Debieron saltar del camión —respondió Pitt—. ¿Puedes recordar dónde o cuándo ocurrió?

El esfuerzo de concentración de Jessie se reflejó en su semblante.

—Creo que fue aproximadamente cuando entrábamos en la ciudad. Recuerdo haber oído el ruido de un tráfico intenso.

—De esto hace menos de veinte minutos.

La ayudó a pasar a un lado de la caja del camión y la bajó delicadamente al suelo.

—Será mejor que dejemos el camión y tomemos un taxi.

—Yo no puedo ir a ninguna parte oliendo de esta manera —dijo sorprendida ella—. Y fíjate en ti. Estás ridículo. Llevas todo abierto por delante.

Pitt se encogió de hombros.

—Bueno, no me detendrán por escándalo público. Todavía llevo puestos los shorts.

—No podemos tomar un taxi —dijo desesperadamente ella—. No tenemos ni un peso cubano.

—La misión americana en la Embajada suiza cuidará de ello. ¿Sabes dónde está?

—La llaman Sección de Intereses Especiales. Cuba tiene algo parecido en Washington. El edificio tiene vistas al mar y está en una avenida llamada el Malecón.

—Nos ocultaremos hasta que sea de noche. Tal vez podamos encontrar una fuente donde puedas limpiarte. Velikov ordenará un registro a gran escala de la ciudad para encontrarnos. Probablemente tendrán vigilada la Embajada; por consiguiente, tendremos que encontrar la manera de deslizarnos a hurtadillas en ella. ¿Te sientes lo bastante fuerte para echar a andar?

—¿Sabes una cosa? —dijo ella, con una sonrisa de dolor—. Si me lo preguntas, te diré que estoy terriblemente fatigada.

Ira Hagen se apeó del avión y entró en la terminal del Aeropuerto José Martí. Se había preparado para una discusión acalorada con los oficiales de inmigración, pero éstos echaron simplemente un vistazo a su pasaporte diplomático y le dejaron pasar con un mínimo de formalidades. Al dirigirse al lugar de recogida de equipajes, un hombre con un traje de algodón a rayas le detuvo.

—¿Señor Hagen?

—Sí, soy Hagen.

—Tom Clark, jefe de la Sección de Intereses Especiales. El propio Douglas Oates me informó de su llegada.

Hagen observó a Clark. El diplomático era un hombre atlético de unos treinta y cinco años, cara tostada por el sol, bigote a lo Errol Flynn, ralos cabellos rojos peinados hacia delante para ocultar las entradas, ojos azules y una nariz que había sido rota más de una vez. Sacudió calurosamente la mano de Hagen al menos siete veces.

—Supongo que no recibiré a muchos americanos aquí —dijo Hagen.

—Muy pocos desde que el presidente Reagan dejó la isla fuera del alcance de los turistas y de los hombres de negocios.

—Presumo que le habrán enterado de la razón de mi visita.

—Será mejor que esperemos a hablar de esto en el coche —dijo Clark, señalando con la cabeza a una mujer gorda y vulgar que estaba sentada cerca de ellos, con una pequeña maleta sobre la falda.

Hagen no necesitó que se lo dijiesen para reconocer a una vigilante con un micro disimulado que registraba todas sus palabras.

Al cabo de casi una hora, pudo hacerse Hagen al fin con su maleta y se dirigieron al coche de Clark, un sedán Lincoln con chófer. Llovía ligeramente, pero Clark traía un paraguas. El conductor colocó la maleta en el portaequipajes, y se dirigieron a la Embajada suiza, donde se albergaba la Sección de Intereses Especiales de los Estados Unidos.

Hagen había pasado la luna de miel en Cuba, varios años antes de la revolución, y se encontró con que La Habana era casi la misma que él recordaba. Los colores pastel de los edificios estucados de las avenidas flanqueadas de palmeras parecían algo desvaídos pero poco cambiados. Era un viaje nostálgico. En las calles circulaban numerosos automóviles de los años cincuenta que le despertaban viejos recuerdos: Kaiser, Studebaker, Packard, Hudson e incluso un par de Edsel. Se mezclaban con los nuevos Fiat de Italia y Lada de Rusia.

La ciudad prosperaba, pero no con la pasión de los años de Batista. Los mendigos, las prostitutas y los tugurios habían desaparecido, sustituidos por la austera

pobreza que era marca de fábrica de todos los países comunistas. El marxismo era una verruga en el recto de la humanidad, decidió Hage.

Se volvió a Clark.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el servicio diplomático?

—Ninguno —respondió Clark—. Estoy en la compañía.

—La CÍA.

Clark asintió con la cabeza.

—Llámelo así si lo prefiere.

—¿Por qué ha dicho aquello sobre Douglas Oates?

—Para que lo oyese la persona que estaba escuchando en el aeropuerto. Quien me informó de su misión fue Martin Brogan.

—¿Qué se ha hecho para encontrar y desactivar el ingenio?

Clark sonrió tristemente.

—Puede llamarlo la bomba. Sin duda una bomba pequeña, pero lo bastante potente para arrasar la mitad de La Habana y provocar un incendio capaz de destruir todas las débiles casas y barracas de los suburbios. Y no, no la hemos encontrado. Tenemos un equipo secreto de veinte hombres registrando las zonas portuarias y los tres barcos en cuestión. Y no han encontrado nada. Igual podrían estar buscando una aguja en un pajar. Faltan menos de dieciocho horas para las ceremonias y el desfile. Se necesitaría un ejército de dos mil investigadores para encontrar la bomba a tiempo. Y para empeorar las cosas, nuestra pequeña tropa tiene que trabajar eludiendo las medidas de seguridad de los cubanos y los rusos. Tal como están las cosas, tengo que decir que la explosión es inevitable.

—Si puedo llegar hasta Castro y darle el aviso del presidente...

—Castro no quiere hablar con nadie —dijo Clark—. Nuestros agentes de más confianza en el Gobierno cubano, y tenemos cinco en encumbradas posiciones, no pueden establecer contacto con él. Lamento decirlo, pero la misión de usted es más desesperada que la mía.

—¿Va a evacuar a su gente?

Se pintó una expresión de profunda tristeza en los ojos de Clark.

—No. Todos continuaremos aquí hasta el final.

Hagen guardó silencio mientras el coche salía del Malecón y cruzaba la entrada de lo que había sido la Embajada de los Estados Unidos y estaba ahora ocupada oficialmente por los suizos. Dos guardias con uniforme suizo abrieron la alta verja de hierro.

De pronto, sin previo aviso, un taxi siguió a la limusina y cruzó la verja antes de que los sorprendidos guardias pudiesen reaccionar y cerrarla. El taxi no se había parado aún cuando una mujer con uniforme de miliciano y un hombre vestido de harapos se apearon de él de un salto. Los guardias se recobraron rápidamente y se

abalanzaron contra el desconocido, que adoptó una posición medio de boxeo y medio de judo. Se detuvieron, tratando de desenfundar sus pistolas. Aquel momento de indecisión fue suficiente para que la mujer abriese la puerta de atrás del Lincoln y subiese a él.

—¿Son americanos o suizos? —preguntó.

—Americanos —respondió Clark, tan pasmado por el repugnante olor que emanaba de ella como por su brusca aparición—. ¿Qué es lo que quiere?

Su respuesta fue totalmente inesperada. Empezó a reír histéricamente.

—Americanos o suizos. Dios mío, debió parecer que iba a pedirles un queso.

Por fin despertó el chófer, saltó del automóvil y la agarró de la cintura.

—¡Espere! —ordenó Hagen, reparando en las contusiones de la cara de la mujer—. ¿Qué sucede?

—Soy americana —farfulló ella, recobrando un poco de su aplomo—. Me llamo Jessie LeBaron. Por favor, ayúdenme.

—¡Santo Dios! —murmuró Hagen—. No será la esposa de Raymond LeBaron.

—Sí. Sí, lo soy —Señaló frenéticamente hacia la pelea que se había entablado en el paseo de la Embajada—. Deténganles. El es Dirk Pitt, director de proyectos especiales de la NUMA.

—Yo cuidaré de esto —dijo Clark.

Pero cuando pudo intervenir Clark, Pitt ya había tumbado a uno de los guardias y estaba luchando con el otro. El taxista cubano saltaba desaforadamente, agitando los brazos y reclamando el importe de la carrera. Varios policías de paisano aumentaron la confusión, apareciendo de improviso en la calle delante de la verja cerrada y pidiendo que Pitt y Jessie les fuesen entregados. Clark hizo caso omiso de la policía, detuvo la pelea y pagó al chofer. Después condujo a Pitt al Lincoln.

—¿De dónde diablos viene? —preguntó Hagen—. El presidente creía que estaba muerto o en la cárcel...

—¡Dejemos ahora esto! —le interrumpió Clark—. Será mejor que nos perdamos de vista antes de que los policías se olviden de la inmunidad de la Embajada y se pongan violentos.

Empujó rápidamente a todos dentro de la casa y por un pasillo que conducía a la sección americana del edificio. Pitt fue llevado a una habitación desocupada, donde podría tomar una ducha y afeitarse. Un miembro del personal que era aproximadamente de su talla le prestó alguna ropa. El uniforme de Jessie fue quemado con la basura, y ella tomó agradecida un baño para quitarse el mal olor del estiércol. Un médico de la embajada suiza la reconoció minuciosamente y curó sus cortes y contusiones. Prescribió una comida saludable y le ordenó que descansara unas horas antes de ser interrogada por los oficiales de la Sección de Intereses Especiales.

Pitt fue acompañado a una pequeña sala de conferencias. Cuando entró, Hagen y Clark se levantaron y se presentaron formalmente. Le ofrecieron un sillón y todos se acomodaron alrededor de una pesada mesa de madera de pino tallada a mano.

—No tenemos tiempo para demasiadas explicaciones —dijo Clark, sin preámbulos—. Hace dos días, mis superiores de Langley me informaron sobre su incursión secreta en Cayo Santa María. Lo hicieron para que estuviese preparado en caso de que fracasara y hubiese repercusiones en La Habana. No me enteré de su éxito, hasta que el señor Hagen...

—Ira —le interrumpió Hagen.

—Hasta que Ira me ha mostrado hace un momento un documento altamente secreto capturado en la instalación de la isla. También me ha dicho que el presidente y Martin Brogan le habían pedido que averiguase su paradero y el de la señora LeBaron. Tenía que notificárselo inmediatamente, en el caso de que hubiesen sido sorprendidos y detenidos.

—O ejecutados —añadió Pitt.

—También esto —asintió Clark.

—Entonces también sabe por qué Jessie y yo nos separamos de los demás y vinimos a Cuba.

—Sí. Ella trae un mensaje urgente del presidente para Castro.

Pitt se relajó y se arrellanó en su sillón.

—Muy bien. Mi papel en el asunto ha terminado. Les agradecería que hiciesen lo necesario para poder enviarme de vuelta a Washington, después de unos pocos días que necesito para resolver un asunto personal.

Clark y Hagen intercambiaron una mirada, pero ninguno de los dos pudo mirar a Pitt a los ojos.

—Lamento estropear sus planes —dijo Clark—. Pero estamos ante un problema grave, y su experiencia en cuestión de barcos podría sernos de gran ayuda.

—No les serviría de nada. Soy demasiado conocido.

—¿Puede dedicarnos unos minutos y le contaremos de qué se trata?

—Les escucharé con mucho gusto.

Clark asintió satisfecho con la cabeza.

—Muy bien. Ira ha venido directamente de hablar con el presidente. Está en mejores condiciones que yo para explicarle la situación. —Se volvió a Hagen—. Usted tiene la palabra.

Hagen se quitó la chaqueta, sacó un pañuelo del bolsillo de atrás del pantalón y se enjugó la sudorosa frente.

—La situación es ésta, Dirk. ¿Puedo llamarle Dirk?

—Ése es mi nombre.

Hagen era experto en juzgar a los hombres y le gustó lo que veía. Aquel tipo no

parecía de los que se dejan engañar. También tenía un aire que inspiraba confianza. Hagen puso las cartas sobre la mesa y explicó el plan ruso para asesinar a los Castro y asumir el control de Cuba. Expuso en términos concisos los detalles, explicando que la bomba nuclear había sido introducida secretamente en el puerto, así como el tiempo proyectado para su explosión.

Cuando Hagen hubo terminado, Clark esbozó la acción emprendida para encontrar la bomba. No había tiempo para traer un equipo de rastreo sumamente experto en ingenios nucleares, ni permitirían los cubanos que pusiesen los pies en la ciudad. Él tenía solamente veinte hombres, provistos de un equipo primitivo para detectar las radiaciones. Tenía la enorme responsabilidad de dirigir la búsqueda y no se necesitaba mucha imaginación para darse cuenta de la futilidad de sus esfuerzos. Por fin, hizo una pausa.

—¿Me sigue, Dirk?

—Sí... —dijo lentamente Pitt—. Le sigo. Gracias.

—¿Algunas preguntas?

—Varias, pero una es la que más me importa. ¿Qué nos ocurrirá a todos si esa bomba no es encontrada y desactivada?

—Creo que ya conoce la respuesta —dijo Clark.

—Sí, pero quiero oírla de sus labios.

La cara de Clark asumió la expresión de un enlutado en un entierro.

—Moriremos todos —dijo simplemente.

—¿Nos ayudará? —preguntó Hagen.

Pitt miró a Clark.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Aproximadamente dieciséis horas.

Pitt se levantó de su sillón y empezó a pasear arriba y abajo, dejando que su instinto comenzara a abrirse paso en aquel laberinto de información. Después de un minuto de silencio, en que Hagen y Clark le observaron con expectación, se apoyó de pronto en la mesa y dijo:

—Necesito un plano de la zona portuaria.

Un miembro del personal de Clark lo trajo rápidamente.

Pitt lo alisó sobre la mesa y lo miró.

—¿Dicen ustedes que no pueden avisar a los cubanos? —preguntó, mientras estudiaba los lugares de amarre de la bahía.

—No —respondió Hagen—. Su Gobierno está infestado de agentes soviéticos. Si les pusiesen sobre aviso, no sólo harían oídos sordos, sino que entorpecerían nuestra operación de búsqueda.

—¿Y qué me dicen de Castro?

—Penetrar en su refugio y avisarle es mi misión —dijo Hagen.

—Y los Estados Unidos tendrán la culpa.

—La falsa información de los soviéticos cuidará de esto.

—Por favor, ¿pueden darme un lápiz?

Clark se lo dio y volvió a sentarse en silencio mientras Pitt trazaba un círculo en el plano.

—Yo diría que el barco que lleva la bomba está atracado en la ensenada de Antares.

Clark arqueó las cejas.

—¿Cómo puede saberlo?

—Evidentemente, es el lugar donde una explosión causaría más estragos. La ensenada se adentra casi hasta el corazón de la ciudad.

—Un buen razonamiento —dijo Clark—. Dos de los barcos sospechosos están amarrados allí. El otro está en el otro lado de la bahía.

—Denme un informe detallado sobre estos barcos.

Clark examinó la página correspondiente del documento en que se consignaban las llegadas de barcos.

—Dos pertenecen a la flota mercante de la Unión Soviética. El tercero navega con pabellón panameño y es propiedad de una corporación dirigida por exiliados cubanos anticastristas.

—Esto último es una pista falsa montada por la KGB —dijo Hagen—. Sostendrán que los exiliados cubanos son un arma de la CÍA, convirtiéndonos así en los villanos de la catástrofe. No habrá una nación en el mundo que crea que no estamos comprometidos.

—Un plan muy astuto —dijo Clark—. Difícilmente emplearían uno de sus propios barcos para transportar la bomba.

—Sí, pero ¿por qué destruir dos barcos y sus cargamentos sin ningún objetivo? —preguntó Pitt.

—Confieso que esto no tiene sentido.

—¿Nombre y cargamento de los barcos?

Clark extrajo otra página del documento y leyó en ella:

—El *Ozero Zaysan*, carguero soviético que transporta equipo y suministros de tipo militar. El *Ozero Baykai*, petrolero de doscientas mil toneladas. El barco de simulada propiedad cubana es el *Amy Bigalow*, y lleva un cargamento de veinticinco mil toneladas de nitrato de amonio.

Pitt contempló el techo como hipnotizado.

—¿Es el petrolero el que está atracado en el otro lado de la bahía?

—Sí, ante la refinería de petróleo.

—¿Ha sido descargado alguno de los mercantes?

Clark sacudió la cabeza.

—No se ha observado ninguna actividad alrededor de los dos cargueros, y el petrolero continúa estando a un nivel muy bajo en el agua.

Pitt se sentó de nuevo y dirigió a los otros dos que estaban en la habitación una mirada fría y dura.

—Caballeros, les han tomado el pelo.

Clark miró a Pitt con expresión sombría.

—¿Qué está diciendo?

—Han sobrestimado ustedes la táctica espectacular de los rusos y menospreciado su astucia —dijo Pitt—. No hay ninguna bomba nuclear en ninguno de estos barcos. Para lo que proyectan hacer, no la necesitan.

El coronel general Viktor Kolchak, jefe de los quince mil soldados y consejeros en suelo cubano, salió de detrás de su mesa y abrazó calurosamente a Velikov.

—General, no sabe usted cuánto me alegro de verle vivo.

—El sentimiento es mutuo, coronel general —dijo Velikov, correspondiendo al fuerte abrazo de Kolchak.

—Siéntese, siéntese; tenemos mucho de que hablar. Quienquiera que está detrás de la destrucción de nuestras instalaciones de vigilancia en la isla lo pagará caro. Un mensaje del presidente Antonov me asegura que no se tomará este ataque a la ligera.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Velikov—. Pero tenemos otro asunto urgente que discutir.

—¿Quiere un vaso de vodka?

—No —replicó bruscamente Velikov—. Ron y Cola tendrá lugar mañana a las diez de la mañana. ¿Han terminado sus preparativos?

Kolchak se sirvió un vasito de vodka.

—Los funcionarios soviéticos y nuestros amigos cubanos están saliendo discretamente de la ciudad en pequeños grupos. La mayoría de nuestras fuerzas militares la han abandonado ya para empezar unas maniobras simuladas a sesenta kilómetros de distancia. Al amanecer, todo el personal, el equipo y los documentos importantes habrán sido evacuados disimuladamente.

—Deje a algunos aquí —dijo tranquilamente Velikov.

Kolchak miró por encima de sus gafas sin montura como una abuela al oír una palabrota de boca de un chiquillo.

—¿Que deje qué, general?

Velikov borró de su cara una sonrisa burlona.

—Cincuenta miembros del personal civil soviético, y sus familias, y doscientos componentes de sus fuerzas militares.

—¿Sabe lo que me está pidiendo?

—Perfectamente. No podemos culpar a la CÍA de cien mil muertos sin sufrir nosotros baja alguna. Han de morir rusos junto a los cubanos. Será una propaganda que allanará el camino a nuestro nuevo Gobierno.

—No puedo enviar a la muerte a doscientos cincuenta de mis paisanos.

—La conciencia nunca inquietó a su padre cuando despejó unos campos de minas alemanes haciendo marchar a sus hombres por ellos.

—Aquello era la guerra.

—Sólo el enemigo ha cambiado —dijo fríamente Velikov—. Hemos estado en guerra con los Estados Unidos desde 1945. El costo en vidas es pequeño en comparación con el aumento de nuestro dominio en el hemisferio occidental. No hay

tiempo para discusiones, general. Se espera que cumpla usted con su deber.

—No necesito que la KGB me dé lecciones sobre mi deber para con la madre patria —dijo Kolchak, sin rencor.

Velikov se encogió de hombros con indiferencia.

—Todos hemos de representar nuestro papel. Volviendo a Ron y Cola; después de la explosión, sus tropas regresarán a la ciudad y ayudarán en las operaciones médicas y de auxilio. Mi gente cuidará de que se produzca con orden el cambio de Gobierno. También haré que la prensa internacional muestre a los abnegados soldados soviéticos cuidando a los supervivientes heridos.

—Como soldado debo decir que encuentro abominable toda esta operación. No puedo creer que el camarada Antonov sea cómplice de ella.

—Sus motivos son válidos y yo no los pongo en tela de juicio.

Kolchak se apoyó en el borde de su mesa con los hombros encogidos.

—Haré una lista de los que se tienen que quedar.

—Gracias, coronel general.

—Presumo que los preparativos están terminados, ¿no?

Velikov asintió con la cabeza.

—Usted y yo acompañaremos a los hermanos Castro a la tribuna para presenciar el desfile. Yo llevaré un transmisor de bolsillo que hará estallar la carga en el barco principal. Cuando Castro inicie su acostumbrado discurso maratónico, saldremos disimuladamente y tomaremos un coche que nos estará esperando. Cuando nos hayamos alejado lo bastante para estar a salvo, unos treinta kilómetros que podremos recorrer en media hora, activaré la señal y se producirá la explosión.

—¿Cómo explicaremos nuestra milagrosa salvación? —preguntó sarcásticamente Kolchak.

—Las primeras noticias nos darán por muertos y desaparecidos. Más tarde, seremos descubiertos entre los heridos.

—¿Muy mal herido?

—Sólo lo bastante para que sea convincente. Uniformes desgarrados, un poco de sangre y algunas heridas artificiales cubiertas con vendas.

—Como dos gamberros que han destrozado los camerinos de un teatro.

—Una metáfora muy poco adecuada.

Kolchak se volvió y miró tristemente por la ventana de su despacho la bulliciosa ciudad de La Habana.

—Es imposible —dijo en tono deprimido— creer que mañana a esta hora será todo eso un campo arrasado y humeante de miseria y de muerte.

El presidente trabajó hasta muy tarde en su mesa. Nada podía preverse en todos sus detalles, nada era absolutamente claro. El trabajo del jefe ejecutivo exigía una transacción tras otra. Sus victorias sobre el Congreso eran diluidas con enmiendas

forzosas; su política exterior, alterada por otros líderes mundiales hasta que quedaba poco de la intención original. Ahora estaba tratando de salvar la vida a un hombre que, durante treinta años, había considerado a los Estados Unidos como su enemigo número uno. Se preguntó si esto tendría consecuencias dentro de doscientos años.

Dan Fawcett entró con una cafetera y unos bocadillos.

—El Salón Oval nunca duerme —dijo con forzada animación—. Aquí tiene lo que más le gusta: atún con tocino. —Ofreció un plato al presidente y después sirvió el café—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—No, gracias, Dan. Sólo estoy redactando mi discurso para la conferencia de prensa de mañana.

—Estoy en ascuas por ver las caras que pondrán los representantes de la prensa cuando les revele la existencia de la colonia lunar y les presente a Steinmetz y los suyos. He visto algunas de las cintas de vídeo con sus experimentos en la Luna. Son increíbles.

El presidente puso el bocadillo a un lado y sorbió reflexivamente el café.

—El mundo está patas arriba.

Fawcett dejó de comer.

—¿Perdón?

—Piense en esta terrible incongruencia. Estaré informando al mundo de la más grande hazaña moderna del hombre en el mismo momento en que La Habana será borrada del mapa.

—¿Alguna noticia de última hora de Brogan, desde que Pitt y Jessie LeBaron aparecieron en nuestra Sección de Intereses Especiales?

—Ninguna desde hace una hora. Él también está en vela en su despacho.

—¿Cómo diablos consiguieron Pitt y Jessie llegar hasta allí?

—Recorriendo trescientos kilómetros a través de una nación hostil. No lo comprendo.

Sonó el teléfono de la línea directa con Langley.

—Diga.

—Soy Martin Brogan, señor presidente. Me informan de La Habana que los investigadores no han detectado todavía ninguna señal radiactiva en ninguno de los barcos.

—¿Han subido a bordo?

—No. Las medidas de seguridad son extremas. Sólo pueden pasar en coche frente a los dos barcos amarrados en el muelle. El otro, un petrolero, está anclado en la bahía. Han dado vueltas a su alrededor en una pequeña barca.

—¿Qué quiere usted decir, Martin? ¿Que la bomba ha sido descargada y escondida en la ciudad?

—Los barcos han estado bajo estrecha vigilancia desde que llegaron al puerto. No

se ha descargado nada.

—Tal vez la radiación no puede filtrarse a través de los cascos de acero de los barcos.

—Los expertos de Los Álamos me aseguran que puede filtrarse. El problema está en que nuestros hombres en La Habana no son expertos profesionales en radiación. También es un inconveniente que tengan que emplear contadores Geiger comerciales que no son lo bastante sensibles para registrar una señal ligera.

—¿Por qué no tienen allí expertos cualificados y provistos del equipo necesario? —preguntó el presidente.

—Una cosa es enviar un hombre en una misión diplomática y llevando solo un maletín, como su amigo Hagen, y otra muy distinta introducir disimuladamente todo un equipo con doscientos cincuenta kilos de aparatos electrónicos. Si tuviésemos más tiempo, habríamos podido inventar algo. Los desembarcos clandestinos y el lanzamiento de paracaidistas tienen pocas probabilidades de éxito, habida cuenta de la muralla defensiva de Cuba. Entrar disimuladamente en barco es el método mejor, pero para esto se necesitaría al menos un mes de preparativos.

—Hace usted que esto parezca una enfermedad de la que no se conoce ningún remedio.

—Esto es una buena comparación, señor presidente —dijo Brogan—. Casi lo único que podemos hacer es permanecer sentados y esperar... y ver lo que sucede.

—No, no puedo permitirlo. Tenemos que hacer algo en nombre de la humanidad. No podemos dejar que muera toda esa gente. —Hizo una pausa, sintiendo un nudo cada vez más apretado en el estómago—. Dios mío, no puedo creer que los rusos hagan estallar realmente una bomba nuclear en una ciudad. ¿No se da cuenta Antonov de que nos está hundiendo cada vez más en un pantano del que no habrá manera de salir?

—Todavía existe la esperanza de que Ira Hagen pueda llegar a tiempo hasta Castro.

—¿Cree realmente que Fidel se tomará en serio a Hagen? No es muy probable. Pensará que no es más que una intriga para desacreditarle. Lo siento, señor presidente, pero tenemos que acorazarnos contra el desastre, porque no podemos hacer nada para remediarlo.

El presidente ya no le escuchaba. Su cara revelaba una terrible desesperación. Hemos instalado una colonia en la Luna, pensó, y sin embargo, los habitantes de la Tierra insisten todavía en matarse los unos a los otros por razones estúpidas.

—Convocaré una reunión del Gabinete para mañana a primera hora, antes del anuncio de la colonia lunar —dijo, desalentadamente—. Tendremos que concebir un plan para rebatir las acusaciones de los soviéticos y los cubanos y recoger las piezas lo mejor que podamos.

Salir de la Embajada suiza fue ridiculamente fácil. Veinte años antes se había excavado un túnel que pasa a treinta metros por debajo de las calles y de las alcantarillas, muy fuera del alcance de cualquier sondeo que hubiesen podido intentar los agentes de seguridad cubanos alrededor de la manzana. Las paredes habían sido impermeabilizadas, pero unas bombas silenciosas funcionaban continuamente para eliminar las filtraciones.

Clark condujo a Pitt hasta el fondo por una larga escalera y, después, por un pasadizo que discurría por debajo de casi dos manzanas de la ciudad y terminaba en un pozo de escalera. Subieron por ella y salieron a un probador de una tienda de modas.

La tienda había cerrado hacía seis horas y las prendas exhibidas en el escaparate impedían que pudiese verse desde fuera el interior. Sentados en el almacén había tres hombres agotados y de aspecto macilento que apenas dieron muestras de reconocer a Clark al entrar éste con Pitt.

—No hace falta que sepa los verdaderos nombres —dijo Clark—. Le presento a Manny, a Moe y a Jack.

Manny, un negro corpulento de rostro fuertemente marcado con arrugas, vistiendo una vieja y descolorida camisa verde y unos pantalones caqui, encendió un cigarrillo y se limitó a mirar a Pitt con la indiferencia del hombre que está cansado del mundo. Parecía haber experimentado lo peor de la vida y perdido todas sus ilusiones.

Moe estaba estudiando a través de sus gafas un libro de frases rusas. Tenía el aire de un académico: expresión perdida, cabellos revueltos y barba perfectamente cuidada. Saludó con la cabeza y sonrió despreocupadamente.

Jack era el prototipo del latino de las películas de los años treinta: ojos chispeantes, complexión vigorosa, dientes blanquísimos, bigote triangular. Lo único que le faltaba era un bongó. Fue el único que pronunció unas palabras de saludo.

—*Hola*, Thomas. ¿Ha venido a arengar a la tropa?

—Caballeros, les presento... a Sam. Ha presentado una teoría que arroja nueva luz sobre la búsqueda.

—Será mejor que valga la pena de habernos sacado de los muelles —gruñó Manny—. No podemos perder tiempo con teorías estúpidas.

—Ahora están más cerca de encontrar la bomba de lo que estaban hace veinticuatro horas —dijo pacientemente Clark—, Sugiero que escuchen lo que tiene que decir.

—¡Vayase al diablo! —dijo Manny—. Precisamente cuando habíamos encontrado la manera de subir a bordo de uno de los cargueros, nos ha hecho volver.

—Podrían haber buscado hasta el último rincón de esos barcos sin encontrar un

ingenio nuclear de una tonelada y media —dijo Pitt.

Manny volvió su atención a Pitt, mirándole de los pies a la cabeza como un jugador de rugby midiendo a un adversario.

—Muy bien, sabelotodo, ¿dónde está nuestra bomba?

—Tres bombas —le corrigió Pitt— y ninguna de ellas nuclear.

Se hizo un silencio en la estancia. Todo, menos Clark, parecían escépticos.

Pitt sacó el mapa de debajo de su camisa y lo desplegó. Tomó unos alfileres de un maniquí y fijó el mapa en la pared. No iba a dejarse impresionar por la actitud indiferente del grupo de agentes de la CÍA. Sus ojos le mostraban que aquellos hombres eran despiertos, exactos y competentes. Sabía que poseían una notable variedad de recursos y la absoluta determinación de hombres que no se tomaban el fracaso a la ligera.

—El *Amy Bigalow* es el primer eslabón de la cadena destructora. Su cargamento de veinticinco mil toneladas de nitrato de amonio...

—Esto no es más que un fertilizante —dijo Manny.

—Es también un producto químico sumamente volátil —siguió diciendo Pitt—. Si esta cantidad de nitrato de amonio estallase, su fuerza sería mucho mayor que la de las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki. Éstas fueron arrojadas desde el aire y buena parte de su fuerza destructora se perdió en la atmósfera. Cuando el *Amy Bigalow* estalle a nivel del suelo, la mayor parte de su fuerza barrerá La Habana como un alud de lava fundida. El *Ozero Zaysan*, cuyo manifiesto dice que transporta artículos militares, está probablemente lleno de municiones hasta los topes. Desencadenará su fuerza destructora en una explosión en cadena con la del *Amy Bigalow*. Después arderá el *Ozero Baykai* con su petróleo, aumentando la devastación. Los depósitos de carburante, las refinerías, las plantas de productos químicos y todas las fábricas donde haya materiales volátiles saltarán por los aires. El incendio puede durar probablemente varios días.

Exteriormente, Manny, Moe y Jack parecieron no comprender, pues las expresiones de sus caras permanecieron inescrutables. Por dentro, estaban aturridos por el increíble horror de aquella visión infernal de Pitt.

Moe miró a Clark.

—Creo que ha dado en el blanco, ¿sabe?

—Yo estoy de acuerdo. Langley interpretó mal el proyecto de los soviéticos. Pueden conseguirse los mismos resultados sin necesidad de recurrir a la fuerza nuclear.

Many se levantó y agarró los hombros de Pitt con sus manos como tenazas.

—Tengo que reconocerlo, hombre. Usted sabe realmente donde está la mierda.

Jack habló por primera vez.

—Es imposible descargar aquellos barcos antes de la fiesta de mañana.

—Pero pueden ser trasladados —dijo Pitt.

Manny reflexionó durante un momento.

—Los cargueros podrían sacarse del puerto, pero no apostaría yo a sacar a tiempo el petrolero. Necesitaríamos un remolcador sólo para dirigir su proa hacia el canal.

—Cada milla que pongamos entre aquellos barcos y el puerto significará un ahorro de cien vidas —dijo Pitt.

—Deberíamos tener tiempo bastante para buscar los detonadores —dijo Moe.

—Si pueden ser encontrados antes de que llegemos a mar abierto, tanto mejor.

—Y si no —murmuró hoscamente Manny—, será como si todos nos suicidásemos.

—Ahorrarás a tu esposa los gastos del entierro —dijo Jack, con sonrisa de calavera—. No quedará nada que enterrar.

Moe pareció dudar.

—Andamos escasos de personal.

—¿Cuántos maquinistas navales podrían encontrar? —preguntó Pitt.

Moe señaló con la cabeza.

—Manny ha sido jefe de máquinas. ¿Quién más se te ocurre, Manny?

—Enrico sabe lo que tiene que hacer en una sala de máquinas. Y también Héctor, cuando no está borracho.

—Son tres —dijo Pitt—. ¿Y como marineros de cubierta?

—Quince, diecisiete incluyendo a Moe y a Jack —respondió Clark.

—En total veinte, y yo soy el veintiuno —dijo Pitt—. ¿Y prácticos del puerto?

—Todos esos bastardos están en el bolsillo de Castro —gruñó Manny—. Tendremos que gobernar nosotros los barcos.

—Un momento —terció Moe—. Aunque dominemos las fuerzas de seguridad del muelle, tendremos que habérmolas con las tripulaciones.

Pitt se volvió a Clark.

—Si los suyos se encargan de los guardias, yo neutralizaré las tripulaciones.

—Yo dirigiré personalmente un grupo de combate —dijo Clark—. Pero quisiera saber cómo piensa cumplir su parte del trato.

—Es cosa hecha —dijo sonriendo Pitt—. Los barcos están abandonados. Les garantizo que las tripulaciones los han evacuado silenciosamente y se han trasladado a lugar seguro.

—Los soviéticos pueden salvar la vida los suyos —dijo Moe—. Pero les importa un bledo la tripulación extranjera del *Amy Bigalow*.

—Seguro, pero no se arriesgarán a que un tripulante curioso ande por allí mientras preparan los detonadores.

Jack pensó un momento y dijo:

—Dos y dos son cuatro. Ese hombre es muy listo.

Manny miró a Pitt, ahora respetuosamente.

—¿Pertenece usted a la compañía?

—No; a la NUMA.

—He metido la pata como un aficionado —suspiró Manny—. Tal vez ha llegado la hora de que me retire.

—¿Cuántos hombres calcula que vigilan los barcos? —le preguntó Clark.

Manny sacó un pañuelo sucio y se sonó ruidosamente antes de responder:

—Una docena vigilan el *Bigalow*. Otros tantos el *Zaysan*. Una pequeña lancha patrullera está anclada junto al petrolero. Probablemente no van más que seis o siete en ella.

Clark empezó a andar arriba y abajo mientras hablaba.

—Bien. Reúnan sus tripulaciones. Mi equipo se encargará de los guardias y de proteger la operación. Manny, usted y sus hombres zarparán con el *Amy Bigalow*. Moe tomará el *Ozero Zaysan*. El remolcador le corresponde a usted, Jack, Asegúrese de que no suene la alarma cuando se apodere de él. Disponemos de seis horas con luz de día. Tenemos que aprovechar cada minuto. —Se interrumpió y miró a su alrededor—. ¿Alguna pregunta?

Moe levantó una mano.

—Cuando estemos en mar abierto, ¿qué nos pasará?

—Tomarán la lancha a motor de su barco y se alejarán lo más posible antes de que se produzcan las explosiones.

Nadie hizo comentarios. Todos sabían que sus probabilidades de salvación rayaban en cero.

—Me gustaría ir con Manny —dijo Pitt—. Soy bastante hábil con el timón.

Manny se puso en pie y dio una palmada en la espalda de Pitt que le dejó sin aliento.

—Por Dios, Sam, que creo que empezaré a tomarle simpatía.

Pitt le miró fijamente.

—Esperemos que vivamos lo bastante para saberlo.

El *Amy Bigalow* estaba amarrado de lado a un largo muelle moderno que había sido construido por ingenieros soviéticos. Más allá, a unos cientos de metros en el canal, veíase el casco de color crema del *Ozero Zaysan*, oscuro y abandonado. Las luces de la ciudad resplandecían en las negras aguas del puerto. Unas cuantas nubes procedentes de las montañas cruzaban la ciudad y se dirigían a alta mar.

Un coche oficial de fabricación rusa salió del bulevar de los Desamparados, seguido de dos pesados camiones militares. El convoy cruzó lentamente el muelle y se detuvo ante la rampa del *Amy Bigalow*. Un centinela salió de una garita y se acercó cautelosamente al automóvil.

—¿Tienen permiso para estar en esta zona? —preguntó.

Clark, que llevaba uniforme de oficial cubano, dirigió una mirada arrogante al centinela.

—Llame al oficial de guardia —ordenó secamente—. Y diga *señor* cuando se dirija a un oficial.

Reconociendo las insignias de Clark a la luz amarillenta de las lámparas de vapor de sodio que iluminaban el muelle, el centinela se cuadró y saludó.

—En seguida, señor. Voy a llamarle.

El centinela corrió a la garita y tomó un transmisor portátil. Clark rebulló inquieto en su asiento. La astucia era vital; la mano dura, fatal. Si hubiesen tomado los barcos por asalto, a tiros, se habría dado la voz de alarma a todas las guarniciones de la ciudad. Una vez alertados, y encontrándose entre la espada y la pared, se verían obligados a provocar las explosiones antes de la hora prevista.

Un capitán salió por la puerta de un almacén cercano, se detuvo un momento para observar el convoy aparcado y, después, se acercó a la ventanilla del coche oficial y se dirigió a Clark:

—Capitán Roberto Herras —dijo, saludando—. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Coronel Ernesto Pérez —respondió Clark—. Me han ordenado que le reemplace, así como a sus hombres.

Herras pareció confuso.

—Tengo orden de guardar el barco hasta mañana al mediodía.

—Las órdenes han sido cambiadas —dijo brevemente Clark—. Reúna a sus hombres y vuelvan al cuartel.

—Si no le importa, coronel, quisiera pedir confirmación a mi superior.

—Y él tendrá que llamar al general Melena y el general estará durmiendo en su cama. —Clark entrecerró los ojos y le dirigió una mirada helada—. Una carta dando fe de su insubordinación le sería muy perjudicial cuando le llegue el día de ascender a comandante.

—Por favor, señor, yo no me niego a obedecerle.

—Entonces le sugiero que reconozca mi autoridad.

—Sí, coronel... Yo..., yo no dudo de usted. —Se sometió—. Reuniré a mis hombres.

—Hágalo.

Diez minutos más tarde, el capitán Herras y su fuerza de seguridad de veinticuatro hombres formaron y se dispusieron a marcharse. Los cubanos aceptaron de buen grado al cambio de la guardia. Estaban contentos de volver a su cuartel y poder dormir por la noche. Herras no pareció advertir que los hombres del coronel permanecían ocultos en la oscuridad del primer camión.

—¿Es toda su unidad? —preguntó Clark.

—Sí, señor. Están todos aquí.

—¿Incluso los encargados de la vigilancia del otro barco?

—Disculpe, coronel. Dejé centinelas junto a la rampa, para asegurarme de que nadie subiría a bordo mientras repartiese usted sus hombres. Podemos pasar por allí y recogerlos al marcharnos.

—Muy bien, capitán. El camión de atrás está vacío. Ordene a sus hombres que suban a él. Usted puede llevarse mi coche. Mi ayudante irá a recogerlo más tarde a su cuartel.

—Es usted muy amable, señor. Gracias.

Clark tenía la mano en una pequeña pistola del 25 con silenciador que llevaba en el bolsillo del pantalón, pero no la sacó. Los cubanos estaban ya subiendo al camión, dirigidos por un sargento. Clark ofreció su asiento a Herras y se encaminó casualmente al camión silencioso donde estaban Pitt y los marineros cubanos.

Los vehículos habían girado en redondo y estaban saliendo del muelle cuando apareció y se detuvo un coche militar en el que viajaba un oficial ruso. Éste se asomó a la ventanilla de atrás y miró, frunciendo recelosamente el entrecejo.

—¿Qué pasa aquí?

Clark se acercó despacio al automóvil, pasando por delante de él para asegurarse de que sus únicos ocupantes eran el ruso y su chófer.

—Un relevo de la guardia.

—No sé que se haya ordenado.

—La orden procede del general Velikov —dijo Clark, deteniéndose a sólo dos pies de la portezuela de atrás.

Ahora pudo ver que el ruso era también coronel.

—Precisamente vengo del despacho del general para inspeccionar las medidas de seguridad. No me dijo nada sobre el relevo de la guardia. —El coronel abrió la portezuela, disponiéndose a apearse—. Debe ser un error.

—No es ningún error —dijo Clark.

Cerró la puerta con la rodilla y disparó al coronel entre los ojos. Después, fríamente, metió dos balas en la nuca del conductor.

Un momento más tarde, el coche fue puesto en marcha y dirigido hacia las negras aguas entre los muelles.

Manny abrió la marcha, seguido de Pitt y cuatro marineros cubanos. Subieron a toda prisa la rampa hasta la cubierta principal del *Atny Bigalow* y se separaron. Pitt trepó por la escalerilla de la obra muerta, mientras los otros bajaban a la sala de máquinas. La caseta del timón estaba a oscuras, y Pitt la dejó tal cual. Pasó la media hora siguiente comprobando los controles electrónicos y el sistema de altavoces del barco a la luz de una linterna, hasta que todas las palancas y los interruptores quedaron firmemente grabados en su mente.

Levantó el teléfono del barco y llamó a la sala de máquinas. Pasó un minuto antes de que Manny respondiese.

—¿Qué diablos quiere?

—Sólo una comprobación —dijo Pitt—. Listo para cuando usted lo esté.

—Pues tendrá que esperar mucho, míster.

Antes de que Pitt pudiese replicar, Clark entró en la caseta del timón.

—¿Está hablando con Manny? —preguntó.

—Sí.

—Dígale que suba en seguida.

Pitt transmitió la brusca orden de Clark y recibió un alud de blasfemias antes de colgar.

Menos de un minuto más tarde, Manny entró en tromba, apestando a sudor y a aceite.

—Dése prisa —dijo a Clark—. Tengo un problema.

—Moe lo tiene aún peor.

—Ya lo sé. Las máquinas han sido inutilizadas.

—¿Están las suyas en condiciones de funcionar?

—¿Por qué no habían de estarlo?

—La tripulación soviética rompió a martillazos todas las válvulas del *Ozero Zaysan* —dijo gravemente Clark—. Moe dice que tardaría dos semanas en repararlas.

—Jack tendrá que arrastrarlo hacia el mar abierto con el remolcador —dijo llanamente Pitt.

Manny escupió a través de la puerta de la caseta del timón.

—No conseguirá volver a tiempo para remolcar el petrolero. Los rusos no están ciegos. Se darán cuenta de lo que pasa en cuanto salga el sol.

Clark asintió lentamente con la cabeza.

—Temo que tiene razón.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Pitt a Manny.

—Si esta bañera tuviera motores Diesel, podría hacerla arrancar dentro de dos horas. Pero tiene turbinas a vapor.

—¿Cuánto tiempo necesita?

Manny miró hacia la cubierta, considerando los largos y complicados procedimientos.

—Hemos tenido que empezar con una maquinaria muerta. Lo primero que hicimos fue poner en funcionamiento el generador Diesel de emergencia y encender los quemadores del horno para calentar el fuel. Hay que enjugar la condensación de las tuberías, calentar las calderas y poner en condiciones los elementos auxiliares. Después esperar a que la presión del vapor aumente lo bastante para accionar las turbinas. Tenemos para cuatro horas... si todo marcha bien.

—¿Cuatro horas? —dijo, perplejo, Clark.

—Si es así, el *Amy Bigalow* no podrá salir del puerto antes de que sea de día —dijo Pitt.

—Entonces no hay nada que hacer.

Había una cansada certidumbre en la voz de Clark.

—Sí, todavía hay algo que hacer —dijo firmemente Pitt—. Aunque sólo lográsemos sacar un barco más allá de la entrada del puerto, reduciríamos en una tercera parte la cantidad de muertos.

—Y todos nosotros moriríamos —añadió Clark—. No habrá manera de escapar. Hace dos horas había calculado que teníamos un cincuenta por ciento de probabilidades de sobrevivir. Pero no ahora, no cuando su viejo amigo Velikov descubra que su monstruoso plan empieza a desvanecerse en el horizonte. Y no debemos olvidar al coronel soviético que yace en el fondo de la bahía; dentro de poco se advertirá su ausencia y todo un regimiento saldrá en su busca.

—Y también está aquel capitán de los guardias de seguridad —dijo Manny—. Muy pronto se dará cuenta de lo ocurrido cuando le pongan las peras a cuarto por haber abandonado su zona de vigilancia sin la debida orden.

El zumbido de potentes motores Diesel aumentó lentamente de volumen en el exterior y una sirena de barco lanzó tres breves toques apagados.

Pitt miró a través de la ventana del puente.

—Jack se está acercando con el remolcador.

Se volvió y contempló las luces de la ciudad. Éstas le recordaron una gran vitrina de joyas. Empezó a pensar en la multitud de niños que estarían metiéndose en la cama esperando con ilusión la fiesta de mañana. Se preguntó cuántos de ellos no despertarían nunca.

—Todavía hay esperanzas —dijo al fin.

Esbozó rápidamente lo que creía que sería la mejor solución para reducir la devastación y salvar la mayor parte de La Habana. Cuando hubo terminado, miró de

Manny a Clark.

—Bueno, ¿es factible?

—¿Factible? —Clark estaba pasmado—. ¿Otros tres y yo reteniendo a la mitad del Ejército cubano durante tres horas? Es un plan francamente suicida.

—¿Manny?

Manny miró fijamente a Pitt, tratando de escrutar aquella cara adusta apenas visible a la luz de las lámparas del muelle. ¿Por qué tenía un americano que sacrificar su vida por una gente que no vacilaría en matarle? Comprendió que nunca hallaría la respuesta en la oscura caseta del timón del *Amy Bigalow*, y se encogió de hombros con resignado fatalismo.

—Estamos perdiendo tiempo —dijo, mientras se volvía para regresar a la sala de máquinas.

El largo automóvil negro se detuvo sin ruido ante la puerta principal del pabellón de caza de Castro en los montes del sudeste de la ciudad. Uno de los dos gallardetes instalados sobre los guardabarros delanteros simbolizaba la Unión Soviética y el otro indicaba que el pasajero era un oficial de alta graduación.

La casa de invitados, en el exterior de la finca vallada, era la residencia de la escogida fuerza de vigilancia personal de Castro. Un hombre de uniforme hecho a la medida, pero sin insignias, se acercó lentamente al coche. Miró la vaga silueta de un corpulento oficial envuelto en la oscuridad del asiento de atrás y el documento de identidad que le fue mostrado en la ventanilla.

—Coronel general Kolchak. No hace falta que se identifique. —Saludó con un exagerado ademán—. Juan Fernández, jefe de seguridad de Fidel.

—¿No duerme usted nunca?

—Soy un pájaro nocturno —dijo Fernández—. ¿Qué le trae aquí a estas horas?

—Una súbita emergencia.

Fernández esperó una explicación más detallada, pero no la recibió. Empezó a sentirse inquieto. Sabía que sólo una situación crítica podía traer a las tres de la mañana al representante militar soviético de más alto rango. No sabía qué hacer.

—Lo siento mucho, señor, pero Fidel ha dado órdenes estrictas de que nadie le moleste.

—Respeto los deseos del presidente Castro. Sin embargo, es con Raúl con quien debo hablar. Por favor, dígame que he venido por un asunto de suma urgencia y del que hemos de tratar personalmente.

Fernández consideró durante un momento la petición y asintió con la cabeza.

—Telefonaré al pabellón y diré a su ayudante que va usted para allá.

—Gracias.

Fernández hizo una seña a un hombre invisible que se hallaba en la casa de invitados, y la puerta provista de un dispositivo electrónico se abrió de par en par. La limusina subió por una serpenteante carretera de montaña a lo largo de unos tres kilómetros. Por último, se detuvo delante de una villa grande de estilo español que daba a un panorama de montes oscuros salpicados de luces lejanas.

Las botas del conductor crujieron sobre la gravilla al pasar hacia la portezuela del pasajero. No la abrió, sino que estuvo plantado allí durante casi cinco minutos, observando casualmente a los guardias que patrullaban por el lugar. Al fin, el ayudante de Raúl Castro salió bostezando de la puerta principal.

—Un placer inesperado, coronel general —dijo, sin gran entusiasmo—. Entre, por favor. Raúl bajará en seguida.

El militar soviético, sin responder, se apeó del coche y siguió al ayudante a través

de un amplio patio hasta el vestíbulo del pabellón. Se llevó un pañuelo delante de la cara y se sonó. Su conductor le siguió a pocos pasos de distancia. El ayudante de Castro se hizo a un lado y señaló la sala de trofeos.

—Tengan la bondad de ponerse cómodos. Haré que les traigan un poco de café.

Al quedar solos, los dos se mantuvieron silenciosamente en pie de espaldas a la puerta abierta, contemplando una multitud de cabezas de oso adosadas a las paredes y docenas de aves disecadas y posadas alrededor del salón.

Pronto entró Raúl Castro, en pijama y con una bata de seda a cuadros. Se detuvo en seco al volverse de cara a él sus visitantes. Frunció el entrecejo, con sorpresa y curiosidad.

—¿Quiénes diablos son ustedes?

—Me llamo Ira Hagen y traigo un mensaje importantísimo del presidente de los Estados Unidos. —Hagen hizo una pausa y señaló con la cabeza a su conductor, el cual se quitó la gorra, dejando que una mata de cabellos cayera sobre sus hombros—. Permita que le presente a la señora Jessie LeBaron. Ha sufrido grandes penalidades para entregar una respuesta personal del presidente a su hermano con referencia al proyectado pacto de amistad entre Cuba y los Estados Unidos.

Por un momento, el silencio fue tan absoluto en la estancia que Hagen sintió el tictac de un primoroso reloj de caja arrimado a la pared del fondo. Los ojos negros de Raúl pasaron de Hagen a Jessie y se fijaron en ésta.

—Jessie LeBaron murió —dijo con asombro.

—Sobreviví al accidente del dirigible y a las torturas del general Peter Velikov. — Su voz era tranquila y autoritaria—. Traemos pruebas documentales de que éste intenta asesinar a Fidel y a usted durante la fiesta del Día de la Educación, mañana por la mañana.

La rotundidad de la declaración, y el tono autoritario en que había sido formulada, impresionaron a Raúl.

Vaciló, reflexivamente. Después asintió con la cabeza.

—Despertaré a Fidel y le pediré que escuche lo que tienen que decirle.

Velikov observó cómo un archivador de su despacho era cargado en una carretilla de mano y bajado en el ascensor al sótano a prueba de incendios de la Embajada soviética. Su segundo oficial de la KGB entró en la revuelta habitación, quitó unos papeles de encima de un sillón y se sentó.

—Es una lástima quemar todo esto —dijo cansadamente.

—Un nuevo y más bello edificio se alzarán sobre las cenizas —dijo Velikov, con una astuta sonrisa—. Regalo de un Gobierno cubano agradecido.

Sonó el teléfono y Velikov respondió rápidamente.

—¿Qué pasa?

Le contestó la voz de su secretaria.

—El comandante Borchev desea hablar con usted.

—Póngame con él.

—¿General?

—Sí, Borchev, ¿cuál es su problema?

—El capitán al mando de las fuerzas de seguridad del puerto ha dejado su puesto junto con sus hombres y regresado a su base fuera de la ciudad.

—¿Han dejado los barcos sin vigilancia?

—Bueno..., no exactamente.

—¿Abandonaron o no abandonaron su puesto?

—Él dice que fue relevado por una fuerza de guardias bajo el mando de un tal coronel Ernesto Pérez.

—Yo no di esa orden.

—Lo supongo, general. Porque, si la hubiese dado, seguro que yo me habría enterado.

—¿Quién es ese Pérez y a qué unidad militar está destinado? —preguntó Velikov.

—Mi personal ha comprobado los archivos militares cubanos. No han encontrado nada acerca de él.

—Yo envié personalmente al coronel Mikoyan a inspeccionar las medidas de seguridad de los barcos. Póngase al habla con él y pregúntele qué diablos ocurre allá abajo.

—He estado tratando de comunicar con él durante la última media hora —dijo Borchev—. No contesta.

Sonó otro teléfono y Velikov dijo a Borchev que esperase.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Soy Juan Fernández, general. Creí que debería usted saber que el coronel general Kolchak acaba de llegar para entrevistarse con Raúl Castro.

—No es posible.

—Yo mismo le identifiqué en la puerta.

Este nuevo acontecimiento aumentó la confusión de Velikov. Su rostro adquirió una expresión pasmada y su respiración se hizo sibilante. Sólo había dormido cuatro horas durante las últimas treinta y seis y su mente empezaba a enturbiarse.

—¿Está ahí, general? —preguntó Fernández, inquieto por aquel silencio.

—Sí, sí. Escúcheme, Fernández. Vaya al pabellón y descubra que están haciendo Castro y Kolchak. Escuche su conversación e infórmeme dentro de dos horas.

No esperó respuesta, sino que conectó con la línea de Borchev.

—Comandante Borchev, forme un destacamento y vaya a la zona portuaria. Póngase usted mismo al frente de él. Compruebe quiénes son ese Pérez y sus fuerzas de relevo y telefonéeme en cuanto haya averiguado algo.

Entonces llamó Velikov a su secretaria.

—Póngame con la residencia del coronel general Kolchak.

Su segundo oficial se irguió en el sillón y le miró curioso. Nunca había visto a Velikov tan nervioso.

—¿Anda algo mal?

—Todavía no lo sé —murmuró Velikov.

De pronto sonó la voz familiar del coronel general Kolchak en el teléfono.

—Velikov, ¿cómo les van las cosas al GRU y a la KGB?

Velikov se quedó unos momentos aturdido antes de recobrase de la impresión.

—¿Dónde está usted?

—¿Que dónde estoy? —repitió Kolchak—. En mi oficina, tratando de sacar documentos secretos y otras cosas, lo mismo que usted. ¿Dónde creía que estaba?

—Acabo de recibir la noticia de que usted celebraba una entrevista con Raúl Castro en el pabellón de caza.

—Lo siento, pero todavía no puedo estar en dos sitios al mismo tiempo —dijo Kolchak, imperturbable—. Me da la impresión de que sus agentes secretos empiezan a ver visiones.

—Es muy raro. El informe procede de una fuente que siempre ha sido digna de confianza.

—¿Está Ron y Cola en peligro?

—No, todo sigue según lo proyectado.

—Bien. Entonces deduzco que la operación va por muy buen camino.

—Sí —mintió Velikov, con un miedo matizado de incertidumbre—, todo está bajo control.

El remolcador se llamaba *Pisto*, por el nombre de una fritura española de pimientos rojos, calabacines y tomates. El nombre era adecuado, pues los lados de la embarcación estaban rojos de orín y las piezas de cobre revestidas de cardenillo. Sin embargo, a pesar del descuido de su estructura exterior, el gran motor Diesel de 3.000 caballos de fuerza que latía en sus entrañas resplandecía como una escultura pulimentada de bronce.

Sujetando la gran rueda de teca del timón, Jack contempló a través del humedecido cristal de la ventana la mole gigantesca que se alzaba en la oscuridad. El petrolero era negro y frío como los otros dos portadores de la muerte amarrados en los muelles. Ninguna luz de navegación indicaba su presencia en la bahía; solamente la lancha patrullera que daba vueltas alrededor de sus trescientos cincuenta metros de eslora y sus cincuenta de manga cuidaba de que no se acercasen otras embarcaciones.

Jack acercó el *Pisto* al *Ozero Baykai* y lo dirigió cautelosamente hacia la cadena del ancla de popa. La lancha patrullera les descubrió rápidamente y se aproximó. Tres hombres salieron corriendo del puente y se colocaron detrás del cañón de fuego rápido de la proa. Jack ordenó a la sala de máquinas que parasen el motor, una acción concebida sólo como pretexto, cuando se perdían ya a lo lejos las olas levantadas por la proa del remolcador.

Un joven teniente barbudo se asomó en la caseta del timón de la lancha patrullera empuñando un megáfono.

—Ésta es una zona prohibida. No tienen nada que hacer aquí. Márchense.

Jack hizo bocina con las manos y gritó:

—Mis generadores han perdido toda su fuerza y el motor Diesel acaba de pararse. ¿Podrían remolcarme?

El teniente sacudió la cabeza con irritación.

—Éste es un buque militar. No remolcamos a nadie.

—¿Podría subir a su lancha y emplear su radio para llamar a mi jefe? Él enviará otro remolcador para sacarnos de aquí.

—¿Qué le ha pasado a su batería de emergencia?

—Está agotada. —Jack hizo un ademán de impotencia—. No tengo nada para repararla. Estoy en la lista de espera. Ya sabe usted cómo está la cosa.

Las dos embarcaciones estaban ahora tan cerca la una de la otra que casi se tocaban. El teniente dejó a un lado el megáfono y respondió con voz áspera:

—No puedo permitírselo.

—Entonces tendré que anclar aquí hasta mañana —replicó malhumorado Jack.

El teniente levantó furiosamente las manos, dándose por vencido.

—Suba a bordo y haga su llamada.

Jack bajó por una escalerilla a la cubierta y saltó el espacio de metro y medio entre las dos embarcaciones. Miró a su alrededor, con lentitud e indiferencia, observando cuidadosamente la actitud relajada de los servidores del cañón, al timonel, que encendía tranquilamente un cigarro, y la expresión cansada del semblante del teniente. Sabía que el único hombre que faltaba era el maquinista que se encontraba abajo.

El teniente se acercó a él.

—Dése prisa. Está entorpeciendo una operación militar.

—Discúlpeme —dijo Jack, servilmente—, pero yo no tengo la culpa.

Se adelantó como queriendo estrecharle la mano y, con su pistola con silenciador, metió dos balas en el corazón del teniente. Después mató tranquilamente al timonel.

El trío que se hallaba alrededor del cañón de proa se derrumbó y murió, alcanzado por tres flechas disparadas por los tripulantes de Jack con excelente puntería. El maquinista no sintió la bala que le perforó la sien. Cayó sobre el motor Diesel, sin soltar un trapo y una llave inglesa que tenía en las manos ahora sin vida.

Jack y sus hombres llevaron los cadáveres abajo y después destaparon rápidamente todos los orificios de desagüe. Entonces volvieron al remolcador y no prestaron más atención a la lancha patrullera que se hundía y derivaba a impulso de la marea en la oscuridad.

No había ninguna escalera bajada, por lo que arrojaron un par de cuerdas con garfios sobre la barandilla del petrolero. Jack y otros dos hombres treparon por ellas y después izaron unos bidones de acetileno y un soplete.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, habían sido cortadas las cadenas de las anclas, y el pequeño *Pisto*, como una hormiga tratando de mover un elefante, aplicó su defensa de proa contra la enorme popa del *Ozero Baykai*. Centímetro a centímetro, casi imperceptiblemente al principio, y después metro a metro, el remolcador empezó a apartar el petrolero de la refinería y a empujarle hacia el centro de la bahía.

Pitt observaba el perezoso movimiento del *Ozero Baykai* a través de unos gemelos nocturnos. Afortunadamente, la marea menguante estaba a su favor, alejando cada vez más a aquel monstruo del corazón de la ciudad.

Había encontrado una máscara y registrado las bodegas en busca de señales de algún ingenio detonador, pero no había hallado nada. Llegó a la conclusión de que debía estar enterrado debajo del nitrato de amonio de uno de los depósitos de mercancías. Después de casi dos horas, subió a cubierta y respiró agradecido la suave brisa del mar.

El reloj de Pitt marcaba las cuatro y media cuando el *Pisto* volvió a los muelles. Se dirigió en línea recta al barco de las municiones. Jack lo estuvo observando hasta que los hombres de Moe recogieron el cable del torno de popa del remolcador y lo sujetaron a los norays de popa del *Ozero Zaysan*. Se habían desprendido las amarras,

pero, en el momento en que el *Pisto* se disponía a tirar, un convoy militar de cuatro camiones llegó rugiendo al muelle.

Pitt bajó por la pasarela y corrió por el muelle a toda velocidad. Pasó alrededor de una grúa y se detuvo ante la amarra de popa. Desprendió el grueso y viscoso cable del noray y lo dejó caer en el agua. No había tiempo de soltar el cable de proa. Hombres fuertemente armados estaban saltando de los camiones y formando en equipos de combate. Subió por la pasarela e hizo funcionar el torno eléctrico que la elevaba al nivel de la cubierta, para impedir un asalto desde el muelle.

Descolgó el teléfono del puente y se comunicó con la sala de máquinas.

—Ya están ahí, Manny —fue todo lo que dijo.

—He hecho el vacío y tengo bastante vapor en una caldera para mover al barco.

—Buen trabajo, amigo. Ha ganado una hora y media.

—Entonces, larguémonos de aquí.

Pitt se dirigió al telégrafo del barco y puso los indicadores a preparados. Puso el timón de manera que la popa fuese la primera en apartarse del muelle. Después pidió espacio a popa.

Manny llamó desde la sala de máquinas y Pitt pudo sentir que los motores empezaban a vibrar debajo de sus pies.

Clark se dio cuenta, con súbito desaliento, de que su grupito de hombres era muy inferior en número, y de que estaba cortado todo camino para escapar. Vio también que no tenían que habérselas con soldados cubanos corrientes, sino con una fuerza de élite de infantes de marina soviéticos. En el mejor de los casos, podía ganar unos pocos minutos, el tiempo suficiente para que los barcos se apartasen del muelle.

Introdujo la mano en una bolsa de lona colgada de su cinturón y sacó de ella una granada. Salió de la sombra y lanzó la granada contra el camión de atrás. La explosión produjo un estampido sordo, seguido de una llamarada producida por el estallido del depósito de la gasolina. El camión pareció abrirse y los hombres que se hallaban en él fueron lanzados sobre el muelle como bolos encendidos.

Corrió entre los pasmados y desorganizados rusos, saltando sobre los heridos que chillaban y rodaban por el suelo tratando desesperadamente de apagar su ropa en llamas. Otras detonaciones se produjeron en rápida sucesión, resonando en la bahía, cuando él arrojó tres granadas más debajo de los otros camiones.

Nuevas llamaradas y nubes de humo se elevaron sobre los tejados de los almacenes. Los infantes de Marina abandonaron frenéticamente sus vehículos y corrieron para ponerse a salvo. Unos pocos recobraron su energía y empezaron a disparar en la oscuridad contra todo aquello que parecía vagamente una forma humana. El ruido del tiroteo se mezcló con el de los cristales de las ventanas de los almacenes que saltaban hechos añicos.

Los seis componentes del pequeño equipo de Clark aguantaron el fuego. Las

pocas balas que llegaron en su dirección pasaron sobre sus cabezas. Esperaron a que Clark se mezclara en aquella desorganizada algarabía, sin que nadie sospechase de él debido a su uniforme de oficial cubano, maldiciendo en ruso y ordenando a los soldados que se reagrupasen y atacasen muelle arriba.

—¡A formar! ¡A formar! —gritó furiosamente—. Se están escapando. ¡Moveos, maldita sea, antes de que huyan esos traidores!

Se interrumpió de pronto al encontrarse frente a frente con Borchev. El comandante soviético se quedó con la boca abierta, en una incredulidad total, y antes de que pudiese cerrarla, Clark le agarró de un brazo y le arrojó al agua. Afortunadamente, nadie lo advirtió en medio de aquella confusión.

—¡Seguidme! —chilló Clark, y empezó a correr por el muelle entre dos almacenes. Individualmente y en grupos de cuatro o cinco, los infantes de Marina soviéticos corrieron detrás de él a través del muelle agachándose y zigzagueando en movimientos bien aprendidos, y disparando una cortina de balas mientras avanzaban.

Parecían haber dominado la impresión paralizadora de la sorpresa y estaban resueltos a tomar represalias contra su invisible enemigo, sin saber que estaban escapando de una pesadilla para caer en otra. Nadie discutió las órdenes de Clark. Sin un jefe que les ordenase lo contrario, los suboficiales exhortaron a sus hombres para que obedeciesen al oficial de uniforme cubano que dirigía el ataque.

Cuando los infantes de Marina hubieron pasado entre los almacenes, Clark se arrojó al suelo como si estuviese herido. Era la señal para que sus hombres abriesen fuego. Los soviéticos se vieron atacados desde todos lados. Muchos fueron derribados. Hacían unos blancos perfectos, resaltados por la resplandeciente hoguera de los camiones. Los que sobrevivieron a la guadaña de la muerte contestaron el fuego. El repiqueteo de las armas era ensordecedor, mientras las balas se incrustaban en las paredes de madera o en carne humana o fallaban el blanco y rebotaban silbando en la noche. Clark corrió velozmente para resguardarse detrás de una grúa, pero fue alcanzado en un muslo y por otra bala que le atravesó ambas muñecas.

Malparados, pero sin dejar de luchar, los soviéticos empezaron a retirarse. Hicieron un fútil intento de salir de los muelles y resguardarse detrás de un muro de hormigón a lo largo del bulevar principal, pero dos de los hombres de Clark lanzaron una ráfaga de tiros que los dejó secos.

Clark yacía detrás de la grúa, sangrando a chorros de sus rotas venas, pero incapaz de detener la hemorragia. Sus manos pendían como las ramas rotas de un árbol, y no sentía nada en los dedos. Estaba perdiendo ya el conocimiento cuando se arrastró hasta la orilla del muelle y miró hacia el puerto.

Lo último que jamás verían sus ojos fue la silueta de los dos cargueros contra las luces de la orilla opuesta. Se estaban apartando de los muelles y dirigiéndose a la entrada del puerto.

Mientras se combatía furiosamente en el muelle, el pequeño *Pisto* empezó a remolcar por la popa al *Ozero Zaysan* hacia el centro del puerto. Luchando con toda su fuerza, enterró su grande y única hélice en el agua grasienta, haciéndola hervir en un caldero de espuma.

El navio de veinte mil toneladas empezó a moverse. Su mole amorfa era iluminada por llamas de color naranja mientras se deslizaba hacia el mar abierto. En cuanto se hubo apartado de los muelles, Jack viró 180 grados, hasta que el barco cargado de municiones puso proa a la entrada del puerto. Entonces lo soltó y recogió el cable de arrastre.

En la caseta del timón del *Amy Bigalow*, Pitt sujetó con fuerza la rueda del timón y esperó que algo cediese. Estaba tenso, apenas se atrevía a respirar. El cable todavía amarrado de la proa se puso tirante y crujió por la tremenda tensión ejercida por el barco en marcha atrás, pero se negó tercamente a romperse. Como un perro tratando de soltarse de la correa, el *Amy Bigalow* movió ligeramente la proa, aumentando la tensión. El cable resistió, pero el noray se desprendió del muelle con un fuerte chasquido de madera astillada.

Un temblor agitó todo el barco, que empezó a adentrarse gradualmente en el puerto. Pitt hizo girar la rueda y la proa se volvió hasta que el barco se colocó de costado en relación con el muelle que se alejaba. La vibración del motor se amortiguó y pronto se deslizaron suavemente, con una ligera humareda brotando de la chimenea.

Todo el muelle parecía estar ardiendo; las llamas de los camiones incendiados proyectaban una luz misteriosa y vacilante al interior de la caseta del timón. Todos los marineros, salvo Manny, subieron de la sala de máquinas y se plantaron en la proa. Ahora que tenía sitio para maniobrar, Pitt hizo girar el timón hacia estribor y señaló adelante despacio en el telégrafo. Manny respondió y el *Amy Bigalow* dejó de navegar en marcha atrás y empezó a deslizarse suavemente de proa.

Las estrellas del este empezaban a perder su brillo cuando el oscuro casco del *Ozero Zaysan* se puso de través. Pitt ordenó parada cuando el remolcador se situó debajo de la proa. La tripulación del *Pisto* lanzó una cuerda ligera atada a una serie de cuerdas más gruesas. Pitt observó desde el puente cómo eran izadas a bordo. Entonces el fuerte cable de remolque fue sujetado a un torno de proa y tensado.

La misma operación se repitió en la popa, sólo que, esta vez, con la cadena del ancla de babor del inerte *Ozero Zaysan*. Cuando la cadena hubo sido recogida, sus eslabones fueron sujetos en el torno de popa. Quedó establecida la conexión en dos direcciones. Los tres barcos estaban ahora atados juntos, con el *Amy Bigalow* en medio.

Jack hizo sonar la sirena del *Pisto*, y el remolcador avanzó, tensando el cable. Pitt estaba en el puente, mirando hacia la popa. Cuando uno de los hombres de Manny hizo señales de que el cable de popa estaba tirante, Pitt dio un ligero toque de sirena y puso el telégrafo en avante a toda máquina.

La última parte del plan de Pitt había terminado. El petrolero fue dejado atrás, flotando más cerca de los depósitos de petróleo de la orilla opuesta del puerto, pero a dos kilómetros del populoso centro de la ciudad. Los otros dos barcos, con sus mortíferas cargas, se dirigían hacia el mar abierto. El remolcador añadía su fuerza a la del *Amy Bigalow* para aumentar la velocidad de la caravana marítima.

Detrás de ellos, la gran columna de llamas y humo ascendía en espiral hacia el cielo azul de la mañana temprana. Clark había ganado tiempo para darles una oportunidad de victoria, pero lo había pagado con la vida.

Pitt no miró hacia atrás. Sus ojos eran atraídos como un imán por el rayo de luz del faro que se alzaba sobre las grises murallas del Castillo del Morro, la siniestra fortaleza que guardaba la entrada del puerto de La Habana. Estaba a tres millas de distancia, pero parecían treinta.

La suerte estaba echada. Manny elevó la fuerza de la otra máquina y las dos hélices gemelas batieron el agua. El *Amy Bigalow* empezó a adquirir velocidad. De dos nudos pasó a tres. De tres pasó a cuatro. Avanzó hacia el canal, debajo del faro, como un caballo percherón en una competición de tiro.

Estaba a cuarenta minutos de alcanzar la libertad. Pero se había dado la alarma y todavía tenía que llegar lo inconcebible.

El comandante Borchev esquivó las ascuas que caían y silbaban en el agua. Flotando allí, debajo de los pilotos, podía oír el estruendo de las armas de fuego y ver las llamas que se elevaban hacia el cielo. El agua de los muelles estaba tibia y olía a peces muertos y a petróleo. Arqueó y vomitó el agua sucia que había tragado cuando el extraño coronel cubano le había empujado sobre el borde del muelle.

Nadó lo que le pareció una milla antes de encontrar una escalera y subir a un embarcadero abandonado. Escupió asqueado y corrió hacia el convoy ardiente.

Cuerpos ennegrecidos y quemados llenaban el muelle. El tiroteo había cesado cuando los pocos supervivientes de Clark escaparon en una pequeña barca con motor fuera borda. Borchev anduvo cautelosamente entre aquella carnicería. A excepción de dos heridos que se habían refugiado detrás de una carretilla elevadora, los demás habían muerto. Todo su destacamento había sido aniquilado.

Medio loco de rabia, Borchev pasó tambaleándose entre las víctimas, buscando, hasta que encontró el cuerpo de Clark. Puso boca arriba al agente de la CÍA y miró sus ojos ciegos.

—¿Quién eres? —preguntó estúpidamente—. ¿Para quién trabajas?

Pero la facultad de responder había muerto con Clark.

Borchev agarró del cinturón el cuerpo exánime y lo arrastró hasta el borde del muelle. Entonces, de una patada, lo arrojó al agua.

—¡Veamos si te gusta esto! —gritó, insensato.

Borchev anduvo sin objeto entre los muertos durante otros diez minutos, antes de recobrar su aplomo. Por último comprendió que tenía que informar a Velikov. El único transmisor había quedado destrozado dentro del primer camión, y Borchev empezó a correr por la zona portuaria buscando febrilmente un teléfono.

Vio en un edificio un rótulo que lo identificaba como salón de recreo de los trabajadores del muelle. Se lanzó contra la puerta y la abrió de golpe con el hombro. Buscó a tientas en la pared, encontró el interruptor de la luz y la encendió. La habitación estaba amueblada con viejos sofás manchados. Había tableros de ajedrez, fichas de dominó y un pequeño frigorífico. Posters de Castro, del Che Guevara, fumando un cigarro con altanería, y de un sombrío Lenin, miraban hacia abajo desde una pared.

Borchev entró en el despacho de un supervisor y levantó el teléfono que había sobre una mesa. Marcó varias veces sin poder comunicar. Por fin despertó a la telefonista, maldiciendo la retrasada eficacia del sistema telefónico cubano.

Las nubes empezaban a adquirir un brillo anaranjado sobre los montes del este y las sirenas de los vehículos de bomberos de la ciudad convergían sobre el puerto cuando le pusieron por fin en comunicación con la Embajada soviética.

El capitán Manuel Pinon estaba en el puente de la fragata patrullera de clase Riga, construida en Rusia, y enfocó sus gemelos. Su primer oficial le había despertado poco después de que estallasen la lucha y la conflagración en la zona comercial del puerto. Podía ver poco a través de los gemelos, porque su barco estaba amarrado en el muelle naval detrás de una punta y precisamente más abajo del canal, y su visión quedaba entorpecida por unos edificios.

—¿Deberíamos ir a investigar? —preguntó el primer oficial.

—La policía y los bomberos ya se ocuparán de ello —respondió Pinon.

—Parecen disparos de fusil.

—Probablemente un incendio en un almacén de municiones. Es mejor que no entorpecamos a las embarcaciones contra incendios. —Tendió los gemelos al primer oficial—. Siga observando. Yo me vuelvo a la cama.

Pinon estaba a punto de entrar en su camarote cuando el primer oficial llegó corriendo por el pasillo.

—Señor, será mejor que vuelva al puente. Dos barcos están tratando de salir del puerto.

—¿Sin autorización?

—Sí, señor.

—Tal vez se trasladan a otro lugar de amarre.

El primer oficial sacudió la cabeza.

—Han puesto rumbo al canal principal.

Pinon gruñó.

—Los dioses no quieren dejarme dormir.

El primer oficial sonrió irónicamente.

—Un buen comunista no cree en los dioses.

—Cuénteselo a mi anciana madre.

De nuevo en el puente, Pinon bostezó y miró a través de la neblina de la mañana temprana. Dos barcos remolcados estaban a punto de entrar en el canal en dirección al mar abierto.

—¿Qué diablos...? —Pinon volvió a enfocar los gemelos—. Ni una bandera, ni una luz de navegación encendida, ni vigilancia en los puentes...

—Ni responden a nuestras señales por radio exigiéndoles que declaren sus intenciones. Casi parece que tratan de escapar.

—Chusma contrarrevolucionaria tratando de llegar a los Estados Unidos —gruñó Pinon—. Sí, debe ser esto. No puede ser otra cosa.

—¿Debo dar la orden de zarpar y salirles al paso?

—Sí, inmediatamente. Nos cruzaremos delante de sus proas y les cerraremos el camino.

Todavía hablaba cuando el primer oficial empezó a tocar la sirena para que los tripulantes ocupasen sus puestos.

Diez minutos más tarde, aquel barco de treinta años, retirado por la Marina rusa después de ser sustituido por una clase de fragata más nueva y modificada, navegaba de costado a través del canal. Sus cañones de cuatro pulgadas apuntaban casi a boca de jarro a los buques fantasmas que se acercaban rápidamente.

Pitt observó la centelleante luz de señales de la fragata y estuvo tentado de encender la radio, pero se había convenido desde el principio que el convoy guardaría silencio para el caso de que cualquier receptor de las autoridades del puerto o de algún puesto de seguridad estuviese sintonizado en la misma frecuencia. El conocimiento del código de Morse internacional de Pitt estaba muy oxidado, pero descifró el mensaje como «Deténganse inmediatamente e identifíquese.»

Mantuvo la mirada fija en el *Pisto*. Sabía que cualquier movimiento súbito de fuga tenía que iniciarlo Jack. Llamó a la sala de máquinas y dijo a Manny que una fragata estaba bloqueando su rumbo, pero las agujas del telégrafo metálico siguieron fijas en

AVANTE A TODA MÁQUINA.

Ahora estaban tan cerca que podía ver la bandera naval cubana ondeando rígidamente bajo la brisa marina. Las tablillas de la lámpara de señales se abrieron y

cerraron de nuevo. «Deténganse inmediatamente o abriremos fuego.»

Dos hombres aparecieron en la popa del *Pisto* y empezaron frenéticamente a largar más cable. Al mismo tiempo, el remolcador cambió de rumbo e hizo una brusca virada a estribor. Entonces Jack salió de la caseta del timón y gritó a la fragata a través de un megáfono:

—Apártate, pedazo de imbécil. ¿No ves que estoy remolcando?

Pinon hizo caso omiso del insulto. No esperaba menos de un patrón de remolcador.

—Su maniobra no está autorizada. Voy a enviar una patrulla de inspección.

—Que me aspen si consiento que ningún mequetrefe de la Marina ponga los pies en mi barco.

—Dése por muerto si no lo hace —replicó Pinon, de buen humor.

Ahora ya no estaba seguro de que fuese un intento de fuga en masa de disidentes, pero la extraña acción del remolcador y los barcos sin luces exigían una investigación.

Se inclinó sobre la barandilla del puente y ordenó que fuese arriada la lancha a motor con una patrulla. Cuando volvió a mirar el convoy no identificado, se quedó paralizado de espanto.

Demasiado tarde. A la pálida luz de la mañana, no había visto que el barco de detrás del remolcador no era un peso muerto. Navegaba y se estaba acercando a la fragata a una velocidad de al menos ocho nudos. Se quedó mirando perplejo durante unos segundos, antes de recobrar el uso de su razón.

—¡Avante! —gritó—. Artilleros, ¡fuego!

Su orden fue seguida por el estruendo ensordecedor de los proyectiles que volaban sobre el hueco cada vez más estrecho e iban a estrellarse en la proa y la superestructura del *Amy Bigalow*, hasta estallar en una explosión de llamas y pedazos de acero. El lado de babor de la caseta del timón pareció desaparecer como bajo la acción de una máquina trituradora de chatarra. Cristales y otros restos saltaron como perdigones. Pitt se agachó pero siguió aferrado a la rueda con una determinación que rayaba en ciega terquedad. Tuvo suerte de salir de aquello con sólo unos pocos cortes y un muslo lastimado.

La segunda ráfaga destrozó el cuarto de mapas y partió el primer mástil en dos. La mitad superior cayó sobre el costado del buque y fue arrastrada unos treinta metros hasta que se rompieron los cables y flotó en libertad. La chimenea fue alcanzada y quedó hecha pedazos, y una granada estalló dentro del pañol del ánora de estribor, haciendo saltar por el aire los oxidados eslabones como trozos de metralla.

No habría una tercera ráfaga.

Pinon permaneció absolutamente inmóvil, apretadas las manos sobre la barandilla

del puente. Miraba la proa negra y amenazadora del *Amy Bigalow* alzándose imponente sobre la fragata, pálido y convencido de que su barco estaba a punto de morir.

Las hélices de la fragata giraron frenéticas pero no pudieron apartarla con bastante rapidez. El *Amy Bigalow* no podría fallar y las intenciones de Pitt eran evidentes. Compensaba y cortaba el ángulo en dirección a la mitad de la fragata. Los tripulantes que estaban en cubierta y pudieron ver el desastre inminente se quedaron paralizados de horror antes de reaccionar al fin y arrojarse por la borda.

El tajamar de veinte metros de altura del *Amy Bigalow* embistió a la fragata justo por delante de la torre de popa, destrozando las planchas y haciendo penetrar el casco casi siete metros. El barco de Pinon hubiese podido sobrevivir a la colisión y llegar a tierra antes de hundirse, pero, con un terrible chirrido metálico, la proa del *Amy Bigalow* se elevó hasta dejar al descubierto la quilla. Permaneció así un instante y después cayó de nuevo, partiendo la fragata por la mitad y empujando hacia el fondo la sección de popa.

Enseguida el mar penetró en la amputada proa, pasando entre los retorcidos mamparos e inundando los compartimientos abiertos. Al entrar el agua a raudales en el casco de la fragata condenada, ésta empezó a hundirse hacia atrás. Su agonía no duró mucho. Cuando el *Ozero Zaysan* fue remolcado hacia el lugar de la colisión, la fragata había desaparecido, dejando a unos pocos de sus tripulantes debatiéndose en el agua.

—¿Ha caído en una trampa?

La voz de Velikov sonó llana y dura en el teléfono.

Borchev se sintió incómodo. Le costaba confesar que era él uno de los tres únicos supervivientes de una tropa de cuarenta y que ni siquiera había sufrido un rasguño.

—Una fuerza desconocida de al menos doscientos cubanos abrió fuego con armas potentes antes de que pudiésemos evacuar los camiones.

—¿Está seguro de que eran cubanos?

—¿Quién, si no ellos, podía proyectar y llevar a cabo el golpe? El oficial que les mandaba llevaba un uniforme del Ejército cubano.

—¿Pérez?

—No sabría decirlo. Necesitaremos tiempo para identificarle.

—Podría haber sido una equivocación de soldados novatos que abrieron fuego por estupidez o llevados del pánico.

—Estaban muy lejos de ser estúpidos. Yo puedo reconocer a primera vista a los soldados bien instruidos para el combate. Sabían que nosotros íbamos a llegar y nos tendieron una emboscada muy bien preparada.

Velikov palideció intensamente y, con la misma rapidez, se puso colorado. El ataque en Cayo Santa María revivió en su memoria. Apenas pudo contener su furor.

—¿Cuál era su objetivo?

—Ganar tiempo para apoderarse de los barcos.

La respuesta de Borchev sobresaltó a Velikov. Tuvo la impresión de que su cuerpo se había congelado. Las preguntas brotaron atropelladamente de su boca.

—¿Tomaron los barcos de la operación Ron y Cola? ¿Están todavía amarrados en sus muelles?

—No, un remolcador arrastró al *Ozero Zaysan*. El *Amy Bigalow* parecía navegar por sus propios medios. Les perdí de vista cuando doblaron la punta. Un poco más tarde oí lo que parecían disparos de cañones navales cerca de la entrada del canal.

Velikov había oído también el ruido de cañonazos. Se quedó mirando con ojos incrédulos la desnuda pared, tratando de imaginar qué círculo de hombres concebían unas operaciones tan complicadas. No quería creer que las unidades secretas fieles a Castro tuviesen los conocimientos y la experiencia necesarios. Solamente el largo brazo de los americanos y su CÍA podían haber destruido Cayo Santa María y arruinado su plan para terminar con el régimen de Castro. Y sólo un individuo podía haber sido responsable de la filtración de información.

Dirk Pitt.

Una expresión de profunda reflexión se pintó en el semblante de Velikov. El agua se estaba aclarando. Sabía lo que tenía que hacer en el poco tiempo que le quedaba.

—¿Están todavía los barcos en el puerto? —preguntó a Borchev.

—Si trataban de escapar hacia alta mar, diría que están en alguna parte del canal de Entrada.

—Encuentre al almirante Chekoldin y dígame que quiero que los barcos sean detenidos y traídos de nuevo al puerto interior.

—Creía que todos los buques soviéticos se habían hecho a la mar.

—El almirante y su buque insignia no deben partir hasta las ocho. No emplee el teléfono. Llévelo personalmente mi petición y recalque la urgencia del caso.

Antes de que Borchev pudiese replicar, Velikov colgó el teléfono y corrió a la entrada principal de la Embajada, sin prestar atención al atareado personal que preparaba la evacuación. Corrió hacia la limusina y apartó a un lado al chófer, que esperaba para conducir al embajador soviético a lugar seguro.

Hizo girar la llave de contacto y metió la marcha en el instante en que zumbó el motor. Las ruedas de atrás giraron y chirriaron furiosamente al salir el coche del patio de la embajada a la calle.

Dos manzanas más allá, Velikov se detuvo en seco. Una barricada militar le cerraba el paso. Dos coches blindados y una compañía de soldados cubanos estaban apostados en el ancho bulevar. Un oficial se acercó al coche e iluminó la ventanilla con una linterna.

—Por favor, ¿quiere mostrarme sus documentos de identidad?

—Soy el general Peter Velikov, agregado a la Misión Militar Soviética. Me urge llegar a la residencia del coronel general Kolchak. Apártense a un lado y déjenme pasar.

El oficial observó un momento la cara de Velikov, como para asegurarse de que era él. Apagó la linterna e hizo señas a dos de sus hombres para que subiesen al asiento de atrás. Entonces dio una vuelta alrededor del coche y subió por la puerta de delante.

—Le estábamos esperando, general —dijo, en tono frío pero cortés—. Tenga la bondad de seguir mis indicaciones y torcer a la izquierda en el próximo cruce.

Pitt estaba plantado con los pies ligeramente separados y agarrando la rueda del timón con ambas manos, mientras observaba cómo pasaba por su lado, con terrible lentitud, el faro de la entrada del puerto. Toda su mente, todo su cuerpo, todos sus nervios se concentraban en alejar lo más posible el barco de la populosa ciudad antes de que estallase el nitrato de amonio.

El agua se convirtió de verde gris en esmeralda y el barco empezó a balancearse suavemente al surcar las olas que venían de alta mar. El *Amy Bigalow* hacía agua a causa de las planchas arrancadas de la proa, pero todavía obedecía al timón y flotaba en la estela del remolcador.

Le dolía todo el cuerpo de cansancio. Se aguantaba por pura fuerza de voluntad.

La sangre de los cortes producidos por las explosiones de las granadas de la fragata se había coagulado y había pintado rayas de un rojo oscuro en su cara. No sentía el sudor ni la ropa que se pegaba a su cuerpo.

Cerró un momento los ojos y deseó estar de regreso en su apartamento, con un martini con ginebra Bombay en la mano y sentado debajo de una ducha caliente. Dios mío, qué fatigado estaba.

Una súbita ráfaga de viento entró por las ventanas destrozadas del puente, y Pitt abrió de nuevo los ojos. Observó las orillas de la costa a babor y a estribor. Las piezas de artillería emplazadas disimuladamente alrededor del puerto permanecían silenciosas y todavía no había señales de aviones o de lanchas patrulleras. A pesar de la batalla sostenida con la fragata armada, no se había dado la alarma. La confusión y la falta de información entre fuerzas militares de seguridad de La Habana estaban trabajando a su favor.

La ciudad todavía dormida continuaba estando detrás de ellos, como sujeta a la popa de la embarcación. Ahora había salido ya el sol y el convoy podía ser visto desde cualquier lugar de la costa.

Unos minutos más, unos pocos minutos más, no paraba de repetirse mentalmente.

Velikov recibió la orden de detenerse en una esquina desierta cerca de la plaza de la Catedral, en la vieja Habana. Fue conducido al interior de un mísero edificio de ventanas polvorientas y rajadas, pasando por delante de unas vitrinas donde se exhibían descoloridos pósters de estrellas de cine de los años cuarenta, que miraban a la cámara sentados en el bar.

Taberna frecuentada antaño por ricas celebridades americanas, Sloppy Joe's no era ahora más que un sórdido tugurio largo tiempo olvidado, salvo por unos pocos viejos. Cuatro personas estaban sentadas a un lado del deslustrado y descuidado bar.

El interior estaba oscuro y olía a desinfectante y a deterioro. Velikov no reconoció a sus anfitriones hasta que llegó a la mitad de la habitación sin barrer. Entonces se detuvo en seco y miró fijamente, con incredulidad, mientras se sentía invadido por súbitas náuseas.

Jessie LeBaron estaba sentada entre un hombre gordo y extraño y Raúl Castro. El cuarto hombre del grupo le dirigió una mirada amenazadora.

—Buenos días, general —dijo Fidel Castro—. Me alegro de que haya podido venir a reunirse con nosotros.

Pitt aguzó los oídos al percibir el zumbido de un avión. Soltó la rueda del timón y se asomó a la puerta del puente.

Un par de helicópteros armados volaban a lo largo de la costa, viniendo del norte. Pitt volvió a mirar hacia la entrada del puerto. Un barco de guerra gris avanzaba por el canal a toda velocidad, levantando una ola enorme con la proa. Esta vez era un destructor soviético, fino como un lápiz, apuntando con los cañones de proa a los maltrechos e indefensos barcos de la muerte. Había empezado una caza de la que nadie podía escapar.

Jack salió a la cubierta del remolcador y miró el destrozado puente del *Amy Bigalow*. Se maravilló de que alguien siguiese vivo y manejando el timón. Se llevó una mano a un oído y esperó hasta que otra mano hizo el mismo ademán, en señal de comprensión. Aguardó a que un tripulante corriese a la popa del carguero e hiciese la misma señal a Moe, a bordo del *Ozero Zaysan*. Después volvió dentro y llamó por radio.

—Aquí el *Pisto*. ¿Me oyen? Cambio.

—Perfectamente —respondió Pitt.

—Le oigo —dijo Moe.

—Ha llegado la hora de que aten la rueda del timón y abandonen el barco —dijo Jack.

—¡Qué bien! —gruñó Moe—. Dejemos que esos cascarones infernales se hundan solos.

—Dejaremos los motores funcionando a toda velocidad —dijo Pitt—. ¿Qué hará el *Pisto*?

—Seguiré dirigiéndolo durante unos minutos más, para asegurarme de que los barcos no vuelvan hacia la costa —respondió Jack.

—Será mejor que no se retrase. Los chicos de Castro vienen por el canal.

—Les veo —dijo Jack—. Suerte. Cierro.

Pitt fijó el timón en la posición de avance y llamó a Manny. El duro jefe de máquinas no necesitaba que le diesen prisa. Tres minutos más tarde, él y sus hombres estaban desprendiendo la lancha de su pescante. Subieron a ella y empezaban a arriarla cuando Pitt saltó sobre la borda y se dejó caer.

—Casi le hemos dejado atrás —gritó Manny.

—Comuniqué por radio con el destructor y les dije que se apartasen o volaríamos el barco cargado de municiones.

Antes de que Manny pudiese replicar, se oyó un estampido parecido a un trueno. Pocos segundos después, una granada cayó en el mar a cincuenta metros delante del *Pisto*.

—No se lo han tragado —gruñó Manny.

Puso en marcha el motor y dispuso la caja de cambios de manera que, cuando tocasen el agua, su velocidad fuese igual a la del barco. Soltaron los cables y cayeron de costado sobre las olas, casi a punto de volcar. El *Amy Bigalow* prosiguió su último viaje, abandonado y condenado a la destrucción.

Manny se volvió y vio que Moe y sus hombres estaban bajando la lancha del *Ozero Zaysan*. Chocó contra una ola y fue lanzada contra el costado de acero del buque con tanta fuerza que saltaron las juntas de estribor y se inundó a medias el casco, sumergiéndose el motor.

—Tenemos que ayudarles —dijo Pitt.

—De acuerdo —convino Manny.

Antes de que pudiesen dar media vuelta, Jack había captado la situación y gritó por su megáfono:

—Déjenlos. Yo les recogeré cuando me suelte. Preocúpense de ustedes y diríjense a tierra.

Pitt tomó el puesto de piloto de un tripulante que se había aplastado los dedos con las cuerdas del pescante. Dirigió la lancha hacia los altos edificios del Malecón y puso la velocidad al máximo.

Manny miraba hacia atrás, al remolcador y al bote donde se hallaba la tripulación de Moe. Palideció cuando el destructor disparó de nuevo y dos columnas gemelas de agua se elevaron a los lados del *Pisto*. La rociada cayó sobre la obra muerta, pero el barco se sacudió el agua y siguió adelante.

Moe se volvió, disimulando un sentimiento de pánico. Sabía que no volvería a ver vivos a sus amigos.

Pitt estaba calculando la distancia entre los buques que se retiraban y la costa. Todavía estaban lo bastante cerca, demasiado cerca, para que los explosivos destruyesen la mayor parte de La Habana, pensó lúgubrememente.

—¿Aprobó el presidente Antonov su plan para asesinarme? —preguntó Fidel Castro.

Velikov estaba en pie, con los brazos cruzados. No le habían invitado a sentarse. Miró a Castro con frío desdén.

—Soy un militar de alta graduación de la Unión Soviética. Exijo que se me trate como a tal.

Los negros y furiosos ojos de Raúl Castro echaron chispas.

—Esto es Cuba. Aquí no puede usted exigir nada. No es más que una escoria de la KGB.

—Basta, Raúl, basta —le amonestó Fidel. Miró a Velikov—. No juegue con nosotros, general. He estudiado sus documentos. Ron y Cola ya no es un secreto.

Velikov jugó sus cartas.

—Estoy perfectamente enterado de la operación. Otro ruin intento de la CÍA para socavar la amistad entre Cuba y la Unión Soviética.

—Si es así, ¿por qué no me avisó?

—No tuve tiempo.

—Pero lo encontró para hacer salir de la capital a los rusos —saltó Raúl—. ¿Y por qué escapaba usted a estas horas de la mañana?

Una expresión de arrogancia se pintó en el rostro de Velikov.

—No me tomaré la molestia de contestar a sus preguntas. ¿Necesito recordarle que gozo de inmunidad diplomática? No tiene usted derecho a interrogarme.

—¿Cómo pretende hacer estallar los explosivos? —preguntó tranquilamente Castro.

Velikov guardó silencio. Las comisuras de sus labios se torcieron ligeramente hacia arriba en una sonrisa, al oír los lejanos estampidos de disparos de cañón. Fidel y Raúl intercambiaron una mirada, pero nada se dijeron.

Jessie se estremeció al sentir que aumentaba la tensión en el pequeño bar. Por un momento, lamentó no ser hombre para poder sacar a golpes la verdad al general. De pronto sintió náuseas y deseos de gritar, al ver que se estaba perdiendo un tiempo precioso.

—Por favor, dícales lo que quieren saber —suplicó—. No puede permitir que miles de niños mueran por una insensata causa política.

Velikov no discutió. Permaneció impávido.

—Me encantaría llevármelo —dijo Hagen.

—No hace falta que se ensucie las manos, señor Hagen —dijo Fidel—. Tengo expertos en interrogatorios cruentos, que están esperando fuera.

—No se atreverán —gritó Velikov.

—Tengo el deber de advertirle que, si no impide que se produzca la explosión, será torturado. No con simples inyecciones como las que administran a los presos políticos en sus hospitales mentales de Rusia, sino con torturas indecibles que se sucederán de día y de noche. Nuestros mejores especialistas médicos le mantendrán con vida. Ninguna pesadilla podrá compararse con sus sufrimientos, general. Gritará hasta que no pueda más. Entonces, cuando sea poco más que un vegetal, ciego, sordo y mudo, será trasladado y arrojado en un barrio bajo de algún lugar de África del Norte, donde sobrevivirá o morirá y donde nadie ayudará ni compadecerá a un pordiosero tullido que vivirá en la miseria. Se convertirá en lo que ustedes, los rusos, llaman una no-persona.

La coraza de Velikov se agrietó, pero muy ligeramente.

—No malgaste su aliento. Morirá usted. Yo también moriré. Todos moriremos.

—Se equivoca. Los barcos que transportan las municiones y el nitrato de amonio han sido sacados del puerto por las mismas personas a quienes usted quiere culpar. En

este momento, agentes de la CÍA los están conduciendo a alta mar, donde la fuerza explosiva sólo matará a los peces.

Velikov aprovechó rápidamente su ligera ventaja.

—No, señor presidente, es usted quien se equivoca. Los cañonazos que ha oído hace unos minutos eran de una embarcación soviética que ha detenido a los barcos y los conduce de nuevo a puerto. Puede que estallen demasiado pronto para su discurso de celebración, pero cumplirán el fin propuesto.

—Miente —dijo Fidel, con inquietud.

—Su reinado como gran padre de la revolución ha terminado —dijo Velikov en tono malicioso y mordiente—. Yo moriré de buen grado por la patria rusa. ¿Sacrificará usted su vida por Cuba? Tal vez lo habría hecho cuando era joven y no tenía nada que perder, pero ahora se ha ablandado y acostumbrado demasiado a que sean otros los que hagan el trabajo sucio por usted. Se da buena vida y no está dispuesto a perderla. Pero esto se ha acabado. Mañana sólo será una fotografía más en las paredes, y un nuevo presidente ocupará su sitio. Un presidente que será fiel al Kremlin.

Velikov dio unos pasos atrás y sacó una cajita del bolsillo.

Hagen la reconoció inmediatamente.

—Es un transmisor electrónico. Puede enviar desde aquí una señal que detonará los explosivos.

—¡Oh, Dios mío! —gritó desesperadamente Jessie—. ¡Oh, Dios mío, va a hacerlo, va a hacerlo ahora!

—No se moleste en llamar a sus guardaespaldas —dijo Velikov—. No llegarían a tiempo.

Fidel le miró con ojos fríos.

—Recuerde lo que le he dicho.

Velikov respondió desdeñosamente a su mirada.

—¿Puede realmente imaginarse que gritaré angustiado en una de sus sucias cárceles?

—Entregúeme el transmisor y podrá salir de Cuba sin sufrir el menor daño.

—¿Y volver a Moscú como un cobarde? Nunca.

—Está usted loco —dijo Fidel, con una expresión que era una curiosa mezcla de rabia y de miedo—. Ya sabe la suerte que le espera si hace estallar los explosivos, si sigue con vida.

—Esto es muy poco probable —se burló Velikov—. Este edificio está a menos de quinientos metros del canal del puerto. No quedará nada de nosotros, —Hizo una pausa, duro el semblante como el de una gárgola. Después dijo—: Adiós, señor presidente.

—¡Bastardo...!

Hagen saltó sobre la mesa con increíble agilidad en un hombre de su corpulencia y sólo estaba a unos centímetros de Velikov cuando el ruso apretó el botón de activación del transmisor.

El *Amy Bigalow* se vaporizó.

El *Ozero Zaysan* tardó solamente una fracción de segundo más en dejar de existir. La fuerza combinada de los cargamentos volátiles de los dos barcos levantó una enorme columna de restos encendidos y de humo que se elevó a más de mil metros en el cielo tropical. Un vasto torbellino se abrió en el mar como un geiser gigantesco de agua y vapor embravecidos, se confundió con el humo y estalló hacia fuera.

El brillante resplandor blanco rojizo centelleó en el agua con la cegadora intensidad de diez soles, y fue seguido de una ruidosa caída que alisó las crestas de las olas.

La imagen del valiente y pequeño *Pisto*, lanzado a cincuenta metros de altura, como un cohete espacial que se desintegraba, quedó grabada para siempre en la mente de Pitt. Éste observó pasmado cómo caían sus destrozados restos y Jack y su tripulación en aquel torbellino, como granizo ardiendo.

Moe, sus hombres y su bote se borraron simplemente de la superficie del mar.

La furia explosiva derribó a los dos helicópteros armados. Las gaviotas fueron aplastadas en un radio de dos millas por la onda expansiva. La hélice del *Ozero Zaysan* giró sobre el mar y se estrelló contra el castillo de mando del destructor soviético, matando a todos los que se hallaban en el puente. Planchas de acero retorcidas, roblones, eslabones de cadenas y aparejos de cubierta llovieron sobre la ciudad, perforando paredes y tejados como proyectiles de cañón. Muchos postes de teléfono y farolas fueron cortados por su base.

Cientos de personas perecieron en sus camas mientras dormían. Muchas resultaron terriblemente heridas por los trozos de cristal o aplastadas por los techos desplomados. Trabajadores y peatones madrugadores fueron levantados del suelo y estrellados contra los edificios.

La onda expansiva azotó la ciudad con fuerza doble a la de cualquier huracán, aplastando las estructuras de madera próximas al puerto como si fuesen juguetes de papel, derribando almacenes, rompiendo cien mil ventanas y arrojando contra las casas automóviles aparcados.

Dentro del puerto, estalló el monstruoso *Ozero Baykai*.

Al principio, surgieron del casco llamas que parecían de soplete. Después, todo el petrolero se abrió en una gigantesca bola de fuego. Una oleada de petróleo en llamas inundó las estructuras próximas al muelle, provocando una reacción de explosiones en cadena en el combustible de los cargueros amarrados. Trozos de metal al rojo penetraron en los depósitos de petróleo y de gasolina del lado este del puerto. Estallaron uno tras otro, como en un castillo de fuegos artificiales, cubriendo la ciudad con gigantescas nubes de humo negro.

Una refinería de petróleo explotó; después estalló una fábrica de productos químicos, seguida de explosiones en una empresa de pinturas y en una fábrica de abonos. Dos buques de carga que se hallaban cerca y se dirigían al mar abierto, chocaron, se incendiaron y empezaron a arder. Un pedazo de acero al rojo del petrolero destruido cayó sobre uno de los diez vagones de ferrocarril cargados de depósitos de propano, y todos volaron por el aire como una sarta de cohetes.

Otra explosión..., después otra... y otra.

Seis kilómetros de ciudad próxima al mar se convirtieron en un holocausto. Cenizas y hollín cayeron sobre la capital como una negra nevada. Pocos de los estibadores que trabajaban en los muelles sobrevivieron. Afortunadamente, casi no había nadie en las refinerías y en la fábrica de productos químicos. Se habrían perdido muchas más vidas de no haber sido un día de fiesta nacional.

Lo peor del desastre dentro del puerto había pasado, pero la pesadilla que afligiría al resto de la ciudad estaba todavía por llegar.

Una enorme ola de veinte metros surgió del torbellino y avanzó en dirección a la costa. Pitt y sus compañeros contemplaron horrorizados cómo rugía detrás de ellos aquella montaña verde y blanca. Esperaron inmóviles, sin dejarse llevar por el pánico, sólo mirando y esperando que la pequeña y frágil lancha se convirtiese en un pecio más, y el agua, en su tumba.

El rompeolas a lo largo del Malecón estaba solamente a treinta metros cuando aquel alud horizontal engulló la lancha, La cresta se encorvó y estalló encima de ellos. Arrancó a Manny y a otros tres hombres de sus asientos, y Pitt les vio flotar entre la espuma como tablillas en un tornado. La enorme ola se acercó más, pero su impulso levantó la lancha sobre la cresta y la lanzó al ancho bulevar.

Pitt se agarró con tanta fuerza al timón que éste fue arrancado de su montura y él salió despedido. Pensó que había llegado el fin, pero, con un consciente esfuerzo de voluntad, respiró hondo y retuvo el aire al ser sumergido en el agua. Como en sueños, pudo mirar hacia abajo a través de aquel agua extrañamente clara y diabólica, viendo cómo daban tumbos los coches que diríanse empujados por una mano de gigante.

Sumergido en aquel hirviente torbellino, se sintió extrañamente sereno. Le pareció una ridiculez estar a punto de ahogarse en una calle de una ciudad. Se aferraba todavía tenazmente a su deseo de vivir, pero no luchaba tontamente, tratando de conservar el precioso oxígeno. Se relajó y trató en vano de mirar a través de la espuma; de algún modo, su mente funcionaba con extraordinaria claridad. Sabía que si la ola le arrojaba contra un edificio de hormigón, las toneladas de agua que venían detrás le aplastarían como a una sandía lanzada desde un avión.

Su miedo habría aumentado si hubiese visto estrellarse la lancha contra la segunda planta de un edificio de apartamentos que albergaba a técnicos soviéticos. El impacto rompió el casco como si las tablas fuesen tan frágiles como una cascara de

huevo. El motor Diesel de cuatro cilindros salió disparado a través de una ventana rota y fue a parar a una escalera.

Afortunadamente, Pitt fue lanzado a una calle lateral estrecha, como un leño a impulso de una cascada. La ola se lo llevaba todo por delante como un montón de desperdicios. Pero, al doblar la esquina de un edificio lo bastante recio para resistir su ataque, la ola empezó a perder fuerza. Dentro de unos segundos alcanzaría su límite, y el refluo arrastraría cuerpos humanos y cascotes hacia el mar.

La falta de oxígeno hizo que Pitt empezara a ver estrellas. Sus sentidos comenzaron a apagarse uno a uno. Sintió un fuerte golpe en el hombro al chocar contra un objeto fijo. Lo rodeó con un brazo, tratando de sujetarse, pero fue lanzado hacia delante por la fuerza de la ola. Tropezó con otra superficie lisa y esta vez alargó las manos y se aferró a ella en un abrazo mortal, sin reconocerla como el rótulo de una joyería.

Sus facultades mentales y sensoriales fueron menguando y se extinguieron como si se hubiese cortado una corriente eléctrica. Había un martilleo en su cabeza y la oscuridad cubría las estrellas que centelleaban detrás de sus ojos. Solamente su instinto le sostenía y, muy pronto, incluso éste iba a abandonarle.

La ola había alcanzado su límite y empezó a replegarse sobre sí misma para volver al mar. Demasiado tarde para Pitt, que estaba perdiendo el conocimiento. Su cerebro consiguió de algún modo enviar un último mensaje. Introdujo torpemente un brazo entre el rótulo y la barra de soporte que sobresalía del edificio, y lo mantuvo allí. Entonces sus pulmones no pudieron aguantar más y empezó a ahogarse.

El gran estruendo de las explosiones se extinguió en los montes y en el mar. No había luz de sol en la ciudad, no verdadera luz de sol. La ocultaba una capa de humo negro de increíble densidad. Todo el puerto parecía estar ardiendo. Los muelles, los barcos, los almacenes y ocho kilómetros cuadrados de agua recubierta de petróleo brillaban con llamas azules y anaranjadas que se elevaban hacia la oscura bóveda.

La terriblemente malparada ciudad empezó a recobrase y se puso en pie, tambaleándose. Las sirenas emularon la ruidosa intensidad de las crepitantes hogueras. La tremenda oleada había refluido al golfo de México, arrastrando una enorme masa de cascotes y cadáveres.

Los supervivientes salieron a trompicones a la calle, heridos y pasmados, como ovejas desconcertadas, impresionados por la enorme devastación que les rodeaba, preguntándose qué había sucedido. Algunos caminaban inconscientes, sin sentir sus lesiones. Otros contemplaban atontados un gran pedazo del timón del *Amy Bigalow* que había caído en la estación de autobuses y aplastado cuatro vehículos y a varias personas que estaban esperando.

Un trozo del mástil de proa del *Ozero Zaysan* fue encontrado clavado en el centro del campo de fútbol del Estadio de La Habana. Una grúa de una tonelada cayó sobre

un pabellón del Hospital de la Universidad, aplastando las únicas tres camas desocupadas en una sala de cuarenta. Esto fue pregonado como uno de los cien milagros que se produjeron aquel día. Un gran triunfo para la Iglesia católica y un ligero contratiempo para el marxismo.

Empezaron a formarse grupos de bomberos de ocasión y la policía acudió en tropel a la zona portuaria. Unidades del Ejército fueron convocadas, así como las milicias. Al principio hubo pánico en medio de aquel caos. Las fuerzas militares desistieron del trabajo de socorro y se prepararon para la defensa de la isla bajo la errónea creencia de que los Estados Unidos iban a invadirla. Parecía haber heridos en todas partes, algunos chillando de dolor y la mayoría alejándose cojeando del puerto incendiado.

El terremoto se extinguió con las ondas expansivas. El techo del Sloppy Joe's se había derrumbado, pero las paredes seguían en pie. El bar era una ruina. Vigas de madera, pedazos de yeso, muebles volcados y botellas rotas yacían desparramados bajo una espesa nube de polvo. La puerta de batiente había sido arrancada de sus goznes y pendía en un ángulo extraño sobre los guardaespaldas de Castro, que gemían bajo un pequeño montón de ladrillos.

Ira Hagen se puso dolorosamente en pie y sacudió la cabeza para librarla de los efectos de la conmoción. Se frotó los ojos para ver entre la nube de polvo y se apoyó en una pared para sostenerse. Miró a través del techo ahora derrumbado y vio cuadros que pendían todavía de las paredes del piso de arriba.

Su primer pensamiento fue para Jessie. Ésta yacía debajo de la mesa que todavía se mantenía en el centro de la estancia. Estaba encogida, hecha un ovillo. Hagen se arrodilló y le dio suavemente la vuelta.

Ella permaneció inmóvil, aparentemente exánime bajo la capa de polvo blanco de yeso, pero no había sangre ni heridas graves. Entreabrió los ojos y gimió. Hagen sonrió aliviado y se quitó la chaqueta. La dobló y se la puso debajo de la cabeza.

Jessie se incorporó y le agarró las muñecas con más fuerza de la que él creía posible, y le miró fijamente.

—Dirk ha muerto —murmuró.

—Tal vez se ha salvado —dijo suavemente Ira Hagen, pero sin convicción.

—Dirk ha muerto —repitió ella.

—No se mueva —dijo él—. Esté tranquila mientras voy a ver qué ha sido de los Castro.

Se levantó trabajosamente y empezó a buscar entre las ruinas. Oyó una tos a su izquierda y caminó sobre los cascotes hasta llegar al bar.

Raúl Castro estaba agarrado con ambas manos a la barra del bar, aturdido, tratando de limpiar de polvo su garganta. Manaba sangre de su nariz y tenía un feo corte en el mentón.

Hagen se maravilló de lo cerca que habían estado los unos de los otros antes de las explosiones y lo desperdigados que estaban ahora. Levantó una silla volcada y ayudó a Raúl a sentarse.

—¿Está bien, señor? —preguntó, sinceramente preocupado.

Raúl asintió débilmente con la cabeza.

—Estoy bien. ¿Y Fidel? ¿Dónde está Fidel?

—No se mueva. Iré a buscarle.

Hagen se movió entre los escombros hasta que encontró a Fidel Castro. El líder cubano estaba caído de bruces y vuelto a un lado, incorporado sobre un brazo. Hagen contempló fascinado la escena que se desarrollaba en el suelo.

La mirada de Castro estaba fija en una cara vuelta hacia arriba a sólo medio metro de distancia. El general Velikov yacía sobre la espalda, con los miembros extendidos y una viga grande aplastándole las piernas. La expresión de su semblante era una mezcla de desafío y aprensión. Miró fijamente a Castro con ojos amargados por el sabor de la derrota.

En la expresión de Castro no había el menor atisbo de emoción. El polvo de yeso le daba el aspecto de una estatua esculpida en mármol. La rigidez de su rostro, parecido a una máscara, y su total concentración, eran casi inhumanos.

—Estamos vivos, general —murmuró con acento triunfal—. Estamos vivos los dos.

—Esto no es justo —farfulló Velikov entre los dientes apretados—. Ambos deberíamos estar muertos.

—Dirk Pitt y los otros consiguieron de algún modo hacer pasar los barcos entre sus unidades navales y sacarlos a mar abierto —explicó Hagen—. La fuerza destructora de las explosiones fue solamente una décima parte de lo que habría sido si los barcos hubiesen permanecido en el puerto.

—Ha fracasado, general —dijo Castro—. Cuba sigue siendo Cuba.

—Tan cerca de conseguirlo, y sin embargo... —Velikov sacudió resignadamente la cabeza—. Y ahora hablemos de la venganza que juró usted tomarse contra mí.

—Morirá por cada uno de mis paisanos que ha asesinado —le prometió Castro, con una voz tan fría como una tumba abierta—. Lo mismo da que sean mil muertes o cien mil. Usted va a sufrirlas todas.

Velikov le dirigió una sonrisa torcida. Parecía carecer en absoluto de nervios.

—Vendrán otros hombres y otros tiempos, y seguro que le matarán, Fidel. Lo sé. Ayudé a trazar cinco planes alternativos para el caso de que fallase éste.

SEXTA PARTE
¡Eureka! La Dorada

8 de noviembre de 1989 - Washington, D.C.

Martin Brogan entró en el salón donde, temprano por la mañana, se hallaba reunido el gabinete. El presidente y los hombres sentados alrededor de la gran mesa en forma de riñón le miraron expectantes.

—Los barcos fueron volados cuatro horas antes de lo previsto —les informó, todavía en pie.

Su anuncio fue recibido con un silencio solemne. Todos los que estaban sentados a la mesa habían sido informados del increíble plan de los soviéticos para eliminar a Castro, y la noticia les impresionó más como una tragedia inevitable que como una espantosa catástrofe.

—¿Cuáles son los últimos datos sobre víctimas mortales? —preguntó Douglas Oates.

—Todavía es pronto para saberlo —respondió Brogan—. Toda la zona del puerto está en llamas. Probablemente, el total de muertos se contará por millares. Sin embargo, la devastación es mucho menos grave de lo que se había proyectado en principio. Parece que nuestros agentes en La Habana capturaron dos de los barcos y los llevaron fuera del puerto antes de que estallasen.

Mientras los otros escuchaban en reflexivo silencio, Brogan leyó los primeros informes enviados por la Sección de Intereses Especiales en La Habana. Refirió los detalles del plan para trasladar los barcos y también esbozó detalles sobre la operación llevada a cabo. Antes de que hubiese terminado, uno de sus ayudantes entró y le entregó el último mensaje recibido. Le echó una ojeada en silencio y después leyó la primera línea.

—Fidel y Raúl Castro están vivos. —Hizo una pausa para mirar al presidente—. Su hombre, Ira Hagen, dice que está en contacto directo con los Castro, y que éstos nos piden toda la ayuda que podamos prestarles para mitigar el desastre, incluidos personal y materiales médicos, equipos contra incendios, alimentos y ropa, y también expertos en embalsamamiento de cadáveres.

El presidente miró al general Clayton Metcalf, presidente del Estado Mayor Conjunto.

—¿General?

—Después de que usted me llamara la noche pasada, puse sobre aviso al mando de Transportes Aéreos. Podemos empezar el transporte por aire en cuanto lleguen las personas y los suministros a los aeródromos y sean cargados a bordo.

—Conviene que cualquier acercamiento de los aviones militares de los Estados Unidos a las costas cubanas esté bien coordinado, o los cubanos nos recibirán con sus

misiles tierra-aire —observó el secretario de Defensa, Simmons.

—Cuidaré de que se abra una línea de comunicación con su Ministerio de Asuntos Exteriores —dijo el secretario de Estado, Oates.

—Será mejor expresar claramente a Castro que toda la ayuda que le prestemos está organizada al amparo de la Cruz Roja —añadió Dan Fawcett—. No queremos asustarle hasta el punto de que nos cierre la puerta.

—Es una cuestión que no podemos olvidar —dijo el presidente.

—Es casi un crimen aprovecharse de un terrible desastre —murmuró Oates—. Sin embargo, no podemos negar que es una oportunidad caída del cielo para mejorar las relaciones con Cuba y mitigar la fiebre revolucionaria en todas las Américas.

—Me pregunto si Castro habrá estudiado alguna vez a Simón Bolívar —dijo el presidente, sin dirigirse a nadie en particular.

—El Gran Libertador de América del Sur es uno de los ídolos de Castro —respondió Brogan—. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces tal vez ha prestado por fin atención a una de las frases de Bolívar.

—¿Qué frase, señor presidente?

El presidente miró uno a uno a los que estaban alrededor de la mesa antes de responder:. —«El que sirve a una revolución, ara en el mar.»

El caos amainó lentamente y, a medida que se recobraba la población de La Habana, empezaron los trabajos de socorro. Se organizaron a toda prisa operaciones de emergencia. Unidades del Ejército y de la milicia, acompañadas de personal sanitario, revolvieron las ruinas, cargando a los vivos en ambulancias y a los muertos en camiones.

El convento de Santa Clara, fundado en 1643, fue confiscado como hospital provisional y se llenó rápidamente. Las salas y los pasillos del Hospital de la Universidad estuvieron pronto a rebosar. El elegante y viejo Palacio Presidencial, ahora Museo de la Revolución, fue convertido en depósito de cadáveres. Caminaban heridos por las calles, sangrando, mirando a ninguna parte o buscando desesperadamente a los seres queridos. Un reloj en la cima de un edificio de la plaza de la Catedral de la antigua Habana estaba parado a las seis y veintiún minutos. Algunos residentes que habían huido de sus casas durante el desastre empezaron a volver a ellas. Otros que no tenían un hogar al que volver caminaban por las calles, esquivando los cadáveres y cargando con pequeños fardos que contenían lo poco que habían podido salvar.

Todas las unidades de bomberos a cien kilómetros a la redonda afluyeron a la ciudad y trataron en vano de sofocar los incendios que se propagaban sobre la zona portuaria. Un depósito de cloro estalló, añadiendo su veneno a los estragos del fuego. En dos ocasiones, los cientos de bomberos tuvieron que correr para ponerse a cubierto al cambiar el viento y arrojarles el calor sofocante a la cara.

Mientras se empezaban a organizar las operaciones de auxilio, Fidel Castro inició una purga de funcionarios y militares hostiles al Gobierno. Raúl dirigió personalmente la redada. La mayoría había abandonado la ciudad, advertidos de la operación Ron y Cola por Velikov y la KGB. Fueron detenidos uno a uno, pasmados todos ellos por la noticia de que los hermanos Castro estaban todavía vivos. Fueron trasladados a cientos, bajo una severa guardia, a una prisión secreta en el corazón de las montañas, y nunca se les volvió a ver.

A las dos de la tarde, el primer gran avión de carga de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos aterrizó en el aeropuerto internacional de La Habana. Fue seguido de un desfile continuo de aviones. Fidel Castro acudió a saludar a los médicos y enfermeras voluntarios. Cuidó personalmente de que los comités cubanos de socorro estuviesen preparados para recibir los suministros y colaborar con los americanos.

Al anoecer, guardacostas y embarcaciones contra incendios del puerto de Miami aparecieron en el horizonte nublado por el humo. Bulldozers, equipos pesados y expertos téjanos en extinción de incendios de pozos de petróleo penetraron en la zona arruinada próxima al puerto y combatieron inmediatamente las llamas.

A pesar de las diferencias políticas pasadas, los Estados Unidos y Cuba parecieron olvidarlas en esta ocasión y todos trabajaron juntos para resolver los problemas urgentes que se presentaban.

El almirante Sandecker y Al Giordino se apearon de un jet de la NUMA a última hora de la tarde. Montaron en un camión cargado de ropa de cama y camas de campaña, hasta un depósito de distribución, donde Giordino «tomó prestado» un Fiat abandonado.

La falsa puesta de sol producida por las llamas teñía de rojo sus caras a través del parabrisas, mientras contemplaban con incredulidad la gigantesca nube de humo y el vasto mar de fuego.

Después de casi media hora de rodar a través de la ciudad, dirigidos por la policía en complicados desvíos para evitar las calles bloqueadas por los escombros y los vehículos de socorro, llegaron al fin a la Embajada suiza.

—Nuestro trabajo será difícil —dijo Sandecker, contemplando los edificios arruinados y los cascotes que llenaban el ancho bulevar del Malecón.

Giordino asintió tristemente con la cabeza.

—Tal vez no le encontremos nunca.

—Sin embargo, debemos intentarlo.

—Sí —dijo gravemente Giordino—. Se lo debemos a Dirk.

Se volvieron y cruzaron la estropeada entrada de la Embajada, donde les indicaron el salón de comunicaciones de la Sección de Intereses Especiales.

La sala estaba llena de corresponsales de prensa, que esperaban su turno para transmitir reportajes del desastre. Sandecker se abrió paso entre la multitud y encontró a un hombre gordo que dictaba a un radiotelegrafista. Cuando el hombre hubo terminado, Sandecker le dio un golpecito en un brazo.

—¿Es usted Ira Hagen?

—Sí, soy Hagen.

La ronca voz concordaba con las arrugas de fatiga de la cara.

—Me lo había imaginado —dijo Sandecker—. El presidente me hizo una descripción de usted bastante detallada.

Hagen se dio unas palmadas en la redonda panza y se esforzó en sonreír.

—No soy difícil de descubrir entre una muchedumbre. —Después hizo una pausa y miró de un modo extraño a Sandecker—. Dice usted que el presidente...

—Estuve con él hace cuatro horas en la Casa Blanca. Me llamo James Sandecker y éste es Al Giordino. Somos de la NUMA.

—Sí, almirante, conozco su nombre. ¿En qué puedo servirle?

—Somos amigos de Dirk Pitt y de Jessie LeBaron.

Hagen cerró un momento los ojos y después miró fijamente a Sandecker.

—La señora LeBaron es una mujer estupenda. Salvo por unos pequeños cortes y

algunas contusiones, salió indemne de la explosión. Está ayudando en un hospital de urgencia para niños montado en la vieja catedral. Pero si están buscando a Pitt, temo que pierden el tiempo. Estaba al timón del *Amy Bigalow* cuando éste voló por los aires.

Giordino sintió que se le encogía el corazón.

—¿No hay ninguna posibilidad de que pudiese salvarse?

—De los hombres que lucharon contra los rusos en los muelles mientras los barcos se hacían a la mar, sólo dos sobrevivieron. Todos los tripulantes de los barcos y del remolcador se han dado por desaparecidos. Hay pocas esperanzas de que alguno de ellos pudiese abandonar su embarcación a tiempo. Y si las explosiones no les mataron, debieron perecer ahogados en la enorme ola que se produjo.

Giordino apretó los puños, desesperado. Se volvió de espaldas para que los otros no pudiesen ver las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Sandecker sacudió tristemente la cabeza.

—Quisiéramos buscar en los hospitales.

—No quisiera mostrarme despiadado, almirante, pero harían mejor buscando en los depósitos de cadáveres.

—Haremos ambas cosas.

—Pediré a los suizos que les proporcionen salvoconductos diplomáticos para que puedan moverse libremente por la ciudad.

—Gracias.

Hagen miró con ojos compasivos a los dos hombres.

—Si les sirve de algún consuelo, les diré que gracias a su amigo Pitt se salvaron cien mil vidas.

Sandecker le miró a su vez, con una súbita expresión de orgullo en el semblante.

—Si usted conocía a Dirk Pitt, señor Hagen, no podía esperar menos de él.

Con muy poco optimismo, Sandecker y Giordino empezaron a buscar a Pitt en los hospitales. Pasaron por encima de innumerables heridos que yacían en hileras en el suelo, mientras las enfermeras les prestaban toda la ayuda que podían y los agotados médicos trabajaban en las salas de operaciones. Numerosas veces se detuvieron y ayudaron a transportar camillas antes de continuar su búsqueda.

No pudieron encontrar a Pitt entre los vivos.

Después investigaron en los improvisados depósitos de cadáveres, delante de algunos de los cuales esperaban camiones cargados de muertos, amontonados en cuatro o cinco capas. Un pequeño ejército de embalsamadores trabajaba febrilmente para evitar una epidemia. Los cadáveres yacían en todas partes como leños, descubiertas las caras, mirando sin ver al techo. Muchos de ellos estaban demasiado quemados y mutilados como para que pudiesen ser identificados, y fueron más tarde enterrados en una ceremonia colectiva en el cementerio de Colón.

Un atribulado empleado de un depósito les mostró los restos de un hombre del que se decía que había sido lanzado a tierra desde el mar. No era Pitt, y si no identificaron a Manny, fue porque no le conocían.

Amaneció el día sobre la destrozada ciudad. Se encontraron más heridos que fueron llevados a los hospitales y más muertos que fueron transportados a los depósitos. Soldados con la bayoneta calada patrullaban por las calles para impedir los saqueos. Las llamas todavía hacían estragos en la zona del puerto, pero los bomberos lograban rápidos progresos. La enorme nube de humo seguía ennegreciendo el cielo, y los pilotos de las líneas aéreas informaron de que los vientos del este la habían llevado hasta un lugar tan lejano como Ciudad de México.

Abrumados por lo que habían visto aquella noche, Sandecker y Giordino se alegraron de ver una vez más la luz del día. Llegaron en coche hasta tres manzanas de la plaza de la Catedral y allí tuvieron que detenerse por las ruinas que bloqueaban las calles. Siguieron a pie el resto del camino hasta el hospital infantil provisional, para ver a Jessie.

Ésta estaba acariciando a una niña pequeña que gemía mientras un médico escayolaba una de sus piernas delgadas y morenas. Jessie levantó la cabeza al ver acercarse al almirante y a Giordino. Inconscientemente, sus ojos recorrieron sus semblantes, pero su cansada mente no les reconoció.

—Jessie —dijo suavemente Sandecker—. Soy Jim Sandecker, y ése es Al Giordino.

Ella les miró durante unos segundos y entonces empezó a recordarles.

—Almirante, Al. ¡Oh! Gracias a Dios que han venido.

Murmuró algo al oído de la niña, y entonces se levantó y les abrazó a los dos,

llorando a lágrima viva.

El médico se volvió a Sandecker.

—Ha estado trabajando como un demonio durante veinticuatro horas seguidas. ¿Por qué no la convencen de que se tome un respiro?

Ellos la asieron cada uno de un brazo y la sacaron de allí. Después, delicadamente, hicieron que se sentara en los escalones de la catedral.

Giordino se sentó delante de Jessie y la miró. Todavía llevaba su uniforme de campaña. Al camuflaje se añadían ahora manchas de sangre. Tenía los cabellos mojados de sudor y enmarañados, y los ojos enrojecidos por el humo.

—Me alegro de que me hayan encontrado —dijo ella al fin—. ¿Acaban de llegar?

—La noche pasada —respondió Giordino—. Hemos estado buscando a Dirk.

Ella miró vagamente la gran nube de humo.

—Ha muerto —dijo como en trance.

—Mala hierba nunca muere —murmuró Giordino con mirada ausente.

—Todos han muerto..., mi marido, Dirk y tantos otros.

Su voz se extinguió.

—¿Hay café en alguna parte? —dijo Sandecker, cambiando de conversación—. Creo que me vendría bien una taza.

Jessie señaló débilmente con la cabeza hacia la entrada de la catedral.

—Una pobre mujer cuyos hijos están gravemente heridos ha estado preparándolo para los voluntarios.

—Iré a buscarlo —dijo Giordino.

Se levantó y desapareció en el interior.

Jessie y el almirante permanecieron sentados allí unos momentos escuchando las sirenas y observando el fulgor de las llamas a lo lejos.

—Cuando volvamos a Washington —dijo al fin Sandecker—, si puedo ayudarla en algo...

—Es muy amable, almirante, pero podré arreglarme. —Vaciló—. Hay una cosa. ¿Cree que se podría encontrar el cuerpo de Raymond y enviarlo a casa para ser enterrado?

—Estoy seguro de que, después de todo lo que ha hecho usted, Castro prescindirá de todo el papeleo.

—Es extraño que nos hayamos visto metidos en todo esto a causa del tesoro.

—¿La Dorada?

Jessie contempló a un grupo de personas que venían desde lejos en su dirección, pero no dio señales de verlas.

—Los hombres se han dejado seducir por ella durante casi quinientos años y, en su mayoría, murieron por culpa de su afán de poseerla. Es estúpido... Es estúpido que se pierdan vidas por una estatua.

—Todavía es considerada como el tesoro más grande del mundo.

Jessie cerró cansadamente los ojos.

—Gracias a Dios, está escondido. ¡Quién sabe cuántos hombres se matarían por él!

—Dirk nunca habría sido capaz de poner en peligro la vida de alguien por dinero —dijo Sandecker—. Le conozco demasiado bien. Se metió en esto por la aventura y por el desafío de resolver un misterio, no por conseguir una ganancia.

Jessie no replicó. Abrió los ojos y por fin se dio cuenta del grupo que se acercaba. No podía verles claramente. Calculó, a través de la neblina amarilla del humo, que uno de ellos debía medir más de dos metros. Los otros eran muy pequeños. Cantaban, pero no pudo distinguir la tonada.

Giordino volvió con una pequeña tabla en la que llevaba tres tazas. Se detuvo y miró durante un largo momento el grupo que caminaba entre los escombros de la plaza.

La figura de en medio no medía dos metros, sino que era un hombre con un niño pequeño subido sobre los hombros. El chiquillo parecía asustado y se agarraba con fuerza a la frente del hombre, tapando la mitad superior de su cara. Una niña pequeña estaba acunada en un brazo musculoso, mientras que la otra mano del hombre asía la de una niña de no más de cinco años. Una hilera de otros diez u once niños les seguían de cerca. Parecía que estaban cantando en un chapurreado inglés. Tres perros trotaban junto a ellos aullando para acompañarles.

Sandecker miró a Giordino con curiosidad. El italiano de abultado pecho pestañeó para librarse del humo que le hacía lagrimear y miró, con expresión interrogadora e intensa, el extraño y patético espectáculo.

El hombre tenía el aspecto de una aparición; estaba agotado, desesperadamente agotado. Llevaba la ropa hecha jirones y caminaba cojeando. Tenía hundidos los ojos, y la cara macilenta estaba surcada de sangre seca. Sin embargo, su mandíbula expresaba determinación, y el hombre dirigía la canción de los niños con voz estentórea.

—Debo volver al trabajo —dijo Jessie, poniéndose dificultosamente en pie—. Aquellos niños necesitan mucho cuidado.

Ahora, el grupo se había acercado tanto que Giordino pudo identificar lo que estaban cantando.

I'm a Yankee Doodle Dandy. A Yankee Doodle do or die...^[3]

Giordino se quedó boquiabierto y abrió mucho los ojos con incredulidad. Señaló como presa de espanto. Después arrojó las tazas de café por encima del hombro y bajó la escalinata de la catedral saltando como un loco.

—¡Es él! —gritó.

A real live nephew of my Uncle Sam. Born on the fourth of July^[4]

—¿Qué ha sido eso? —gritó Sandecker a su espalda—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Jessie se puso en pie de un salto, olvidando de pronto su terrible fatiga, y corrió detrás de Giordino.

—¡Ha vuelto! —gritó.

Sandecker echó a correr.

Los niños interrumpieron su canción y se apretujaron alrededor del hombre, asustados al ver la súbita aparición de tres personas que gritaban y corrían hacia ellos. Se aferraron a él como si en ello les fuese la vida. Los perros cerraron filas alrededor de sus piernas y empezaron a ladrar con más fuerza que nunca.

Giordino se detuvo y se quedó plantado allí, a sólo medio metro de distancia, sin saber exactamente qué podía decir que tuviese algún sentido.

Sonrió, y sonrió con inmenso alivio y alegría. Por fin recobró el uso de la palabra.

—Sé bienvenido, Lázaro.

Pitt sonrió con picardía.

—Hola, amigo. ¿No tendrías por casualidad un dry martini en el bolsillo?

Seis horas más tarde, Pitt estaba durmiendo como un tronco en un nicho vacío de la catedral. Se había negado a tumbarse hasta que los niños hubiesen sido atendidos, y los perros, alimentados. Después había insistido en que Jessie descansase también un rato.

Jessie yacía a pocos metros de distancia sobre unas mantas dobladas que le servían de colchón sobre las duras baldosas. El fiel Giordino estaba sentado en un sillón de mimbre en la entrada del nicho, para que nadie turbase su sueño, y apartando a los grupos ocasionales de chiquillos que jugaban demasiado cerca y gritaban demasiado.

Se irguió al ver que Sandecker se acercaba seguido de un grupo de cubanos uniformados. Ira Hagen estaba entre ellos. Parecía más viejo y mucho más cansado que cuando Giordino le había visto por última vez, apenas veinte horas antes. Giordino reconoció inmediatamente al hombre que caminaba al lado de Hagen y directamente detrás del almirante. Se puso en pie cuando Sandecker señaló con la cabeza a los durmientes.

—Despiérteles —dijo éste a media voz.

Jessie salió de las profundidades de su sueño y gimió. Giordino tuvo que sacudirla varias veces del hombro para que no se durmiese de nuevo. Todavía fatigada hasta la médula y aturdida por el sueño, se incorporó y sacudió la cabeza para despejarla de su confusión.

Pitt se despertó casi instantáneamente, como si hubiese sonado un despertador. Se volvió y se sentó apoyándose en un codo, ojo avizor y observando a los hombres que formaban un semicírculo delante de él.

—Dirk —dijo Sandecker—. Éste es el presidente Fidel Castro. Estaba haciendo una visita de inspección a los hospitales y le dijeron que usted y Jessie estaban aquí. Le gustaría hablar con ustedes.

Antes de que Pitt pudiese responder, Castro dio un paso adelante, le asió la mano y tiró de ella hasta ponerle en pie con sorprendente fuerza. Los magnéticos ojos castaños se encontraron con los penetrantes ojos verdes y opalinos. Castro vestía un limpio y planchado uniforme verde oliva, con la insignia de general en jefe sobre los hombros, en contraste con Pitt, que todavía llevaba la misma ropa harapienta y sucia con que había llegado a la catedral.

—Conque ése es el hombre que hizo que mis policías de seguridad pareciesen idiotas, y que salvó la ciudad —dijo Castro en español.

Jessie tradujo la frase y Pitt hizo un ademán negativo.

—Solamente fui uno de los afortunados que sobrevivieron. Al menos dos docenas de otros hombres murieron tratando de evitar la tragedia.

—Si los barcos hubiesen estallado cuando estaban todavía amarrados a los muelles, la mayor parte de La Habana habría quedado convertida en un erial. Habría sido una tumba para mí y para medio millón de personas. Cuba le está agradecida y desea nombrarle Héroe de la Revolución.

—Mira qué posición he alcanzado en el barrio —murmuró Pitt.

Jessie le dirigió una mirada de reproche y no tradujo sus palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Castro.

Jessie carraspeó.

—Pues... ha dicho que lo acepta como un gran honor.

Castro pidió entonces a Pitt que describiese la captura de los barcos.

—Dígame lo que vio —dijo amablemente—. Todo lo que sabe que ocurrió. Empezando desde el principio.

—¿Empezando desde el momento en que salimos de la Embajada suiza? —preguntó Pitt, entrecerrando los ojos en una expresión de furtiva pero astuta reflexión.

—Si lo desea —respondió Castro, comprendiendo su mirada.

Mientras narraba Pitt la desesperada lucha en los muelles y los esfuerzos por sacar el *Amy Bigalow* y el *Ozero Zaysan* del puerto, Castro le interrumpió con un alud de preguntas. La curiosidad del líder cubano era insaciable. El relato duró casi tanto como los sucesos reales.

Pitt refirió los hechos tan objetiva e impasiblemente como le fue posible, sabiendo que nunca podría hacer justicia al increíble valor de unos hombres que habían dado la vida por gente de otro país. Contó la magnífica acción dilatoria emprendida por Clark contra unas fuerzas abrumadoramente superiores; cómo Manny, Moe y sus hombres habían trabajado furiosamente en las oscuras entrañas de los barcos para lograr que éstos se pudiesen en marcha, sabiendo que en cualquier momento podían saltar en pedazos. Contó cómo habían permanecido Jack y su tripulación en el remolcador, arrastrando a los barcos muertos hacia mar abierto, hasta que fue demasiado tarde para escapar. Lamentó que no pudiesen estar todos presentes para contar sus propias historias, y se preguntó qué habrían dicho. Sonrió para sí, sabiendo cómo habría atronado el aire Manny con sus punzantes palabras.

Por fin explicó Pitt cómo había sido lanzado por la enorme ola dentro de la ciudad, y cómo había perdido el conocimiento y lo había recobrado cuando estaba colgado boca abajo del rótulo de una joyería. Relató que, mientras caminaba entre los escombros, había oído llorar a una niña pequeña, y la había sacado, junto con un hermanito, de debajo de las ruinas de una casa de apartamentos derrumbada. Después de esto, parecía que había atraído como un imán a los niños perdidos. Las brigadas de socorro habían aumentado su colección durante la noche. Cuando no encontró más niños vivos, un guardia le encaminó hacia el hospital y puesto de socorro para niños, donde se había encontrado con sus amigos.

Castro miró fijamente a Pitt, con rostro emocionado. Dio un paso adelante y le abrazó.

—Gracias —murmuró con voz quebrada. Después besó a Jessie en las dos mejillas y estrechó la mano a Hagen—. Cuba les da las gracias a todos. No les olvidaremos.

Pitt miró taimadamente a Castro.

—¿Podría pedirle un favor?

—Sólo tiene que nombrarlo —respondió rápidamente Castro.

Pitt vaciló y después dijo:

—Ese taxista llamado Herberto Figueroa. Si encontrase en los Estados Unidos un Chevrolet del cincuenta y siete en buen estado y se lo enviase, ¿podría usted cuidar de que le fuese entregado? Herberto y yo le quedaríamos muy agradecidos.

—Desde luego. Me ocuparé personalmente de que reciba su regalo.

—Quisiera pedirle otro favor —dijo Pitt.

—No abuse de su suerte —le murmuró Sandecker.

—¿Cuál? —preguntó amablemente Castro.

—¿Podrían prestarme una embarcación con una grúa?

Los cuerpos de Manny y de tres de sus tripulantes fueron identificados. El de Clark fue recogido en el canal por una barca de pesca. Los restos fueron enviados en avión a Washington para su entierro. En cuanto a Jack, Moe y los otros, nada volvió a saberse de ellos.

Por fin pudo controlarse el fuego, cuatro días después de que estallasen los barcos de la muerte. Las últimas y tercas llamas no se extinguirían hasta una semana más tarde. Y transcurrirían otras diez semanas hasta que fuesen encontrados los últimos muertos. Muchos no se encontraron nunca.

Los cubanos fueron muy meticulosos en el recuento. En definitiva, establecieron una lista completa de víctimas. La cifra de muertos seguros ascendió a setecientos treinta y dos. Los heridos sumaron tres mil setecientos sesenta y nueve. Los desaparecidos se calcularon en ciento noventa y siete.

Por iniciativa del presidente, el Congreso aprobó una ley urgente para la entrega a los cubanos de cuarenta y cinco millones de dólares para contribuir a la reconstrucción de La Habana. El presidente, en prueba de buena voluntad, levantó también el embargo comercial que había estado en vigor desde hacía treinta y cinco años. Por fin, los norteamericanos pudieron fumar de nuevo, legalmente, buenos cigarros habanos.

Después de ser expulsados, la única representación de los rusos en Cuba fue una Sección de Intereses Especiales en la Embajada de Polonia. El pueblo cubano no lamentó su partida.

Castro siguió siendo marxista revolucionario de corazón, pero se estaba ablandando. Después de convenir en principio en el pacto de amistad entre los Estados Unidos y Cuba, aceptó sin vacilar una invitación del presidente a visitarle en la Casa Blanca y a pronunciar un discurso en el Congreso, aunque puso mala cara cuando le pidieron que no hablara más de veinte minutos.

Al amanecer del tercer día después de las explosiones, una vieja y desconchada embarcación, deteriorada por la intemperie, echó el ancla casi en el centro exacto del puerto. Los barcos contra incendios y de socorro pasaban por su lado como si hubiese sido un automóvil averiado en una carretera. Era una embarcación chata de trabajo y llevaba en la popa una pequeña grúa cuyo brazo se extendía sobre el agua. Su tripulación parecía indiferente a la frenética actividad que reinaba a su alrededor.

La mayoría de los incendios de la zona portuaria habían sido sofocados, pero los bomberos seguían vertiendo miles de litros de agua sobre los humeantes escombros dentro de las deformadas estructuras de los almacenes. Varios ennegrecidos depósitos de petróleo del puerto seguían tercamente echando llamas y la cortina acre de humo

olía a petróleo y a goma quemados.

Pitt estaba en pie sobre la despintada cubierta y contemplaba a través de la amarillenta y fuliginosa neblina los restos de lo que había sido un petrolero. Lo único que quedaba del *Ozero Baykai* era la quemada superestructura de popa que se alzaba grotesca y retorcida sobre el agua sucia de petróleo. Volvió su atención a una pequeña brújula que tenía en la mano.

—¿Es éste el lugar? —preguntó el almirante Sandecker.

—Los datos que tenemos así parecen indicarlo —respondió Pitt.

Giordino asomó la cabeza a la ventana de la caseta del timón.

—El magnetómetro se está volviendo loco. Estamos justo encima de una gran masa de hierro.

Jessie estaba sentada sobre una escotilla. Llevaba unos shorts grises y una blusa azul pálido, y había recobrado su exquisita personalidad.

Dirigió una mirada curiosa a Pitt.

—Todavía no me has dicho por qué crees que Raymond escondió La Dorada en el fondo del puerto y cómo sabes exactamente dónde tienes que buscar.

—Fui un estúpido al no comprenderlo inmediatamente —explicó Pitt—. Las palabras suenan igual y yo las interpreté mal. Pensé que sus últimas palabras habían sido: «Look on the *m-a-i-n s-i-g-h-t*». Lo que trataba realmente de decirme era: «Look on the *M-a-i-n-e s-i-t-e*».

Jessie pareció confusa.

—¿El lugar del Maine?

—Recuerda Pearl Harbor, el Álamo y el *Maine*. En este lugar o muy cerca de él el buque de guerra *Maine* fue hundido en 1898 y desencadenó la guerra contra España.

Jessie empezó a sentir una profunda excitación.

—¿Arrojó Raymond la estatua encima de un viejo barco naufragado?

—En el lugar del naufragio —le corrigió Pitt—. El casco del *Maine* fue izado y remolcado al mar abierto, donde fue hundido en 1912, con la bandera ondeando.

—¿Pero por qué habría de arrojar Raymond deliberadamente el tesoro?

—Todo se remonta a cuando él y su socio, Hans Kronberg, descubrieron el *Cyclops* y rescataron La Dorada. Hubiese debido ser un triunfo para dos amigos que habían luchado juntos contra todas las probabilidades y arrebatado el tesoro más buscado de la historia a un mar codicioso. Hubiese debido tener un final feliz. Pero la situación se agrió. Raymond LeBaron estaba enamorado de la esposa de Kronberg.

El semblante de Jessie se puso tenso al comprender.

—Hilda.

—Sí, Hilda. Él tenía dos motivos para querer librarse de Hans. El tesoro y una mujer. De alguna manera debió convencer a Hans de hacer una nueva inmersión después de haberse apoderado de La Dorada. Entonces cortó el tubo de alimentación

de aire, condenando a su amigo a una muerte horrible. ¿Puedes imaginarte lo que debió ser morir ahogado en el interior de una cripta de acero como el *Cyclops*?

Jessie desvió la mirada.

—No puedo creerlo.

—Viste el cuerpo de Kronberg con tus propios ojos. Hilda era la verdadera clave del enigma. Ella fue el centro de la sórdida historia. Yo sólo tenía que completarla con unos pocos detalles.

—Raymond nunca habría podido cometer un asesinato.

—Podía hacerlo y lo hizo. Habiendo quitado de en medio a Hans, dio otro paso adelante. Se zafó del fisco (¿se le puede culpar de esto si recordamos que el Gobierno Federal se quedaba con el ochenta por ciento de los ingresos superiores a ciento cincuenta mil dólares a finales de los años cincuenta?) y evitó un pleito engorroso con el Brasil, que habría reclamado con justicia la estatua como tesoro nacional robado. No dijo nada y puso rumbo a Cuba. Tu amante era un hombre muy astuto.

El problema con que se enfrentaba ahora era cómo vender la estatua. ¿Quién estaría dispuesto a pagar entre veinte y cincuenta millones de dólares por un objeto de arte? También temía que, si se difundía la noticia, el entonces dictador cubano Fulgencio Batista, un ladrón de primera magnitud, la habría incautado.

Y si Batista no lo hacía, lo haría el ejército de mañosos que había invitado a Cuba después de la Segunda Guerra Mundial. Por consiguiente, Raymond decidió despedazar La Dorada y venderla a trozos.

«Desgraciadamente para él, eligió un mal momento. Entró con su embarcación en el puerto de La Habana el mismo día en que Castro y sus rebeldes invadieron la ciudad después de derribar el Gobierno corrompido de Batista. Las fuerzas revolucionarias cerraron inmediatamente los puertos de mar y los aeropuertos, para impedir que los compinches de Batista huyesen del país con incontables riquezas.

—¿No se llevó nada LeBaron? —preguntó Sandecker—. ¿Lo perdió todo?

—No todo. Se dio cuenta de que estaba atrapado y de que sólo era cuestión de tiempo que los revolucionarios registrasen su barco y encontrasen La Dorada. Su única alternativa era llevarse lo que pudiese y tomar el primer avión de vuelta a los Estados Unidos. Al amparo de la noche debió introducir su embarcación en el puerto, levantar la estatua sobre la borda y arrojarla al mar en el lugar donde se había hundido el buque de guerra *Maine* setenta años atrás. Naturalmente, pensaba volver y recobrar el tesoro cuando terminase el caos, pero Castro no jugó según las reglas de LeBaron. La luna de miel de Cuba con los Estados Unidos acabó muy pronto de mala manera, y LeBaron no pudo nunca regresar y recobrar el precioso tesoro de tres toneladas ante los ojos del servicio de seguridad de Castro.

—¿Qué trozo de la estatua se llevó? —preguntó Jessie.

—Según Hilda, le arrancó el corazón de rubí. Entonces, después de introducirlo a

escondidas en el país, hizo que fuese cortado en secreto y tallados los pedazos, y los vendió por medio de agentes comerciales. Ahora tenía medios suficientes para alcanzar la cima de las altas finanzas con Hilda a su lado. Raymond LeBaron había llegado en buen momento a la ciudad.

Durante largo rato, guardaron todos silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos, imaginándose a un LeBaron desesperado arrojando la mujer de oro por encima de la borda de su barco treinta años atrás.

—La Dorada —dijo Sandecker, rompiendo el silencio—. Su peso debió hacer que se hundiese muy hondo en el blando limo del fondo del puerto.

—El almirante tiene razón —dijo Giordino—. LeBaron no pensó que encontrar de nuevo la estatua sería una operación muy difícil.

—Confieso que esto también me preocupó —dijo Pitt—. Él hubiese debido saber que, después de que el Cuerpo de Ingenieros del Ejército desaparejase y extrajese el casco del *Maine*, tenían que haber quedado cientos de toneladas de restos profundamente hundidos en el barro, haciendo que la estatua fuese casi imposible de encontrar. El detector de metales más perfeccionado del mundo no puede descubrir un objeto particular en un depósito de chatarra.

—Así pues, la estatua yacerá ahí abajo para siempre —dijo Sandecker—. A menos que algún día llegue alguien y drague la mitad del puerto hasta encontrarlo.

—Tal vez no —dijo reflexivamente Pitt dando vueltas en su mente a algo que solamente él podía ver—. Raymond LeBaron era un hombre muy astuto. Era también un profesional en operaciones de salvamento. Creo que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sandecker.

—Arrojó la estatua por la borda, en esto estoy de acuerdo. Pero apuesto a que la bajó muy despacio y en posición vertical, de manera que, cuando llegase al fondo, se mantuviese de pie.

Giordino miró hacia la cubierta.

—Podría ser —dijo lentamente—. Podría ser. ¿Qué altura tiene?

—Unos dos metros y medio, incluido el pedestal.

—Treinta años para que tres toneladas de metal se hundan en el barro... —murmuró Sandecker—. Es posible que todavía sobresalgan tres palmos de la estatua del fondo del puerto.

Pitt sonrió distraídamente.

—Lo sabremos en cuanto Al y yo nos hayamos sumergido y hayamos hecho un plan para la búsqueda.

Como obedeciendo a un consigna, todos callaron y miraron por encima de la borda el agua cubierta de una capa de petróleo y cenizas, oscura y sigilosa. Desde alguna parte de las siniestras profundidades verdes, La Dorada les estaba llamando.

Pitt estaba de pie en cubierta, con todo su equipo de submarinista, y observaba las burbujas que subían de lo hondo y estallaban en la superficie. Miró su reloj, calculando el tiempo. Giordino estaba desde hacía casi cincuenta minutos a una profundidad de quince metros. Siguió observando las burbujas y vio que viajaban gradualmente en círculo. Sabía que Giordino tenía aire suficiente para una vuelta más de trescientos sesenta grados alrededor de la cuerda de seguridad sujeta a una boya a unos treinta metros de distancia del barco.

La pequeña tripulación de cubanos reclutados por Sandecker estaba silenciosa. Pitt miró a lo largo de la cubierta y vio que estaban alineados junto a la barandilla, detrás del almirante, contemplando como hipnotizados el brillo de las burbujas.

Pitt se volvió a Jessie, que estaba de pie a su lado. No había dicho una palabra ni se había movido desde hacía cinco minutos, tenso el semblante por una concentración profunda y brillándole los ojos de excitación. Estaba entusiasmada, previendo que una leyenda se convertiría en realidad. Entonces gritó de pronto:

—¡Mira!

Una forma oscura subió del fondo entre una nube de burbujas, y la cabeza de Giordino salió del agua cerca de la boya. Se volvió sobre la espalda y nadó agitando fácilmente las aletas hasta llegar a la escalera. Entregó el cinturón de plomo y los dos botellones de aire antes de subir a cubierta. Se quitó la máscara y escupió sobre la borda.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Pitt.

—Bien —respondió Giordino—. Ésta es la situación. He dado ocho vueltas alrededor del punto donde está anclada la cuerda de la boya. La visibilidad es de más o menos un metro. Tal vez tengamos suerte. El fondo es una mezcla de arena y barro; por consiguiente, no es muy blando. Es posible que la estatua no se haya hundido al punto que quede cubierta su cabeza.

—¿La corriente?

—Aproximadamente de un nudo. Se puede soportar.

—¿Algún obstáculo?

—Unos pocos restos y pedazos enmohecidos de metal sobresalen del fondo, por lo que debes tener cuidado de que no se enganche tu cuerda de distancia.

Sandecker se plantó detrás de Pitt e hizo una última comprobación de su equipo. Pitt pasó por una abertura de la barandilla e introdujo la boquilla del regulador del aire entre sus dientes.

Jessie le dio un suave apretón en el brazo, a través del traje impermeable.

—Suerte —dijo.

Él le hizo un guiño a través de la máscara y dio un largo paso al frente. La

brillante luz del sol fue difundida por un súbito estallido de burbujas cuando se sumergió en el verde vacío. Nadó hasta la boya e inició el descenso. La cuerda trenzada de nylon amarillo pareció desvanecerse a los pocos metros en la opaca oscuridad.

Pitt la siguió cuidadosamente, tomándose tiempo. Se detuvo una vez para aclararse los oídos. Menos de un minuto más tarde, el fondo pareció levantarse bruscamente hacia él, al encuentro de su mano extendida. Pitt se detuvo de nuevo para ajustar su chaleco compensador de flotación y comprobar su reloj para el tiempo y la brújula para la dirección, así como la válvula de presión del aire. Entonces tomó la cuerda de distancia que Giordino había sujetado con un clip a la de descenso y se movió a lo largo del radio.

Después de nadar unos ocho metros su mano estableció contacto con un nudo que había hecho Giordino en la cuerda para medir el perímetro de su última vuelta. A poca distancia descubrió Pitt una estaca de color naranja clavada en el fondo y que marcaba el punto de partida de su trayecto circular. Entonces avanzó otros dos metros, tensó la cuerda e inició su vuelta, captando con la mirada lo que podía verse a un metro de distancia en ambos lados.

Aquel trozo de mar estaba desierto, sin vida, y olía a productos químicos. Pitt pasó por encima de colonias de peces muertos, aplastados por la onda expansiva del petrolero al estallar. Sus cuerpos rodaban sobre el fondo a impulso de la corriente, como hojas agitadas por una suave brisa. Había sudado dentro de su traje impermeable bajo el sol en el barco, y ahora estaba sudando dentro de él a quince metros debajo de la superficie. Podía oír el ruido de las barcas de salvamento que cruzaban el puerto de un lado a otro, los estampidos de sus tubos de escape y el cavitación de las hélices, aumentado todo ello por la densidad del agua.

Metro a metro, escrutó el fondo desnudo hasta que hubo completado todo un círculo. Llevó la estaca más afuera y empezó otro trayecto circular en dirección contraria.

Los submarinistas experimentan a menudo una gran impresión de soledad cuando nadan sobre un desierto subacuático donde nada pueden ver más allá del alcance de la mano. El mundo real habitado por personas, a menos de veinte metros de distancia en la superficie, deja de existir. Experimentan un descuidado abandono y una indiferencia por lo desconocido. Su percepción se deforma y empiezan a fantasear.

Pitt no sentía nada de esto, salvo, tal vez, un toque de fantasía. Estaba como embriagado por la búsqueda y tan absorto en contemplar la ambicionada estatua en su mente, lanzando destellos dorados y verdes, que casi le pasó inadvertida una forma vaga que se destacaba en la penumbra a su derecha.

Agitando rápidamente las aletas, nadó en su dirección. Era un objeto redondo, en parte enterrado. Los tres palmos que sobresalían del limo estaban revestidos de cieno

y de algas que ondeaban con la corriente.

Cien veces se había preguntado Pitt lo que sentiría, cómo reaccionaría cuando se enfrentase a la mujer de oro. Lo que sintió realmente ahora fue miedo, miedo de que sólo fuese una falsa alarma y la búsqueda no terminase nunca.

Lenta, temerosamente, limpió la cenagosa capa con las manos enguantadas. Diminutas partículas de vegetación y de limo se agitaron en un pardo torbellino, obscureciendo el misterioso objeto. Pitt esperó, envuelto en un silencio misterioso, a que se fundiese aquella nube en la penumbra del agua.

Se acercó más, flotando casi pegado al fondo, hasta que su cara estuvo solamente a pocos centímetros. Miró fijamente a través del cristal de la máscara, sintiendo de pronto que se le secaba la boca y que su corazón palpitaba como un tambor de calipso.

Con una expresión de infinita melancolía, un par de ojos verdes de esmeralda le miraron a su vez.

Pitt había encontrado La Dorada.

4 de enero de 1990 - Washington, D.C.

La declaración del presidente sobre la Jersey Colony y las hazañas de Eli Steinmetz y su equipo lunar electrificaron a la nación y causaron sensación en todo el mundo.

Cada noche, durante una semana, los televidentes pudieron contemplar vistas espectaculares del paisaje lunar que no habían podido contemplarse cuando los breves alunizajes del programa Apolo. La lucha de los hombres por sobrevivir mientras construían un alojamiento habitable fue también conocida en todos sus dramáticos detalles.

Steinmetz y sus compañeros se convirtieron en los héroes del día. Fueron agasajados en todo el país, entrevistados en innumerables programas de televisión y obsequiados con el tradicional desfile bajo una lluvia de serpentinas en Nueva York.

Las aclamaciones por el triunfo de los colonizadores de la Luna tuvieron el tono del viejo patriotismo, pero el impacto fue más profundo, más amplio, Ahora había algo tangible más allá de los breves y espectaculares vuelos sobre la atmósfera de la Tierra; una permanencia en el espacio, una prueba sólida de que el hombre podía vivir lejos de su planeta natal.

El presidente pareció muy optimista durante un banquete privado celebrado en honor del «círculo privado» y sus colonizadores. Su estado de ánimo era muy diferente del de la primera vez que se había enfrentado con los hombres que habían concebido y creado la base lunar. Levantó una copa de champaña, dirigiéndose a Hudson, que contemplaba con mirada ausente el atestado salón, como si estuviese desierto y en silencio.

—¿Está su mente perdida en el espacio, Leo?

Hudson miró un instante al presidente y después asintió con la cabeza.

—Le pido disculpas. Tengo la mala costumbre de distraerme en las fiestas.

—Apuesto a que está trazando planes para una nueva colonia en la Luna.

Hudson sonrió forzosamente.

—En realidad estaba pensando en Marte.

—Entonces la Jersey Colony no es el final.

—Nunca habrá un final, sino solamente el principio de otro principio.

—El Congreso compartirá el espíritu del país y votará fondos para ampliar la colonia. Pero un puesto avanzado en Marte... costaría mucho dinero.

—Si no lo hacemos nosotros ahora, lo hará la próxima generación.

—¿Ha pensado en el nombre?

Hudson sacudió la cabeza.

—No hemos pensado todavía en ello.

—Yo me he preguntado a menudo —dijo el presidente— cómo se les ocurrió el nombre de «Jersey Colony».

—¿No lo adivina?

—Está el Estado de New Jersey, la isla de Jersey frente a la costa francesa, los suéters Jersey...

—También es una raza vacuna.

—¿Qué?

—Recuerde la canción infantil: «Eh, jugad, jugad, / El gato y el violín, / La vaca saltó a la Luna.»

El presidente le miró un momento sin comprender y después soltó una carcajada. Cuando dejó de reír, dijo:

—Dios mío, vaya una ironía. La mayor hazaña del hombre recibió el nombre de una vaca de un cuento de Maricastaña.

—Es realmente exquisita —dijo Jessie.

—Sí, es magnífica —convino Pitt—. Nunca te cansas de mirarla.

Contemplaban extasiados La Dorada, que ahora estaba en la sala central del East Building de la National Gallery de Washington. El pulido cuerpo de oro y la bruñida cabeza de esmeralda resplandecían bajo los rayos del sol que se filtraban a través de la gran claraboya. El espectacular efecto era asombroso. El desconocido artista indio la había esculpido con una gracia y una belleza irresistibles. Su posición era relajada, con una pierna delante de la otra, los brazos ligeramente doblados en los codos, y las manos extendidas hacia afuera.

Su pedestal de cuarzo rosa descansaba sobre un sólido bloque de palisandro del Brasil de metro y medio de altura. El corazón arrancado había sido substituido por otro de cristal carmesí que casi igualaba el esplendor del rubí original.

Una enorme muchedumbre contemplaba maravillada la deslumbrante obra. Una cola de visitantes se extendía fuera de la galería casi medio kilómetro. La Dorada superaba incluso, en cuanto a asistencia, el récord de los artefactos del Rey Tut.

Todos los dignatarios de la capital acudieron a rendir su homenaje. El presidente y su esposa acompañaron a Hilda Kronberg-LeBaron en la ceremonia previa a la inauguración. La satisfecha anciana de ojos chispeantes permaneció sentada en su silla de ruedas y sonrió una y otra vez mientras el presidente homenajeaba a los dos hombres de su pasado con un breve discurso. Cuando la ayudó a levantarse de su silla para que pudiese tocar la estatua, no había un ojo seco en toda la sala.

—Es extraño —murmuró Jessie—, cuando piensas en cómo empezó todo con el naufragio del *Cyclops* y terminó con el naufragio del *Maine*.

—Sólo para nosotros —dijo distraídamente Pitt—. Para ella empezó hace cuatrocientos años en una selva brasileña.

—Cuesta imaginar que una cosa tan bella haya causado tantas muertes.

Él no la escuchaba y no replicó.

Ella le dirigió una mirada curiosa. Pitt contemplaba fijamente la estatua, perdida su mente en otro tiempo, en otro lugar.

—Rico el tesoro, dulce el placer —citó ella.

Él se volvió despacio y la miró, retornando al presente. Se había roto el hechizo.

—Disculpa —dijo.

Jessie no pudo dejar de sonreír.

—¿Cuándo vas a intentarlo?

—Intentar, ¿qué?

—Correr en busca de la ciudad perdida de La Dorada.

—No hay que apresurarse —replicó Pitt, soltando una carcajada—. No es como ir a cualquier parte.

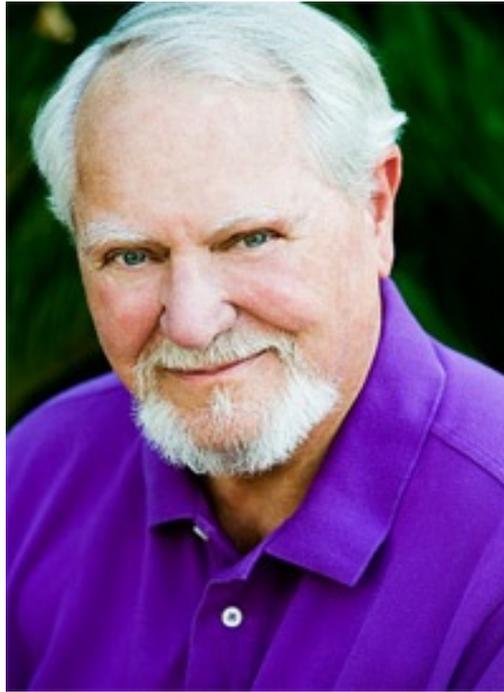
Notas

[1] *Terminal-aerea energy management*, un procedimiento para conservar la velocidad y la altura.<<

[2] Literalmente, «Mire en la vista principal». Se ha conservado el original en inglés porque en la igualdad fonética entre *main sight* y otras palabras que se verán mas adelante (igualdad que no existe en español) esta la clave que pretende llevar al descubrimiento de La Dorada<<

[3] «Soy un buen yanqui. El yanqui triunfa o muere...» De una canción que se hizo popular durante la Revolución americana. (*N. del T.*)<<

[4] «Sobrino verdadero de mi Tío Sam. Nacido el 4 de Julio.»<<



CLIVE CUSSLER, nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premio, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The mediterranean Caper (Peligro en el mediterráneo)*. Fue con su tercera novela, *Raise the titanic (Rescaten el titanic)* con la

que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así por que es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*» («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

- Personajes

Puesto que casi todos sus libros tienen un universo común, son muchos los personajes que aparecen repetidos en sus libros.

Los más importantes son:

- Dirk Pitt

Dirk Pitt es un importante personaje de la novela de aventuras. Hay una forma perfecta de definirle: Mezclar un tercio de James Bond (chicas guapas, coches veloces, aventuras a nivel mundial, cachivaches de alta tecnología, y malvados megalómanos), otro tercio de Indiana Jones (tesoros ocultos, tumbas secretas, trampas, e historia), y un tercio más de Han Solo (un carácter con poco afecto por las reglas, vacilón, pillo, y un tanto chuleta). Se mezcla todo con agua de mar, y, ese sería Dirk Pitt.

Dirk Pitt es el alter ego de Clive Cussler. Los dos sirvieron en las fuerzas armadas, donde los dos conocieron a un ítaloamericano (al Giordano en el caso de Cussler, y Al Giordino en el caso de Pitt) que se convirtió en un gran amigo (si bien la amistad ha durado mucho más en el caso de Pitt). Ambos miden 1,90 , tienen el pelo negro y ondulado (aunque Cussler ya está bastante mayor), los ojos verdes, y una impresionante colección de coches antiguos, de hecho muchos de los que aparecen en los libros son coches reales que posee Cussler. Además, los dos también tienen un reloj Doxa con la esfera naranja (que cuesta unos 1.300 dólares). Pitt se llama Dirk en honor al hijo de Cussler.

Respecto a la colección de coches de Pitt, el personaje vive en un antiguo hangar restaurado en el aeropuerto de Washington. En él se encuentran expuestos su colección de coches, que más que de coches es un recuerdo de sus muchas aventuras. Además de los coches, en el hangar se encuentra un Messerschmit Me 262, un Ford Trimotor, un vagón restaurante Pullman, un totem indio, y una bañera con un motor fueraborda atado.

Dirk Pitt es director de proyectos especiales de la NUMA (National Underwater Marine Agency), una organización de investigación oceanográfica con la que ha encontrado numerosos tesoros y barcos hundidos.

- Al Giordino

Se trata del fiel compañero y amigo de Pitt. Si Pitt es el héroe, Giordino es la roca sobre la que se apoya. Se trata de un italiano menudo y fornido de cabellos ensortijados que siempre está quejándose por todo. Mujeriego y leal, se entiende con Pitt a la perfección. Perdió el meñique derecho al salvar a Pitt de la muerte en *El triangulo del pacífico*, cuando metió el dedo en el cañón de un arma que iba a disparar a Pitt. Conoce a Pitt desde el colegio, y ambos jugaban juntos al fútbol americano en el instituto y en las

fuerzas aéreas, con Pitt como quaterback (organizador) y Giordino como tackle (que es el que ha de interceptar los pases del contrario, y a la vez proteger a su quaterback, es alguien rápido y fuerte). En las novelas se mantiene eso, con Pitt pensando y Giordino poniendo el músculo (aunque a veces intercambien papeles). Le ha confesado a Pitt lo que quiere que pongan en su tumba, y le pega perfectamente: «Ha sido una gran fiesta mientras duró. Espero que continúe en otro sitio».

- Almirante James Sandecker

Se trata del director de la NUMA. Conoce a Pitt desde que éste le salvó en Vietnam, cuando estaba retenido por los vietnamitas. Le contrató para la NUMA, y Pitt es su ojito derecho. Tiene un carácter irascible, y no es muy delicado, aunque en el fondo es un trozo de pan. Es pelirrojo, lleva perilla a lo Van Dyke, y fuma puros habanos que le hacen por encargo. Aún no ha descubierto cómo es que Giordino fuma sus mismos puros sin que le falte nunca ni uno de los suyos.

- Rudi Gunn

Es el subdirector de la NUMA, primero de su clase en la academia Naval, y llegó a ser Comandante de la Armada. Estuvo nominado al Nobel de la paz por su gestión de la crisis de *Sahara*, pero no ganó. Siempre ha sido un académico, pero no tiene ningún problema en mancharse las manos (y liarse a tiros) si es necesario. Pitt y Giordino le adoran; puesto que estos tienen una tendencia natural a saltarse todas las reglas y especialmente las órdenes que les da Sandecker, Gunn siempre les respalda y nunca se chiva.

- Hiram Yeager y Max

Hiram Yeager es el típico hippie: lleva vaqueros, botas de cowboy, y el pelo recogido en una coleta. Pese a ellos, es el jefe de informática de la NUMA, y Sandecker le ha dado presupuesto ilimitado para montar el mayor laboratorio de informática dedicado al mar en el mundo. Está conectado con todas las bibliotecas y museos del mundo, y como gran parte del personal de la NUMA, tiene poca afición a las reglas, con lo que suele saltarse los sistemas de seguridad para obtener los datos que necesita. Como parte de este laboratorio, Yeager creó a «Max», un holograma con personalidad propia inspirada en la mujer de Yeager. Max es capaz de entender la voz humana, de comunicarse hablando y de pensar por sí misma. De hecho, es bastante graciosa.

- St. Julien Perlmutter

Perlmutter es un hombre de más de 170 kilos de peso y casi dos metros de altura, que es un reconocido historiador marítimo, y tiene la mayor colección de libros, mapas, y diarios del mundo, y se niega a venderla a cualquier precio. No tiene ni un solo ordenador en su casa, y no hay ningún registro de todo lo que contiene su casa...excepto en su cabeza. Perlmutter afirma que puede encontrar información de cualquier tema que tenga en su enorme casa en menos de un minuto. Pitt y sus amigos suelen recurrir a Perlmutter para obtener información acerca de los misterios con los que se encuentran en sus aventuras. Además, Perlmutter es un gran gourmet, posee una despensa refrigerada siempre llena a reventar y una bodega con más de 1000 botellas de excepcional calidad. También ayuda a Kurt Austin en sus investigaciones

- Loren Smith

Es una congresista por Colorado, y Pitt y ella se aman mutuamente y mantienen una relación intermitente desde hace años. Ella afirma que los dos están casados con su trabajo, por lo que no aparece en todas las aventuras de Pitt. Sin embargo, cuando aparece, se trata de un gran aliado de Pitt, ayudándole a obtener apoyos del congreso y logrando que salve la vida varias veces. En las últimas novelas, a medida que Pitt y ella van haciéndose mayores, su relación se hace más estable.